Algunos son extraordinarios.
Otros simplemente extras.

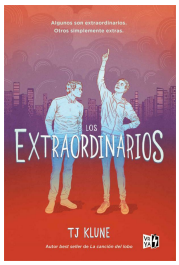


LOS EXTRAORDINARIOS

TJ KLUNE

Autor *best seller* de *La canción del lobo*

VR YA



En Ciudad Nova hay un grupo de héroes cuyas hazañas desafían la imaginación:

Los Extraordinarios.

¿Nick Bell? No es extraordinario. Pero ser el escritor del *fanfic* más popular del *fandom* es un superpoder, ¿verdad?

Después de un encuentro con Shadow Star, el héroe más poderoso de la ciudad (y el amor platónico de Nick), el chico se propone entrenar para convertirse en un extraordinario.

En el proceso, irá desvelando secretos bien guardados y se cuestionará donde están sus lealtades. Porque, a veces, las máscaras sirven para esconder más que identidades.

Déjate atrapar (en el aire) por esta nueva historia llena de acción y romance, del extraordinario autor de *La canción del lobo*: TJ KLUNE.

TJ KLUNE es autor *best seller* de *The New York Times*. Comenzó a escribir a los ocho años, sin saber que más de dos décadas después ese sería su trabajo a tiempo completo y se convertiría en una de las voces más influyentes a nivel mundial.

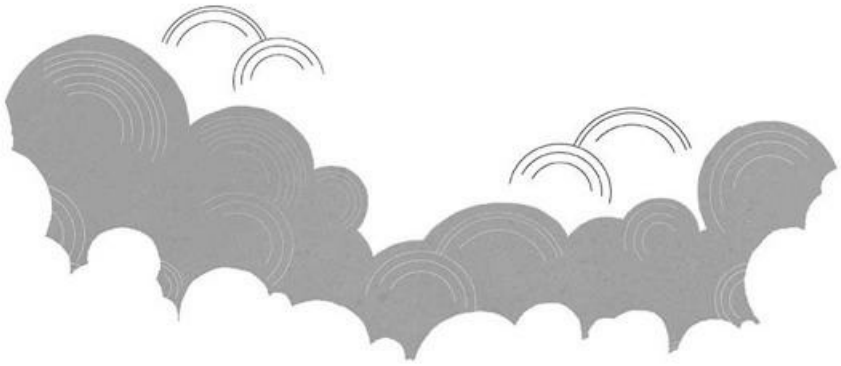
TJ cree que es importante, ahora más que nunca, tener una representación *queer* precisa y positiva en las historias.

LOS EXTRAORDINARIOS

TJ KLUNE

VR YA

Para las personas neurodivergentes que piensan y sueñan a lo grande: sois superhéroes y superheroínas, y vuestros poderes son infinitos.
Nunca permitáis que nadie os diga lo contrario.



Título: Aquí es donde quemamos la Tierra
Autor: ShadowStar744
Capítulo 67 de ? (¡CADA VEZ SE HACE MÁS LARGO!)
267.654 palabras (¡¡ES DECIR, MUY LARGO!!)
Pareja: Shadow Star / Personaje masculino original
Clasificación: PG-13 (la clasificación podría subir, pero no sé si me quedaría bien, agh)
Etiquetas: amor verdadero, anhelo, shadow star suave, violencia, final feliz, primer beso, puede que algo de obscenidades si me atrevo a hacerlo, pero quién sabe.
Subido originalmente a Tumblr.

Capítulo 67: Atrapado en la tormenta
Nota del autor: ¡Hola! Siento no haber actualizado en un tiempo. Tuve problemas con el ordenador y estuve ocupado casi todo el verano. También sufrí el bloqueo del escritor y ha sido terrible. No era mi intención dejar la historia en pausa durante cuatro (!!!) meses, pero vuestros comentarios sobre cuándo subiría la próxima parte me dieron la inspiración que necesitaba. ¡Muchísimas gracias! No puedo prometer cuándo saldrá el siguiente capítulo, porque estoy empezando el penúltimo año de instituto (agh), y probablemente estaré superocupado. Con suerte, no tardaré mucho. ¡Y perdón por cualquier error! Al parecer, mi corrector estaba «ocupado» (signifique lo que signifique eso) y a mí no se me da bien eso de la edición. Dejadme simplemente un comentario con cualquier error que veáis e intentaré corregirlo en cuanto pueda. ¡¡¡¡¡Gracias!!!!!

Nate Belen no era una damisela en apuros, ni siquiera aunque estuviera atado en lo alto de un puente esperando a que Shadow Star lo salvara. A medida que recuperaba la conciencia, despertándose lentamente, lo único que sintió fue dolor. Gruñó en voz baja. Le dolía todo. El cuello, las piernas, la mano derecha.
Y el corazón.
Lo que más le dolía era el corazón.
Porque se lo habían roto en mil pedazos.

Las palabras que Shadow Star le había dicho, furioso, aún resonaban en su cabeza.

Te quiero, Nate, pero no puedo estar contigo. Ciudad Nova necesita un héroe. Y yo debo ser ese héroe. No puedo arriesgarme a que mis enemigos descubran lo mucho que me importas. Podrían usarte en mi contra. Lo nuestro se ha acabado.

Una única lágrima descendió por la mejilla de Nate. ¡Pero no porque fuera un llorica! No, él no lloraba por nada. Él era fuerte y valiente, y nunca derramaba una lágrima.

Excepto cuando el estúpido de su casi novio superhéroe rompía con él.

—Veo que te has despertado —dijo una voz siniestra.

Nate abrió los ojos.

Y jadeó.

El viento sacudía su espesa melena mientras luchaba inútilmente contra las ataduras que envolvían su cuerpo, pero fue en vano. Estaba atrapado.

En la cima de una de las torres del puente McManus, el más grande de toda Ciudad Nova.

Los pájaros pasaban volando a su lado y las estrellas brillaban con mucha intensidad sobre su cabeza. Y frente a él, con su capa negra al viento, estaba Pyro Storm.

La máscara le cubría la cara, dejando solo a la vista la boca. Sus ojos estaban cubiertos por unas gafas rojas y su traje era bastante ajustado (negro con ribetes rojos), haciéndole presumir de un cuerpo fuerte y musculoso. Se le marcaban los abdominales, su pecho se veía hinchado y fuerte, sus muslos firmes, y sus botas eran de infarto. En el pecho llevaba un símbolo que hacía que los buenos ciudadanos de Ciudad Nova se encogieran por el miedo: un tornado de fuego.

Nate sintió cómo su corazón se empezó a acelerar, pero él nunca dejaría que Pyro Storm notara su miedo. De ninguna manera. Intentó liberarse de las ataduras que lo sujetaban.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó con valentía al supervillano.

Pyro Storm echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Ah, Nate. No es a *ti* a quien quiero.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —preguntó Nate con actitud heroica. Pyro Storm voló un poco más cerca de él con los ojos entrecerrados detrás de su máscara y la capa ondeando al viento.

—Tú sabes bien por qué.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Creo que sí —replicó Pyro Storm—. Todo el mundo sabe a quién pertenece tu corazón. Y dado que te atrapé con mi diabólico plan, ambos sabemos quién vendrá a rescatarte. Siempre lo hace.

Nate sintió una gota de sudor deslizándose por su frente.

—Ya no le importo.

Pyro Storm negó con la cabeza.

—Estás equivocado. Eres lo único que le importa. Incluso sabiendo que puede tener a cualquier persona de la ciudad, hombre o mujer, te ha elegido a ti. Debes ser alguien extraordinario para que cayera a tus pies de esa manera. Y ahora sé cómo atacarlo, cómo ponerlo de rodillas.

—Tú nunca ganarás —respondió Nate con valentía—. Los villanos solo existen para una cosa: para ser *derrotados*.

—Guau —dijo Pyro Storm realmente impresionado—. ¿De verdad te crees eso?

Nate asintió.

—Sí.

—Muy bien, ahora veo por qué le gustas tanto.

Y entonces escuchó una voz grave y furiosa.

—No deberías haberlo tocado.

—¡Shadow Star! —exclamó Nate, casi sin aliento.

Porque, sí, era él. Shadow Star había venido.

Parecía tan asombroso como siempre. No era tan musculoso como Pyro Storm, y su traje no estaba obscenamente ajustado, pero aun así era el Extraordinario más atractivo que Nate había visto nunca, incluso aunque no pudiera verle la cara, dado que estaba oculta detrás de una máscara que cubría toda su cabeza excepto su boca. Su traje brillaba como un cielo estrellado y no le importaba lo que dijeran los *haters*, en absoluto parecían lentejuelas. De hecho, era como si estuviera cubierto por pequeñas joyas.

Una vez, Shadow Star se había acercado tanto a Nate que, justo cuando estaba seguro de que iba a recibir el primer beso de su vida, este se había dado la vuelta y había echado a correr, trepando por las paredes de un rascacielos para que Nate no pudiera seguirle.

Pero ahora estaba aquí, colgado de una mano en la otra torre del puente, mientras con la otra mano formaba un puño sobre el río que pasaba cientos de metros más abajo. Las sombras crecían a su alrededor como si tuvieran consciencia propia, tentáculos de oscuridad que se movían de un lado a otro. Nate deseaba saber cuál era la identidad secreta de Shadow Star más que cualquier cosa en el mundo.

—Ah —dijo Pyro Storm, girándose hacia su mayor archienemigo—. Veo que recibiste mi mensaje, Shadow Star.

—Así es —contestó Shadow Star con una voz grave que provocó que Nate se estremeciera—. Aunque estoy seguro de que la ciudad hubiera agradecido más que me hubieras enviado un mensaje al móvil en lugar de dejarlo escrito con fuego en la pared de la oficina del alcalde.

—Tenía que asegurarme de llamar tu atención —justificó Pyro Storm.

—Y ahora la tienes, aunque no estoy seguro de que la quieras —respondió Shadow Star antes de mirar a Nate —. ¿Estás bien?

Nate asintió.

—Yo… estoy bien.

—Te soltaré.

—Eso estaría bien.

—Necesito hablar contigo.

Nate no sabía si eso era algo bueno o malo.

—¿Vale?

Shadow Star lo miró intensamente. O, al menos, Nate creyó que lo miró con intensidad, dado que, de hecho, no podía verle los ojos. Se preguntaba si serían azules. Esperaba que lo fueran. Un azul cerúleo, como un océano exótico. Estaba seguro de que eran preciosos y candentes, y estaban llenos de dolor y angustia por verlo prisionero de Pyro Storm.

—Vaya —dijo Pyro Storm—. Se puede cortar la tensión sexual con un cuchillo. ¿Sois almas gemelas? Porque parece que sí.

Shadow Star se dio la vuelta y miró a lo lejos, cargado de una rabia silenciosa y determinación.

—No sé si puedo creer en el amor. Ya me han… herido. En el pasado.

Pyro Storm asintió.

—Ah, lo entiendo, eso es una mierda, ¿verdad? Pero a veces uno tiene que dejar atrás las cosas que le hicieron daño. O las personas.

—Tú no sabes de lo que estás hablando, villano —dijo Shadow Star, cerrando con fuerza su puño—. No es tan fácil como crees. Amar a alguien, sin importar que seas un Extraordinario o no, siempre trae dolor.

Ah, el poder silencioso de Shadow Star. El estómago de Nate se retorció de dolor.

—Merece la pena —añadió—. Porque sin amor, no seríamos nada.

Shadow Star lo miró antes de apartar la mirada.

—No eres tú, Nate. Tienes que saberlo. No me importa que tengas TDAH y que creas que tienes una cabeza caótica o que sufras unas migrañas terribles. Incluso cuando decepcionaste a tu padre el año pasado con tus malas notas, sé que lo intentaste. Lo intentas, más que nadie que haya conocido. Es una de las cosas que yo… yo… —Sacudió la cabeza—. Nate, tengo tantas cosas que decirte. Cosas que debería haberte contado hace mucho tiempo. Pero tengo miedo de dejar entrar a alguien en mi vida, de permitirle que se acerque. Y que vea al hombre detrás de la máscara.

—Pero yo te veo —dijo Nate con fervor—. Todo, con o sin máscara. Y es por eso por lo que debo mantenerte a salvo.

Pyro Storm estaba distraído cuando Shadow Star empezó su lamento de héroe, diciendo que había ignorado su corazón cuando descubrió que estaba hecho para romperse. Pyro Storm no vio que Nate había logrado liberar uno de sus brazos. Estaba muy alto, muy muy alto, pero no tenía miedo. Nada le daba miedo.

Nate saltó desde la torre del puente justo sobre la espalda de Pyro Storm. El villano gritó de rabia mientras Nate envolvía sus piernas alrededor de su cintura e intentaba levantarle la capa sobre su cabeza.

—Y *por eso* no tienes que usar capa, imbécil —gruñó Nate con asombro, como un macarra.

Pyro Storm maldijo mientras luchaba por salir de debajo de su capa. Nate intentó sujetarlo lo mejor que pudo, pero Pyro Storm era más grande y fuerte, por lo que no pudo evitar el codazo que lanzó hacia atrás. Le golpeó a un lado de la cara. Y Nate vio las estrellas.

Soltó a Pyro Storm.

Y empezó a caer.

—¡Nate! —gritó Shadow Star.

Continuará…

Comentarios:

SuperFanDeLosExtraordinarios 14:45: ¡AH, POR DIOS! ¡Ha sido ASOMBROSO! ¡¡¡¿Por qué tuviste que dejar ese FINAL ABIERTO?!!! AAAAAAAAH.

PyroStarEsVida 15:13: Ya sé que no querías que te lo repitieran, pero creo que Pyro Storm y Shadow Star están enamorados. ¡¡¡Hay mucha tensión!!! Deberían besarse y ver si les gusta. ¡Nate lo entendería!

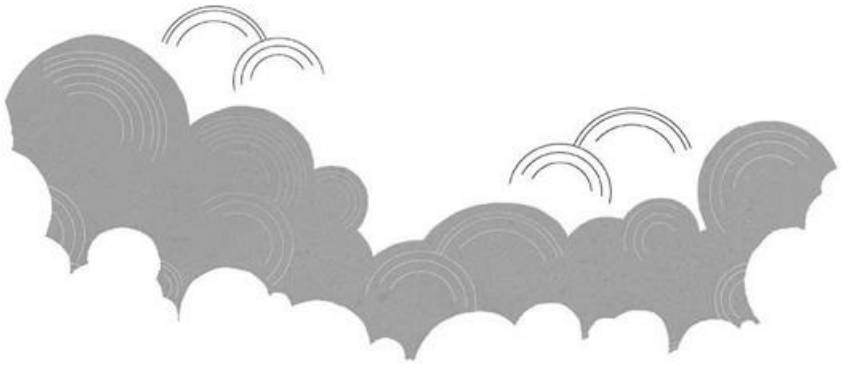
MagmaArdiente 16:04: ¿Cuánto va a durar esto? Llevas escribiendo este *fanfic* desde hace un año. Solo quiero que Nate y Shadow Star terminen juntos. Esta ya es la obra más larga del *fandom*.

ChicaExtraordinaria 16:14: ¡¡¡¡JLKHGSLKDHT!!!! ME GUSTAAAA DEMASIADO. ES MI *FANFIC* FAVORITO DE TODO ESTE SITIO GAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHH.

ShadowStarPrecioso 16:25: ¿¿¿Por qué de pronto Nate tiene TDAH y migrañas??? Nunca habías mencionado nada de eso antes. Sin ofender, pero esto es MUY poco realista. ¿Cómo se libró Nate de las ataduras? ¿Cómo saltó sobre Pyro Storm? Me gusta, pero tienes que ser más realista si quieres hablar de la vida real de los Extraordinarios.

FireStoner 16:36: SHADOW STAR ES HETEROSEXUAL. ÉL ESTÁ ENAMORADO DE REBECCA FIRESTONE. DEJA DE HACERLO GAY, ES RARO. ÉL NO ES GAY. NO TODO TIENE QUE SER GAY TODO EL TIEMPO. NO ENTIENDO A ESTOS NIÑOS QUE ESTÁN OBSESIONADOS CON HACER ESTAS RELACIONES. ¡¡¡¡¡DEJAD DE HACER TODO GAY!!!!!

ElRetornoDelGray 17:15: Siento no haber podido revisar esto. Me surgieron cosas. Hiciste un buen trabajo. Me gustó mucho. Pero hiciste mucho énfasis en que Pyro Storm es mucho más musculoso que Shadow Star. ¿Por qué? Te mando un mensaje más tarde.



1

Nick Bell miró fijamente su teléfono mientras se acomodaba en la cama.

—No es gay —murmuró para sí mismo—. Lleva *lentejuelas* en el traje.

Pensó en borrar el comentario, pero ya había varios que le habían respondido para vengarse de FireStoner, por lo que decidió no hacerlo. Fuera quien fuera, iba a aprender rápidamente que nadie comentaba un *fanfic* de *ShadowStar744* de ese modo. Después de todo, Nick era uno de los escritores más populares entre los seguidores de los Extraordinarios (incluso aunque tuviera que usar el nombre de ShadowStar744 porque los que iban del 1 al 743 ya los habían cogido otros, malditos bastardos) y las relaciones de ese estilo siempre serían más populares que las tonterías heterosexuales que FireStoner parecía querer. «Heterosexuales», pensó Nick mientras sacudía la cabeza. Nunca los comprendería.

Y los otros cuarenta y dos comentarios no estaban tan mal. Especialmente para un capítulo tan corto que terminaba con el trigésimo segundo final abierto seguido. Gracias a Dios que sus seguidores lo entendían. Eran la única razón por la que seguía escribiendo lo que podía considerarse una oda masturbatoria de un cuarto de millón de palabras a Shadow Star. Sin ellos, el *fanfic* probablemente habría terminado hace mucho tiempo, o peor, habría sido uno de esos trabajos inacabados que se convierten en un cuento con moraleja para las personas nuevas del *fandom*. Podía lidiar con algún que otro idiota como FireStoner.

Abrió Tumblr y reposteó algunas cosas hasta que encontró un dibujo bastante subido de tono de Shadow Star en una pose sugerente que era físicamente imposible y erótica, pero decidió no repostearla. Desde que su padre descubrió Tumblr y su hijo había subido por accidente un dibujo que aparentemente «ningún menor de dieciocho años debería ver», había intentado mantener las apariencias. Era la única manera de que su padre le permitiera conservar su página de Tumblr, incluso después de que las autoridades decidieran que mostrar algo tan intranscendente como un par de pezones podía considerarse pornografía. Eso, y que su padre le había pedido la contraseña. Nick tenía pesadillas en las que su padre entraba en su cuenta y escribía a todos sus seguidores que lo castigaría si llegaba a ver algo remotamente explícito en su página, tal y como había amenazado con hacer.

Nick se había sentido completamente avergonzado.

Lo que, por supuesto, empeoró cuando su padre le miró con el ceño fruncido, como si la idea le hubiera llegado más tarde, y le dijo: «Creo que también deberíamos hablar sobre por qué hay un hombre desnudo en tu página, Nicky. A menos que sea algo artístico. No entiendo el arte».

Y lo que Nick le respondió no fueron palabras, sino más bien una combinación de sonidos dignos de un documental sobre los hábitos de apareamiento de los ciervos de la región del noroeste del Pacífico. Su cerebro había sufrido un cortocircuito mientras intentaba encontrar una explicación lógica a por qué había decidido repostear una foto de Shadow Star con un bulto cómicamente gigante que le hacía parecer como si necesitara atención médica de inmediato.

Su padre esperó.

Finalmente, Nick habló.

—Sí, eso.

—Está bien. ¿Has mantenido relaciones sexuales? —preguntó su padre.

—No, papá, por favor, ¿por qué habría…? —respondió Nick.

—¿Sabes lo que es un condón? —insistió.

—Sí, papá, por Dios, sé lo que es un condón…

—Bien. Eso significa que lo usarás cuando decidas tener relaciones sexuales. Y ya veo que no falta mucho para eso.

—Sí, papá, por Di… Mmm, quiero decir, no, no voy a tener relaciones sexuales, ¿por qué has tenido que decir eso?

—Te diría lo mismo si fuera con una chica. Envuélvelo bien, Nicky. Siempre envuélvelo bien antes de meterlo en cualquier sitio. —Ladeó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos para mirar a su único hijo—. O de que te metan algo a ti también. ¿Cómo se dice?, ¿*bottoming*? No me importa si eres pasivo o lo otro. Usa protección.

Nicky estaba al borde del colapso: la sinapsis estaba descontrolada, tenía los ojos casi desorbitados y la respiración acelerada mientras empezaba a hiperventilar. Su padre había estado para él, por supuesto, como siempre que Nick perdía un poco el control. Se sentó a su lado, le rodeó los hombros con un brazo y esperó hasta que la cabeza de su hijo empezó a despejarse.

No hablaron mucho más del tema después de eso. Los hombres Bell no eran los mejores para comunicar sus sentimientos, pero Aaron Bell le dejó bien claro que había pervertidos por todas partes y que, aunque algunas de las personas con las que Nick interactuaba en línea parecían agradables, también podían ser cuarentones que todavía vivían en el sótano de sus madres, acechando adolescentes desprevenidos para cometer actos atroces como convertir a sus víctimas en marionetas o usar su piel.

Y aunque Nick no creía que algo como eso le fuera a suceder a él, no estaba tan seguro. Después de todo, era el hijo de un policía. Conocía las estadísticas y había crecido escuchando historias horribles sobre lo que su padre había visto en su trabajo. No quería terminar siendo la marioneta de nadie, así que decidió dejar de repostear pornografía, sin importar lo buena que fuera.

(Lo que significaba que también tuvo que cerrar su otra cuenta de Tumblr, que era

considerablemente más adulta, pero cuanto menos se hablara de eso, mejor).

Y así fue cómo le contó la verdad a su padre a los quince años.

Gracias al porno de los Extraordinarios.

Era tan joven en ese entonces, tan ingenuo. Ahora tenía dieciséis. Era un hombre. Aunque quizá, un hombre que una vez había comprado una almohada en Etsy con la cara de Shadow Star. O que había revisado el seguimiento del paquete cada hora para asegurarse de que, en el momento en que estuviera en su puerta, fuera él quien lo recibiera. No porque se sintiera avergonzado (incluso aunque ahora estuviera escondida debajo de su cama), sino porque… le harían muchas preguntas y Nick no había estado de humor para responderlas.

(Es necesario contar que tres días después de recibir la almohada, la besó…, aunque sabía que no era algo precisamente normal).

Pero seguía siendo un hombre. Había prometido tomar buenas decisiones este nuevo año en el instituto, borrón y cuenta nueva para los dos. Nuevo día, nuevo amanecer, bla, bla, bla.

Se estaba calzando sus zapatillas desgastadas cuando alguien llamó a la puerta. Eso también había sido parte del trato: debía confiar en Nick y lo dejaría tener la puerta cerrada si era lo suficientemente responsable como para lavar su propia ropa, de modo que su padre no encontrara ninguna evidencia de que Nick había estado… explorando su cuerpo. Nick lo quería mucho, pero su singular talento para hacer que su vida fuera un infierno era algo que no debía pasarse por alto.

—Desayuno —gritó desde el otro lado de la puerta—. Será mejor que te estés preparando, Nicky.

Nick puso los ojos en blanco.

—Estoy en ello.

—Ya veo. Deja de «tumblerear» y baja de inmediato. Las tostadas no esperan a nadie.

—Ya bajo. Y no se dice *tumblerear*, hombre ignorante. Dios, es como si no supieras nada de nada.

Escuchó las pisadas de su padre a medida que se alejaban por el pasillo hacia la escalera. Las tablas del suelo crujían, algo que llevaban años hablando de arreglar. Pero eso fue… bueno. Antes. Cuando las cosas estaban bien y todo tenía sentido. Claro que su padre también había trabajado demasiado por aquel entonces, pero ella siempre había estado ahí para refrenarlo y decirle con firmeza que debía cenar en casa al menos tres veces a la semana como una familia. Ella le decía que no pedía demasiado. Pero todos entendían que no era solo una simple petición.

Su padre seguía trabajando mucho.

Nick se levantó de la cama. Puso su teléfono en vibración (mientras se quejaba una y otra vez en voz baja por eso de tumblerear) y cruzó la habitación hasta su escritorio para colgarse la mochila.

Ahí estaba ella, como siempre, atrapada en una fotografía. Le sonreía y dolía, incluso ahora. Sospechaba que siempre sería así, al menos un poco. Pero ya no era el vacío desgarrador que había sentido hacía dos años ni el dolor constante del año pasado. Seth, Jazz y Gibby ya no tenían que andar con cuidado cerca de él, como si pensaran que se echaría a llorar a la más mínima mención de una madre.

Su padre había hecho la foto. Había sido durante uno de sus viajes de verano fuera de la ciudad. Habían ido a la costa de Maine, a una cabaña pequeña junto al mar. Fue un viaje extrañamente frío y la playa estaba cubierta de rocas en lugar de arena, pero había estado… bien. Nick se había quejado sin parar por estar lejos de sus amigos, porque no había wifi, y se preguntaba constantemente si sus padres podían ser más crueles. Su padre reía y su madre le daba unas palmaditas en la mano, repitiéndole que sobreviviría.

Aunque él no estaba tan seguro.

Pero bueno, tenía trece años y, por supuesto, había sido demasiado dramático. La pubertad era una putada y hacía que su voz se quebrara cuando hablaba, sin mencionar los granos que habían decidido instalarse a cada lado de su nariz. Era torpe y desgarbado, y le salía pelo por todas partes, así que estaba en su naturaleza ser dramático.

No fue hasta después que Nick descubrió que su padre había hecho la foto.

Había sido a la mitad del viaje, cuando decidieron buscar el faro que se suponía que sería pintoresco, lo que en realidad significaba aburrido. Habían tardado un par de horas en llegar hasta allí porque estaba en medio de la nada y el mapa de papel que ella insistía en usar era completamente inútil. Pero entonces estuvieron a punto de pasar por delante de una señal medio oculta por un árbol viejo. Fue en ese instante que ella gritó «¡Allí!», con mucha fuerza y llena de entusiasmo. Su padre frenó en seco y Nick se rio por primera vez desde que puso un pie en el estado de Maine. Ella lo miró con una enorme sonrisa, su pelo rubio caía alrededor de su cara. Le guiñó un ojo cuando su padre gruñó y dio marcha atrás lentamente con el coche.

Poco después encontraron el faro.

Era más pequeño de lo que esperaba, pero había algo estimulante en la forma en que Jenny Bell abrió la puerta del coche en cuanto se detuvieron en el aparcamiento vacío, mientras las olas rompían como telón de fondo. Dejó la puerta abierta y les dijo: «¿Habéis visto? Sabía que lo encontraríamos. Sabía que estaba aquí».

Los hombres Bell la siguieron. Como siempre.

El pesado marco de la fotografía era de roble. La había cogido de la mesilla de noche de su madre sin pensarlo dos veces. Su padre no le había dicho nada cuando la vio en su escritorio la primera vez. Era algo de lo que no hablaban.

Una de tantas cosas.

Ella le sonreía todos los días. Debió de haber visto a su padre con la cámara, porque estaba

mirando justo en esa dirección, con la cabeza apoyada sobre el hombro de su hijo. Nick había levantado la cabeza hacia el cielo con los ojos cerrados.

Se parecían mucho. Su piel pálida y sus ojos verdes, su pelo rubio y sus cejas que parecían tener vida propia. No cabía duda de dónde venía. Su padre era mucho más grande de lo que Nick jamás llegaría a ser nunca, tenía piel morena y pelo oscuro, y más músculos sobre sus músculos, aunque ahora eran más suaves de lo que solían ser. Nick estaba escuálido y tenía brazos largos, mal coordinados en sus mejores días y completamente peligrosos en los peores. Los había heredado de ella, aunque en ella la torpeza resultara entrañable; en él, por el contrario, lo volvía propenso a romper una mesa o uno de sus huesos. Le había contado que había conocido a su padre después de haberse caído literalmente encima de él en la biblioteca. Estaba subida en una escalera, intentando alcanzar el estante más alto, justo cuando él pasó por debajo en el momento en que ella se resbaló y cayó. Según su padre, la atrapó en el aire, pero ella decía: «Sí, claro, seguro, aunque la verdad es que no lo hiciste porque caí justo encima de ti y los dos nos quedamos tirados en el suelo». Y luego empezaban a reír sin parar.

Nick se parecía a ella.

Se comportaba como ella.

No podía entender cómo su padre soportaba mirarlo.

—Voy a hacerlo mejor —dijo en voz baja, sin querer que su padre le escuchara. El hecho de que le hablara a la fotografía de su madre probablemente significaría volver al psiquiatra, algo que Nick quería evitar a toda costa—. Un nuevo Nick. Ya lo verás. Te lo prometo.

Apoyó los dedos sobre sus labios y luego sobre la fotografía.

Ella siguió sonriendo.

***

Su padre estaba en su pequeña cocina con un trapo viejo sobre el hombro. Se había quitado el uniforme en algún momento desde que llegó del turno de noche del trabajo. El desayuno era el único momento del día que pasaban juntos, a menos que su padre tuviera el día libre. Por lo general, era el único momento en que se veían durante semanas. Y ahora la situación sería más complicada porque había empezado el instituto, pero ya encontrarían una solución. Después de los sucesos de la primavera pasada, trabajaban juntos como un equipo.

La mesa ya estaba puesta, con los platos, los cubiertos y los vasos de zumo preparados para los dos. Y, por supuesto, la pastilla blanca y alargada con el ridículo nombre de Concentra. «La Concentra ayudará a que Nick se concentre», había dicho el médico con expresión seria. Su padre había asentido y Nick tuvo que, de algún modo, mantener la boca cerrada y no decir nada, ya que, probablemente, nadie aceptaría lo que dijera.

Su padre guardaba las pastillas en un lugar seguro de su habitación. Le había dicho a Nick que

no era porque no confiara en él, sino porque conocía los peligros de la presión social y no quería que Nick terminara atrapado en el mundo de las drogas, vendiéndolas bajo las gradas del campo de fútbol.

«Gracias por no dejar que me convierta en narcotraficante», le había dicho a su padre. «Sentía que las garras del crimen ya me estaban atrapando, pero tú me salvaste».

Nick cogió la pastilla y, justo cuando su padre se giró para mirarlo con una ceja levantada, la tragó con un sorbo de zumo de naranja. Asqueroso. Se acababa de lavar los dientes y ahora tenía un sabor a putrefacción en la boca. Hizo una mueca de repulsión y sacó la lengua para enseñarle que se había tragado la pastilla.

Su padre se volvió de nuevo hacia los fogones y la creciente pila de tostadas.

En la encimera, cerca de la nevera, había un viejo televisor que siempre usaban para ver las noticias. Nick estaba a punto de ignorar lo que echaban cuando el presentador con el impoluto peinado anunció que tenían a Rebecca Firestone en directo en el lugar de los hechos.

La atención de Nick se centró en la pantalla mientras cogía el mando a distancia de la mesa y subía el volumen.

No importaba nada más. Ni el regusto amargo de la pastilla. Ni que su padre parecía estar haciendo suficientes tostadas francesas como para alimentar a una familia de treinta y cuatro integrantes. Ni siquiera el hecho de que Nick estaba seguro de que había olvidado ponerse desodorante después de la ducha. Nada. Lo único que le importaba era Rebecca Firestone. Porque si Rebecca Firestone estaba en directo, solo podía significar una cosa.

Shadow Star.

Y ahí estaba, con su maquillaje perfecto, su pelo castaño peinado estilo pixie, sus ojos grandes y sus dientes tan blancos como los de una estrella de Hollywood mientras sonreía a la cámara. Detrás de ella, una fila de coches patrulla con las luces parpadeando sobre la acera.

—Gracias, Steve. Me encuentro en la intersección de la calle 48 y Lincoln Street frente a la Torre Burke, donde anoche se llevó a cabo un brutal intento de robo. —La imagen cambió y mostró el inmenso rascacielos que se elevaba sobre Ciudad Nova—. Algunas fuentes nos confirmaron que se trató de un golpe por un grupo de militantes armados que se lanzó en paracaídas sobre la azotea de la Torre Burke. Aunque todavía se desconocen sus intenciones, sus planes fueron inmediatamente desbaratados cuando se encontraron con el Extraordinario protector de Ciudad Nova, Shadow Star.

—Inmediatamente desbaratados —musitó Nick, haciendo una mueca—. Como si eso sonara natural. Consíguete un editor, Firestone. Eres una vergüenza para tu profesión.

La pantalla volvió a mostrar a Rebecca Firestone. Esbozaba una amplia sonrisa y tenía las mejillas sonrosadas.

—Tuve la oportunidad de hablar con Shadow Star fuera de cámara esta mañana y me contó

que, si bien los milicianos estaban preparados, no siguieron adelante con su plan de intentar acceder a través del sistema de ventilación. Los siete fueron neutralizados en cuestión de segundos y ya han sido entregados a las autoridades. Ningún civil resultó herido.

Nick no estaba para nada embelesado. Y, si ese fuera el caso, no tenía nada que ver con Rebecca Firestone. Ella era un parásito retorcido pegado a la maravilla que era Shadow Star. Casi todos creían que había habido algo entre ellos en algún momento. Y, si bien Nick sabía que Rebecca Firestone no era nada más que una reportera entrometida que vivía para hacer el papel de damisela en apuros, Shadow Star siempre estaba ahí para rescatarla, sin importar qué hubiera hecho ella para meterse en problemas.

Nick no admiraba para nada a la autoproclamada reportera intrépida. Era evidente que solo estaba usando a Shadow Star para hacerse un nombre en el despiadado mundo de los reportajes sobre los Extraordinarios. Puede que Shadow Star tendiera a darle exclusivas que no le daba a nadie más y puede ser que quizá hubiera aparecido esa fotografía cuando la había salvado de un edificio en llamas, donde Rebecca abrazaba sus brazos musculosos y mantenía la cara presionada contra su cuello. Y sí, Nick la había impreso y la usaba como blanco para la diana de dardos que tenía colgada en su habitación, pero no porque estuviera celoso. Solo era un acérrimo defensor de la ética en el mundo del periodismo.

—Aquí tenemos al jefe de la policía de Ciudad Nova, Rodney Caplan.

La cámara se desplazó hacia la izquierda y encuadró a un gran hombre negro junto a Rebecca Firestone. Sudaba profusamente y su denso bigote estaba levemente caído. El uniforme le apretaba a la altura de la barriga y, cuando la cámara lo enfocó, se secó la frente e intentó sonreír, aunque fue más bien una mueca de incomodidad.

—Parece que a Cap le vendrían bien unas vacaciones —dijo Nick sin apartar la mirada de la televisión.

—Todos las necesitamos, hijo —respondió su padre—. Quizá la próxima vez que venga a cenar puedes decírselo. Para ver qué opina.

—Ya lo hice la última vez y se rio en mi cara.

—Eso fue porque no tenía sentido que se lo recordaras.

—Refuerzo positivo —le recordó Nick.

—Está bien, lo siento. Fue una tontería, pero lo dijiste con buenas intenciones. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias.

—¿Qué puedes contarnos, jefe? —preguntó Rebecca Firestone.

—Absolutamente nada —contestó Cap—. De hecho, ya sabes más de lo que deberías. Puede que más que nosotros.

Rebecca Firestone apenas titubeó. Algunos dirían que era profesional, pero Nick no era una de

esas personas.

—Este es el tercer operativo criminal contra la Torre Burke en los últimos cinco meses. Sin duda, todos fueron frustrados gracias a Shadow Star, pero…

—No, nada de darle las gracias a Shadow Star —la interrumpió Cap, mirando a la cámara—. Esto se logró gracias al arduo trabajo de los hombres y mujeres del Departamento de Policía de Ciudad Nova. Definitivamente, no necesitamos a estos justicieros disfrazados, volando con sus capas y sus poderes, intentando…

—Shadow Star no usa capa —dijeron Nick y Rebecca Firestone al unísono.

Cap se giró y miró a Rebecca Firestone.

Su padre se volvió y miró a Nick.

Nick lo ignoró.

—Pero ¿no es verdad que Shadow Star…? —preguntó Rebecca Firestone.

—Lo único que sabemos es que Shadow Star es el responsable de estos crímenes —añadió Cap con su bigote aún más caído y con el ceño fruncido—. Y lo utiliza como un medio para mejorar su reputación. Estos grupos podrían estar trabajando para él, como una especie de puesta en escena para hacerlo quedar como un héroe. Ciudad Nova era más segura antes de que reaparecieran los Extraordinarios y yo haré todo lo posible para verlos a todos tras las rejas.

—Sí —dijo Nick—. Invita a Cap de nuevo. Tengo algunas cosas que me gustaría discutir con él.

En lugar de responder, su padre pasó un brazo por encima del hombro de Nick y apagó la televisión. Fue una respuesta contundente y Nick estaba impresionado. Molesto, pero impresionado.

—Estaba viendo eso.

—Desayuno —dijo como si Nick no hubiera dicho nada.

Como se suponía que Nick tenía que hacer de este un año mejor, no se opuso, al menos, no en voz alta. Dentro de su cabeza, la respuesta fue dura y devastadora.

—¿Por qué no estabas ahí? —preguntó, moviendo la silla y sentándose.

Su padre se pasó una mano por la cara mientras se sentaba al otro lado de la mesa.

—Si te digo que estuve ahí, solo podrás hacerme dos preguntas, solo dos.

Nick se quedó boquiabierto.

Su padre se sirvió dos tostadas en su plato.

—Pero… Quiero… No puedes…

—Dos preguntas, Nicky. No las desperdicies.

Su padre era fantástico. Duro, pero agradable. Era bueno en lo que hacía. Cuando reía, sus ojos se arrugaban, las líneas alrededor de su boca se profundizaban y eso lo hacía feliz, aunque ya no lo hiciera tan a menudo como antes. Era valiente, justo y, a veces, Nick no sabía qué haría

sin él.

Pero también podía ser el más capullo. Como en este momento.

—Siete preguntas.

—Ninguna pregunta —respondió, pasándole la mantequilla.

—¡Seis preguntas!

—Ya me he aburrido de esto.

—Eres terrible negociando. ¿Cómo se supone que voy a aprender a ser adulto cuando mi figura paterna se niega a trabajar conmigo?

—La vida es una mierda, muchacho. Quédate con lo que tiene para ofrecerte.

—Está bien. Dos preguntas.

Señaló a Nick con su tenedor.

—Mientras comes. Acabas de tomarte la pastilla. Necesitas tener comida en el estómago.

—Se supone que tengo que esperar treinta minutos antes de…

—Nicky.

—¿Qué buscaban? —preguntó, metiéndose un trozo de pan en la boca.

—No lo sé. No hablé con ninguno de ellos antes de que se los llevaran. Cap me pidió que volviera a casa porque sabía que era tu primer día de clase. Me dijo que te recordara que hay una celda vacía con tu nombre esperándote si aparece una calificación más baja que un 7 en tu boletín de notas, en cualquier momento de este año.

—Me pregunto si el alcalde sabe que los agentes de su departamento de Policía amenazan a menores.

—Lo sabe —contestó su padre—. Y está completamente de acuerdo. Te queda una pregunta.

Como si no supiera lo que Nick estaba a punto de preguntarle.

—¿Lo viste?

—Sí —contestó, vertiendo una cantidad asquerosa de sirope.

Nick esperó.

Su padre no dijo nada.

Nick sabía jugar a este juego.

O, pensándolo bien, no lo hacía.

—¿Y?

—¿Esa es otra pregunta?

Nick apenas se contuvo de lanzarle el tenedor a la cabeza.

—¿Por qué eres así?

Su padre esbozó una sonrisa.

—Porque tu angustia adolescente me hace feliz como padre.

—¡Papá!

—Sí, Nick. Vi a Shadow Star. Incluso hablé con él. De hecho, le pedí un autógrafo para ti. Y su número de teléfono. Me lo dio cuando le dije que estás enamorado de él. Dijo que le encantaría tener una cita contigo porque le pareciste encantador cuando le enseñé una foto tuya…

—Por favor, dime que soy adoptado —suplicó Nick—. Es lo único que podría salvarme del desastre que es mi vida.

—Lo siento, muchacho. Saliste de mi entrepierna.

Nick soltó un quejido y dejó caer la cabeza sobre la mesa.

—¿Por qué tienes que decirlo de ese modo?

Nick sintió una mano sobre su nuca que lo acarició con suavidad.

—Porque te ves adorable cuando estás incómodo. En especial, cuando hablo de tu novio.

—No es mi novio —musitó Nick sin levantar la cabeza de la mesa—. Ni siquiera sabe que existo.

—Probablemente sea lo mejor. Seguro que se quedaría horrorizado cuando viera lo que tumblereas sobre él. A nadie le gustan los acosadores, Nicky.

Nick apartó la mano de su padre cuando se incorporó en la silla.

—Yo no soy un acosador…

—No, no lo vi. Nadie lo vio. Y tiene suerte de que no lo hiciéramos porque lo habríamos arrestado en el acto. Malditos Extraordinarios. Lo único que hacen es…

—Hacer vuestro trabajo más difícil, lo sé. Lo dices todo el rato. Pero, papá, puede trepar por las paredes y controlar las sombras. Creo que no entiendes lo increíble que es eso.

—Ah, claro que lo entiendo, por supuesto. Pero tiene que dejarnos hacer nuestro trabajo. La vida no es uno de tus cómics, Nick. Esto es real. La gente puede salir herida.

—¡Él es uno de los buenos!

Su padre resopló.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo.

Su padre sacudió la cabeza.

—La vida no es blanco o negro. No gira en torno a héroes y villanos. Shadow Star es peor que un grano en el culo, igual que el tipo ese de fuego…

—Pyro Storm, y no te atrevas a compararlos de ese modo. Pyro Storm es el archienemigo de Shadow Star, y el destino de Ciudad Nova se mantendrá en equilibrio siempre y cuando Shadow Star luche por nosotros contra la tiranía de…

—Son todos unos idiotas que usan ropa ajustada de segunda mano.

Nick lo fulminó con la mirada.

Su padre se encogió de hombros.

Nick decidió ser benevolente.

—Voy a fingir que nunca dijiste eso.

—Guau, qué afortunado soy.

Puede que no tan benevolente.

—Este va a ser el peor comienzo de curso de toda mi vida.

—Lo que me recuerda…

Sí, eso fue su culpa. Debería haberlo visto venir.

—No vamos a hacer esto de nuevo.

—Creo que sí —respondió su padre, reclinándose sobre la silla y cruzándose de brazos. Nick notó las ojeras que tenía bajo los ojos y las arrugas en la frente, marcas que no habían estado allí hacía un par de años. Sintió una punzada en el pecho. Se obligó a no mirar a todos los fantasmas que seguían rondando la cocina: el especiero que ninguno se animaba a tocar, los trapos favoritos de su madre frente al horno, con gatitos bordados—. Es solo para saber que estamos en sintonía.

Mejor terminar con esto de una vez por todas.

—Prestaré atención.

—¿Y?

—Haré mis deberes todas las noches.

—¿Y?

—Si tengo problemas, te pediré ayuda.

—¿Y?

—Si todo empieza a superarme, te lo diré.

—¿Por qué?

Nick apenas contuvo el gemido de frustración.

—Porque es más fácil afrontar las cosas juntos que solos.

Su padre asintió lentamente.

—Muy bien —y luego añadió—: Ya sé que ha sido duro, Nick. Y yo no fui la mejor persona para acompañarte.

—Eso no es…

Su padre levantó una mano y Nick se quedó en silencio.

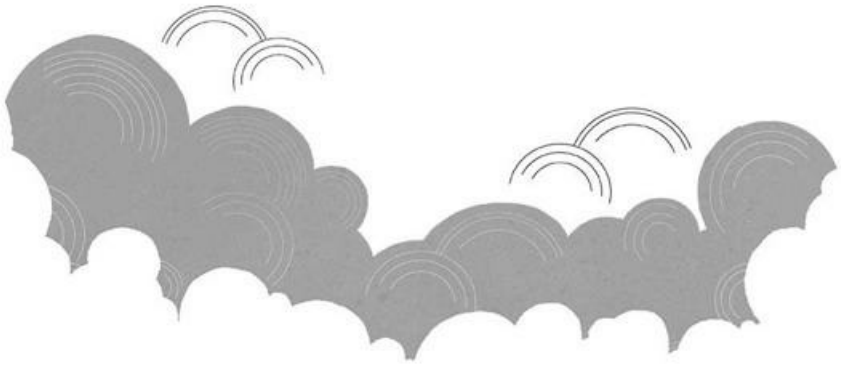
—Cometí errores. Errores que no debería haber cometido. Te prometí ser mejor y voy a intentarlo. Puede que necesite que me lo recuerdes de vez en cuando, pero yo sé que lo harás. Y tú sabes que yo haré lo mismo por ti. Tenemos que ser un equipo, muchacho. Es… lo que ella hubiera querido. Lo sabes tan bien como yo.

Nick asintió, ya que no confiaba lo suficiente en sí mismo como para hablar.

—Bien, choca esos cinco. —Levantó una mano.

Dios, su padre daba tanta vergüenza.

Pero Nick le chocó los cinco de todas formas.



2

Gibby y Jazz lo estaban esperando en la estación de la calle Franklin cuando Nick se bajó del metro. Estaban sentadas en un banco de metal bastante cerca la una de la otra. Gibby miraba a la multitud que bajaba por las escaleras hacia la calle y Jazz hacía una pompa rosa con un chicle, mientras retorcía su pelo oscuro y desaliñado entre sus dedos. Tenía el teléfono sobre su regazo y los cascos conectados, uno en su oreja y el otro en la de Gibby.

Gibby se había identificado como lesbiana *butch* hacía poco tiempo, lo que la llevó a raparse la cabeza y usar una cadena para su cartera. Se aseguraba de que todo el mundo supiera que, si la llamaban Lola, recibirían una patada en las pelotas. Cualquiera que no creyera que hablaba en serio recibía una valiosa lección, como cuando un deportista descerebrado le había guiñado un ojo y ella hizo exactamente eso. El tipo tuvo que sentarse sobre una bolsa de hielo durante varios días. Gibby fue castigada durante una semana.

Pero había valido la pena, o eso aseguraba ella. Decía que el mundo necesitaba más lesbianas negras y no toleraría ninguna de esas mierdas de nadie, nunca más.

Desde ese momento, Nick decidió apoyarla al cien por cien en cada decisión que tomara. Ayudaba que se viera preciosa con la cabeza rapada, algo que Nick nunca probaría, dado que lo haría parecer demasiado cabezón.

La burbuja de Jazz estalló cuando lo vio acercarse, y ella esbozó una sonrisa mientras volvía a meter el chicle en la boca.

—Nicky, vi una paloma comiéndose un burrito en el metro. Iba a hacerle una foto porque me pareció artística, pero entonces un vagabundo con un abrigo naranja le dio una patada y arruinó la toma.

Nick se tropezó suavemente con uno de sus robustos zapatos que, probablemente, costaban más que toda su habitación.

—¿Le pegó una patada al burrito o a la paloma?

Jazz se encogió de hombros.

—A los dos, creo. Después iba a hacerle una foto al vagabundo, pero empezó a mear en un rincón, así que decidí que sería mejor cambiarme de vagón y no sufrir por mi arte.

—Eres toda una Van Gogh.

—Pero él se cortó la oreja en un ataque de locura y se la entregó a una trabajadora sexual llamada Rachel —añadió Jazz con seriedad—. Todavía no estoy a ese nivel. No me gusta el dolor y la única trabajadora sexual que conozco es Amanda.

—¿Cómo está? —preguntó Nick.

Jazz se encogió de hombros.

—Bien, supongo. No la veo desde que mamá decidió que papá necesitaba ir a terapia en lugar de usar sus servicios.

—Para que conste, me gustan tus partes, así como las tienes —comentó Gibby, presionando la rodilla de Jazz.

—Te daría mi oreja si me la pidieras —dijo Jazz, con sus ojos azules bien abiertos mientras mascaba el chicle—. Pero mi cara dejaría de ser perfectamente simétrica. —Frunció el ceño—. Puede que no me quede tan mal.

—Ajá —dijo Nick—. Fascinante. En serio. Entonces, Gibby, sobreviviste al Verano del Amor. Felicidades.

Durante los últimos meses, se había ido de viaje con sus padres cuando decidieron que su familia necesitaba alquilar una vieja camioneta y recorrer el país con el pretexto de visitar universidades, aunque en realidad era para conocer distintas comunidades hippies, ya que estaban sufriendo la crisis de mediana edad (según Gibby) y creían que eran mejores hippies que contables. Supuestamente, decían que la comunidad del amor libre necesitaba más gente negra.

Nick no sabía qué hacer con esa información, por lo que simplemente le dio una palmada en el brazo en junio y le dijo que se divirtiera.

Había logrado evitar una patada en las pelotas. Pero solo por muy poco.

Lola Gibson era así de feroz.

A su novia, Jasmine Kensington, no le había gustado la idea de que Gibby se fuera durante tanto tiempo. Tampoco había ayudado a su ansiedad el hecho de que Gibby estuviera en su último año a punto de graduarse, a punto de entrar en el mundo real antes que ella. Le dijo a Gibby que no tenía permitido enamorarse de ninguna hippie que usara faldas de cáñamo que luego se fumaría. Gibby estuvo de acuerdo de inmediato, y ni se molestó en aclararle que la mayoría de los hippies no se fumaban la ropa.

A Nick les resultaba desagradablemente dulces. O dulcemente desagradables. La verdad era que dependía del día.

Gibby había regresado hacía una semana, pero Jazz había dejado bien claro que pasaría todo el tiempo posible con Gibby antes de que empezaran las clases. Lo cual estaba bien, considerando que Nick había estado ocupado intentando terminar el último capítulo de *Aquí es donde quemamos la Tierra*. Ellas tenían sus prioridades y él las suyas.

Además, pasar tiempo con Jazz y Gibby, mientras reconectaban después de meses y meses de separación, habría significado, probablemente, verlas besarse y susurrarse cositas tiernas al oído todo el tiempo. Nick no era lo suficientemente masoquista como para ser testigo de eso durante mucho tiempo. Quería mucho a sus amigas *queer*, pero no quería verlas tragarse sus lenguas. Por

eso les había dado su espacio. Era un acto altruista si lo veía de ese modo.

—Verano del Amor —repitió Gibby. No parecía muy entusiasmada.

Nick dio un paso hacia atrás para proteger sus pelotas. Sus botas parecían nuevas y no quería descubrir si tenían la punta de acero. Además, la cadena de su cartera era más grande que la que tenía antes, y él no estaba lo bastante versado en el idioma de las lesbianas como para saber si eso significaba algo.

Gibby puso los ojos en blanco.

—Si tengo que sentarme en un círculo de tambores otra vez en mi vida, seguramente me convierta en una asesina en serie.

—¿Ya has elegido universidad?

Jazz frunció el ceño y Gibby lo fulminó con la mirada. Nick dio otro paso hacia atrás.

—Todavía no lo he decidido —respondió Gibby apretando los dientes—. Pero gracias por preocuparte por mi futuro y mencionarlo justo en este momento.

—Sí —añadió Nick—. Suelo hablar antes de pensar. Solo…

—Puedo soportarlo —le cortó Jazz con seriedad—. Quiero decir, claro, probablemente llore mucho y se me corra el maquillaje y será todo culpa tuya, pero puedo soportarlo. Tengo pelotas de mujer.

—Sé que las tienes —respondió Gibby—. Pero aún no he tomado ninguna decisión. Tú serás la primera en saberlo.

Jazz pareció tranquilizarse por un momento y Nick se preguntó cuánto tiempo duraría.

Pero entonces Gibby le sonrió y se dio cuenta de que debería haber mantenido la bocaza cerrada. Lola Gibson tenía tres sonrisas: la cariñosa que siempre se reservaba para Jazz, la que usaba cuando intentaba contener la risa y la que hacía cuando estaba a punto de ser una magnífica gilipollas. Él había sido víctima de esa última sonrisa muchas veces, y nunca dejaba de hacerle sentir escalofríos.

—Entonces, Nicky —dijo, y Nick pensó seriamente en escabullirse entre la multitud y desaparecer para siempre—. Hablando del Verano del Amor, ¿cómo está Owen?

Nick la miró con el ceño fruncido.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Ajá. ¿Y Seth?

—En serio, sigo sin tener ni idea de lo que estás hablando.

Jazz, quien nunca entendía estas situaciones, añadió:

—Creí que Owen y Nick habían terminado. ¿Recuerdas? Nick dijo que Owen era un idiota, y Owen, como siempre, dijo que no podía dejarse dominar por una sola persona, y luego Seth dijo que él…

Gibby le tapó la boca con una mano para callarla.

Nick sabía que se estaba sonrojando, pero hizo de todo para sobreponerse.

—¿Qué dijo Seth?

Lo ignoraron y mantuvieron una conversación en silencio en la que abundaban las miradas entrecerrando los ojos y los movimientos de cejas. Duró mucho más tiempo de lo que Nick podía soportar. Finalmente, Jazz asintió y Gibby dejó caer la mano sobre su propio regazo.

—Quiero decir, ni siquiera sé de qué estamos hablando ahora. ¿Te conté lo de la paloma y el burrito? Era un burrito de desayuno —añadió Jazz y lo miró con los ojos entrecerrados—. Y una paloma enorme.

Nick se cruzó de brazos.

—Ya han pasado varios meses. No estábamos… No éramos novios ni nada. Owen era…

Nick no sabía muy bien cómo terminar la frase. De hecho, la mayor parte del tiempo, ni siquiera sabía cómo describir a Owen Burke. Ah, claro, era atractivo, popular y todos parecían adorar todo lo que hacía, solo porque tenía la fuerza gravitacional de un planeta gigante. Lo único que tenía que hacer era sonreír de forma diabólica y casi todos (*queer* o no) acabarían haciendo lo que él quisiera.

Incluido Nick, para su desgracia.

Antes de las vacaciones de Navidad del año pasado, Owen se había acercado a su mesa con una amplia y blanca sonrisa y su devastadora chaqueta de cuero que, probablemente, había sido el mejor ejemplar bovino del campo. Sabían quién era, por supuesto; todo el mundo lo sabía. Procedía de una familia adinerada (quizá la más rica de todas). Su padre era Simon Burke, CEO de las Farmacéuticas Burke. Seth estaba convencido de que solo era la tapadera de algo más siniestro, pero Seth siempre creía que todo era la tapadera de algo más siniestro. Incluso Owen.

Nick, por otro lado… Había estado… bueno… No enamorado, no exactamente. Pero tenía quince años y las hormonas muy alteradas, y Owen era probablemente el chico más atractivo de todo el instituto y, por alguna razón, había decidido hacer que Nick fuera el centro de toda su atención.

Lo que significó que Nick hiciera el ridículo con bastante regularidad.

Jazz estaba confundida. Gibby estaba molesta. ¿Y Seth?

Seth se había alejado. Solo un poco al principio, pero debería haber sido suficiente para encender todas las alarmas internas de Nick. Pero Nick parecía haber sido absorbido por el planeta Owen, y no fue hasta que Seth se volvió claramente hostil (algo que Nick no había esperado de su mejor amigo desde hacía casi una década) que entendió que algo no andaba bien. Nunca se lo dijo a Owen a la cara (Seth era demasiado refinado para eso), pero ¿cuándo estaban solos Nick y Seth, y Nick mencionaba a Owen por enésima vez en los últimos treinta y seis minutos? Sí. Seth podía ser bastante hostil.

—No fue nada —dijo Nick finalmente—. Apenas lo vi este verano. Estuve demasiado

ocupado.

—Ajá —dijo Gibby, sonando aburrida con todo aquello—. Acosar a un Extraordinario lleva mucho tiempo, supongo.

—No lo estoy acosando.

—Hola, perdón por llegar tarde.

Nick se giró, y una de las mejores personas del mundo entero apareció a su lado, levantando sus enormes gafas, que se habían deslizado levemente sobre su nariz, como siempre, un mechón de su pelo negro colgaba sobre su frente. Seth Gray, la persona en la que Nick confiaba más que nadie en el mundo. Llevaba su habitual jersey holgado sobre una camisa de la que solo se veía el cuello y que usaba por debajo de sus pantalones chinos. Y hoy, por alguna razón, había decidido usar una pajarita y Nick no sabía qué otra cosa hacer con esa pajarita que no fuera intentar enderezarla durante al menos tres horas seguidas, mientras le susurraba que era demasiado bueno para este mundo.

Mantuvo las manos alejadas.

Y luego notó algo…

—¿Estás más alto?

Seth lo miró con los ojos bien abiertos.

—¿Desde la última vez que nos vimos hace un par de días? No creo. Quiero decir, es posible, no me mido desde hace varias horas, pero…

—Parece que eres más alto.

—Ah —dijo Seth y apartó la mirada, acomodándose el cuello de su camisa—. Mmm, ¿gracias?

—Ah, por Dios —balbuceó Gibby—. ¿Esto sigue pasando?

—A mí me parece que son una monada —le susurró Jazz.

Nick ignoró lo que fuera que estuvieran hablando. Seguía impactado por el hecho de que sus ojos ahora estaban casi a la misma altura, lo que le causaba un nivel de consternación para el que no estaba preparado. No cuando Seth siempre había sido pálido y regordete, con un pelo rizado que debería ser ilegal por lo perfectamente desordenado que se veía. Pero siempre había sido más bajo que Nick y…

—¿Estás usando plantillas?

Seth se movió como si estuviera nervioso.

—No, no estoy usando plantillas. Puede que tú hayas encogido.

—No he encogido. Ni siquiera es posible.

Seth empezó a decir algo, pero lo interrumpió con un bostezo. Nick frunció el ceño.

—¿Estás cansado? ¿Por qué estás cansado? Pareces cansado. ¿No dormiste lo suficiente anoche?

Seth extendió la mano y le apretó el hombro.

—Estoy bien, Nicky. Solo me acosté tarde.

—¿Por qué?

—Porque no dejaba de dar vueltas en la cama. Supongo que estaba nervioso por hoy. Primer día de clase y todo eso. Ya sabes cómo me pongo.

Nick lo sabía. A veces, Seth se preocupaba demasiado por nada y Nick se frustraba un montón, porque significaba que había algo que lo hacía sentir mal y no podía hacer nada para destruirlo con sus propias manos.

Gibby se puso de pie, tirando de Jazz con ella.

—Por muy divertido que sea veros hacer… lo que sea que estéis haciendo, vamos a llegar tarde.

—No puedo llegar tarde —añadió Jazz, guardando sus cascos en la mochila—. Mi padre me dijo que, si llego a tiempo durante todo el primer mes, me comprará los zapatos de Alexander McQueen con la calavera en la punta que necesito para seguir existiendo.

—Suena a mentira, pero está bien —murmuró Nick, siguiendo a sus amigas hacia las escaleras del metro.

***

Las calles de Ciudad Nova estaban abarrotadas de gente mientras se dirigían al Instituto Centennial, hogar de «Los increíbles wómbats luchadores». El tráfico estaba colapsado y los taxis amarillos tocaban sus cláxones como si pudieran hacer que el resto de los coches avanzaran. Jazz y Gibby caminaban por delante cogidas de la mano. Jazz hablaba con mucho entusiasmo mientras Gibby fulminaba con la mirada a todos los que chocaban con ella.

Seth y Nick caminaban uno al lado del otro, apenas rozando sus hombros. Nick intentaba ver, a escondidas, si Seth de verdad llevaba tacones, pero seguían siendo los mismos mocasines adorables que siempre usaba.

—¿Qué? —preguntó Nick, que no había entendido lo que Seth estaba diciendo.

—He dicho que siento no haber tenido tiempo de revisar el capítulo antes de que lo publicaras —repitió Seth, ajustándose una de las tiras de la mochila.

—No pasa nada. Estaba bastante perfecto.

Seth resopló.

—Supongo.

No fue el elogio que esperaba.

—¿Supones?

—Estaba bien, Nicky.

Nick optó por creerle.

—Vi tu comentario. ¿Qué cosas te surgieron?

—Ah —dijo Seth—. Bueno, ya sabes. Cosas.

—Ajá. Suena muy creíble —contestó Nick a la vez que un pensamiento horrible aparecía en su cabeza, aunque no podía entender por qué era tan horrible—. ¿Tuviste una cita o algo?

Seth se atragantó y empezó a toser con fuerza.

Nick le dio algunas palmadas en la espalda como cualquier buen amigo haría.

—No —logró responder, secándose la boca—. ¿Por qué…? ¿Por qué yo…?

—No lo sé, amigo. Puede que tengas una novia secreta. O un novio. —Eso le dejó un sabor raro en la boca.

Seth le había contado la verdad sobre su sexualidad a Nick cuando tenían catorce años, cuando le dijo que creía que era bisexual. Nick, en un intento de sonar tranquilo y comprensivo, soltó un chillido y se cayó del banco del parque donde estaban dando de comer palomitas de maíz a los pájaros. Nick había tardado más tiempo en darse cuenta de su propia sexualidad, pero él había sido el primero en tener novio (o algo por el estilo). No quería verlo como una competición, pero eso tenía que contar para algo, ¿verdad?

Seth no había estado tan disponible durante el verano, para la total consternación de Nick. ¿Y si hubiera conocido a una muchacha adinerada en la avenida Luxor o a algún mecánico fornido con las manos llenas de aceite? Nick leía *fanfics* sobre universos paralelos. Cosas como esas pasaban todo el tiempo.

—¿Sigues siendo virgen? —preguntó Nick de un modo casi histérico—. Se suponía que nos contaríamos cuando tuviéramos relaciones por primera vez. Lo prometimos.

Seth parpadeó, con los ojos muy abiertos tras las gafas.

—No tuve relaciones con nadie. ¿De qué estás hablando?

—No lo sé —confesó Nick—. Tienes la misma altura que yo y eso me está asustando.

—¡No puedo controlarlo!

—Bueno, inténtalo. Se supone que yo debo ser el hombre escultural de los dos. Es lo único que me queda, Gray. Ya lo sabes. Eso y mi extraña habilidad para contar historias de amor desgarradoras basadas en personas reales, lo que probablemente está al límite de lo saludable. —Y hablando de historias…—. ¿Viste a la bruja malvada de las noticias esta mañana? Dios, no dejaba de salivar cuando nombraba a Shadow Star. Alguien debería avisarle que necesita conseguir una orden de alejamiento contra ella.

Seth suspiró.

—Dudo que haya algo entre Shadow Star y Rebecca Firestone.

—Yo lo sé. Tú lo sabes. Todos lo sabemos. Pero ¿ella lo sabe? Porque no creo que lo sepa. Hoy tenía los labios más pintados que otras veces, como si eso la hiciera parecer más atractiva. Solo porque Superman tenga a Lois Lane no significa que Rebecca Firestone pueda hacer el

papel de reportera intrépida que necesita ser salvada todo el tiempo. Además, todo el mundo sabe que Superman está enamorado de Batman. Aunque alguien haya decidido *shippearlos* con el nombre de SuperBat en lugar de aprovechar la oportunidad única de llamarlos ManMan. Es decir, ¡vamos! ¿No crees que ManMan sería icónico? SuperBat suena a algo que encontrarías en una cueva sucia en medio de un pantano —añadió Nick y frunció el ceño—. ¿De qué estábamos hablando?

—¿Sinceramente? No tengo ni idea. Estabas hablando de Shadow Star y después de Firestone…

—Cierto. Firestone. Ella consigue todas esas exclusivas con Shadow Star y nadie sabe cómo lo hace.

—Déjame adivinar. Tienes una nueva teoría.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Nick, victorioso—. Y esta podría ser totalmente cierta. —Esquivó la que parecía una comitiva nupcial, que, aparentemente, había decidido que pararse en medio de la acera para hacerse fotos, un lunes por la mañana, era una gran idea. Soltó un quejido cuando pisó un charco de agua sucia. La novia le miró con desprecio y Nick le deseó lo mejor. Pero a ella no le hizo mucha gracia.

Seth tiró de él antes de que la mujer con velo y vestido blanco lo derribara de un golpe.

—A diferencia de la última vez, en la que creías que era Pyro Storm, aunque es evidente que Pyro Storm es un tío. Hablando de Pyro Storm, creo que necesitamos hablar de tus descripciones…

—No, pero esta teoría probablemente sea cierta —lo interrumpió Nick—. ¿Qué pasa si ella conoce su identidad secreta y lo está usando en su contra? Eso explicaría por qué habla solo con ella y le cuenta todas esas cosas. Porque lo está chantajeando.

—¿Tienes pruebas?

—No. Es solo una teoría. Lo acabaré descubriendo. Es solo cuestión de tiempo.

Seth parecía tener dudas.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—No tengo ni idea. Pero algo se me ocurrirá. Ya lo verás. Será épico.

Seth suspiró.

—Cada vez que dices eso, me empiezan a sudar las manos. ¿No puedes dejarlo estar?

Nick lo miró con suspicacia.

—¿Por qué? ¿Ella… te gusta? —Fue el pensamiento más horrible que Nick jamás había tenido. Nunca se había sentido tan traicionado en su vida.

—¿Qué? No.

—Porque si te gusta, te apoyaría en lo que sientas por ella. —Era mentira, pero una que no hacía sentir mal a Nick.

—Hubiera sido más creíble si no lo hubieras dicho con los dientes apretados. No. No me gusta. Ni siquiera la conozco.

—Ah, gracias a Dios —dijo Nick—. Porque no sé si podría sobrevivir a algo tan terrible. Mereces estar con alguien que no sea una enferma fanática de los Extraordinarios.

—Me parece que se te escapa la ironía de la situación.

—¿Sobre qué?

Seth negó con la cabeza.

—Olvídalo. Tal vez deberías intentar no planificar nada. Concéntrate en el instituto y ese tipo de cosas. Yo puedo ayudarte…

—Suenas igual que mi padre.

—Bueno, se lo prometiste. Y el penúltimo año ya es bastante difícil de por sí. ¿No sería más fácil simplemente seguir las reglas y que todo sea agradable, pacífico y tranquilo?

—¿Qué? Sí, claro que sí, pero… La tranquilidad me pone nervioso.

La expresión en la cara de Seth se suavizó.

—Ya lo sé. Y los nervios, de alguna manera, siempre llevan a la catástrofe.

—No es mi intención. Así es simplemente cómo funciona mi cerebro.

—¿Cómo te va con la Concentra?

Nick se encogió de hombros, sin poder mirar a Seth a los ojos.

—No lo sé. Bien, supongo. No importa. —Odiaba hablar de esas cosas. Tener un trastorno mental lo hacía sentir… trastornado. No era justo que, además de toda la mierda con la que debía lidiar todos los días, su cerebro se sintiera como si lo estuvieran electrocutando constantemente. Algunos nacían para ser Extraordinarios. Nick nació para tener un millón de pensamientos en el espacio de un minuto que a menudo le provocaban insoportables dolores de cabeza. No era justo.

—Todo va a salir bien —dijo Seth en voz baja, extendiendo una mano para apretar la mano de Nick una sola vez antes de soltarla—. Te llevará algún tiempo acostumbrarte.

Siempre optimista. Era una de las cosas que más le gustaban a Nick de Seth, aunque a la larga pudiera resultar molesto. Seth era una buena persona, mejor de lo que Nick jamás sería. Pero, por alguna razón, pasaba más tiempo con Nick que con cualquier otra persona. Lo que, evidentemente, hacía que Nick tuviera una corriente de pensamientos que lo llevaban a…

—No te puede gustar Rebecca Firestone. Es de lo peor.

Seth esbozó esa sonrisa dulce que solo parecía reservarse para Nick.

—Eres idiota.

Escuchar eso de cualquier otra persona lo habría enfadado. Pero Seth no era como los demás, lo que significaba que Nick sabía que no lo decía con maldad.

—Sí, bueno. Solo para que quede claro. No me gustaría demasiado.

—Lo tendré en cuenta, Nicky. —Chocó su hombro contra el de su amigo—. ¿Estamos bien?

—Sí, estamos…

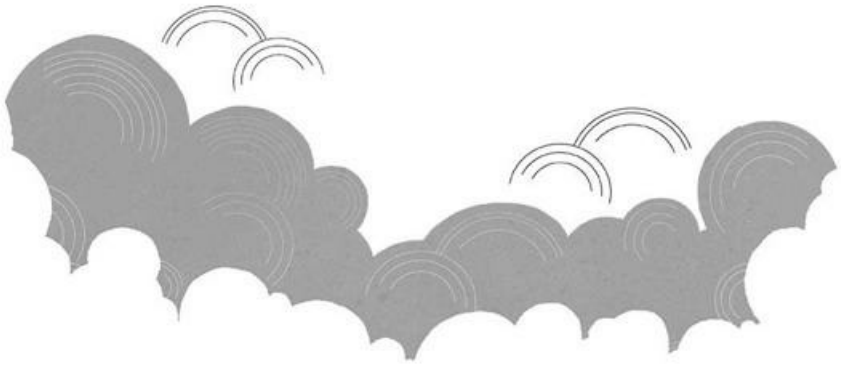
—¿Vais a estar ahí parados todo el día, perdedores? Vamos a llegar tarde. Todavía tenemos que pasar por los detectores de metal que se supone que ayudan a evitar que nos masacren en clase.

Los dos se sobresaltaron y miraron hacia Gibby y Jazz, que los observaban desde la escalinata del instituto. Nick no se había dado cuenta de que habían llegado. Gracias a Dios que tenía amigos para no tener que estar más pendiente de lo que pasaba a su alrededor.

—¿Estás listo para esto? —preguntó Seth mientras Gibby y Jazz empezaban a subir las escaleras.

Nick respiró hondo y asintió.

—Estoy preparado. Este será el mejor año de todos los tiempos. Ya lo verás.



3

—Felicidades, señor Bell. Acaba de recibir la primera sanción del año. Y apenas han pasado seis minutos del curso. Debe ser una especie de récord.

—¡Pero estoy intentando trabajar en mi historia! Se me están ocurriendo ideas. ¡No puede censurar mi creatividad!

El señor Hanson, que tenía setecientos años como mínimo, le contestó:

—Eso está muy bien. Pero esto es Trigonometría y recuerdo con mucha claridad que apenas logró no ir a la escuela de verano, así que te convendría prestar atención.

Toda la clase empezó a reír a su alrededor mientras Nick se hundía cada vez más en su pupitre. Abrió la boca para invitar al señor Hanson a que le diera ejemplos de cuándo algo tan ridículo como la Trigonometría sería útil en el mundo real, pero recordó la promesa que le había hecho a su padre y decidió no hacerlo. Su padre ya lo regañaría cuando descubriera que le habían castigado el primer día de clase. Le escribiría luego para avisarle que pasaría la tarde con sus amigos para mantener su coartada.

Algunos de sus compañeros empezaron a cuchichear mientras lo miraban y se reían en voz baja.

Nick les hizo un gesto obsceno con el dedo.

La chica se quedó boquiabierta.

El chico lo miró con desprecio.

Nick se sintió mejor.

Hasta que sintió su teléfono vibrar en su mochila un momento después.

La mayoría debía tener el teléfono apagado durante las clases, pero Nick era una de las pocas excepciones. Después de que su madre… Bueno, después de eso, Nick solía perder el control bastante rápido, ya que se le venían a la mente todas las cosas que podrían haber pasado. Se suponía que ella debía estar a salvo, era abogada, por el amor de Dios. Sí, tenía que lidiar con personas de la peor calaña, pero siempre estaba bien. Sabía cuidar de sí misma. En todo caso, era su padre quien se ponía en peligro todos los días.

Y Después (porque también había un Antes), Nick no podía dejar de pensar en lo peligroso que era el trabajo de su padre.

Y así fue como un día, en una clase de Español del primer año, perdió el control. De un momento a otro, sintió cómo la sangre empezó a zumbarle en los oídos y terminó en el suelo acurrucado, intentando recordar cómo respirar, con la cabeza llena de preguntas. ¿Qué pasaría si

le pasaba algo a su padre? ¿Qué pasaría si un día no volvía a casa? Se quedaría solo. No tenía a nadie más. Algunos primos, quizá, en el oeste, pero nunca los había conocido. ¿Tendría que irse a vivir con ellos? ¿Quién lo cuidaría si estas preguntas se hacían realidad?

La neblina de puro pánico no se empezó a disipar hasta que escuchó una voz familiar que le decía algo al oído. Una voz que le pedía que respirara, despacio, una y otra vez, porque todo estaría bien, todo estaría bien, solo debía respirar.

Era Seth, por supuesto.

De algún modo, lo supo.

Más tarde, cuando su padre llegó corriendo al instituto, con una mirada triste que aún no se había desvanecido en los pocos meses transcurridos desde la muerte de su mujer, decidieron que Nick siempre tendría acceso a su teléfono. Solo por si acaso. Pero tendría que dejarlo en vibración para no molestar al resto de sus compañeros y para no distraerse. Podía dejarlo encendido en caso de que hubiera alguna emergencia.

El recuerdo del día en que su padre fue a buscarlo al instituto era más nítido ahora. Incluso aunque supiera que estaba en su casa durmiendo, su corazón prácticamente se detuvo cuando cogió el teléfono.

Se aseguró de que Hanson no le estuviera mirando, lo apoyó sobre la pierna y miró la pantalla.

OWEN, decía.

Se giró y miró a Owen, que estaba sentado unas filas por detrás.

Owen movió las cejas de esa devastadora y encantadora manera que sabía hacer.

Pensó en ignorarlo. Sería lo más inteligente. Y Nick era inteligente. Aunque algunos pensaran lo contrario.

Owen señaló con la cabeza el teléfono de Nick.

Nick suspiró y abrió el mensaje.

PRESTA ATENCIÓN.

Odiaba a Owen Burke.

La mayor parte del tiempo.

A veces le caía bien. Le gustó el cosquilleo que sintió en la piel cuando Owen lo besó y también cuando lo hacía reír. No le gustaba necesariamente como persona, pero eso era porque Owen era un imbécil a quien no parecía importarle a quién pisoteara con tal de conseguir lo que quería.

Owen había tenido novias, casi todas eran chicas guapas con las uñas pintadas y extensiones, pero, una noche, por alguna razón, terminaron solos en un lugar bastante inquietante llamado *El gato grande*. Nick no sabía cómo había terminado a solas con él, porque estaba seguro de que

Seth también estaba con ellos. Pero, en un momento, Owen le dijo que tenía salsa verde en la cara. Entonces, se acercó y le limpió la cara con el pulgar, y después, por razones que Nick no sabía con seguridad, se besaron.

Fue… ¿agradable? Más o menos. Nick nunca había besado a nadie antes y no esperaba que la primera vez fuera cuando acababa de terminar de tragarse una salchicha. Su cerebro sufrió un cortocircuito y, cuando Owen se apartó, vio esa sonrisa diabólica suya y se ruborizó mucho.

—Bueno —le había dicho Owen y Nick no dejaba de preguntarse cómo era posible que alguien apenas un año mayor que él tuviera la mandíbula tan esculpida.

—Bueno —repitió Nick con su voz quebradiza.

Y así fue cómo empezó «El Gran Romance de Nick y Owen».

Jazz estaba confundida. Gibby se había enfadado. A Seth no le había gustado para nada, si es que sus caras agrias significaban algo.

Razón por la cual, cuando rompieron unos meses más tarde, Nick no se sintió tan mal. Tampoco era que hubiesen tenido muchas citas. A veces, salían en grupo y Owen pasaba un brazo sobre el hombro de Nick, pero eso era todo. En otras ocasiones, Owen intentó llevarlo un paso más allá, pero Nick recordó a su padre sentado frente a él con un condón en la mano, un plátano en la otra y una botella gigante de lubricante sobre la mesa en el medio, y la idea de hacer algo remotamente sexual se había esfumado.

Nunca perdonó a su padre por eso, sobre todo porque ya le había dejado claro que sabía lo que era un condón. Tampoco ayudaba el hecho de que nunca olvidaría la imagen de su padre poniéndole accidentalmente demasiado lubricante al plátano, que se le resbaló de la mano y cayó al suelo. El sonido que hizo cuando golpeó el linóleo antiguo tendría que ser razón suficiente para asistir a un grupo de autoayuda cuando cumpliera los treinta años.

El Gran Romance de Nick y Owen terminó tan rápido como empezó («Eres un gran amigo, Nicky, pero yo soy un animal salvaje que no puede estar encerrado en una jaula». «Ah, por Dios, ¡claro que no!»). A Nick no le había molestado demasiado porque, más allá de lo que Owen había significado para él, no dejaba de ser un gilipollas. Nick esperaba que Owen se desvaneciera por el mismo lugar por el que había aparecido, diciéndoles a otras personas atractivas que se había acostado con un normalito, pero se quedó.

El teléfono vibró de nuevo.

EN SERIO, DEJA DE MIRAR EL TELÉFONO.

Nick se esforzó por no sonreír.

Y, en su lugar, miró furioso a Owen.

Owen hoy llevaba unos pantalones rojos (¿quién se ponía eso?) y una camiseta holgada con

cuello en V que le llegaba hasta casi la mitad del pecho, revelando una superficie enorme de piel bronceada. Su pelo claro estaba compuesto de mechones angelicales que a Nick no le gustaba tocar, sin importar lo que los demás dijeran. Se había ido de vacaciones a algún lugar exótico como Grecia o Daytona con el yate de su familia. Antes de marcharse, le había dado un beso de despedida en la mejilla. Nick lo había apartado enseguida. Y Seth los miró a ambos, pero no dijo nada.

BASTA, NICKY. TE METERÁS EN PROBLEMAS.

—Señor Bell —exclamó Hanson desde la parte delantera del aula—. ¿Quieres ser castigado dos veces el primer día?

Todos se volvieron hacia él.

—No —musitó Nick, hundiéndose más en su asiento.

Escuchó a Owen riendo disimuladamente.

Dios, odiaba a Owen Burke.

***

—Odio a Owen Burke —anunció cuando se sentó en la mesa del comedor para comer—. Por si os lo estabais preguntando.

Gibby resopló.

—Recuerdo muy bien haberte visto sentado en ese mismo sitio con su lengua metida en tu garganta en algún momento de la primavera pasada.

Seth empezó a atragantarse y Nick le dio algunas palmadas en la espalda mientras deseaba la muerte de Gibby. Independientemente de lo que decían sus notas, se le daba bien hacer varias cosas a la vez.

—Parecía muy húmedo —añadió Jazz, destapando una ensalada caprese perfectamente emplatada con un botecito de aceite de oliva, y un poco de sal y pimienta envuelta en una servilleta de papel.

Nick creía que tenía un sándwich de Bolonia para comer. No lo había comprobado cuando su padre se lo dio esa mañana, pero estaba casi seguro de que era eso. Lo cual, para ser justos, era mucho mejor que el desastre del salchichón primavera picante que casi lo mató en abril, por mucho que su padre dijera que estaba exagerando.

—No fue uno de mis mejores momentos —admitió Nick, abriendo la mochila y descubriendo que los dos libros que necesitaba para después de comer habían aplastado su comida. Las patatas fritas se habían quedado hechas trizas, pero, por suerte, el sándwich no era de salchichón primavera, así que todo estaba bien—. Ya me han castigado.

—¿Tan rápido? —suspiró Seth, levantándose las gafas—. Solo ha pasado medio día. ¿Qué hizo Owen para que te castigaran?

—Absolutamente nada —contestó Nick, mordiendo salvajemente su sándwich—. Hanson censuró mi creatividad otra vez. No entiendo por qué tiene que enseñar en varios cursos distintos. He llegado a la conclusión de que solo existe para hacerme la vida imposible. Aunque si lo pienso bien, creo que hay una forma de echarle la culpa de todo a Owen. Por lo tanto, es culpa suya y lo odio.

—No —dijo Owen, apareciendo de la nada y sentándose junto a Gibby, justo frente a Nick—. Me adoras. —Extendió una mano y agarró uno de los palitos de zanahoria de Seth, quien no lo detuvo, sino que frunció el ceño con más intensidad.

—No —respondió Nick—. Me irritas. Y no quiero que me irriten. Prefiero que me hagan todo lo opuesto a irritarme. Sea lo que sea.

—Que te cuiden —añadió Seth.

—Sí, eso. Prefiero que me cuiden.

Owen le guiñó un ojo.

—Yo te cuido si quieres.

—Claro que no. Llevas una chaqueta de cuero en pleno septiembre. Eres la última persona que quiero que me cuide. Tú…

—Kensington, justo a quien quería ver. Estás muy guapa. ¿Pensaste en la oferta que te hice de quedar conmigo y pasar un buen rato?

Las mesas a su alrededor se quedaron en silencio.

Gibby empezó a levantarse, pero Jazz extendió una mano y la apoyó sobre el dorso de la suya. Gibby se sentó de nuevo, refunfuñando, y se volvió hacia el tipo heterosexual genérico que estaba parado junto a la mesa con su chaqueta deportiva y una sonrisa perfecta en la cara. Nick no recordaba su nombre, pero era probable que fuera algo estúpido como Derek o Westley. Esos atletas genéricos heterosexuales eran todos iguales y Nick no se molestaba en diferenciarlos.

—Será mejor que corras —le dijo Seth con un tono ominoso a Derek o Westley, mientras Jazz terminaba de echar el aceite de oliva sobre su ensalada caprese.

Derek o Westley entrecerró los ojos cuando miró a Seth y apoyó una mano sobre el hombro de Jazz, apretando suavemente.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué debería hacer eso, rarito?

Y, ah, eso sí enfureció a Nick, pero sabía que no hacía falta que interviniera. Jazz lo tenía bajo control, incluso aunque Derek o Westley no lo supiera aún.

Jazz se levantó de la mesa lentamente y alisó su falda con las manos para quitarle las arrugas. Sonrió a Derek o Westley y él le devolvió otra sonrisa arrogante.

—No niego que me ponga —dijo—. Dos chicas, o lo que sea, aunque una parezca un

marimacho. Creo que necesitas explorar mejor tus opciones, ¿sabes?

Nick realmente no entendía a los heterosexuales. No parecían tener ningún instinto de supervivencia.

—Ah, ¿sí? —preguntó Jazz con dulzura. Bueno, al menos sonó dulce, pero Nick había visto muchos documentales de Animal Planet sobre cómo cazaban las leonas. Y como las leonas cazan en manada, Derek o Westley estaba hundido en mierda hasta el cuello—. ¿Quizá tú podrías enseñarme lo que me estoy perdiendo?

Se inclinó y le cogió la mano.

—Sería un placer para mí. Y si queda tiempo, también podría darte placer a *ti*. No soy egoísta.

—Ay, amigo —dijo Nick—. No deberías haber dicho eso.

Derek o Westley miró a Nick como si fuera una especie de insecto.

—¿Qué has dicho?

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Jazz había hecho gritar a un hombre casi adulto. Por lo general, los dejaba ir con una advertencia, pero Derek o Westley era más asqueroso que la gran mayoría, por lo que cuando le retorció la mano con todas sus fuerzas y la llevó hacia su espalda, Nick no consiguió sentirse tan mal. Le dio otro mordisco a su sándwich.

Derek o Westley gritó de dolor cuando su cabeza se estrelló contra la mesa, justo a un lado de la ensalada caprese de Jazz. Gibby apartó la comida hacia un lado, por precaución.

—Gracias, querida —dijo Jazz—. Te lo agradezco.

—Zorra —logró balbucear Derek o Westley—. Suéltame… ¡Ay, ay, ay!

—Déjame explicarte cómo serán las cosas a partir de ahora —sentenció Jazz, aparentemente ignorando el hecho de que todos en el comedor la estaban mirando. Nadie se debía meter con Jasmine Kensington, mucho menos durante la comida. Y si lo hacías, debías asegurarte de no insultar a sus amigos a la vez—. Vas a disculparte. Y una vez que te disculpes, te dejaré ir. Si te parece demasiado, veremos hasta dónde se pueden doblar tus dedos antes de que se rompan.

—No puedes…

—Eso no ha sido una disculpa —lo interrumpió, y Nick no sabía que fuera posible que los dedos se doblaran como los de Derek o Westley. Quizá debería haber prestado más atención en la clase de anatomía.

—¡Está bien! ¡Está bien! Lo siento.

—Y nunca más volverás a tocar a otra persona sin su consentimiento.

—No lo haré.

—Ni llamarás a mis amigos con términos despectivos. Porque eso es de mala educación.

—¡Muy maleducado! —gritó Derek o Westley.

—Bien —dijo con un tono juguetón—. Si me entero de que lo hiciste, veremos si puedes llevar una vida normal sin testículos. ¿Entendido?

—Sí —gimió entre dientes.

—Maravilloso. Ya puedes irte. He terminado contigo.

Él volvió a gemir cuando lo soltó. Lo empujó lejos antes de volver a sentarse en la mesa con delicadeza. Sacó la servilleta de tela que, sin duda, había guardado una de las criadas de sus padres, y la extendió sobre su regazo. Levantó el tenedor y, cuando estaba a punto de cortar una rebanada de un tomate enorme, miró a su alrededor.

—Podéis seguir comiendo.

Todos se giraron enseguida, mientras Derek o Westley regresaba corriendo con sus amigos, quienes probablemente hablarían de lo perversa que era la mesa de los raritos.

—Mucho mejor —dijo Jazz—. No me gusta que la gente me interrumpa cuando como. Tengo hambre y me voy a comer todo esto.

—Te quiero tanto —dijo Gibby, embelesada.

—Yo también —añadió Nick, y era verdad.

Seth asintió.

—Yo también.

—Mmm —dijo Owen—. A mí me viene bien cualquier lado… ¿Qué demonios, Gibby? ¡No tenías que darme una patada!

—No fue ella —dijo Seth—. Te estabas comportando como un idiota. Ergo, merecías una patada. Varias. En la cara.

Owen hizo una mueca de dolor mientras se frotaba la espinilla.

—Me has hecho daño, Seth.

Seth esbozó una sonrisa.

—¿En serio? Ay, me siento fatal por ello.

—Ah, apuesto que sí.

—Tendremos que comprobarlo, ¿no crees?

Owen entrecerró los ojos.

—Claro que sí.

—¿Estáis coqueteando? —preguntó Nick, alternando la mirada entre ambos. Nick no sabía precisamente cómo coquetear ni cómo debía parecer. Había sido necesario que Owen lo besara para darse cuenta de que Owen podría haberle gustado en primer lugar. Creía que tendría tiempo para aprender a coquetear en algún momento, pero, mientras tanto, no estaba seguro de lo que estaba presenciando.

Seth se quedó mirándolo boquiabierto.

Owen se burló.

—Ya le gustaría.

—Claro que no.

—¿Y qué problema hay si lo están haciendo? —preguntó Gibby, con un brillo extraño en sus ojos.

Nick… no supo qué responder. No realmente. Si intentaba decir lo que sentía en ese momento, probablemente lo único que habría salido de su boca hubiera sido un gruñido estrangulado, así que mantuvo la boca cerrada.

Jazz suspiró.

—No puedes pedirle manzanas a un naranjo.

—Eso ni siquiera es un dicho —dijo Gibby.

—Ah, ¿no? —preguntó Jazz, con el ceño fruncido—. Entonces, ¿cómo es?

—No tengo ni idea, querida. Pero definitivamente no es así.

—Uh —resopló Jazz y comió otra rodaja de tomate perfectamente cortada.

—Te odio —dijo Nick cuando finalmente recordó cómo formar palabras—. Definitivamente, eres lo peor.

—Cuidado, Nicky —añadió Owen, inclinándose sobre sus codos—. Puede dar la impresión de que aún sientes cosas por mí.

—Claro que no —intervino Seth.

Owen le quitó otra de sus zanahorias y la mordió con sus dientes perfectos, sonriendo a Seth.

—¿Es cierto?

—Bueno, he decidido que vamos a hablar de otra cosa —dijo Nick, porque no le gustaba la forma en la que Seth y Owen se estaban mirando. Si eso no era coquetear (y Nick estaba bastante seguro de eso… en gran parte), entonces era algo más y no quería que esto significara una repetición de la primavera pasada cuando la situación fue incómoda para todos los involucrados. El Gran Romance de Nick y Owen no había sido la mejor época de su vida. Claro, Owen sabía hacer cosas raras con la lengua, pero Nick no quería que esas fueran las bases para una relación a largo plazo—. Asumo que todos estáis al tanto con las últimas noticias de Shadow Star.

Todo el mundo gimió.

Pero Nick los ignoró. Ya estaba acostumbrado.

—Una vez más, derrotó a unos villanos que intentaron cometer un crimen en nuestra bella ciudad. Creo que debemos iniciar otra petición en internet para que levanten una estatua de oro macizo en su honor.

—Hablando de levantar cosas duras en su honor…

—¿Acaso la última no consiguió solo diecisiete firmas? —preguntó Jazz—. ¿Y doce eran tuyas, solo que las firmaste con distintos nombres?

—Sí —reconoció Nick—. Pero eso fue antes de que me volviera famoso con *Aquí es donde quemamos la Tierra*. Desde esta mañana, tengo la historia más leída de todo el *fandom*. Y como, tarde o temprano, dejaré que el poder de ser famoso en un *fandom* se me suba a la cabeza, será

mejor que consiga lo que quiero.

—Y quieres iniciar otra petición —añadió Owen, sonando aburrido.

—Sí. Y podríamos… Esperad un momento. —Abrochaos los malditos cinturones.

—Ay, no —se quejó Seth—. Ha puesto la cara de cuando se le ocurre algo.

—Tal vez deberíamos tener más límites de los que tenemos —dijo Jazz mirando a Nick con los ojos entrecerrados.

¿Qué había dicho Rebecca Firestone esta mañana? Algo sobre…

—La Torre Burke.

Eso sí captó su atención.

—¿Qué pasa con la Torre Burke? —preguntó Gibby, alternando la mirada entre Nick y Owen.

—Es ahí donde querían entrar los hombres armados —contestó Nick con mucho entusiasmo —. Estaban intentando entrar en la Torre Burke. ¡Salió en las noticias esta mañana!

—No, Nick —dijo Owen—. No es…

Nick miró a Owen con los ojos muy abiertos.

—Owen Burke. Torre Burke. Estaban intentando entrar en el edificio de tu padre. Y Shadow Star estuvo ahí.

—Definitivamente, no —dijo Owen, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. No me metas en esto. Yo no tengo nada que…

—¡Tienes que conseguirme las cintas de seguridad! Así podré verlas una y otra vez por mis propios motivos personales que no implican nada raro.

Seth se cubrió la cara con ambas manos.

—Eres raro —dijo Owen—. ¿Y por qué crees que tendría acceso a las cintas?

—Porque es tu padre. —¿Qué es lo que no entendía? No le parecía tan rebuscado.

Owen rio.

—Claro, como si me prestara atención cuando le hablo. Ni siquiera recuerdo la última vez que lo vi.

Eso pilló a Nick por sorpresa. Owen Burke rara vez dejaba escapar algo a través de su fachada perfecta de chico estúpido.

—Ah —dijo, sintiéndose repentinamente incómodo con esta pequeña muestra de que Owen era humano después de todo—. Qué… pena. —No era muy bueno en eso de consolar a las personas con las que se había besado. O, al menos, ese parecía ser el problema. No había besado a nadie más. Se preguntó si debía encontrar a otra persona con quien besarse y dejarlo hablar sobre su dañada relación con su familia para estar seguro.

—Dios. Gracias, Nicky. De verdad.

Nick intentó recuperarse.

—¿No te habías ido de viaje con él en su yate a Grecia o Daytona?

—¿Daytona? ¿Eso no está en Florida? —preguntó Jazz—. Qué exótico.

—Se suponía que sí —contestó Owen con frialdad, raspando la mesa desgastada con sus uñas —. Pero se echó atrás en el último minuto, por lo que solo viajé con mi madrastra y su asistente, que también es su amante. Y no fuimos a Grecia ni a Daytona. Fuimos a las Bahamas.

—Guau —dijo Nick sorprendido—. Problemas de gente rica.

Owen se encogió de hombros.

—Qué más da. No me importa.

Nick no creía que todo eso fuera verdad, pero él era una persona pragmática.

—Puede que esta sea una buena oportunidad para fortalecer el vínculo con tu padre. Ya sabes, ir a buscar las cintas y hacerme una copia. Luego podéis salir y jugar con un balón. O algo así.

—Eso no va a pasar.

Maldita sea. Había estado tan cerca.

—Está bien —contestó, suspirando agotado por el esfuerzo sobrehumano que tuvo que hacer —. Supongo que puedo aceptar esa respuesta. Aunque, si cambias de opinión, te apoyaré completamente.

Owen ladeó la cabeza.

—¿Por qué te importa tanto?

Nick sintió que los demás le miraban fijamente. No le gustaba hacia dónde estaba yendo esto.

—¿El qué?

—Shadow Star. Pyro Storm. Los Extraordinarios —pronunció la última palabra con un tono algo burlón—. Es como si estuvieras obsesionado con ellos. No son tan geniales.

Ah, no, eso no.

—No deberías haber dicho eso —murmuró Seth.

—¿No son tan geniales? —repitió Nick, irritado—. ¿Estás loco?

Owen parpadeó confundido.

—No son…

—Déjame decirte algo, Owen.

—No importa. Me retracto.

—Nop —dijo Gibby, agarrando a Owen del brazo cuando vio que intentaba levantarse—. Tú empezaste esto. Te vas a quedar aquí y aceptarás tu castigo. Agradece que el descanso para comer termina en quince minutos.

Nick ya estaba completamente desquiciado.

—Los Extraordinarios son increíbles. Pueden hacer cosas que nosotros, los simples mortales, solo podemos soñar. Tienen identidades secretas, superpoderes y están increíbles con sus trajes. Si una persona normal usara eso, la citarían a un tribunal por indecencia pública. Y Shadow Star es el mejor de todos. Lucha por la verdad y la justicia, y no se deja engañar por nadie.

—No parecen tan increíbles —murmuró Owen.

Nick estaba bastante seguro de que la única razón por la que no se tiraba encima de la mesa y le daba un puñetazo en la cara era porque ya lo habían castigado y no quería arriesgarse a que lo hicieran otra vez.

—Cierra la puta boca —espetó Nick.

Owen retrocedió.

—Guau.

—Sí —dijo Seth, esbozando una leve sonrisa—. Es… exuberante.

Eso fue probablemente un eufemismo, sobre todo porque Nick apenas acababa de empezar.

—¿No es genial? ¡Pueden manipular las sombras, el fuego y se posan en las azoteas de los edificios mientras el sol se oculta detrás de ellos!

—Le dedica mucho tiempo a esto —le explicó Gibby a Owen y Nick asintió furiosamente.

—Así es. Y Shadow Star es valiente y les compra helado a los huérfanos y ayuda a las ancianitas a hacer sus compras. Rescata cachorritos de criaderos ilegales y, una vez, participó en una marcha del *Black Lives Matter* porque los racistas son estúpidos y los odia con toda su alma.

—¡Yupi! —celebró Gibby.

—No estoy seguro de que haya hecho todo eso —añadió Seth—. Eso podría ser parte de un *fanfic*, Nicky.

—No importa —respondió Nick—. Aunque no lo hubiera hecho, sé que lo haría, porque es la clase de persona que haría esas cosas. Ayuda a aquellos que necesitan ayuda. Mantiene a Ciudad Nova a salvo, y es fuerte y asombroso, y si alguna vez vuelves a decir algo malo sobre él, te daré una patada voladora y te tiraré al río Westfield y no me arrepentiré.

—¿El río Westfield es el que tiene toda el agua contaminada y huele tan mal? —preguntó Jazz.

—Sí. Ese río. Lo haré. Ponme a prueba.

—Mmm —dijo Owen, y Nick odiaba ese sonido.

—¿Mmm? —repitió, furioso—. ¿Qué significa *mmm*?

—No lo sé —respondió con una mirada de satisfacción—. Suena a que estás un poco enamorado de Shadow Star.

Sí. Nick definitivamente era la persona que más enamorada estaba de Shadow Star en todo el mundo. Cuando estaba solo y nadie podía escucharlo, susurraba «Señor y señor Nicholas Shadow Star» en su almohada, pero Nick lo tenía bajo control. Claro que sí.

Pero ¿qué ocurría cuando le mencionaban su enamoramiento en voz alta?

Nick sintió como su cara comenzaba a sonrojarse y su lengua se empezó a hinchar. Su primer instinto fue la negación (negar, negar, negar), pero eso sería traicionar todo lo que significaba Shadow Star para él.

Así que, en su lugar, se las arregló para decir:

—Ehm. Er. Glugh. Blargh.

Seth lo miró con una expresión extraña.

Owen esbozó esa sonrisa que hacía cuando se comportaba como un idiota.

—Supongo que está bien. Pero si vamos a hablar de los Extraordinarios más geniales, deberíamos hablar de Pyro Storm.

Y eso… Estaba bien. Era justo. Aunque Pyro Storm era técnicamente un villano y causaba caos y destrucción con sus actos crueles, no dejaba de ser el archienemigo de Shadow Star y merecía un poco de respeto. Además, tenía unas piernas muy musculosas y, a menudo, posaba de formas ridículas mientras reía como un maniático. Nick tenía que valorar esas piernas y esa risa. Parecían haberle llevado mucho trabajo. Las piernas de Nick eran flacas como un palo y, cuando intentaba reír a carcajadas, sonaba más bien como una gallina que está viendo cómo convierten sus huevos en tortilla.

—Está bien, lo acepto —respondió Nick a regañadientes—. Pyro Storm está bien, incluso aunque sea el malo.

Owen arqueó una ceja.

—¿Por qué alguien tiene que ser el malo? ¿Y si el problema es que somos unos incomprendidos?

Nick le fulminó con la mirada.

—Realmente no puedes creer eso. Es blanco o negro. No hay término medio. El bien es el bien. El mal es el mal. Uno es un imbécil que quema cosas porque es un pirómano o algo así. Y el otro es un modelo de virtud que salva vidas, controla las sombras y trepa por las paredes. —Esa era la parte favorita de Nick, y debería ser la de todo el mundo.

—Pyro Storm controla el fuego —dijo Owen—. Y Shadow Star controla las sombras. Uno es la oscuridad y el otro la borra por completo. Es conmovedor, si lo piensas. Son opuestos.

—Eres tan tonto —murmuró Seth—. La vida no es un cómic. Los Extraordinarios no lo son todo. ¿Y qué si pueden hacer cosas que otros no pueden? Eso no los hace más especiales que el resto de nosotros. No funciona de esa manera.

Owen se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Entonces, ¿por qué no nos cuentas cómo funciona, Seth? Dado que aparentemente sabes más que todos nosotros.

Nick no entendía exactamente qué estaba pasando. ¿Seguían coqueteando? Dios, esperaba que no.

—Tal vez deberíamos…

Owen esbozó esa sonrisa peligrosa otra vez, todo dientes.

—Parece que nuestro amigo Seth piensa que esto de los Extraordinarios es una tontería.

¿Cómo te sientes al respecto?

Si había algo que Nick odiaba más que consolar a alguien a quien había besado en el pasado o que le dijeran en la cara que estaba enamorado de un Extraordinario, era que le pusieran en un aprieto. Su cerebro tendía a fallar más de lo normal. Empezó a sentirse algo mareado.

—Mmm, bueno.

Todos esperaron.

Pánico instantáneo.

—Los dos tenéis buenos argumentos —dijo Nick a toda prisa—. Y aunque normalmente suelo escoger un bando, no creo que pueda hacerlo esta vez con tan poca información.

Seth se levantó abruptamente y miró fijamente a Owen, quien esbozaba una sonrisa perezosa.

—Tengo que irme —dijo apretando los dientes.

Y con eso, cogió su mochila y se dirigió hacia la salida.

Nick lo siguió con la mirada, preguntándose qué demonios acababa de ocurrir. ¿Desde cuándo a Seth le importaban tanto los Extraordinarios? Por lo general, simplemente escuchaba las diatribas de Nick sobre ellos, ¿pero enfadarse? No era propio de él.

—Ve a buscarlo —espetó Gibby—. Cielos, Nicky. No puedes dejar que se vaya así.

Owen resopló.

—Solo está teniendo uno de sus berrinches. Déjalo estar, ya lo superará. Siempre lo hace.

—¿Recuerdas cómo hace veinte minutos casi le rompo los dedos a ese idiota? —preguntó Jazz con dulzura—. Si quieres, puedo enseñarte lo que habría pasado si no se hubiera disculpado.

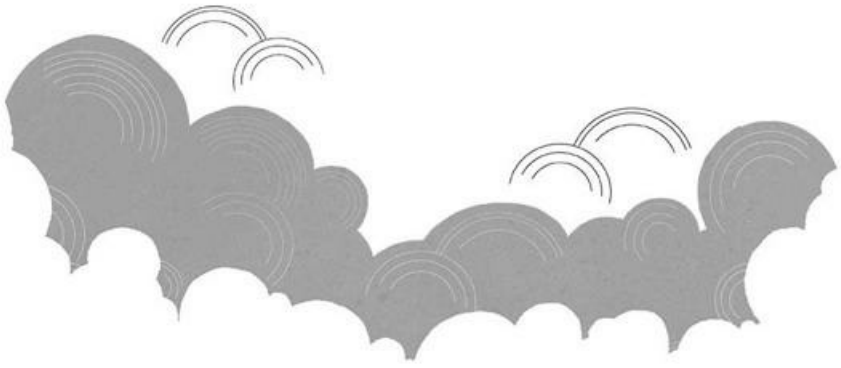
Owen palideció.

—Ve —insistió Gibby, moviendo la cabeza en la dirección en que Seth se había ido.

—Me voy —dijo Nick. Se echó la mochila al hombro mientras se ponía de pie y se giró para mirar a los demás.

Owen le guiñó un ojo.

Nick le hizo un gesto obsceno con el dedo antes de seguir a su amigo fuera del comedor.



4

Cuando Nick tenía seis años, conoció a un niño que estaba sentado solo en los columpios. Nick era nuevo en el colegio y no conocía a nadie. No confiaba mucho en los otros niños porque eran demasiado ruidosos y manchaban todo con pintura de dedos. Nick odiaba la pintura de dedos.

Había dos columpios. Uno nuevo donde todos berreaban a su alrededor, turnándose para subirse y haciendo que las cadenas chirriaran como si estuvieran gritando. Nick no quería saber absolutamente nada de aquello.

En la parte trasera del patio había otro juego de columpios. Este era más viejo. Los asientos estaban hechos de plástico que se estaba resquebrajando y las cadenas parecían salidas de las mazmorras de un castillo. Pero eran más tranquilos y lo ayudaban a mantener la mente en paz y darle un momento para pensar, ya que nadie utilizaba nunca esos columpios.

Pero ese día había otro niño. Estaba sentado en uno de los columpios, con la punta de sus pies apenas rozando el suelo. Era regordete y llevaba un jersey y unos pantalones caquis. Estaba comiendo un pudín. Por un breve segundo, Nick pensó en buscar otro sitio para calmar sus pensamientos.

Pero entonces el niño le miró y Nick vio que tenía una mancha de chocolate en el labio superior que parecía un bigote pegajoso. Así que Nick se acercó y le saludó.

—Hola.

—Hola —contestó el niño con timidez.

Nick nunca se había presentado a nadie. Sus padres siempre lo hacían por él. Pero ellos no estaban ahí ahora y su madre le había dicho que fuera valiente como Wonder Woman y Thor, por lo que infló el pecho y dijo:

—Me llamo Nicholas Bell. Es un placer conocerte.

El niño se lo quedó mirando.

Nick frunció el ceño, ya que no sabía si lo había hecho bien. Le había parecido que sonaba igual que sus padres cuando se presentaban a alguien, pero el niño se lo quedó mirando como si estuviera hablando un idioma completamente diferente.

—Mmm —añadió Nick—. Yo…

El niño miró detrás de él y Nick hizo lo mismo. Pero no había nadie.

El niño se volvió de nuevo.

—¿Me estás hablando a mí? —preguntó con voz tímida.

Nick asintió.

—Eso creo.

—Está bien. Soy Seth. Seth Gray.

Era un nombre bonito. Nick pateó la tierra.

—Esos otros niños son muy molestos.

—Lo sé. Por eso vine aquí.

Nick se sintió aliviado de escuchar eso.

—No me gustan los niños molestos.

—A mí tampoco.

—Ni pintar con las manos.

El niño puso cara de asco.

—Te manchas todo.

—¿A que sí? No está bien.

—No está bien —repitió el niño.

—¿Puedo columpiarme contigo? —preguntó Nick, nervioso. Pensó que le estaba yendo bien, pero uno nunca podía estar seguro con estas cosas.

El niño asintió y se lamió el bigote de pudín.

—Genial —dijo Nick.

—Sí —añadió el niño, mirando cómo Nick se sentaba en el columpio—. Genial.

Nick intentó columpiarse, pero aún no sabía hacerlo demasiado bien. Su madre le había dicho que lo acabaría consiguiendo, que solo necesitaba práctica. Se rindió al cabo de unos segundos.

—Yo tampoco sé columpiarme —comentó el niño.

—Es difícil —coincidió Nick—. Mi padre es policía y me contó que él no aprendió a columpiarse hasta los… ocho años o algo así.

El niño parecía sorprendido y eso le gustaba a Nick.

—¿Es policía? ¿Tiene una placa?

Nick se encogió de hombros, como si no fuera nada.

—Sí, a veces me deja usarla. —En realidad, Nick nunca se la había puesto, pero era divertido fingir que sí—. También tiene un cinturón como el de Batman —añadió y Nick intentó mover sus piernas para columpiarse de nuevo, pero no lo consiguió—. Ahora que lo pienso, es como Batman.

—Vaya —dijo el niño—. Es increíble. Mi tía trabaja en un supermercado y mi tío arregla edificios y es agente de tráfico. Aunque dice que es un trabajo de chicas.

Nick frunció el ceño.

—Los chicos también pueden hacer cosas de chicas. Y las chicas pueden hacer cosas de chicos. A veces, mi madre me dice que los chicos también pueden ser chicas.

Nick pensó que los ojos de Seth estaban a punto de salirse de sus órbitas.

—Eso es genial.

—Sí —dijo Nick—. Ya lo sé. Es genial. ¿Por qué no vives con tus padres?

—Murieron —respondió el niño, sumergiendo su cuchara de plástico en el pudín—. Cuando chocó un tren. Yo estaba con ellos, pero no lo recuerdo.

Y como Nicholas Bell tenía seis años, aún no entendía el concepto de la muerte. Era demasiado grande como para que lo entendiera, por lo que dijo:

—Ah. ¿Y era grande el tren?

El niño se encogió de hombros.

—Puede ser. Probablemente el más grande de todos.

Eso fue suficiente para que Nick lo confirmara.

—Deberíamos ser mejores amigos. Para siempre.

El niño lo miró con la cuchara en la boca.

—¿Para siempre? —repitió con la boca llena de pudín.

Nick asintió con solemnidad.

—Para siempre.

Y a partir de ese momento, nunca se separó de Seth.

***

Aquí estaba, diez años después, furioso con su cuasi exnovio, persiguiendo a su mejor amigo después de que hubieran discutido por la obsesión de Nick con los Extraordinarios, con un dolor en el pecho que no podía explicar muy bien. No le gustaba cuando Seth estaba triste, nunca le había gustado. No ocurría muy a menudo, pero cuando sucedía, Nick sentía ganas de cazar y matar a quienquiera que le hubiera causado su tristeza. Hacía mucho tiempo, Nick había llegado a la conclusión de que debía proteger a Seth, costara lo que costara. Usaba pajaritas, mocasines y podía recitar el alfabeto griego al revés. No existía nadie como él en este mundo.

Debería haber pegado a Owen antes de irse, incluso aunque no entendiera con exactitud por qué habían discutido. Pensó que era porque Pyro Storm era un villano. Y sí, era verdad, pero era un villano genial. Era el archienemigo de Shadow Star, lo que significaba que merecía un poco de respeto. Ambos habían aparecido de la nada después de… bueno, Después. Antes también había habido algunos Extraordinarios, pero no eran nada comparados con Shadow Star y Pyro Storm. Incluso aunque Cap y el alcalde los vieran como amenazas (de hecho, todos los Extraordinarios eran amenazas, según Cap), nadie podía negar lo geniales *que eran*. Si intentaban negarlo, se equivocaban. Y punto.

Aun así, debería haber hecho más. Seth merecía mucho más.

Lo encontró junto a su taquilla, golpeándose la cabeza contra la puerta repetidamente, mientras murmuraba:

—Estúpido, estúpido, estúpido.

Nick se acercó y puso la mano entre la frente de Seth y la taquilla, para que cuando intentara golpearse de nuevo, encontrara una mano huesuda en su lugar.

—Oye —dijo Nick—. ¿Quieres que lo mate? Porque lo haré. —Hablaba muy en serio. Había descubierto cómo hacerlo antes de que su padre reforzara el control parental de su navegador. Solo necesitaba encontrar un par de tiburones.

Seth suspiró.

—No, irías a la cárcel. Te visitaría, pero no sería lo mismo.

—Probablemente. Pero podría tatuarme una lágrima para parecer un tipo duro. Valdría la pena. —Frunció el ceño—. A menos que hubiera un tipo gigante llamado Enorme Gregory que me obligara a mantener la mano en su bolsillo todo el tiempo. No sé si podría con eso.

—Tu cerebro.

—Ya lo sé, ¿no? Está… Lo que sea. Para eso es la Concentra. —Apartó la mirada y empezó a golpear sus dedos contra la taquilla, odiando en silencio no poder quedarse nunca quieto.

—No te pasa nada —dijo Seth y Nick se sintió incluso peor por no haberlo podido defender. Tenía que ser mejor amigo de lo que era. Seth siempre le cubría las espaldas, pasara lo que pasara. Nick debería haber hecho lo mismo.

—Puede ser —musitó Nick—. Cuesta un poco acostumbrarse. Estoy un poco cansado, ¿sabes? Pero el médico me dijo que es normal y que se estabilizará en algún momento, como pasó con las que tomaba antes. Solo que estas no me van a convertir en un zombi chiflado como el año pasado.

—Bien —respondió Seth y Nick podía escuchar la risa en su voz. Lo miró, todavía un poco desconcertado de que tuvieran la misma altura—. Pensé que iba a tener que matar al Nick zombi de un tiro en la cabeza.

—Es la única manera de matarlos —coincidió Nick.

—Me alegra que tu cerebro esté bien.

Nick estaba absurdamente conmovido.

—Sí —respiró hondo—. No puedes dejar que lo que diga y haga Owen te afecte. Solo quiere molestarte.

La sonrisa de Seth se desvaneció lentamente.

—Ya lo sé. Es parte de su encanto.

Nick puso los ojos en blanco.

—Yo no lo llamaría encanto.

—Sin embargo, caíste en su trampa —dijo y luego, casi de inmediato, se quedó pálido, como si no pudiera creer que esas palabras hubieran salido de su boca.

—Amigo —dijo Nick, respirando respetuosamente—. Eso fue duro. Estoy impresionado.

Mierda.

Seth se frotó la nuca.

—No quise…

—Sí, claro que sí. No puedes retractarte. Eso sería de débiles.

—¿De… acuerdo?

Nick asintió.

—Bueno, fue un poco grosero. Y puede que mis sentimientos estén heridos.

—La verdad a veces duele.

—Está bien. Bueno. ¿Quién eres tú? Quiero decir, lo siento y todo eso, porque tienes razón. Debería haber dicho más. Pero también, ¿qué has hecho con mi mejor amigo? Ah, Dios mío, ¿eres Seth Bizarro? Como Batzarro, ¿el peor detective del mundo? Si lo eres, dímelo ahora, así puedo encontrar la forma de recuperar al Seth normal. Quiero decir, está bien que seas Seth Bizarro, pero realmente prefiero a mi Seth tal y como es.

Seth tosió.

Nick lo miró con los ojos entrecerrados.

—Mmm… ¿Estás bien?

Seth asintió furiosamente, con la cara roja.

—Sí, sí… estoy bien. Bien, bien, bien.

—Bien.

—No soy Seth Bizarro.

Nick entrecerró más los ojos.

—Eso es algo que Seth Bizarro diría.

Seth respiró hondo y exhaló despacio.

—Lo juro. Soy… tu Seth.

Nick esbozó una sonrisa y pasó un brazo sobre los hombros de su amigo.

—Fantástico. Te creo. ¿De qué estábamos hablando? No lo recuerdo.

Seth se encogió de hombros, pero parecía estar mejor, y eso era lo único que le importaba a Nick.

—No importa. Todo está bien.

Nick sintió la mano de Seth sobre su cintura y le dio un abrazo breve de lado. Todo volvió a estar bien otra vez con el mundo.

—Tienes clase de Historia, ¿verdad? —preguntó Nick—. Mi clase está al lado de la tuya. Caminemos y hablemos. Tengo algunas ideas para salvar a Nate Belen y me gustaría comentarlas contigo. ¿Tienes unos minutos?

Seth tenía tiempo.

Después de todo, quizá no había sido un mal día.

***

Llovía a cántaros cuando Nick finalmente salió de la prisión conocida como castigo después de clase.

—Maldición —murmuró para sí mismo mientras miraba por las puertas delanteras del instituto. Podía oír gritos y algunas suelas rechinando sobre el suelo del gimnasio al final del pasillo y un silbato estridente. Más allá de eso, solo se escuchaba la lluvia.

Ni siquiera se le había ocurrido revisar la previsión del tiempo esa mañana. Estaba demasiado distraído deseando que Rebecca Firestone dejara de existir.

La estación de metro estaba a unas manzanas, lo que significaba que Nick, inevitablemente, se mojaría. Odiaba mojarse.

Cerró los ojos con fuerza y deseó con toda su voluntad que la lluvia se detuviera, puede que hubiera desarrollado algún poder de Extraordinario mientras estaba castigado y ahora podía controlar el clima.

Abrió los ojos. Seguía lloviendo.

Podía esperar, pero según la aplicación meteorológica, iba a llover durante al menos dos horas más y no quería estar en el instituto más tiempo del necesario. Decidió que, como era un hombre, podía soportar que se le mojara el pelo y los calcetines.

Abrió la puerta de un empujón.

Su mano quedó empapada de inmediato.

Hacía frío.

Cerró la puerta.

Estaba a punto de sentarse en el suelo cuando escuchó que alguien lo llamaba por detrás. Se giró y vio a Gibby caminando por el pasillo, señalándole.

—Ah, gracias a Dios —dijo—. Pensé que iba a morir aquí. Tienes un paraguas, ¿verdad? Espera, ¿qué haces aquí?

Gibby le dio un puñetazo en el hombro. No perdió el equilibrio, a pesar de que lo hubiera parecido.

—Jazz tenía entrenamiento con el equipo de animadoras. Me quedé a verla para hacerle algunas críticas constructivas más tarde.

Nick se frotó el hombro con una mueca de dolor.

—La estabas espiando desde las gradas y te echaron otra vez, ¿verdad?

Gibby se encogió de hombros.

—Le queda bien el uniforme. Tengo permitido mirarla. Puede que también haya alardeado un poco porque el equipo de fútbol estaba entrenando en el gimnasio.

—Eres incorregible.

—Estoy saliendo con la capitana del equipo de animadoras. Tengo permitido ser así.

—Qué asco —musitó Nick—. ¿Podemos irnos ya? Este lugar me está drenando el alma y no quiero quedarme aquí hasta mañana. Y no ayuda que me recuerdes que voy a quedarme solo durante el resto de mi vida.

—No puedo creerlo… ¿Sabes qué? No. Dije que me mantendría al margen y eso es lo que voy a hacer. No entiendo cómo ha podido triunfar el patriarcado. Sois todos tan estúpidos.

—¿Mantenerte al margen en qué? —preguntó Nick, confundido—. ¿Owen te dijo algo? Porque si es así, te juro por Dios que voy a darle un puñetazo en el páncreas. Yo no…

—Te dejaré aquí solo sin pensarlo dos veces.

Nick le creyó. Gibby era una mujer de palabra.

—Ya me callo.

—No creo que eso sea posible.

Nick suspiró.

—Sí, no tengo un cerebro neurotípico. Tengo suerte de que todo lo que digo es increíble y que le caigo bien a un par de personas.

—Apenas —dijo ella, aunque Nick podía ver que luchaba por contener una sonrisa—. ¿Qué te parece si nos largamos de este lugar, colega?

Y como una pareja de gatos molones, hicieron exactamente eso.

***

El metro se estaba retrasando.

—¿Por qué? —preguntó Nick, mirando al techo de la estación. Las baldosas estaban sucias y algo que parecía ser un perrito caliente, o que lo fue en algún momento, estaba atrapado en una de las rejillas sobre las luces fluorescentes—. ¿Qué te he hecho yo? ¿Además de todas esas cosas que te hice?

—Parece que hay un problema en las vías —comentó Gibby, frunciendo el ceño con los ojos sobre su teléfono—. Dice que el servicio se reactivará en veinte minutos. Lo que en el lenguaje de las autoridades de transporte de Ciudad Nova significa que no tienen ni idea de lo que está pasando y probablemente haya un incendio que tardarán una hora como mínimo en apagar.

Sin duda alguna, eso había sido un perrito caliente. Podía ver la mostaza seca y todo.

—Tengo los calcetines mojados.

—Sí, tu vida es una tragedia de cuatro actos. ¿Quieres esperar o vamos caminando hasta Market Street y cogemos la Silver Line?

—¡Pero son como ocho calles!

—Soy consciente de ello.

—Bajo la lluvia.

—Guau, tus poderes de observación son de otro mundo.

No entendía por qué alguien había tirado un perrito caliente mordido a la luz. Era una de las millones de historias que ocurrían en Ciudad Nova cada día y que nunca llegaría a escuchar.

—Tengo los calcetines mojados —repitió.

—Ya lo has dicho. Decídete, Nicky.

Había empezado a hacer un calor asfixiante en la estación. La gente caminaba de un lado a otro furiosa, sin apartar la mirada de sus teléfonos.

Nick odiaba a las multitudes.

Y, honestamente, ese perrito caliente le perturbaba más de lo que le gustaba admitir.

—Está bien —dijo, sabiendo que sonó algo malhumorado, pero sin poder hacer mucho al respecto—. Si no queda otra opción.

Pero Gibby no era el tipo de persona que disfrutara lidiando con sus problemas. Esa era una de las razones por las que la quería tanto. Lo miró y puso los ojos en blanco, haciéndole saber exactamente lo que pensaba de él. Luego lo agarró del brazo y tiró de él hacia las escaleras.

Cuando llegaron a la calle, se aseguró de mantenerlo cerca para que los dos pudieran estar bajo el paraguas.

***

Nick y Seth tenían diez años cuando Lola Gibson apareció de golpe en sus vidas. Literalmente.

Eran cuatro contra dos y Nick estaba bastante seguro de que el profesor de guardia que estaba a cargo se hizo el distraído cuando los acorralaron. Seth empujó a Nick detrás de él, la parte superior de su cabeza apenas llegaba a la barbilla de Nick, como si pudiera protegerlo de la paliza que estaban a punto de recibir.

Está bien, Nick probablemente se la merecía, dado que su boca se movió antes de que su cerebro lograra entender que sería una mala idea reírse a carcajadas cuando David Carlucci no logró pegarle al balón y se estrelló de bruces contra el poste metálico durante un partido de *tetherball*.

David Carlucci y sus matones estaban en sexto curso, lo que significaba que Nicky iba a morir.

Pero entonces Seth estaba allí, delante de él, con su metro y medio de altura, como si creyera que iba a ser capaz de evitar que les dieran una paliza.

Y justo cuando Nick estaba a punto de abrir la boca otra vez y enunciar sus últimas palabras en vida, vio un destello de pelo negro con trenzas que anunció la llegada de Lola Gibson, una chica que Nick y Seth habían visto algunas veces, pero con quien nunca habían hablado. Se colocó delante de Seth con las manos sobre la cintura, iba vestida con unos vaqueros y una sudadera con una calavera y huesos cruzados en la espalda.

David Carlucci le dijo que se hiciera a un lado. Lola Gibson respondió dándole un puñetazo que le partió el labio. David Carlucci retrocedió gruñendo con los ojos entrecerrados mientras arremetía contra ellos una vez más.

Lola Gibson abrió la boca y gritó con tanta energía que Nick estaba seguro de que nunca había escuchado un sonido tan fuerte. Estaba impresionado, mientras David Carlucci y sus matones daban un paso hacia atrás. Nick, incapaz de mantener la boca cerrada durante mucho tiempo, estaba a punto de insultarlos, cuando un profesor se acercó corriendo.

Lola Gibson rompió en llanto mientras repetía entre sollozos que esos niños estaban intentando hacerle daño a ella y sus amigos, y que ella era solo una niña y que estaban intentando golpear a una niña y…

De inmediato, David Carlucci y su pandilla de preadolescentes inadaptados fueron llevados al despacho del subdirector, donde Nick estaba convencido de que serían arrastrados y descuartizados por sus crímenes contra la humanidad.

En cuanto estuvieron fuera del alcance de sus oídos, Lola Gibson dejó de llorar de inmediato.

—Me gustas —dijo Nick con seriedad—. Nunca le había dicho eso a una chica antes.

Lola Gibson entrecerró los ojos.

—Te daré una paliza igual de fuerte.

—Lo retiro.

—Bien. —Luego se dirigió a Seth—. Tu pajarita es azul.

—Gracias —musitó Seth, porque no sabía cómo tratar a la gente nueva.

Y así fue como Nick y Seth conocieron a Lola Gibson.

Después de eso, nunca los abandonó. Incluso cuando empezó el instituto antes que ellos, aún los veía todos los días después de clase y los fines de semana.

Fue durante el verano del primer y segundo año de instituto de Nick y Seth que se rapó la cabeza y les exigió que la llamaran Gibby. Como a Nick y Seth les gustaban sus caras tal y como eran, y porque respetaban a su amiga, la empezaron a llamar Gibby.

La gente no entendía su grupo de amigos. Pero, sinceramente, a Nick no le importaba lo que pensaran. Él no entendía a la mayoría de las personas, así que le parecía justo. Eran el grupo *queer* del Instituto Centennial (y, aunque no eran los únicos, eran los más llamativos). Eran los chiflados, los raros. Seth era demasiado inteligente, Nick era demasiado ruidoso. Gibby era demasiado marimacho y Jazz era igual al resto, hasta que Gibby le lanzó un hechizo lésbico que la pasó al lado oscuro. O al menos eso fue lo que escuchó Jazz un día en el baño de niñas. Gibby se había reído tan fuerte que empezó a llorar, algo que Nick y Seth nunca habían visto y que les sorprendió.

Luego apareció Owen y… bueno. Cuanto menos se hablara de eso, mejor, dado que El Gran Romance de Nick y Owen ocurrió tras su llegada y nadie quería revivir esos días. Aunque Nick

no lo había dicho en voz alta, se preguntaba si Owen también le había lanzado un hechizo lésbico. Esa parecía ser la única explicación de por qué Nick habría dejado que Owen le tocara un pezón aquella vez.

No eran muy populares, pero no importaba. Quería mucho a su grupo.

***

—No es tan difícil como ella lo hace parecer —dijo Gibby cuando llegaron a la calle. Estaban acurrucados bajo el paraguas—. Ya sé que está preocupada, pero ¿por qué no me cree cuando le digo que todo va a salir bien?

Nick se encogió de hombros.

—Estás a punto de graduarte. Avanzarás hacia cosas más grandes y nos dejarás atrás. Quiero decir, entiendo lo que dices, pero también la entiendo a ella.

—Pero ella me importa. Mucho.

—Ya lo sé. —Le parecía conmovedor, pero Nick nunca se lo diría en la cara, porque probablemente no lo dejaría terminar la frase—. Y ella también lo sabe. Pero tienes que admitir que tiene razón. Las cosas cambian. Y tú eres joven.

Frunció el ceño.

—Odio cuando la excusa es esa. Odio cuando dicen que tener una relación a los diecisiete años no es lo mismo que tenerla cuando eres más mayor. Muchas personas se casan con la persona que salían en el instituto.

Nick casi se tropieza.

—¿Quieres casarte…?

—Ah, por Dios, no. No me refiero a eso. Solo digo que ser jóvenes no significa que seamos estúpidas.

—¿Qué pasará cuando cumplas dieciocho años y ella siga siendo menor? ¿Qué pasa si sus padres te regañan por eso?

Gibby puso los ojos en blanco.

—No pasa nada. Les caigo bien a sus padres. Y mis padres creen que ella es, y los cito, guay. Lo que sea que eso signifique.

Nick frunció el ceño.

—No entiendo a los hippies.

—Nadie los entiende.

—Mucho menos cuando también son contables.

—Es confuso en niveles que no me quiero ni imaginar. Éramos las únicas personas negras en todas las comunas que visitamos. Y, extrañamente, nos trataban como si fuéramos de la realeza.

—¿Puedo darte un consejo? No es sobre la realeza. Soy demasiado blanco para darte un

consejo sobre eso. Sino sobre Jazz.

Gibby se le quedó mirando mientras esperaban a que cambiara el semáforo en una esquina.

—¿Tú? ¿Tú quieres darme un consejo a mí?

—Siento que debería sentirme ofendido por eso, pero no sé muy bien por qué.

—Ah, claro que deberías. Está bien. Dime, Bell. Aconséjame.

Nick pensó por un momento y luego…

—Respeta sus miedos. Puede que creas que sean infundados, pero así es como ella se siente y es totalmente válido. Recuérdale que eso es lo que quieres. Y si no, asegúrate de que sepa que aún te preocupas por ella, pero que es mejor dejarlo ahora a tener que hacerlo más adelante cuando duela más.

—Eso… no estuvo mal —dijo Gibby, algo impresionada—. ¿De dónde has sacado eso?

—Soy muy consciente de mí mismo —contestó con tono engreído—. Lo veo todo… Ay, ¿quién puso esta boca de incendios aquí? —La miró con desprecio mientras se frotaba la rodilla.

—Eso está mejor —dijo Gibby, tirando de él de nuevo bajo el paraguas—. El mundo vuelve a su sitio y todo está bien.

—Da igual. Te acabo de dar un buen consejo y lo sabes.

—Es verdad —dijo Gibby—. Pero también creo que los mejores consejos vienen de las personas que pueden seguirlos.

—¿Qué?

Lo empujó con el hombro.

—¿Qué pasa con Seth?

Nick la miró confundido.

—¿Qué pasa con Seth?

—En serio. ¿Esa es tu respuesta?

¿Estaban hablando el mismo idioma o…?

—No sé de qué estás hablando.

Gibby suspiró.

—Ah, Dios. De acuerdo. Intentémoslo de otra manera. Nicky.

—Gibby.

—¿Qué pasará cuando te gradúes y tú y Seth vayáis a distintas universidades?

—Eso no va a pasar —contestó Nick de inmediato—. Seth y yo ya tenemos planes para ir a la misma universidad donde compartiremos dormitorio el primer año y luego nos mudaremos fuera del campus los siguientes años. Cuando nos graduemos, conseguiremos un apartamento en la ciudad, donde trabajaré durante cuatro años como policía antes de retirarme y abrir mi propia agencia de detectives y panadería. Seth se convertirá en un autor famoso que escribirá historias de crímenes reales que no serán muy realistas porque tendrán dragones, o será un abogado que

ganará todos los casos y luchará por aquellos que necesitan justicia, porque él será la voz de aquellos que no pueden defenderse solos.

Gibby lo miró boquiabierta. Nick miró por encima del hombro, pero no había nada detrás de él. Se volvió de nuevo hacia Gibby.

—¿Qué?

—Tú… ¿Cómo es que…? Si no hubiera hecho esa promesa… —Sacudió la cabeza de un lado a otro—. Te juro que si no estoy presente cuando tengas la mayor revelación de tu vida, voy a gritar y te obligaré a repetirlo todo de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Nick con seriedad—. Porque nada de lo que dices tiene sentido. ¿Estás teniendo un derrame cerebral? ¿Puedes sentir la mitad de la cara o está entumecida?

Alargó una mano para tocarle la mejilla, pero la apartó cuando ella intentó morderle los dedos.

***

Habían caminado cuatro manzanas cuando sucedió.

Nick dijo: «Oye, vamos por este callejón, es un atajo», y Gibby le recordó que ir por callejones cuando estaba oscuro y llovía nunca era una buena idea.

Nick la llamó gallina. Es probable que incluso hubiera empezado a sacudir los brazos mientras repetía «Quiquiriquí, quiquiriquí», aunque no estaba orgulloso de eso.

Gibby amenazó con aplicarle violencia a sus genitales.

Nick se detuvo.

Pero luego Gibby avanzó hacia el callejón y, más tarde, Nick se diría a sí mismo que todo había sido culpa de su amiga y que, si se hubiera mantenido firme, no se habrían topado con dos matones con chaquetas de cuero y cuchillos que parecían espadas, aunque eran solo navajas automáticas.

—Había un perrito caliente atrapado en una de las luces de la estación —le estaba contando Nick mientras avanzaban por el callejón. La lluvia caía a su alrededor—. No puedo dejar de pensar en por qué estaba allí.

—Porque alguien lo lanzó.

—Sí, eso ya lo sé, pero no me refiero a ese tipo de pregunta. No busco el porqué de la acción. Sino el porqué del razonamiento. ¿Por qué el dueño de ese perrito caliente decidió hacer eso? No tiene ningún sentido.

Gibby rio.

—A veces, la gente hace las cosas solo porque puede. No tiene que haber un razonamiento muy profundo. Todo es caos.

—Anarquistas. Nunca los entenderé.

—No se trata de…

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Nadie que empezara una frase con «Vaya, vaya, vaya» ha querido hacer jamás algo agradable. Nick se volvió lentamente para mirar por encima del hombro.

Detrás de ellos, había dos hombres. Uno tenía un bigote. Estaba mojado por la lluvia y colgaba bajo su nariz como una rata ahogada. El otro se estaba quedando calvo y tenía algunos mechones de pelo colocados sobre su inminente calvicie como si estuvieran pegados sobre su cabeza, y algunas gotas de lluvia goteaban por los lóbulos de las orejas.

Nick se quedó congelado. No parecía que tuvieran un arma, pero lo único en lo que podía pensar era en los últimos momentos con vida de su madre, algo que siempre le agobiaba. Nunca había tenido una explicación exacta de lo que había sucedido, solo lo que le había dicho Cap, que había sido rápido, algo particularmente horrible que no ayudaba tanto como Cap creía. Nick era valiente, sí, pero también estaba en posición de saber que, a veces, las personas no volvían a sus casas, sin importar lo que hubieran prometido.

Casi se tropieza cuando Gibby lo empujó detrás de ella, cerrando las manos en dos puños. Nick se quitó la mochila para buscar el gas pimienta que su padre le había dado. Quería una pistola eléctrica, pero su padre supuso que acabaría electrocutándose a sí mismo, lo que, a pesar de que no le había sentado bien, probablemente fuera cierto. Pero por cómo funcionaba el universo, Nick encontró de todo menos el gas pimienta en su mochila, incluyendo su bálsamo labial, una pajita usada y un viejo sándwich que debía tirar de inmediato porque suponía un riesgo para la salud. Estaba entrando en pánico y solo empeoraría. Apartó los ojos de su mochila y miró hacia la calle detrás de los hombres en el callejón. Podía ver a personas pasando a toda prisa por la acera, con sus paraguas levantados, mirando sus teléfonos.

Y era horrible. Aunque Nick había vivido en la ciudad toda su vida, nunca le habían atracado. Y por estar configurado de esa manera, siempre había fantaseado con lo que haría en caso de que se presentara una situación como esta. En sus fantasías, era valiente y no se dejaba intimidar por nadie. No necesitaba que lo salvaran porque él se salvaba a sí mismo. Pero ahora, en la cruda realidad, apenas podía moverse y no dejaba de ponerse cada vez más y más nervioso por no poder encontrar el maldito gas pimienta.

—Todo —espetó el hombre de bigotes, lo que hizo que Nick inspirara bruscamente—. Nos llevaremos las mochilas. Las dos. Ahora.

—¿Y si no queremos? —preguntó Gibby, porque era más dura que lo que Nick jamás sería.

—No —le susurró al oído—. Dales lo que quieren.

Podía imaginárselo tan claro como el día: su padre recibiendo otra llamada que haría que todo se derrumbara a su alrededor. No podía dejar que pasara por eso otra vez.

Ella no lo miró.

—No vamos a daros nada…

El tipo con el problema de calvicie crónica sacó una navaja y presionó un botón para desenfundar la hoja afilada. En general, no era el cuchillo más grande que Nick jamás hubiera visto. Tal vez tenía unos trece o quince centímetros. Pequeña, para ser sinceros.

Pero Nick sabía que el tamaño no importaba.

Sino lo que se podía hacer con ella.

Agarró a Gibby de los hombros, intentando hacer que sus piernas funcionaran para poder colocarse delante de ella. Estaba sudando y su corazón latía más rápido que nunca, pero intentó que no se reflejara en su cara. Uno no le muestra su miedo a un depredador, mucho menos cuando ese depredador tiene un cuchillo.

Borrad eso. Dos cuchillos, porque el hombre de bigotes también sacó una navaja parecida a la que tenía el tipo con el problema de calvicie crónica. Y como Nick no siempre controlaba sus pensamientos, se preguntó si eran novios y si las habían escogido a juego durante una cita. Se maldijo a sí mismo por ser tan romántico, incluso cuando estaban a punto de apuñalarlo.

Apoyó la frente sobre la nuca de Gibby mientras se esforzaba por respirar, su mochila presionada entre ambos, intentando reunir lo que le quedaba de coraje. En su cabeza, podía imaginarlo: empujaría a Gibby detrás de él, cuadraría los hombros y les diría a los ladrones que se fueran a tomar por culo. Su padre había sido policía durante más tiempo del que Nick estaba vivo y le había inculcado el sentido del deber. Del honor. Debía proteger a quienes más lo necesitaban. Con esto no quería decir que Gibby lo necesitara precisamente, pero el principio era el mismo.

Era algo que Shadow Star habría hecho. Él era un héroe y no se dejaría intimidar por nadie. Podía hacerlo.

—Está bien —dijo Nick en voz baja mientras levantaba la cabeza—. Nadie tiene que salir herido. —Rodeó a Gibby con la intención de detenerse delante de ella, pero ella lo sujetó de la muñeca con fuerza. Estaban hombro con hombro. Escuchó la voz de su padre en su cabeza, susurrándole que era más fácil afrontar las cosas juntos que separados. Levantó la mano hasta que los dedos de Gibby se entrelazaron con los suyos. Los apretó con fuerza.

—Entonces entregadnos todo —insistió el hombre de bigotes, amenazándolos con su navaja —. Y quizá no nos planteemos ver cómo queda vuestra sangre sobre el asfalto.

Después de todo, era una amenaza muy creíble. Definitivamente, Nick no quería ver cómo quedaba su sangre sobre el asfalto. Incluso aunque fuera valiente (un poco), le aterraba totalmente que lo apuñalaran. No quería que le hicieran eso. Y tampoco que se lo hicieran a Gibby.

—Está bien —repitió, odiando su voz temblorosa. Gibby también lo notó e inhaló bruscamente, mientras sujetaba a Nick con tanta fuerza que sus huesos parecían rozarse entre sí —. Por favor, no nos hagáis daño. Te daremos lo que quieras.

—Así está mejor, chico —dijo el hombre con el problema de calvicie crónica, torciendo la boca en una mueca—. Puede que la próxima vez aprendas a mantener la boca cerrada.

—No habrá una próxima vez —gruñó una voz profunda desde algún lugar por encima de ellos.

Y Nicholas Bell se quedó congelado porque la conocía.

Esa voz había sido la protagonista de muchas de sus fantasías, junto a aquellas en las que Nick se salvaba solo. A veces, esa voz le susurraba cosas al oído, mientras su dueño le cogía de la mano y le decía que era guapo y que debían hacer un pícnic o salir a dar un paseo para reírse de los turistas que se gastaban quince dólares en un algodón de azúcar. Esa voz que también había sido su musa a la hora de escribir su obra maestra, una historia de amor y sacrificio interminable, de superhéroes atractivos y villanos de trajes ajustados, donde un joven atractivo llamado Nathaniel Belen, con una vida respetable e inocente, se enamoraba del protector de su ciudad e inevitablemente terminaba en la línea de fuego entre el bien y el mal.

Esa voz le pertenecía a alguien Extraordinario.

Nick salió de debajo del paraguas. Levantó la mirada hacia el cielo y la lluvia cayó sobre sus mejillas.

Y allí, posado en la pared de un edificio de apartamentos, estaba Shadow Star.

Su traje negro relucía bajo la lluvia y reflejaba la escasa luz que se filtraba a través de una de las ventanas del edificio. El símbolo de la estrella se extendía sobre su musculoso pecho. Las gafas sobre sus ojos resplandecían y tenía la boca abierta, enseñando los dientes blancos, mientras gruñía al hombre del bigote y el tipo con el problema de calvicie crónica.

Nick se quedó boquiabierto, pero no emitió ningún sonido. Había tenido muchos sueños que empezaban así. Incluso en esos sueños, lograba decir algo ingenioso y divertido que hacía reír a Shadow Star (algo que Nick no creía que pudiera hacer, dado que debía pasar su tiempo viviendo en las sombras en el corazón enfermo de la ciudad). Sin importar cuánto lo intentara, Nick no era capaz de decir ni una sola palabra. Su cerebro estaba completamente descontrolado por estar ante la presencia del Extraordinario que idolatraba en un grado que seguramente no era sano. Finalmente, un sonido logró brotar de su boca, pero fue un suspiro entrecortado. No fue uno de sus mejores momentos.

El hombre del bigote dio un paso hacia atrás, como si estuviera listo para salir corriendo. El tipo con el problema de calvicie crónica miró a Shadow Star mientras su boca se abría y se cerraba.

El hombre del bigote se giró y…

Shadow Star levantó una mano y, de su muñeca, surgió un estallido de luz que iluminó todo el callejón, proyectando sombras donde antes no las había. Nick parpadeó por el destello de luz y giró la cabeza para proteger sus ojos. Miró hacia atrás justo a tiempo de ver al hombre del bigote

dar dos pasos antes de que su propia sombra se levantara del suelo y lo agarrara por los tobillos. Lo sacudió hasta que cayó de espaldas con un crujido desgarrador. Quedó tirado en el suelo, mirando al cielo y parpadeando lentamente bajo la lluvia.

El tipo con el problema de calvicie crónica ni lo intentó y se fue corriendo.

Pero salió corriendo hacia Nick y Gibby con la navaja aún fuertemente agarrada en la mano. Nick retrocedió arrastrando a Gibby consigo, y ambos se tropezaron sobre un pequeño y antiguo contenedor lleno de lo que olía como comida china de hacía varias semanas. El paraguas también terminó en el suelo y ambos quedaron empapados de inmediato.

Nick levantó las manos, molesto por estar a punto de morir frente a Shadow Star (de todas las personas que podían ser), y ya estaba preparando una diatriba furiosa para insultar a Dios, a Jesús y algunos de los apóstoles cuando llegara al cielo, si es que allí es donde terminaba.

El tipo con el problema de calvicie crónica ya casi lo había alcanzado cuando, de repente, Shadow Star se interpuso entre ellos. Aterrizó con elegancia frente a Nick de la manera en la que solo los superhéroes sabían hacerlo: una mano sobre su pecho y la otra levantada lejos de su cuerpo. El tipo intentó detenerse, pero el asfalto estaba tan mojado que se resbaló y cayó sobre una pila de periódicos desechados y lo que parecían ser restos de curri o un pañal.

Shadow Star le rodeó la garganta con la mano y, con la otra, apartó la navaja antes de que se convirtiera en una amenaza para él. Los ojos del hombre parecían estar a punto de salirse de sus órbitas.

—*Erk.* —Quería decir algo, pero no podía por la fuerza de Shadow Star.

Nick nunca había reunido tanta fuerza de voluntad en su vida como en ese momento para evitar estirar la mano y tocar la espalda de Shadow Star. Estaba a unos pocos metros y parecía tan fácil, pero, si bien Nicholas Bell sentía un enamoramiento considerable por el Extraordinario, respetaba el espacio personal de las personas y no tocaría a alguien sin su consentimiento, incluso aunque Rebecca Firestone lo hiciera todo el tiempo.

—Cometiste un error —le gruñó Shadow Star al tipo con el problema de calvicie crónica, tan cerca de su rostro que sus narices casi se tocaban—. Uno del que te arrepentirás. —Su voz era grave, casi como si estuviera siendo modificada de alguna manera para ocultar su verdadera identidad, pero Nick también sabía que había una gran probabilidad de que esa fuera su voz real. Intentó desesperadamente no suspirar enamorado, en especial con Shadow Star gruñendo como Nick había escrito en su *fanfic*. A la mierda con todos los que no creían que el arte mejoraba la vida real.

—*Blargh* —añadió el tipo con el problema de calvicie crónica y Shadow Star lo arrojó hacia la pared del edificio, y aterrizó sobre una montaña de basura, donde quedó tendido con el único movimiento de la lenta y constante elevación de su pecho.

Shadow Star se volvió hacia Nick.

Fue en ese momento cuando Nick se dio cuenta de dos cosas muy distintas:

La primera, su ropa interior estaba mojada por la lluvia, y tener la ropa interior húmeda era peor que tener los calcetines mojados.

Y, lo segundo, este era el momento que había estado esperando desde que había visto a Shadow Star por primera vez en las noticias tres meses antes del día que Antes se convirtió en Después. Había sido en un vídeo borroso grabado con un teléfono en el que aparecía dando una voltereta desde lo alto de un puente segundos antes de aterrizar frente a un hombre que estaba a punto de renunciar a todo y saltar al río Westfield. Nick, según sus cálculos, había visto ese vídeo unas seiscientas cuarenta y siete veces en los últimos dos años. Sí, desde entonces habían aparecido otros vídeos con mejor calidad (demonios, incluso lo habían entrevistado, aunque hubiera sido Rebecca Firestone, pero Nick se había convertido en un experto en silenciar los vídeos cada vez que ella abría la boca), pero ese había sido el primero y, por lo tanto, era su favorito.

Así que, sí. Su ropa interior estaba mojada y su amor por este Extraordinario podía, aparentemente, aumentar más cuando estaba delante de él. Necesitaba conservar la calma. No todos los días era rescatado por el superhéroe de sus sueños.

El problema era que Nick no sabía muy bien cómo conservar la calma. Ah, claro, entendía el concepto, pero era un adolescente torpe de dieciséis años que no siempre controlaba su boca. Razón por la cual en lugar de conservar la calma y decir «Gracias por salvarnos, eres el mejor, me llamo Nick y me alegra no estar muerto», declaró:

—Tengo una almohada con tu cara.

El único sonido que siguió a esa muerte lenta y dolorosa fue la lluvia sobre el asfalto. Y la voz de Gibby diciendo:

—Ay, me duele estar presenciando esto.

Shadow Star esbozó un intento de sonrisa y Nick hizo su mejor esfuerzo para no quedarse mirándole fijamente, aunque estaba fallando de una manera espectacular.

—¿Te encuentras bien, ciudadano?

No podía creer que Shadow Star le estuviera hablando a él.

—No hago nada raro con la almohada, por si te lo estás preguntando. —Ah, Dios, ¿por qué no podía dejar de hablar de su estúpida almohada?

—Ah, eso está… bien —respondió Shadow Star.

—Sí —añadió Nick—. Lo es. Está bien.

—Claro —dijo Shadow Star lentamente. Miró a Gibby por encima del hombro de Nick y luego volvió a Nick, quien no pudo evitar notar que tenían casi la misma altura. Sumado al hecho de que Shadow Star se veía mucho más joven de cerca y Nick no sabía con certeza si estaba embelesado o a punto de desmayarse—. ¿Estáis bien los dos?

—Dejando de lado el trauma emocional que probablemente aparecerá cuando cumpla treinta y siete años y tenga un trabajo de oficina sin futuro que odiaré, estoy bien —balbuceó Nick, sin saber por qué las palabras que salían de su boca eran las que su cerebro creía necesario decir en voz alta.

—Estoy bien —contestó Gibby suavemente—. Cualquier trauma que pudiera haber tenido está siendo superado por esta tragicomedia que está ocurriendo delante de mí.

Shadow Star dio un paso hacia ellos con la mirada fija en Nick. Por su parte, Nick se quedó donde estaba, aunque dudaba que hubiera podido moverse, aunque quisiera. La boca de Shadow Star se torció ligeramente, y Nick siguió el movimiento con suma atención. Tenía unos labios bonitos (objetivamente hablando, claro). Quizá los más bonitos que jamás había visto.

Shadow Star se inclinó hacia él y, aunque Nick no tenía ni idea de qué demonios estaba pasando, le entusiasmó mucho este giro inesperado de los acontecimientos, porque parecía que Shadow Star estaba a punto de besarlo.

Cielo santo. Sí. Sí. *Sí.*

Por esto había escrito su *fanfic*. En este momento entendió que Shadow Star había podido ver a través de los defectos de Nick como ser humano, y, de algún modo, ya se había enamorado de él. No entendía cómo había ocurrido (en especial, por la velocidad con la que lo había hecho; quizá Nick era más interesante de lo que pensaba), pero ya estaba imaginando una casa en los suburbios, donde tendría reuniones con el club de lectura y diría cosas como «Sí, *Orgullo y prejuicio* es un libro muy viejo que trata sobre algunas cosas, pero no tuve tiempo de terminarlo porque Shadow Star me llevó a cenar anoche a un restaurante elegante que tenía tenedores distintos para la ensalada».

La vida era maravillosa.

Pero no fue un beso. Shadow Star había levantado la rodilla hacia su pecho para dar una patada hacia atrás. La escena que Nick creyó que sería el segundo primer beso de su vida, fue en realidad el pie de Shadow Star estrellándose contra el pecho del hombre del bigote para derribarlo.

Aun así, los labios de Nick no recibieron la información hasta que fue demasiado tarde. Besó a Shadow Star en un lado de la cabeza, justo sobre su máscara. Sabía a goma mojada.

Gibby emitió un sonido como si se estuviera ahogando de la risa.

Nick abrió los ojos, aterrorizado, mientras el hombre del bigote se estrellaba contra la pared encima del tipo con el problema de calvicie crónica.

Shadow Star bajó la pierna y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Acabas de… besarme la cabeza?

Nick olvidó cómo ser humano. Para su completo horror, regresó al viejo hábito de emitir sonidos, esta vez, como un ciervo en celo de la región del noroeste del Pacífico, un balido

horrible.

Gibby estaba teniendo dificultades para respirar.

—¿Por qué no hay nadie más para presenciar esto? —preguntó ella.

Juntando la poca dignidad que le quedaba, Nick respondió:

—Mmm, ¿no?

—Ah —dijo Shadow Star—. Porque estoy seguro de que acabas de besarme la cabeza.

—No —insistió Nick, empapado de sudor, aunque, para su suerte, seguía lloviendo—. Sería muy raro.

—Un poco —respondió Shadow Star.

—Y yo respeto tu espacio personal —añadió Nick.

—¿Gracias…?

—De nada —contestó Nick, deseando que apareciera Pyro Storm en ese mismo instante y destruyera toda Ciudad Nova para que Nick ardiera bajo una ola de fuego. Sería menos doloroso que intentar sobrevivir los siguientes dos minutos. Levantó la mirada rápidamente. Nada. Aparentemente, a los supervillanos solo les importaba la muerte y la destrucción cuando Nick no estaba haciendo el ridículo. Maldito Pyro Storm.

Shadow Star señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Será mejor que lleve a estos tipos a la comisaría de Policía más cercana.

A lo que Nick respondió:

—Sí, ya sé cómo funciona la ley. Mi padre es policía. Así que… Diez-cuatro, fuerte y claro.

Gibby sonaba como si, de alguna forma, se hubiera transformado en un manatí inmenso y estuviera intentando cantar con los sonidos de su especie, un jadeo fuerte que duró más de lo que Nick creía necesario.

—Ah, ¿sí? —dijo Shadow Star con curiosidad—. Estupendo. El Departamento de Policía de Ciudad Nova hace un gran trabajo. Debes estar orgulloso de él.

—Muy orgulloso —contestó Nick y enseguida añadió—: Tengo un póster tuyo en mi habitación. ¿Puedes firmarme un autógrafo?

—¿Quieres que vaya a tu habitación a firmarte el póster? —preguntó Shadow Star con los ojos muy abiertos tras su máscara.

Sí. Claro que sí. No había nada que Nick quisiera más en el mundo. Pero era un poco raro. Tenía que arreglar esta situación.

—Mmm, ¿no? ¡No! Eran dos ideas distintas que sonaron como una. Ja, ja. Sería raro, ¿verdad? Invitarte a mi habitación cuando ni siquiera nos conocemos. ¿Te he dicho cómo me llamo? Soy Nick. Aunque eso no significa que ahora nos conozcamos. Soy muy complejo por dentro. Ya sabes, lo que ves no es lo que obtienes. No porque crea que estás buscando algo. Ja, ja. Puedes autografiar mi… algo.

—¿Algo como tus pechos? —añadió Gibby.

Nick asintió.

—Sí, mis pe… —empezó a decir. No estaría mal que Pyro Storm apareciera en cualquier momento. Eso sería fantástico. Con suerte, se desharía de Gibby primero—. *No* —exclamó con fuerza, haciendo que Shadow Star saltara hacia atrás como si se hubiera sobresaltado—. No, mis pe… eso… ni siquiera tengo… —El suelo no se abrió ni se lo tragó por completo, sin importar cuánto lo deseara—. Tengo papel. Y un bolígrafo. Eso estará bien.

—Está lloviendo —le recordó Shadow Star.

—Claro, eres tan inteligente —dijo Nick, sorprendido.

Y luego, Gibby apareció a su lado con una sonrisa de la que Nick sabía que debía estar aterrorizado, pero no encontraba la fuerza suficiente para estarlo, ya que aún seguía aturdido por Shadow Star. Levantó el paraguas sobre ellos y les habló alegremente.

—Ya está. Así está mejor. Ahora puedes firmarle algo sin que se moje. Aunque probablemente Nick ya lo esté.

—Sí, muy mojado —añadió.

Gibby se volvió a reír como un manatí otra vez. Nick prometió en silencio que se vengaría de ella en esta vida, o en la siguiente. Le quitó la mochila a Gibby y buscó su cuaderno. Consiguió sacarlo sin mucho esfuerzo. No encontraba su bolígrafo de Spiderman, pero Gibby estaba ahí para ayudarlo, ya que él no podía controlar sus manos temblorosas. Gibby le entregó un bolígrafo a Shadow Star antes de darse la vuelta para que usara su espalda como superficie para firmar con su nombre. De inmediato, Nick empezó a sentir celos, ya que él quería sentir el bolígrafo sobre su espalda cuando Shadow Star escribiera su nombre. Pero como aún le quedaba un poco de dignidad, se contuvo de empujarla y ocupar su lugar.

Shadow Star apoyó el papel sobre la espalda de Gibby y firmó con su nombre. Parecía tener unas manos preciosas bajo sus guantes ajustados.

—Ya está —dijo Shadow Star—. Si eso es todo…

—Ah —dijo Gibby enderezándose—. No podemos dejarte ir sin hacer una foto. ¿Verdad, Nick? ¿No quieres una foto con Shadow Star?

El cerebro de Nick se cortocircuitó.

—No. Puedo. Pensar.

—Sí —continuó Gibby—. Quiere una foto.

—Está bien —respondió Shadow Star—. Pero solo una. Debo poner a estos sujetos tras las rejas antes de que despierten. —Levantó su rostro hacia el cielo—. Y la ciudad me reclama. Debo mantenerla a salvo. Hay un manto de sombras sobre ella.

—Ah, por Dios —susurró Nick. Nadie más podría decirle que los *fanfics* no eran una expresión artística realista, mucho menos con Shadow Star soltando frases propias de la

imaginación de Nick.

Gibby puso los ojos en blanco.

—Vaya, eso ha sido… No sé qué ha sido eso. Nick, ¿quieres usar tu teléfono para…?

Nick le entregó su teléfono de inmediato. No se había dado cuenta de que ya lo tenía en la mano. Ni siquiera le importaba que se estuviera mojando. No importaba nada más en ese momento.

Gibby dio un paso hacia atrás, llevándose el paraguas.

De inmediato, Nick quedó bajo la lluvia. No le molestaba. No le molestaba que todo se mojara porque estaba junto a Shadow Star. Podía estar lloviendo ácido y no se habría quejado.

—Muy bien —dijo Gibby—. Acercaos, chicos.

Nick soltó un chillido, pero logró ocultarlo con una tos. Avanzó de lado hasta quedar presionado con firmeza junto a Shadow Star. No se giró hacia él para asegurarse de no besarle la cabeza otra vez por accidente.

—Nick, parece como si te doliera algo. Sonríe.

Nick sonrió.

—Y ahora parece que estás a punto de comerte un animalito. Baja la intensidad.

Nick bajó la intensidad.

—Bien —dijo Gibby—. Shadow Star, no hace falta que sonrías, tienes que verte taciturno y profundo, o lo que sea.

—Exacto —dijo Shadow Star—. Respiro las sombras de la oscuridad y…

—Tenéis que decir a la de tres: ¡Nick es muy mono!

—Nick es muy mono —dijeron Shadow Star y Nick al mismo tiempo.

Gibby hizo la foto y, de inmediato, Nick entendió lo que acababa de salir de la boca de Shadow Star.

—Dijiste que soy muy mono —dijo sorprendido, culpando a la pubertad por su voz inestable.

—Eso no… Es lo que ella pidió que dijera —contestó Shadow Star, algo nervioso—. Yo no…

—Entonces, ¿no crees que es mono? —preguntó Gibby.

Sí, eso. La pregunta más importante que jamás se había hecho en toda la historia de la humanidad. Nick esperó, al borde del colapso, a que Shadow Star confesara su amor o le rompiera el corazón.

Pero Shadow Star no hizo ninguna de esas dos cosas. En cambio, añadió:

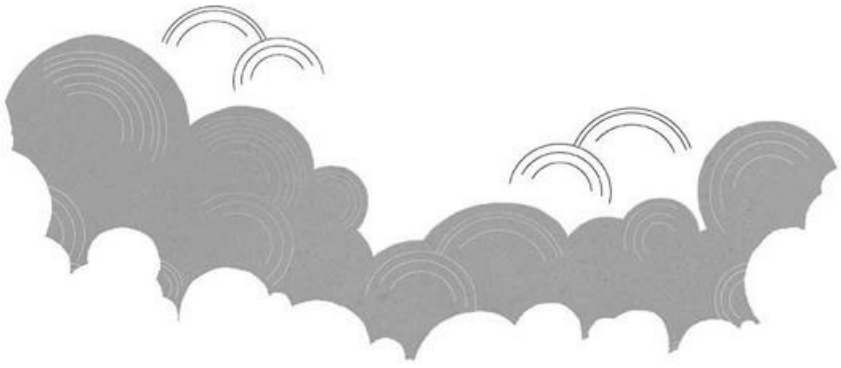
—El corazón oscuro de la ciudad late bajo mis pies. Su sangre pide mi presencia. Debo irme.

Y con eso, un destello de luz brotó de sus muñecas. Apuntó al hombre del bigote y al tipo con el problema de calvicie crónica. Sus sombras crecieron sobre las paredes detrás de ellos y, cuando Shadow Star gruñó, estas sujetaron a los maleantes y se elevaron por las paredes del edificio, mientras Shadow Star se agachaba antes de saltar y aterrizaba sobre la pared, donde las

sombras lo sujetaron contra los ladrillos mientras corría tras los delincuentes. Entonces, desapareció por la azotea.

Nick lo siguió con la mirada, parpadeando para cubrir sus ojos de la lluvia.

—De nada —dijo Gibby, poniéndole el teléfono en la mano—. Ahora, ¿podemos irnos? No esperaba pasar la tarde viendo cómo tenías una erección en medio de un callejón que huele a pies sucios. Necesito darme una ducha.



5

Lo primero que hizo al llegar a casa fue apoyarse sobre la puerta y pasarse una mano por el pelo mojado.

Lo segundo que hizo fue reírse a carcajadas.

Lo tercero fue subir corriendo las escaleras hasta su habitación y abrazar la almohada con la cara de Shadow Star.

Lo cuarto fue sacar el autógrafo.

Ponía:

Nicholas Bell,
¡recuerda mantenerte siempre en las sombras!
★ ✯ ★ *Shadow Star* ★ ✯ ★

Lo quinto fue acostarse en la cama con una sonrisa inmensa.

Lo sexto fue levantarse, rebuscar furioso en su mochila y coger el teléfono.

Allí, en la galería de fotos, junto a otras treinta fotos que se había hecho frente al espejo del baño en un intento de descubrir si los músculos de sus brazos habían crecido por las pocas veces que había intentado levantar pesas (unas pesas de dos kilos que no le habían servido de nada).

Shadow Star miraba a la cámara de un modo amenazador al lado de Nick, quien se veía como si su sonrisa estuviera a punto de comerle toda la cara. O, al menos, Nick creía que estaba mirando de un modo amenazador, dado que eso era lo que se suponía que hacía, pero no estaba tan seguro. La cara de Shadow Star estaba casi cubierta por completo por su máscara y solo se podía ver su boca.

Nick se quedó mirándola durante unos treinta y seis minutos. A la fotografía, no a la boca de Shadow Star. Bueno, en gran medida.

Luego, apretó el teléfono contra su pecho y suspiró de felicidad. Tenía que contárselo a todo el mundo.

Pero no podía.

¿Verdad? No podía, porque entonces su padre se enteraría de que había estado en un callejón al salir tarde del instituto, y la única razón por la que se habría quedado más tiempo en el instituto era porque le habían castigado. El primer día. Y le había prometido que este año lo haría mejor. Eso y el hecho de que casi le habían apuñalado en la cara con una navaja, lo que

significaba que su padre no le dejaría hacer nada por sí mismo nunca más, al igual que no lo dejaba ir a un banco desde…

Bueno, desde que su madre entró en un banco unos meses después de su visita al faro. Cuatro minutos después de cruzar esas puertas, tres hombres armados entraron detrás de ella.

Seis personas murieron ese día. Un guardia de seguridad. Dos de los hombres armados. Un anciano llamado Bill que iba al menos tres veces por semana a hacer un ingreso, aunque era solo una excusa para hablar con las guapas cajeras. Una mujer llamada Ella que tenía una reunión con su agente de Bolsa.

Y Jenny Bell.

Nick miró la foto que tenía en su escritorio.

Ahí estaba, como siempre, con la cabeza apoyada sobre su hombro.

—Lo conocí —dijo en voz baja—. Mamá, lo conocí.

Ella sonreía.

Pero ya no estaba. Nick lo sabía. Ella no era real. Al menos, no como antes. Pero tenía que contárselo a alguien, ¿verdad? Una persona no podía vivir una experiencia de proporciones monumentales que le había cambiado la vida y no contárselo a nadie.

Para eso estaban los amigos. Para momentos como este exactamente.

Llamó a Seth.

Has llamado al buzón de voz de Seth. Probablemente esté ocupado. Además, ya nadie llama a menos que sea una emergencia. Envíame un mensaje. A menos que sea una emergencia.

—Esto es una emergencia —siseó Nick entre dientes después de la señal—. ¿Por qué tienes que estar ocupado justo ahora que te quiero contar algo que alterará para siempre el curso de mi historia? ¡Seth! ¡Te exijo que me llames de inmediato! La única razón por la que te perdonaré es si me dices que te estabas echando una siesta porque estabas muy cansado esta mañana. Además, espero que estés teniendo una buena tarde y no te hayas mojado mucho con la lluvia porque sé que te pones enfermo con facilidad y no me gusta cuando estás así. Soy Nick. Adiós.

Pensó en llamar a Jazz, pero probablemente aún estaba sacudiendo sus pompones o lo que fuera que hicieran las animadoras.

No podía llamar a Gibby porque ella había estado con él. Y, además, porque fue ella quien le dijo antes de que se separaran que no tenía permitido llamarla esa noche para hablar porque no quería escuchar nada sobre Shadow Star por milmillonésima vez.

Estuvo a punto de llamar a Owen, pero probablemente era una mala idea. Owen todavía lo hacía sentir raro cuando hablaban por teléfono, y no estaba de humor para escuchar ese coqueteo estúpido que hacía.

En su lugar, decidió dejar el teléfono a un lado y lo miró fijamente, pensando con intensidad que Seth le devolvería la llamada.

No funcionó y, al cabo de quince minutos, le empezó a doler la cabeza.

Volvió a coger el teléfono y miró su foto con Shadow Star durante más tiempo del saludable.

Le escribió a su padre para hacerle saber que todo estaba en orden y que estaba haciendo los deberes, aunque hacer los deberes el primer día de instituto era el equivalente a que se cancelara la Navidad y la sustituyeran por un enema de mayonesa. Le pareció lo suficientemente dramático como para que su padre no supiera que ya los había hecho durante el castigo.

Siguió mirando el teléfono un poco más.

Pensó en colgar la foto en Tumblr. Causaría todo un revuelo en el *fandom* y le sumaría veracidad a su historia. Después de todo, había respirado el mismo aire que Shadow Star, lo que significaba que entendía al Extraordinario mejor que nadie en todo su club de seguidores. *Hazlo, solo hazlo.* Que todos vieran que escribía desde la experiencia, algo que todo autor serio debía hacer.

Lo pensó demasiado. Pero sería usar su participación en el rescate más increíble de Shadow Star solo para aumentar su popularidad, y él no quería usar a Shadow Star en nada.

Bueno. Quizá para algunas cosas que no se pueden decir en voz alta porque, hablando en serio, Nick era muy pudoroso cuando se trataba de eso.

Su teléfono seguía sin sonar. Su estómago rugía.

—Está bien —gritó furioso, su voz casi como la de Shadow Star—. Bajaré y olvidaré que no tengo a nadie para contarle esto, aunque nunca vuelva a ser el mismo.

Necesitaba nuevos amigos. Pero la idea de intentar hacer nuevos amigos le parecía horrible, así que decidió quedarse con los que tenía, aunque hicieran cosas como no devolverle una llamada cuando él lo necesitaba.

Se levantó de la cama y, cuando estaba a punto de bajar por las escaleras, su teléfono se encendió y empezó a sonar. Se lanzó hacia él de inmediato.

—¿Recibiste mi mensaje? —preguntó casi sin aliento—. No te vas a creer lo que me ha pasado. Es lo más grandioso que le puede pasar a alguien en toda la historia de la humanidad. No se puede comparar ni siquiera con la llegada de la Revolución Industrial. Nunca lo adivinarás. Está bien. Empieza a adivinar.

La persona al otro lado del teléfono suspiró.

—¿Acaso quiero saberlo?

Nick alejó el teléfono, horrorizado.

La pantalla decía *PAPÁ.*

Pensó seriamente en colgar la llamada en ese mismo instante. Y huir. Tendría que conseguir una nueva identidad y trabajar en una barcaza. Se dejaría crecer la barba y, cuando alguien intentara crear lazos con él, se encerraría en sí mismo y se alejaría, ya que nunca más podría

sentir el cariño de otra persona.

Pero como no estaba seguro de lo que era una barcaza, volvió a ponerse el teléfono en la oreja e intentó actuar como si no hubiera pasado nada.

—Hola, pa. ¿Qué pasa? ¿Cuál es el 411?

Hubo un minuto de silencio y luego:

—¿Qué has hecho?

—Nada —respondió Nick lo más rápido que pudo con la mayor credibilidad posible—. No tengo ni idea de lo que estás hablando. Estoy sentado aquí donde tengo que estar una noche entre semana, haciendo los deberes. Pronto bajaré y me prepararé algo de comer que sea saludable y me iré a dormir temprano, ya que todo el mundo sabe que los niños necesitan dormir bien para funcionar…

—Nicky.

Nick aspiró una profunda bocanada de aire.

—Sí, lo siento.

—Tienes la pastilla sobre la encimera. Tómatela, ¿vale? Suenas un poco nervioso.

—No estoy…

—Nicky.

—Tengo permitido estar emocionado y feliz —balbuceó. Su dolor de cabeza estaba empeorando.

Su padre emitió un sonido que sonó un poco molesto o exhausto. Nick no sabía cuál de las dos opciones. De igual manera, le dolió.

—Nadie dice que no. De hecho, cuando estás emocionado y feliz es uno de mis momentos favoritos del mundo. Pero quiero asegurarme de que estés bien. No estoy intentando quitarte nada de eso.

—Pero parece que sí. A veces —dijo Nick, sujetando su edredón. Sabía que su padre tenía razón. La adrenalina de la tarde ya estaba saliendo de su sistema y se sentía como si estuviera a punto de colapsar.

—¿Confías en mí?

Claro que confiaba en él. No había nadie en quien confiara más.

—Sí.

—Bien. Y sabes que estamos trabajando para que yo vuelva a confiar en ti. Has hecho un gran trabajo últimamente, Nicky. Estoy orgulloso de ti. Quiero que seas feliz, por encima de cualquier otra cosa. Entiendo cómo te sientes a veces y está bien ser así, pero si podemos hacer que sea mejor para ti, entonces debemos trabajar juntos, ¿vale?

—Sí.

—Bueno, ahora cuéntame, ¿qué es lo más grandioso que le pudo pasar a alguien que ni

siquiera se puede comparar con la Revolución Industrial?

—Mmm —balbuceó Nick, porque, más allá de todas las cosas que podía ser, Nicholas Bell era un mentiroso terrible y su padre era un polígrafo humano—. Bueno, verás…

Nick escuchó una voz de fondo y su padre lo interrumpió.

—Maldición. Lo siento, hijo. Recibimos una llamada. Me tengo que ir.

Y aunque Nick sabía que era su trabajo, su corazón empezó a latir con mucha fuerza sobre su pecho.

—Está bien. Ten cuidado. Escríbeme cuando termines.

—Lo haré. Haz tus deberes. Tómate la pastilla. Te quiero y te veo en el desayuno.

—Yo también te quiero.

Y entonces su padre colgó.

***

Nick se quedó mirando la pastilla de la encimera mientras la lasaña giraba en el microondas.

—Te tomaré —dijo con seriedad—. Pero solo por un tiempo. Será mejor que no te acostumbres.

La pastilla no le respondió, pero Nick no esperaba que lo hiciera. Si le hubiera contestado, probablemente habría salido corriendo y gritando por la casa.

El microondas se detuvo.

Nick cogió la pastilla y se la metió en la boca. Hizo una mueca de asco cuando la tragó sin agua.

—Ya está —musitó—. Hurra.

Creía a su padre cuando decía que lo único que quería era que fuera feliz. De verdad que sí. Pero… a veces, su felicidad se transformaba en un entusiasmo que resultaba ser un poco abrumador de controlar. Les habían explicado a ambos, en términos que Nick podía comprender, que su cuerpo era como un teléfono móvil: cuantas más aplicaciones usara y dejara abiertas, más rápido se agotaría la batería. O, incluso peor (porque aparentemente el médico amaba las metáforas, maldito charlatán), su cerebro era un Ferrari construido para alcanzar altas velocidades, solo que tenía los frenos de una bicicleta.

Nick siempre había sido un poco… diferente. Al principio, decían que era porque estaba creciendo. Pero luego los días pasaban, y le resultaba imposible concentrarse y su mente no se detenía en ningún momento, impidiéndole incluso quedarse quieto. Sus padres le decían que no se estaba comportando, que era muy revoltoso y que siempre necesitaba ser el centro de atención. Pero Nick solo tenía ocho años cuando, con lágrimas en los ojos, les dijo que no quería ser el centro de atención, porque eso significaría que todos se lo quedarían mirando y lo tratarían como si fuera un bicho raro. No entendía por qué no podía detenerse. No quería estar

moviéndose o temblando todo el día, no sabía por qué hablaba más de lo que escuchaba al resto, pero no lo hacía a propósito.

Después de que lo diagnosticaran con TDAH, las cosas tuvieron mucho más sentido. Su padre se había quejado de que el colegio debería haberlo sabido antes y hubo charlas sobre transferirlo a algún otro lugar, pero Nick les suplicó para que lo dejaran quedarse. No podía abandonar a sus amigos, les dijo, aunque en realidad solo tuviera uno. Pero la idea de no ver a Seth todos los días era insoportable y no lo permitiría.

Antes de la Concentra, había sido el Adderall lo que pisaba los frenos inútiles de su cerebro Ferrari, pero Nick odiaba cómo lo hacía sentir. Se concentraba demasiado en todas las cosas y, si bien eso no era malo, le causaba más dolores de cabeza y lo hacía sentir extrañamente vacío si se olvidaba de tomar una dosis. Y antes del Adderall, había sido otra droga y antes de esa, otra completamente distinta. El TDAH era una putada, la realidad ya estaba implícita en su nombre. La atención de Nick tenía un déficit y estaba hiperactivamente trastornado. Se suponía que la Concentra sería mejor. La transición había sido un poco dura, pero Nick la había superado. En gran parte.

Pero entendía la metáfora de la batería de móvil y los frenos de bicicleta para su cerebro Ferrari. De verdad que sí. Había días en los que todo parecía ir a mil por hora y no sabía cómo detenerse, por mucho que lo intentara. En general, había aceptado que algunas personas nacían para ser Extraordinarios y otros, como él, nacían para estar medicados para no perder el control. ¿Era justo? No precisamente, pero Nick estaba aprendiendo que su cerebro podía hacer cosas que los demás no. En cierto modo, tenía su propio superpoder, incluso aunque lo llamaran trastorno.

Sacó la lasaña del microondas y el plato estaba caliente en sus manos. Cuando su padre tenía días libres, pasaban tiempo cocinando juntos, preparando platos para congelar y guardar para las siguientes semanas. La lasaña era el plato favorito de Nick y su padre la preparaba a la perfección, con salchichas y espinacas y la cantidad justa de queso.

Encendió la pequeña televisión de la cocina antes de sentarse en la mesa. Estaban poniendo una telenovela, una mujer de belleza deslumbrante le decía a un hombre con un parche en el ojo que había pedido que le extirparan a su hermana siamesa por una razón y que él tendría que elegir entre ella o su hermana.

—Consíguete tu hombre —dijo Nick mientras levantaba el tenedor—. No dejes que te pisotee.

Tenía la boca llena de pasta cuando el triángulo amoroso de las hermanas siamesas fue interrumpido a mitad de escena por *Action News*, con un recuadro rojo gigante que ocupaba toda la pantalla con las palabras «¡ÚLTIMA HORA!».

La cámara enfocó al presentador nocturno Steve Davis, quien se veía como si hubiera probado todas las cirugías plásticas del mundo al menos una vez. Acomodó algunos papeles en sus manos y esbozó una sonrisa perfecta.

—Interrumpimos la programación habitual para traerles algo… extraordinario. Estamos en directo con Rebecca Firestone en las calles de Ciudad Nova. ¿Rebecca?

La pantalla mostró a Rebecca Firestone, con un aspecto tan impecable como el de esa mañana. Llevaba un paraguas en una mano y el micrófono en la otra.

—Gracias, Steve —dijo—. Esta noche tenemos nuevas imágenes de un intrépido rescate. Un transeúnte grabó al mismísimo Shadow Star de Ciudad Nova, aparentemente, haciendo horas extra. No solo frustró el intento de robo de las Torres Burke en las primeras horas de esta mañana, sino que también encontró tiempo suficiente para evitar un asalto. *Action News* tuvo acceso a imágenes exclusivas del suceso.

La pantalla mostró el callejón donde Nick había estado solo un par de horas antes.

Y ahí, Shadow Star les pateaba el trasero y dominaba al hombre del bigote y al tipo con el problema de calvicie crónica, con la participación especial de Nick y Gibby en segundo plano.

Nick escupió la lasaña sobre la mesa.

—No —dijo, con la barbilla llena de salsa—. No, no, no. —Porque si eso estaba en las noticias, significaba que había una gran probabilidad de que su padre lo viera.

Nick prácticamente se arrastró sobre la mesa para acercarse más a la pantalla.

No era tan malo como había pensado. La persona que grabó el vídeo estaba en la acera de enfrente y, además, llovía a cántaros, por lo que el vídeo no era demasiado nítido. Era obvio que era Shadow Star, sí, pero Nick y Gibby estaban prácticamente a oscuras bajo el paraguas y la lluvia.

La voz de Rebecca Firestone sonó fuera de cámara.

—Como pueden ver, los dos jóvenes estaban claramente asustados y desesperados, incapaces de valerse por sí mismos.

—¿Qué? —preguntó Nick, indignado—. Tenían navajas. ¡Y uno tenía bigote!

Como Rebecca Firestone no lo podía escuchar, no se inmutó.

—Pero no tenían de qué preocuparse. Shadow Star apareció para demostrar que en Ciudad Nova ni siquiera los delitos más pequeños quedan impunes. Ya sea un gran golpe a una gran farmacéutica o el rescate de lo que parecían ser dos niños indefensos…

—¡No soy un niño! ¿Por qué eres así?

—… Shadow Star demostró, una vez más, que hará lo que sea necesario para que se haga justicia. —Prácticamente podía escuchar la sonrisa de satisfacción en su cara mientras hablaba —. Incluso parece ser que uno de los niños quedó bastante impresionado con nuestro Extraordinario.

La escena borrosa se enfocó justo cuando Shadow Star pateó al hombre del bigote y Nick se inclinaba hacia delante para besarle un lado de la cabeza.

Nick gimió y golpeó la frente contra la mesa.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por quéééééé?

La imagen volvió de nuevo a Rebecca Firestone y, como era de esperar, su sonrisa *sí* se veía arrogante.

—Aunque no han trascendido las identidades de estos niños, parece que estas damiselas en apuros fueron salvadas y le dieron las gracias a su héroe con un beso y una foto. ¿Steve?

Steve Davis apareció de nuevo en la pantalla, sonriendo.

—¿De verdad le besó la cabeza?

—Eso parece —respondió Rebecca Firestone—. Estoy segura de que Shadow Star se lo tomó con humor. Está acostumbrado a que le adoren.

Steve Davis volvió a reír.

—Apuesto que sí. Tendrás que preguntarle cómo lo hace para lidiar con sus fans la próxima vez que hables con él.

—Ah, puedes apostar por ello —respondió Rebecca Firestone—. Regresamos al estudio, Steve.

—Ahí lo tienen —dijo Steve Davis y Nick deseó ser viejo para poder recordar este momento solo como una etapa de inestabilidad adolescente—. Una vez más, Shadow Star salva el día y recibe una recompensa que probablemente nunca vio venir. Ampliaremos esta historia esta noche en *Action News*. Ahora, continuemos con *El amor duele mucho*.

Nick apagó la televisión, preguntándose con qué debería sobornar a Cap para asegurarse de que arrestaran a todo el equipo de *Action News* de inmediato.

Estaba limpiando la comida que había escupido sobre la mesa cuando volvió a sonar su móvil.

Se quedó inmóvil.

Seguramente era su padre.

Su padre, quien, aunque estaba patrullando las calles de la ciudad, de alguna manera se había enterado de las noticias. Su vida había terminado. No tenía ninguna explicación lógica para lo que había sucedido y su padre nunca lo dejaría terminar de contarle toda la historia.

Cogió el móvil.

En la pantalla decía MEJOR AMIGO SETH.

Ah, gracias a Dios.

Salvo que estaba enfadado.

—¿De verdad soy una damisela en apuros de la que se pueden burlar, aunque no haya hecho nada malo? —espetó en lugar de saludarlo, como era de esperar cuando el presentador Steve Davis se burlaba de ti.

Una pausa. Luego:

—¿Qué?

—¡No soy una damisela en apuros! No es que eso tenga nada de malo. Sería una buena damisela, pero no se trata de eso.

Otra pausa. Luego:

—¿Qué?

Antes de que Nick pudiera ponerse demasiado nervioso, vaciló por un segundo.

—¿Por qué tu voz suena rara? ¿Estuviste caminando bajo la lluvia y te has puesto enfermo? ¿No escuchaste mi mensaje de voz? No te pongas enfermo, mucho menos cuando ya estabas cansado. Tu sistema inmunológico estará con las defensas bajas y pescarás un resfriado que desencadenará una neumonía, y ¿luego qué? Faltarás al instituto y me quedaré solo…

—No estoy enfermo —le interrumpió Seth de inmediato y su voz sonaba normal otra vez—. Tenía algo en la garganta.

—Ah, mucho mejor. ¿Qué era?

—¿Qué era el qué?

—Lo que tenías en la garganta.

—Mmm… Un gofre.

Nick frunció el ceño.

—¿Un… gofre?

Seth se aclaró la garganta.

—Sí, desayuno en la cena. Ya sabes cómo es eso.

—Tu tía no hace gofres. Dice que no confía en la comida con agujeros uniformes.

—Ella, mmm… ¿ya lo ha superado?

Entonces Nick tuvo un terrible pensamiento.

—¿Estás saliendo con alguien?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué piensas eso?

Nick miró los restos de su lasaña. Ya no tenía mucha hambre. Al menos, su dolor de cabeza ya estaba desapareciendo.

—No lo sé. Fue… un día muy raro.

—No estoy saliendo con nadie.

—Ah, mejor.

—Mmm, ¿mejor?

Nick se encogió de hombros, aunque nadie lo pudiera ver.

—Sí, supongo. Pero si tuvieras un novio o novia secreto explicaría por qué este verano desapareciste sin previo aviso y no contestabas el teléfono.

—Ya te lo expliqué. Estaba haciendo un voluntariado en el refugio de animales. Y no digas lo que sé que estás a punto de decir…

—Eres demasiado precioso para este mundo —dijo Nick—. Eres como una princesa de

Disney, pero real.

Seth suspiró.

—Eres tan irritante. Ahora, ¿por qué eres una damisela en apuros o lo que sea?

—Porque a Gibby y a mí nos atacó un grupo de supersoldados o algo así en un callejón oscuro para quitarme la virginidad o lo que sea, pero de repente apareció Shadow Star y nos salvó, y yo me hice el valiente y conseguí su autógrafo, pero alguien lo grabó y salió en las noticias y Rebecca Firestone se puso muy engreída al respecto.

La pausa más larga de todas, seguida por una voz más fuerte.

—¿Qué?

—¿A que sí? —dijo Nick, algo irritado—. Por fin tuve a Shadow Star delante de mí y, te lo juro, Seth, intenté mantener la calma, pero luego entré en cortocircuito y le besé la cabeza por accidente, y desde ese momento todo fue cuesta abajo.

—No sé qué pensar de todo esto.

Nick frunció el ceño.

—¡Bueno, esfuérzate! Seth, le conté lo de la almohada.

—Sí —dijo Seth—. Apuesto a que eso no sonó para nada espeluznante.

Nick se desplomó dramáticamente en su silla.

—Sí, ¿verdad? Pero ya sabes cómo soy cuando estoy cerca de la gente que me gusta. Me pongo…

—¿Estúpido?

—¡Oye!

Seth soltó una risita.

—Hiciste lo mismo con Owen. Hoy, durante el almuerzo.

—¡Eso fue porque me estaba sacando de quicio!

—¿Con qué? No te pones así conmigo.

Nick parpadeó.

—Eso es porque tú eres Seth. Eres mi persona favorita en todo el mundo después de mi padre. No necesito ser estúpido a tu lado. Tú ya me aceptas tal y como soy.

—Mmm, sí, un poco.

—No seas malo —dijo Nick—. Tuve un día bastante traumático.

—Seguro que sí. Un grupo de supersoldados, ¿eh? ¿Y querían quitarte la virginidad?

Nick suspiró.

—Eran dos hombres y me querían robar la mochila. Uno se estaba quedando calvo y el otro tenía un bigote que decía «Súbete a mi camión de helados, niñito».

—Tal vez deberías habérsela dado.

—Pero es mía.

Seth sonaba apenado.

—Shadow Star no puede estar siempre para ayudarte, Nicky. Ningún Extraordinario puede, en realidad. ¿Y si vuelve a pasar y no hay nadie para salvarte?

Ah, eso no era para nada irritante.

—Puedo cuidarme solo.

—No se trata de… Podrías haber salido herido. ¿Y si uno de ellos te hubiera atacado con la navaja antes de que Shadow Star los detuviera? Tienes que tener más cuidado.

—Oye, deja de culpar a la víctima —dijo Nick—. No es como si yo hubiera pedido que esto sucediera. ¿Por qué no te alegras por mí? Conocí a Shadow Star.

—Es solo que… —empezó a decir y Nick sabía que Seth se estaba mordiendo el labio inferior, hacía eso cuando trataba de pensar en lo que estaba a punto de decir—. Necesito que estés bien. No quiero que te pase nada.

Nick sabía lo que era perder a alguien. Lo entendía. Sabía lo que era que ocurriera algo que nunca debería haber pasado, sabía lo injusta que era la vida y lo capaz que era de quitártelo todo, todo, todo. A veces, estaba tan metido en sí mismo que se olvidaba de que Seth también lo entendía, puede que mejor que nadie. Por esa razón podían ser como eran cuando estaban juntos. Eso y el hecho de que Seth eligiera a la princesa Daisy en el Mario Kart, porque detestaba el patriarcado y no se quejaba demasiado cuando Nick se comportaba como un gilipollas y hacía trampas con el caparazón rojo.

—Tendré más cuidado —dijo Nick porque Seth necesitaba escucharlo—. Lo prometo. Además, no había ningún supersoldado. Eran solo dos matones con… —Frunció el ceño—. Espera. ¿Cómo sabías que tenían navajas? No te había contado eso.

Seth vaciló.

—Creo que sí.

—No —dijo Nick lentamente—. Estaba guardando esa parte para el dramático final.

—Ah. Mmm, me pareció escuchar que dijiste algo sobre navajas. Me equivoqué. Debo haberlo adivinado. No quería arruinar tu final dramático. Lo siento.

—Buena suposición, entonces —lo felicitó Nick—. Porque *sí* tenían navajas. Aunque eran más bien como machetes. Y vinieron a por Gibby y a por mí, y nos exigieron que les entregáramos nuestras pertenencias, pero yo empujé a Gibby detrás de mí como lo haría un hombre…

—Gibby es más fuerte que nosotros dos.

—Mmm, cierto. Bien visto. Y yo estoy en igualdad de condiciones porque soy feminista. Además, mentí porque realmente estaba detrás de Gibby. No importa, estábamos ahí, uno al lado del otro, y nos exigieron que les entregáramos todo y yo dije «De ninguna manera», y Gibby probablemente añadió «Yo sé karate», y cuando estábamos a punto de solucionar el problema

porque yo no soy una damisela en apuros, sin importar lo que diga Rebecca Firestone, apareció Shadow Star y les reventó, y su voz sonaba muy profunda y fuerte, y hasta creo que me guiñó un ojo, o quizá solo fue una gota de agua que se le coló en el ojo, quién sabe.

—¿Y te dio su autógrafo? —preguntó Seth, sonando algo extrañado—. Eso debe haber sido… genial.

—Ah, lo fue. Espera, voy a buscarlo arriba, así te lo leo. Y luego te enviaré la foto que Gibby nos hizo cuando Shadow Star dijo que yo era mono o algo parecido.

—Está bien, pero no puedo seguir hablando mucho tiempo, tengo que hacer los deberes y quiero intentar acostarme pronto.

Nick subió las escaleras de dos en dos.

—Deberías haber hecho que te castigaran como a mí. Es el lugar perfecto para hacer los deberes.

Seth suspiró.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Nick regresó a su habitación y encontró el papel que una vez había tocado las manos de Shadow Star.

—Bien, ¿estás listo?

—Estoy conteniendo la respiración.

—Dice: *Nicholas Bell: recuerda… mantenerte siempre en… las sombras…* —Entrecerró los ojos sin apartar la mirada del papel.

—Guau —dijo Seth—. Con su lema y todo. Debe significar… algo.

—Sí —dijo Nick lentamente—. Pero…

—Pero ¿qué?

—Yo no… le dije mi nombre completo.

Silencio. Y luego:

—Bueno, debes haberlo hecho. Lo escribió.

—No, no lo hice. ¿No crees que recordaría cada palabra que le dije a Shadow Star? Porque lo hago. Recuerdo todo. Desde contarle lo de la almohada hasta negar que le había besado la frente cuando sí lo hice. Está todo en mi cabeza como si la fantasía más embarazosa del mundo se hubiera hecho realidad. Seth, solo le dije que me llamaba Nick.

—Tal vez… ¿lo vio en algo que llevabas en tu mochila?

—No —contestó Nick, sentándose en la cama, confundido—. Nunca hurgó en mi mochila. Seth. Ah, Dios mío. ¿Sabes lo que esto significa?

—Creo que… ¿no? ¿Debería saberlo?

—Seth. Lo he descubierto. Lo sé.

—Ay, amigo. No puedo esperar a escuchar esto.

Nick apenas lo escuchó, ya que estaba perdido en lo que solo podía ser la verdad.

—Ahora tiene mucho más sentido. Siempre creí que teníamos una especie de conexión. Pero ahora sé por qué. No entiendo cómo es que no lo vi antes. Seth. Es como si…, como si hubiera leído mi *fanfic*. ¡Creo que tiene una cuenta de Tumblr y ha leído mi *fanfic*! ¿Y si me ha dejado un comentario y no lo sabía?

—Sip —dijo Seth, entretenido—. Ahí lo tienes. En momentos como este es cuando entiendo que aún no has perdido tu capacidad de sorprenderme.

—Ahora lo entiendo —añadió Nick, poniéndose de pie y caminando de un lado a otro de su habitación—. Quiero decir, es obvio que eso es exactamente lo que ocurrió. Probablemente ahora está en su Guarida de las Sombras…

—¿Su Guarida de qué?

—Su Guarida de las Sombras —explicó Nick con paciencia, porque sabía que, si toda esta información estaba a punto de hacerle estallar la cabeza, Seth debía estar igual—. Todos los superhéroes tienen una base de operaciones y Shadow Star tiene su Guarida de las Sombras. Es el lugar donde trabaja en las sombras y almacena todos sus equipos mientras entrena para pelear. Ya sabes todo eso. Corregiste mi *fanfic*. Lo describí en sumo detalle. Tanto que me dijiste que no necesitaba dieciséis mil palabras para aclarar al lector que vivía en una cueva húmeda. ¡Despierta!

—Cómo iba a olvidarlo… —dijo Seth inexpresivamente—. Puede que estés exagerando, Nicky. Solo un poquito.

—No —dijo Nick—. Estoy pensando con mayor claridad que nunca. Shadow Star rescató a Nate Belen en mi historia y por eso descifró que también debía rescatarme a mí. Pero luego Rebecca Firestone dijo que yo era una damisela en apuros, y quizá entonces eso es lo que él piensa, porque tienen una conexión platónica que de ninguna manera es romántica ni sexual, porque sería asqueroso. Seth, ¿y si Shadow Star cree que lo único que voy a hacer es ponerme en peligro todo el tiempo solo para que me rescate?

—No creo que tengas que preocuparte por eso.

—Tienes razón —respondió Nick, tomando una decisión que debería haber tomado hacía mucho tiempo—. Porque yo no voy a seguir siendo una damisela en apuros.

—Bueno, para empezar, no eres una damisela ni nada…

—No voy a ser alguien a quien necesitan rescatar todo el tiempo. Los mejores intereses amorosos de los superhéroes siempre son otros superhéroes porque entienden su vida y lo que hace falta para sobrevivir. Seth, yo sé cuál es mi destino. Sé en lo que me tengo que convertir. —Aquí estaba la revelación, justo delante de él, y aun así no podía creer lo simple que era.

—No me va a gustar, ¿verdad?

—Necesito mi propia historia de origen —anunció Nick con grandilocuencia—. Voy a

convertirme en un Extraordinario.

—Nicky, no.

—¡Nicky, sí!

***

Título: Aquí es donde quemamos la Tierra.
Autor: ShadowStar744.
Capítulo 68 de ? (¡PONEROS EL CINTURÓN!).
267.924 palabras.
Pareja: Shadow Star / Personaje masculino original.
Clasificación: PG-13 (la clasificación sin duda subirá).
Etiquetas: amor verdadero, anhelo, shadow star suave, violencia, final feliz, primer beso, puede que un poco de obscenidades si me atrevo a hacerlo, pero quién sabe.

Capítulo 68: El destino de Nate Belen

Nota del autor: ¡Sorpresa! Apuesto que no esperabais que hiciera una actualización tan rápido. Pero digamos que encontré un poco de… inspiración que ciertamente fue… inspirada por alguien que… me inspira. Alguien que puede dar una patada hacia atrás y no montar ningún escándalo por una almohada. (¡¡¡¡TÚ SABES QUIÉN ERES!!!!). Si esa… persona… está leyendo esto, espero que lo disfrutes. ¡Siento que sea tan corto! Solo estoy haciendo los preparativos para algo que será INCREÍBLE.

Nate saltó desde la torre del puente hacia la espalda de Pyro Storm. El villano gritó furioso mientras Nate envolvía sus piernas alrededor de su cintura e intentaba levantarle la capa sobre su cabeza.

—Y por eso no tienes que usar capa, pedazo de idiota —gritó Nate con fuerza, como un malote.

Pyro Storm maldijo mientras luchaba para salir de debajo de su capa. Nate intentó sujetarlo lo mejor que pudo, pero Pyro Storm era más grande y fuerte, por lo que no pudo evitar el codazo que le lanzó hacia atrás. Le golpeó en un lado de la cara. Y Nate vio las estrellas.

Se soltó de Pyro Storm.

Y empezó a caer.

—¡Nate! —gritó Shadow Star.

Pero lo que ninguno de los Extraordinarios sabía era que Nate Belen había esperado durante mucho tiempo este momento exacto. Todo formaba parte de su plan. Él no necesitaba que lo rescataran, aunque sabía que Shadow Star no podía evitarlo. Nate comprendió que, aunque Shadow Star había intentado alejarlo, estaban conectados de un modo que no se podía explicar. Había un vínculo entre ambos que era más fuerte que el acero y más poderoso que un rayo láser disparado desde el arma de rayos láser más grande del mundo.

Pero Nate también tenía un secreto.

Nate también era un Extraordinario.

Y ya era hora de que el mundo viera de lo que era capaz.

Escuchó a Shadow Star gritar su nombre, mientras Pyro Storm reía maníacamente. Pero Nate no era ninguna damisela en apuros.

Era más que eso.

Y, justo antes de caer al agua, desató su poder y todo se puso blanco.
¡¡CONTINUARÁ!!

Comentarios:

SuperFanDeLosExtraordinarios 18:16: ¿QUÉ ESTÁ PASANDO? ¿QUÉ ES ESTO? ¿QUÉ ES ESTE GIRO? ¿POR QUÉ ME HACES ESTO?

PyroStarEsVida 18:26: Pyro Storm y Shadow Star deberían dejar morir a Nate y casarse y tener bebés y mudarse a una granja y vender productos orgánicos uwu.

Langosta16 18:54: Espera, ¿qué? ¿Desde cuándo Nate es un Extraordinario? ¿Acaso el sentido de todo esto no era justamente que no fuera un Extraordinario? Es todo tan confuso. Lo atraparon diecisiete veces en este fanfic y ni una sola vez usó sus poderes. Esto arruina la continuidad. ¿Por qué no reveló que era un Extraordinario cuando Pyro Storm lo encerró en el zoológico en el capítulo 16? ¿O en la feria en el capítulo 19? ¿O incluso en el capítulo 24 cuando Nate, de la nada, fue DJ en un bar mitzvah por razones que nunca se explicaron?

MagmaArdiente 19:12: Sí, te lo estás inventando todo sobre la marcha, ¿verdad? No sé cuánto tiempo más voy a seguir leyendo esto. Nada de esto tiene sentido. Es decir, ¿por qué de repente Nate tiene poderes? Es absurdo.

ChicaExtraordinaria 19:19: ¡¡¡¡AKSHDHDKD!!!!!!!! ¡NO ME LO ESPERABA PARA NADA! ¡SÍÍÍÍ! GAAAAAAAAAHHHHHH.

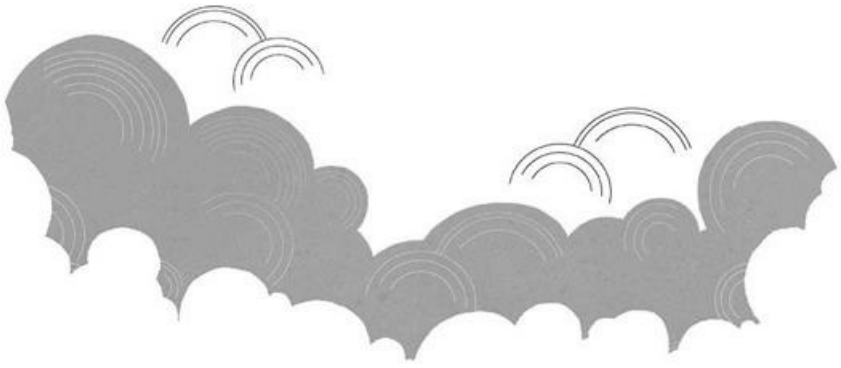
ShadowStarPrecioso 19:30: Estoy de acuerdo con MagmaArdiente. Esto ya no tiene ningún sentido. Quiero decir, es genial que no hayan atrapado a Nate (de nuevo… por millonésima vez), pero ¿cuándo se convirtió en un Extraordinario?

FireStoner 20:45: ¿POR QUÉ SIGUES INSISTIENDO CON QUE SHADOW STAR ES GAY Y ESTÁ ENAMORADO DE ESE PERDEDOR? ES HETERO. NO TODO TIENE QUE SER GAY SOLO PORQUE TÚ QUIERAS. EL ARCOÍRIS NO PERTENECE A LOS GAIS. DEVUÉLVELO Y HAZ QUE SHADOW STAR VUELVA A SER HETERO. ¡¡¡¡¡ORGULLO HETEROSEXUAL!!!!!

ElRetornoDelGray 21:21: SHADOWSTAR744, NO.

***

ShadowStar744, sí.



6

—¡Muy bien! —exclamó Nick a nadie en particular, ya que eran las seis de la mañana y estaba solo en su habitación—. Piensa. Piensa. Lo primero es lo primero. Cuando uno decide convertirse en un Extraordinario, debe tirar por la borda la vida que tiene para perseguir su sueño.

Y, aunque intentó no pensar demasiado en ello, cuando el mejor Extraordinario del mundo lo acechaba por amor (posiblemente), uno debía tener un plan que garantizara que la historia de origen resultante fuera memorable. Esta idea amenazaba con apoderarse de sus pensamientos, pero como estaba seguro de su plan recién elaborado, solo consideró este plan del acoso durante trece minutos.

El problema de decidir una historia de origen y convertirse en un Extraordinario es que había muchas ideas distintas sobre cómo hacerlo. Esto, por supuesto, hizo que Nick se sintiera abrumado de inmediato, dada la enormidad de la tarea.

No ayudaba que no pudiera hablar con su padre sobre esto. No quería preocuparlo, mucho menos si acababa haciendo algo peligroso para convertirse en un Extraordinario. No tanto porque le preocupara su propio bienestar, sino más bien porque no quería que sus planes se frustraran antes incluso de empezar. Si su padre no se enteraba, todo estaría bien. Con suerte.

Sacó el cuaderno de su mochila y se sentó en el borde de la cama, con los dedos de los pies clavados en la alfombra. Golpeó la página en blanco con el bolígrafo antes de decidir la mejor manera de empezar. Escribió:

IDEAS PARA CONVERTIRSE EN UN EXTRAORDINARIO

Era un buen comienzo. Estaba impresionado consigo mismo. Mostraba iniciativa y capacidad para terminar lo que se propusiera. Acababa de empezar todo esto y, por Dios, ¡lo estaba haciendo! Ya había terminado la parte más difícil y ahora lo único que necesitaba era rellenar el resto. Fácil.

—Vale —murmuró—. Lo tienes, colega. Yo creo en ti. ¿Cómo puedes tener la mejor historia de origen para que Shadow Star no te vea como una carga y quiera cargarte encima suyo?

Se sonrojó, porque aún seguía siendo muy mojigato y porque quizá los juegos de palabras eran la peor manera de hacer humor.

Shadow Star probablemente sería dulce. Y romántico. Y le regalaría flores y baratijas. Velas.

Esas que son largas y que usan en restaurantes elegantes como en las películas. Nick podía lidiar con eso. Los chicos podían regalar flores a otros chicos, ¿verdad? No era solo para chicas. No estaba muy seguro. Lo que significaba que tuvo que buscarlo en internet. Se sintió mal por todas las generaciones que le habían precedido, incapaces de acceder a respuestas de manera inmediata, como saber si estaba bien que los chicos regalaran flores a otros chicos.

Dos minutos después, estaba leyendo un artículo de Wikipedia sobre la Copa Mundial de Cricket Femenino, sin saber cómo había terminado ahí.

—Concéntrate —se dijo a sí mismo entre dientes y guardó el teléfono en su mochila—. Si te vas a comprometer con esto, tienes que hacerlo bien. Piensa, Bell.

No podía ser tan difícil, ¿verdad? Claro, no estaba muy claro cómo los Extraordinarios habían obtenido sus poderes. Constituían un porcentaje tan pequeño de la población que nadie sabía con certeza de dónde provenían. La mayoría creía que los Extraordinarios nacían con sus poderes, una especie de alteración del genoma, casi como una mutación. Otros afirmaban que habían conseguido sus poderes a través de experimentos gubernamentales.

El primer Extraordinario conocido fue un hombre de California en 1947, cerca de los albores de la energía nuclear. Tenía una fuerza sobrehumana y se hacía llamar El Patriota Americano, y su traje era básicamente una bandera gigante de rayas y estrellas. Pero la década de los años cuarenta estaba llena de misoginia, racismo y homofobia, y el Patriota Americano tenía ideas bastante terribles sobre lo que significaba ser un Extraordinario, además de que solo luchaba para promover el poder de los hombres blancos heterosexuales. Duró dieciséis días como héroe hasta que decidió que una vida de delincuencia como villano era mucho más rentable que hacer el bien.

Y eso llevó a la aparición de una segunda Extraordinaria, Lady Primate, una joven de brazos largos que tenía un vello corporal precioso por todo su cuerpo, y quien acabó con el reinado del terror de robo a bancos que había instaurado el Patriota Americano. Lo había golpeado tan fuerte que las autoridades encontraron su mandíbula a casi cinco kilómetros de distancia en un árbol a las afueras de un orfanato. Por suerte, los niños del orfanato habían ido de excursión al zoológico y no vieron la mandíbula antes de que la quitaran de ahí. Nick siempre pensó que, si él llegaba a encontrar una mandíbula así, su vida estaría arruinada para siempre.

Lady Primate, por alguna razón, era celebrada por sus actos de heroísmo. Desafortunadamente, seguía siendo la década de los cuarenta y la opinión pública consideraba que el lugar de la mujer estaba en su casa, cuidando a la familia. Lady Primate, para regocijo de Nick, anunció públicamente que se retiraría de inmediato y se casaría con el primer hombre que pudiera vencerla en una competición de pulso. Diecisiete hombres se presentaron. Al final, Lady Primate siguió estando soltera y los hombres tuvieron que ser hospitalizados por las heridas que sufrieron mientras intentaban demostrar su masculinidad.

Desde aquel entonces, aparecieron más y más Extraordinarios. Ah, seguían siendo pocos en general y la mayoría de las ciudades nunca habían tenido uno. Pero se vieron inspirados por las acciones de Lady Primate y comenzaron a exhibir sus poderes, la mayoría en nombre de la justicia y la verdad. Independientemente de las hazañas de las que eran capaces, todos tenían algo en común: siempre ocultaban sus identidades, lo que hacía que fuera imposible que los científicos pudieran estudiarlos. A finales de la década de los sesenta y principios de la década de los setenta hubo una propuesta para que los Extraordinarios revelaran sus verdaderas identidades al público y se entregaran para que les realizaran pruebas, pero cayó en el olvido antes de que ganara suficiente fuerza. Las protestas de los hippies se encargaron de eso. Los Extraordinarios eran tan pocos que inspiraban más asombro que miedo, la mayor parte del tiempo.

Incluso Pyro Storm tenía sus propios admiradores y admiradoras. Y no es que hubiera hecho cosas muy malvadas. Más allá de que fuera el archienemigo de Shadow Star, lo peor que había hecho fue poner todos los semáforos de Ciudad Nova en verde a la vez, lo que causó miles de accidentes menores y un embotellamiento total en las calles que duró diecisiete horas. Por supuesto, usó ese tiempo para robar obras de arte de valor incalculable del Museo de Bellas Artes de Ciudad Nova, pero Shadow Star frustró ese intento, así que todo salió bien. Al menos, eso era lo que había informado Rebecca Firestone.

Además, tampoco eran los únicos Extraordinarios del mundo. Había un hombre en Berlín que podía lanzar hielo por los ojos. Había otro en Portland, Oregón, que era capaz de crear portales que lo transportaban con facilidad desde una punta de la ciudad a otra. Había otro en Tallahassee que tenía la piel de cocodrilo, aunque algunos creían que era un problema de hongos bastante severo. También había une Extraordinarie no binarie en Tokio que podía crear fuegos artificiales con la mente, y otra en Nueva Zelanda que podía controlar rebaños de ovejas con solo un pensamiento, algo que exhibía con mucho orgullo.

Quizá no fueran exactamente como los de los cómics que Nick leía, pero no importaba. No necesitaba que lo fueran. Al parecer, la que controlaba a las ovejas era muy buena para la economía, lo que, si bien no era precisamente glamuroso, seguía siendo bastante guay.

Pero Nick no quería solo ser bastante guay. Si iba a convertirse en un Extraordinario, entonces iba a ser el mejor que el mundo jamás hubiera visto. Lo que le llevó de nuevo a la lista que le ayudaría a descubrir cómo convertirse en un Extraordinario. Las historias de origen debían ser orgánicas. En muchos de los cómics que había leído, los héroes atravesaban situaciones imposibles que les daban sus poderes. Él solo necesitaba encontrar la manera de estar en el lugar correcto en el momento adecuado.

Internet, por primera vez en su vida, le falló en ese aspecto. Había demasiadas teorías y ninguna parecía tener ningún sustento en la realidad. La mayoría parecía aferrarse a la idea de que los Extraordinarios nacían con sus poderes y no los podían obtener después. Y si ese era el

caso, Nick estaba condenado incluso desde antes de empezar. Pero como eso no le servía, prefirió no creer nada de eso. Además, apestaba a esa mierda de sangre pura, y Nick no apoyaba esa idea. Cualquiera podía hacer lo que quisiera, siempre y cuando se lo propusiera. O eso esperaba.

Nadie sabía realmente de dónde habían salido Shadow Star y Pyro Storm cuando aparecieron por primera vez hacía dos años. Eran únicos en el sentido de que sus poderes parecían ser más fuertes que los de sus antecesores. Nick nunca había oído hablar de otro Extraordinario que pudiera controlar las sombras como su héroe. Y, aunque había habido otros capaces de controlar el fuego como Pyro Storm, ninguno tenía la misma fuerza que él. No solo podía controlar el fuego, sino que también podía crearlo con su mente, lo que, si no fuera tan fantástico, probablemente sería aterrador.

El Departamento de Bomberos de Ciudad Nova había pronunciado su total rechazo hacia Pyro Storm el año pasado, alegando que tenía el potencial de dificultar sus trabajos, pero se despistaron por completo cuando Shadow Star evitó que un autobús lleno de ancianos que se dirigían a un seminario de tiempos compartidos se estrellara contra una gasolinera después de que el chofer se quedara dormido al volante. Aquel había sido un buen día para los admiradores de Shadow Star.

Pero ellos no eran los primeros héroes que Ciudad Nova había visto, ¿verdad? No. Cualquier persona con dos dedos de frente sabía que Ciudad Nova alguna vez había estado protegida, en una época conocida como los albores del siglo XXI, por un Extraordinario diferente, uno que se hacía llamar El Guardián. Este Extraordinario apareció de la nada, con su elegante traje azul cerúleo de cabeza a los pies. Había empezado con cosas pequeñas, como algunos atracos menores o robos a propiedades con sus poderes telequinéticos, antes de pasar a tareas más grandes, como desviar el horriblemente llamado «Desfile por los derechos de los hombres» de forma que todos los manifestantes acabaran cayendo al río Westfield. La mayoría no sabía qué pensar de El Guardián, ni siquiera sabían si era un hombre o una mujer, dado que su disfraz ocultaba lo que había por debajo. Sin embargo, la gente lo apoyaba. Más tarde, por razones que nadie podía explicar, El Guardián desapareció a los pocos años y nunca se volvió a saber nada de él. O murió en su vida normal o decidió que no valía la pena salvar a Ciudad Nova. No fue hasta la llegada de Shadow Star y Pyro Storm que la ciudad volvió a tener sus propios Extraordinarios.

Y eso, desafortunadamente, no ayudaba demasiado a Nick en su misión. Las fotografías del Guardián se veían todas borrosas, desenfocadas, y solo lograban captar sus botas o la parte posterior de su cabeza, cubierta por una máscara. El Guardián nunca brindó entrevistas, nunca dio discursos grandilocuentes y apasionantes sobre lo que significaba ser el salvador que la ciudad necesitaba. Siempre mantuvo un perfil bajo, combatiendo a las fuerzas del mal hasta que dejó de hacerlo. Simplemente… desapareció. Nick no entendía cómo era posible que alguien

abandonara todo cuando podía mover cosas con el poder de su mente.

—¿Qué estás haciendo?

Levantó la mirada, sobresaltado por la voz. Parpadeó cuando notó que estaba en la estación de la calle Franklin. No se había dado cuenta de que había salido de su casa. El piloto automático era algo aterrador, en especial para alguien como Nick. Recordaba vagamente haber tomado la pastilla y atragantarse con una tostada quemada, pero eso era todo.

Seth estaba de pie frente a él. Llevaba un chaleco sobre una camisa de vestir con cuello. En lugar de una pajarita, llevaba un pañuelo a cuadros y su pelo rizado estaba despeinado en todas direcciones. Si cualquier otra persona hubiera usado un pañuelo de ese estilo delante de Nick, él habría… Bueno, probablemente no habría dicho nada porque sería un gilipollas si lo hacía. La gente podía vestirse como quisiera. Pero no serían Seth, eso seguro.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Seth con desconfianza.

La cara de Nick se sonrojó por completo. No estaba… bien. Objetivamente, sabía que Seth era atractivo y, sí, quizá el hecho de que se vistiera como un senador joven que pasaba sus vacaciones en Connecticut durante el otoño y esquiaba en Vail durante el invierno era… algo. Aunque seguro que no era nada. Seth era su mejor amigo. Los amigos antes que los amantes. Aunque eso tampoco significaba que Seth y él tuvieran algo. De hecho, ahora que lo pensaba, no creía que Seth realmente hubiera tenido novio o novia, a menos que se lo hubiera ocultado, tal como había sospechado. Y si ese era el caso, estaba bien.

(Definitivamente no estaba bien, pero Nick no quería analizar eso con mucha profundidad; ya tenía demasiadas cosas en las que pensar y el hecho de que quisiera suspirar por ver a su mejor amigo usar peniques en sus mocasines no estaba facilitando las cosas).

—Por nada —respondió Nick con un tono extraño mientras se rascaba la nuca—. Estás… genial.

Seth se sonrojó.

—Ah. Mmm. Gracias.

Nick movió la punta de sus zapatillas viejas sobre el suelo sucio de la estación. Quería decir algo más, quizá incluso elogiarlo por sus decisiones de estilo, pero no podía hacer que las palabras brotaran de su boca.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó Seth finalmente.

Nick miró el cuaderno que tenía en la mano, lleno de garabatos. Lo presionó contra el pecho para que no pudiera leer que había escrito SEÑOR NICHOLAS SHADOW STAR en los márgenes.

—Nada —respondió.

—Nicky.

—No es nada.

—Siempre es algo —añadió Gibby, quien apareció de la nada como una fantasma lésbica empeñada en demostrar que estaba equivocado. Nick no pudo detenerla a tiempo, le quitó el cuaderno de las manos y empezó a leerlo. Jazz se asomó por detrás y leyeron lo que Nick había escrito. Incluso Seth se asomó para echarle un vistazo, lo que disminuyó el atractivo del pañuelo que llevaba, dado que eso lo había convertido en un traidor oportunista.

—Nicky, no —dijeron todos al mismo tiempo.

—Nicky, sí —replicó, recuperando su cuaderno.

—¿Esto tiene que ver con lo que pasó ayer? —preguntó Jazz—. Ya sabes, cuando Nick se asustó y necesitó que Gibby lo salvara y luego lo tuvo que hacer Shadow Star.

Nick se giró lentamente y miró molesto a Gibby, quien solo se encogió de hombros.

—Debía quedar como una heroína para mi chica.

—¿Empujándome debajo de un autobús en marcha?

Le dio una palmada en el hombro.

—Lo tendré en cuenta para la próxima. De todas formas, eso es exactamente lo que pasó.

—Les gritaste a los ladrones con tu voz chillona que los ibas a denunciar a tu padre.

—Literalmente, no pasó nada de eso —sentenció Nick—. Y, honestamente, no tengo tiempo para contarte la verdad porque estoy muy ocupado. ¡Y no con lo que crees! Tenemos que ir al instituto.

Jazz miró el cuaderno.

—Señor Nicholas Shadow Star. Nicky, no creo que los apellidos funcionen así. Para nada. En todo caso, serías el señor Nicholas Star. —Esbozó una sonrisa—. Suena como si fuera tu nombre de actor porno. Lo apruebo.

Nick necesitaba nuevos amigos.

***

—… además —dijo Nick cuando se sentó en la mesa del comedor, sin contexto alguno—, siento que me estáis juzgando por querer ser algo distinto. Gibby, cuando te rapaste la cabeza y nos pediste que te llamáramos Gibby en lugar de Lola, ¿nos opusimos?

—¿Todavía sigue con eso? —le preguntó Gibby a Jazz—. Es como si hubiera retomado una conversación que tuvimos hace horas como si no hubiera pasado nada de tiempo.

—Las cosas pequeñas son importantes para él —aclaró Jazz—. Me gusta eso de él.

—Claro —musitó Gibby y luego añadió—: No. Nick, me preguntaste si podías ser tú quien me rapara la cabeza cuando me volviera a crecer el pelo, y luego decidiste que debería hacerme rayas a cada lado como un coche de carreras para ver si me hacían ser más rápida.

—Exacto —dijo Nick ferozmente—. Y, como nota al margen, todavía sigo molesto porque no me dejaras hacer nada de eso. Habría sido increíble. Y Jazz, cuando decidiste que querías recibir

clases de defensa personal porque los hombres a veces pueden ser bastante desagradables y no entienden el significado de «Aléjate de mí, hijo de perra», ¿no te di todo mi apoyo?

Jazz esbozó una sonrisa.

—Así es. Incluso me acompañaste a mi primera clase y dejaste que te pateara el trasero una señora de sesenta y tres años.

—Se sintió muy mal después y me hizo una tarta —añadió Nick—. Pero era de ciruelas y era asquerosa, así que tuve que tirarla. Pero la intención es lo que cuenta. Y Seth.

Todos se volvieron para mirarle.

Su pañuelo estaba ligeramente torcido. Nick no sabía cómo lidiar con eso.

Jazz suspiró.

Seth se sonrojó.

Gibby tosió intencionalmente.

Nick sacudió la cabeza. No podía distraerse.

—¿De qué estábamos hablando?

—De cómo tuviste que tirar la tarta de una señora —recordó Gibby.

—Es verdad. Seth. Cuando decidiste venir al instituto con corbatas por razones que nadie acaba de entender, ¿quién te ayudó a buscar cómo hacer un nudo Windsor en internet y luego te prestó su cuello durante un mes entero para que practicaras hasta que te salieran bien los nudos?

—Tú —contestó Seth, bajando la mirada hacia la mesa.

—¡Sin quejarme mucho!

—Bueno, durante los primeros veinte minutos.

—¡Porque duró veinte minutos más de los que debía! —exclamó Nick—. Sabes que no soy capaz de quedarme quieto tanto tiempo sin volverme loco. ¿Por qué demonios tenías que aprender a hacer el nudo Windsor? Lo único que lo hizo soportable fue cuando encontraste el nudo Nicky e insististe en usarlo más habitualmente que el resto.

Gibby y Jazz se giraron lentamente hacia Seth.

Seth no las miró, ya que parecía que le resultaba mucho más interesante rascar la mesa. Parecía estar manchada con kétchup seco.

—El nudo Nicky —dijo Gibby—. En serio.

—Sí —añadió Jazz—. En serio.

—Me gustaba cómo quedaba —musitó Seth.

Gibby soltó una carcajada.

—Seguro que sí.

Nick no tenía tiempo para sus ambigüedades.

—Y ahora que os he dado ejemplos de momentos específicos en los que fui un gran amigo y os he apoyado en todo lo que hicisteis, os pido que hagáis lo mismo por mí y respetéis mi

decisión de convertirme en un Extraordinario.

Jazz abrió su tupper y sacó lo que parecía ser un tabulé de quinoa con algunas rodajas de aguacate. Nick ni siquiera estaba seguro de lo que era un tabulé de quinoa.

—¿Cómo lo harás? —preguntó Jazz—. No todo el mundo puede ser un Extraordinario. Si fuera tan fácil, habría millones de ellos. Yo sería una.

—¿Cuál sería tu superpoder? —preguntó Gibby y Jazz se encogió de hombros.

—Volar. O quizá hacer crecer naranjos. Ya sabes lo mucho que me gustan los naranjos.

Nick frunció el ceño.

—Eso no es un…

Gibby sacudió la cabeza en señal de advertencia.

—Hazlo, cariño, estoy segura de que serán los mejores naranjos del mundo.

—Claro que lo serían —dijo Jazz—. Y luego cosecharé las naranjas y prepararé zumo con tanta pulpa que tendrás que masticarlo en lugar de beberlo. Y luego lo donaré a la gente que no puede comprar zumo de naranja.

Nick quería protestar (porque, es decir, ¿qué cojones?), pero debía estar de su lado si quería que lo apoyaran en esta nueva misión.

—Suena… tan… genial. Bien por ti.

—Gracias —respondió Jazz, sonriéndole.

—A mí me gustaría poder convertir mis manos en espadas —comentó Gibby, robándole una rodaja de aguacate a Jazz—. Y entonces apuñalaría a todo el que me molestara.

—Muy efectivo —dijo Nick—. Sangriento y violento, pero me gusta. Te llamarían la Manos de Espada. ¡Atentos, maleantes! Aquí viene la Manos de Espada a apuñalaros en la garganta.

Se volvieron hacia Seth, quien no parecía querer participar en la conversación, si la expresión en su cara significaba algo. Solo necesitaba un poco de motivación y, por suerte, en otra vida donde los Extraordinarios no existían, Nick habría sido un gran orador motivacional.

—Tu turno —dijo Nick, golpeándolo en el hombro—. Tú puedes, amigo.

Seth suspiró.

—No sé, creo que no quiero ser un Extraordinario.

Nick se quedó horrorizado.

—Pero… —Y luego—: ¿Estás…? —Y más tarde—: ¿Cómo puedes…? —Hasta que se decidió por…—: ¿Por qué?

Seth se encogió de hombros sin levantar la mirada de su fiambrera.

—Parece un trabajo muy duro, ¿no creéis? Más de lo que uno se puede imaginar.

Nick no lo podía entender.

—Pero… se trata de ser valiente. ¡De ayudar a las personas!

Seth levantó la cabeza abruptamente y tensó la mandíbula mientras mantenía los ojos

entrecerrados. Nick nunca había visto esa expresión en su rostro y sintió un escalofrío recorriéndole por toda la espalda.

—Ayudar a las personas —repitió Seth, riendo en voz baja, aunque no parecía que le resultara gracioso—. Claro, eso. Una vez que decides darte a conocer y ayudar a las personas, siempre esperarán que las ayudes, sin importar lo que pase. No puedes ayudar a una persona y no ayudar a otra, ¿verdad? ¿Y qué pasa si varias personas necesitan ayuda al mismo tiempo y no puedes ayudarlas a todas a la vez? ¿A quién eliges? Y cuando eliges a alguien, ¿cómo puedes vivir con eso en la cabeza si una de las personas a las que no ayudaste salió herida? O algo peor.

Seth se estaba enfadando y a Nick no le gustó. Cuando Seth se enfadaba, Nick se ponía muy nervioso y quería mutilar lo que fuera que le hubiera causado eso a su amigo.

—¿Esto es por lo que dijo Owen? No lo escuches. Es solo un juego. No tienes que…

—No, no es un juego —lo interrumpió furioso, golpeando las manos sobre la mesa. Nick se esforzó para no apartarse—. Incluso cuando haces todo para hacer el bien, siempre habrá gente que sospechará de tus intenciones y se preguntará qué es lo que realmente quieres. Y no ayuda que un imbécil aparezca de la nada y se crea tu archienemigo, y haga todo lo posible para empeorarlo todo.

—Pero…

Seth sacudió la cabeza.

—Y es solitario. Es lo único que no te esperas. La soledad. Porque no se lo puedes contar a nadie. Ni siquiera a tu familia porque no lo entenderían. No se lo puedes contar a tus amigos porque podrían convertirse en objetivos y no quieres que salgan heridos. Entonces no te queda otra opción más que guardarte todo para ti mismo y vivir con la esperanza de que algún día las cosas mejorarán y lo único que se te pasa por la cabeza es por qué empezaste a hacerlo en primer lugar. Por qué te pusiste ese estúpido disfraz la primera vez. La promesa que te hiciste a ti mismo. Pero, a veces, ni siquiera eso es suficiente.

El silencio se apoderó de la mesa.

Gibby se quedó mirando a Seth con extrañeza, boquiabierta. Justo cuando estaba a punto de decir algo, Nick se adelantó.

—Vaya. Eso… fue… increíble.

Seth abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—No, hablo en serio. Eso ha sido perfecto. Joder, Seth, ¿se te acaba de ocurrir? Ah, Dios mío, deberíamos colaborar en un *fanfic*. ¿Por qué no me dijiste que tenías tanta imaginación?

Seth gimió y se tapó la cara con las manos.

—¿Habéis oído eso? —les preguntó Nick a Gibby y Jazz.

—Eso creo —contestó Jazz, mirando a Nick con los ojos entrecerrados—. Estábamos sentadas

aquí.

Gibby no dijo nada. Siguió mirando fijamente a Seth con el ceño fruncido.

Seth gimió una vez más.

—Sí, lo sé —dijo Nick, acercándose a Seth y pasando un brazo sobre sus hombros para acercarlo. Seth se dejó llevar y Nick se sintió complacido—. Es muy abrumador cuando encuentras la profundidad de tu creatividad. Créeme, sé de lo que hablo. Me pasa constantemente. —Le dio un beso en la cabeza—. Por cierto, voy a robar todo lo que acabas de decir para el trasfondo de mi historia de origen como Extraordinario, si es que decido ser esa clase de superhéroe melancólico e introspectivo. Aún no he decidido si voy a ser así o si voy a ser alegre, sarcástico y de los que patean traseros.

—Tú no eres muy melancólico que digamos —musitó Seth.

—Ay, ¿acaso esto no es muy agradable? —dijo Owen, arrojando su mochila sobre la mesa, donde casi tira el tabulé de quinoa de Jazz sobre sus piernas. Lo miró con furia y Nick se preguntó si Owen estaba a punto de pasar el resto de su vida sin dedos. Por suerte, Gibby apoyó una mano sobre la de Jazz y la apretó con fuerza para evitar que se levantara. Owen estaba demasiado ocupado mirando a Nick y a Seth como para notar lo cerca que había estado del sufrimiento—. Sois tan adorables que no puedo ni soportarlo. En serio. Parad. Es desagradable.

Se sentó y el asiento crujió con su peso.

Seth se apartó, aunque Nick se resistía a dejarlo ir. Se sentía… bien al estar así con él.

—Acabas de perderte a Seth enfadado —le comentó Nick a Owen, quien puso los ojos en blanco.

—Siempre hay una primera vez para todo, supongo.

Eso no le sentó bien a Nick. No le gustaba cuando alguien hablaba mal de Seth.

—Eso no es justo. Es un malote todo el tiempo. Más de lo que tú podrías ser nunca.

Owen le guiñó un ojo.

—Realmente lo dudo.

—Llevas unas gafas de sol sobre la cabeza.

—¿Y?

—Acabas de salir de una clase. Lo que significa que estuviste en un lugar cerrado. Lo que significa que pareces idiota.

Seth rio y Owen se encogió de hombros.

—O que parezco genial sin importar lo que esté haciendo.

—Los hombres son patéticos —le dijo Jazz a Gibby.

—Me alegra que pienses eso —contestó Gibby—. Significa mucho para mí.

Owen extendió un brazo sobre la mesa y le robó un guisante a Seth, quien lo miró como si estuviera a punto de decir algo, pero en su lugar, se calló y dejó que Owen siguiera con sus

tonterías.

—¿Por qué los tontuelos están tan juntitos hoy? No es que me importe.

—Sí, claro —dijo Gibby—. No te importa tanto como para preguntar.

Owen esbozó una sonrisa cortante.

—Finjo estar interesado. Es lo que hacen los amigos. —Miró a Nick—. Y los exnovios, supongo.

—¿De dónde has salido? —preguntó Jazz de repente.

Por un momento, la fachada de Owen quedó sumida en una expresión de sorpresa que intentó ocultar rápidamente.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Tú no eras amigo nuestro. De ninguno de nosotros. Pero, de repente, apareciste y estabas aquí. ¿Por qué?

Owen mordió el guisante, sus dientes lo rompieron con destreza.

—Tú me conocías desde antes que ellos. Mis padres son benefactores muy importantes de la misma organización benéfica que los tuyos. Nos veíamos todo el tiempo.

—Cosas de gente rica —les susurró Gibby a Seth y Nick.

—Claro —respondió Jazz, mordiéndose el labio inferior—. Recuerdo haberte visto en el club de campo, pero nunca hablamos. Bueno, excepto aquella vez que me preguntaste si quería ir a tu casa y conocer tu cama.

Gibby entrecerró los ojos.

Por primera vez desde que Nick lo conocía, Owen parecía un poco asustado.

—Sí —respondió apresuradamente—. No fue una de mis mejores ideas. Pero si pudieras aclararle a tu compinche lesbiana que fue antes de que estuvieras con ella, te lo agradecería.

—Sí, fue antes —dijo Jazz, apoyando una mano sobre el brazo de Gibby, para consternación de Nick, ya que quería ver lo que le habría hecho. Habría sido muy sangriento—. Y no fui la única con la que intentó liarse.

Owen se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Tengo un gran… corazón. ¿Verdad, Nicky?

—Agh —dijo Nick—. Sabes, tienes a favor todo esto de ser atractivo, pero la mayoría de la gente no sabe que también eres horrible. Sinceramente, no es la mejor combinación.

Seth rio y Owen miró a Nick con los ojos entrecerrados.

—No te pareció terrible cuando te metí la lengua en…

—Gibby, no —dijo Jazz.

—Gibby, sí —murmuró Nick, pero Gibby dejó que Jazz la sentara de nuevo en la silla.

—Mira —dijo Owen—. No sé qué queréis que os diga. Sois unos perdedores, y resulta que me gustan los perdedores. —Miró a Seth—. Todos en este instituto son tan… falsos. Vosotros hacéis

que sea interesante. ¿No es así, Seth?

—Sí —contestó Seth entre dientes.

Nick estaba bastante seguro de que no estaban coqueteando, pero eso no explicaba la tensión que había entre ambos. Sabía que Seth no se había… emocionado cuando Owen anunció que él y Nick estaban saliendo, pero había dicho que, siempre y cuando Nick fuera feliz, no le importaba. Nick no había visto mucho a Seth durante El Gran Romance de Nick y Owen, pero había llegado a la conclusión de que era porque estaba ocupado. Además, Nick también había estado ocupado con sus cosas, aunque fueran del tipo que te dejaban los labios hinchados.

En retrospectiva, obviamente había perdido la cabeza de forma temporal; era lo único que tenía sentido.

—Así que por eso estoy aquí —concluyó Owen—. Porque, maldita sea, me caéis muy bien. —Se acercó a la mesa para pellizcarle una mejilla a Nick—. No está de más que seáis tan monos.

Nick apartó la mano de un manotazo.

—Odio cuando haces eso.

—Lo sé —dijo Owen, con los ojos brillantes—. Pero me gusta cuando te pones nervioso. Ahora que ya está todo aclarado, ¿podría alguien contarme qué estaba pasando antes de que yo llegara? Algo sobre que Seth es guay o algo así. Aunque, sinceramente, me parece imposible.

Por un momento, Nick pensó en cambiar de tema por completo. Sabía que sus ideas estaban… Bueno. A veces, estaban por ahí. E iba a seguir adelante, aunque tuviera que hacerlo solo, pero no quería que alguien como Owen se burlara de él. Porque a veces Owen podía ser bueno, pero también podía ser muy malo. Owen nunca lo había atacado directamente a él, no realmente, pero había visto lo despiadado que podía ser y lo había hecho sentir muy incómodo. Y aunque no creía que Owen le fuera a hacer la vida imposible por querer ser un Extraordinario, no quería arriesgarse.

De todos modos, todo se le escapó de las manos cuando Jazz decidió hablar.

—A Gibby y Nick casi les roban ayer, pero los salvó Shadow Star. Y ahora Nick quiere convertirse en un Extraordinario porque cree que así conseguirá llamar la atención de Shadow Star. —Frunció el ceño—. Todavía no sé cómo va a funcionar eso.

Owen se apoyó sobre la mesa con una sonrisa afilada y miró fijamente a Nick.

—¿En serio? No me digas. Shadow Star. Qué suerte que justo pasara por ahí.

—No fue para tanto —contestó Nick, desviando la mirada—. Solo… ya sabes. Me dio su autógrafo o algo así.

Owen echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Ay, Nicky. No cambies nunca. Estoy seguro de que fue dolorosamente incómodo y tan, tan dulce. Pero ¿por qué cojones querrías ser un Extraordinario? Parece una gran responsabilidad. —Extendió una mano y pasó un dedo por el dorso de su mano—. ¿Crees que podrías soportarlo?

Nick apartó la mano.

—Lo haría bien.

Owen suspiró.

—Seguro. Claro que sí. De todos modos, ser un Extraordinario es muy… anticuado. No se me ocurre nada más aburrido. Ah, superpoderes. La gente espera que hagas algo por ellos todo el tiempo. Debe ser tan irritante.

—No todo el mundo es tan imbécil como tú —comentó Seth con frialdad.

—Eh —dijo Owen—. Se me ocurren un millón de cosas mejores que hacer con mi tiempo. —Miró de nuevo a Nick—. Pero eso es lo que quieres, ¿verdad?

—Bueno… ¿Sí?

Owen levantó la mano y se frotó el cuello. En cualquier otra persona, Nick habría pensado que estaba nervioso. Pero como era Owen, parecía actuado, como si supiera cómo se suponía que debía verse haciendo eso, flexionando sus bíceps y manteniendo la mirada fija en Nick por debajo de sus pestañas. Se preguntaba cuánta gente había caído en la trampa. Dios mío, él había caído en la trampa. Y, a veces, incluso seguía cayendo. Después de todo, seguía siendo un adolescente, y Owen tenía dos grandes brazos y, por lo menos, tres abdominales muy marcados. Era obvio que caería en su trampa.

—Si eso es lo que quieres, supongo que puedo ayudarte…

—No —lo interrumpió Seth de repente, sobresaltando a Nick—. No tienes que hacerlo. Porque ya he decidido que yo voy a ayudarle.

—Y yo —añadió Gibby.

Todos miraron a Jazz.

Tenía la boca llena de tabulé de quinoa.

Gibby le dio un golpecito con el codo.

—Ah —dijo Jazz y un trozo de aguacate se le cayó de la boca—. Y yo.

—Entonces, ya ves —añadió Seth con suficiencia—. Nick no necesita tu ayuda. Ya lo tenemos controlado.

—Vaya —dijo Nick entre dientes—. Tengo el corazón lleno de amor. Es como mi cumpleaños, pero mejor.

Owen puso los ojos en blanco.

—Claro, está bien. Buena suerte con eso. Nicky, si de verdad quieres descubrir cómo convertirte en un Extraordinario, ven a buscarme. Te enseñaré cosas que ninguno de tus amigos ni siquiera se imagina.

Y con eso, se levantó de la mesa y se fue. Nick tuvo que admitir que fue una salida bastante épica.

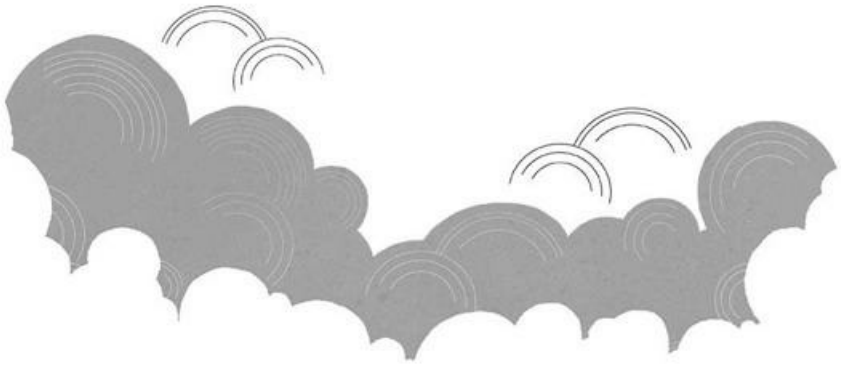
No estaba de más que Owen se viera bastante bien con esos vaqueros.

Pero no tenía tiempo para pensar en eso ahora. Tenía gente que lo apoyaba.

—¡Vale! —exclamó, con una sonrisa tan grande que dolía—. ¡Ponemos en marcha la operación «Convertir a Nick en un Extraordinario y vivir felices para siempre con Shadow Star en una villa de la costa italiana donde se darán de comer uvas con la boca»! —Hizo una pausa, pensativo—. Puede que deba trabajar en el nombre de la operación, pero ya os hacéis una idea. ¡Hagámoslo!

Sonó el timbre.

—Cuando salgamos del instituto —se apresuró a decir Nick—. Porque la educación es importante, y mi padre me matará si no saco, como mínimo, un notable. Tengo que irme. Mi clase está en la otra punta del edificio. ¡Adiós!



7

Aunque Nick contaba con el apoyo de sus amigos más cercanos y tenía planeada una operación (al menos tenía el nombre), no pudo poner las cosas en marcha hasta el fin de semana. No porque no quisiera empezar antes (Dios, claro que quería), sino porque, al parecer, el penúltimo año significaba que los profesores te mandaban, por lo menos, cuarenta y seis horas de deberes para hacer todas las noches. Nick se preguntaba a menudo qué les había pasado durante la infancia para querer crecer y tener la necesidad de hacer la vida imposible a sus alumnos.

No solo les pedían redacciones y les advertían sobre los terrores venideros, como los exámenes sorpresa, sino que también le decían a cada alumno que tenía que empezar a pensar en su futuro. Nick no sabía cómo explicarles que estaba intentando hacer precisamente eso, pero que ellos se interponían en su camino. Está bien, sí, ellos se referían a cosas como universidades y formación profesional, pero Nick pensaba más bien en controlar la electricidad con la punta de sus dedos. Era más fácil pensar en ser un Extraordinario que en hacerse mayor.

El sábado, su padre tuvo uno de sus pocos días libres y decidieron ir a comer temprano unas pizzas en Tony’s. Se sentaron en una de las mesas antiguas en la puerta del local y observaron a todas las personas que pasaban por delante, mientras inventaban historias sobre quiénes eran, de dónde venían y hacia dónde iban. Era algo que hacían desde que Nick tenía memoria. Y Antes, su madre reía sin parar cuando escuchaba las cosas que inventaban. Solía decir que eran las personas más creativas que jamás había conocido y que Nick se convertiría en un gran escritor cuando creciera.

Había pasado mucho tiempo después de… Bueno, no había sido fácil. Nick se había sentido confundido, enfadado y asustado, y su padre parecía tener la mirada vacía y apenas hablaba. Hubo ocasiones en las que Nick no lo había visto durante días, ya que sus horarios no coincidían y parecía como si fueran simples compañeros de piso, y otras en las que no podía dormir, con la cabeza llena de pensamientos que le decían lo mucho que odiaba a su padre. Lo había odiado por no haber protegido a su madre, incluso aunque no estuviera cerca del banco cuando ocurrió todo, lo había odiado por haberlo abandonado cuando más lo necesitaba. Lo había odiado por no ser lo suficientemente fuerte. Lo había odiado por haberle dicho: «No, Nicky, no puedes verla, hijo, no puedes, es mejor que la recuerdes como era». Y luego llegó a casa en una urna, convertida en nada más que en un montón de cenizas que Nick no podía creer que alguna vez hubieran sido su madre. Las esparcieron cerca del faro, sin decir nada.

Pero con el tiempo, las cosas mejoraron, lentamente. Nick sabía que Cap había tenido algo que

ver con todo eso, porque de un día para otro, inesperadamente, su padre empezó a quedarse en casa todo el tiempo y repetía, con cierta incomodidad, que eran unas vacaciones forzadas. Eso duró algunos meses y así fue como los dos aprendieron a convivir en el mismo espacio donde antes eran tres.

Las cosas estaban mejor ahora, con días como estos en los que solo eran ellos dos. Volvieron a casa con las sobras de la pizza en una caja de cartón. Y ahí, sentado en la escalinata de la entrada de su vieja casa adosada, estaba el jefe del Departamento de Policía de Ciudad Nova.

—Mmm —dijo su padre, mirando el reloj—. Llega temprano.

Nick se empezó a sentir nervioso de repente. La última vez que había visto a Cap en ese mismo lugar había sido justo antes de las «vacaciones forzadas». Aunque Nick había estado arriba, con la oreja pegada al suelo, escuchando palabras como «No me queda otra opción, Aaron», y «Te pasaste de la raya» y «Le diste un puñetazo a un *testigo*, por el amor de Dios», y «Tienes suerte de que no te hayan despedido. Es una degradación. Tienes que regresar a las calles. Hice todo lo que pude por ti, Aaron. No puedo mantenerte en Homicidios. Eres un buen policía, pero esta vez fuiste demasiado lejos. Tienes que pensar en Nick. Acepta la oferta. Es mejor que nada. Es esto o empezar a buscar trabajo como vigilante de seguridad privada».

Sí. La última vez que vio a Cap no fue la mejor.

Lo que explicaba por qué Nick empezó a respirar con dificultad y a sudar.

—¿Nicky? —escuchó decir a su padre con preocupación.

Nick tragó con fuerza mientras movía los dedos a un lado de su cuerpo, siempre inquietos.

—¿Él… está aquí… para…?

«Para traer malas noticias», era lo que intentaba decir, pero no le salían las palabras.

Su padre estaba frente a él, haciendo equilibrios con la caja de pizza en una mano y acariciándole la nuca con la otra.

—¿A qué te refie…? Ah. No. No, Nick. Solo ha venido para tomar unas cervezas y ver el partido de béisbol. Me habías dicho que venían tus amigos, sino te habría invitado a verlo con nosotros.

Nick asintió, intentando relajar los músculos.

—Lo siento —murmuró—. No estaba pensando.

Su padre lo sacudió suavemente.

—No. Ese es el asunto. Sí, estabas pensando. Y no pasa nada. Es culpa mía. Se me olvidó por completo que iba a venir. Debería habértelo dicho antes. Soy yo quien debe pedirte perdón.

Nick hizo una mueca de dolor.

—No hace falta que te disculpes.

Su padre suspiró.

—Sí, creo que sí. Sé que lo estás intentando, muchacho. Lo veo y lo agradezco. Y quiero que

sepas que yo también lo estoy intentando, ¿de acuerdo? Es culpa mía. No volverá a pasar.

Nick se sintió extraño, desconcertado.

—No soy tan frágil.

Su padre puso los ojos en blanco.

—Ya lo sé. Lo descubrí la primera vez que te dejé caer de cabeza y solo te hiciste una pequeña rozadura. Ni siquiera lloraste.

Nick lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo que la primera vez? ¿Hubo más de una?

—Ser padre es difícil. Y los niños son resbaladizos.

—El béisbol es estúpido.

—Eres adoptado. No nos costaste nada. Estabas en una caja llena de gatitos en la puerta de una tienda. Casi nos quedamos con el tricolor.

—No tiene gracia —balbuceó Nick, aunque probablemente era una buena idea para su historia de origen. Podría ser el Hombre Tricolor… o algo así—. No sé por qué insistes en creer que tienes sentido del humor. Ah, oye, tengo una idea. Veré el partido de béisbol con vosotros y no te quejarás si me bebo una cerveza.

—Claro.

Nick se quedó boquiabierto.

—¿En serio?

—No.

—Pero… Ah, Dios mío. Vale, ¿y si bebo solo un sorbo?

—Tendrías que quedarte durante las nueve entradas. O más, si se va a la prórroga.

Nick levantó las manos.

—Nada vale eso. No, gracias. El béisbol es una mierda.

—No sabes negociar, ¿eh?

—No he tenido que aprender porque, por lo general, me das todo lo que quiero… Quiero decir, no, papá, ¿de qué estás hablando?

—Ah, ajá. Te tengo calado, muchacho.

—Cómo debería ser —dijo Cap, gimiendo mientras se ponía de pie—. No pierdas de vista a este jovencito. Logrará grandes cosas o se dedicará a la delincuencia. El jurado aún está deliberando.

—Lo más probable es que sea la delincuencia —comentó Nick—. Porque así podré ver esa cara bonita todos los días.

Cap extendió una mano y despeinó a Nick, quien frunció el ceño.

Cap esbozó una sonrisa que hizo que su bigote pareciera como si estuviera a punto de levantar el vuelo. Nick esperaba ser capaz algún día de tener un vello facial tan épico. Había intentado

dejarlo crecer durante el verano, pero lo único que le creció fueron unos pelos sueltos raros en la barbilla. Pensó en dejárselos, pero luego decidió que no, por si alguna vez conocía a Shadow Star.

Y qué suerte que no lo hizo, dado que lo había conocido cuando lo rescató en el callejón. Shadow Star no habría posado para la foto si hubiera tenido esos pelos tan raros en la barbilla.

Su padre estrechó la mano de Cap.

—Vamos, pasa. Siento haberte hecho esperar.

—No te preocupes —dijo Cap, gruñendo al subir por la escalinata—. Llegué temprano. La señora me obligó a caminar. El médico no deja de hablar sobre «controlar los niveles de colesterol», lo que significa que tengo que tragarme todas esas recetas desagradables que encuentra en internet. —Miró a Nick—. No conoces a ningún vegano, ¿verdad, Nicky?

—No, señor.

—Bien, que siga así. No son de fiar. Pero lo que ella no sabe, no le puede hacer ningún daño a nadie, ¿verdad? Una cerveza suena bien.

—Ya hablé con ella —dijo su padre desde la cocina—. Te he comprado cerveza baja en calorías para ti.

—Ay, esa mujer —murmuró Cap—. Se mete en todo. ¿Sigues siendo gay, Nicky?

—Sí, dicen que nunca podré librarme de eso. Aparentemente, mi cuerpo está lleno de homo…

Cap sacudió una mano por el aire para que se callara.

—Sí, sí, ya lo entendí. Tienes suerte. Puedes conseguir un hombre y no tener que lidiar con estas tonterías.

Nick frunció el ceño.

—No creo que funcione de ese modo.

—Podría probarlo —dijo Cap, frotándose el bigote—. Mi secretaria dice que tu padre es un sueño, lo que sea que eso signifique. ¿Crees que tengo alguna oportunidad?

Nick lo miró horrorizado.

—¿Por qué dices eso?

—Para ver tu cara —contestó Cap, tapándose la boca y soltando una carcajada—. Ay, Nicky, no cambies nunca.

Su padre volvió de la cocina con dos cervezas en la mano. Se detuvo en la puerta y los miró con los ojos entrecerrados.

—¿Quiero saber de qué estabais hablando?

—Cosas de hombres —respondió Cap, dándole una palmada en la espalda a Nick—. ¿Verdad?

—No puedes casarte con Cap —le dijo a su padre—. No solo será un desastre para tu trabajo, sino que también será asqueroso. ¡Él no puede ser mi padrastro!

Cap rio a carcajadas, se inclinó hacia delante y se dio una palmada en la rodilla.

Su padre se quedó boquiabierto.

Sonó el timbre.

—Ya abro yo —gritó Nick, corriendo a toda prisa hacia la puerta donde, con suerte, estaba su salvación. No quería ver a su padre y a Cap acurrucados en el sofá.

Cuando abrió, se encontró con Seth plantado en el porche, arrastrando los pies de un lado a otro. Llevaba unos pantalones caquis y un jersey de lana que parecía muy suave.

—¿Por qué sigues tocando el timbre? Pasas aquí casi la misma cantidad de tiempo que yo.

—Por educación —murmuró Seth, entrando a la casa—. Que tú allanes mi morada todo el tiempo no…

—Perdona, pero yo no allano tu morada. ¡Ni siquiera sé qué significa eso!

—… significa que yo deba hacer lo mismo. Mi tía te manda saludos, por cierto. Quiere que te recuerde que tienes que venir a comer sus galletas para poder preparar más.

Nick cerró la puerta tras ellos.

—¿Por qué no te las comes tú? —Había visto a Seth vaciar un paquete entero de galletas de mantequilla de cacahuete él solo, de una sentada. De acuerdo, había sido hacía algunos años, pero aun así… fue impresionante. Aunque los pedos de mantequilla de cacahuete que se tiró esa noche no le parecieron tan impresionantes. Nick casi se muere.

—Ya no como esas cosas —aclaró Seth.

—Ah. ¿Por qué?

—No quiero.

—Eh —dijo Nick, mirándolo de arriba abajo. Seguía siendo Seth. Sí, estaba un poco más alto y, tal vez, su cara parecía más delgada que antes, pero…—. Hay pizza, si quieres. Son sobras. Papá y yo estuvimos en Tony’s.

—Nah —dijo Seth—. Comí pollo hervido y espinacas.

Nick hizo una mueca de asco.

—Suena horrible. Hablando de horrible, Cap está aquí y creo que se va a volver gay para salir con mi padre.

—No… ¿Qué demonios significa eso?

—¿Verdad? ¡No tengo ni idea! Pero creo que están teniendo una cita y…

Seth miró hacia la sala de estar.

—¿Cap no está casado?

—Bueno, sí. Pero eso no significa que no pueda tener un amante.

Seth volvió la cabeza hacia Nick.

—Acabas de decir que tu padre es su amante.

Nick sintió cómo la sangre desaparecía de su cara.

—Ah, Dios mío.

—¿Por qué has dicho eso?

—¡No lo sé!

—Agh —dijo Seth, pasando una mano sobre su cara como si no pudiera quitarse la imagen de la cabeza—. Puaj. Qué asco. No, no.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó su padre desde el salón—. Es gracioso que creáis que no podemos escuchar cada palabra de lo que decís.

—Vaya —dijo Nick—. Me alegra saber que creas que espiarnos está bien. Qué maleducado.

—Soy policía, muchacho. Lo veo y escucho todo.

—¡Y yo soy un ciudadano que respeta la ley! Conozco mis derechos. Tienes que tener pruebas suficientes para…

—Será un buen policía —le dijo Cap a su padre y luego añadió—: Aunque nunca le daremos un arma.

—Tampoco tiene permitido usar la táser —murmuró su padre.

—Como quieras —dijo Nick—. No quiero interrumpir vuestra velada romántica de hombres. Nos vamos arriba. Seth, vamos. —Estaba a mitad de camino en la escalera con Seth detrás de él cuando su padre lo llamó desde abajo. Se asomó por encima de la barandilla.

Su padre le estaba mirando fijamente, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. Parecía relajado y eso hacía feliz a Nick por razones que no podía explicar. Pero luego dijo algo tan confuso que no supo qué responder.

—Deja la puerta abierta, ¿de acuerdo?

—Mmm. ¿Sí? ¿Por qué? Es Seth.

—Nick.

—Ah, Dios mío, está bien. Entonces tú también deberías dejar tu puerta abierta porque es Cap y… bueno, no, no tiene mucho sentido porque estáis en el salón, pero la cuestión sigue siendo la misma.

—¿Ya te arrepientes de haber dicho eso? —le preguntó su padre a Cap.

—Ni un poco —contestó Cap con una sonrisa mientras bebía un sorbo de su cerveza.

—¡Espero que os divirtáis con ese aburrido deporte en el que pasa una eternidad hasta que ocurre algo interesante! —gritó Nick y subió furioso al primer piso.

—Usan pantalones ajustados —gritó su padre—. A mí me parece que están en tu equipo.

Nick se tropezó con un escalón.

—Ay, hijo de pe… ¡Acabamos de tener una discusión sobre que dejes de intentar ser gracioso!

—Yo te creé, ¿verdad?

—Lo que tú digas —refunfuñó Nick, frotándose la espinilla. Levantó la mirada hacia Seth—. ¿Vienes?

Seth estaba sonrojado, pero era de esperarse, su aire acondicionado estaba estropeado de

nuevo, así que Nick no lo cuestionó cuando lo miró.

—¿Tienes pensado terminar de subir la escalera en algún momento?

Nick frunció el ceño.

—No entiendo por qué la gente cree que no eres sarcástico. Es todo lo que escucho viniendo de ti. A veces es como si tuvieras dos personalidades.

—No tienes ni idea…

Nick abrió la puerta de su habitación y se desplomó dramáticamente sobre la cama para darle tiempo a su espinilla para curarse. No creía que estuviera rota, pero estaba seguro de que había estado cerca. Debía descansar si quería seguir adelante con esto de convertirse en un Extraordinario. Tenía que estar en plena forma para conseguirlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Seth con los ojos muy abiertos.

—¿El qué? —Nick miró hacia donde señalaba—. Ah, es mi tablero de ideas. Leí en *Cosmopolitan* que puede ayudar para aclarar las ideas.

—¿Por qué lees la *Cosmopolitan*?

—No tengo ni idea. En un momento estaba leyendo algo sobre las minas de diamantes en Latinoamérica y, al rato, estaba en *Cosmopolitan* siguiendo instrucciones paso a paso para hacer un tablero de ideas.

—No creo que ni tú sepas cómo llegas a esos sitios.

Nick se encogió de hombros.

—La historia de mi vida. Suenas como si me estuvieras juzgando. Y *Cosmopolitan* dice que la gente que juzgue mi tablero de ideas no me apoyará a largo plazo. También hice un test en Buzzfeed y, aparentemente, mi sándwich ideal tiene manchego y debería ser piloto de avión. Ni siquiera sé lo que es el manchego y no sé si lo quiero en mi sándwich. Y los aviones tienen demasiados botones que tendría que pulsar.

—Es un queso español que se hace con leche de oveja —le explicó Seth mientras miraba el tablero de ideas de Nick.

Nick frunció el ceño.

—No sé si quiero comer queso de oveja. Y creo que deberíamos abrir el debate sobre los lácteos en general. ¿Quién fue el primero que decidió apretarle esas cosas que les cuelgan a los animales y beber lo que salía de ahí? Porque seguro que fue un hombre. Una mujer jamás habría sido tan estúpida. ¿Crees que perdió una apuesta con sus amigos cavernícolas? Primero empezaron con los animales de corral y luego con un diente de sable…

—Nick.

—Cierto —dijo Nick, aliviado—. No sé cuánto tiempo más hubiera seguido con eso. —Se levantó de la cama y apoyó el peso sobre su pierna gravemente herida. Apenas sentía una leve molestia. Tal vez su poder fuera la supersanación—. Es bastante asombroso, ¿verdad? Si

Cosmopolitan ha demostrado algo, es que tengo las mejores ideas para poner en un tablero de ideas.

Y era verdad. Nick sabía que su tablero de ideas era una pasada. Era un panel de corcho que solía tener imágenes y artículos de Shadow Star, pero ahora los tenía escondidos en su armario y no los sacaba cuando estaba solo para suspirar enamorado.

(Y sí, era el mismo panel. Solo que le había quitado todas las cosas de Shadow Star y las había guardado en una caja de zapatos de la estantería, junto al autógrafo).

Ahora, en cambio, tenía una hoja en la parte superior del tablero con letras excesivamente adornadas que decía: OPERACIÓN CONVERTIR A NICK EN UN EXTRAORDINARIO Y VIVIR FELICES PARA SIEMPRE CON SHADOW STAR EN UNA VILLA DE LA COSTA ITALIANA DONDE SE DARÁN DE COMER UVAS CON LA BOCA. El tamaño de la letra era bastante pequeño porque eran muchas palabras.

En la parte inferior había fotos de los superhéroes más grandiosos de todos los tiempos: Spiderman, Superman, Batman, Lobezno, Hulk, Wonder Woman, Shadow Star, Mariposa Mental, Capitán América, Midnighter, Batwoman, Flash, Rorschach, Northstar, Krypto, aunque este último fuera un perro. Para ese entonces, Nick ya estaba imprimiendo cualquier cosa solo porque podía.

—¿Qué tienen en común todos ellos? —preguntó Nick y Seth sacudió una mano hacia el tablero.

—Aparte de Shadow Star, ¿son todos ficticios?

—¿Qué? No, eso no… Bueno, sí, es verdad, pero eso no es… agh. ¿Por qué tienes que ser tan literal todo el tiempo?

—Te estoy diciendo literalmente lo que veo.

Nick puso los ojos en blanco.

—Eso es porque no tienes imaginación. Tienes suerte de tenerme a mí.

—Lo sé —dijo Seth con tanta sinceridad que las manos de Nick empezaron a sudar un poco —. Pero quizá podrías explicarme por qué.

—Porque puedo ver cosas que otros no pueden. Algo así como el panorama completo. —Miró a su creación—. Pero no son solo personajes ficticios, ¿ves? —Se acercó al tablero y señaló varias imágenes—. Lady Primate, el Patriota Americano, aunque era un capullo. El Rinoceronte Blanco, porque ese tipo podía destruir cualquier cosa que embistiera. Guardián, porque era una figura misteriosa y molaba. Galavanter, aunque se parecía bastante a un payaso de cumpleaños que podía lanzar helio de sus pulmones, pero ¿quién soy yo para juzgar? —Frunció el ceño—. Bueno, puede que me haya pasado un poco con eso. Pero ya sabes que mi cerebro funciona así. Puede volverse un poco loco a veces.

Seth frunció el ceño.

—No me gusta que digas eso. No estás loco. Estás bien como estás.

Su madre decía lo mismo. Y ahora que ella ya no estaba, era Seth quien lo entendía más que nadie en el mundo, quien podía ver a través del tornado de palabras que era Nick Bell, incluso cuando eran pequeños. Sí, los otros niños trataban mal a Nick por despistarse tan fácilmente, pero Seth tenía sobrepeso y recibió lo mismo o algo peor. Nick era demasiado joven entonces como para entender el concepto de la crueldad, pero sabía que la gente podía ser mala, incluso aunque no pudieran explicar por qué eran así.

Las cosas empezaron a ser más sencillas cuando apareció Gibby. Y los otros niños también crecieron; lo que alguna vez había sido acoso se transformó en indiferencia, y Nick y sus amigos, básicamente, se desvanecieron en la nada. Todavía les molestaban de vez en cuando, pero si Nick se salía con la suya, nunca más tendrían que preocuparse por nada de eso. Nadie se metería con ellos si él era un Extraordinario.

—Tal vez ese es mi superpoder —dijo Nick, intentando disipar la expresión molesta de la cara de Seth—. Puede que, como mi cerebro está configurado de forma diferente, desarrolle una percepción extrasensorial o la capacidad de hacer explotar cosas con la mente. Probablemente ya esté en una nueva etapa de la evolución humana, lo que significa que soy mejor que el resto.

La expresión de Seth se desvaneció, aunque no tanto como Nick hubiera querido.

—Eres mejor que todos los demás.

Las manos de Nick estaban algo sudorosas. Se las limpió en los vaqueros.

—Me alegra que pienses eso. Nuestra amistad es mucho más fácil cuando reconoces lo increíble que soy.

Nick estaba un poco orgulloso por la velocidad con la que la situación se había vuelto incómoda. No recordaba que hubiera pasado así de rápido antes.

Tosió y señaló el tablero.

—Entonces, ¡ideas!

Seth miró de nuevo la creación de Nick.

—No añadiste a Pyro Storm.

—Es un villano. No quiero convertirme en villano. No sé reír como un maníaco ni hacer cosas malvadas. Soy demasiado puro. La única razón por la que añadí a alguien como el Patriota Americano es para recordar cómo no debo ser.

—Pero siempre hablas de lo musculoso que es Pyro Storm.

Nick estaba escandalizado.

—Claro que no.

—Mmm, ¿olvidas que yo corrijo tus textos? ¡Hablas de sus muslos todo el tiempo!

—Eso es porque su traje acentúa sus atributos —dijo Nick, acercándose a Seth hasta colocarse frente al tablero—. Pero puedes tener buen aspecto y seguir siendo un gilipollas. Ambas cosas no se excluyen mutuamente.

—Como Owen.

—Exacto.

—Pero tú todavía…

Nick le tapó la boca con la mano.

—No deberíamos hablar de eso a menos que no nos quede otra opción. Considéralo un error de juicio que nunca volverá a ocurrir. —Su amigo levantó una ceja y, como Nick entendía muy bien el lenguaje de cejas de Seth, añadió—: Hablo en serio. Nunca más. No me importa lo bien que le queden esos vaqueros rojos que tiene. Es cosa del pasado.

Seth apartó la mano de Nick.

—Esos pantalones no le quedan tan bien.

—Claro que sí, intenta decir eso cuando lo estés mirando por detrás… ¿Por qué estamos hablando de esto?

Seth frunció el ceño.

—Porque coquetea contigo todo el tiempo, y a veces lo miras como si no supieras si quieres pegarle o besarlo.

—Repito, ambas cosas no son mutuamente excluyentes. Además, él rompió conmigo, ¿recuerdas? Y, para empezar, nunca fuimos novios. Solo éramos… no sé. Compañeros de besos o algo así. —Hizo una mueca de incomodidad—. Vaya. Eso me hizo quedar como un chico fácil.

—Lo sé, todos estábamos allí para presenciarlo.

Nick empujó a Seth.

—No seas raro. Solo porque tú aún no hayas besado a nadie…

—¿Qué te hace pensar que no lo he hecho?

—… no significa que puedas… decir… Espera, ¿qué?

—¿Qué te hace pensar que no he besado a nadie? —repitió Seth.

El informe, doctor. Hora de la muerte: 13:37. ¿Causa? Seth Gray. Un extraño y retorcido nudo empezó a formarse en el pecho de Nick y sus manos se pusieron aún más sudorosas. Racionalmente, Nick sabía que era probable que Seth quisiera besar a alguien. Y si realmente pensaba en eso, por supuesto que habría gente que quisiera besar a Seth. Era divertido, inteligente y, cuando sonreía, era como un rayo de sol. Podía recitar el número pi hasta el decimal 126, tenía un bonsái que logró mantener con vida durante siete años, una vez subió por una escalera de emergencia para rescatar a un gatito atrapado cerca del parque y, cuando Nick estuvo enfermo de gripe hacía algunos años, Seth le había llevado los deberes a su casa, sus medicamentos y los últimos volúmenes de una serie de Marvel que supuestamente cambiaría al mundo, pero que lo único que hizo fue convertir al Capitán América en un agente de Hydra, lo que empeoró la gripe de Nick hasta el punto de convencerlo de que iba a morir.

Si a eso le añadimos que Seth llevaba pajarita y pañuelos en el cuello, sí, alguien querría

besarlo.

De hecho, ¿quién no querría?

Vaya mierda. ¿Qué demonios se suponía que debía decir ahora? Dijo lo primero que se le cruzó por la cabeza.

—Ah. Eso está… bien.

Seth se encogió de hombros como si no acabara de soltarle una bomba.

—Supongo.

—Demasiado… bien.

Seth entrecerró los ojos.

—¿Te encuentras bien?

Nick asintió vigorosamente.

—Sí. Genial. Maravilloso.

—Bien. Entonces, ¿tablero de ideas?

«Concéntrate. Concéntrate. No pienses en Seth y sus…»

—Mmm, sí, cierto. Bueno, tablero de ideas. Yo solo… hablaré de esto. Porque es lo que hay que hacer. Ahora mismo. Contigo. Y yo… Vale, no puedo hacer esto. ¿A quién has besado?

Seth le dio una palmada en el brazo.

—Yo no beso y luego lo cuento.

—¿Qué?

—No importa.

Entonces, una idea horrible se le ocurrió a Nick.

—¿Tienes una novia y/o novio secreto?

—No, Nicky. No tengo una novia y/o novio secreto. Ya te lo he dicho.

Nick se acercó más y miró a su amigo. Se inclinó hacia delante hasta que sus caras estuvieron a solo unos centímetros de distancia. El aliento de Seth olía a pasta de dientes. El de Nick probablemente a pepperoni, lo que, en retrospectiva, no era el mejor aroma para tirarle a alguien en la cara, pero no había tiempo para preocuparse por eso.

Seth no se apartó. Abrió los ojos un poco. Se relamió los labios. Tenía unos labios bonitos. Realmente bonitos. Nick no sabía por qué no se había dado cuenta antes.

Nick susurró:

—Entonces, ¿a quién…?

—Tu padre me dijo que dejara la puerta abierta —dijo Gibby por detrás de ellos—. Me hizo gracia, pero ahora veo por qué.

Nick gritó sobresaltado y casi se cae al suelo.

—No sabía que su voz podía ser tan aguda —dijo Jazz, asomándose por encima del hombro de Gibby—. Podría ser toda una diva. O ganarse la vida como imitador de gatos estrangulados.

—No creo que eso exista.

—Todo existe si lo deseas —añadió Jazz, apartando a su novia y entrando en la habitación—. Mi abuela me dijo eso. Y ella se casó y consiguió una fortuna de diecinueve millones de dólares, sobrevivió a su marido, que la engañaba con su instructor de bádminton llamado Edward, y luego convirtió ese dinero en treinta millones.

Gibby suspiró.

—Nunca entenderé esa cantidad de dinero.

—Ella tampoco —dijo Jazz—. Por eso donó la mitad para salvar a los gorilas. Le encantan los gorilas.

—Hablando de gorilas —dijo Gibby, mirando a Seth y Nick con cierta picardía—. ¿Habéis visto *El Planeta de los Simios*? Seguro que debieron de comer muchos plátanos…

Nick abrió los ojos, confundido.

—¿De qué estás hablando? Esa película es horrible. Nunca vi la original, pero vi la nueva, con todos esos efectos especiales, y ni siquiera eso pudo hacer que me interesara.

—¿Seth? —preguntó Gibby con dulzura. Bueno, dulcemente para ella, lo que significaba que no era tan dulce.

—Cállate. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Ajá.

Nick no entendía qué estaba haciendo Gibby, pero era una distracción y no podía permitirlo.

—¿Me trajiste lo que te pedí?

Jazz se sentó en el borde de la cama y apoyó su caro bolso sobre su regazo.

—Bueno, aquí tienes. Lo encontré en el cobertizo del patio trasero donde los jardineros guardan las herramientas. Me ensucié la frente con tierra. Fue fantástico. Me sentía en *Indiana Jones y el templo maldito*. Al fondo vi una telaraña gigante, o sea, la más grande que había visto en toda mi vida. —Mientras la escuchaba, Nick se estremeció al pensarlo—. Ah, ahora entiendo por qué no podías hacerlo tú. No sabía que les tenías miedo a las arañas.

—No les tengo miedo —se defendió Nick—. Es solo que prefiero que no existan cerca de mí en ningún momento de mi vida.

—Las arañas son buenas para el ecosistema —explicó, y Nick se preguntó por qué alguien pensaría que Jazz no era inteligente—. Se comen a todos los insectos malos. —Metió una mano en su bolso.

—Mmm, esta vez estoy con Nick —añadió Gibby, dando un paso atrás—. No quiero esa cosa cerca de mí.

—¿Por qué le pediste que te trajera una araña? —preguntó Seth.

—Porque la necesito —contestó Nick—. Es para la fase uno de la OPERACIÓN CONVERTIR A NICK EN UN EXTRAORDINARIO Y…

—Realmente tienes que buscar un nombre mejor —murmuró Gibby, mirando detenidamente el tablero de ideas—. Vaya, vaya. Una foto de Shadow Star, delante y en el centro. Interesante. ¿No te parece interesante, Seth? ¿Shadow Star en el centro?

Seth la fulminó con la mirada.

—No tengo ninguna opinión al respecto.

Gibby soltó una carcajada.

—¿Estás seguro? Porque si yo fuera tú…

Jazz sacó un recipiente de plástico con el espécimen.

—Vale, basta, sois muy maleducados. Habéis interrumpido mi historia y no me habéis dejado terminar. Eso no está bien. Había una telaraña gigante, pero…

—¡Mío! —exclamó Nick, quitándole el recipiente de las manos a Jazz. La cosa que se movía frenéticamente sobre una de las paredes internas del recipiente definitivamente no era una araña. Nick casi grita horrorizado y lo arroja al otro lado de la habitación, pero, por alguna razón, logró reunir la valentía necesaria y resistió. En lugar de eso, la dejó sobre el escritorio junto a su tablero de ideas y retrocedió lentamente.

—¿Qué es eso? —preguntó con una voz que definitivamente no sonó chillona, por mucho que algunos dijeran lo contrario.

—Si me dejáis terminar, quizá lo podáis entender —insistió Jazz, con la boca torcida hacia abajo—. Como iba diciendo, no encontré una araña, pero encontré otra cosa. Estaba atrapado en la telaraña y se sacudía sin parar. Me sentí muy mal, así que lo rescaté, igual que Indy cuando se salvó a sí mismo de que le arrancaran el corazón del pecho. —Frunció el ceño—. ¿Podéis creer que esa película solo tenía clasificación PG?

—Eso es porque en esa época no había otras clasificaciones más allá de la R —explicó Seth —. Esa película fue en parte la razón por la que añadieron…

—¿Qué es eso? —repitió Nick, empujando a Gibby hacia el recipiente—. Creo que me acaba de bufar.

Gibby lo fulminó con la mirada antes de dar un paso hacia el escritorio.

—Es… es un… Es un…

—Grillo —completó Jazz—. Obviamente. ¿Qué piensas hacer con él? —Había sacado un pequeño espejo en el que se estaba mirando los labios. Nick la miró fijamente.

—Me has traído un grillo.

Cerró el espejito.

—Y mi vida corrió mucho peligro. No pareces muy agradecido.

Nick recordó cómo le había doblado los dedos al deportista durante la comida.

—No, no. Lo estoy. Es solo que… no sé si funcionará con un grillo. Ni siquiera sé qué hacen los grillos.

—Ni siquiera sabemos qué es lo que intentas hacer tú —añadió Seth.

¡Ah! ¡Hora de brillar!

—A Spiderman lo picó una araña radioactiva, ¿verdad? —anunció emocionado. Estaba impaciente por recibir los elogios que le iban a dedicar—. Y como demuestran las cuatrocientas versiones de la película, estaba en Oscorp cuando se apartó del grupo y una araña que era parte de un experimento no autorizado le picó en la mano. Lo cual, si lo pensáis bien, expone potencialmente a la multimillonaria compañía a una demanda, además de convertir a Peter Parker en un superhéroe, pero ya estoy divagando. Además, me siento mal por Andrew Garfield. Fue un buen Spiderman atrapado en dos películas horribles. Claro, el nuevo está bien, pero pobre Andrew.

—Esto no me va a gustar, ¿verdad? —murmuró Seth.

—No, porque te va a encantar. Ahora bien, no tengo acceso a isótopos radioactivos. Ni siquiera sé cómo conseguirlos. Intenté buscarlos por internet, pero aparentemente uno no los puede comprar con facilidad. Debo mencionar que seguramente la CIA o la NSA me hayan marcado por esa búsqueda, pero me preocuparé por eso más tarde.

—No puedo esperar —dijo Gibby con indiferencia—. La idea de que tú tengas algo radioactivo entre tus manos debería ser razón suficiente para su acceso limitado.

Nick la ignoró.

—Entonces, pensé, ¿qué puedo hacer para conseguir una araña radioactiva? Y lo descubrí. —Hizo una pausa para sumar dramatismo a la situación—. La meteré en el microondas.

Esperó un aplauso atronador.

Pero solo hubo un silencio atronador.

Puede que no lo hubieran entendido.

—A la araña. La meteré en el microondas. Por la ciencia.

—¿Qué? —preguntó Gibby sin expresión alguna.

—Los microondas utilizan radiación de radiofrecuencia —explicó Nick con paciencia—. Es un tipo de radiación electromagnética. Pero no deja de ser radiación, ¿verdad? Así que cuando la araña quede expuesta a la radiación, se volverá radioactiva, me picará y me convertiré en una versión barata de Spiderman. Y prometo de antemano que no haré ese baile emo ridículo de Tobey McGuire. Ni siquiera sé bailar, así que por ahí vamos bien.

Más silencio.

Sabía que era complejo. A la gente le costaba entender cómo funcionaba su cerebro. A veces, estaba en un nivel completamente diferente, aunque intentaba no pensar demasiado así porque eso le hacía parecer un capullo engreído y en realidad no lo era.

Así que les dio tiempo para procesar la información porque era un buen amigo.

Jazz fue la primera en hablar.

—Está bien. Lo entiendo. Pero hay un problema. No es una araña. Es un grillo.

Nick intentó no fulminarla con la mirada.

—¿Y de quién es la culpa?

Jazz se encogió de hombros.

—Tal vez la próxima vez puedes intentar ser más agradecido cuando alguien te dé algo.

—Gracias por no traerme lo que te pedí.

—De nada. Así que no serás Spiderman. Serás Grilloman. Y tu superpoder será frotar tus piernas y emitir un sonido insoportable por las noches cuando todo el mundo está durmiendo para recordarles que existes y que eres muy molesto.

—Sí —suspiró Gibby—. Sí a eso. Sí a todo. Ah, Dios mío, sí. Es una idea tan estúpida. La gente blanca es tan rara.

Nick cerró los ojos y respiró profundamente. Una parte del artículo que había leído sobre los tableros de ideas decía que era posible que la gente no entendiera el concepto al principio y que debía tener paciencia. Las grandes ideas a menudo eran producto de la frustración, un estado emocional que conocía bien. Cuando se hubo calmado con un ejercicio de respiración que también había leído en *Cosmopolitan* (además de descubrir otras dieciséis formas de complacer a un hombre, que implicaban cosas que no estaba preparado para leer), abrió los ojos.

—Agradezco tu apoyo —dijo con tranquilidad—. ¿Alguien más sabe para qué sirven los grillos?

—Comen plantas y, a veces, carne —respondió Gibby, aunque sonaba como si estuviera conteniendo la risa—. Y su canto sirve para espantar a otros machos y seducir a su próxima pareja. —Esbozó una sonrisa engreída y miró a Seth—. Me pregunto qué pasaría si Nick empezara a hacer ese sonido con las piernas.

—Esta es la conversación más estúpida que hemos tenido —musitó Seth.

—Pueden saltar muy alto —añadió Nick, intentando encontrar una manera de salvar esta debacle—. Entonces, mi superpoder sería saltar sobre las cosas. —No era lo ideal, pero podía adaptarse a eso. ¿Subirse a un rascacielos de un solo salto? Completamente original.

—Y tu canto podría ser una onda supersónica que derribe a la gente contra las paredes —añadió Jazz, con los ojos muy abiertos—. Y cuando aterrizas desde muy alto, podrías tumbarte sobre los malos y frotar tus piernas contra sus cuerpos.

Gibby estalló en carcajadas, sujetándose el estómago.

—Está bien —dijo Nick, intentando ignorar su incomodidad—. No está tan mal, en general. Sigamos. Entonces, sería Grilloman y, como tendría una relación con Shadow Star, necesitamos discutir cuál sería nuestro nombre de pareja. —Esa era la parte que más le importaba.

—Grilladow —resopló Gibby, riendo más fuerte.

—Grillo Star —decidió Nick, porque Gibby era lo peor—. Está… bien. Quiero decir, seguro

que podría ser mejor, pero es lo que hay. Suena a… Gibby, te juro que, si no dejas de reírte, probablemente no te haga nada, ¡pero podría!

Gibby continuó riendo, porque todo el mundo sabía que las amenazas de Nick no significaban nada, no importaba cuánto enseñara sus dientes.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Seth—. ¿Quieres coger este grillo, meterlo en el microondas, bombardearlo con radiación y luego hacer que te muerda?

—Sí —dijo Nick, orgulloso de tener un mejor amigo como Seth que lo entendía—. Eso es exactamente lo que quiero hacer. Gracias, Seth, por ser como eres. Es realmente…

Seth suspiró.

—Nicky, no sé por qué tengo que explicarte todas las cosas que están equivocadas en tu plan.

Nick frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Primero, los grillos no muerden a la gente.

—Te equivocas —dijo Jazz, mirando su teléfono—. Según este sitio de internet llamado Losgrillosmolan.com que habla sobre los grillos, dicen que es raro que pase, pero pueden hacerlo. —Frunció la nariz—. Y aparentemente contagian un gran número de enfermedades. ¡Pero no pasa nada! Ninguna es mortal para los humanos. En todo caso, puede que eso forme parte de tus superpoderes. Además de tus piernas supersónicas, podrás enfermar levemente a las personas.

Gibby estaba acostada en la cama, llorando de la risa mientras se mecía de atrás hacia delante.

—Segundo —añadió Seth con los dientes apretados—, si metes un insecto en el microondas, morirá.

—No si lo dejo solo unos cinco segundos —contestó Nick—. Creo.

—Tercero, ¿acaso torturar animales no es la primera señal antes de convertirse en un asesino en serie?

Y eso sí hizo que Nick se detuviera.

—Ah, es verdad. No lo había pensado de esa manera. Pero es un bicho que me da miedo, así que es inherentemente malvado. No creo que los grillos se puedan clasificar como animales. No tienen alma ni emociones. Siempre oímos hablar de los fantasmas de perros o tigres, pero nadie habla de los fantasmas de los insectos, ¿verdad? Además, para convertirse en un asesino en serie, creo que tienes que mojar la cama con una frecuencia alarmante y haber tenido una lesión en la cabeza en algún momento de tu vida.

—Mojaste la cama en mi casa cuando teníamos siete años e intentaste decirme que te habías levantado a buscar zumo en medio de la noche y se te derramó por accidente sobre el colchón.

Al escuchar eso, Gibby estalló en carcajadas de nuevo mientras Nick miraba a Seth horrorizado.

—¡Monstruo! ¡Era zumo!

—Zumo con olor a pis —replicó Seth.

—¿Por qué no me dijiste que no me creías? —exigió Nick—. Todos estos años creí que me había salido con la mía. ¿Qué otros secretos me ocultas? —Señaló a Seth con un dedo tembloroso—. ¿Acaso esto tiene que ver con tu novia y/o novio secreto? Es como si ya no te conociera.

Eso hizo que Gibby dejara de reír. Se levantó justo al mismo tiempo que Jazz se quedó boquiabierta.

—¿Tu qué secreto?

Seth se cruzó de brazos.

—No tengo… No es eso. Yo no… agh.

—Estábamos hablando de nuestros besos —dijo Nick.

—¿En serio? —preguntó Jazz—. Ah, por fin. Cuéntamelo todo.

Nick parpadeó sorprendido.

—Espera, ¿qué? Le dije que había besado a Owen y luego él me dijo que había besado a alguien, pero no me quiere decir a quién.

—Ah —dijo Jazz, bajando los hombros—. Eso… no es de lo que pensaba que iba a tratar esto. Qué decepción.

—¿A quién besaste? —le preguntó Gibby a Seth—. Y otra pregunta: ¿qué otros secretos tienes que no nos quieres contar? Tal vez algo que has mantenido oculto en las…

—¿Nos disculpas un segundo? —preguntó Seth, y antes de que Nick pudiera detenerlo, agarró a Gibby del brazo y la sacó de la habitación.

—Qué raro —dijo Jazz en el silencio que siguió—. Me pregunto a qué viene eso.

—¿De verdad no sabes si Seth ha besado a alguien? —insistió Nick, mirando hacia la puerta vacía.

—¿Y qué importa si lo sé? Él puede hacer lo que quiera. ¿Por qué te importa tanto?

—Porque nos lo contamos todo.

Jazz levantó una mano frente a ella y comprobó su pintaúñas rojo.

—¿En serio? ¿Esa es la única razón?

Nick la miró confundido.

—¿Qué otra razón habría?

Jazz suspiró y dejó caer la mano.

—Doy gracias a mis estrellas de la suerte todos los días por no ser hombre. Tanta bravuconada para nada.

—Sí, podemos ser bastante estúpidos —coincidió Nick—, pero sigo sin tener ni idea de lo que estás hablando.

—Me costó mucho conseguir ese grillo.

Nick miró el tarro. El grillo saltaba de un lado a otro y Nick empezó a sentirse mal.

—Lo sé.

—Y ahora quieres meterlo en el microondas.

—Ese es el plan.

—No quiero que te conviertas en un asesino en serie, torturando animales y mojando la cama. Dentro de una década, me entrevistarán en un algún telediario y lloraré frente a la cámara y todo eso cuando tenga que decir que ninguno de nosotros lo vio venir. ¿Por qué me harías eso, Nicky? ¿Quieres verme con el maquillaje arruinado en la televisión nacional desde tu celda en una prisión de máxima seguridad?

Maldición. Sabía exactamente qué decir para hacerlo sentir culpable. No sabía por qué le sorprendía tanto, pero quizá ese era el asunto: Jasmine Kensington, puede que más que cualquier otra persona que conocía, podía llegar hasta lo más profundo del corazón de cualquiera con suma facilidad. No sabía qué esperar de ella cuando Gibby la llevó por primera vez a su mesa del comedor y anunció sin muchos rodeos que estaban saliendo, y que así sería de ahora en adelante. Él había caído en las garras de sus propias caracterizaciones infundadas, al principio, al creer que Jazz no era más que otra animadora cabeza hueca y atractiva. Se había equivocado con respecto a eso y se pateó a sí mismo por haberla juzgado tan rápido. Había llevado tiempo, claro, pero los cambios casi siempre eran así. Eran tres, y de pronto se convirtieron en cuatro, pero no fue hasta el verano pasado, cuando Seth estuvo ocupado casi todos los días y Gibby se había ido de la ciudad para hacer cosas de hippies, que Nick pasó tiempo a solas con ella y vio el verdadero esplendor de su amiga.

Fue un poco incómodo al principio, cuando le escribió para ver si quería hacer algo. Ella le respondió de inmediato «Sí, gracias, genial», y aunque Nick creía que ella tenía excelentes habilidades sociales, le preocupaba que no tuvieran nada de qué hablar que no girara en torno a Gibby o Seth. O peor, Owen.

Pero ella lo sorprendió, como siempre. No era la persona más inteligente del mundo, pero nunca se jactó de serlo. Ella era feliz… existiendo. Nick no lo entendía, no realmente, pero pensó que tal vez no tenía que hacerlo. Ella no esperaba que él fuera otra cosa que quien era, y Nick podía contar con los dedos de una mano la cantidad de personas que eran como ella.

Y sí, fue incómodo, al menos los primeros días. Le preocupaba decir algo estúpido que terminara arruinando su relación con Gibby y luego tuviera que enfrentarse a su ira, algo que le aterrorizaba hasta los huesos. No fue hasta que Jazz lo llamó un martes por la mañana a mediados de junio para avisarle que había comprado entradas para ir al cine a ver la última película de superhéroes con explosiones en cámara lenta y hombres y mujeres con trajes ajustados que Nick entendió que tal vez no eran tan distintos después de todo. Se habían pasado

las seis horas que duraba la película riéndose a carcajadas por lo ridícula que era en un cine vacío, tirándose palomitas y pringándose de caramelos de menta Junior derretidos, gritando a la pantalla cada vez que ocurría algo inverosímil para que la trama siguiera desarrollándose. Nick había ido al cine con alguien que consideraba una amiga y había salido con una mejor amiga por la que haría cualquier cosa. Si eso lo hacía más fácil, bueno. Le parecía que estaba bien.

(Lo que se demostró al siguiente día, cuando ella lo invitó a acompañarla para llevar a la peluquería canina al caniche Toy de su madre —Maria Von Trapp, un nombre horrible para una mascota, según Nick—. Al perro no le gustaba demasiado Nick. Lo dejó claro cuando le mordió la mano y se hizo pis en sus zapatos. Jazz lo compensó comprándole un helado. Nick entonces consideró que estaban en paz, en especial cuando ella no lo miró horrorizada cuando le echó sirope de chocolate a la montaña de gominolas ácidas, como la mayoría de la gente hacía).

—No —le murmuró Nick a Jazz, sobre todo porque no le gustaba ver llorar a alguien que quería, incluso si eso significaba que su plan estaba prácticamente arruinado. Le dolía mucho no encontrar una forma de arreglarlo—. ¿Y si te prometo que no mataré a nadie? Además, nunca me he dado un golpe en la cabeza…

—Traumatismo craneoencefálico —añadió Gibby cuando regresó a la habitación. La risa ya había abandonado su cara y Seth la seguía por detrás completamente perturbado—. Sexto curso. Te golpeaste la cabeza cuando estabas jugando al balón prisionero porque eras como una gacela bebé que no entendía cómo esquivar las pelotas.

Nick la miró con el ceño fruncido.

—Ese juego es tan arcaico. Es un instrumento de tortura que el colegio utiliza para reducir el rebaño. Además, no fue tan grave. Solo tuve que ir a ver al médico unas tres veces y tuve la visión borrosa durante una semana y… Ah, maldición.

Seth asintió con solemnidad.

—Y meter un grillo en el microondas completará la trifecta. Porque no importa lo que creas, será como torturarlo y morirá, Nicky. No puedes hacerle eso al grillo. Además, si nos descubren, piensa en las repercusiones. Supongamos que funciona. ¿Qué pasará cuando PETA se entere de tu historia de origen? Vendrán a buscarte, aunque sean unos monstruos hipócritas.

—Pero… —empezó a decir Nick débilmente—, hay culturas que se comen a los grillos. Puedes comerlos bañados en chocolate y todo eso.

—Sí, pero no los torturan. ¿Y si tienen alma? ¿Quieres cargar con eso en tu conciencia? ¿Y qué pasa si reaparece y te persigue desde el más allá? ¿De verdad quieres tener al fantasma de un grillo alrededor tuyo durante el resto de tu vida? Probablemente te cantará fuerte al oído hasta que te vuelvas loco. No quiero que mi mejor amigo se vuelva loco por culpa de un grillo fantasma.

Nick miró con desolación su tablero de ideas. *Cosmopolitan* no decía nada sobre qué hacer

cuando una de sus ideas podía convertirlo en un potencial asesino en serie y/o provocar que un grillo fantasma lo acechara durante el resto de su vida. Deberían incluir una advertencia.

Sabía que necesitaba ser más maduro. Cogió el tarro y se acercó a la única ventana de su habitación. La abrió y el sonido de la calle inundó su habitación. No sabía cómo la gente podía vivir en medio de la nada. Habría demasiado silencio. Ciudad Nova era como su mente, siempre en movimiento. En cierto modo, era reconfortante.

—Muy bien, amiguito —le dijo al grillo—. Hoy es tu día de suerte. Te han suspendido la ejecución. ¡Sé libre! —Destapó el tarro y sacudió la mano por la ventana.

Pero el grillo aterrizó sobre el alféizar, giró y saltó directamente hacia Nick. Y como era del tamaño de un coche a pequeña escala, Nick gritó y cayó hacia atrás. El bicho se posó sobre su brazo y él lo sacudió desesperado, intentando quitárselo antes de que pudiera atacarle.

Lo consiguió, pero le costó caro. El grillo se lanzó sobre Gibby, quien emitió un sonido como si le acabaran de dar un puñetazo en el estómago, mientras intentaba retroceder sobre la cama, hasta que se golpeó la cabeza contra la pared.

—No —se quejó—. Ah, Dios, no.

El grillo aterrizó sobre la almohada de Nick. Con un grito de guerra, Nick cogió un libro de su escritorio y se lo lanzó al insecto, pero golpeó a Seth en el brazo mientras intentaba coger al bicho él mismo.

—¡Ay! —gritó Seth—. ¿Por qué me has tirado un libro?

—¡No era para ti! ¡Te has interpuesto en mi camino!

—Sois unos inútiles —dijo Jazz, poniendo los ojos en blanco. Se puso de pie y alisó su falda. Se quitó uno de los zapatos, le dio la vuelta y lo estrelló contra la almohada de Nick.

Después se hizo el silencio.

Levantó el zapato.

Había una mancha negra viscosa sobre la almohada.

—Ya está —dijo Jazz, levantando la pierna y poniéndose el zapato de nuevo—. Ahora que ya hemos terminado con esto, he visto que había pizza abajo y creo que me he ganado un trozo. Si me disculpáis.

Su pelo se agitó detrás de ella cuando salió de la habitación.

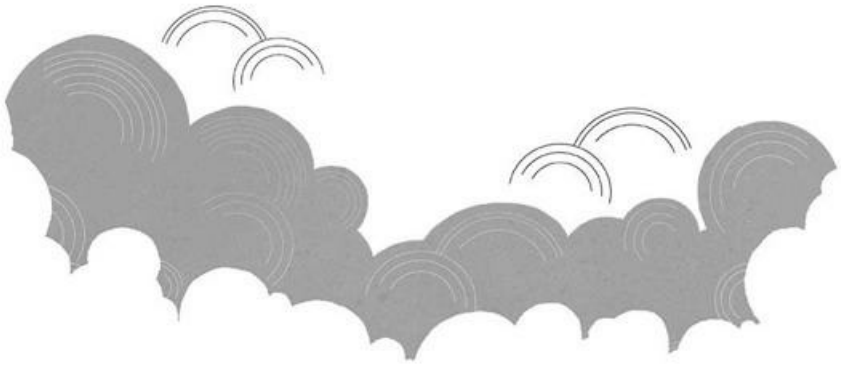
—Lo siento, Nick —dijo Gibby, mirando fijamente a su novia.

Nick suspiró.

—No pasa nada. Era solo un bicho…

—No, por eso no, por tener un orgasmo en tu cama.

—¡Agh! ¡Qué asco! ¡Levántate, levántate, levántate!



8

—¡Si me persigue un grillo fantasma, será por tu culpa! —le gritó Nick a Jazz mientras se iba andando con Gibby por la acera frente a su casa. Gibby le levantó el dedo del medio y Jazz lo saludó. Estas salvajes. Esperaba que llegaran bien.

Su padre y Cap estaban en la cocina, devorando las sobras de la pizza.

—No se lo cuentes a mi mujer —le advirtió Cap con la boca llena de pepperoni—. Te arrestaré y nunca más verás la luz del sol.

—Eso es intimidación policial —dijo Nick—. Tengo una cuenta de Tumblr con casi seiscientos seguidores. Se enterarán de esto, recuerda lo que te digo.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Cap a su padre.

—Idioma adolescente —contestó su padre—. Es algo parecido al tablón de anuncios de la comisaría.

—Ah —dijo Cap, mirando a Nick—. ¿Ahora eres un soplón?

—Eres un maldito…

—Nick.

—Tienes toda la razón —se corrigió—. Me desharé de la corrupción del Departamento de Policía de Ciudad Nova. Seré todo un héroe.

—Hablando de ser todo un héroe —dijo su padre—, hiciste mucho escándalo por un bicho.

—Jazz debería haber mantenido la boca cerrada —murmuró Nick—. Voy a volver a mi habitación para no tener que lidiar con dos ancianos raros.

—¡Deja la puerta abierta! —gritó su padre.

—¿Por qué sigues…? ¿Sabes qué? No tengo tiempo para tus tonterías. —No eran amigos que dejaban la puerta abierta. Seth obviamente se estaba besando con otras personas, para consternación de Nick. Mientras subía las escaleras, pensó en todas las veces que Seth había estado ocupado últimamente o que no le había cogido el teléfono cuando lo llamaba. Luego empezó a estar ocupado con el voluntariado o ayudando a sus tíos con algunas tareas de la casa, o preparándose para el siguiente curso del instituto como un empollón. Pero ¿y si…? ¿Y si él…?

¿Y si realmente tenía una novia y/o novio secreto? Eso no le sentó muy bien. ¿Por qué le ocultaría algo así?

Nick no había mentido cuando dijo que se lo contaban todo, quitando todo el asunto del zumo/pis. Habían sido mejores amigos desde siempre. De hecho, Nick apenas podía recordar un momento en el que Seth no fuera parte de su vida. En especial, cuando Antes se convirtió en

Después. Esos fueron días confusos, días en los que Nick no sabía cómo juntar las piezas rotas de su corazón para intentar recomponerlo. Días en los que su mente, en lugar de recorrer mil millones de tangentes diferentes, estaba extrañamente en blanco, como si le faltara todo lo que le hacía ser quien era. Estaba envuelto en una neblina, vagamente consciente de que debería estar enfadado, sin poder asimilar la rabia que sentía su padre.

Las semanas que siguieron a Después, la casa estuvo llena de policías y detectives, cuyas mujeres y maridos traían más comida de la que era humanamente posible comer. Nick no entendía por qué la gente les enviaba guisos para pasar el luto. Comer era lo último que quería. La gente intentaba persuadirlo de que lo hiciera, pero su padre les decía con voz ronca que lo dejaran en paz. Nick intentaba mostrarse agradecido, pero los ojos de su padre estaban vacíos, como si todo en su interior hubiera abandonado su cuerpo y hubiera dejado nada más que una cáscara de piel y huesos.

Gibby también había estado allí, dándole abrazos, besos y diciéndole que todo estaría bien. Ella olía bien y Nick se había aferrado a ella, aunque no era realmente lo que quería. No era realmente lo que necesitaba.

Seth era lo que necesitaba y había llegado tarde. Pero, un día, abrió la puerta y ahí estaba, con sus mejillas sonrojadas, el pecho agitado, los ojos muy abiertos, inspeccionando el salón, buscando a Nick. Finalmente, lo encontró. Nick emitió un sonido de dolor, ya que quería llegar a Seth lo antes posible, pero era incapaz de mover los brazos.

Sin embargo, Seth lo sabía.

De algún modo, lo llevó a su habitación y lo acostó en la cama. Él mismo se acurrucó a su lado y lo abrazó para protegerlo. Nick recordó pensar que, en ese instante, estaba a salvo. Estaba a salvo y, si bien Antes era ahora Después, Seth estaba allí con él.

Y entonces, lloró.

Seth le susurró al oído durante mucho tiempo, con su aliento sobre su cuello y le repitió una y otra vez que sentía mucho todo lo que había sucedido y que haría todo lo posible para asegurarse de que nunca más volviera a ocurrir. No sabía cómo, le aclaró, pero lo averiguaría.

Las cosas tardaron mucho tiempo en mejorar.

Nick seguía teniendo ese vacío en el pecho, esa sensación de que una parte de él se había ido para siempre y nunca más volvería. Nick era consciente de que, probablemente, siempre se sentiría así. Y tenía permitido que así fuera, tal y como le había dicho su psicóloga. Su padre le había obligado a ir y, aunque Nick creía que no le serviría para nada, accedió sin mucha queja porque su padre parecía tener esperanzas. Nick tenía permitido sentirse así, porque así era la naturaleza del dolor. Era muy joven y perder a su madre fue algo inesperado. Él trabajaría para superarlo y todo mejoraría. Con el tiempo.

Y así fue, para su sorpresa. Pensaba en ella todos los días, le hablaba a su foto de una forma

que, probablemente, no era muy sana, pero nadie podía quitarle eso. De todos modos, tampoco creía que ella de verdad lo estuviera escuchando. Tan solo lo hacía sentir mejor el decir cosas en voz alta que, de otra forma, no diría.

—Bueno —dijo Nick cuando entró a su habitación—. Fase dos de…

Y se detuvo.

Seth lo miró casi con culpabilidad.

Pero Nick no tenía tiempo para eso.

Seth se había levantado una manga de su jersey ancho casi hasta el bíceps. No solo no esperaba ver un brazo tan musculoso en el que se le marcaran las venas hasta el codo, sino que tampoco entendía los golpes que tenía en esa zona.

Algunos parecían viejos, como marcas verdes y otras amarillas.

Pero había otros que parecían nuevos, con la piel roja y morada.

Seth se bajó la manga de inmediato.

—Oye —dijo evitando su mirada—. ¿Gibby y Jazz se han ido sin problemas?

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —exigió Nick—. ¿Te he hecho eso con el libro? Mierda, Seth, se ve fatal…

—Está bien —respondió, sonriendo, aunque su sonrisa no parecía llegar a los ojos—. No pasa nada. Me di un golpe en el brazo hace un tiempo. No has sido tú.

—Te diste un golpe en el brazo —repitió Nick con ciertas dudas.

Seth asintió.

—Ah, sí, ya sabes cómo soy. Muy torpe. Me tropecé con mis propios pies y me estrellé contra la puerta de mi armario. No es para tanto. Apenas lo siento.

Bueno, Nick no era la persona más inteligente del mundo. Sus puntos fuertes estaban en sitios como tableros de ideas, escribir *fanfics* y cuidar a su padre porque nadie más lo haría. Pero era el hijo de un policía. Tenía un detector de mentiras integrado en su cerebro.

—Algunos parecen más recientes que otros.

La sonrisa de Seth se desvaneció un poco.

—Me tropecé con muchas cosas.

Nick asintió lentamente. No lo estaban… Es decir, él conocía a los tíos de Seth. Eran buenas personas, agradables, cariñosos y hablaban muy bien de Seth. No creía que fueran del tipo de personas que haría daño a alguien, mucho menos a Seth. O eso creía.

—Puedes contarme lo que quieras. Lo sabes, ¿verdad?

Seth apartó la mirada.

—Lo sé, Nicky. Te cuento todo lo que puedo.

—Eso.

—¿Qué?

—Lo que acabas de decir. Me cuentas todo lo que puedes. ¿Qué significa eso?

Seth suspiró.

—Mira, ahora mismo estoy resolviendo algunos problemas. No es nada malo. Te lo prometo. Una vez que sepa cómo organizarme, serás el primero en saberlo, ¿vale?

Esa respuesta no le gustó mucho a Nick.

—¿Alguien te está haciendo daño? —preguntó formando dos puños a cada lado de su cuerpo —. Porque te juro que, si alguien te está haciendo daño, será mejor que me digas quién es para poder romperle la cara en las próximas semanas. Y si es tu novia y/o novio secreto, no está bien. En absoluto. No tienes que…

Seth soltó una carcajada.

—Nadie me está maltratando. Y no tengo a nadie secreto.

Nick lo miró con suspicacia.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

—Pero está pasando algo.

—Siempre está pasando algo, Nick. No recuerdo haberte escuchado gritar nunca tanto como cuando el grillo te saltó a la cara.

—Cállate —murmuró Nick—. Me estaba atacando. Hice lo que tenía que hacer para defenderme.

—Por suerte apareció Jazz y lo aplastó sobre tu almohada.

Nick se quejó.

—Voy a tener que lavar la funda por su culpa. Odio lavar la ropa.

—Puedes hacerlo más tarde, ¿te parece bien? Me da la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde que pasamos tiempo juntos, solo nosotros dos. ¿Quieres leer un cómic y comportarte como un estúpido durante un rato?

Nick esbozó una sonrisa.

—Suena genial. Deberíamos releer la historia de Onslaught. Es una de mis favoritas.

Seth parecía bastante aliviado por razones que Nick no comprendía.

—Sí, claro, Nicky. Me parece bien.

No sería hasta mucho más tarde que Nick descubriría la sutileza con la que Seth lo había despistado.

***

—Hacía mucho tiempo que no venía Seth —comentó su padre más tarde esa noche cuando se quedaron solos. Cap había dicho que tenía que volver a casa con su mujer y Seth se había ido a cenar con sus tíos. Cuando se estaban despidiendo en el porche, pareció estar a punto de decirle

algo, pero luego sacudió la cabeza, sonrió y dijo que le escribiría más tarde. Nick lo observó mientras se marchaba por la acera hasta que desapareció a lo lejos—. ¿Todo bien?

—Sí —contestó Nick, caminando hacia el sofá donde estaba sentado su padre. Tenía sus pies con calcetines apoyados sobre la vieja mesita de café. Parecía relajado, algo que Nick creía que debía hacer más de vez en cuando—. O eso creo.

Su padre arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Nick pensó unos segundos antes de hablar.

—Es solo que… siento que me está ocultando algo. No sé. Creí que quizá estaba saliendo con alguien, pero dice que no.

Su padre resopló.

—Muchacho, te puedo asegurar que no está saliendo con nadie.

—¿Por qué?

—Creo que ya tiene todo lo que necesita. Solo que… está esperando el momento indicado, supongo. A que las cosas estén un poco más claras.

—¿Qué cosas?

—Sí, definitivamente está esperando, muy bien.

Nick frunció el ceño.

—¿Por qué todo el mundo está siempre hablando en código a mi alrededor?

—Yo tengo permitido hacerlo porque soy adulto y, además, tu padre. Es mi trabajo ser irritante y ambiguo.

—Bueno, lo estás haciendo muy bien.

—Gracias, muchacho.

Nick vaciló un segundo.

—Las cosas de padre también.

Sonrió.

—Tú tampoco lo haces tan mal. ¿Quieres ver una película tonta con explosiones a cámara lenta? Puedo preparar algunas palomitas, si quieres.

Nick tenía muchas ganas de subir a su habitación y empezar a planificar la fase dos de su plan para convertirse en un Extraordinario, pero se dijo que eso podía esperar. Había un espacio vacío en el sofá junto a su padre, y ver explosiones en cámara lenta sonaba bastante bien.

—Iré a ponerme unos pantalones cómodos y bajaré en cinco minutos, cuando tengas listas las palomitas. Pero que Dios te ayude si les añades mantequilla o sal. No te hará parecer más joven.

Su padre puso los ojos en blanco.

—Qué estricto.

—Alguien en esta casa tiene que serlo.

—Trato hecho. Vamos, mueve el culo, Nicky. Tenemos grandes planes.

Nick movió el culo.

Antes de salir de su habitación y volver abajo, se acercó al retrato de su madre y tocó su sonrisa.

—Estamos bien —dijo—. Hoy, estamos bien.

***

Y puede que esa noche, mientras estaba acostado en la cama, mirando al techo, Nick pensara en las venas del brazo de Seth.

Por suerte, nadie tenía por qué enterarse.

***

Los lunes por la mañana eran horribles.

Los lunes por la mañana, cuando su padre tenía que trabajar hasta tarde, eran aún peores.

¿Y los lunes por la mañana cuando su padre tenía que trabajar hasta tarde y Nick se quedaba dormido sin haber escuchado la alarma?

La peor manera de empezar la segunda semana de instituto.

—Maldita sea —se quejó, intentando calzarse mientras bajaba por la escalera. Hubo un momento en el que estaba seguro de que se caería de cabeza al suelo, pero consiguió agarrarse a la barandilla a tiempo.

Porque lo único que habría hecho que este lunes fuera más horrible sería caerse y romperse el cuello.

Su teléfono empezó a sonar mientras se colgaba la mochila sobre el hombro y salía por la puerta, cerrándola rápidamente tras de sí. Lo sacó y vio varios mensajes de Seth y Gibby, preguntándole dónde estaba. Se disculpó profusamente con una mujer que llevaba un cochecito de bebé cuando se chocó con ella, mientras les respondía que no lo esperaran. Estaba seguro de que llegaría tarde y no quería que ellos también corrieran el riesgo de meterse en problemas. Si se daba prisa, no sería tan malo, pero no había manera de que llegara antes de la última campanada. También había recibido una alerta con un titular con novedades sobre la pelea entre Pyro Storm y Shadow Star de la madrugada del sábado, pero no tenía tiempo para leerla, por mucho que quisiera hacerlo. Guardó el enlace para más tarde.

Por primera vez, los trenes pasaron a tiempo, lo cual ayudaba mucho, aunque, para cuando llegó a la calle Franklin, ya llegaba quince minutos tarde. Pensó en saltarse la primera hora por completo, pero eso significaría que el instituto llamaría a su casa y no podía arriesgarse a que lo hicieran. Además, su padre había aprendido bastante rápido a desviar las llamadas del teléfono de casa hacia su móvil, y Nick no tenía manera de interceptar los mensajes de voz, en especial si

había silenciado el teléfono. Era una de esas cosas de las que habían hablado durante el verano, una que Nick había prometido aceptar.

Decidió hacer de tripas corazón y llegar tarde a clase. Quizá el profesor creería la excusa de que había habido un incendio en el tren o que alguien se había arrojado a las vías. Ocurría siempre, ¿verdad?

El instituto estaba a la vista. Podía hacerlo.

Y justo cuando estaba a punto de subir por la escalinata del frente, una limusina se detuvo frente al instituto. Era negra y elegante, y el parachoques delantero brillaba con su color cromado. Nick se preguntó quién demonios tenía tanta cantidad de dinero como para ir al instituto en limusina. A menos que los visitara alguien especial, como el alcalde o… alguien importante.

En cuanto la limusina se detuvo, se abrió una de las puertas traseras y Owen Burke salió del interior con una mirada atormentada y una expresión de ira. Su nombre murió en la lengua de Nick, ya que se había quedado sin palabras porque nunca había visto a Owen tan furioso.

—Detente ahí mismo —gritó otra voz desde el coche y, durante un momento, Nick pensó que Owen seguiría caminando.

No lo hizo.

Sujetó con más fuerza la correa de su mochila y frunció aún más el ceño.

Un hombre descendió de la limusina. Llevaba un traje impecable y muy caro hecho a medida y unos zapatos que, probablemente, costaban más que todo el guardarropa de Nick. Llevaba gafas de sol, aunque el día estaba bastante nublado. Tenía el cabello canoso y corto, bien peinado. Era una figura bastante imponente.

Nick solo había visto a Simon Burke en persona una vez en su vida. Fue una vez que había ido a la casa de los Burke (aunque llamarle *casa* era un término un poco inapropiado; Nick no creía que una vivienda con ocho baños y seis personas encargadas de la limpieza pudiera considerarse como una casa) casi al principio de El Gran Romance de Nick y Owen. Ni siquiera estaba seguro si debía quitarse las zapatillas cuando llegó. De todos modos, no había querido hacerlo, porque estaba bastante seguro de que tenía los calcetines llenos de agujeros.

Nick se había sentido bastante fuera de lugar sobre el suelo de mármol y viendo paredes decoradas con obras de arte que seguramente valían millones de dólares, aunque parecieran haber sido pintadas por un niño de dos años daltónico. La situación empeoró cuando un hombre trajeado cogió su mochila y su abrigo sin decirle nada y los colgó dentro de un armario que parecía más grande que el ático de su casa.

Era evidente que Owen no esperaba que su padre estuviera allí, y cuando apareció en el vestíbulo, con el teléfono pegado a la oreja y una expresión de rabia en su rostro, apenas dedicó una mirada a su hijo. Nick había deseado que se lo tragara el suelo, pero como todavía no había

descubierto cómo hacerlo, se quedó tan quieto como pudo. Lo que, en realidad, significaba golpear sus dedos contra sus piernas y mecerse sobre sus talones.

Parecía que iban a ignorarse mutuamente hasta que Simon Burke se volvió hacia su hijo y le dijo:

—Volveré tarde hoy. Tu madre tiene un evento de caridad… o algo de eso. Te quedarás solo. Sophie está en la cocina. Ella te… —Y entonces vio a Nick.

Nick era consciente de que no causaba las mejores primeras impresiones. Siempre parecía muy incómodo, nervioso y no ayudaba el hecho de que intentara sonreír cuando, claramente, era evidente que estaba estresado y a punto de ponerse enfermo. No había nada que pudiera hacer al respecto, por mucho que lo intentara. Así que, cuando el señor Burke se volvió hacia su hijo y le preguntó:

—¿Quién es tu amiguito?

—¿Cómo le va, su señoría? —respondió Nick.

Owen suspiró y el señor Burke se volvió lentamente hacia Nick.

—¿Disculpa?

Nick hizo una mueca de dolor.

—Lo siento, no sé cómo llamarlo. Nunca he estado en una casa tan grande y me preocupa romper algo. No es que piense hacerlo. Sus invaluables reliquias están a salvo conmigo.

—Claro —contestó el señor Burke y, a juzgar por la expresión en su cara, parecía como si estuviera hablando con un perezoso problemático—. Procura no hacerlo. No me gustaría tener que demandar a tus padres. Estoy seguro de que no les gustaría perder todos esos ahorros insignificantes que tienen para mandarte a la universidad por culpa de algo tan… evitable.

—Claro —contestó Nick enseguida—. De acuerdo.

—Puedes irte tranquilo —dijo Owen, algo irritado—. No vamos a hacer nada.

—Sinceramente, lo dudo —respondió el señor Burke—. Por lo menos, es un chico esta vez. No tendré que preocuparme por complicaciones… no deseadas. —Y con eso, se volvió hacia la puerta, gritándole al teléfono.

—¿Complicaciones? —preguntó Nick una vez que cerró la puerta.

—No importa. Vamos a mi habitación.

Y esa fue la única interacción que tuvo con Simon Burke, dueño de las Torres Burke y las Farmacéuticas Burke y lo-que-sea-Burke.

No fue muy agradable, aunque definitivamente podía ver de dónde había sacado Owen su… Owenidad. Los dos eran indiferentes y fríos, y un poco aterradores. También bastante atractivos, aunque Nick nunca confesaría eso en voz alta. Se preguntaba si las erecciones de miedo lo acompañarían el resto de su vida. Esperaba que no.

Pero ver a Simon Burke de nuevo delante de su instituto, regañando a su hijo, no contribuía a

que mejorara la opinión que tenía de él. Pensó en entrar y tratar de llegar a su asiento antes de meterse en más problemas, pero eso significaría pasar por delante de Owen y su padre, y no quería que le prestaran atención.

Así que esperó.

Owen se volvió hacia su padre.

—¿Qué quieres?

—Lo que quiero es que dejes de comportarte así —respondió el señor Burke, furioso—. ¿Crees que todo esto es un juego? No sé de dónde sacaste que tienes el poder en casa, pero será mejor que cambies esa actitud ahora mismo. ¿Qué es esto de ir y venir a cualquier hora de la noche como si no fueras solo un niño…?

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Owen—. Además, ni siquiera estás ahí. ¿Qué te importa lo que haga?

Algo feroz cruzó la cara del señor Burke.

—Cuidado con lo que dices, Owen. Sería más fácil si te quito todo lo que tienes. Será mejor que recuerdes eso. En especial cuando puedo deshacerte con la misma facilidad. Todo lo que te he dado, quedará borrado en un segundo. ¿Y dónde terminarías entonces?

—No te atreverías —dijo Owen, su voz apenas más fuerte que un susurro—. Me necesitas.

El señor Burke se rio de un modo burlón.

—Ponme a prueba. Te aseguro que no te gustará lo que haga. Ya sabes cuál es tu sitio. No me hagas recordártelo. Tengo planes para Ciudad Nova y no dejaré que se estropeen. Es el principio de causalidad. Todo lo que haces me afecta. Piensa, Owen, antes de actuar. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua —respondió Owen con cierta amargura.

—Bien. —Miró al instituto detrás de Owen, con una mueca de desprecio—. No entiendo por qué insistes en venir a este sitio. Deberías ir al colegio privado de New Hampshire que haría más por alguien de tu posición.

—Me gusta este sitio.

El señor Burke asintió lentamente.

—Es bueno saberlo. Porque esto también puede desaparecer. No lo olvides.

Owen parecía como si fuera a continuar la discusión, pero, en su lugar, suspiró.

—¿Y mi medicación? La necesito.

—Ahora no —dijo el señor Burke—. Ya has tenido suficiente por el momento. Vete. Ya me has hecho llegar tarde.

Al terminar de decir eso, se subió de nuevo a la limusina y cerró la puerta con fuerza. Unos segundos más tarde, la limusina avanzó hacia el tráfico.

Owen la miró hasta que desapareció.

Nick esperó.

Y entonces Owen se volvió y lo miró directamente.

Maldita sea. Pensaba que había sido bastante discreto, sin ocultarse detrás de nada.

—¿Disfrutaste del espectáculo? —preguntó Owen, su tono de voz no sonaba tan duro como cuando le había hablado a su padre.

Nick balbuceó.

—Yo… no estaba… Vaya, ¿qué te ha pasado en la cara?

Tenía un moratón inmenso que iba desde su mandíbula hasta su oreja derecha. Owen levantó una mano y la presionó sobre el golpe. Siseó levemente y luego apartó la mano, dejando que su piel quedara algo blanca por la presión hasta que volvió a ponerse morado.

—Me han pegado un puñetazo.

—¿Quién te ha pegado?

Owen esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Cuidado, Nicky. Empiezas a sonar como si te importara y no podemos permitirnos eso, ¿lo recuerdas? Ya te rompí el corazón una vez. No creo que tengamos que volver a pasar por eso otra vez.

—No me rompiste el corazón. Apenas me importaba esa relación. Fue solo una aventura.

Owen se acercó y le dio unas palmadas suaves en la mejilla.

—Claro que lo fue. Ya sé que soy difícil de superar. No te preocupes por mí. Deberías ver cómo quedó el otro.

—¿Esto tiene algo que ver con la razón por la que no viniste a mi casa y no me ayudaste con mi plan?

Owen se encogió de hombros.

—Sí, eso y que tu plan sonaba fatal. Si quieres hacerlo bien, ven a hablar conmigo. Si no, puedes seguir haciendo lo que estás haciendo.

—Puedo hacerlo solo.

Owen lo estudió con una expresión extraña en la cara. Nick sintió ganas de removerse, incómodo.

—Apuesto que sí. Ya veremos, ¿verdad? ¿Tienes ganas de faltar a clase durante el resto del día? No sé si quiero estar aquí ahora mismo. ¿Qué te parece? Por los viejos tiempos.

Nick negó con la cabeza.

—No puedo. Ya llego tarde y le prometí a mi padre que…

—Está bien, está bien. Tu querido papi. Se supone que tienes que ser un niño bueno este año, ¿verdad? Bueno, no me corresponde a mí seguir corrompiendo a Nicholas Bell más de lo que ya lo he hecho. Vete, Nicky. Sé un buen chico. El tiempo no espera bla, bla, bla.

Nick empezó a caminar hacia la puerta del instituto, pero se detuvo, dubitativo.

—¿Qué vas a hacer tú?

Owen parecía sorprendido y su rostro se relajó levemente. Atrás había quedado la arrogancia que usaba como escudo. Este momento de vulnerabilidad era algo que Nick solo había visto un puñado de veces en el pasado, sobre todo cuando estaban solos, mientras sus manos acariciaban terrenos peligrosos y sus labios estaban hinchados y agrietados, y Nick podía haber jurado que Owen lo quería.

—¿Estás preocupado por mí, Nicky?

—Me preocupo por todos mis amigos.

—Sí, es verdad, ¿no? Estoy bien. Solo necesito estar solo, creo. Un poco de tiempo para mí mismo. —Levantó el brazo y lo llevó hacia la nuca de Nick. Luego su fachada regresó al mismo lugar que antes con un gesto arrogante en sus labios—. Entra, Nicky. Antes de que crea que estás esperando que te saque de este lugar.

Y al terminar de decir eso, Owen giró sobre sus talones y se marchó por la acera silbando.

Sin pensarlo, Nick lo llamó.

—¿Qué medicación te tenía que dar tu padre?

Owen no miró atrás.

Nick observó cómo desaparecía en Ciudad Nova.

***

Recibió un mensaje de su padre mientras se dirigía al comedor. Recibí un correo del instituto. ¿Has llegado tarde?

Nick soltó un quejido. Era obvio que lo habían delatado. Sí, no sonó la alarma, culpa mía, solo me perdí veinte minutos de la primera clase.

Un momento más tarde:

Ya hablamos de esto Nick.

Sí, fue un accidente, lo siento, no volverá a pasar.

Me aseguraré de que no. Te quiero.

Yo también.

Su padre estaba decepcionado. Nick podía notarlo incluso a través de esas breves palabras, y detestaba que así fuera. Está bien, sí, se había quedado despierto hasta muy tarde la noche anterior investigando cuáles debían ser los siguientes pasos en su periplo para convertirse en un Extraordinario, pero aun así. No iba a ser como el año pasado. Al final, su padre había intentado

echarle toda la culpa a Owen, ya que decía que era una mala influencia, pero Nick no se lo permitió. Él tomaba sus propias decisiones, por más malas que hubieran sido. Owen había sido una parte muy interesada en que así fuera, pero nunca lo había presionado a nada.

Su padre lo había llamado esa madrugada, disculpándose por haberlo despertado, para avisarle que llegaría tarde. Sonaba cansado. Incluso había sido un poco cortante cuando le dijo que se fuera a dormir antes de colgar. No le había explicado por qué llegaría tarde, si era porque tenía que hacer horas extras o porque había ocurrido algo que no podía esperar. La vida de un policía era impredecible, en particular en lo que respectaba a las horas de trabajo. Si ocurría algo justo antes de terminar su turno, tenía que quedarse hasta que lo relevaran.

No ayudaba que lo hubieran degradado. Nick sabía lo que eso significaba. Pasar de detective a oficial de policía significaba un recorte importante del salario, junto con el golpe al ego que eso conllevaba. Contaban con el dinero del seguro y un pago del Fondo de Víctimas de Ciudad Nova por lo que había ocurrido en el Después, pero su padre había apartado ese dinero para Nick, ya que decía que era para el futuro que se merecía.

Su padre trabajaba duro. Eso estaba más que claro.

Así que, por supuesto, Nick quería convertirse en un Extraordinario. Sí, significaría formar equipo con Shadow Star y, probablemente, enamorarse y tener una boda con temática de superhéroes y un pastel con cobertura amarilla. Pero también significaría que podría mantener a la ciudad más segura.

Lo que, a su vez, significaría que su padre estaría más seguro.

No tendría que preocuparse tanto y Cap vería lo buen policía que era y volvería a ascenderlo a detective, algo que su padre había deseado con toda su alma.

Además, sería una actitud extremadamente altruista por su parte, lo que significaba que Shadow Star vería lo poco egoísta que era y entonces lo invitaría a una cita antes de pasar el resto de sus vidas juntos.

Así que, cuando Nick se sentó en la mesa del comedor, sus amigos lo miraron y él anunció:

—La fase dos está en marcha. Repito. La fase dos está en marcha. —Y se sintió satisfecho. A veces, seguir caprichos puede salir muy bien. Nick lo creía con todo su corazón.

Jazz sonrió.

Gibby se encogió de hombros.

Seth suspiró.

Nick hizo una nota mental para enseñarles cómo debían reaccionar a sus buenas ideas. Después de todo, un Extraordinario solo era tan bueno como la gente que lo respaldaba. Y, como ellos eran su gente, tenían que dar lo mejor de sí mismos.

***

—¿Qué estoy buscando? —preguntó Seth el miércoles siguiente por la tarde. Estaban sentados en la biblioteca del instituto, con los deberes extendidos y olvidados delante de ellos, mientras esperaban a que Jazz terminara de entrenar con el equipo de animadoras. Gibby había rechazado su oferta de acompañarlos, porque prefería quedarse sentada en las gradas mirando a su novia. Nick estaba bastante seguro de que mirar en realidad significaba babear con lascivia, así que no la presionó.

—Meteoritos —contestó Nick, desplazándose por la página que tenía abierta en su portátil—. Tenemos que encontrar cuáles son las probabilidades de que un meteorito caiga cerca de Ciudad Nova. Me parece que debe ocurrir con bastante regularidad porque el espacio tiene muchas rocas y Ciudad Nova es muy grande.

—Tu lógica es indiscutible —dijo Seth—. No sé cómo alguien podría discutir tus hechos tan racionales.

—¿Verdad? Sin embargo, hay gente que lo intenta. Es extraño. Es como si no entendieran nada de lo que digo. Por suerte te tengo a ti. Tú me entiendes mejor que nadie. Eres el Susurrador de Nick.

Seth tosió con aspereza.

Nick levantó la mirada del portátil y miró a Seth, quien se estaba sonrojando con intensidad, mientras pasaba el pulgar sobre la pantalla de su móvil.

—¿Estás bien?

Seth asintió.

—Me tragué un bicho.

—Agh. Qué asco. Asegúrate de no besar a tu novia y/o novio secreto sin lavarte antes los dientes.

Seth le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cuándo vas a parar con eso?

—Todavía no, seguiré como tres días más.

—Tres días más —murmuró Seth. Bajó la mirada de nuevo a su teléfono—. ¿Para qué necesitamos un meteorito?

—Porque si uno de ellos viene de un planeta lejano, hay muchas probabilidades de que traiga alguna sustancia extraterrestre que yo pueda comer y, según las leyes de la naturaleza y nuestro señor y salvador, Stan Lee, que en paz descanse, me dará superpoderes y podré convertirme en un Extraordinario. —Era un plan infalible.

—Sin duda has pensado en esto detenidamente sin obsesionarte.

—Vaya, sarcasmo. Eso es exactamente lo que no necesito en este momento.

Seth suspiró.

—A veces me pregunto si tu vida está basada en el mundo real.

Nick frunció el ceño.

—Qué raro. No es la primera vez que alguien me dice eso. Me pregunto qué significa.

—¿Que quizá la vida no es un cómic?

—Ah, ¿no lo es?

—No, Nick. Yo no… —Sacudió la cabeza como si estuviera frustrado—. Yo sé lo mucho que quieres esto. Lo entiendo. Pero ¿has pensado bien lo que implicaría? Digamos que, por alguna remota razón, funciona. ¿Alguna vez has pensado en lo que pasaría después?

—Sí, lo he pensado muy bien. Shadow Star querrá salir conmigo y podré ayudar a mi padre con… —Apartó la mirada—. Solo… no te preocupes por eso. Lo hago porque quiero hacerlo. ¿Eso no debería ser suficiente?

—¿Ayudar a tu padre con qué?

Sí, no había querido decir eso. Aún estaba lidiando con el cambio en su forma de ver el mundo y puede que convertirse en un Extraordinario no fuera necesariamente algo que hiciera para sí mismo. Y como aún era bastante nuevo con todo el asunto de «no ser para nada egoísta», no estaba seguro de cómo lidiar con todo esto todavía.

—No es nada. Olvídalo.

—Nicky.

Se estaba empezando a frustrar y no sabía por qué.

—¿Por qué no me dejas tener esto?

Seth dejó su teléfono sobre la mesa.

—No he dicho que no pudieras. Solo quiero que estés a salvo.

Nick puso los ojos en blanco.

—Siempre estoy a salvo.

—Eso no siempre es verdad. ¿Recuerdas la vez que me dijiste que querías ver qué pasaba si ponías fuego frente a un bote de laca para el pelo?

—Sí, ese fuego fue más grande de lo que esperaba. No puedo creer que mi padre no se diera cuenta de que una de mis cejas estaba más quemada que la otra.

—¿Por qué demonios crees que serás capaz de encontrar un meteorito con una sustancia extraterrestre?

Nick se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? Es solo una de las vías que estoy explorando. Estoy con muchas cosas en la cabeza ahora mismo, Seth. Muchas cartas sobre la mesa. Muchas…

—Lo entiendo.

—Bien. Eso facilita las cosas.

Seth cogió su teléfono y comenzó a tocar la pantalla.

—¿Qué estás buscando? Porque debo confesar que no creo que vayamos a encontrar ningún

meteorito pronto. Aparentemente, no caen con mucha frecuencia. Qué sorpresa.

—¿Mmm? —dijo Nick distraídamente—. Ah, solo estoy intentando encontrar los planos de la central nuclear más cercana para poder entrar y exponerme a la radiación gamma y quizá convertirme un poco en Hulk. ¿Sabes cuánta radiación puede soportar un humano promedio antes de que le salgan tumores en los ojos?

Seth no respondió.

Nick levantó la mirada.

Seth lo estaba mirando boquiabierto.

—¿Qué? —preguntó Nick, mirando detrás de él para ver si había un incendio. No. Se volvió de nuevo hacia Seth—. ¿Qué pasa?

Seth respiró hondo y exhaló lentamente.

—Quieres entrar en una central nuclear. Y exponerte a la radiación.

—Sí, soy un genio, ¿verdad? Después de toda la debacle del grillo en el microondas, por cierto, ¿de verdad era tan difícil conseguir una araña, Jazz? Bueno, en fin, después de todo eso, me puse a pensar más en ello. Después de Chernóbil y Fukushima, muchas plantas y animales sufrieron mutaciones genéticas. Sí, eso fue por una catástrofe nuclear, pero me puse a pensar que, tal vez, si me expongo a una fracción minúscula de lo que ocurrió allí, probablemente pueda mutar un poco. —Frunció el ceño—. Por supuesto, tendría que evitar la pérdida de vidas humanas, porque conseguir lo que yo quiero no tiene que significar hacer daño a otras personas, así que no puede ser exactamente como Chernóbil y Fukushima, pero ten en cuenta que sigue siendo un trabajo en proceso.

Hubo unos segundos de silencio.

—A veces, no sé si eres muy inteligente o estás completamente loco.

—Es una línea muy fina —coincidió Nick—. Hay algunas centrales nucleares dentro de algunos kilómetros a la redonda, pero ninguna de ellas subió sus planos a internet.

—Vaya —dijo Seth débilmente—. Es casi como si no quisieran que nadie entre sin permiso.

Nick frunció el ceño ante la pantalla de su portátil.

—Ya se me ocurrirá algo. Debemos tener fe en que alguien cometa un error y suba instrucciones claras y detalladas sobre cómo irrumpir en una de ellas y llegar a salvo a los reactores de radiación que me darán los superpoderes, donde con suerte no me estallarán los testículos. Debería ser…

El teléfono de Seth empezó a sonar en su mano.

Nick levantó la mirada.

Seth parecía incómodo. Frunció el ceño y apretó la boca en una línea. Parecía más fuerte que lo que Nick le había visto nunca. Era una imagen bastante… impactante. Por un momento, a Nick casi le pareció peligroso, pero era ridículo.

—¿Todo bien? —preguntó Nick lentamente.

Seth se levantó bruscamente. Empujó la silla hacia atrás, rozando el suelo, y se chocó contra una estantería de libros que había detrás de él. Una de las bibliotecarias los miró con rabia.

—Me tengo que ir —dijo Seth mientras guardaba los libros en su mochila a toda prisa.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con que te tienes que ir? ¡Estamos ocupados! Se supone que me tienes que ayudar…

—Lo siento, Nicky. Hubo un… asalto… una emergencia en el refugio de animales. Están pidiendo voluntarios. Aparentemente es algo bastante grave.

Nick lo miró con desconfianza.

—¿Una… emergencia en el refugio de animales?

—Inundación, por la lluvia. Tienen que mover a todos los animales y necesitan toda la ayuda posible.

—Creía que habías dejado de trabajar ahí cuando empezaron las clases.

—Sí, así es —contestó Seth, poniendo su mochila sobre su hombro—. Pero me necesitan. Tengo que ir a ayudarlos. No puedo dejar que los animales se ahoguen, ¿verdad?

—Bueno, no, porque eso sería macabro. ¿Necesitas ayuda?

—No, no te preocupes. Yo me encargo. Sigue haciendo lo que estás haciendo.

Sonaba falso, pero estaba bien.

—Está… ¿bien?

—Lo siento —dijo Seth, pero estaba distraído, como si ya estuviera en otro lugar de su cabeza —. Entiendo que esto es importante para ti, pero tengo que hacerlo. No… Solo mantente alejado del centro, ¿de acuerdo?

Nick no entendía nada.

—¿Qué demonios tiene que ver eso con…?

—Prométemelo —lo interrumpió Seth, con una expresión tensa. Extendió una mano y la apoyó sobre la mano de Nick, presionándola con fuerza—. Mantente alejado. Por la inundación.

—Lo prometo —respondió Nick—. Por la inundación.

—Gracias. Te escribiré más tarde, ¿de acuerdo? Solo… no vayas a ninguna central nuclear. Es una idea ridícula y es muy probable que termines muerto. Busca otra cosa.

—Bueno, puede que si hubieras encontrado un maldito meteorito, no tendría que…

Y entonces ocurrió lo más extraordinario del mundo, algo que provocó que los pensamientos de Nick se detuvieran de inmediato.

Seth se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

Nick sintió su aliento cálido y breve sobre su piel, el roce de sus labios y luego…

Levantó la cabeza lentamente para mirar a Seth, quien parecía horrorizado por lo que acababa de hacer.

—Yo… Mmm… mierda. Me tengo que ir.

Nick vio como Seth caminaba de espaldas sin apartar sus ojos muy abiertos de él. Se tropezó con una chica que le dijo que mirara por dónde caminaba y luego con una estantería, de la que se cayeron algunos libros para consternación de la bibliotecaria que parecía estar a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

Nick se quedó mirándolo anonadado hasta que dobló la esquina y salió corriendo de la biblioteca. No estaba seguro de haber visto a Seth moviéndose tan rápido en su vida.

Levantó una mano y tocó el lugar donde los labios de Seth lo habían besado hacía solo un momento.

—Mmm —dijo Nick a nadie en particular.

—Os voy a prohibir la entrada —susurró furiosa la bibliotecaria.

***

Una hora más tarde, Jazz y Gibby lo encontraron con la mirada perdida en su portátil. Internet nunca lo había defraudado tanto. No sabía cómo afrontar esa decepción. No le daba los planos de una central nuclear y tampoco información sobre si los amigos se besaban en la mejilla cuando se despedían si no eran franceses. Era inútil.

Gibby le alborotó el pelo y se sentó a su lado con elegancia.

—¿Dónde está Seth?

—Tuvo una emergencia en el refugio de animales —musitó Nick, sintiendo que su cara se calentaba.

—¿Una emergencia en el refugio de animales? —repitió Jazz, deteniéndose a un lado de Nick y mirando a la pantalla de su portátil. Por suerte, ya había cerrado la pestaña con la búsqueda: «¿Qué se supone que debo hacer si mi mejor amigo me da un beso en la mejilla?»—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Estás muy guapa —le dijo Nick, porque ella merecía que se lo dijeran a menudo. Llevaba puesto su uniforme de animadora, con el wómbat luchador del instituto sonriendo sobre su pecho. Además, esperaba que funcionara como distracción para que no se fijaran en su expresión de SETH ME HA BESADO EN LA CARA que probablemente era muy evidente.

—Gracias. ¿Refugio de animales?

—Una inundación, al parecer.

—Inundación —repitió Gibby lentamente—. Mmm, dadme un segundo.

Se puso de pie y se fue caminando rápidamente mientras sacaba el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón.

Nick la siguió con la mirada.

—¿Qué le pasa a todo el mundo que hoy se van de una forma tan dramática?

Jazz ocupó el asiento que había dejado libre su novia.

—Nuestros amigos son todos unos melodramáticos. ¿Qué es eso? —Señaló su portátil.

—Los planos generales de una central nuclear a la que planeo entrar para exponerme a la radiación y conseguir mis superpoderes.

Jazz suspiró.

—Melodramáticos. Todos vosotros.

—¡Oye!

—No creo que sea seguro.

—Ahora suenas como Seth.

—Gracias, qué bonito es escuchar eso. Él es bastante inteligente.

—Sí, excepto cuando me abandona. Otra vez.

Jazz frunció el ceño.

—Estoy segura de que no quería hacerlo. Sabes que no quiere estar en otro lugar que no sea contigo.

—Entonces, ¿por qué no está aquí?

Jazz le dio una patada en la espinilla por debajo de la mesa.

—Porque el mundo no gira a tu alrededor, idiota. También pasan otras cosas, incluso aunque no queramos.

Nick gimió y se agachó para frotarse la pierna.

—Me lo merecía.

—Probablemente.

—Es que… últimamente se ha estado comportando de una manera extraña.

—¿Extraña como qué?

Nick sacudió la cabeza mientras cerraba el portátil. No había nada más que pudiera hacer con él en ese momento.

—Siempre está ocupado, siempre está distraído. Apenas lo vi durante el verano y, las veces que estuvimos juntos, era como si no estuviera allí. No sé. Probablemente esté exagerando. No sé si lo has notado, pero tiendo a hacer eso a veces.

—No, ¿en serio? —Esbozó una sonrisa, pero se desvaneció enseguida—. Está bien. Puede que este verano sí estuviera actuando de una manera extraña. Parecía que éramos solo tú y yo cuando Gibby se fue de viaje con sus padres.

—¿Verdad? Aunque no significa que no quisiera que estuvieras conmigo ni nada por el estilo. Eres perfecta.

Jazz rio.

—Gracias, Nicky. Ya sé que no soy Seth ni Gibby, pero me gusta pensar que nosotros dos somos muy buenos amigos también, ¿no lo crees?

—Sí —contestó Nick con rapidez, porque era verdad. Jazz no era solo la novia de Gibby. Tal vez fue así como había empezado, pero este último verano, eso cambió. Jazz era divertida, amable y, a veces, cuando reía, Nick creía que era uno de los sonidos más agradables del mundo. Estaba feliz por contar con ella, incluso aunque ahora mismo sintiera pena por sí mismo.

—Quizá tiene miedo —añadió Jazz y a Nick no le gustó cómo sonó eso.

—¿De qué? —preguntó, perplejo. Seth no le tenía miedo a nada, no realmente. Era valiente y asombroso, y a Nick no se le ocurría ni una sola cosa que lo asustara más allá de las serpientes, pero eso no importaba porque las serpientes eran criaturas terribles que no servían para nada.

—De los cambios —respondió Jazz, cogiendo el lápiz que Nick había dejado sobre la mesa y haciéndolo girar entre sus dedos—. Pronto, las cosas serán diferentes. Todo cambiará.

—¿El qué?

—Esto. —Se encogió de hombros—. Nosotros. Gibby se graduará y empezará la universidad y solo quedaremos nosotros tres. Luego nosotros nos graduaremos y quién sabe qué pasará entonces.

—Seguiremos siendo amigos —añadió Nick con el ceño fruncido—. Incluso aunque acabemos en sitios distintos, eso no va a cambiar.

—Puede ser —dijo Jazz y a Nick no le gustó mucho eso—. Pero podríamos convertirnos en personas diferentes. La gente no siempre mantiene a los amigos con los que creció. De hecho, la mayoría no lo hace.

Le quitó el lápiz cuando notó que lo estaba moviendo con rabia. No tenía otro de repuesto.

—Gibby te quiere. Lo sabes, ¿verdad?

Su sonrisa era tensa.

—Sí, lo sé.

—Entonces debes confiar en que sabrá lo que está bien. Y en caso de que vuestros caminos se separen, bueno, quizá lo vuestro no estaba destinado a durar para siempre. Pero eso no significaría que lo que tuvisteis no fuera importante.

Jazz sacudió la cabeza.

—No creo que la gente te dé suficiente crédito. Eres más listo de lo que pareces.

—Gracias, supongo. Tú también.

—Seth te quiere.

Nick se sonrojó. No pudo evitarlo. Todavía podía sentir la forma en la que su nariz había rozado su oreja.

—Mmm —logró decir—. ¿Lo… sé? Es mi mejor amigo. Claro que lo hace.

—Y tú lo quieres.

Nick asintió sin decir nada.

—Bueno, al menos eres consciente de eso.

Nick sentía la cara como si estuviera en llamas.

—¿Me estoy perdiendo algo?

Jazz abrió la boca para… ¿para decir qué? Nick no tenía ni idea. Inesperadamente, Gibby la interrumpió cuando regresó a la mesa.

—¿De qué estáis hablando?

—De la vida —respondió Jazz con delicadeza—. Y todo lo que conlleva.

—Suena profundo.

Jazz tarareó algo por lo bajo.

—No tienes ni idea. ¿Verdad, Nicky?

—Sí —contestó Nick, sintiéndose más inquieto que de costumbre. Jazz miró a Gibby.

—¿Por qué te fuiste tan rápido?

—Una llamada —contestó Gibby con calma—. Nada importante. Deberíamos… uh, oh.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jazz.

—Nick tiene su cara de estar pensando algo. Y está sonrojado. No recuerdo haberlo visto tan sonrojado antes.

—Uh, oh.

—Tal vez deberíamos visitar a Seth en el refugio de animales —propuso Nick, golpeando los dedos contra la mesa—. Quiero decir, es evidente que es muy importante para él, ¿cierto? ¿Me hace ser un mal amigo el no haberlo ido a visitar durante todo el verano? Deberían interesarme las cosas que a él le interesan, ¿no? Es decir, eso es lo que se supone que debes hacer cuando tu mejor amigo empieza algo nuevo.

—No —gritó abruptamente Gibby.

Nick y Jazz se giraron lentamente hacia ella.

—¿Por qué no?

—Porque —empezó a decir Gibby—, es… Probablemente esté muy ocupado con… la inundación. Además, Nicky, ¿tú no eres alérgico a los gatos? Probablemente haya muchos gatos.

Ah. Cierto. Pero aun así.

—No es tan grave. Es decir, sí, me hincho y me empiezan a salir manchas por todo el cuerpo y siento que estoy a punto de morir, pero ¿qué importa? Si a Seth le gustan, entonces a mí también deberían gustarme, ¿no?

—Ah, sí, claro —respondió Gibby de inmediato—. Totalmente. Pero no creo que él quiera que te pusieses enfermo por su culpa. Eso lo haría sentir mal, y ya sabes cómo se pone Seth cuando se siente mal.

—Mi mayor debilidad —suspiró Nick. Cuando Seth Gray se sentía mal por algo, se le hinchaban los ojos y el labio inferior le empezaba a temblar, y lo único que Nick quería hacer era abrazarlo y protegerlo de todo.

—Exacto —dijo Gibby—. Además, no podemos distraerlo de todos esos gatos. Probablemente termine antes de lo que tú crees…

El teléfono de Nick empezó a sonar.

Luego el de Jazz.

Luego el de Gibby.

La bibliotecaria los miró, pero entonces su teléfono también empezó a sonar y pareció confundida.

Nick lo levantó para ver qué ponía en la pantalla.

ACTIVIDAD DE EXTRAORDINARIOS EN EL CENTRO.
SE ESPERAN RETRASOS. EVITEN LA ZONA SI ES POSIBLE.

—Vaya —exhaló Nick—. ¿Creéis que es Shadow Star?

—No lo sé —respondió Gibby—, pero deberíamos mantenernos alejados.

—Cierto —dijo Nick—. Pero qué tal si nosotros…

—No.

—Pero podríamos…

—No.

—Quizá solo…

—No.

Nick miró a Gibby furioso.

—Sabes, cuando sea un Extraordinario, podré hacer lo que quiera.

—Y tiemblo de miedo por eso. Pero hasta que llegue ese momento, sigues siendo débil y frágil, y aunque a veces te comportes como tal, no eres lo suficientemente estúpido como para meterte en el medio de lo que sea que esté ocurriendo.

—Siento que hubo algún tipo de cumplido detrás de todo eso.

—Sigue creyendo eso, Nicky. Ahora, ¿por qué no me explicas muy detalladamente la fase dos de tu plan? Creo que no la entendí muy bien la primera vez.

Jazz se quejó.

—Con mucho gusto —dijo Nick, acomodándose en la silla—. Tal vez deberías coger notas para no olvidarte nada.

***

Nick estaba cerca de su casa cuando recibió un mensaje de su padre que le decía que le habían pedido que fuera a trabajar antes de tiempo y que no sabía a qué hora volvería. Nick le preguntó si tenía algo que ver con la actividad de los Extraordinarios, pero no le respondió.

La luz de la entrada estaba encendida, a pesar de que todavía era de día. Cuando Nick estaba a punto de meter la llave en la cerradura, recibió otra alerta. Sacó su teléfono.

NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA: PELEA ENTRE SHADOW STAR Y PYRO STORM EN LAS CALLES DE CIUDAD NOVA.

Nick se quedó boquiabierto mirando la pantalla, prácticamente sin actividad cerebral.

Tardó un momento en reiniciarse y, cuando lo hizo, casi rompe la llave intentando entrar en su casa. La puerta se estrelló contra la pared cuando logró abrirla y ni siquiera se molestó en cerrarla. Corrió al salón y cogió el mando a distancia de la televisión de la mesita. Casi se le cae de las manos, pero logró apretar el botón de encendido justo a tiempo. Pasó los canales a toda prisa hasta que encontró las noticias.

Y se quedó mirando asombrado.

Era una toma en directo desde el helicóptero de *Action News*. En una de las esquinas de la imagen estaba Rebecca Firestone, con una amplia y preciosa sonrisa. Su voz sonaba por encima del estruendo del helicóptero y decía: «Nunca vi nada parecido» y «Llevan haciendo esto desde hace casi una hora» y «Oh, Dios mío».

Pero Nick apenas la escuchaba.

Porque allí estaban.

Shadow Star y Pyro Storm.

Era una pelea rápida y brutal, la cámara apenas podía seguir sus movimientos. Estaban en lo alto de uno de los rascacielos del centro de la ciudad. Nick creía que era uno de los edificios del distrito financiero. Vio un estallido violento de fuego que brotó de Pyro Storm en dirección a Shadow Star, pero el héroe logró apartarse de un salto antes de terminar completamente quemado. Enseguida trepó por la inmensa antena de la torre sin demasiado esfuerzo. Su sombra se estiró detrás de él y, mientras Nick miraba, sujetó a Pyro Storm por los tobillos, lo levantó y lo estampó contra la azotea, agrietando el cemento debajo de él.

Era despiadado en formas que Nick no había visto nunca.

Sí, Pyro Storm era un villano y sí, era el archienemigo de Shadow Star, pero nunca había sido… así. Peleaban, pero rara vez era así de violento. A Pyro Storm se le ocurría un plan ridículo, Shadow Star aparecía para salvar el día y cada uno seguía su camino. Demonios, había personas que aseguraban que lo planeaban todo juntos y que solo lo hacían para llamar la atención. Por lo general, nadie salía herido, sin importar lo descabelladas que fueran las ideas de Pyro Storm.

Pero esta vez era diferente.

Esta vez parecía que estaban haciendo todo lo posible por hacerse daño.

O, más bien, Pyro Storm estaba intentando hacer daño a Shadow Star. Lo único que Shadow Star podía hacer era reaccionar. Estaba a la defensiva.

Cada vez que Pyro Storm lo atacaba, Shadow Star se movía rápidamente y derribaba al villano una y otra vez. Se podía ver que movían los labios como si estuvieran gritándose, pero estaban demasiado lejos como para que pudieran escucharlos.

Entonces, Shadow Star giró la cabeza hacia el helicóptero de *Action News* y la cámara enfocó su cara enmascarada, lo único que se podía ver era su boca.

Sonreía.

Nick sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

Pyro Storm levantó las manos y señaló a Shadow Star. Un remolino de fuego creció en sus manos. Shadow Star se movió lentamente. Pyro Storm le disparó una bola de fuego, pero Shadow Star logró levantar una sombra desde la azotea justo a tiempo y esta quedó completamente destrozada con el impacto. Sin embargo, el fuego se desvió hacia el helicóptero y Rebeca Firestone empezó a gritar «Sube, sube, sube» mientras Shadow Star embestía a Pyro Storm. La bola de fuego pasó apenas por debajo del helicóptero, a unos pocos metros de distancia, mientras dejaba una columna de humo y fuego tras de sí.

Pyro Storm gruñó y golpeó a Shadow Star en el pecho, arrojándolo peligrosamente hacia la cornisa del edificio. Antes de que Shadow Star pudiera reincorporarse, Pyro Storm giró el brazo como si formara un arco y una ola de fuego avanzó hacia Shadow Star y…

Shadow Star cayó por la cornisa del edificio.

Nick dejó caer el mando.

—Ah, no —susurró Rebecca Firestone.

—No —dijo Nick—. No, no, no. Está bien. Está bien.

Incluso Pyro Storm parecía confundido.

Se acercó lentamente al borde del edificio, con su capa ondeando al viento a su alrededor. Nick sabía que, en cualquier momento, Shadow Star reaparecería y todo estaría bien. No se había caído, porque era un héroe y los héroes nunca se caían.

—Vamos —dijo Nick por lo bajo—. Vamos, vamos, vamos.

Pyro Storm se asomó por el borde del edificio.

La cámara se sacudió con fuerza cuando Rebecca Firestone gritó en el preciso momento en que Shadow Star reapareció por el borde de la azotea y estrelló sus pies contra el rostro de Pyro Storm. El villano cayó hacia atrás y Nick gritó, levantando los brazos sobre su cabeza en señal de triunfo. Shadow Star aterrizó en la azotea, agachado, con una mano apoyada en el suelo y la otra extendida hacia arriba detrás de él.

Pyro Storm intentó levantarse, pero Shadow Star ya estaba en movimiento. Unas sombras empezaron a arrastrarse por la azotea y envolvieron las piernas y brazos de Pyro Storm,

sujetándolo firmemente contra el suelo. Shadow Star se puso encima de Pyro Storm, quien gruñía furioso. El héroe se agachó hacia él y, aunque no se podía escuchar lo que le dijo, Nick sabía que Shadow Star probablemente le estaba explicando a Pyro Storm que debía alejarse del mal y usar sus poderes para el bien. Probablemente, Pyro Storm le estaba contestando que jamás haría algo así, que él era un villano y que solo haría cosas de villano.

(Nick lo sabía porque había escrito una escena similar en el capítulo 34 de *Aquí es donde quemamos la Tierra*. A veces, la ficción era demasiado parecida a la vida real).

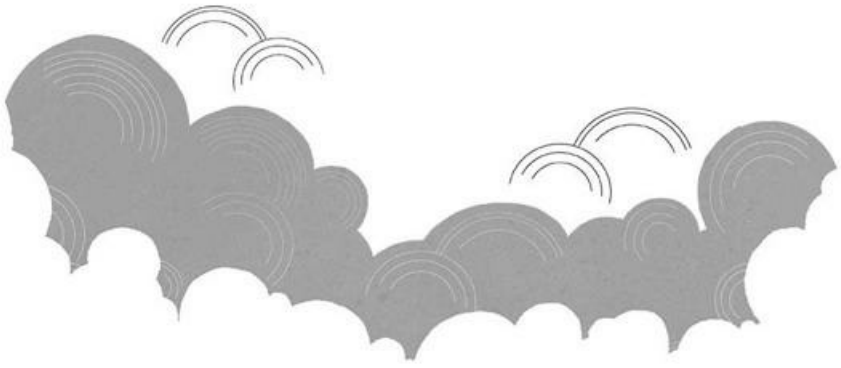
Entonces, Shadow Star se puso de pie y levantó las manos, hasta que las sombras que sostenían a Pyro Storm se disiparon. Extendió una mano para ayudarlo a ponerse de pie, pero el villano rechazó el gesto. Shadow Star sacudió la cabeza y dio un paso hacia atrás mientras Pyro Storm se levantaba solo.

Permanecieron un segundo mirándose el uno al otro, antes de que Pyro Storm saliera disparado como un cohete, con la capa ondeando por detrás y el aire ardiendo a su alrededor.

Shadow Star lo siguió con la mirada durante un instante antes de negar con la cabeza. Una vez más, miró hacia el helicóptero y saludó a la cámara. Después saltó de la azotea y desapareció.

Nick miró a la pantalla, boquiabierto, incluso mientras Rebecca Firestone hablaba prácticamente sin aliento y decía que nunca había visto una pelea así. Y, si bien los daños materiales eran mínimos, parecía que las cosas se estaban poniendo feas.

—Tendré que averiguar si Shadow Star estará dispuesto a pronunciarse sobre este último ataque de Pyro Storm. Si así es, tendrán la primicia en este mismo canal. Aquí Rebecca Firestone para *Action News*.



9

Rebecca Firestone no habló con Shadow Star, ni siquiera en la última emisión de las diez.

Su padre le había enviado un mensaje para decirle que todo estaba bien.

Seth no le escribió nada.

***

Cuando se abrió la puerta principal a la mañana siguiente, Nick ya estaba duchado y vestido en la cocina, intentando averiguar cómo había conseguido quemar el pan si la tostadora estaba al mínimo. No se había distraído, no tanto, así que debía ser un problema de la tostadora.

Su padre parecía cansado, llevaba el cinturón de trabajo suelto sobre la cintura y tenía unas ojeras muy marcadas bajo los ojos. Bostezó al entrar en la cocina, parpadeando repetidas veces mientras se acercaba a la cafetera que estaba programada para que empezara a funcionar a las cuatro de la mañana. Se sirvió un café descafeinado (sin leche ni azúcar, para disgusto de Nick), tomó un sorbo y suspiró.

Entonces pareció darse cuenta de la presencia de Nick.

Frunció el ceño. Nick sonrió.

Miró el reloj y luego volvió a mirar a Nick. Vio la tostada quemada en un plato y un tazón de avena con fruta sobre la mesa.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió Nick, esbozando una amplia sonrisa.

—¿Qué has hecho?

—No he hecho nada —volvió a responder Nick, frunciendo el ceño.

Su padre bebió otro sorbo de su muerte líquida.

—Estás despierto… y vestido… desde antes de que yo llegara. Has preparado el desayuno…

—De nada, aunque la tostada se quemó y la avena está algo grumosa por razones de las que no quiero hablar.

—… y no recuerdo que esto haya pasado antes. Nunca.

—¿Acaso un hijo no puede hacer algo agradable por su padre trabajador sin que haya intereses ocultos?

Su padre esperó.

—Se llama ser altruista —insistió Nick y su padre soltó una risa ahogada.

—¿En serio?

—Sí, francamente, me ofende que pienses que haría algo bueno solo por razones inadecuadas. Aceptaré una disculpa cuando estés dispuesto a dármela.

—Lo tendré en cuenta —dijo su padre—. ¿Tostadas quemadas y avena grumosa?

Nick se encogió de hombros.

—Podría haber sido peor. Y creo que es mejor que no hablemos de lo que les pasó a los huevos.

—Ah, ¿eso era ese olor?

—Sí, al parecer, no importa cuánto aceite uses, los huevos siempre se quedarán pegados. ¿Quién iba a saberlo? ¡Siéntate! ¡Relájate!

Su padre le hizo caso. Se quitó el cinturón de trabajo y lo apoyó sobre la encimera.

Nick arrastró una silla y se sentó a su lado con los codos sobre la mesa. Lo observó, expectante.

Parecía que su padre intentaba no reírse, pero fracasó estrepitosamente.

Revolvió la avena. No estaba tan grumosa como hacía un rato, para alivio de Nick. Miró a su padre mientras le daba un bocado.

—¿Está buena?

Su padre asintió.

—Bien. Gracias, muchacho.

—De nada.

Nick esperó porque eso era lo que había que hacer.

—¿Esto es por lo de ayer?

—Claro que no. Soy adolescente. A veces llegaré tarde y no podré evitarlo.

—Ajá. Procura que no vuelva a pasar.

Nick le acercó el plato de tostadas quemadas.

Su padre les dio un mordisco. No pareció atragantarse, así que Nick se quedó más tranquilo.

Esperó a que terminara de tragar antes de hablar.

—Ahora que has tenido la oportunidad de volver a casa y relajarte, tengo una pregunta, si me lo permites.

—Y ahí está.

—Es solo una pregunta.

—¿Qué ha pasado con todo eso de ser altruista?

—La avena tiene fresas. Para mí eso ya es bastante desinteresado.

—Ay, muchacho. —Se limpió la boca con una servilleta y se reclinó sobre la silla—. Está bien, dime.

Eso fue más fácil de lo que Nick esperaba.

—Pasaron… cosas. En Ciudad Nova, ayer.

—Ah, ¿sí? Creo que pasaron muchas cosas. Ciudad Nova es bastante grande.

Insoportable, eso es lo que era. Era bueno, pero Nick era mejor.

—Por supuesto, pero no pude evitar notar que tuviste que ir a trabajar muy pronto ayer por la tarde, casi a la misma hora en que este hecho en particular estaba empezando a ocurrir.

—Interesante.

—Bastante. Ahora, si yo fuera un hombre de apuestas…

—Ah, yo no iría tan lejos. Niño de apuestas suena mejor.

—… hombre de apuestas, creería que esos dos eventos están relacionados.

—Parece bastante improbable.

—Soy el hijo de un policía —le recordó Nick—. Estoy bastante seguro de que sé cómo hacer deducciones que resulten correctas.

Su padre esbozó una sonrisa cansada.

—Sí, así es. Está bien, te seguiré la corriente. Digamos que yo estuve en cierto evento. ¿Qué quieres?

—Cinco preguntas y tienes que responder a todas con la verdad.

—Tres y yo decidiré cuáles responder.

—Cuatro, y si hay alguna que no puedes responder porque hay una investigación en curso, puedes darme suficientes pistas para que lo descifre yo solo.

—Sin preguntas, y te vas al instituto ahora mismo para asegurarte de que no tengamos que repetir lo de ayer.

Nick le fulminó con la mirada.

—¿De verdad tenemos que hacer esto otra vez?

—Qué gracioso, estaba pensando exactamente lo mismo.

Qué. Insoportable.

—No es divertido.

Su padre se encogió de hombros.

—Soy tu padre. Créeme cuando digo que tengo sentido del humor.

Nick levantó las manos.

—Está bien. Ya que aparentemente vivimos en la China comunista, lo haremos a tu manera.

—Vas bien con Historia, ¿eh?

Nick asintió.

—Estoy aprendiendo mucho. El primer examen es la semana que viene. Muy bien, viejito. ¿Estás listo?

—Adelante, muchacho.

Nick se inclinó hacia delante con entusiasmo.

—¿Lo viste?

Su padre bebió un sorbo de su café antes de responder. Era lo peor.

—Sí.

—¿Hablaste con él?

—No. Última pregunta.

Nick no podía creer que ya estuvieran a punto de terminar.

—Me gustaría renegociar los términos de nuestro acuerdo, si me lo permites.

—No te lo permito.

Qué duro.

—Está bien, déjame pensar.

—Tienes treinta segundos.

Nick se quedó boquiabierto.

—Pero… sabes que no puedo… ¿por qué eres así?

—Para hacer que tu vida sea un infierno. Veinte segundos.

—Vale, espera. Solo… espera. Déjame…

—Diez segundos.

—Oye, el tiempo no avanza tan rápido, mentiroso…

—Tres, dos, uno…

—¿Por qué crees que se estaban peleando? —preguntó Nick abruptamente. Su padre parpadeó varias veces ya que no esperaba esa pregunta.

—¿Qué?

—No tiene sentido —continuó Nick—. Siempre ha sido… distinto. Era como si hubiera pasado algo y lo estuvieran llevando a otro nivel. Sí, ya se habían peleado antes, pero nunca con tanta ira como esta vez. ¿Por qué se estaban atacando con tanto odio?

Su padre se frotó la barbilla, pensativo.

—Sé tanto como tú. No sé qué pasa por la cabeza de un Extraordinario. Por un lado, está tu novio haciendo lo que puede…

—No es mi novio, Dios mío, ¿cómo puedes decir que…?

—… aunque sea un grano en el culo, y, por otro lado, tienes a ese tipo del fuego que parece disfrutar de provocar el caos por el simple hecho de hacerlo. Pero el amigo de las sombras y el tipo de fuego siempre fueron… ¿Qué? ¿Enemigos?

—Amigo de las sombras y el tipo de fuego —repitió Nick—. Es como si estuvieras intentando hacerme daño deliberadamente. De verdad, ¿por qué no me apuñalas en el pecho? Sería más rápido.

—Sabes más de este tipo de cosas que yo —respondió su padre—. ¿Acaso no los acosas…? Mmm, quiero decir, ¿no sigues todo lo que hacen? ¿Obsesivamente? ¿Hasta el punto que probablemente debería preocuparme más de lo que ya lo hago?

—Un poco —admitió Nick—. Lo tengo todo bajo control. Te avisaré si llega al punto en que necesiten una orden de alejamiento en mi contra.

—Me alegra que te conozcas tan bien.

—Pero, como estaba diciendo, nunca había sido así de intenso antes, ¿verdad? Quiero decir, Pyro Storm no intenta hacer daño a la gente de esa forma. Casi nunca. Sí, una vez le prendió fuego al pelo de ese tipo que intentaba hacerse una foto con él, pero lo apagó de inmediato. Además, el sujeto tenía una gran inseguridad por su calvicie creciente, así que, técnicamente, Pyro Storm le hizo un favor. Vive calvo y orgulloso, amigo.

—Quizá pasó algo que cambió las cosas. La gente suele perder la cabeza bastante rápido. Cuando pierdes algo, Nicky, haces cosas que no creías que eras capaz.

Nick tragó saliva. Sabía lo que quería decir. Siempre había sido protector y servicial, pero uno de sus testigos le había dicho algo que no debía, en el momento incorrecto, y terminó con la nariz rota.

—Pero eso no significa que no puedas ser una buena persona, ¿verdad? Solo porque hayas hecho algo malo no significa que seas así. Incluso si sigues haciendo lo mismo, todavía puedes ser salvado. Puede que solo necesites a alguien que te escuche, alguien que entienda la tormenta que tienes en la cabeza.

Su padre lo miró fijamente y Nick intentó no sentirse incómodo.

—Sabes, si no tuvieras esta… cosa por Shadow Star, de verdad pensaría que podrías ser él.

Era agridulce escuchar que su padre creía que podía ser un Extraordinario, aunque estaba muy lejos de serlo.

—Eso sí que sería un gran giro de la historia, ¿eh? Ni siquiera lo verías venir.

—Tienes razón —dijo su padre lentamente—. ¿Sabes una cosa, Nick? Puedes contarme si algo va mal. Lo sabes, ¿verdad? Yo sé que fue… difícil, por un tiempo. Pero ya estamos mejor, ¿cierto? Puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé. —De verdad que lo sabía. La mayoría de las veces—. Y no sé nada más de lo que ya te he contado —suspiró—. Quiero decir, solo he hablado con Shadow Star cuando me salvó aquella vez en… —Sintió las palabras apagándose en su boca. Se le erizó la piel por el miedo. Mierda, mierda, mierda, mierda…

Su padre entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con que te salvó?

Nick hizo una mueca de dolor.

—Mmm, me refería a… ¿mi historia? ¿La que estoy escribiendo? ¿En mi cabeza?

Su padre golpeó la mesa con la mano y la hizo temblar. Nick se asustó cuando la cuchara se cayó del tazón de avena y repiqueteó sobre la mesa.

—Ya hemos hablado de esto. Me dijiste que no me mentirías. No otra vez.

—No es lo que parece, ¡lo juro! Yo no…

—Contéstame, ¿tuviste o no contacto con Shadow Star?

Ah, estaba furioso.

—No es para tanto —logró decir Nick, odiando el ardor que empezaba a sentir en los ojos. Nunca había podido controlar sus emociones ante la furia de su padre. Era muy raro verlo tan cabreado, tanto que Nick probablemente podía contar con los dedos de una mano las veces que había sucedido. E incluso entonces, esta era la segunda vez que su furia estaba dirigida hacia él. La última vez había sido después de la debacle de Owen. Odiaba la facilidad con la que se rompía en pedazos—. Te lo juro, papá. No fue…

Su padre cerró los ojos y respiró con dificultad por la nariz.

—Voy a darte una última oportunidad. Y será la única. Será mejor que la aproveches, Nick. O puedes esperar muchos cambios por aquí que no te gustarán.

El pecho de Nick subía y bajaba mientras intentaba mantener la compostura. Su voz se quebró cuando volvió a hablar.

—No hice nada malo. Fue solo… el primer día de instituto. Llegué tarde a casa porque me habían castigado…

—¿Qué?

Mierda. No había querido decir eso. Necesitaba armarse de valor y seguir adelante.

—Estaba lloviendo y Gibby estaba conmigo y el tren se retrasó. Así que cogimos un atajo, ¿de acuerdo? Eso es todo. Luego aparecieron unos tipos e intentaron robarnos, pero Shadow Star les pateó el culo y todo terminó bien. Lo prometo. Eso fue todo lo que ocurrió.

Los ojos de su padre se abrieron de golpe.

—¿Te robaron y no se te ocurrió decírmelo?

Nick se aferró a los bordes de la mesa.

—No quería que te preocuparas.

—En serio —espetó su padre—. ¿O es que no querías que me enterara de que te habías metido en un lío en tu primer día de clase?

—¡Eso tampoco fue culpa mía! ¡El señor Hanson me estaba censurando!

Su padre se puso de pie, empujando la silla hacia atrás.

—¡Ya hablamos de esto! Tienes que empezar a ser más responsable, Nick. No puedes seguir tratando de culpar al resto por las cosas que tú haces. ¿Cómo diablos vas a crecer si sigues haciendo estas tonterías? ¿Estás intentando hacer que todo sea más difícil para nosotros?

Nick parpadeó rápidamente.

—Yo no…

Su padre comenzó a caminar de un lado a otro, con los hombros rígidos.

—Te pedí una sola cosa. Que este año fuera diferente. Que este año hicieras todo lo posible

para ser mejor. Y lo único que veo es más de lo mismo.

—Siento ser una decepción para ti —dijo Nick con amargura, secándose los ojos.

—Maldita sea, muchacho. Primero Owen, y lo dejé pasar. Y ahora esto… Este Shadow Star y esta obsesión enfermiza que tienes con él. Te juro que no… ¿Por qué tienes que ser así? ¿Por qué tienes que ser como eres?

Nick conocía el poder de las palabras. Sabía que a veces, cuando llegaban a su destino, explotaban con la fuerza desgarradora de una granada.

Nick escuchó lo que dijo su padre. Cada palabra. Explotaron a sus pies y le destrozaron la piel. Pasó todo tan rápido. Habían estado riéndose solo unos minutos antes. No sabía cómo había perdido el control de la conversación tan deprisa.

Se puso de pie lentamente, con los ojos bien abiertos y conmocionado. Mantuvo la mirada sobre la mesa, incapaz de encontrar la mirada de su padre. No quería volver a ver esa mirada en su rostro, ira mezclada con decepción, dirigida a él. Dolía. Le dolía todo.

—Mierda —susurró su padre y añadió—: Mira, muchacho. No quise… No quise decir eso. Estoy cansado.

Nick asintió con rigidez, pero continuó sin decir nada.

—Yo… —Su padre sonaba frustrado—. Solo necesito que te comportes mejor. Necesito que seas mejor. ¿Puedes hacer eso? ¿Por mí?

Nick asintió una vez más.

—Oye, Nick. Mírame. Yo…

—Tengo que irme —dijo Nick con voz ronca—. Voy a llegar tarde si no me voy ahora. Y odiaría decepcionarte de nuevo.

Su padre suspiró.

—Vamos, Nicky. ¿No puedes…? —Escuchó cómo su padre daba un paso hacia él, pero Nick se alejó—. Está bien —dijo con firmeza—. Si eso es… Está bien.

Nick se dio la vuelta y se fue.

***

Estaba en el tren, rodeado de gente, con la mirada perdida cuando sonó su teléfono. Pensó en ignorarlo.

Pero lo sacó del bolsillo.

Un mensaje de su padre.

Tal vez era para disculparse. Quizá le pediría perdón y le aclararía que no hablaba en serio, que estaba bien que fuera como era y no necesitaba ser distinto.

Abrió el mensaje.

Olvidaste tomarte la medicación. He llamado a la escuela. La enfermera te dará la pastilla. Ve a verla antes de clase.

Y eso era todo.

Nick borró el mensaje y apagó el teléfono, antes de guardarlo de nuevo en el bolsillo.

El vagón se balanceaba suavemente bajo sus pies.

***

No esperó a los demás en la estación. No quería ver a nadie todavía. No cuando su cabeza era un desastre, su piel se sentía demasiado tensa y era como si sus nervios lo estuvieran electrocutando. Sus pensamientos saltaban demasiado rápido en todas direcciones y no podía concentrarse. Se golpeó la cintura con los dedos mientras caminaba.

***

Cuando llegó al instituto, fue directo a la enfermería.

Lo estaba esperando con su pastilla.

La enfermera esbozó una sonrisa cuando se la dio junto con un pequeño vaso desechable de agua.

Nick la cogió y abrió la boca cuando ella se lo pidió.

—Que tengas un buen día —dijo la enfermera con un tono alegre.

***

Gibby y Jazz estaban en la mesa del comedor cuando llegó Nick.

—Hola —dijo Jazz, levantando la mirada hacia él—. Te he echado de menos esta mañana.

—Lo siento —respondió Nick, con un tono de voz apagado—. Llegué muy temprano y no tenía ganas de esperar.

Gibby puso los ojos en blanco.

—La próxima vez avísanos. Casi llegamos tarde por esperarte.

—No lo pensé. Lo siento. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Seth? ¿Y Owen?

—Seth nos escribió esta mañana —dijo Jazz, inclinando la cabeza hacia un lado—. Dijo que no se encontraba bien y que se quedaría en su casa. No tengo ni idea de dónde está Owen. Estoy segura de que aparecerá cuando le apetezca.

—¿Está enfermo? —preguntó Nick—. Ayer estaba bien. —Cuando había besado a Nick en la mejilla y se había ido corriendo para ayudar a los animales por la inundación. Nick casi se había olvidado con todo lo que había ocurrido después de eso.

Gibby tosió.

—Deben haber sido esos gatos que tuvo que salvar, o algo de eso. Los gatos de la calle están llenos de enfermedades raras.

—¿Tiene una enfermedad de gatos? —preguntó Jazz—. Me pregunto si escupirá una bola de pelo.

Eso arrancó una carcajada a Nick.

—Ah, cielos, sería asqueroso. E increíble.

Gibby apretó la mano de Jazz.

—No creo que funcione de ese modo, querida.

Jazz puso los ojos en blanco.

—Tú eres la que dijo que se puso enfermo por culpa de esos gatos callejeros.

—Lo sé y acepto toda la responsabilidad. Estoy segura de que está bien. Probablemente regrese mañana.

Nick se arrancó un trozo de piel de la uña.

—Iré a verlo después del instituto. Para asegurarme de que no se esté muriendo.

Gibby vaciló un instante.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? Puede ser contagioso.

—Mmm, yo como muchas naranjas.

—No recuerdo haberte visto comiendo una naranja desde que te conozco —añadió Jazz—. Hablando de eso, ¿por qué no estás comiendo?

Había salido tan apresurado de su casa que olvidó coger la comida, ya que su padre deseaba que fuera diferente.

—Se me olvidó. Y se supone que le tengo que recordar a mi padre que me haga una transferencia a mi cuenta para la comida, pero se me olvidó.

—Puedes coger del mío —dijo Jazz—. Tengo pollo y una ensalada de aguacate con lima y cilantro. También tengo pan y aceite de oliva.

—Yo tengo una pizza fría y una manzana —añadió Gibby, mirando su propia bolsa de comida —. Debería haber más que suficiente para todos.

Nick se encogió de hombros.

—No tengo tanta hambre.

Jazz lo miró con los ojos entrecerrados.

—Comerás nuestra comida con nosotras, Nicky. Y te gustará.

—Está bien, está bien. ¿Por qué no me retuerces el brazo mejor? —Hizo una mueca de dolor —. Pensándolo bien, por favor, no lo hagas. Eres mucho más fuerte que yo.

—Siempre que lleguemos a un acuerdo —dijo con delicadeza, abriendo una servilleta sobre su regazo.

Gibby le entregó una porción de su pizza y Jazz le puso un poco de pollo y aguacate por

encima. Sabía asqueroso, pero le hizo sentirse un poco mejor.

—¿Ninguna tiene noticias de Owen?

Jazz negó con la cabeza.

—Pero no es raro, ¿verdad? No recuerdo haber recibido nunca un mensaje de él.

—Yo tampoco —añadió Gibby.

Nick frunció el ceño.

—A mí me escribe todo el tiempo.

Gibby puso los ojos en blanco.

—Eso es porque quiere chuparte la…

—No hace falta ser tan gráfica mientras estamos comiendo —advirtió Jazz.

—Ah, no sabía que éramos tan civilizados en esta mesa de metal rodeados de adolescentes chillones. Prometo no olvidarlo, su majestad.

—Lo vi ayer —dijo Nick de repente—. Cuando llegué tarde al instituto. Lo trajo su padre.

El tenedor de Jazz se detuvo a medio camino de su boca.

—¿Viste a Simon Burke? ¿Aquí?

—Sí y fue raro también. Estaban discutiendo. —Puede que no hubiera sido tan raro. Nick había hecho exactamente lo mismo con su padre esa misma mañana—. No sé. Parecía una discusión algo intensa. Fuera lo que fuera, Owen me dijo que se iba a saltar el resto de las clases. Supongo que decidió tomarse el día libre hoy también.

Gibby soltó una risita.

—Y te pidió que te fueras con él, ¿no?

—Sí, pero le dije que no. Yo… no soy así. Ya no.

—¿Simon Burke te vio? —preguntó Jazz y Nick negó con la cabeza.

—Creo que no. ¿Por qué?

—Es aterrador. Al menos, eso es lo que dice mi padre. Es bastante despiadado. Haría cualquier cosa para conseguir lo que quiere. Solo lo he visto una vez, pero fue hace mucho tiempo. No fue muy agradable conmigo.

—Quizá hay que ser así para convertirse en un CEO superrico —añadió Gibby—. Tienes que ser capaz de aplastar a los pequeños. Owen parece seguir su camino, ¿verdad?

—Oye —dijo Nick, sintiéndose extrañamente a la defensiva—. Owen no es tan malo. —Hizo una pausa, considerando lo que acababa de decir—. Bueno, puede que sí, pero no es como su padre. Ese señor me da escalofríos.

—Claro, Nicky, lo que digas. —Dio un mordisco a su pizza de pepperoni y aceitunas—. ¿Cómo va la fase dos?

La fase dos estaba prácticamente enterrada bajo tierra, pero necesitaba mantener las esperanzas.

—No hay ninguna lluvia de meteoritos que vaya a caer en un futuro cercano. Y creo que la mayoría de las centrales nucleares probablemente tengan guardias armados.

—Qué injusto —dijo Jazz—. ¿No saben que lo único que quieres es un poco de radiación?

Gracias a Dios que existía Jazz.

—Sí, ¿verdad? No es como si le quisiera hacer daño a alguien.

—Solo a ti mismo —replicó Gibby—. ¿Y si en lugar de darte poderes hace que se te caigan los dientes y se te derritan los párpados?

—No podrías parpadear —añadió Jazz—. Ni comer alimentos sólidos. Y probablemente tengas tumores por todo el cuerpo. No sé si querría que me vieran en público con alguien que no tuviera dientes ni párpados y esté lleno de tumores causados por una exposición voluntaria a la radiación. Tengo una reputación que mantener.

—Odio ser yo quien te lo diga —dijo Gibby—, pero tu reputación quedó bastante destrozada cuando decidiste juntarte con nosotros. No estamos precisamente en la cima de la cadena alimentaria. Ni siquiera sé si estamos dentro de esa pirámide.

—Somos más bien como las moscas que revolotean alrededor de los depredadores que están en la cima de la cadena —añadió Nick.

—Supongo —respondió Jazz—. Pero creo que es mejor ser auténtica con una misma que falsa con todo el mundo —dijo y Nick se quedó boquiabierto—. ¿Qué? —preguntó.

Nick sacudió la cabeza.

—Es que… pff.

—¿Ese es un *pff* bueno?

—Ah, sí, eres maravillosa. Suenas como una galleta de la fortuna.

Parecía complacida.

—Vaya, gracias. Me gustan esas galletas.

Gibby esbozó una sonrisa.

—Es estupenda, ¿verdad? —Miró a Nick—. Pero probablemente sea lo mejor en cuanto a los meteoritos y las centrales nucleares.

Bueno… sí, pero aun así.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros.

—Ya viste cómo pelearon Pyro Storm y Shadow Star anoche. No me digas que no lo viste. Encendiste la televisión en cuanto llegaste a tu casa. Y lamiste la pantalla, ¿verdad?

Nick frunció el ceño.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Es peligroso —añadió Gibby con suavidad—. La forma en la que estaban peleando era simplemente… brutal. ¿Por qué quieres ser parte de eso?

—Pero no se trata de eso…

—Claro que sí. Tal vez no todo, pero es una parte muy importante. Siempre habrá maldad entre tanto bien. No puedes ser un héroe sin que exista un villano.

—Yo creo que puede hacerlo —dijo Jazz—. Si alguien es capaz de hacerlo, ese es Nick. Probablemente termine siendo el mejor Extraordinario que haya existido.

—Gracias, Jazz —dijo Nick, mirando a Gibby con arrogancia—. Es bueno saber que al menos tengo a una persona de mi lado.

Gibby sacudió la cabeza.

—No lo tomes a mal, ¿vale? Pero no eres conocido precisamente por tu capacidad de terminar lo que empiezas.

Nick se enfadó.

—¿Qué cojones significa eso?

—Se lo ha tomado mal —le susurró Jazz a Gibby, pero ella la ignoró.

—Significa que cuando tienes una idea en la cabeza, haces todo lo posible para cumplirla, pero luego te distraes con algo completamente diferente y nunca la terminas. No es algo malo. Es solo parte de quién eres.

Sabía que no estaba tratando de ser mala. Sabía que no intentaba hacerle daño. Lo sabía. Pero la voz de su padre aún resonaba en sus oídos por la pelea de esa mañana y parecía que sonaba como si Gibby estuviera repitiendo lo que él le había dicho. Y no era justo.

—Puedo conseguirlo —respondió Nick repentinamente.

Gibby levantó las manos.

—Vaya, nunca dije que no pudieras. Lo que digo es…

—Yo puedo hacer cualquier cosa que me proponga.

—Lo sé…

—No me gusta cuando me dices que no puedo hacerlo. No me gusta que la gente piense que no soy capaz de nada. Porque sí soy capaz. Ya sé que hablo mucho y ya sé que mi cerebro me hace decir o hacer cosas que la gente no siempre entiende, pero eso no significa que las cosas que quiero sean menos importantes.

Jazz y Gibby parecían sorprendidas.

—¿Lo… siento? —dijo Gibby—. No tenía la intención de decirte nada malo. Solo era…

Jazz no fue precisamente sutil cuando le clavó el codo.

—¿Estás bien, Nick? Te ves un poco molesto hoy. Más gruñón que de costumbre. —Le enseñó los dientes y convirtió sus manos en garras—. *Grr*.

Nick deseaba que Seth estuviera ahí. Incluso aunque lo hubiera besado la mejilla y sembrado una gran confusión en su interior, Seth sabría qué decir para hacerlo sentir mejor. A veces, cuando Nick se frustraba tanto que olvidaba cómo formar palabras, Seth intervenía y hablaba por

él y todo volvía a la normalidad. Ese era su superpoder. Era El Susurrador de Nick. Qué pena que hubiera tenido que elegir justo ese día para ponerse enfermo.

—Estoy bien —dijo Nick, esbozando una sonrisa que se sentía bastante forzada—. Estoy cansado, eso es todo.

Jazz frunció el ceño.

—Tienes que cuidarte.

—Eso intento. —Miró a Gibby y, como sabía que ella no era el tipo de persona que cambiaba de opinión, la miró fijamente a los ojos—. Puedo hacerlo —dijo Nick—. No tienes que ayudarme si no quieres. Y no pasa nada. Pero yo sé que puedo ser más de lo que soy. Puedo ser mejor. Algo más.

—¿Por qué tienes que ser un Extraordinario para ser mejor? ¿Por qué no puedes simplemente ser extraordinario con lo que ya tienes?

Nick no quería escucharlo. Gibby no lo entendía.

—Déjame hacer esto, ¿de acuerdo? No pido mucho, solo esto.

Gibby asintió, aunque no parecía contenta.

—Está bien, Nicky. Sí, por supuesto. Es decir, lo que tú quieras, ¿sabes? Te apoyo.

—Bien —dijo—. Porque la fase tres empezará pronto y estoy seguro de que funcionará. Tiene que funcionar. Voy a convertirme en algo que Ciudad Nova jamás haya visto.

¿Y si en el proceso demostraba que todos estaban equivocados?

Bueno, eso estaría bien.

***

Se dirigía a clase cuando sacó el móvil del bolsillo. Tenía algunos mensajes de Jazz y Gibby de esa mañana, preguntándole dónde estaba y si llegaba tarde. También tenía un mensaje de Seth en el grupo en el que les avisaba que estaba enfermo. Jazz y Gibby le habían deseado que se mejorara pronto.

Su padre no le había vuelto a escribir nada. Eso dolía, pero hizo a un lado la sensación.

Abrió el chat que tenía con Seth.

¿Estás enfermo?

La respuesta llegó casi de inmediato. Sí. Nada malo. Solo un resfriado. ¿Te encuentras bien? Gibby y Jazz me dijeron que no apareciste esta mañana.

Sí, estoy bien. Llegué temprano. ¿Estás seguro de que esos gatos callejeros no te han contagiado nada?

¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿Qué gatos?

Los que fuiste a ayudar ayer con la inundación. Casi añadió: «Después de que me besaras en la mejilla», pero no lo hizo. Cada cosa a su tiempo.

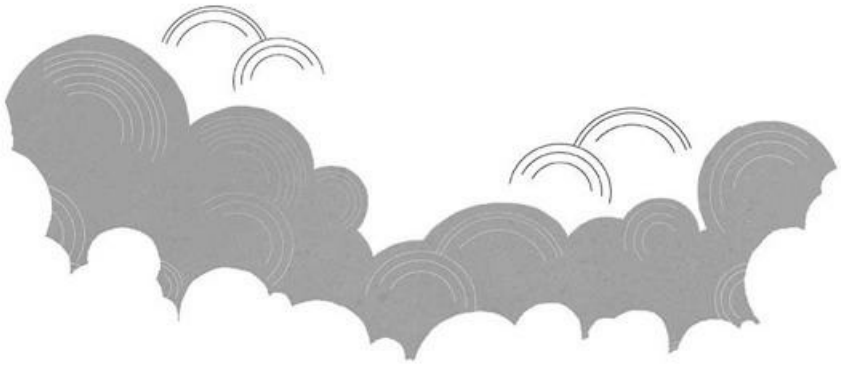
No, Nick. Los gatos no me han contagiado nada.

Gracias, Jebús. No puedes morir.

No lo haré. No hace falta que vengas. Te veo mañana.

Genial. ¡Hasta mañana!

«¿No hace falta que vengas?». Eso fue sin duda una invitación.



10

Bob y Martha Gray vivían en un barrio antiguo de casas rojizas encantadoras cuidadas con esmero. Bob era el hermano del padre de Seth y, después de que él y su madre murieran, Bob y su mujer, Martha, se hicieron cargo de él y construyeron un hogar para su sobrino. Ellos nunca tuvieron hijos, pero tenían sitio en su casa y en sus corazones, por lo que Seth pudo tener un lugar donde llorar por la pérdida de su familia y crecer. Martha era una enfermera jubilada y Bob seguía trabajando como conserje en un edificio de apartamentos del centro, su vida como policía de tráfico había quedado atrás. Nick conocía su casa tan bien como la suya, aunque hacía mucho tiempo que no iba por allí.

La calle estaba flanqueada de árboles, cuyas hojas estaban cambiando de verde a dorado. El aire era fresco y las bocinas de algunos coches sonaban en cuanto las luces del semáforo cambiaban. Una patrulla pasó por la calle, pero Nick la ignoró. Su padre aún no le había escrito.

Tendría que lidiar con eso más tarde.

Subió la escalinata de la casa de los Gray y tocó el timbre. Hacía mucho tiempo, Martha le había dicho que entrara cuando quisiera, pero esta vez debía dar una buena impresión.

Habían ido al funeral de su madre. Bob se había puesto un traje que no le quedaba bien —demasiado pequeño para su cintura cada vez más ancha— y Martha lo había abrazado tan fuerte que casi le rompe los huesos. No le dijo que lo sentía ni que todo mejoraría. Nick habría gritado si lo hubiera hecho; lo había escuchado incontables veces durante ese día. En su lugar, mientras Seth estaba a su lado y le cogía de la mano, le susurró que, si alguna vez necesitaba escapar, podía pasar por su casa y ella lo ayudaría con lo que necesitara.

Nunca lo había olvidado, ni siquiera durante esos meses borrosos cuando Antes se convirtió en Después.

Escuchó las familiares campanillas del timbre y dio un paso hacia atrás para esperar. Bob probablemente seguía en el trabajo y Seth en su habitación, tapado hasta la cabeza con sus mantas y rodeado de cientos de pañuelitos desechables en el suelo junto a su cama.

Podía ver la silueta de alguien que se acercaba al otro lado de la ventana de la puerta. Se obligó a sonreír cuando la puerta se abrió.

Martha se sobresaltó cuando lo vio, pero fue un instante y no estaba seguro de que hubiera ocurrido, ya que de inmediato esbozó una amplia sonrisa.

—¡Nick! Vaya, qué sorpresa. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en clase?

—Hola, señora Gray. Vine a ver a Seth, me enteré de que estaba enfermo. Y ya son las tres y

media de la tarde. Las clases terminaron hace casi una hora.

Su sonrisa se ensanchó más.

—Claro que son las tres y media y las clases ya terminaron. Vaya, debo haber perdido la noción del tiempo. ¡Pasa! Pasa, querido, y deja que te mire. Hace mucho que no veo esa cara.

Ni siquiera tuvo tiempo de responder antes de que lo sujetara del brazo y lo arrastrara hacia el interior de su casa. Enseguida cerró la puerta con fuerza.

—Sí —dijo, hablando alto, casi como si estuviera gritando—. Hacía siglos que Nicholas Bell no venía a esta casa. ¡Y justo en este momento!

Nick inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Está bien?

—Sí, querido, muy bien —dijo con una voz estruendosa mientras lo arrastraba hasta la cocina —. ¡Vamos! Ven, aunque hayan pasado meses desde la última vez que viniste aquí, Nick, espero que te sigan gustando mis galletas de mantequilla de cacahuete, ¿no? Bueno, resulta que ayer preparé algunas y deberíamos asegurarnos de que comas seis o siete antes de que subas a ver a Seth, pobrecito.

—Mmm, ¿claro? —dijo Nick—. Es mucho más fuerte de lo que creía, para alguien de su edad. Sin ofender.

—No te preocupes —dijo, mirándolo con una sonrisa. Las arrugas alrededor de sus ojos se hicieron más profundas—. Solía levantar pacientes que eran por lo menos tres veces más grandes que tú. Se ve que desarrollé algo de músculo. Hablando de eso, sigues estando muy delgado. Quizá sea mejor que comas diez galletas antes de subir a ver a Seth.

Nick hizo una mueca de dolor cuando gritó esa última palabra.

La cocina era tan acogedora como la recordaba, pequeña y ordenada. Martha y Bob habían vivido en esa misma casa desde que se casaron hacía más de treinta años. Cuando Nick le preguntó por qué no habían tenido hijos antes de Seth, Martha le contestó que no debía preguntarle eso a otras personas porque podría ser un tema sensible, pero en su caso, la vida siempre parecía interponerse. Pero luego había dicho que tal vez alguien en algún lugar sabía que Seth necesitaría un hogar algún día, y esa era una razón suficientemente buena para ella.

Sentó a Nick en la amplia mesa en la que se había sentado muchas veces, el jarrón con flores otoñales en el medio se movió, pero no se volcó.

—Muy bien —dijo la señora Gray—. ¿Estás cómodo? Bien. Ahora, sé que nadie puede comer al menos diez galletas de mantequilla de cacahuete sin un vaso de…

Se oyó un golpe fuerte que provino desde algún lugar por debajo. Nick miró al suelo.

—¿Hay alguien en el sótano?

Martha rio un poco salvajemente.

—¡Claro que no! Seth está arriba, enfermo, y Bob está reparando una tubería rota en el

edificio donde trabaja.

—Mmm, ¿entonces qué fue ese ruido?

—Yo no he escuchado nada…

Otro golpe y, esta vez, el suelo tembló.

—Ah —dijo Martha. Se volvió hacia el recipiente de galletas con forma de pato que había encontrado en un mercadillo en 1978, o eso es lo que le había dicho a Nick. Con mucho orgullo también—. Eso. Eso es… la lavadora. Esa máquina espantosa. Necesita una… válvula de… filtración… nueva. Sí, una válvula de filtración nueva. Bob intentará repararla en cuanto llegue a casa. De hecho, cuando termine con la tubería rota en el apartamento, iba a ir a comprar una…

Unos pasos subieron las escaleras del sótano.

Luego la puerta se abrió.

Y se cerró de golpe.

Luego más pisadas por la escalera hacia el segundo piso.

Otra puerta se cerró de golpe en el piso de arriba.

Martha volvió con un plato repleto de galletas de mantequilla de cacahuete apiladas.

—¡Nuestra casa está embrujada! —exclamó con mucho entusiasmo—. Quién iba a pensarlo.

—Embrujada —repitió Nick lentamente mientras cogía una galleta del plato que ella había colocado delante de él—. Entonces… ¿eso era un fantasma?

Ella asintió y su pelo blanco cayó sobre su cara mientras volvía a la nevera para servirle un vaso de leche.

—Ah, sí. Tuvimos que investigar y todo. Al parecer, toda la manzana solía ser un… manicomio… para enfermos… con tuberculosis. Sí, exacto. La gente que contraía tuberculosis se volvía loca y luego moría. Justo ahí donde estás sentado. Y ahora sus espíritus han despertado por razones que debo investigar, y aquí estamos. ¿No es maravilloso? Cómete la galleta.

Nick la miró fijamente.

Apoyó un vaso de leche frente a él y esperó.

Finalmente, Nick jadeó.

—¡Vaya! ¿Era un manicomio para personas con tuberculosis y ahora hay fantasmas? ¿Por qué Seth nunca me contó nada sobre eso? ¿No sabe lo que esto significa? Dios, tendré que buscar más información cuando llegue a casa. Tenemos que averiguar quién está enterrado aquí para poder echar sal y quemar sus huesos, así su espíritu puede descansar en paz. Y si es maligno, ¡debemos contratar a un médium!

—Exacto —dijo Martha, dándole una palmadita en la mano—. Tú encárgate de eso. Cómete otra galleta. De hecho, insistiré en que te comas todas las galletas que están en el plato antes de subir.

—Pero son como veinte galletas.

—Entonces será mejor que empieces —dijo con un tono juguetón—. Y, mientras te comes todo eso, puedes contarme qué has estado haciendo cada día desde la última vez que te vi. Y quiero detalles. Sabes que me encantan los detalles.

—Pero son… muchos días. No nos vemos desde…

—El veintidós de mayo —añadió Martha—. Después de que tú y ese chico rompierais y vinieras aquí llorando, y yo te preparé un sándwich de queso fundido y una sopa de tomate como cuando tenías diez años.

—No lloré —murmuró Nick con la boca llena de galletas de mantequilla de cacahuete.

—Ah, perdona —dijo—. Debías de tener la cara mojada por una lluvia invisible. Quiero que me cuentes lo que pasó durante cada día, Nicky. Y sabré si te saltaste alguno.

***

Cuando Nick logró escapar y subir a la habitación de Seth, se sentía más lleno de lo que había estado en su vida. Había llegado al dos de julio y había comido dieciocho galletas antes de que Martha lo interrumpiera de repente y le dijera que ya podía subir. Si sirvió de algo fue para confirmarle que tenía una gran memoria y la capacidad física de comer una cantidad absurda de galletas. Ambas eran cosas buenas.

La vieja escalera de madera crujió bajo sus pies mientras su mano se deslizaba por la barandilla. La pared a su derecha estaba cubierta de fotografías enmarcadas: Bob y Martha con el pelo largo y pantalones anchos, Bob y Martha de vacaciones frente a una paca de heno gigante, Bob y Martha y un pequeño Seth en el parque con nieve a su alrededor.

Y Nick también estaba en alguna que otra foto. Nick y Seth en un fuerte de mantas, Nick y Seth disfrazados de Jean Grey y Lobezno (Nick tenía nueve años, ¿vale?), Nick y Seth en el muelle con algodones de azúcar de color rosa casi tan grandes como ellos. Nick y Seth sentados frente a la televisión, hombro con hombro, Nick con la cabeza hacia atrás riendo y Seth sonriendo en silencio.

Era la prueba física de una buena vida, una pared llena de momentos compartidos, algunos de los cuales Nick había olvidado.

Y, como siempre, Nick se detuvo cerca del final de la escalera frente a una fotografía en particular. El marco estaba viejo y algo desgastado, y el cristal tenía una pequeña grieta en la esquina derecha. Las personas en la foto se veían algo borrosas y desenfocadas, pero le recordaba a la foto que tenía con su madre cerca del faro.

En esta, Seth tenía cuatro años y estaba sentado sobre los hombros de un hombre delgado con gafas y algunas entradas de calvicie. Tenía las manos sobre los tobillos de Seth y él levantaba las suyas en lo alto, formando dos puños diminutos. A un lado del hombre, había una mujer que miraba a Seth con una sonrisa que Nick reconocía en él constantemente.

Nick no había llegado a conocer a esas dos personas. Habían fallecido mucho antes del día del columpio y Seth tenía muy pocos recuerdos de ellos, pero los atesoraba como un dragón a su oro. Nick conocía algunos, pero no todos. No le importaba. Era consciente de que, a veces, había cosas que necesitaban mantenerse ocultas en las sombras porque, si quedaban expuestas a demasiada luz, se desvanecerían.

Se preguntó si Seth hablaba con ellos como Nick lo hacía con su madre.

Siguió caminando.

Había tres puertas en el pasillo al final de la escalera. La puerta de la derecha llevaba al único baño de la casa. La puerta de la izquierda era la habitación de Martha y Bob, completamente de madera y con algunos adornos de encaje, para consternación de Bob.

La última puerta al final del pasillo tenía un letrero bastante maltratado.

HABITACIÓN DE SETH.

Llamó a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó una voz ronca desde el otro lado.

Nick frunció el ceño y sacudió la cabeza antes de abrir la puerta.

Del techo colgaba una maqueta a escala del biplano amarillo Curtiss JN-4 de 1918. La hélice estaba rota, esa había sido la contribución de Nick a un proyecto que había empezado bien, pero que lo había aburrido hasta el borde de la locura. No era porque no quisiera quedarse quieto durante seis horas para montar un avión a escala, sino que simplemente no tenía la capacidad para hacerlo. Así que, cuando ya habían pasado tres horas, estaba tan inquieto que rompió por accidente la hélice, y el sonido al quebrarse le hizo mirar sus manos horrorizado. Pero Seth solo se encogió de hombros y dijo que ahora el avión parecería como si hubiera estado en la guerra, lo que lo hacía mejor.

Así de bueno era Seth.

Había estanterías llenas de cientos de libros, la mayoría de los cuales Nick jamás había tocado y nunca leería. Sin embargo, también tenía un estante lleno de novelas gráficas y pilas de cómics que Nick le había regalado. Y Seth leyó cada una de ellas obedientemente. O, al menos, intentaba hacerlo, pero Nick se entusiasmaba tanto cuando veía un cómic en las manos de su mejor amigo que se sentaba a su lado y le señalaba cada viñeta por detrás y le contaba la historia completa para que Seth no se perdiera. Al principio, le preocupaba que no le gustaran (o peor, que pensara que eran estúpidas), pero no había sido así. Se pasaban horas hablando de héroes y villanos, y no tenía problema en dejar que Nick hablara sobre lo grandiosa que era Tormenta o lo violento que podía ser Venom.

Ahora era todo diferente, desde que aparecieron Shadow Star y Pyro Storm. Ellos eran cómics hechos realidad, ahí mismo en su ciudad. Nick ya conocía a los Extraordinarios, pero eran más bien leyendas de lugares muy lejanos. No fue hasta que vio con sus propios ojos a Pyro Storm

volando o a Shadow Star trepando por la pared de un edificio que entendió lo asombrosos que podían ser. Después de que Guardián desapareciera por razones desconocidas años atrás, la idea de los Extraordinarios había sido algo que los ciudadanos de Ciudad Nova solo veían en la televisión y en las pantallas de sus ordenadores. Era fácil pensar en ellos como algo ficticio. No fue hasta que Pyro Storm y Shadow Star se dieron a conocer que los Extraordinarios empezaron a importarles a la gente.

Cuando Nick se convirtiera en un Extraordinario y uniera fuerzas con Shadow Star, quizá alguien escribiría un cómic sobre él, repleto de viñetas coloridas con *¡POW!* y *¡BAM!* y actos heroicos contra las fuerzas del mal.

Hizo una nota mental para preparar una propuesta para Marvel, DC y Vertigo cuando obtuviera sus poderes. Después de todo, tenía que expandir su marca. Cómics, series y películas. Esperaba que contrataran a alguien con unos buenos abdominales para que lo interpretara a él. Le parecía que era lo correcto, aunque sería tener un poco de libertad creativa.

Seth estaba tumbado en la cama, apoyado en dos almohadas. Tenía el edredón subido hasta la barbilla y miraba a Nick con los ojos bien abiertos. Tenía un poco de sudor en la frente.

—¡Hola! —dijo con una voz chillona. Tosió. Luego, añadió con una voz más ronca—: Hola.

—Hola —respondió Nick, cerrando la puerta detrás de él—. ¿Te estás muriendo?

—Mmm. ¿No?

—Eso está bien —dijo Nick, dejando caer su mochila al suelo—. Porque Martha me ha contado que hay fantasmas aquí y realmente sería una mierda si te mueres y quedaras atrapado como ellos. No sé cómo me sentiría si tuviera que echar sal a tus huesos para luego quemarlos.

Seth lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Fan… Fantasmas?

—Sí, fantasmas —repitió Nick, frunciendo el ceño—. Hablando de eso, no puedo creer que no me hayas contado que tu casa solía ser un manicomio para pacientes con tuberculosis y que ahora está embrujada. Es la clase de información que le tienes que contar a tu mejor amigo.

—¿Un manicomio… para pacientes… con tuberculosis?

El resfriado debió haberle afectado el cerebro. Sonaba como si no supiera nada de lo que Nick decía.

—Sí —respondió Nick lentamente—. Un manicomio para pacientes con tuberculosis. Tu tía me lo acaba de contar. ¿No escuchaste las pisadas en la escalera y la puerta que se cerró de golpe? —preguntó y miró a su alrededor, aterrado—. Dios mío, ¿está aquí ahora mismo?

—Ah —dijo Seth—. Cierto. ¡Los fantasmas! Lo siento, creí que estabas hablando de otra cosa. Esta gripe, amigo, me está dejando muy atontado.

—Creí que era solo un resfriado.

Seth asintió furiosamente.

—Sí, cierto, un resfriado. Eso es exactamente lo que quise decir. —Tosió bruscamente—. Ah, cielos, es muy grave. Me encuentro tan mal. Deberías irte porque es muy contagioso y no quiero que tú también caigas enfermo.

—Comí naranjas —respondió Nick, sentándose en el borde de la cama. Seth apartó los pies para hacer espacio.

—No recuerdo haberte visto comer naranjas antes.

—¿Por qué todo el mundo me dice eso hoy? —se preguntó Nick en voz alta—. Yo como frutas, sabes. Tal vez no constantemente, pero lo hago.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste una naranja?

Nick no recordaba haber comido una naranja en los últimos tres años.

—Esta mañana. Así que estoy lleno de vitamina C y, por lo tanto, soy inmune a tu enfermedad.

—Bueno, más vale prevenir que curar —dijo Seth, tapándose aún más con el edredón—. Probablemente sea mejor que vuelvas a tu casa y hablemos por teléfono.

Nick se encogió de hombros.

—Pero ya estoy aquí. Y si me vas a contagiar, ya es tarde.

Seth suspiró.

—¿Estás bien? Estás actuando un poco raro.

—Estoy bien —respondió Seth—. Es solo que, ya sabes. Las medicinas y todo eso. —Tosió de nuevo.

Seth necesitaba cuidarse más.

—¿Quieres que te traiga algo? Iba a traerte una sopa, pero no tenía dinero, así que no lo hice.

—La intención es lo que cuenta, supongo.

—¿Verdad? De nada.

—Eres puro corazón, Nicky.

Nick abrió la boca para decir algo sobre lo aburrido que había sido el día o que se había peleado con su padre, o quizá sobre cómo Shadow Star y Pyro Storm habían peleado la noche anterior. Podría haber dicho cualquier cosa. Pero su boca fue interceptada por la parte rebelde de su cerebro y dijo:

—Ayer me diste un beso en la mejilla.

Los ojos de Seth se abrieron de par en par por encima del edredón.

—Ah… ¿sí?

—Vaya… —suspiró Nick—. No quería sacar el tema. Tenía pensado hacerlo dentro de cinco o seis semanas.

—Y, aun así, ahí está.

—¿Verdad? Soy más valiente de lo que creía. —Esbozó una sonrisa—. Voy a ser un gran

Extraordinario.

—Es raro que no me parezca raro seguir tu línea de pensamiento.

—Hablas el idioma Nick con fluidez, supongo.

—Años de práctica.

Nick estaba a punto de estallar.

—Bueno, ¡el beso! ¡Tenemos que hablar del beso!

Seth hizo una mueca de incomodidad.

—Preferiría que no, si no te molesta.

Nick le dio una palmada a su pie bajo el edredón. Le pareció como si llevara puesta una bota, pero debían de ser las mantas. Seth nunca llevaría botas en la cama. Sería ridículo.

—Demasiado tarde. Ya estamos hablando de eso.

—No es para tanto.

Al escuchar eso, Nick sintió un nudo en el estómago que casi percibió como de decepción.

—Ah.

—Quiero decir, los amigos hacen eso todo el tiempo.

—Ah, ¿sí?

Seth se encogió de hombros.

—Sí, leí que sí.

—¿Qué? ¿Dónde?

Seth estaba sudando cada vez más.

—En internet.

—¿Dónde encontraste eso? —exigió Nick—. ¡Intenté buscarlo y lo único que encontré fueron cuestionarios sobre mi desempeño en la cama que definitivamente no hice! —Había hecho tres. Según uno de ellos, era una mujer moderna de día y una tigresa en la cama de noche. No sabía qué hacer con esa información. Los tigres molaban y todo eso, pero no creía tener la actitud de una mujer moderna.

Seth bajó un poco el edredón.

—¿Por qué estabas buscando eso?

Nick palideció.

—Mmm, por razones para nada relacionadas con el tema en cuestión.

—¿En serio?

—Sí —respondió Nick, a la defensiva. Su piel se sentía cada vez más caliente y se preguntaba si ya se había contagiado—. Sabes que me gusta buscar cosas. Es algo típico de mí.

Seth lo miró de un modo extraño. Si Nick no lo conociera, creería que Seth parecía casi… esperanzado.

—Yo solo… no sé. Sentía que era lo que debía hacer. Me iba a enfrentar a… toda esa

inundación y no quería hacerlo sin despedirme de ti.

—Toda esa inundación —repitió Nick.

—Sí.

—Y por eso me besaste.

—En la mejilla. Estás actuando como si te hubiera metido la lengua en…

—Oye —susurró Nick—. No estoy actuando así en absoluto.

Entonces un pensamiento hizo que Nick frunciera el ceño.

—¿Vas por ahí besando a mucha gente?

—¿Qué? ¡No!

—¿Qué pasó con tu novia y/o novio secreto?

Seth gimió de exasperación.

—No tengo ninguna novia y/o novio secreto. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Muchas —respondió Nick—. Porque no te creo. Ya sé que a veces puedo ser bastante tonto, pero no puedes esperar que me crea que estuviste haciendo un voluntariado en el refugio de animales durante todo el verano.

—Es verdad. ¡Necesitaban voluntarios y tenía que ayudar! —dijo Seth.

—Por los animales.

—Exacto.

Nick estaba empezando a enfadarse un poco.

—Pero ¿por qué? Quiero decir, entiendo que es lo correcto porque los gatos y los perros son geniales, pero ¿te necesitan ahí todo el tiempo? ¿Tuvieron un problema de inundación y al único que llamaron es a ti? Es como si les pertenecieras. —Entonces a Nick le asaltó otro pensamiento —. ¿Les perteneces? ¿Eres parte de una especie de mafia secreta que controla los refugios de la Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales? ¿Te están vigilando con micrófonos? ¿Nos están escuchando ahora mismo? —Levantó la mirada hacia el biplano, ya que era el lugar perfecto para ocultar un micrófono.

—Madre mía. ¿Cómo demonios has pasado de un voluntariado a la mafia?

—Es mejor no hacerse esas preguntas —respondió Nick—. Y me acabo de dar cuenta de que no lo has negado. Si quieres que te llevemos a un piso franco, tose una vez. De hecho, no tengo ningún escondite en mente, pero tengo cuarenta dólares en billetes de un dólar bajo mi colchón, creo que será suficiente para alquilar uno de esos hoteles en el centro que se alquilan por horas.

—Nicky, no hay ninguna mafia.

—Tal vez eso es lo que quieren que…

—Nick —dijo Seth entre dientes y eso hizo que Nick se callara. Porque Seth, por más tolerante y maravilloso que fuera, parecía exasperado. Nick ya había visto esa expresión antes, pero nunca en él. La había visto en los profesores. En otros niños. En extraños. Era la mirada.

Como si Nick hubiera hablado demasiado. O hubiera ido demasiado lejos. O hubiera dicho algo tan estúpido, loco y descabellado que era imposible entender cómo semejantes palabras podían salir de una persona cuerda y normal. Sí, muchas personas le habían lanzado esa mirada en su vida, pero nunca alguien que él quería.

Hasta hoy.

Su padre. Seth. Las dos personas más importantes para él.

No sabía cómo gestionar eso. Le dolía de maneras que no había anticipado. No lo podía evitar y quizá ese era parte del problema. Quizá le daba demasiada importancia a todo. Y quizá, solo quizá, Seth se estaba cansando.

—Mmm —dijo Nick, inseguro sobre qué hacer. Le temblaban las manos, así que decidió frotarlas contra los vaqueros—. No quise decir…

Seth resopló.

—Sea lo que sea que tengas en la cabeza ahora mismo, tienes que parar. No es nada malo.

Y eso era exactamente lo que alguien diría cuando algo sí era malo.

—Tal vez debería volver a mi casa. —Eso sonaba bien. Podría volver a casa y encerrarse en su habitación. Podría hacer los deberes y ser un buen hijo y, tal vez, cuando Seth se sintiera mejor, podrían olvidar todo esto.

No debería haber comido tantas galletas.

—No quiero que tú… —empezó a decir Seth y se sentó en la cama. Al hacerlo, el edredón cayó hasta su pecho. Llevaba puesta una camiseta blanca y, por un momento, Nick se distrajo por lo fuerte que parecía su pecho, lo marcadas que estaban sus clavículas, hasta que vio que tenía un golpe en el cuello, una mancha morada que casi parecía…

—¿Es eso un chupetón? —preguntó Nick, con voz aguda.

Seth se tapó rápidamente el golpe con una mano, pero era tan grande que los bordes aún se asomaban por debajo de sus dedos. O alguien había pegado su enorme boca en el cuello o estaba herido, por alguna razón.

—No es un chupetón.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te duele? ¿Puedo tocarlo?

Seth se sonrojó.

—No puedes tocarlo… Está bien. No es nada. Es solo… un golpe. Me lo hice en el sótano.

Nick asintió con solemnidad.

—Con la lavadora. Tu tía me contó que está estropeada.

—Sí, exacto. Estaba intentando repararla. El motor está roto.

—Creí que era la válvula de filtración.

—Mmm. Sí, eso quise decir. La válvula está rota.

—Ah.

Seth suspiró una vez más.

—Nick, mira. No hay ninguna mafia de refugios de animales. No tengo ninguna novia y/o novio secreto. —Hizo una pausa, respiró hondo y añadió—: Y siento haberte besado en la mejilla. Yo… no debería haberlo hecho. Ya sé que tú no…

—Está bien —se apresuró a decir Nick, ya que no quería que Seth se retractara totalmente. ¿Verdad? Verdad—. Es solo que… me sorprendió. Eso es todo. Ya sabes. Tú nunca habías hecho eso antes.

Seth bajó la mirada hacia sus manos.

—Bueno, puede que nunca tuviera un motivo para hacerlo.

Nick sentía que estaba ardiendo.

—¿Y ahora sí?

Seth se encogió de hombros.

—Hay… cosas sobre mí. Cosas que no te he contado. No porque no confíe en ti, sino porque quiero… No sé cómo me verías. Después.

—¿Qué cosas?

—No lo entenderías.

Eso casi sonaba como un insulto, pero Nick contuvo el dolor en su expresión.

—¿Por qué?

Seth levantó el rostro con una expresión feroz. Le resultaba familiar, aunque Nick no sabía por qué.

—Tienes esta… idea sobre lo que significa ser un Extraordinario. Crees que es un don, algo que resolverá todos tus problemas. Pero no es así. No tienes ni idea de lo que les hace a las personas y lo fácil que sería simplemente dejar que todo siga su rumbo. Tan solo dejar que las cosas malas sucedan. Pero no puedes.

—Yo nunca haría eso —espetó Nick—. Cuando me convierta en un Extraordinario, haré el bien. Para todos. Nunca querría dejar de serlo.

Seth rio con amargura.

—Eso dices ahora. Solo espera a que…

—Ya sé que tú nunca quisiste esto —dijo Nick, poniéndose de pie. Su cabeza casi golpea el biplano—. No tanto como yo. Y eso está bien. Es tu elección. Esta es la mía.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres esto?

Nick negó con la cabeza.

—Ya te lo dije.

—Sí, por Shadow Star. Porque crees que es esta persona que has construido en tu cabeza. Pero ¿y si no se parece en nada a cómo te lo imaginas? ¿Y si lo que encuentras te decepciona?

—No —dijo Nick, dando un paso hacia atrás—. No… Está bien, antes era por eso. Y puede

que una parte aún lo siga siendo. Porque él es increíble y valiente, y nadie puede convencerme de lo contrario. Solo porque tú no puedas hacer lo que él hace, no significa que puedas hablar mal de él.

—¿Qué ha cambiado? ¿Por qué ahora quieres ser uno de ellos?

Nick empezó a sentirse inquieto. Sentía como si su cerebro fuera a salirse por las orejas.

—Por la gente. Para mantenerlos a salvo. Shadow Star no puede hacerlo todo solo, ¿verdad? Necesita mi ayuda. Si yo puedo hacerlo, si realmente puedo ayudarlo, entonces eso también ayudará a Ciudad Nova y, por lo tanto, a mi padre. Y así tal vez deje de odiarme por ser como soy.

Seth parecía sorprendido.

—Nick, tu padre no te odia. No odia nada de ti.

Nick empezó a mover los dedos desenfrenadamente.

—Esta mañana parecía que sí cuando me preguntó por qué tenía que ser como era.

—¿Estás seguro de que eso fue lo que dijo? Tiendes a… exagerar las cosas.

Ahora sí, Nick realmente quería volver a su casa. Las paredes se estaban cerrando a su alrededor y sus pensamientos revueltos estaban llenos de rabia.

—Genial. No sabía que pensabas eso de mí. —Se agachó y recogió su mochila del suelo—. Lo tendré en cuenta para el futuro.

Pero antes de que pudiera girarse hacia la puerta, Seth intentó levantarse de la cama. Sacó sus piernas de debajo del edredón. Nick no se había equivocado. Seth llevaba botas. Y unos pantalones de chándal muy ajustados. Y la camiseta bien apretada al pecho y los hombros. Seth soltó un quejido y se agarró el estómago con ambas manos, apretando los dientes.

Nick dio un paso hacia atrás. Este no era el Seth que conocía. El Seth que *él* conocía era gordito, llevaba jerséis y pajaritas y, a veces, se mordía la lengua cuando estaba muy concentrado. Era resiliente, de fiar y hacía que Nick se sintiera importante.

Este Seth parecía muy fuerte, aunque pareciera estar sufriendo. Los músculos de sus brazos se tensaron cuando se sujetó el estómago, respirando con fuerza por la nariz. Parecía como si no hubiera perdido peso (excepto en la cara), sino como si lo hubiera redistribuido por todo su cuerpo y transformado en músculos.

Nick no sabía qué hacer con eso, sobre todo porque su cerebro parecía haber entrado en cortocircuito.

—Estás cachas —dijo Nick estúpidamente—. ¿Por qué estás tan musculoso?

Seth rio entre dientes.

—Trabajo duro.

—¿Por qué no lo noté antes? —preguntó Nick.

—Puede que porque no siempre prestas atención a lo que tienes delante de ti.

Eso dolió más de lo que Nick creía que dolería. Porque lo único que podía escuchar en esas palabras era a su padre preguntándole por qué tenía que ser como era.

—Eso no es justo. Sabes perfectamente cómo funciona mi cabeza…

—Sí, lo sé —dijo Seth—. Sé exactamente cómo funciona tu cabeza. Pero no puede ser siempre una excusa, Nick. No para siempre. ¿Quieres ser un Extraordinario? Bien, hay un autobús lleno de niños que está a punto de caer por un puente. Hay un edificio de viviendas a quince kilómetros que se está incendiando y está a punto de derrumbarse con muchas personas que no pueden escapar. ¿A quién salvas?

—Yo no… Eso no…

Seth lo miró, furioso.

—¿A quién salvas, Nick? Quieres ayudar a la ciudad, ¿verdad? Eso fue lo que dijiste. Quieres ayudar a la ciudad, a la gente, a tu padre. ¿A quién salvas?

—Yo ayudaría a uno —dijo Nick—. Y Shadow Star ayudaría a los otros. Así todos estarían a salvo y nadie tendría que salir herido. Y quizá hasta pueda convencer a Pyro Storm de que nos ayude a apagar el incendio, porque no puede ser tan malo…

—Qué divertido —musitó Seth, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Tienes fe, Nick. Eso es bueno. Pero no es suficiente.

Nick se enfureció.

—¿Qué cojones te pasa, tío? Lo único que quería era venir y ver cómo estabas…

—Aunque te haya dicho que no lo hicieras…

—… y ahora estás lleno de golpes y músculos y usas botas en la cama…

—Es mi casa y hago lo que quiero.

—… y me empiezas a hacer preguntas o lo que sea, y hablas mal de Shadow Star, el mejor Extraordinario vivo que existe. Quizá no quieres que me guste. Ni Pyro Storm. Quizá estás celoso…

La risa de Seth sonó casi histérica.

—¿Yo? ¿Celoso? ¿De unos Extraordinarios? Ni siquiera… —Ladeó la cabeza—. Ah. De hecho, eso tiene mucho sentido.

Nick no esperaba eso.

—¿En serio? Quiero decir, claro que tiene sentido. Estás celoso de… y…, mmm. Bueno, espera. ¿Por qué estás celoso?

Seth lo miró de nuevo. Nick vio que tenía ese mismo destello extraño en sus ojos.

—Estoy aquí, ¿sabes? Siempre lo he estado, desde hace mucho tiempo.

Nick estaba confundido.

—Ya lo sé.

—Y luego aparece Owen y tú…

—Un sexy error del que me arrepiento —admitió Nick—. Culpo a mis hormonas adolescentes y eso que sabe hacer con la lengua. —Hizo una mueca de incomodidad por lo que acababa de decir—. Vaya, eso me hace parecer horrible.

—Y ahora tienes este estúpido enamoramiento con Shadow Star…

—No —lo interrumpió Nick—. No… es estúpido, ¿de acuerdo? Él me salvó y sabe quién soy sin que se lo hubiera dicho, lo que significa que le gusto o algo por el estilo, y si no es así, puedo enseñarle que puedo ser…

—¿Quién es, Nick?

Luego se detuvo.

—¿Qué?

Seth lo miró con intensidad.

—¿Quién es? Es Shadow Star. Pero ¿quién es la persona detrás de la máscara?

—Eso no me importa.

—Si lo descubrieras, te importaría. Podría cambiarlo todo. ¿Y si fuera yo?

Nicholas Bell hizo la que probablemente fue la cosa más estúpida de una vida muy corta llena de cosas estúpidas. No era su intención, por supuesto. Fue un acto reflejo. No creía que hubiera podido evitarlo, aunque hubiera querido.

Se rio. *Se* rio porque la idea de que Seth, de todas las personas en el mundo, fuera Shadow Star era tan absurda que no podía ni siquiera imaginarla.

Seth endureció más su expresión.

—Lo siento —jadeó Nick, intentando contener la risa, pero fracasando espectacularmente—. Eres Seth. No hay manera de que tú… Quiero decir, es absurdo. Vamos. No hagas eso. No tienes que ser él. Tú estás bien como eres. Además, no me lo ocultarías, ¿verdad? Si fueras Shadow Star, me lo contarías. Es simplemente… una tontería.

Seth asintió con firmeza.

—Sí, una tontería. Claro. No sé qué estaba pensando.

Nick sacudió sus brazos y piernas. La conversación se había salido de control.

—Ah, vamos, espera. No lo dije en ese sentido. Tú eres mi persona favorita en todo el mundo junto a mi padre. Lo sabes, ¿verdad? Tú no eres tonto.

—Pero la idea de que yo sea un Extraordinario, sí.

Nick sentía que estaba sobre un lago congelado y se estaba empezando a agrietar la superficie bajo sus pies.

—No sé qué quieres decir.

—Te di un beso en la mejilla.

Nick se sonrojó una vez más.

—Eh… sí.

Seth apartó la mirada.

—Deberías irte.

Nick parpadeó, confundido.

—Espera, ¿qué? ¿Qué he hecho? ¿Estás enfadado conmigo?

Seth esbozó una sonrisa tensa.

—Quiero estar solo. Estoy enfermo, ¿recuerdas? No quiero contagiarte nada.

—Todavía tenemos que hablar sobre cuando yo me convierta…

—Por favor. Solo… vete.

Y como Nick nunca sabía qué hacer cuando Seth le decía por favor, se dio la vuelta y se fue. Antes de cerrar la puerta, se volvió hacia la habitación. Seth estaba sentado en la cama, con la cara entre las manos.

Se fue, cerrando la puerta a sus espaldas.

***

Bob estaba esperándolo a los pies de la escalera. Llevaba un mono manchado con grasa y parecía más viejo de lo que Nick recordaba, las arrugas que rodeaban sus ojos y boca se veían mucho más profundas. Tenía varias canas a los lados de la cabeza. Nick podía escuchar a Martha en la cocina.

—Nicky —dijo Bob, con voz grave—. ¿Todo bien? —No, la verdad que no. Sacudió la cabeza—. Escuché voces elevadas.

Nick hizo una mueca de incomodidad.

—Lo siento. Fue solo un intercambio de ideas.

—¿Estáis bien?

Nick no sabía qué responder. Ni siquiera sabía por qué habían discutido. Solo sabía que estaba enfadado con casi todo el mundo, principalmente por razones que no tenían sentido. No estaba seguro de si eso incluía a Seth.

—Siento decirte que tu sobrino es un imbécil. —Bueno, tal vez sí incluía a Seth.

Bob apenas reaccionó.

—Es adolescente. Es de esperar que sea así.

—Entonces yo también lo soy.

—¿Un adolescente o un idiota?

A Nick le gustaba mucho Bob.

—Ambas cosas.

Bob asintió lentamente.

—Parece que las cosas están cambiando.

—Dímelo a mí —murmuró Nick, tirando de una de las correas de su mochila—. ¿Desde

cuándo Seth tiene los bíceps tan marcados?

Bob rio entre dientes.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? Está creciendo, supongo.

—No es justo. Él tiene músculos y yo un bigote raro que me hace parecer como si todas las tardes me pusiera una gabardina y le mostrara mis partes a la gente en la calle.

—Eso fue… incómodamente específico.

Nick suspiró.

—Tiendo a hacer eso.

—Ya tendrás lo tuyo —dijo Bob, dándole una palmada en el hombro—. Él está pasando por muchas cosas ahora mismo. Más de las que podrías imaginar.

—¿Por qué no me lo quiere contar? —insistió Nick, sintiéndose repentinamente agotado—. Soy su mejor amigo. Puede contarme lo que sea. Siempre ha sido así.

—¿Puede hacerlo? —preguntó Bob—. Tal vez necesita que se lo digas tú.

Uff. Eso fue un golpe directo, pero justo.

—Intento ser un buen amigo, pero a veces surgen otras cosas y me quedo atrapado en mi propia cabeza y me olvido de lo que debería estar haciendo en lugar de lo que quiero hacer.

—Así es la vida. Pasan cosas. Es difícil. A veces, las personas se distancian, toman caminos diferentes. Pero eso no significa que se quieran menos.

Nick lo miró horrorizado.

—Eso no pasará. Yo voy a estar con Seth para siempre.

Los labios de Bob temblaron levemente.

—Era… de esperar. ¿Y si él te dijera lo mismo?

Nick se sonrojó con intensidad.

—Yo… Eso sería… ¿genial?

—Ah, entonces si te enteras de que él está enamorado de ti…

—¡Robert Gray! —gritó Martha furiosa, saliendo de la cocina con un trapo en las manos—. Cierra esa boca ahora mismo.

Bob la miró con desdén.

—Alguien tenía que decirlo. ¿No estás cansada de tantos suspiros? Vamos, por todos los cielos, Martha, tienes suerte de que no le contara que Seth es…

Le tapó la boca con el trapo y le lanzó una mirada fulminante.

Él levantó las cejas.

Ambos se volvieron para mirar a Nick, quien estaba en medio de un colapso de su sistema nervioso.

—Ay, cielos —dijo Martha, quitándole el trapo de la boca a su marido—. Creo que lo has roto.

Bob le tocó una mejilla.

—Imagina cómo reaccionaría si le contara lo otro.

—Robert Gray.

Sus ojos brillaban cuando añadió:

—Probablemente sea mejor contarle una cosa a la vez.

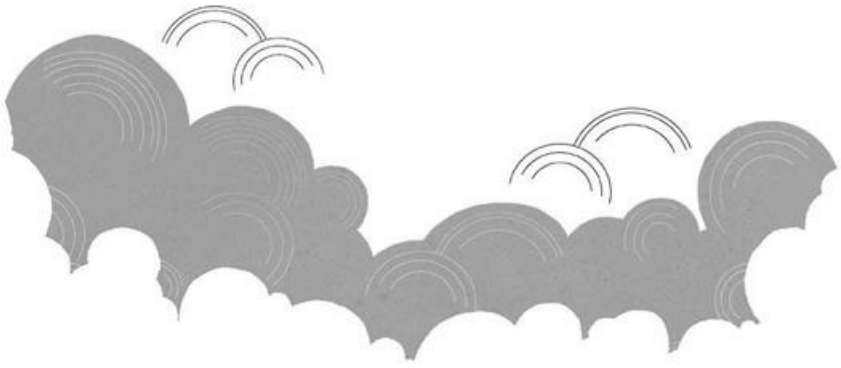
—¿Qué? Ay, viejo bribón. Ya recibirás lo tuyo, te lo aseguro.

—Eso espero —dijo Bob y le dio un beso en la mejilla.

Tres minutos más tarde, Nick se encontró de pie en el porche de la casa de los Gray con un plato de galletas en la mano, mientras Martha cerraba la puerta detrás de él, diciéndole que regresara cuando pudiera.

Tardó al menos otros diez minutos en conseguir que sus piernas volvieran a funcionar.

No recordaba gran cosa del camino de regreso a su casa.



11

Es bien sabido que, con independencia de qué otras cualidades puedan tener, los adolescentes son inherentemente estúpidos.

Ah, intentan actuar como si no lo fueran, pero sus egos no les permiten alcanzar tanta magnanimidad. Se pavonean como perritos de exposición con una inmerecida sensación de logro. Pueden ser maleducados y, sobre todo, tontos, ya que su falta de conciencia de sí mismos y del espacio hace que sea un milagro que hayan sobrevivido tanto para hinchar sus pechos saturados de desodorante corporal y una cantidad absurda de productos para el pelo.

El problema con todo esto es que, a veces, pueden ocurrir ciertos acontecimientos que rompen esa coraza de inutilidad adolescente.

Nicholas Bell era un adolescente estúpido. Era parcialmente consciente de este hecho, pero no importaba. Estaba absolutamente convencido de que podía convertirse en un Extraordinario y que estaba destinado a ser algo más. Tal vez no era un perrito de exposición, pero sí creía que, de algún modo, era invencible.

O así solía ser, por supuesto, hasta que Bob Gray abrió la boca y dijo algo que cambió por completo su visión del mundo.

—Oh, por Dios —dijo Nick cuando estaba en la cama, con los ojos fijos en el techo.

»Oh, por Dios —repitió Nick tres horas después, con los ojos fijos todavía en el techo.

Su madre le sonreía, como siempre hacía.

***

Además de ser inherentemente estúpidos, la mayoría de los adolescentes suelen tener una capacidad de atención que deja mucho que desear. Ahora bien, imagina un adolescente inherentemente estúpido que sufre de la variable más hiperactiva del trastorno de déficit de atención, que solo es posible regular con algo que lleva el ridículo nombre de Concentra, y a eso súmale que, por cosas del destino, este mismo adolescente solo tuvo una o dos horas de sueño antes de que sonara el despertador y bajara con cierta pesadez por las escaleras como una especie de masa amorfa.

Solo para llegar a la cocina y recordar lo furioso que estaba con su padre.

—Mierda —musitó cuando lo vio en la cocina y los acontecimientos del día anterior irrumpieron en la neblina de su mente.

Su padre gruñó como respuesta.

En la encimera había un tazón vacío junto a una caja de cereales y un brik de leche. Esto fue casi suficiente para distraerlo, ya que recordó una de sus aventuras nocturnas de internet en la que había descubierto que los canadienses usaban bolsas de leche en lugar de cartones o botellas. Algo que nunca entendería. Pero entonces recordó a su padre preguntándole por qué tenía que ser así y se olvidó por completo de las bolsas de leche canadienses. Su almuerzo lo esperaba en una bolsa de papel marrón junto a la leche.

Ya habían tenido otras discusiones antes. Al fin y al cabo, eran dos hombres que vivían bajo el mismo techo, así que era de esperar. Sin embargo, incluso después del «Gran romance de Nick y Owen», cuando a Nick no le estaba yendo muy bien en el instituto y su padre le había dado la charla sobre cómo iban a cambiar las cosas, nunca se había sentido… así. Como si fuera una carga.

Su padre estaba reclinado sobre la encimera con el periódico en las manos, pero Nick sabía que no lo estaba leyendo. Estaba esperando a ver de qué humor se había levantado Nick.

Bueno, dos personas podían jugar a este juego, porque Nick estaba de muy mal humor. Pero no era el típico mal humor de «Odio todo porque mis sentimientos son reales y válidos», típico de los adolescentes de dieciséis años con crisis de identidad. No, *este* mal humor también tenía algo de «El tío de mi mejor amigo me dijo que mi mejor amigo quiere hacerme cariñitos y esas cosas» y también un poco de «Desearía tener superpoderes, pero no me está yendo muy bien el conseguirlos».

Era sin duda el peor de los humores, y probablemente era la única persona en todo el mundo que se sentía así. Nunca nadie lo entendería.

Los cereales eran de una marca poco conocida. Se llamaban «Bollitos de canela». Nick se preguntaba si esta era la forma de disculparse de su padre, ya que no tenía permitido comer esas cosas, dada la cantidad de azúcar que tenía cada cucharada. Se acercó con desconfianza, ya que estaba seguro de que abriría la caja y se encontraría con unos cereales de avena, como si le estuviera diciendo: «Vete a la mierda».

Imaginaos su sorpresa cuando los sirvió en su tazón y vio que realmente eran los Bollitos de canela.

Había una pastilla junto a la cuchara sobre la mesa, por lo que todo el tema de los cereales dejó de tener sentido.

Pero fue entonces cuando a Nick se le ocurrió una idea terrible mientras vertía la leche sobre los cereales. Una idea de la que estaba seguro que probablemente terminaría arrepintiéndose, pero en este momento parecía tener todo el sentido del mundo.

—Voy a tomarme la pastilla —anunció con grandilocuencia.

Su padre levantó la mirada del periódico, algo confundido.

Nick se aseguró de que lo estuviera mirando mientras se la metía en la boca.

Tragó y su nuez de Adán subió y bajó.

Su padre bajó la mirada de nuevo hacia el periódico.

Nick se sacó la pastilla de debajo de la lengua y la sostuvo entre sus dedos, decidido. La guardó en el bolsillo. Le había dejado un gusto amargo en la boca, pero a los pocos segundos no fue nada más que un recuerdo lejano detrás del sabor a canela de algo que apenas tenía forma de pan.

¿Su padre quería que fuera alguien diferente?

Bien.

Terminó de desayunar.

Llevó el tazón al fregadero. Guardó la leche en la nevera.

Cogió su mochila después de guardar la comida y se dio la vuelta para salir de la cocina.

—Nick.

Se detuvo, convencido de que le habían pillado. Su padre había usado sus habilidades de superpolicía y había visto el momento exacto en el que Nick intentó esconder la pastilla. Lo llevaría a la comisaría para interrogarlo y luego le obligaría a repetir lo que Bob le había dicho el día anterior y lo confundido que todo eso lo había hecho sentir porque, si era sincero, Seth tenía los bíceps muy marcados al parecer, pero a él le gustaba el aspecto que tenía antes y, si realmente lo pensaba, quizá le gustaba cómo hablaba, respiraba y existía de maneras que nunca había pensado; y no quería parecer superficial si descubría que ahora estaba enamorado de su mejor amigo. Porque ¿qué pensarían de él ahora que Seth estaba cachas, con unos hombros inmensos, y decidía que quería tocarlos? No debería importar el aspecto físico de una persona, era el interior lo que contaba.

Y eso se contradecía con su destino con Shadow Star, porque ellos, obviamente, estaban destinados a estar juntos, ¿verdad? Nick escribía historias sobre él y tenía su autógrafo, y Shadow Star sabía su nombre. Debía significar algo. La vida sería mucho más fácil si Seth y Shadow Star fueran la misma persona, pero eso era ridículo. Porque Shadow Star era un superhéroe que salvaba a la ciudad de las fuerzas del mal, mientras que Seth debía lidiar con emergencias de gatos callejeros que, siendo honesto, no eran menos importantes, sino que eran importantes en una escala diferente.

A todo eso se le sumaba el hecho de que Nick debía convertirse en un Extraordinario para ayudar al grandullón que tenía delante, aunque no se sintiera precisamente caritativo en ese momento.

—¿Qué? —dijo, preguntándose si este era el momento en el que todo volvería a estar bien como antes.

Su padre lo miró fijamente durante un instante y luego suspiró.

—Que tengas un buen día en el instituto.

Nick tragó saliva, abrió la boca para decir algo, pero se dio la vuelta y salió de la cocina.

***

Iba un poco tarde cuando llegó a la estación de la calle Franklin. Jazz y Gibby lo estaban esperando en el banco junto a las escaleras. El tren de Seth llegaría en unos minutos, lo que significaba que Nick tendría un poco de tiempo para decidir qué hacer. Seth no les había mandado ningún mensaje para decir que no iba a ir a clase, así que Nick esperaba que apareciera en cualquier momento.

—Hola, Nicky —dijo Jazz cuando se acercó. Lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Estás bien? Pareces… empapado de sudor.

—Estoy bien —contestó, aunque su voz sonó algo chillona. Tosió y cambió la voz para que sonara al menos unas cuatro octavas más graves—. Estoy bien. —Sonaba como si estuviera gruñendo—. Mmm, ¿habéis visto a Seth?

Gibby entrecerró los ojos.

—No, ¿por qué?

—Por nada. Nada en absoluto. —Se rio con incomodidad—. ¿Por qué tendría que haber una razón para todo, todo el tiempo?

—¿Estás seguro de que estás bien? —preguntó Jazz, algo preocupada—. De verdad estás muy sudado.

—No es sudor. Es… lluvia.

—Qué raro —dijo Gibby—. No había ninguna nube hacía quince minutos.

—Un chubasco —añadió Nick, mirando a todos los lados de la estación. Todavía no había rastro de Seth—. Solo en mi calle. Una cosa rara. Tal vez nunca vuelva a ocurrir. Así que escuchadme. Este es el asunto: hoy va a ser un día raro y no podéis decir nada.

Jazz y Gibby intercambiaron una mirada y tuvieron una de sus conversaciones silenciosas que Nick nunca entendía. Se volvieron de nuevo hacia él.

—¿Por qué va a ser raro? —preguntó Gibby.

—Solo… porque… bueno. Sí, mmm, sentimientos. Y yo… Había fantasmas. Fantasmas de un manicomio para pacientes con tuberculosis. Y me dio unos Bollitos de canela esta mañana para disculparse, así que estoy un poco nervioso. Y todavía sigo enfadado. Pero ¿no sé con quién? Creo que con casi todo el mundo. No sé. ¿Está bien? Yo creo que sí. Y también está la fase tres. No sé. Es todo esto.

—Vaya… —susurró Jazz—. Eso fue… No sé qué fue eso.

—¿Por qué estás enfadado con nosotras? —preguntó Gibby.

Nick no estaba seguro, así que les dijo eso.

No parecían contentas.

—Parece que tienes mucho que solucionar —dijo Jazz sabiamente.

Nick se sintió aliviado.

—¿De verdad? Es solo que… estoy sintiendo todas estas cosas…

—Hola —dijo Seth desde detrás.

Bueno, cabe aclarar que nunca nadie se había enamorado de Nick. Sí, significaría aceptar que Bob estaba diciendo la verdad, pero como Nick nunca le había escuchado mentir sobre nada antes, no creía que hubiera elegido un peor momento para empezar a hacerlo.

En términos de la vida amorosa de Nicholas Bell, su experiencia era bastante corta. No era bajo ninguna circunstancia un experto en *l'art d'amour*. Por eso, cuando se enfrentaba con el hecho de que alguien a quien consideraba su mejor amigo, y con quien además se había peleado, quería pegar su cara contra la suya, Nick descubrió bastante rápido lo incómodas que podían ser las situaciones.

No ayudaba que Seth estuviera ahí parado de ese modo, vistiendo un chaleco de lana suelto sobre una camisa abotonada hasta el cuello, unos pantalones chinos, mocasines y un maldito pañuelo a lunares. ¿Cómo se atrevía?

—¡Seth! —gritó, mucho más fuerte de lo que esperaba—. ¡Colega! ¡Amigo! ¡Ey! ¡Hola! ¿Cómo estás?

Seth, por su parte, se lo tomó con calma, aunque sí parecía algo desconcertado por tener a su mejor amigo bastante sudado gritándole en la cara.

—Estoy bien.

Nick asintió furiosamente hasta el punto de sentir que estaba al borde de dislocarse el cuello.

—Bien, bien, bien, bien. Qué… bien. ¿Te sientes mejor? O sea… un poco. ¿Mejor?

—Sí —contestó lentamente—. ¿Estás bien?

—¡Nunca he estado mejor! —vociferó Nick, limpiándose la frente. Su mano quedó empapada —. Te he traído algo. —Metió la mano en la mochila y sacó el regalo que había parado a comprar en una tienda. Por eso no había cogido el tren de siempre—. ¡Es un caramelo mexicano! ¡Skwinkles Salsagheti!

—Ya veo —contestó Seth, mirando la bolsa de plástico que Nick prácticamente le había colocado a la fuerza en las manos—. Y me compraste esto porque…

Porque esa tienda, como la mayoría de las tiendas, estaban destinadas a la comunidad latina y no había Kit-Kats y esas cosas en toda la tienda. El ataque de frustración que tuvo ya no le permitiría regresar a esa tienda en particular.

—Me recordó a ti —dijo, a falta de una respuesta mejor.

—¿Qué está pasando? —le susurró Jazz a Gibby.

—No tengo ni idea —respondió Gibby con otro susurro—. A mí solo me gustan las chicas.

—Está… bien —dijo Seth—. Gracias. Supongo.

Nick asintió con tanta fuerza que le crujieron los huesos del cuello. Eso probablemente no era bueno.

—Sí, solo quería algo para mi mejor amigo. Mi bro. Mi brócoli. Mi brownie. Somos Bromeo y Compalieta. —Se obligó a cerrar la boca antes de empeorar las cosas.

Seth lo miró con extrañeza antes de sacudir la cabeza.

—Yo… Mira. Sobre lo que pasó ayer…

—No —lo interrumpió Nick, dando un paso hacia atrás—. No, no, no. No te preocupes por eso. Disfruta de tus Skwinkles Salsagheti. ¡Ándale!

Y con un movimiento del que probablemente se arrepentiría toda su vida, Nick se dio la vuelta y subió corriendo por las escaleras en dirección al instituto, dejando a sus amigos atrás.

***

Su día no mejoró mucho después de eso.

Le hicieron un examen sorpresa de Historia que estaba bastante seguro que suspendió.

Cuando le pidieron que explicara qué era un héroe byroniano en su clase de Literatura, terminó dando una presentación de tres minutos sobre los hábitos de apareamiento de las tortugas, hasta que la profesora decidió poner fin a su sufrimiento.

Estaba más nervioso de lo normal y, aunque sabía que tenía la pastilla triturada en el bolsillo, no se atrevía a tomarla. Quería demostrar algo. Aunque, quizá dejar de tomarla justo cuando estaba atravesando una crisis romántica que podía cambiarle la vida no era el mejor momento, pero si había algo que caracterizaba a Nick era su espontaneidad.

Y por primera vez en su vida, le daba miedo lo rápido que parecía avanzar el día. Miraba al reloj horrorizado, a medida que se acercaba la hora de comer, ya que sabía que tendría que volver a ver a Seth, y no estaba seguro de cómo se sentía al respecto. ¿Y si Seth había malinterpretado el caramelo mexicano y había pensado que tenía una doble intención? ¿Acaso Nick tenía una doble intención? Si ese era el caso, ¿cuál era? ¿Y por qué Seth tenía que elegir justo ese día para usar un pañuelo? ¿Desde cuándo esos pañuelos eran su debilidad?

Cuando sonó el timbre de la comida, Nick consideró seriamente tramitar el pasaporte, esperar a que le llegara en unas cuatro o seis semanas y exiliarse del país.

Sin embargo, como era menor de edad, le tendría que pedir ayuda a su padre para solicitarlo y él estaba en su lista de personas con las que no estaba bien. Dejando de lado los Bollitos de canela.

Caminó lentamente hacia el comedor. Ahora entendía lo que debía sentirse al estar en un gulag.

Seth ya estaba sentado en la mesa con Gibby y Jazz. Sus cabezas estaban muy cerca y parecían estar susurrándose algo con mucha intensidad. La curiosidad de Nick logró penetrar la neblina en

la que había estado sumido desde el día anterior. ¿De qué podrían estar hablando con tanta intensidad? Era un misterio que debía resolver, y vaya que lo resolvería. Puede que hubieran ideado un plan para que la fase tres fuera más segura y tal vez ¡lograría convertirse en un Extraordinario esa misma tarde! ¿Acaso eso no haría que este día extraño mejorara? Claro que sí.

Pero antes de que pudiera dar un paso hacia sus amigos, sintió un brazo sobre su hombro que lo arrastró hacia otro cuerpo. Una voz le habló al oído.

—Hola, Nicky. ¿Qué haces aquí plantado? ¿A quién estamos mirando?

Nick tembló al sentir el aliento cálido sobre su cuello.

—Owen —logró decir—. Me alegro de verte y… Dios mío, ¿qué te ha pasado en la cara?

Nick se apartó para poder mirarle mejor, desconcertado. Estaba esbozando una sonrisa malévola, aunque estaba seguro de que le tenía que doler. Parecía como si hubiera recibido un puñetazo en el ojo, su piel se veía oscura y algo inflamada en ese lugar. Owen se encogió de hombros.

—No está tan mal. Deberías ver cómo quedó el otro. —Miró por encima del hombro de Nick hacia su mesa antes de volver a mirarle a él—. Ay, ¿te preocupas por mí? Nicky, me conmueves, en serio. —Extendió una mano y le pellizcó una mejilla.

Nick apartó su mano enseguida.

—¿Qué te ha pasado?

Owen puso los ojos en blanco.

—No es para tanto. Solo una pelea. Un golpe desafortunado, eso es todo. He recibido peores.

—Una pelea —repitió Nick lentamente.

—Sí, hay que mantenerse en forma, ¿no crees? ¿De qué otra manera podría llamar tu atención? —Su sonrisa se ensanchó—. Sé lo mucho que te gustan los músculos.

Nick lo miró con el ceño fruncido.

—No me gusta nada de ti.

—Ey, tranquilo. Los dos sabemos que eso no es verdad. Me has echado de menos. Admítelo.

—Ni siquiera me di cuenta de que te habías ido.

Owen se rio.

—Parece que alguien ganó carácter estos últimos días. Te será útil para cuando te conviertas en un Extraordinario, supongo.

Nick parpadeó. Eso sonaba sospechosamente casi como un cumplido.

—¿En serio?

—Claro. Todavía sigues con eso, ¿verdad? ¿Todavía quieres convertirte en un Extraordinario?

—Sí, todavía sigo con eso. Han pasado otras… cosas, pero nada me detendrá.

Owen lo estudió con tanta intensidad que Nick empezó a moverse incómodo.

—Es bueno que seas tan persistente. Déjame decirte algo, Nicky. Cuando estés dispuesto a

jugar en ligas mayores, avísame. Quizá pueda ayudarte.

Nick frunció el ceño.

—¿Ayudarme con qué?

Owen le pellizcó de nuevo en la mejilla.

—¿Eso es un sí?

Nick lo apartó de un empujón.

—No, no necesito que tú me ayudes con nada. Puedo hacerlo solo.

—Claro, Nicky. Solo recuerda lo que te ofrecí.

Y como Nick tenía corazón, por más destruido que estuviera, le preguntó:

—Fue solo… una pelea, ¿verdad? No… —Vaciló por un segundo, inseguro de si estaba metiéndose en donde no le correspondía.

—¿No qué?

—¿No fue tu padre? —preguntó finalmente, sin poder evitarlo.

Por un momento, Owen pareció desconcertado, pero se recuperó rápidamente. Sin embargo, su fachada vaciló de nuevo.

—No, él no sería capaz de levantarme una mano. Nunca lo ha hecho. Te lo prometo, ¿vale? No es eso.

—Si tú lo dices.

—Sí. Ahora, ¿vamos a ver por qué están hablando de nosotros?

—¿Cómo sabes que están hablando de nosotros?

Owen le guiñó un ojo.

—Porque intentan actuar como si no lo estuvieran haciendo.

Nick miró hacia la mesa. Efectivamente, Gibby sacudía las manos de un lado a otro frente a Jazz y Seth, mientras susurraba algo que Nick no podía escuchar. Tanto Seth como Jazz giraron la cabeza hacia Nick y Owen.

—Genial —musitó Nick.

—Eh —dijo Owen—. Si la gente no habla de ti, entonces hay algo que estás haciendo mal.

***

Si el desayuno fue incómodo y el encuentro en la estación, horrible, entonces la comida fue definitivamente insoportable.

No ayudaba que Jazz lo mirara de forma extraña ni que Gibby siguiera hablando en voz baja sobre que los hombres eran idiotas. Y Seth no parecía poder mantener la mirada en Nick más de dos segundos antes de apartarla, mientras jugueteaba con su pañuelo de lunares. Nick también quería jugar con ese pañuelo.

Y tampoco ayudaba que Owen estuviera más… sobón que de costumbre. Se inclinaba sobre

Nick, chocaba su hombro, reía por lo bajo mientras le susurraba cosas al oído. Durante casi toda la comida, Seth miró furioso a Owen, con el ceño fruncido y las mejillas sonrojadas.

—Entonces —dijo Nick, desesperado por hacer que todo volviera a la normalidad—. He decidido pasar a la fase tres.

—Asumo que la fase tres es mejor que la uno y la dos —dijo Gibby con la boca llena de lo que parecía ser mantequilla de cacahuete y mermelada de fresa.

—Sí —contestó Nick, apartando a Owen de un empujón después de que le diera un tirón en la oreja—. Es la mejor fase. Todo el mundo lo dice.

—¿Quién es todo el mundo? —preguntó Jazz.

Nick la ignoró. No tenía tiempo para ponerse a buscar estadísticas.

—Planeo ejecutar la fase tres este sábado, y espero que vengáis todos. Esta podría ser una de las experiencias más significativas de toda mi vida y necesito vuestro apoyo cuando haga la transición de normal a Extraordinario.

—¿En qué se diferencia esta de las otras veces? —preguntó Gibby.

—En todo —insistió Nick—. Las otras fases eran un juego de niños comparadas con esta. La fase tres es la más importante de todas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Seth. Nick lo miró y suspiró para sí mismo cuando vio que Seth apartó la mirada inmediatamente.

—Es una sorpresa —respondió—. Confiad en mí. Esta vez, funcionará.

—¿Es ilegal? —preguntó Owen—. Porque si lo es, cuenta conmigo.

Nick lo fulminó con la mirada.

—No, no es ilegal. Mi padre es policía. Jamás haría algo ilegal.

—Estabas buscando planos para entrar en una central nuclear —le recordó Jazz.

—Cierto, pero no lo hice. Una cosa es pensar en hacer algo ilegal y otra cosa es hacerlo.

—Creo que necesitas revisar tu brújula moral con urgencia —dijo Gibby—. Solo para que lo tengas en cuenta.

Nick sacudió una mano para restarle importancia a sus palabras.

—Lo que tú digas. La cuestión es que tengo el plan más perfecto de todos los planes. Será mejor que estéis allí, ¿entendido?

—Entendido —dijo Jazz, porque era maravillosa.

—Está bien —respondió Gibby, algo aburrida. Era un poco menos maravillosa.

—Quizá —dijo Owen, porque era un idiota—. Si no tengo nada mejor que hacer, puede ser.

Nick se volvió hacia Seth, que estaba picoteando su sándwich aplastado.

—¿Seth?

—Si tú crees que funcionará… —dijo, encogiéndose de hombros.

—Podrías ponerle un poco más de entusiasmo.

Seth frunció el ceño aún más.

—Sí, allí estaré.

—Bien —dijo Nick, contento, aplaudiendo—. ¡Entonces doy por iniciada la fase tres! Bueno, no en este momento, porque todavía estamos en el instituto y no es sábado. Ya me entendéis.

***

—¡Nick!

Nick se giró y vio a Seth acercándose a toda prisa por la escalera. Había estado esperando a sus amigos después de la última campanada antes de que se dirigieran al tren. Miró detrás de él para ver si lo acompañaban Gibby o Jazz, pero estaba solo.

—Hola —dijo—. ¿Dónde está el resto?

Seth se detuvo frente a él y se frotó el cuello.

—Mmm. Ellas… no están aquí.

—Ya veo. Gracias por aclarármelo.

Seth suspiró.

—Hoy solo somos tú y yo.

—Ah, vale. Eso es… genial. —No era genial. O puede que fuera lo mejor del mundo. De inmediato, Nick quedó empapado en sudor. ¿Era una especie de cita? Seth lo quería y Nick… sentía cosas por él y ahora estaban los dos solos. ¿Y si Seth quería ir a comer algo? ¿A un restaurante? Nick probablemente tenía cuatro dólares en el bolsillo. Y tal vez cuarenta centavos. Los caramelos mexicanos le habían costado más de lo que esperaba, pero no pasaba nada. A lo mejor podían ir a comer unos tacos o algo por el estilo. Un taco, para los dos—. Tendríamos que cortarlo a la mitad —dijo Nick en voz alta, algo alarmado.

—¿Cortar por la mitad el qué?

Se había olvidado de que Seth no podía leerle la mente.

—¡Nada! Definitivamente, nada. Dios, ¡hace un día estupendo!

—¿Estás bien?

Qué pregunta tan compleja.

—¿Sí?

—Bien —dijo Seth—. Vamos.

Ay, no. Era una cita.

***

No era una cita.

Eran solo dos amigos caminando por la calle. Lo habían hecho cientos de veces antes. Claro, nunca después de que el tío de Seth hablara de más, pero aun así… Solo eran dos amigos

haciendo cosas de amigos.

—Solo dos amigos —pensó Nick en voz alta, otra vez.

Seth lo miró extrañado.

—Estás actuando raro.

Nick se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Han sido dos días muy raros.

—¿Sí? ¿Por qué?

A Nick le gustaba eso. Mucho. Porque, independientemente de lo que pasara entre ellos, de sus pasos descoordinados, a Seth no le importaba. Siempre había sido así.

—Me peleé con mi padre.

—Me lo contaste. Es una mierda.

—Sí, y tampoco me tomé la pastilla esta mañana.

—Eso imaginaba. Estás más inquieto de lo normal.

Nick suspiró.

—No sé. Estaba enfadado y él me compró unos Bollitos de canela porque esa es su forma de pedir perdón, y me los comí, pero aún no estaba listo para perdonarlo, así que no hice nada al respecto.

—¿Esto es por lo que te dijo?

Nick apartó la mirada, incapaz de responder, mientras la voz de su padre aún resonaba en su cabeza.

—¿Es por eso que…? —empezó a preguntarle Seth y sacudió la cabeza.

—¿Es por eso qué?

Seth tragó saliva.

—¿Es por eso que ayer tú…? No sé, estabas agitado. No terminamos bien.

—Puede ser. Lo siento, me comporté como un idiota. Me alegra que te sientas mejor.

—Sí —dijo Seth, mirando a Nick a los ojos—. Me siento mejor ahora. —Y añadió—: ¿Mi tío te dijo algo?

Una oleada de pánico se apoderó de Nick.

—No mucho, apenas lo vi.

—Ah, está… bien.

—Sí. Ah, ey, mira. El tren ha llegado a tiempo. ¡Date prisa!

Apenas podía ignorar el tartamudeante *pumpumpum* de su corazón.

***

No ayudó que, más tarde, cuando estaban en el tren, Seth abriera la mochila y cogiera el paquete de caramelos mexicanos.

—He pensado que a lo mejor podríamos, ya sabes, compartirlos.

Esto era definitivamente una cita. ¿No?

Nick se aclaró la garganta.

—Mmm, claro. Eso sería… genial.

—No he probado estos nunca.

—Yo tampoco.

—Parecen… ¿comestibles?

—Probablemente sean ácidos —dijo Nick—. Mi madre pasó un tiempo en México cuando era niña y decía que muchos dulces de allí eran ácidos.

—No sabía eso.

—Sí, mi abuela y mi abuelo fueron a construir casas o algo por el estilo. Estuvo allí casi un año.

—¿Por eso tenía ese acento a veces?

Nick asintió, agradecido de que Seth lo recordara.

—Sí, además decía que la mejor manera de aprender sobre otra cultura era sumergiéndose en ella. No tienes otra opción.

—Era bastante genial.

Sus recuerdos aún dolían, pero ya habían perdido el filo.

—Yo también lo creo.

Seth le dio uno de los caramelos alargados.

—Se supone que tienen sabor a sandía.

—¿Quieres que lo pruebe primero?

Seth esbozó una sonrisa tímida.

—¿A la vez?

—De acuerdo —respondió Nick. Echó la cabeza hacia atrás y levantó el caramelo sobre su boca. Miró a Seth y vio que estaba haciendo lo mismo—. ¿Preparado? Uno, dos, tres.

Nick tenía razón. Era ácido. Comestible, pero ácido.

Echó la cabeza hacia delante justo a tiempo para ver los ojos de Seth prácticamente desorbitados, una expresión de asco y un trozo de Salsagheti colgándole de la boca.

—Muy rico —logró decir Seth, aunque parecía estar a punto de morir.

—Dios mío —dijo Nick, riendo—. ¡Lo odias!

—¡No! No lo odio. Es solo que no esperaba que tuviera este… sabor.

—¿Qué sabor?

Seth lo tragó.

—Como si hubiera asesinado a mi boca.

Nick le golpeó el hombro. Seth le devolvió el gesto.

Puede que no fuera una cita.

Pero, aun así, estaba bien.

***

Estuvo bien hasta que Seth no apareció en la reunión del sábado, cuando se suponía que iba a ir. Owen tampoco fue, pero a Nick le decepcionó más lo de Seth. Los últimos días habían sido bastante buenos y Nick había pensado que las cosas con Seth estaban volviendo a la normalidad. Su padre todavía actuaba de forma distante, pero Nick se las había arreglado para no tomar la pastilla durante tres días seguidos. Se sentía bastante bien. Tenía dolores de cabeza, pero no eran tan fuertes como antes. Sí, el tubo de la pasta de dientes había explotado de la nada esa mañana, pero eso no arruinaría el que, probablemente, sería el día más importante de su vida.

—Es posible que se haya retrasado —dijo Jazz mientras Nick miraba su teléfono por enésima vez en los últimos diez minutos—. Los trenes no pasan con la misma frecuencia los fines de semana. Puede que una de las líneas vaya con retraso.

—¿Entonces por qué no me contesta? —preguntó Nick, con el ceño fruncido.

—No lo sé, Nicky.

—Sea lo que sea —añadió Gibby—, estoy segura de que tiene una buena razón. Lo sabes, ¿verdad? No está ignorándote ni nada por el estilo.

—¿Cómo hizo durante todo el verano?

Gibby suspiró.

—No fue… Estaba ocupado, Nicky. Todos estamos ocupados a veces. Tú lo sabes. No significa que ya no quiera estar contigo. A veces son solo cosas que pasan.

Nick sabía que estaba siendo irracional. Gibby tenía razón. A veces, pasaban estas cosas. Últimamente parecían estar pasando cada vez más frecuentemente, pero ¿por qué dejaría que eso lo afectara después de todos los años que Seth había estado para él? ¿Qué importaba si este era uno de los momentos más importantes de su vida y Seth le había prometido que lo acompañaría? No era para tanto.

—Tienes tu cara de gruñón —dijo Jazz.

—No estoy gruñón —dijo con un tono gruñón.

—Podemos esperar un poco más —propuso Gibby—. Puede que aparezca en cualquier momento. Mientras tanto, ¿por qué no nos cuentas por qué estamos en el río? Tengo que confesarte algo, Nick. Este lugar apesta a muerte.

Era verdad. El río Westfield era repugnante. Les había pedido que se reunieran con él en uno de los muelles, uno alejado de los turistas. A lo lejos, se podían ver parejas de ancianos que estaban pescando, aunque probablemente no pescaban nada y solo tiraban sus sedales al agua para charlar. El río estaba tan contaminado que cualquier cosa que pescaran, probablemente, no

fuera comestible.

Y esa era exactamente la razón por la que Nick estaba ahí.

Se encaramó a un poste de madera mirando al río, con las manos en las caderas mientras posaba con altivez. Una suave brisa soplaba sobre su cara con una esencia a basura rancia y carne podrida, pero la ignoró, porque este era su momento. Su momento de brillar.

—Fase tres —anunció, convencido de que Gibby y Jazz estaban sintiendo el mismo escalofrío que él. ¿Cómo podían no sentirlo? Estaban a punto de presenciar algo (se atrevería a decir) extraordinario.

Se hizo el silencio detrás de él.

Sabía que estaban intentando asimilarlo. Así que les dio un momento.

Pero solo hubo más silencio.

Se giró hacia ellas.

Gibby y Jazz lo estaban mirando fijamente.

Él les devolvió la mirada.

Jazz estornudó.

—Perdón —dijo con delicadeza.

Nick no estaba impresionado. Las miró a las dos.

—¡Ah! —dijo Gibby—. Ahora lo entiendo. —Se aclaró la garganta—. ¿Fase tres? ¿¡De qué se tratará todo esto!?

—Eso estuvo muy bien —dijo Jazz.

—Lo sé —respondió Gibby.

Por lo menos lo intentaban.

—¡Me alegra que lo preguntes! —Se volvió de nuevo hacia el río, alzando la voz para que no se perdieran ni una sola palabra—. Hoy vais a ser testigos de algo…

Un teléfono empezó a sonar. Nick cerró los ojos y respiró profundamente por la nariz.

—Culpa mía —dijo Jazz—. Es mi padre. Solo… tengo que mandarle un mensaje… y… listo. Adelante, continúa con lo que estabas haciendo.

Nick se tomó un momento antes de abrir los ojos. No pasaba nada.

—Hoy vais a ser testigos de algo…

Sonó otro teléfono.

—Vaya —dijo Gibby—. Hablando de coincidencias. Esta vez fue por mi culpa. Lo siento. Lo siento. Creo que es un número equivocado. Me preguntan si el Toyota Camry modelo 1997 sigue a la venta.

—¿Qué es un Toyota Camry modelo 1997? —preguntó Jazz, algo confundida.

—Algo que nunca entenderás —dijo Gibby—. Voy a decirles que se han equivocado de número y… listo. ¡Ya está!

A la tercera era la vencida.

—Hoy vais a ser testigos de algo increíble. —Esperó un momento. No sonó ningún teléfono. Bien. Estaba a punto de dejarlas impresionadas—. La fase tres está aquí y yo voy a…

Sonó otro teléfono.

Nick se dio la vuelta, furioso.

O al menos, intentó darse la vuelta, dado que estaba de pie sobre un poste de madera y no había suficiente espacio para hacer eso. Y como Nick, en un buen día, no era precisamente la criatura más segura con sus movimientos, empezó a caer de espaldas hacia el río.

Por suerte, Gibby lo salvó cuando lo sujetó del abrigo y tiró de él hacia delante. Casi aterrizó sobre ella cuando se cayó del poste, pero, de algún modo, logró aterrizar de pie.

—Idiota —dijo ella entre dientes, dando un paso hacia atrás—. ¿En qué cojones estabas pensando?

—¡Teléfonos apagados! —gritó—. ¡Apagad todos los teléfonos ahora mismo! ¡Estos jóvenes de hoy en día no se separan de sus mensajes, fotos y *tweets*! No permitiré que me interrumpáis de nuevo.

—Esta vez fue tu teléfono —dijo Jazz.

Nick parpadeó.

—No, claro que no. —Buscó en su bolsillo y sacó su teléfono—. Ah. Mirad eso, sí que lo era. Ja, ja, ja. Qué raro.

Enseguida, el teléfono de Jazz empezó a sonar.

Y luego el de Gibby.

Pensó en quitárselos y arrojarlos al río, pero después se dio cuenta de que le darían una patada en los testículos, así que decidió no hacerlo.

Miró de nuevo su teléfono. Había recibido una alerta:

ACTIVIDAD DE EXTRAORDINARIOS. SHADOW STAR Y PYRO STORM ESTÁN CERCA DE LA TORRE BURKE.

—¿Por qué? —se quejó—. ¿Por qué tiene que pasar esto ahora?

—¿Por qué se estarán peleando esta vez? —preguntó Jazz—. Parece que últimamente están intentando hacerse daño de verdad.

Gibby parecía preocupada.

—No lo sé, pero alguien va a salir herido.

Nick tomó la decisión más difícil de su vida. En lugar de buscar alguna transmisión en directo para ver qué estaba ocurriendo con Shadow Star, silenció su teléfono y lo guardó en el bolsillo.

—No importa. Al menos, no en este momento. Si la fase tres sale como creo, entonces estaré

en posición de ayudar a Shadow Star para derrotar a Pyro Storm. Y entonces nos haremos amigos y, tentativamente, nos convertiremos en algo más. Habrá dudas, pero luego, algún día, después de salvar a Ciudad Nova de un loco que quiera congelar toda la ciudad, nos besaremos y nos tocaremos el culo y viviremos felices para siempre.

Jazz y Gibby se quedaron mirándolo. Nick cambió el peso de una pierna a otra.

—Eso fue… muy detallado —dijo finalmente Jazz.

Gibby ladeó la cabeza.

—¿Estás bien, Nicky?

—Estoy bien.

—Te ves más nervioso que de costumbre.

Ah, sí. Ese parecía ser el caso. Su cuerpo desbordaba energía y sus pensamientos se disparaban en todas direcciones más de lo habitual. Se dijo a sí mismo que solo estaba lleno de una energía nerviosa, que ese día era emocionante y que eso no tenía que ver con estar teniendo un brote de desesperación. Esto funcionaría, estaba seguro de ello. Eso explicaba por qué no dejaba de golpear sus dedos contra sus piernas. No tenía absolutamente nada que ver con el hecho de que ya habían pasado tres días desde la última vez que había tomado su dosis de Concentra. La cabeza le palpitaba, pero estaba bien.

—Estoy bien —respondió enseguida, queriendo retomar el tema—. No tenéis que preocuparos por mí. Fase tres. ¡Preparaos para sorprenderos!

—¿De qué trata? —preguntó Jazz—. Y ¿puede hacerse dentro de los próximos cinco minutos? Tengo que ir a clase de esgrima esta tarde y quiero comer un *scon* antes de ir.

—Tú y tus *scones* antes de la clase de esgrima —dijo Gibby con cariño—. Es adorable.

Era realmente adorable, pero Nick no quería volver a distraerse. Buscó en su bolsillo y sacó algo que le aseguraría que ese fuera su último día como una persona normal y aburrida. Sería un Extraordinario y todo sería increíble.

—¡Tacháááán! —exclamó frenéticamente cuando abrió la mano y les mostró su arma secreta.

—Ahh —dijo Jazz—. Qué bonito.

Gibby miró con detenimiento al objeto que tenía en la mano.

—¿Por qué tienes joyas de *drag queen*? ¿Te vas a vestir como una mujer? ¿Te vas a convertir en una *drag queen*? Quiero decir, sabes que apoyo cualquier manera en la que quieras expresarte, pero Nick, debo decirte que no creo que tengas las piernas adecuadas para eso.

Nick no sabía si sentirse ofendido o no. Sus piernas no estaban tan mal.

—¡No son joyas de *drag queen*!

—¿Estás seguro? Porque si no son de *drag queen*, entonces has encontrado un accesorio de una película histórica muy inexacta sobre el antiguo Egipto, donde todos los personajes son blancos.

—¿De qué estás…? Es un anillo decodificador. —Lo miró—. O sea, sí, es grande y tiene un rubí muy llamativo en lo que parece ser un sol inmenso que me cubre tres nudillos, pero ¡mirad los símbolos de los lados! —Les mostró unos jeroglíficos que estaban tallados en la cara externa del anillo.

—Eso no es un rubí —dijo Jazz con un tono amable.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Mi madre tiene muchos rubíes. Eso es un trozo de cristal.

—Ahh —suspiró Nick—. Un cristal. Entonces, ¿es un cristal que viene de la bahía de Steklyannaya cerca de Vladivostok al sureste de Rusia? Vaya. Nunca habría pensado que fuera tan… internacional. Eso lo hace más especial.

—¿Qué cojones? —dijo Gibby con debilidad—. ¿Sabes lo de la bahía rusa, pero no tienes ni idea de lo que es un trozo de cristal? No puedo contigo en este momento. Nick, eso es falso. Un cristal es una joya barata, algo que usaría una *drag queen*.

Nick levantó la cabeza.

—¿Qué? Eso no… ¡No puede ser verdad! ¡La vendedora de eBay decía que era un anillo místico y mágico de tierras antiguas que concedía poderes dignos de la realeza!

Gibby ahogó una risa.

—Realeza. Sí, claro, *drag queen*.

—¿Puedes parar con lo de *drag queen*? ¡No es para una *drag queen*!

—¿Quién te lo vendió?

Nick sacó su teléfono, listo para demostrar que Gibby estaba equivocada. Abrió su cuenta de eBay.

—Ya lo verás. Y aceptaré tus disculpas cuando estés lista. Y, como soy muy bueno, no te humillaré. Y… vale. Un momento. La señal aquí da asco. Todavía está cargando. Dios, ese olor es horrible. No puedo creer que esté a punto de… Ajá. Mirad. La vendedora se llama Veronica B. Dazzled y en su biografía dice que es conocida por sus actuaciones dramáticas, sus bailes mortales y sus patadas altas, su capacidad para contar cotilleos y por ser la estrella más brillante de Milwaukee. Además, también podéis verla actuar en su espectáculo en solitario, *La Reina y yo*, los miércoles y viernes en… Ah, maldita sea, es una *drag queen*.

—Son momentos como este los que me hacen apreciar más nuestra amistad —dijo Gibby.

—Lo que tú digas —respondió Nick, guardando su teléfono—. Eso no cambia nada. Porque, por lo que sabemos, Veronica B. Dazzled podría ser una especie de bruja o hechicera *drag queen* y este anillo realmente es un decodificador mágico que le concederá poderes a la persona que lo use para convertirlo en un Extraordinario. Y yo me lo voy a poner aquí mismo, en este preciso momento. ¡Preparaos!

Jazz dio un paso hacia atrás.

Gibby la miró.

—¿En serio?

—Sabe venderlo muy bien. Casi me lo creo.

Gibby suspiró.

—No puedo creer que haya elegido pasar mi fin de semana de esta manera.

Nick levantó las manos sobre su cabeza. Tenía el anillo en su mano izquierda y el dedo índice de su mano derecha extendido.

—Por favor, funciona —susurró antes de cerrar los ojos y deslizar el anillo en su dedo.

No se sintió rebosante de poder en el instante en que se lo puso.

Esperó.

Nada.

Abrió un ojo y miró a Gibby y Jazz.

—¿Estoy brillando?

Ambas negaron con la cabeza.

—¿Tengo una especie de traje?

Volvieron a negar.

—¿Tengo un aspecto diferente?

—Bueno —dijo Gibby—. Supongo que el anillo te queda mejor de lo que esperaba. A lo mejor, después de todo, podrías hacer lo de la *drag queen*.

—¡He pagado treinta y siete dólares por esto! ¡Más gastos de envío!

—Bueno, según esta página web que acabo de encontrar —dijo Jazz, mirando su teléfono—, puede que esto te sirva. Solo tienes que responder unas preguntas.

—¿Encontraste una página web que explica cómo hacer que el anillo decodificador mágico funcione? —preguntó Nick con mucho entusiasmo—. ¿Cómo? ¡Me pasé horas intentando encontrar algo!

Ella se encogió de hombros.

—Algo así. Primera pregunta: ¿cómo definirías tu sentido del estilo?

—¡Diferente y sexy!

Gibby estalló a carcajadas.

—Sí, no estoy muy segura de eso.

—¿Cómo se llamaba tu primera mascota? —preguntó Jazz.

Nick no sabía qué clase de magia ancestral estaba haciendo Jazz, pero estaba muy entusiasmado.

—Era un pececito que se llamaba Jerome, ¿sirve?

—Claro que sí —respondió Jazz, escribiendo algo en su teléfono—. ¿Qué clase de maquillaje

te gusta?

—Mmm. ¿Ninguno?

—Interesante. Última pregunta, ¿eres feroz y fabuloso o sumiso y suave?

—¿No… lo sé?

—Sumiso y suave —dijo Gibby.

—Sumiso y suave —repitió Jazz por lo bajo—. Y… vale. Ya está. Dale un segundo y nos dará el resultado.

—¿Un hechizo para hacer que el anillo funcione? —preguntó Nick, esperanzado. Jazz lo miró con una sonrisa.

—Aquí está. ¿Preparado?

Más que preparado.

—¡Vamos!

—Charlamaine Monroe.

—Guau —suspiró Nick—. ¿Está en… latín? ¿O es griego antiguo? —Miró su anillo. El cristal reflejó un rayo de luz y brilló. Nick lo levantó sobre su cabeza y gritó—. *¡Charlamaine Monroe!*

No pasó nada.

—Ese es tu nombre de *drag queen* —dijo Jazz.

Nick bajó la mano lentamente.

—¿Qué?

Gibby estalló en carcajadas.

—Era un generador de nombres de *drag queen* —explicó Jazz—. Como supuse que usarías el anillo, al menos necesitarías un nombre de *drag queen*. Charlamaine Monroe. Me gusta. Te queda bien. —Abrió los ojos sorprendida—. ¡Y piénsalo! Tu nombre de relación con Shadow Star sería ShadowMaine.

Gibby se dobló, sujetándose la cintura. Parecía como si estuviera llorando.

—Me caéis tan mal —murmuró Nick—. Por suerte, tengo una segunda parte para la fase tres.

Y, de inmediato, empezó a desvestirse. Gibby se tapó los ojos cuando se reincorporó.

—Vale, ya sé que no debería haberme reído, pero no hace falta que te desnudes. Por favor, no me hagas daño de esa manera. La amenaza de ver tu cuerpo delgado y pálido es suficiente castigo.

Nick dejó la chaqueta y la camiseta en el suelo y empezó a quitarse las zapatillas. Se desabrochó el vaquero y se los quitó de una patada. Cuando terminó, se quedó en calzoncillos y…

—Tus calcetines tienen patitos —dijo Jazz—. ¿Por qué tienen patitos?

—Porque me gustan —respondió, furioso—. Ahora, ¡parte dos de la fase tres! Tengo el anillo decodificador mágico y saltaré al río Westfield. El lodo del río se enlazará con el anillo y me

transformará en un Extraordinario. ¡Podré controlar el agua y el lodo y… otras cosas de río, y todo el mundo quedará maravillado con Nicholas Bell, también conocido como el Extraordinario Charlamaine Monroe! Así es, Jazz. Creíste que podías engañarme, pero me voy a quedar con el nombre.

—Ay, no —susurró Jazz.

—Espera un minuto —dijo Gibby dando un paso hacia delante—. Nick, no tienes que hacer esto, ¿de acuerdo? Tiene que ser una broma, amigo. Por favor, no saltes al río. Estoy bastante segura de que ahí es donde encontraron el pie con la zapatilla el año pasado. Un pie humano entero. Por favor, no saltes al agua de los pies descuartizados y… Dios mío, ¿por qué trajiste gafas de bucear?

Nick se puso las gafas sobre los ojos.

—Por protección. Todo el mundo sabe que debes llevar gafas cuando vas a nadar. Protege los ojos.

—Nick, hablo en serio —dijo Gibby, alarmada—. Pensemos en otra cosa, ¿vale? ¡Ey! Igual deberíamos buscar una televisión para ver si Pyro Storm y Shadow Star aún siguen peleando o lo que sea. ¿No sería genial? ¡A lo mejor se han pegado tanto que se han desgarrado los trajes y se les puede ver la piel!

Eso fue casi suficiente para distraerlo.

—Seductora asquerosa —siseó—. Ya sé lo que intentas hacer, ¡pero no funcionará! Ya lo he pensado muy bien.

—Pero Nick, esa es la cuestión. No creo que lo hayas hecho. Esto es una tontería. Sabes que lo es.

Lo más gracioso era que sí lo sabía. Todo esto era estúpido. Pero no podía encontrar la manera de contarles lo desesperado que estaba, que se había quedado sin ideas y que ya no le quedaba nada. No podía contarles nada sobre las palabras de su padre que aún resonaban sin parar en su cabeza: «¿Por qué tienes que ser así?». Lástima. Eso es lo que obtendría de ellas. Lástima. No quería eso. Quería ser diferente.

—Nick —dijo Jazz—. Si saltas al agua, no permitiré que te acerques a mí durante al menos una semana. Ese es el tiempo que tardarás en deshacerte de ese olor.

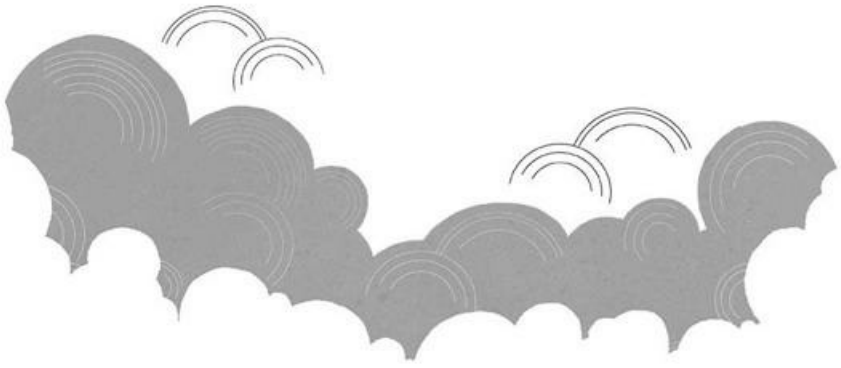
—Un pequeño precio a pagar por lo que obtendré a cambio —dijo Nick y se volvió hacia el agua.

Gibby lo intentó una última vez.

—Nicky, no.

—Nicky, sí —gritó y dio un paso hacia delante. La madera crujió bajo sus pies y el aire rancio rozó su cara. Cerró las manos en dos puños, sintiendo el anillo que le había costado treinta y siete dólares (más gastos de envío), enviado por una *drag queen* de Milwaukee llamada Veronica B.

Dazzled. Cuando llegó al final del muelle y saltó tan lejos como pudo hacia el río Westfield, Nicholas Bell supo que funcionaría.



12

No funcionó.

Estaba sentado en la acera junto al muelle, empapado de agua y una sustancia negra desagradable, con las manos esposadas a la espalda y con dos policías delante de él de brazos cruzados. Su coche patrulla estaba estacionado justo detrás de ellos con la sirena parpadeando en azul y rojo.

—Vale —dijo el policía de la izquierda—. Repasemos esto una vez más. Saltaste al río porque…

Nick suspiró.

—Porque quería ir a nadar. Eso no es ilegal. Soy un ciudadano de Ciudad Nova. ¡Conozco mis derechos!

El policía de la derecha resopló.

—Chaval, has infringido al menos tres ordenanzas municipales. Hay una razón por la que no se puede nadar aquí.

—¡Entonces deberían poner una señal!

—¿Como eso que está ahí? —dijo el policía de la izquierda, señalando un cartel relativamente grande a un metro y medio de distancia que mostraba una figura hecha con líneas saltando hacia unos triángulos negros con una gigante X roja en el centro.

—Eso podría significar cualquier cosa —musitó Nick—. Por lo que entiendo, eso significa «No saltar sobre las aletas de los tiburones».

—¿Y las palabras de abajo que dicen que está prohibido nadar? —preguntó el policía de la derecha.

Nick tembló. Tenía frío y un olor horrible.

—Tengo TDAH, a veces me cuesta concentrarme. ¿Me están deteniendo por mi trastorno? Porque dejadme explicaros una cosa, eso es cruel.

El policía de la izquierda rio.

—Señor Bell, realmente dudo que eso afecte a su comprensión lectora.

—Es verdad —contestó Nick—. Eso fue rastrero, incluso para mí. Hay personas ahí fuera con trastornos mil veces peores y también personas que realmente no pueden leer. Ahora me siento mal. ¿Sabéis qué? Ya aprendí mi lección y me gustaría pedirles, por favor, que nos olvidemos de todo. ¿Qué tal si me quitáis las esposas y os prometo que no volveré a hacerlo? Mis amigas pueden ayudarme a cumplir esa promesa. —Señaló a Jazz y Gibby con la cabeza, que le

esperaban junto al coche de policía. Jazz le saludó. Él intentó responderle el gesto, pero como tenía las manos esposadas solo sacudió un poco el codo—. ¿Qué os parece, amigos? ¿Todo bien?

—¿Tú qué opinas? —le preguntó el policía de la derecha al de la izquierda.

—Podría funcionar —dijo el policía de la izquierda—. Pero ya hemos avisado por radio. Y hoy no he arrestado a nadie todavía, ya sabes cómo me pongo cuando no arresto a nadie.

—Es verdad —dijo el policía de la derecha—. Además, Aaron Bell podría enfadarse si se entera de que dejamos ir a su hijo cuando nos ordenaron que bajo ninguna circunstancia lo hiciéramos.

Nick entró en pánico.

—¿Conocéis a mi padre? Quiero decir, no tengo ni idea de quién es Aaron Bell. Parece siniestro. Deberíais ignorarlo.

—Lo dice el chaval que acaba de saltar al río Westfield en ropa interior y con un anillo de *drag queen*.

—¡No es de *drag queen*!

El policía de la derecha puso los ojos en blanco.

—Mi hijo trabaja en un bar en el centro con el nombre de Ivy Chantal y tiene ese mismo anillo, muchacho.

—¿Cómo le va con eso? —preguntó el policía de la izquierda.

—Bien —respondió el de la derecha—. Gana bastante dinero para la universidad. Ayuda un poco a este viejo. Los libros están caros estos días.

—Eso es genial —respondió el policía de la izquierda—. Lo pasé genial cuando fuimos la última vez. Tenemos que repetirlo. Señor Bell, por orden de su padre, queda arrestado. Tiene derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga será usado…

—Grabad esto —les gritó Nick a Jazz y Gibby—. ¡Grabad esto para usarlo como prueba cuando denuncie a mi padre y a la ciudad por abuso de la autoridad! Tendré…

***

—… mi venganza —dijo la voz aguda de Nick a través del teléfono de la sala de interrogatorios —. ¡Tendré mi venganza!

El vídeo se cortó.

—Gibby no tenía que enviarte ese vídeo —murmuró Nick, apoyando los codos sobre la mesa —. Ha sido muy descortés por su parte.

Cap resopló y apartó el teléfono.

—Espero que vuestra amistad sobreviva.

—¿No crees que la mascarilla es un poco exagerada?

Cap se ajustó los elásticos alrededor de la cabeza. Su bigote sobresalía por los lados de un

modo extraño.

—Hueles fatal.

Nick enterró la cabeza entre sus brazos y la manta que cubría sus hombros se deslizó levemente hacia abajo.

—Es el peor día de mi vida.

—Mmm, estás vivo, ¿verdad? Casi desnudo y apestando toda mi sala de interrogatorios, pero vivo. Al menos por ahora.

—¿Por las posibles enfermedades que podría contraer?

Cap se encogió de hombros.

—O por tu padre.

Nick gimió. Eso le daba miedo.

—Tienes que admitirlo, Nick. Fue bastante estúpido. Incluso para ti.

—No admitiré nada. —Y luego—. ¿Está enfadado?

—Por supuesto.

—Genial.

—También está aliviado de que estés bien.

Podía vivir con eso.

—Pero sobre todo enfadado.

O tal vez le convendría planificar su fuga y abandonar la ciudad.

—Estoy castigado, ¿verdad?

—Sospecho que sí —respondió Cap y se puso más serio. Nick sabía que apoyaba la decisión —. Podrías haber salido herido, Nick. O algo peor. En todo caso, le quitaste recursos a la policía y la posibilidad de ayudar a alguien que podría haberlo necesitado. Esos sujetos no trabajan en mi delegación, pero de todas formas se tomaron la molestia de traerte hasta aquí.

El estómago de Nick se retorció de un modo enfermizo.

—No lo había pensado de esa manera. Lo siento, Cap. No estaba intentando hacer daño a nadie. Fue solo… una estupidez, supongo.

—Tuviste suerte de que conocieran a tu padre. Podrías estar sentado en una celda de la sexta ahora mismo. No es el mejor sitio en el que estar.

La cara de Nick se sonrojó por la vergüenza. Le dolía la cabeza y sus pensamientos se disparaban de un lado a otro sin parar. Estaba exhausto, pero su sangre vibraba de energía.

—No volverá a pasar.

—Me aseguraré de que así sea —dijo Cap, algo entusiasmado.

—¿Me van a acusar de algo?

—No —respondió Cap—. Creo que el olor es suficiente castigo, ¿no te parece?

—Claro. Puede que quieras decirle eso a mi padre, a ver qué piensa.

Cap rio.

—Lo siento, chaval. Creo que eso lo tendré que dejar entre vosotros dos. —Se puso de pie, gruñendo mientras sus rodillas crujían—. No te muevas. Te llevaremos a casa pronto. —Se acercó a la puerta, pero antes de abrirla, se volvió hacia su prisionero—. Te quiere mucho, lo sabes, ¿verdad?

Nick no levantó la cabeza. Parpadeó rápidamente contra su brazo.

—Me preguntó que por qué tenía que ser como soy.

—Todos decimos cosas que no queremos decir, Nick. Todo el tiempo. Sé que puede ser difícil después de todo lo que habéis pasado. Pero él te quiere más de lo que crees. No lo olvides nunca, ¿vale? Puede que te grite un poco, pero la pesadilla de todo policía es escuchar el nombre de un ser querido por la radio. Lo asustaste. Así que deja que grite, deja que te castigue y, mientras hace eso, recuerda que te quiere y que está aliviado de que estés a salvo.

Nick no volvió a hablar mientras Cap se iba y cerraba la puerta tras de sí.

***

Diez minutos más tarde, la puerta se abrió de nuevo. Nick levantó la cabeza y vio a su padre con el uniforme. La expresión que tenía en la cara no le gustó demasiado.

—Levántate —dijo y Nick se movió rápidamente.

Las chanclas baratas que le habían prestado en la comisaría golpearon contra el suelo. Su padre frunció la nariz a medida que Nick se acercaba, lo que lo hizo sentir todavía más miserable. Su padre no se apartó de la puerta, por lo que Nick se detuvo frente a él, evitando mirarle a los ojos. Empezó a mecerse lentamente sobre sus rodillas. No podía evitarlo. Debería haber tomado la Concentra.

—Estás castigado —dijo y Nick hizo una mueca de dolor por la rabia en su voz—. Irás al instituto esta semana, regresarás a casa de inmediato y harás los deberes. Nada de salidas con amigos, nada de internet, a menos que sea para el instituto. Para los fines de semana tengo preparada una lista de tareas que te mantendrán ocupado. No tiene una fecha de finalización. Seguirá así por el tiempo que yo crea necesario. ¿Entendido?

Nick asintió sin decir nada. No había nada que pudiera decir para arreglar esto.

—También me quedaré con tu teléfono. No lo necesitarás…

Y eso fue todo. Ese fue el momento en que empezó el pánico que había estado hirviendo a fuego lento desde que había logrado salir del río Westfield y escuchó las sirenas de la policía que se acercaban, a la vista de los pescadores que lo miraban desde el muelle. Ese era el pánico que había intentado ocultar.

No debería haber sido nada. Claro, Nick había cometido un error estúpido. Había cometido muchos errores estúpidos. Debería haber tomado las pastillas cuando se las dieron. No debería

haber saltado al río. No debería haber gastado treinta y siete dólares más gastos de envío en un anillo de *drag queen*.

Y debería haber hecho que su padre se sintiera orgulloso. De esa manera, no le habría preguntado por qué era cómo era, como si no hubiera estado haciendo todo lo posible para convertirse en alguien diferente, en alguien mejor. Alguien extraordinario.

Puede que, si Nick hubiera sido extraordinario desde el principio, nada de esto hubiera pasado. Pero no era así y aquí estaban.

Su padre estaba intentando quitarle el teléfono y Nick no podía respirar.

—Ey, ey, ey —escuchó decir a su padre entre la neblina de su cabeza—. Nicky, respira. Vamos… Mierda, el olor… Respira, muchacho. Simplemente respira conmigo, ¿vale? Necesito que me escuches. Escucha el sonido de mi voz. —Sintió una mano grande sobre su pecho, una mano familiar, segura y cálida, y se aferró a ella tanto como pudo, mientras se esforzaba por llenar sus pulmones de aire—. Respira, Nicky. Respira conmigo. Respira. Uno, dos, tres. Espera, espera. Y exhala. Uno, dos, tres. Muy bien. Mucho mejor. Otra vez. Respira.

Nick respiró. Le dolía y sentía una presión inmensa sobre su pecho y garganta, pero respiró. La neblina comenzó a disiparse y solo dejó atrás un dolor punzante detrás de los ojos.

Su padre estaba de pie delante de él, preocupado, con una mano sobre el pecho de su hijo. Nick sabía que su padre lo quería, y él también lo quería con locura. Cuando Antes se convirtió en Después, cuando pasó de tener una madre y un padre a tenerlo solo a él, se obsesionó con mantenerlo a salvo, sano y entero. Perder a su madre casi lo destruye. Perderlo a él acabaría con él.

—¿Qué te hizo sentir así? —le preguntó su padre. A pesar de que Nick apestaba a muerto, estaba cerca de él.

—El teléfono —dijo Nick con la voz ronca.

Su padre frunció el ceño.

—¿Qué pasa con tu…? —empezó a preguntar y Nick vio el momento en que lo entendió—. Ah, muchacho. Lo siento. No estaba pensando —suspiró—. No debería haber dicho eso.

—Está bien —dijo Nick, intentando sonreír, pero fallando espectacularmente—. Solo… no me lo quites. Por favor. —Porque esa era la única manera que tenía Nick de enterarse si le había pasado algo en el trabajo. No podía soportar la idea de que le quitaran ese salvavidas—. Ya sé que metí la pata, pero, por favor, no me lo quites.

—No lo haré —añadió, poniéndose serio de nuevo—. Pero solo lo podrás usar para eso. Voy a llamar a la compañía telefónica para limitarte los datos. Hablo en serio, Nick.

—Está bien.

—Maldita sea, hijo. —Su padre sacudió la cabeza y Nick pudo ver que ya no estaba enfadado, sino decepcionado. Eso dolía más—. ¿En qué cojones estabas pensando?

No tenía una respuesta para eso. No podría explicar nunca por qué creía que sus ideas eran muy buenas.

—No lo sé.

—Te vas a ir a casa. Le pediré a alguien que te lleve y te quedarás ahí. Que Dios te ayude si me entero de lo contrario, ¿entendido? No tengo tiempo para llevarte yo. Tus estúpidos Pyro Star y Shadow lo que sea nos están complicando demasiado las cosas.

—Pyro Storm y Shadow Star —lo corrigió Nick automáticamente y luego añadió—: ¿Qué ha pasado ahora?

—Ah, no, claro que no. No te contaré nada. Estás castigado, Nick. ¿Lo recuerdas?

Nick lo miró con el ceño fruncido.

—Me enteraré cuando vea la televisión en casa.

Su padre entrecerró los ojos.

—Nada de televisión.

Nick se quedó boquiabierto.

—Pero ¿cómo me voy a mantener informado? ¿De verdad quieres que tu único hijo no sepa lo que pasa en el mundo? ¡La actualidad es importante para el desarrollo de mi mente joven!

—Estoy seguro de que encontrarás la manera de lidiar con eso —respondió su padre—. Y mientras te quedas sentado en silencio, sin ningún aparato electrónico que te distraiga, tal vez puedas aprovechar tu tiempo para pensar en cómo puedes hacer los cambios que necesitas. Porque la charla que vamos a tener no será buena si no me das nada a cambio.

Su olor era apropiado para la situación, dada la mierda en la que estaba hundido.

***

La desafortunada tarea de llevar a Nick a su casa fue encomendada a un novato. Al principio, parecía solo resignado, pero una vez que olió a Nick, esa resignación se transformó en horror. Cap simplemente esbozó una sonrisa y le dio una palmada en la espalda, mientras le decía algo sobre que por algún lado tenía que empezar.

—Ni se te ocurra molestarlo —le advirtió su padre mientras le entregaba a Nick una bolsa de plástico con su ropa, su cartera y su teléfono—. Si me entero de que le dijiste otra cosa que no sea «sí, señor» o «no, señor», puedes estar seguro de que tu castigo se extenderá hasta que cumplas los treinta.

—¡No puedes castigarme hasta que tenga treinta años!

—Pruébame. Quiero ver cambios, Nick, o descubrirás lo que se siente al tener treinta y dos años y explicarles a tus amigos que no puedes salir porque tu padre te ha castigado y tienes que volver a casa antes de las nueve.

Nick pensó que esto potencialmente podía calificarse como abuso infantil, pero dado que no

quería tener treinta y dos años y tener prohibido conectarse a internet, no dijo nada. En cambio, dijo:

—Lo que tú quieras. Das asco. Todo da asco. Mi vida es muy dura. Nadie me entiende.

—Y me siento fatal por ello. Vuelve a casa, báñate y haz los deberes. Llamaré al instituto esta semana para ver cómo te está yendo. ¿Hay algo que deba saber de antemano?

Nick hizo una mueca de dolor.

—Mmm. ¿No? Si te enteras de algo sobre los hábitos de apareamiento de las tortugas, quiero que sepas que no empezó de esa forma y no tengo ni idea de cómo llegué ahí.

Su padre miró hacia el techo por razones que Nick no entendía.

—Tortugas.

—Y también puede que quieras tener un poco de misericordia si te enteras de algo sobre un examen sorpresa de Historia. Hago énfasis en sorpresa. Lo que significa, injusto.

—Nick —le advirtió su padre.

—¡Me tengo que ir, adiós! ¡Adiós, papá! ¡Adiós! Oficial Novato, muévete. Muévete ahora mismo. Ah, Dios mío, ¿por qué sigues ahí sentado? Deja de mirarme así, no huelo tan mal. Bueno, puede ser, pero en serio. Cap te dijo que te movieras, así que muévete.

Aparentemente, al oficial Novato no le gustó que lo empujaran para que saliera de la comisaría, pero Nick supuso que le vendría bien ganar experiencia.

***

El oficial Novato no le dejó sentarse en el asiento delantero y, en cambio, lo confinó a la parte trasera, como un vulgar delincuente. Y dado que era la segunda vez en pocas horas que Nick viajaba en la parte trasera de un coche de policía, no estaba de muy buen humor. A eso se le sumaba el hecho de que estaría castigado por lo que parecía ser el resto de su vida y que aparentemente su nariz estaba empezando a funcionar de nuevo y podía olerse a sí mismo, aunque las ventanillas del coche estuvieran completamente bajadas. No estaba teniendo un buen día.

Tampoco ayudó que, cuando recuperó su teléfono, tenía mensajes de Jazz *(NO TE CONVIERTAS EN UN SOPLÓN EN LA PRISIÓN PORQUE YA SABES LO QUE LES PASA A LOS SOPLONES)* y Gibby *(Tienes que bañarte en salsa de tomate, idiota)*, pero ninguno de Seth. Tampoco sabía nada de Owen, pero no le importaba demasiado.

Seth, sin embargo, era una historia completamente diferente. No sabía si debía estar furioso o preocupado porque no le respondiera. A menos que hubiera vuelto a ponerse enfermo, Nick no entendía por qué Seth no podía tener, al menos, la cortesía de responderle a sus numerosos mensajes, cada uno más irritado que el anterior. Después de todo, habían compartido caramelos

mexicanos en una especie de no-cita y Nick creía que eso había significado algo. Los últimos días habían estado… ¿bien? Claro, Nick no sabía realmente cómo se sentía con la idea de que él y Seth fueran… él y Seth, pero debió significar algo que su corazón se acelerara cuando lo vio en el instituto el día siguiente a su no-cita con una pajarita con pequeños unicornios. Se había quedado mirándolo durante tanto tiempo que Seth se sonrojó y le preguntó si estaba bien. Nick había asentido, sin saber cómo decir algo que no terminara con «¿Por qué eres tan increíble todo el tiempo?».

Porque Nick estaba destinado a ser el novio de Shadow Star, ¿no? Después de todo, Shadow Star había sabido su nombre antes de que Nick se lo dijera y le había dicho que era mono. Sí, solo había repetido las palabras de Gibby para que les hiciera la foto después de que Nick, por accidente, le besara la cabeza; pero, aun así, era algo.

Nick suspiró dramáticamente y se desplomó en el asiento trasero del coche.

—Mi vida amorosa es un desastre, oficial Novato.

—Ya te he dicho que me llamo Chris. Puedes llamarme así o oficial Morton.

Nick rio. Novato. ¿Con quién se creía que estaba tratando?

—Está bien, oficial Novato. Lo que digas. Como decía, mi vida amorosa es un desastre.

—No me puedo creer que haya ido a la academia de policía para esto —musitó el oficial Novato—. Ser el chofer de un niño maloliente. No me pagan lo suficiente para lidiar con esto.

—Los policías están muy mal pagados —coincidió Nick—. Especialmente para el tipo de trabajo que hacen. Corren peligro todos los días y deberían recibir un salario acorde.

—Gracias. —Sonaba sorprendido—. Es muy amable de tu parte…

—Como decía, mi vida amorosa es un desastre. Todo es una mierda. —Se giró para mirar con tristeza por la ventanilla—. Estoy sintiendo cosas, oficial Novato, y no sé qué hacer.

—Creo que no deberíamos hablar —dijo el oficial Novato—. Para hacer que esto sea más fácil para todos…

—Por un lado —lo interrumpió Nick—, está mi mejor amigo. Es asombroso, divertido y maravilloso y, a veces, cuando está muy concentrado, arruga la frente y me dan ganas de pegar mi cara contra la suya, incluso aunque no aparezca cuando lo había prometido.

—¿Entiendes lo que significa no hablar? Porque hablaba en serio cuando dije…

—Y, por otro lado, está Shadow Star. El Extraordinario que se ganó mi corazón porque es valiente, altruista y puede trepar por las paredes y derrotar a los malos. Y me salvó una vez y aunque no le dije mi nombre, él ya lo sabía y dijo que yo era mono. —Frunció el ceño—. Bueno, más o menos. Le obligó mi amiga lesbiana, pero le creo porque él no mentiría con esas cosas.

El oficial Novato sonaba como si estuviera atravesando su propia crisis existencial.

—Serás un oficial de la ley, decían. Ayudarás a la gente, decían. Tendrás una pistola eléctrica, decían, aunque no la puedas usar cuando quisieras.

Nick apenas prestó atención a lo que decía el oficial Novato.

—Y no es que yo quiera tomar una decisión así, ¿sabes? Quiero decir, sí, algunos podrían decir que conozco a Seth desde prácticamente toda mi vida, mientras que Shadow Star y yo solo hemos hablado una vez durante unos cinco minutos. Pero esos cinco minutos fueron tan… eléctricos. Había algo entre los dos y fue grandioso. —Suspiró soñadoramente mientras volvía a mirar por la ventanilla—. Pero, por otro lado, Seth se ha puesto extrañamente musculoso. Es como si la pubertad le hubiera llegado tarde o no sé. No digo que me importe. Ya creía que era perfecto como era antes. Verás, usa pañuelos franceses, oficial Novato. Si lo vieras, probablemente tú también querrías besarlo. —Nick se volvió para mirar al oficial Novato—. Aunque solo tiene dieciséis años y tú tienes como treinta. Sería desagradable e ilegal. Borra esa imagen de tu cabeza ahora mismo.

—No tengo treinta —dijo el oficial Novato—. Tengo veinticuatro años.

Nick se quedó boquiabierto.

—¿Qué cojo…? ¡Eso sigue siendo ilegal! ¿Por qué me lo discutes? ¡Mantente alejado de Seth!

—No estoy intentando… Sabes qué, no. No voy a caer en esto.

—Claro que no. Eres espeluznante, oficial Novato.

El oficial Novato suspiró dramáticamente cuando se detuvo en una calle congestionada.

—Si te doy un consejo, ¿podemos terminar este viaje en silencio?

—Tengo TDAH. No hago muchas cosas en silencio.

El oficial Novato musitó algo por lo bajo. No sonó bonito, sino que fue grosero.

—Shadow Star está bien y todo eso, ¿vale? Lo entiendo. Es un Extraordinario y algunas de las cosas que hace son increíbles. Pero siempre va a poner las necesidades de Ciudad Nova en primer lugar. Por alguna razón extraña, él cree que es su trabajo. Y tú no podrás competir contra eso.

—Pero…

—Y tienes a tu mejor amigo, que parece ser una gran persona. Es posible que esté más ocupado que antes, pero suena como si realmente te importara. Y lo conoces muy bien. ¿Por qué sigues dudando? La respuesta es obvia.

—Ah. Nunca lo había pensado de ese modo. —Entrecerró los ojos—. ¿Cuáles son tus intenciones, oficial Novato? ¿Estás intentando convencerme de que elija a alguno para quedarte con el que no elija? Así que si no estás intentando salir con un adolescente, tienes una especie de obsesión con los superhéroes y tú…

Un destello de luz los iluminó desde arriba, tan intenso y brillante como un meteorito.

Nick conocía esa luz.

Escuchó algunos gritos fuera del coche y se asomó por la ventanilla.

Allí, sobre las calles de Ciudad Nova, estaban Shadow Star y Pyro Storm.

Nick chilló cuando Pyro Storm le arrojó una bola de fuego a Shadow Star, quien saltó de la azotea de un edificio justo a tiempo para evitar ser alcanzado por el fuego.

—Maldita sea —susurró el oficial Novato. Cogió la radio y gritó algo. Después la tiró al suelo y se giró con cierta desesperación hacia Nick—. Tú quédate aquí, ¿me entiendes? Te juro que, si sales de este coche, te encontraré y te azotaré.

—Eso es intimidación policial… Ah, ya te has ido.

El oficial Novato cerró la puerta del coche con fuerza mientras les pedía a gritos a las personas que regresaran a sus vehículos. El tráfico estaba completamente colapsado, así que no podían ir a ningún lado, pero Nick sabía que era más seguro estar dentro de los coches que fuera.

El oficial Novato desapareció corriendo por la calle, dejando a un niño raquítico y apestoso prácticamente desnudo en el asiento trasero de su coche patrulla.

Después de todo, había sido un día muy raro.

Y cabe aclarar que Nick sí intentó hacerle caso al oficial Novato. Realmente lo intentó. Escuchó la voz de Cap en su cabeza que le decía que su padre lo quería mucho y recordó su mirada de cansancio en la sala de interrogatorios.

El problema fue que Nicholas Bell levantó la cabeza y vio a Pyro Storm asestándole una patada demoledora en la cabeza a Shadow Star, que lo hizo caer desde la pared de un edificio hasta un callejón oscuro.

—¡No! —gritó Nick cuando vio a Shadow Star cayendo. No podía ver dónde había aterrizado, pero Pyro Storm desapareció en el mismo callejón.

Nick tomó una decisión.

Se quitó la manta y salió por la ventanilla del coche patrulla.

Consiguió caer de pie en la acera. Nadie pareció prestarle mucha atención, ya que estaban demasiado ocupados en alejarse a toda prisa por si la batalla entre los Extraordinarios se volvía más violenta. Nick era consciente de que estaba en la calle en ropa interior y chanclas, pero no tenía tiempo para pensar en que su cuerpo escuálido estaba expuesto a cualquier pervertido que estuviera mirándolo con lujuria. Avanzó a toda prisa hacia el callejón. Saltó sobre una alcantarilla humeante y aterrizó sobre algo húmedo que le hizo soltar un quejido ahogado, pero se negó a mirar qué había pisado. Era mejor no saberlo.

El cielo estaba nublado y la falta de luz hacía que las sombras del largo callejón fueran más oscuras. Mientras avanzaba, miraba hacia todos lados, intentando encontrar a Shadow Star. Si estaba herido, debía protegerlo de Pyro Storm. Tal vez Pyro Storm sentiría su olor y huiría en la dirección contraria. Nick nunca hubiera querido que su superpoder fuera oler mal, pero si funcionaba, lo reconsideraría para el futuro. El Hombre Apestoso, y su nombre de relación sería Shadowstoso. Necesitaba pulirlo.

Los sonidos de la calle se desvanecieron a sus espaldas a medida que se adentraba cada vez

más en el callejón, donde los edificios se elevaban a cada lado de un modo acechante, entre sombras que se estiraban y crecían hacia lo alto cuando pasó junto a un contenedor de basura desbordado. Había algunas prendas de ropa colgadas sobre un tendedero, ondeando con la brisa. Un gato salió corriendo delante de él y desapareció tras un montón de cajas viejas amontonadas contra la pared del edificio.

Giró la cabeza para seguirlo y, mientras estaba distraído, se chocó con algo caliente.

Algo ardiente.

Fue en ese momento cuando Nick pensó que tal vez debería haber escuchado al oficial Novato y haberse quedado en el coche.

Porque se había chocado con Pyro Storm. Su espalda, para ser más específico. Su capa, con un fuego estilizado en el centro, acarició las piernas desnudas de Nick.

—Mmm —logró decir Nick.

Pyro Storm se volvió lentamente. Su máscara roja como la sangre le cubría prácticamente toda la cara, dejando solo la boca al descubierto. Los orificios para los ojos estaban cubiertos por un material blanco que impedía que Nick viera sus ojos.

—¿Por qué estás en ropa interior? —preguntó Pyro Storm. Levantó las manos como si quisiera atraparlo, pero, no, hoy no, imbécil.

—¡Toma esto! —vociferó Nick de un modo heroico.

Y entonces le dio un puñetazo en la cara.

Aunque su padre siempre le decía que evitara las peleas, le había enseñado a defenderse. Por suerte, lo único que había tenido que golpear en toda su vida había sido un saco de boxeo en el gimnasio al que iban en la época mágica conocida como Antes.

Pero Nick no se había olvidado de lo que había aprendido y, aunque el puñetazo no fue el mejor de la historia, fue bastante bueno. Llevó su brazo hacia atrás, cerró el puño y lo dejó volar.

Enseguida descubrió que Pyro Storm tenía una cabeza bastante dura. O tal vez la máscara estaba hecha del material más denso conocido por la humanidad. El dolor fue inmediato y atroz, tanto que su mano se quedó adormecida rápidamente. Nick siseó entre dientes al alejar su brazo, sacudiéndolo mientras se retorcía de dolor.

—¿Me acabas de dar un puñetazo? —gritó Pyro Storm—. ¿Por qué has hecho eso? —Su voz estaba modulada como la de Shadow Star, más grave de lo que probablemente era en la vida real.

—¡Porque eres un villano! —gritó Nick, sujetándose la mano contra el pecho—. Y has hecho daño a Shadow Star, por quien creo que siento algo, aunque últimamente se haya complicado por otros factores.

—Dios mío —dijo Pyro Storm, frotándose un lado de la cara—. ¿Y por eso me pegas? ¿Quién hace eso?

Nick parpadeó.

—Bueno, supongo que… ¿Yo?

Pyro Storm suspiró.

—¿Te has hecho daño en la mano?

Nick lo miró con sospechas.

—¿Un poco? Pero ¿qué te importa? ¿No deberías secuestrarme y atarme en la cima de un puente mientras alardeas de tus planes para apoderarte de Ciudad Nova?

—Eres tan idiota —murmuró Pyro Storm—. Déjame ver tu… —Hizo una mueca de asco y retrocedió—. ¿Qué es ese olor?

Nick. Era todo Nick.

—No tengo ni idea —dijo—. Probablemente sea este callejón apestoso. Creo que pisé algo ahí atrás que antes estaba vivo, así que…

Nick intentó retroceder, pero el villano le sujetó de la mano, así que no llegó muy lejos. Pyro Storm llevaba unos guantes muy gruesos, pero Nick aún podía sentir el calor que emanaba de él. Acercó la mano a su cara y sus lentes blancos destellaron con intensidad, como si la estuviera escaneando. Le presionó los nudillos y Nick siseó un poco del dolor.

—No está rota —dijo finalmente Pyro Storm—. Te hiciste un rasguño, pero está bien. Ponte un poco de hielo cuando vuelvas a tu casa para que no se te inflame.

Nick apartó la mano rápidamente.

—Entonces, ¿no me vas a secuestrar para pedir una recompensa para tus planes maléficos?

—¿Qué? ¿Por qué iba a hacer eso? Mira, Nick, no es lo que crees, ¿de acuerdo? Yo no soy…

—No te he dicho mi nombre. —Apenas podía respirar mientras daba otro paso hacia atrás.

—Sí, claro que sí —dijo Pyro Storm—. Justo antes de pegarme un puñetazo en la cara.

Nick lo miró fijamente.

—De verdad, creo que eso no ha pasado.

—¿A quién vas a creer? ¿A mí? ¿O a ti, que estás de pie en un callejón con… esos…? ¿Tus calzoncillos son de leones?

Nick intentó cubrirse lo mejor que pudo, preguntándose qué decía de su vida el hecho de que estuviera en un callejón con el malvado villano, Pyro Storm, que le estaba mirando sus partes íntimas. Probablemente nada bueno.

—¡Tocaba día de leones!

—¿Qué diablos significa eso?

Nick no estaba muy seguro.

—Tenía sentido cuando me desperté esta mañana.

—Mira, Nick, vete a casa. No puedes estar aquí. No para esto —dijo Pyro Storm, dándose la vuelta para marcharse.

—¡No puedes hacerle daño! —exclamó Nick, irritado—. ¡No puedes hacer daño a Shadow

Star!

Pyro Storm se detuvo y dejó caer los hombros.

—No intento hacer daño a nadie.

Mentiras, nada más que mentiras, y eso le cabreó mucho más.

—Mmm, sí. Claro que sí. ¡Es lo que haces! Siempre intentas llevar a cabo un plan malvado para crear caos y desorden y, cada vez que lo haces, te detiene el héroe de Ciudad Nova. Ser su archienemigo no significa que debas hacerle daño todo el tiempo. ¿Por qué no puedes ser bueno? ¿No sería más fácil si fuerais amigos? De esa forma, los dos podríais ser héroes y atrapar a los ladrones de bancos, proxenetas, narcotraficantes o corredores de Bolsa que cometen fraude.

Pyro Storm miró a Nick por encima del hombro.

—Me tienes bien calado, ¿eh? Yo soy el malo y Shadow Star es el bueno.

Nick parpadeó.

—Mmm, ¿sí?

—¿Y si te equivocas?

Y con una explosión de fuego, Pyro Storm se fue volando por el callejón.

Nick se quedó mirándolo hasta que el rastro de humo se disipó.

Por un momento, le pareció ver algo moviéndose entre las sombras.

Pero cuando se acercó, no vio nada.

***

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó Nick al oficial Novato cuando volvió al coche—. He estado aquí sentado como me pediste. Durante horas. En ningún momento consideré salir por la ventanilla.

El oficial Novato negó con la cabeza.

—Han sido cuarenta y cinco minutos como mucho. Y gracias por no… ¿Cómo demonios es posible que estés más sucio?

Nick se encogió de hombros.

—Un hombre pasó corriendo y me tiró algo asqueroso por la ventanilla. Fue muy traumático. Me gustaría volver a mi casa, donde me quedaré y evitaré todos los problemas durante lo que me queda de vida. Oficial Novato, realmente me has abierto los ojos de maneras en las que ni siquiera mi padre pudo hacer. Deberías estar orgulloso de ayudarme a evitar una vida delictiva.

El oficial Novato frunció el ceño.

—¿En serio?

Ay, pobre Novato. Nunca sobreviviría a este trabajo.

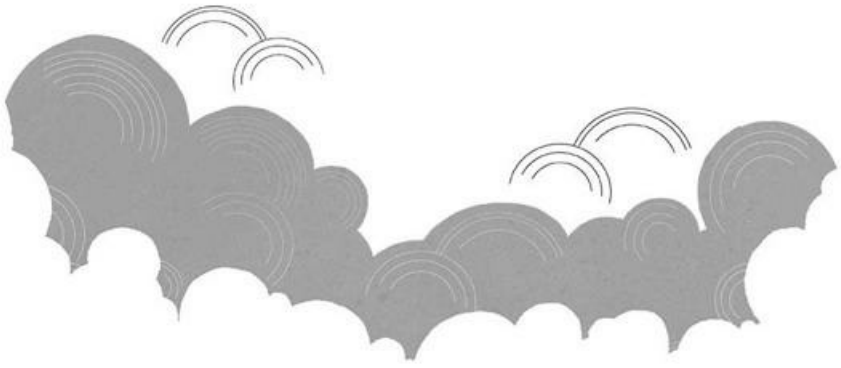
—Te lo prometo. Considérame tu primera historia de superación.

El oficial Novato se rascó la barbilla.

—Vaya. Ya me siento mejor. Gracias. Necesitaba escuchar eso. Shadow Star y Pyro Storm escaparon y me sentía bastante deprimido.

—¡Genial! —dijo Nick, alegremente—. Para eso estoy.

El oficial Novato silbó durante el resto del viaje hasta la casa de Nick.



13

Al día siguiente, se sorprendió al abrir la puerta y encontrarse a Owen Burke esperándolo en la escalera de su casa.

Owen le sonrió.

—Hola, Nicky.

—¿Hola? —Miró detrás de Owen, pero parecía estar solo—. ¿Qué haces aquí?

Owen se encogió de hombros y entró en la casa de Nick.

—¿Necesito una razón para visitar a mi querido amigo?

Nick cerró la puerta lentamente.

—Yo… no describiría así nuestra relación.

Owen se quitó la chaqueta y la colgó en un perchero junto a la puerta. Llevaba una camiseta verde con cuello en V que dejaba a la vista un trozo de su pecho. Nick se negó a mirarlo.

—Y entonces, ¿cómo la describirías?

Era demasiado temprano para preguntas tan profundas.

—Rencorosa —respondió Nick—. ¿Qué quieres?

—Ay, Nicky. Vine a disculparme por haberme perdido lo de ayer. —Siguió moviéndose con libertad por su casa, arrastrando la mano por la pared—. Jazz me contó lo que pasó.

Por supuesto que lo había hecho.

—Traidora —musitó Nick mientras seguía a Owen—. De todos modos, eso no explica por qué estás aquí un domingo por la mañana. Podrías haber esperado hasta que nos viéramos mañana en el instituto.

—Me pareció importante —respondió Owen—. Me había olvidado de lo… pintoresca que es tu casa. Es bonita.

—Vaya, eso no fue para nada condescendiente.

Owen le dedicó otra sonrisa mientras entraban en la cocina.

—No pretendía serlo. Me gusta estar aquí. Siempre me ha gustado. ¿Recuerdas esa vez que nos besamos contra el frigorífico? Fue divertido. —Cogió un trozo de beicon que había sobrado del desayuno y lo mordió.

—Hurra —dijo Nick—. Me encantan nuestros recuerdos.

—¿En serio?

—No. No puedes estar aquí. Me vas a meter en más problemas de los que ya tengo. Mi padre está durmiendo arriba y no tengo permitido ver a nadie. Ni escribirle a nadie por teléfono. Ni

hacer prácticamente nada, aparte de quedarme sentado en la cama y contemplar lo miserable que es mi vida.

Owen chasqueó la lengua.

—¿Estás castigado?

—Indefinidamente.

—Qué putada. Pero supongo que eso es lo que pasa cuando saltas a un río para convertirte en un Extraordinario.

—No me lo recuerdes —murmuró Nick y empezó a recoger los platos de la mesa—. En retrospectiva, no fue una de mis mejores ideas.

—Se podía haber trabajado un poco más —coincidió Owen—. Pero tu corazón está en el lugar correcto. —Se detuvo frente a la encimera y miró la página del periódico que el padre de Nick había estado leyendo—. ¿Qué es esto?

Nick gruñó.

—¿Puedes dejar de ser tan entrometido? Creo que es mejor que te vayas. Todavía me duele la cabeza por los olores de ayer. Estoy cansado y malhumorado. Quiero volver a la cama para sentir lástima de mí mismo.

—«El castigo de Nicholas Bell» —leyó Owen en el periódico—. Uff, eso no suena bien.

No sonaba bien. Su padre aún creía que era divertido, aunque lo estuviera sentenciando a cadena perpetua.

—Digamos que el desayuno de esta mañana no fue uno de los mejores. No ayudó que suspendiera el examen de Historia. ¿Sabías que los profesores responden correos electrónicos durante los fines de semana? Yo no lo sabía. ¿No tienen vida fuera del instituto? Realmente creo que tienen que dejar de preocuparse tanto por el futuro de sus alumnos.

—Esto es bastante exhaustivo —murmuró Owen—. Nada de televisión, nada de internet. El teléfono solo para emergencias. Dos horas de deberes del instituto todas las noches. Una lista de tareas de la casa. «Pintar los zócalos». ¿Qué cojones es un zócalo?

—La pesadilla de mi existencia —respondió Nick, quitándole el papel con «El castigo de Nicholas Bell»—. Solo es trabajo para mantenerme alejado de los problemas.

—Eso no es necesariamente algo malo.

Nick lo miró con el ceño fruncido mientras doblaba de nuevo el papel y se lo guardaba en el bolsillo.

—Ah, vaya. Gracias. Agradezco mucho que le des la razón a mi padre. A lo mejor deberías plantearte trabajar en tu relación con el tuyo antes de… agh. Lo siento. Eso… no estuvo bien.

Owen se encogió de hombros, aunque Nick vio la forma en la que se había tensado la piel alrededor de sus ojos.

—Tienes razón. Yo no… Al menos tu padre se preocupa por ti.

No le gustaba sentir lástima por Owen Burke tan temprano un domingo. No después del día que había tenido ayer.

—Supongo. Pero creo que se preocupa demasiado.

—Es tu padre. Se supone que debe hacerlo.

Nick puso los ojos en blanco mientras recogía los últimos platos.

—Lo tendré en cuenta. Mira, esto ha sido…

Owen repiqueteó los dedos contra la encimera.

—¿Sabes algo de Seth?

Eso hizo que Nick se callara.

—Mmm, ¿qué? ¿Por qué?

—Gibby me contó que Seth tampoco fue ayer.

Otra traidora.

—Sí. —Dejó los tazones en el fregadero—. Necesito nuevos amigos.

—Ay, Nicky. No pongas esa cara. Me siento muy mal por ello. Hablo en serio.

—No, claro que no te sientes así. Me escribió anoche. Me dijo que le había surgido algo y que me lo explicaría más tarde.

—Vaya… —dijo Owen, algo entusiasmado—. Eso parece estar ocurriendo mucho últimamente. Me pregunto qué será.

—No lo sé —confesó Nick, abriendo el grifo y cogiendo un tazón—. Es… complicado, supongo. O eso dice él.

—¿Todavía seguís ridículamente enamorados?

Nick dejó caer el tazón en el fregadero. Hizo un ruido muy fuerte. Se quedó inmóvil, atento a cualquier movimiento en el piso de arriba. Pero no escuchó nada. Cerró el grifo y se volvió hacia Owen.

—¿De qué cojones estás hablando?

Owen rio.

—Como si tuviera que decírtelo.

—Inténtalo.

—Seth siempre ha estado enamorado de ti —dijo Owen, sentándose en la encimera como si fuera suya—. Todo el mundo lo sabe.

La atención, o la falta total de ella, era una putada.

—¿Lo sabéis? ¡Yo no sabía nada!

—Eso es porque eres adorablemente despistado con la mayoría de las cosas. —Esbozó una sonrisa—. A mí eso me parece mono.

—¿Desde cuándo está enamorado de mí? —exigió Nick—. ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

Owen rio, mostrando su dentadura perfecta.

—Porque yo también estaba enamorado de ti. ¿Por qué iba a contártelo cuando te quería solo para mí?

Nick hizo una mueca de asco.

—Amigo, eso es asqueroso. Tú eres asqueroso.

—Mmm, nunca he pretendido ser un santo. Además, esto es así desde hace mucho tiempo. Tal vez no ves la forma en que te mira, pero el resto de nosotros sí. Y no es solo él. Cuando nosotros estábamos saliendo, nunca dejabas de repetir: «Seth hizo esto» o «Seth dijo esto otro». Sinceramente, empezó a ser molesto después de los primeros días.

—¡Estuvimos juntos tres meses! —Algo así. Juntos era un poco exagerado.

—Ya lo sé —respondió Owen—. Imagina cómo me sentía al final. —Pestañeó varias veces—. Incluso empecé a dudar de mi valía.

—Mentira. Eres la persona más engreída que conozco.

Owen presionó una mano sobre su pecho.

—Eso duele. Justo aquí. Y sí me molestó, supongo. Todo era Seth, Seth, Seth. Siempre fue así.

—Esto cambia un poco las cosas —dijo Nick, sintiéndose algo mareado—. ¿Tengo que disculparme? No sé si tengo que hacerlo.

Owen sacudió la mano.

—No, lo superé hace mucho tiempo.

—De todas formas, lo siento.

—Podrías compensármelo si quieres, sabes.

A Nick no le gustaba cómo sonaba eso.

—¿Cómo?

Owen levantó las cejas varias veces.

—¿Por los viejos tiempos?

Sí, no.

—Nunca más. Considéralo un lapsus prolongado en el sentido común, algo que no volverá a suceder.

—Me hieres.

—No creo que eso sea posible. —Aunque Nick no sabía si seguía creyendo eso. No se había dado cuenta de que Owen era realmente capaz de sentir dolor. Por supuesto, era humano, pero siempre se había comportado tan distante y frío y…—. Tú rompiste conmigo.

—Así es —coincidió Owen, sonando aburrido—. Creí que sería lo mejor, lo correcto y todo eso. Soy un buen tipo.

—Realmente no lo eres. La mayoría de las veces.

—La mayoría de las veces. Me quedo con eso. Así que estás enamorado o lo que sea. Qué bien, amigo.

—Yo no… no… agh. —Frotó una mano sobre su cara—. No sé qué estoy haciendo. Todo esto es tan raro ahora mismo. No dormí bien anoche. No después de lo que me dijo Pyro Storm…

—¿Pyro Storm? —lo interrumpió Owen y Nick levantó la mirada para ver sus ojos entrecerrados—. ¿Hablaste con Pyro Storm?

Nick asintió.

—Fue… No sé qué fue. Se suponía que era el malo, pero…

Owen se bajó de la encimera y miró a Nick con el ceño fruncido.

—Nick, ¿qué cojones estás haciendo? Pyro Storm es peligroso. Podrías haber resultado herido.

—Ya lo sé. Pero esa es la cuestión —dijo y empezó a caminar de un lado a otro—. Él y Shadow Star estaban peleando ayer, ¿verdad? Y todo era *pum, pam, pum,* y entonces, cuando estaba en el callejón en ropa interior…

—Espera, ¿qué?

—… y apareció Pyro Storm y le di un puñetazo en la cara y me revisó la mano para asegurarse de que estuviera bien, fue todo muy extraño. Quiero decir, si realmente fuera un villano, ¿por qué no me tostó ahí mismo? Y también ocurrió otra cosa. ¡Sabía mi nombre! Como Shadow Star. ¿Por qué los dos saben mi nombre? ¿Soy como la hierba gatera para los Extraordinarios y todos me quieren a mí como su premio? —Nick dejó de caminar y pensó con más intensidad—. No debería tener estas imágenes en mi cabeza. Quiero decir, ¿cómo funcionaría eso si fuéramos tres? Habría demasiados dedos…

—Creí que el único que te importaba era Shadow Star —dijo Owen con rigidez—. Quiero decir, él fue el primero y todo eso, ¿verdad?

—Ese es el asunto —dijo Nick—. Creo que no. Tengo que enseñarte algo. Ven a mi habitación.

—No hace falta que me lo pidas dos veces. ¿Quieres que me quite la ropa ahora o…?

—Dios mío, no te quites la ropa o te empujaré por las escaleras.

Owen levantó las manos, derrotado.

—Qué violento eres. ¿Siempre has sido así? Si es así, tengo suerte de haber escapado con vida.

Nick lo ignoró y se dirigió a la escalera, sabiendo que Owen lo seguiría. Una vez arriba, se detuvo frente a la puerta del dormitorio de su padre y escuchó con atención. Se llevó un dedo a los labios para que Owen mantuviera la boca cerrada. Hubo un momento de silencio y luego un fuerte ronquido al otro lado de la puerta. Nick suspiró aliviado antes de seguir hasta su habitación.

Esperó a que Owen entrara y cerró la puerta en silencio. Se acercó a su cama y levantó el colchón. Debajo de las sábanas había hojas de papel que había ocultado la noche anterior.

—¿Vamos a ver tu colección de pornografía? —preguntó Owen—. Debo confesarlo, Nicky,

no creo que tú y yo tengamos los mismos gustos. Los tipos con mallas no son lo mío.

Nick se quejó mientras sacaba los papeles y acomodó el colchón de nuevo en su sitio.

—No es pornografía. Son cosas que imprimí anoche antes de que mi padre me dejara sin internet cuando volvió a casa.

—¿Hablaba en serio con lo de quitarte el internet? —preguntó Owen, con los ojos bien abiertos—. ¿Cómo vas a sobrevivir?

—No lo sé. Dijo que cuando él era joven, tenían que ir a la biblioteca para buscar cosas. No puedo creer que existiera una época donde las cosas eran tan arcaicas. ¿Te imaginas tener que usar un mapa físico para encontrar una dirección? Si yo tuviera que hacer eso, probablemente me perdería y moriría. Es ridículo. Deberías ver algunas de sus fotos en los ochenta. Me sorprende que la humanidad haya sobrevivido a esa década, sobre todo con esos peinados. —Extendió los papeles sobre su cama—. Muy bien, mira. Aquí está, ¿ves? Hace dos años, después de… Bueno. Después. Es… —Tragó con fuerza, sorprendido por el daño que le había hecho el recuerdo.

Sintió una mano sobre su hombro.

—Está bien, Nicky. Tómate tu tiempo.

Movió el hombro para quitarle la mano y sacudió la cabeza. Concéntrate, concéntrate.

—Estoy bien. —Se aclaró la garganta y lo intentó una vez más—. Bueno, como te decía, hace dos años, recibimos informes de un nuevo Extraordinario en Ciudad Nova. No ocurría desde hacía años, cuando Guardián desapareció. Se registraron avistamientos de sombras vivas y delincuentes que eran atacados por sus propias sombras hasta que llegaba la policía. Solo pasaron unas semanas hasta que Rebecca Firestone empezó a contar la historia y se convirtió en la supuesta voz oficial del Extraordinario conocido como Shadow Star.

—Realmente no te gusta, ¿verdad?

Nick resopló.

—Estoy completamente convencido de que tiene amenazado a Shadow Star de alguna forma y lo está obligando a cooperar con ella, a pesar de que él sabe que es malvada y probablemente intente robarle el alma.

—No es tan mala. Quiero decir, es atractiva. Al menos tiene eso a su favor.

Nick lo ignoró, solo porque todavía le dolía la mano por haber pegado a Pyro Storm el día anterior y no quería lastimarse más.

—Unos meses más tarde, Shadow Star y Pyro Storm tuvieron su primera pelea. —Revolvió las páginas hasta que encontró lo que buscaba—. Rebecca Firestone informó de ello antes que nadie y dijo que había un nuevo Extraordinario en Ciudad Nova, uno que estaba causando caos y destrucción, impidiendo a Shadow Star hacer su trabajo.

Owen sonaba como si estuviera conteniéndose la risa.

—¿Imprimiste una captura de pantalla de un vídeo de YouTube para tu investigación?

Por supuesto que se fijaría en eso.

—Tenía prisa. No estaba pensando. Para… Para de reírte, Owen, ¡por Dios! Entonces, después, *La Gaceta de Ciudad Nova* publicó la historia y escribió en portada que Shadow Star tenía un nuevo enemigo. Y todo el mundo les siguió la corriente. Más tarde, Shadow Star le concedió una entrevista a Rebecca Firestone y dijo que estaba haciendo todo lo posible para evitar que Pyro Storm se apoderara de la ciudad. Él había llegado primero y quería mantenernos a salvo.

—De acuerdo —dijo Owen lentamente—. Y… ¿entonces qué? ¿Crees que Pyro Storm no es en realidad malo?

—Quiero decir, tiene que serlo, ¿verdad? Hizo todas estas cosas ilegales y Shadow Star siempre lo detuvo. Y luego están todas esas veces en las que pelearon cuando Pyro Storm intentaba apoderarse de la ciudad. Pero no se trata de eso. Mira. —Le entregó otra publicación a Owen.

—«Misteriosa extinción de incendio en un rascacielos» —leyó Owen obedientemente—. Me acuerdo de esto. Fue un incendio de grado cuatro, ¿verdad? Se extendió más rápido de lo que esperaban.

—Correcto —respondió Nick con mucho entusiasmo—. Y había gente atrapada que no podía salir y no había manera de llegar a ellos en treinta pisos distintos. Hasta que, por alguna razón, el fuego se apagó solo. Nadie podía explicar cómo sucedió. Ni por qué.

—Y tú crees que fue Pyro Storm.

Maldita sea, sí.

—¿Quién más podría ser? ¿Es el único Extraordinario que puede manipular el fuego y de repente un infierno abrasador se apaga solo? ¡Vamos!

Owen frunció el ceño.

—No lo sé, Nicky, pero digamos que tienes razón. Digamos que sí apagó el fuego. Creo que también hay que preguntarse: ¿y si él lo inició?

Nick negó con la cabeza.

—Ese es el problema. No fue él. Fue un problema eléctrico en diferentes pisos. Descubrieron que los electricistas recortaron gastos. La ciudad llevó a cabo una investigación y descubrió que no había sido la primera vez que hacían eso. También encontraron más irregularidades en otros doce proyectos de construcción. Se presentaron múltiples demandas, la empresa contratista quebró y los culpables fueron llevados a prisión por lo que hicieron.

—Pero eso no parece tener nada que ver con todo esto —puntualizó Owen.

—Entonces, ¿crees que es pura coincidencia que haya elegido un edificio donde había alguien más a quien culpar?

—O sabía que era una posibilidad —dijo Owen—. Mira, Nick, entiendo lo que dices. Quizá

Pyro Storm sí apagó ese incendio. Pero eso no significa que sea bueno.

Nick frunció el ceño.

—No digo que sea bueno. Solo intento demostrar que él llegó primero. Los incendios ocurrieron semanas antes de que se reportaran los primeros avistamientos de Shadow Star. Y también hay otros incendios que datan de mucho antes, meses incluso, donde el fuego se apagó por causas que aún no se pueden explicar.

Owen se encogió de hombros.

—Vale, digamos que tienes razón. ¿Y qué?

Nick lo miró boquiabierto.

—¿Y qué? ¿Cómo puedes decir…?

—¿A dónde quieres llegar con esto? —preguntó Owen, sacudiendo una mano hacia los papeles sobre la cama de Nick—. ¿Qué quieres demostrar? ¿Qué diferencia hace que Pyro Storm haya estado primero? ¿Qué importa?

Nick miró la cama, perdido en un torbellino de pensamientos.

—No lo… sé.

—Lo entiendo, Nick. De verdad, estás obsesionado, ¿sabes? Es solo parte de lo que eres. Te aferras a las cosas y avanzas como si llevaras anteojeras. Es adorable. Por lo general.

Adorable. Ya lo habían llamado así antes, pero nunca había sonado bien.

—Gracias.

—No quiero sonar como un cretino —añadió Owen con sutileza—. Solo te digo las cosas como son. Quiero saber por qué te importa tanto. Bien, Pyro Storm llegó primero. O quizá fue Shadow Star. O puede que llegaran los dos al mismo tiempo. Lo mires como lo mires, no cambia cómo están las cosas ahora, ¿verdad? ¿Te has parado a pensar en qué ocurriría si los dos fueran villanos?

Nick sacudió la cabeza enérgicamente.

—Así no es como funcionan las cosas. Siempre hay un héroe y su antagonista. Siempre ha sido así.

—La vida no es un cómic, Nick. No siempre existe el bien y el mal.

—Ya lo sé, pero…

—¿Quién sería tu antagonista?

Nick parpadeó, confundido.

—¿Qué?

Owen inclinó la cabeza hacia un lado.

—Quieres convertirte en un Extraordinario, ¿no? Ese es el objetivo de todo tu jueguecito.

Qué gilipollas.

—No es un jueguecito…

—Digamos que lo logras. ¿Quién sería tu antagonista? Tendría que ser alguien terrible, ¿verdad? Porque tú eres muy bueno.

Nick rio nerviosamente. Nunca había considerado eso. Tenía sentido. Si iba a ser un héroe, necesitaría un antagonista complementario. Un yang para su yin.

—No soy tan bueno. Pregúntale a mi padre.

Owen extendió un brazo y sujetó la mano de Nick con fuerza antes de que la apartara.

—Puede que no lo entienda.

—¿Qué quieres decir?

Owen se encogió de hombros.

—A ti. Cómo funciona tu mente, cómo ves las cosas. Creo que la mayoría de las personas no lo entienden. Quiero decir, aquí estás, rompiéndote el alma intentando ser algo más y ¿qué recibes?

Una alarma resonó en su cabeza.

—Ah, oye. No. No es tan malo, supongo. Él solo…

Owen resopló.

—Eres prácticamente un prisionero en tu propia casa.

—Bueno… sí. Eso es lo que significa estar castigado.

—Pero ¿no crees que eres lo suficientemente mayor e inteligente como para tomar tus propias decisiones?

—Tengo dieciséis años. Salté a un río mugriento con un anillo que le compré a una *drag queen* por internet. Eso es una evidencia empírica de que no pueden confiar en mí para prácticamente nada.

La sonrisa de Owen era deslumbrante.

—Fuiste engañado entonces. Pero tu corazón estaba en el lugar correcto. Querías convertirte en algo más de lo que eres. Lo entiendo, Nick, de verdad. Probablemente mejor que nadie. Tu viejo y querido padre se coloca un arma en la cintura, una placa en el pecho y sale a trabajar todos los días, sabiendo que existe la posibilidad de que no regrese a su casa. Y eso da miedo. Entonces tú, con toda tu sabiduría, intentas convertirte en algo mejor para poder protegerlo.

Nick empezó a sentir que el suelo bajo sus pies se movía. Nadie más había entendido eso. ¿Por qué tenía que ser Owen?

—¿Cómo lo sabías?

—Porque te conozco, Nick. Estamos cortados por el mismo patrón. Dos caras de la misma moneda. Es como un juego entre tú y yo.

Nick se sentó en el borde de la cama antes de que sus piernas cedieran.

Owen se quedó parado a solo unos metros de distancia de él.

—Yo sé que empezó como algo más. Tu pequeño enamoramiento de Shadow Star es adorable.

Pero tienes una profundidad que no creo que la gente vea.

—¿Y tú sí?

Owen rio.

—La gente me subestima y ellos se lo pierden. Ellos solo ven a un niño rico y mimado que hace lo que quiere sin pensar en las consecuencias.

—Pero es que eres un niño rico y mimado que hace lo que quiere sin pensar en las consecuencias. Sin ofender —añadió apresuradamente.

—Puede ser. Pero eso es solo una parte de lo que soy. Verás, Nick, cuando la gente te subestima, tiende a darte por perdido. No ven lo que hay debajo de la superficie. Tú me conoces. Yo no soy solo eso.

Owen tenía razón. Sí, era un cretino y definitivamente era un niño rico y mimado, pero también era divertido, inteligente y, a veces, podía ser amable. Claro, por lo general, era después de haber hecho algo siniestro y casi cruel, pero Nick tampoco era ningún santo.

—¿Tu padre?

Owen hizo una mueca, pero la disimuló enseguida.

—Es complicado. Mis padres no son como los tuyos. Mi padre no es como el tuyo. Él no necesita protección. Tiene un equipo de seguridad que se encarga de eso. Pero eso no significa que yo le quiera menos. Haría cualquier cosa por él, aunque solo fuera para que viera que también soy alguien capaz. Alguien valioso.

—Pero lo eres —dijo Nick honestamente—. Estás bastante bien.

—Guau, gracias por el cumplido. De verdad. Me aceleras el corazón.

—Lo digo en serio. —Casi.

Owen lo miró durante un momento.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí, vale. Madre mía. No seas tan pesado, Bell. Tienes una reputación que mantener. O algo así.

A Nick le dolía la cabeza. Estaba exhausto, pero logró sobreponerse.

—Quiero hacer algo importante. Estaba… bien. Antes. Pero luego se convirtió en Después y dejó de estar bien. Lo intento. De verdad que sí. Y tal vez todo esto empezó por querer la atención de Shadow Star…

—No es algo malo. Eres un fanático obsesivo. Como esas niñas que van a recitales de K-pop y lanzan su ropa interior al escenario.

—… pero se convirtió en algo más. Y yo puedo hacerlo. Sé que sí. Solo necesito descubrir cómo. Ya no quiero ser el chico raro. No quiero que mi boca diga cosas antes de que mi cerebro las piense. No quiero tomar medicación para poder concentrarme. Solo… quiero hacerlo por mí

mismo. Quiero que me vean. —Tragó saliva con dificultad—. Quiero importar.

Owen asintió lentamente.

—Es como los Extraordinarios. Shadow Star y Pyro Storm. La gente los ve como el bien y el mal. Como blanco y negro. Pero ¿quiénes son detrás de la máscara? ¿Por qué se convirtieron en las personas que son? ¿Por qué Shadow Star es el héroe? ¿Por qué Pyro Storm es el villano? ¿No quieres descubrirlo?

Sí. Claro que sí.

—Es lo que estoy intentando…

Owen lo calló con un gesto de la mano.

—Ah, lo sé. Lo estás intentando. Es adorable.

Otra vez esa palabra.

—Es una forma de verlo —musitó Nick.

—¿Y si…? —empezó a decir Owen, pero sacudió la cabeza—. No, no creo que sea una buena idea.

Mordió el anzuelo.

—¿Qué?

Owen esbozó una sonrisa tensa.

—Lo entiendo. A veces, yo también tengo ideas absurdas en mi cabeza. He pensado en algo, pero probablemente no funcione. Lo mejor es no pensar en ello.

—¿Qué es? —exigió Nick—. ¡Dímelo!

Owen parecía dubitativo.

—Será peligroso. Y llevará mucho trabajo. Y no se lo podemos contar a nadie.

Nick se sentía como si estuviera a punto de explotar.

—¿Qué sabes tú?

Owen miró hacia la puerta, como si se estuviera asegurando de que estuviera cerrada y que nadie estuviera escuchando al otro lado.

—¿Y si te dijera que hay una forma de convertirse en un Extraordinario y lo único que tienes que hacer es arriesgarte?

Nick sintió un escalofrío recorrerle los brazos y los pelos de su nuca se erizaron como si estuvieran electrificados.

—¿De qué estás hablando?

—No debería estar contándote nada —dijo Owen con seriedad—. Pero no sé a quién más decírselo.

—Puedes contármelo a mí —dijo Nick—. Puedo mantener el secreto.

—¿En serio? Eso es algo que siempre me gustó de ti. —Se sentó a un lado de Nick en la cama. Sus rodillas se rozaron y hubo un minuto de silencio. Nick pensó que estaba a punto de salirse de

su piel, pero entonces—: Escuché a mi padre hablando en su despacho de casa.

Eso no era lo que Nick esperaba. ¿Simon Burke? ¿Qué demonios tenía que ver él con los Extraordinarios?

—¿Sobre qué?

Owen bajó la voz hasta que no fue apenas más que un susurro.

—Algo grande. Algo ultrasecreto. Algo que no quiere que nadie sepa. Las Farmacéuticas Burke. Los tres pisos superiores son para investigaciones y desarrollos. Muchos científicos están trabajando en el próximo gran procedimiento para curar enfermedades. O hacerte adelgazar. O hacerte más guapo. O más inteligente. Para crear agua potable. Para aumentar el rendimiento de las cosechas. Las Farmacéuticas Burke están en el negocio de hacer que el mundo sea un lugar mejor porque el futuro empieza hoy.

—Todos sabemos eso —dijo Nick lentamente—. Es el eslogan que ponen en todos sus comerciales.

—Sí, es su imagen pública. Pero ¿y si te dijera que hay otro piso en la Torre Burke? ¿Uno que solo unos pocos conocen? Enterrado bajo las calles de Ciudad Nova.

El corazón de Nick se detuvo.

—¿Qué hacen allí?

—Ah, más investigaciones y desarrollos, pero nada que muestren en sus campañas publicitarias. Es todo muy secreto, pero me subestiman mucho, incluso él. No esperaba que lo escuchara. No esperaba que me importara. Tenía la puerta abierta y lo escuché todo.

—¿Qué escuchaste?

Owen se miró las manos.

—¿Puedo confiar en ti, Nicky?

Tenía que mantener la calma. Tranquilo.

—Sabes que sí. Quiero decir, somos amigos, ¿verdad?

Owen esbozó una sonrisa.

—Sí, eso creo. —Respiró hondo y lo dejó salir despacio—. Mi padre ha descubierto una manera de crear Extraordinarios.

Y Nick… no sabía qué hacer con esa información. Empezó a reírse a carcajadas y solo se detuvo cuando notó que Owen no lo acompañaba. Era ridículo, ¿verdad? Claro que sí. No había manera de que…

—¿De qué demonios estás hablando?

—Es una pastilla. Una pastilla pequeña y diminuta. Y, dependiendo del tipo que sea, puede convertirte en humo o darte la capacidad de invocar tormentas. —Levantó la mirada hacia Nick —. Una pastilla y podrías volar.

Nick estaba sin palabras. Ni siquiera podía emitir el más mínimo sonido.

—Creo que es para uso militar —continuó Owen como si no le acabara de volar la cabeza a Nick—. Para hacer soldados más rápidos, mejores y fuertes. Al menos así es como empezó. Pero ¿te imaginas lo que ocurriría si tú la tomaras? Nick, podrías ser el Extraordinario que siempre quisiste ser. Pero hay un problema, claro, porque no dura para siempre, tienes que seguir tomando las pastillas para mantener los poderes. Pero estás acostumbrado a eso, ¿verdad? Ya tomas medicamentos. Será fácil, Nicky. Solo que…

Nick logró encontrar su voz, aunque sonó áspera.

—¿Qué?

Owen parecía arrepentido.

—Solo que yo no debería saber nada de todo esto. Nadie debería. Y está en un piso seguro de la Torre Burke. Incluso aunque pudiera robarle la tarjeta de acceso a mi padre sin que se entere y encontrar la manera de apagar el sistema de seguridad, sería peligroso. No podría hacerlo solo.

Nick se quedó pálido.

—Yo no…

—¿Esa es tu madre?

Nick siguió la mirada de Owen mientras su mente trabajaba a toda prisa. La fotografía sobre su mesita de noche.

—Sí. Es… ella. Mira, Owen, no sé si…

—Es guapa. Nunca había visto una foto de ella. Debió haber sido muy difícil.

Nick giró la cabeza.

—Lo fue.

Sintió la mano de Owen sobre la suya una vez más.

—No puedo ni imaginar por lo que tuviste que pasar. No creo que nadie pueda. Es… diferente. Pero sé lo que se siente al perder a alguien, Nick. Y desear que nunca más vuelva a ocurrir. Te quedas despierto por la noche pensando qué hubiera pasado si hubieras estado allí. Si hubieras tenido el poder de hacer algo para evitar que sucediera, o, al menos, para evitar que algo así vuelva a ocurrir. A ti. A otros. Sé lo que es querer no volver a tener miedo. Poder hacer algo al respecto. Y yo podría hacer eso por ti, si me dejas.

Nick se levantó abruptamente. La mano de Owen cayó sobre la cama. De repente, Nick no sabía qué estaba haciendo ni cómo había dejado que llegara tan lejos. No quería que Owen estuviera en su habitación ni en su casa. Parecía demasiado.

—No puedo hacerlo.

Owen parecía sorprendido.

—¿Qué?

Nick sacudió la cabeza.

—Mira, sé que intentas ayudarme. Te lo agradezco. Pero puede que todo esto no sea más que

una estupidez desde el principio. Yo intentando convertirme en un Extraordinario. Es ridículo, ¿vale? Ya lo sé. Incluso aunque quisiera que funcionara, nunca lo haría.

—Pero esto podría…

—Owen, lo que quieres hacer es un delito contra tu padre. Lo que podría hacer que mi padre nos arreste. ¿Entiendes el problema en el que nos meteríamos? ¿Lo decepcionado que estaría conmigo? No puedo hacerle eso. Ya tiene suficientes problemas y no quiero empeorar las cosas.

Owen se enfureció y frunció el ceño.

—Pero eso ya no importaría, ¿verdad? Porque serías alguien mejor. No le quedaría más remedio que aceptar lo que realmente eres. Ya no serías más un chico trastornado que no puede mantener sus pensamientos en orden ni un solo segundo sin…

—Oye, eso no es justo —dijo Nick, furioso.

Owen hizo una mueca.

—Tienes razón. Lo siento. Eso estuvo fuera de lugar.

—Hice estupideces y mira a dónde me han llevado. Mi padre está enfadado conmigo, todavía tengo barro en las orejas, mi mejor amigo se está comportando de una forma extraña y no sé qué hacer. Shadow Star y Pyro Storm saben quién soy y no entiendo cómo es posible. Acaban de empezar las clases y ya me está yendo mal. No puedo, ¿vale?

Owen se puso de pie con rigidez.

—Lo entiendo, Nicky. Quieres seguir siendo como eres…

—No —interrumpió Nick—. No quiero. Quiero ser alguien de quien mi padre esté orgulloso.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque tal vez debería intentar hacerlo solo.

Owen asintió.

—Admirable. Tonto, probablemente. Y un poco estúpido, pero admirable. —Le guiñó un ojo y su sonrisa retorcida reapareció—. No le cuentes a nadie lo que te he contado, ¿vale? Es nuestro pequeño secreto.

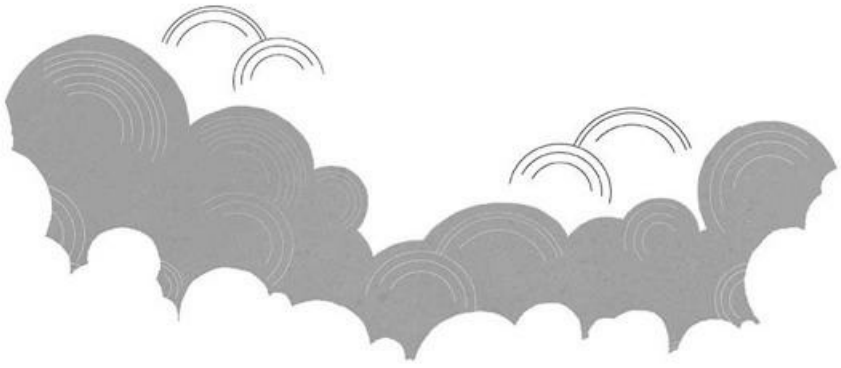
—No lo haré —prometió Nick—. Pero tú tampoco deberías hacer nada. No quiero que te pase nada.

—Ay, Nicky —dijo Owen, dándole una palmada en la mejilla—. Es muy dulce ver lo mucho que te preocupas. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

—No lo haré —respondió con firmeza—. Creo que es hora de que te vayas. No puedo meterme en más problemas.

—Claro, Nick. Quiero decir, si eso es lo que quieres. Aquí mismo tienes una cama vacía en la que podríamos acurrucarnos…

Nick lo empujó hacia la puerta de su habitación.



14

El lunes por la mañana, Nick se puso delante de su padre y se tragó la pastilla. No le daría superpoderes, pero lo ayudaría a disipar la neblina que tenía en la cabeza. Eso debía ser suficiente.

—Tienes tostadas y huevos en la mesa —dijo su padre. Parecía cansado, las ojeras bajo sus ojos se veían casi moradas—. Te quiero en casa en cuanto salgas del instituto. Lo digo en serio, Nick.

—Sí —susurró Nick—. De acuerdo.

***

—Tienes mal aspecto —le dijo Gibby en la estación de tren.

—Gracias.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó Jazz.

Nick se encogió de hombros.

—No —dijo Owen, apareciendo por detrás y rodeando los hombros de Nick con el brazo—. Nicky solo necesita un poco de amor. ¿No es así, Nicky?

Nick puso los ojos en blanco.

—No de ti.

—Me hiere, señor.

Nick lo empujó.

—Ey —dijo una voz detrás de él.

Nick se giró. Seth estaba allí, con la mochila colgada sobre uno de sus hombros. Su corbata verde hoy llevaba un nudo Windsor. Le quedaba bien. Eso molestaba mucho a Nick.

—Tú también tienes mal aspecto —dijo Gibby.

Y era verdad. Seth estaba pálido y tenía el pelo rizado más despeinado que de costumbre. Sus pantalones chinos estaban arrugados y tenía una marca en sus mocasines.

—Creo que todos sufrimos los lunes —añadió Jazz, poniéndose de pie—. Ya mejorará.

—¿Podemos hablar? —le preguntó Seth a Nick, quien se encogió de hombros.

—Más tarde. No puedo llegar tarde a la primera clase. Estoy castigado.

Seth frunció el ceño.

—Quería decirte que…

—Más tarde, Seth. —Y se volvió hacia las escaleras que llevaban a la calle Franklin.

Owen se puso a su lado. Nick no se volvió para ver si los demás lo seguían.

***

—Y ya que el señor Bell parece encontrar esta clase tan esclarecedora, quizá podría explicarnos la fórmula de Euler y cuáles son el seno, el coseno y la tangente.

Nick levantó la cabeza y encontró al señor Hanson delante de su pupitre, mirándolo con desprecio. El resto de sus compañeros también lo estaban mirando. Algunos susurraban cosas detrás de sus manos, sin quitarle los ojos de encima y esbozando sonrisas malignas y discretas.

—Lo siento —murmuró—. No estaba intentando…

—Esa es una respuesta correcta —dijo el señor Hanson, mirando a Nick con el ceño fruncido —. No estaba intentando. Tal vez, la próxima vez, considere intentar, señor Bell. Odiaría tener que escribirle a su padre tal como me lo solicitó si veía signos de… apatía.

Los susurros se volvieron más fuertes.

Nick se hundió aún más en su asiento.

***

—¿Todo bien? —le preguntó Jazz a Nick cuando él se desplomó en la mesa del comedor, donde hundió la cabeza entre los brazos.

—No —respondió con una voz apagada—. Creo que me quiero morir.

—Sí —dijo Gibby acercándose y frotándole la cabeza—. Eso no es para nada dramático.

—Lo digo en serio.

—Lo sé —dijo Gibby—. Por eso es triste.

Antes de que Nick pudiera responderle con alguna réplica, alguien apoyó su mochila junto a su cabeza y se sentó a su lado. Cuando levantó la cabeza, encontró a Seth mirándolo fijamente.

—Ah, mirad todos. Seth está aquí. No ha vuelto a desaparecer sin ninguna explicación.

—No seas imbécil —lo regañó Gibby cuando Seth se sonrojó avergonzado.

Jazz alternó la mirada entre ambos.

—Probablemente tenga una explicación perfectamente razonable para no haber ido a ver cómo te quitabas la ropa y saltabas al río.

—Con un anillo de *drag queen* —añadió Gibby.

—Con un anillo de *drag queen* —repitió Jazz—. Lo tengo grabado por si quieres verlo. ¿Quieres verlo, Seth? ¿Te gustaría ver el vídeo de Nick en ropa interior?

Seth se sonrojó y movió sus pies inquietos. A Nick casi le entraron ganas de darle la mano, pero como estaba enfadado con él, no podía hacerlo. Tenía que mantenerse firme.

—No sé de qué estáis hablando —murmuró Seth.

—Ajá —dijo Jazz—. Claro que no. ¿Por qué alguien diría exactamente lo que está pensando?

¡Sería una locura!

Seth se sonrojó aún más.

—Yo, mmm, te he traído algo.

Por un momento, Nick se olvidó de su enfado. Le gustaban los regalos.

—¿En serio?

Seth se encogió de hombros.

—No es para tanto.

—Dámelo —exigió Nick—. Sea lo que sea, tienes que dármelo ahora para que decida si es suficiente para perdonarte por ser un pésimo mejor amigo.

Seth murmuró algo en voz baja y metió la mano en la mochila. Cogió una bolsa de plástico de colores y la sostuvo frente a Nick.

—Toma.

Skwinkles Salsagheti.

Nick se quedó mirándolo.

—Sabor mango —añadió Seth por lo bajo.

Puede que fuera el mejor regalo que alguien le había hecho.

—Gracias —respondió—. De todas maneras, sigo enfadado contigo, pero… gracias.

—Lo sé. Pero te lo explicaré, ¿vale? Te lo prometo. Dame unos días y te lo contaré.

—¿El qué? —preguntó Nick, levantando la mirada hacia Seth.

—Todo —respondió Seth.

—¿Todo? —preguntó Gibby, sin aliento—. Seth, ¿estás seguro de…?

—Todo —repitió Seth con firmeza, sin apartar los ojos de Nick.

—De acuerdo —dijo Nick lentamente e inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Es algo malo?

—Creo que… ¿no?

—¿Es algo sobre tu novia y/o novio secreto?

—No, Nick. No lo es.

—¿Voy a quedar satisfecho con la explicación?

—No tengo ni la más mínima idea.

—Mmm —dijo Nick—. Ahora estoy intrigado. Bien jugado, Seth. Bien jugado.

Seth parecía aliviado.

Gibby parecía preocupada.

Jazz parecía confundida.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Owen cuando apareció de la nada, como siempre. Se sentó junto a Gibby y le robó una porción de su pizza.

Nick lo ignoró y quitó su mochila para que Seth pudiera sentarse.

Si sus manos se rozaron por debajo de la mesa más de una vez, bueno.

Solo ellos lo sabían.

***

Le entregaron su examen sorpresa de Historia dado la vuelta.

Eso nunca era una buena señal.

Levantó una esquina.

Insuficiente.

El signo más era realmente innecesario.

***

No había nadie en su casa cuando volvió del instituto.

Se hizo un selfi en el salón y se lo envió a su padre.

Bien, fue la respuesta. Haz los deberes. Tienes pasta en el frigorífico. Te veo mañana por la mañana.

***

—Lo estoy intentando —le dijo a la cara sonriente de su madre. Algunos coches tocaban el claxon en la calle. Levantó el edredón y se lo puso sobre los hombros—. Estoy intentando ser lo que él quiere que sea.

Pero no le respondió. Nunca lo hacía.

***

El martes por la mañana se tragó la pastilla delante de su padre.

Había una caja de cereales en la encimera.

Como era de esperar, una marca desconocida.

«MALVAVISCOS DE LEPRECHAUN NAVIDEÑOS».

Su padre lo estaba intentando.

Y Nick también.

Acercó una silla y se sentó a su lado. Leyeron el periódico juntos mientras comían los malvaviscos con sus cucharas.

No hablaron mucho, pero parecía un buen comienzo.

Estaba bien. Todo mejoraría.

***

—Tienes mejor cara hoy —le dijo Jazz en la estación de tren.

Nick se encogió de hombros.

—He dormido más.

—¿Eso es todo? —preguntó Gibby, con los ojos entrecerrados—. ¿No ha pasado nada más?

—¿Qué más podría ser?

—Tú y Owen parecíais bastante juguetones ayer.

—Juguetones —repitió Nick.

—Ey —dijo Seth apareciendo por detrás. Llevaba una pajarita con koalas. Nick quería guardarse a su mejor amigo en el bolsillo y quedárselo para siempre.

—Hola —dijo Nick, sonrojándose y mirando sus propias zapatillas desgastadas.

—Hola —dijo Seth, frotándose la nuca.

—Aw —dijo Jazz.

—Dios mío —murmuró Gibby—. Esto es insoportable.

***

Owen no apareció durante la comida.

Nick pensó en preguntar dónde estaba, pero luego apareció Seth y se sonrojó de nuevo.

También pensó en coger a Seth de la mano por debajo de la mesa.

Pero no reunió el valor.

Seth presionó su pie contra el suyo.

Nick se sintió como si estuviera a punto de estallar en llamas.

***

Se hizo otro selfi cuando llegó a su casa. Esta vez puso una cara graciosa y sacó la lengua.

Qué monada, respondió su padre. Aunque debo ser la única persona que piense eso.

Oye, qué malo eres.

Haz tus deberes, muchacho. Tienes guiso que preparó la mujer de Cap en el frigorífico.

¿Es comestible?

No. Prepárate un sándwich.

***

Terminó los deberes pronto.

Pensó en seguir escribiendo su *fanfic*.

Por primera vez en mucho tiempo, descubrió que ya no le importaba.

¿Se convertiría en una de esas personas diabólicas que abandonaban sus historias y no les daba un final, aunque sus lectores no quisieran otra cosa?

Dios, esperaba que no.

***

Estaba lloviendo cuando se despertó el miércoles por la mañana. El cielo estaba oscuro al otro lado de la ventana de su habitación. Las nubes parecían pesadas.

La casa estaba en silencio.

Parpadeó varias veces mirando al techo antes de girar la cabeza y ver el reloj de su escritorio.

Faltaba poco para que sonara la alarma.

¿Por qué la casa estaba tan silenciosa?

Debería haber escuchado a su padre en la cocina.

Cogió su teléfono.

Había recibido un mensaje suyo hacía algunas horas. Decía que había surgido algo y que trabajaría hasta tarde. Desayuna. Ve a la enfermería del instituto para que te den la pastilla. Te avisaré cuando llegue a casa.

—Soy un chico solo en su casa —le murmuró Nick a nadie—. Probablemente termine arruinado de por vida por eso.

***

Escuchó un trueno mientras comía un sándwich de plátano y mantequilla de cacahuete.

Se preguntó si llovería todo el día.

Cerró la puerta cuando salió de casa, luchando por abrir el paraguas.

***

Gibby y Jazz lo estaban esperando en el banco de la estación de tren.

—¿Te has enterado? —preguntó Jazz en cuanto se acercó.

Frunció el ceño.

—¿De qué?

—¡Shadow Star y Pyro Storm! Parece que anoche pasó algo gordo, pero nadie sabe qué. Me refiero a algo muy intenso. Explosiones, destrucción y todo eso.

Nick miró su teléfono, solo para recordar que no tenía acceso a internet. Dejó salir un quejido.

—Estoy castigado. No puedo buscar nada. Me siento en la Edad Media.

—Toma —dijo Jazz, entregándole su teléfono.

Gibby se lo arrebató antes de que pudiera agarrarlo.

—Vamos a llegar tarde —dijo y Jazz la miró confundida cuando le devolvió el teléfono.

Nick la fulminó con la mirada.

—Seth todavía no ha llegado. No podemos dejarlo solo.

Gibby suspiró.

—No viene hoy. Me mandó un mensaje esta mañana. Está enfermo de nuevo.

Eso… no tenía sentido.

—Pero ayer estaba bien. Y a mí no me avisó de nada —dijo, sacando su teléfono para asegurarse, pero el último mensaje que había recibido de él era de la noche anterior, cuando Seth le había escrito Descansa xx. Nick se había quedado mirándolo durante mucho tiempo, con la sonrisa más grande que había esbozado en mucho tiempo.

—No lo sé, Nicky —dijo Gibby—. Solo sé que hoy no va a venir.

—¿Es malo? —preguntó mientras le escribía a Seth para saber si realmente estaba enfermo.

—¿El qué?

Guardó el teléfono en el bolsillo.

—Lo que sea que haya pasado entre Shadow Star y Pyro Storm. Mi padre no volvió esta mañana, me dijo que tenía que trabajar hasta tarde.

Jazz vaciló durante un segundo.

—Bueno, no hay muertos. O eso es lo que dicen. Lo único que se sabe es que fue cerca de la Torre Burke.

Nick suspiró irritado.

—Podemos preguntar a Owen durante la comida para saber si sabe algo.

***

Owen no apareció durante la comida.

Seth todavía no le había respondido.

Tampoco su padre.

Nick comió parte de la ensalada de Jazz hasta que se dio cuenta que tenía piña. Nunca se había sentido tan ofendido en la vida.

***

Más tarde, Nick miraría hacia atrás y recordaría que aún seguía lloviendo cuando empezó a sonar el teléfono en su bolsillo. Se escucharon más truenos cuando comprendió que no era un mensaje, porque la vibración no se detuvo.

Era una llamada.

Se le heló la sangre cuando cogió el teléfono y miró a la pantalla.

CAP.

Se quedó sin aire. No podía moverse.

La vibración se detuvo.

UNA LLAMADA PERDIDA, decía la pantalla.

Quizá se había equivocado.

Quizá Cap quería llamar a otra persona.

Casi se había convencido de eso cuando la pantalla volvió a iluminarse.

Llamada de Cap.

Se levantó. La silla rechinó contra el suelo cuando la empujó.

Todos se volvieron hacia él.

—¿Nick? —preguntó la profesora Auster—. ¿Estás bien?

No respondió.

Se dirigió hacia la puerta con el teléfono firme en la mano, ignorando que le llamaban por su nombre y el resto de los estudiantes cuchicheaban sobre él en voz baja.

El pasillo estaba casi vacío. Había un conserje en la otra punta, limpiando los cristales.

Respondió la llamada y se llevó el teléfono a la oreja. Intentó hablar, pero lo único que salió de su boca fueron sonidos inentendibles.

—¿Nicky? —preguntó Cap.

Nick asintió y luego se sintió ridículo.

—¿Sí? —logró decir.

—Necesito que me escuches, ¿vale? Escucha mis palabras. No hables hasta que termine, ¿de acuerdo?

No. No, no, no.

—Él está bien. Necesito que recuerdes eso por encima de todo. Está bien. Está… en el hospital, Nick, no voy a mentirte. Se verá mal, pero estas cosas por lo general se ven así. Recibirá la mejor atención de los mejores médicos. Yo mismo me aseguraré de ello. Y te prometo que estará bien. Estoy enviando una patrulla para que te pase a buscar ahora mismo. Quiero que los esperes en el despacho del director. Te traerán aquí y lidiaremos con esto juntos. ¿Entendido?

No. No, no lo entendía. No entendía nada de esto. Le estaba costando respirar y, en algún momento, había cerrado los ojos con tanta fuerza como si pudiera hacer que todo esto desapareciera.

—Nick —repitió Cap con firmeza—. Necesito que me digas si lo has entendido.

—Sí —contestó con una voz ronca—. Lo entiendo. Despacho del director. Patrulla. Me llevarán contigo y… —No pudo terminar.

—Quiero que cuelgues ahora y vayas a donde te he dicho. Yo me encargaré de llamar al instituto, ¿de acuerdo? Te estarán esperando. Muévete, Nicky. Nos vemos en un rato.

Nick se movió.

***

Una señora de la sala de dirección lo encontró a mitad de camino.

El director lo estaba esperando dentro del despacho. Apoyó un brazo sobre sus hombros y lo llevó hacia otro despacho. Lo hizo sentar en una silla cómoda y le habló, pero Nick apenas le podía prestar atención. Asentía cuando creía que debía hacerlo.

Le dio un vaso desechable pequeño.

Alguien intentó quitarle el teléfono.

Él se resistió.

El agua se derramó.

Nick intentó disculparse, pero no encontró la manera de pronunciar las palabras.

Le dijeron que no importaba.

***

Alguien le trajo la mochila.

Nick dio las gracias.

***

Parecía que hubieran pasado horas cuando apareció un policía.

El oficial Novato.

Nick intentó ser valiente.

El oficial Novato lo abrazó.

Nick lloró.

El oficial Novato prometió no contárselo a nadie.

***

Esta vez no tuvo que sentarse en el asiento trasero del coche de policía.

—No hueles tan mal —dijo el oficial Novato.

Nick asintió.

El oficial Novato suspiró y cerró la puerta del acompañante. Rodeó la parte delantera del coche.

Nick miró su teléfono.

Tal vez…

Eligió un nombre.

Llamando…

Sonó una vez.

Y luego:

Has llamado al buzón de voz de Seth. Probablemente esté ocupado. Además, ya nadie llama a menos que sea una emergencia. Envíame un mensaje. A menos que sea una emergencia.

—Te necesito —fue lo único que dijo Nick.

El oficial Novato subió al asiento del conductor justo cuando Nick colgaba la llamada.

—¿Todo bien? —preguntó y Nick negó con la cabeza—. Sí, pregunta estúpida. Lo siento, Nick.

***

El oficial Novato era bueno.

Era muy bueno.

No importaba lo que Nick le preguntara, se negaba a contarle cualquier cosa sobre lo ocurrido. Lo único que le decía era que su padre estaría bien. «Se pondrá mejor, Nick, te lo prometo».

—Cap te dijo lo que podías decir, ¿verdad?

El oficial Novato se encogió de hombros.

—Me dijo que serías insistente. —Miró a Nick—. Y tiene razón. Tu padre se pondrá mejor. ¿Un hijo como tú? No existe una mejor razón para que se ponga bien cuanto antes. Dudo que quiera dejarte solo por mucho tiempo. Probablemente termines incendiando la casa.

Nick ahogó una risa, aunque sus ojos todavía seguían húmedos.

—Él es prácticamente lo único que me separa de la aniquilación total.

El oficial Novato rio.

—No llevo mucho tiempo por aquí, Nick. Todavía estoy en el período de prueba. Sabes cómo es eso.

—Lo sé, oficial Novato.

—Pero tu padre. Él… No sé todo lo que pasó. Antes. La gente habla, pero yo no escucho. ¿Sabes? No es mi fuerte.

—Sí —dijo Nick, mirando por la ventanilla.

—Lo único que me importa es que confío en tu padre para cubrirme las espaldas en cualquier momento. ¿De acuerdo? Pase lo que pase. Es un buen hombre.

Nick asintió, apoyando la cabeza contra el frío cristal. Seguía lloviendo.

—No lo conozco mucho, pero sí lo suficiente para decir que está muy orgulloso de ti. Ya sé que habéis pasado por momentos difíciles. Los dos. Y lo entiendo, probablemente más de lo que imaginas. Pero siempre se nota lo orgulloso que está de ti. Habla de ti todo el tiempo.

Nick formó dos puños sobre el regazo.

—Creí que te haría bien saber que te pone en un pedestal. Eres un gran chico, Nick. Incluso

aunque apestaras como el estiércol de mi abuelo la primera vez que te conocí.

—Por favor, oficial Novato —murmuró Nick—. Tengo algo así como un novio. Y ya hablamos sobre esto. Solo tengo dieciséis años. Sería ilegal.

El oficial Novato suspiró.

Pero cuando llegaron a una intersección en la que el tráfico estaba atascado durante casi una manzana entera, encendió la sirena y avanzó por la acera, a Nick no le pareció que estuviera tan mal.

***

Cap le estaba esperando al otro lado de las puertas automáticas del hospital. El oficial Novato le dijo que iría a aparcar y que lo vería dentro de un rato. Nick, apenas cerró la puerta del coche, empezó a correr hacia la entrada.

Cap sonrió, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos.

—¿Está bien? —preguntó Nick, casi sin aliento.

Cap asintió.

—Lo estará. Todos son optimistas. Recibió un duro golpe y se desmayó. Tiene algunas costillas rotas —dijo Cap, algo vacilante, y luego añadió—: Un pulmón perforado que colapsó, pero sabes que eso es algo que se puede arreglar, ¿verdad, Nick? ¿Lo sabes?

Ah, claro. Nick lo sabía. Nick sabía todo tipo de cosas sobre heridas. Era el resultado de ser el hijo de un policía. En los tiempos místicos conocidos como Antes, su padre solía entretenerlo con historias de lesiones grotescas que había visto en el trabajo, para consternación de su madre. Accidentes de tráfico, un tipo que llevaba chanclas cuando tuvo que arrojarse de la moto para evitar una colisión y perdió varios dedos del pie, un tipo que literalmente se tragó tres dientes por un golpe.

Y luego, Antes se convirtió en Después y… bueno. Nada fue lo mismo Después, pero su padre dejó de hablar tanto de su trabajo. No cuando tuvo que explicarle a Nick que había sido rápido y que no había sufrido, que en un momento estaba con ellos y al siguiente, no. Nick tuvo que esforzarse por entender el horror de la situación, pero lo había logrado. Eventualmente.

Así que, sí. Sabía bien a qué se refería Cap.

—Se ve mal —dijo Cap en voz baja—. Es lo que pensarás cuando lo veas. Parece peor de lo que realmente es. Son los cardenales, ¿vale? La inflamación. Tiene un respirador que lo ayuda por ahora, pero es solo por el pulmón perforado. Se lo quitarán antes de que te des cuenta. Cuando se despierte, estará de muy mal humor, te lo aseguro. Yo mismo me rompí un par de costillas hace unos años. Duele como el infierno y no hay nada que puedas hacer al respecto. Uno tiene que respirar, ¿verdad?

Nick asintió, incapaz de hablar por el nudo que tenía en la garganta.

Cap apoyó una de sus pesadas manos sobre su hombro y lo apretó con fuerza.

—Es fuerte, Nick. Muy fuerte. Y tiene mucho por lo que luchar. No irá a ninguna parte. Te lo prometo.

Nick quería apartarle la mano, porque nadie podía prometerle eso. Nadie podía decir que se quedaría para siempre. Puede que Cap no lo entendiera, y no era su culpa, pero Nick no podía evitar sentir una ira irracional. Ella no le había hecho ninguna promesa, pero Nick sabía que habría luchado con todas sus fuerzas para quedarse con ellos. Sí, había sido rápido, había terminado enseguida, no había sufrido, pero a pesar de que no le había hecho esa promesa en voz alta, no hacía falta que lo hiciera.

—¿Qué pasó? —susurró Nick.

—Hablaremos de eso más tarde, Nicky. No tienes que…

—Por favor.

Cap suspiró.

—Fueron los Extraordinarios. No sé… ocurrió algo. Nunca los había visto actuar así. Shadow Star. Pyro Storm. No sabemos qué los hizo estallar, pero estaban atacándose de formas que nunca habíamos visto. Había un edificio en ruinas cerca de la Sexta avenida y Torrance. Una zona muy transitada. No es el mejor lugar, Nick. Y el edificio debería haber sido demolido hacía mucho tiempo, pero se ha retrasado durante años. Tonterías burocráticas.

Su padre había sido valiente, le contó Cap. No esperaría menos de uno de sus oficiales. Estaban en el interior del edificio, intentando evacuar a las personas sin hogar, ya que el sonido de la pelea entre los Extraordinarios retumbaba por todas las calles. Su padre había sido una de las últimas personas en abandonar el edificio, ya que se había quedado hasta el último momento para asegurarse de que todos hubieran salido. Pero luego encontró a una mujer en un rincón, protegiendo lo que parecía ser una montaña de trapos.

Pero esos trapos resultaron ser un bebé.

La mujer estaba aterrorizada y era incapaz de moverse, hasta que el padre de Nick cogió al bebé entre sus brazos. Fue entonces cuando la mujer volvió a la vida y le arrebató a su bebé de las manos. Así partieron hacia la puerta del edificio.

Casi habían salido a la calle cuando los Extraordinarios se estrellaron contra la azotea del edificio y atravesaron siete pisos hacia abajo, lo que provocó que toda la estructura se sacudiera peligrosamente.

La explosión, cuando ocurrió, fue aterradora y enceguecedora. Hubo un destello de luz y luego un incendio que creció desde el interior e hizo estallar todas las ventanas en mil pedazos con la onda expansiva que provocó. Shadow Star salió despedido por la fachada del edificio hacia la calle y cayó de espaldas sobre una patrulla.

En cuanto el edificio empezó a arder, Pyro Storm emergió de las llamas, listo para atacar a

Shadow Star.

Toda la estructura colapsó detrás de él.

Su padre había conseguido sacar a la mujer y a su bebé por la entrada, ya que la empujó hacia la calle y la mujer cayó con su bebé en brazos al suelo.

Pero él no tuvo la misma suerte. Una viga colapsó sobre él.

Su padre era valiente.

Y también sus hermanos y hermanas del cuerpo de policía.

Entraron a toda prisa y lograron rescatarlo justo a tiempo. Estaba inconsciente y respiraba con mucha dificultad, pero estaba vivo. Sorprendentemente, la explosión apagó el incendio. Lo único que quedaron fueron los restos ardientes y resplandecientes de la madera y los ladrillos carbonizados.

Nadie más resultó herido. La mujer tenía algunos rasguños y el bebé un corte pequeño en la mejilla, pero eso fue todo. Podría haber sido mucho peor.

—Y eso es lo único en lo que te debes concentrar —dijo Cap—. Eso es lo único que debes recordar. Es un héroe, Nick. Estaba haciendo su trabajo. Salvó a esas personas. Y sí, salió herido, pero está vivo. Es un tipo duro y terco. Tienen que cuidarlo y asegurarse de que su cerebro solo se haya sacudido un poco nada más, pero estará bien. Él se pondrá bien.

—¿Los atrapasteis? —preguntó Nick, con las manos temblorosas—. ¿Atrapasteis a Pyro Storm?

Cap negó con la cabeza.

—Escaparon —vaciló y luego añadió—: No quiero que saques ninguna conclusión precipitada. No sabemos qué fue lo que ocurrió con exactitud, No sabemos si fue…

—Fue él —dijo Nick—. Fue Pyro Storm. Él hizo esto, ¿vale? Él es el malo. Shadow Star solo estaba intentando detenerlo. Estaba intentando salvar a Ciudad Nova. Si hubiera sabido que mi padre aún estaba allí dentro, habría hecho todo lo posible para salvarlo.

Cap esbozó una sonrisa tensa.

—De acuerdo, Nick. Está bien. Lo entiendo. Pero no nos preocupemos por eso ahora. Vayamos a ver a tu padre. Estoy seguro de que le gustará escuchar tu voz.

Era demasiado para Nick. En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, se desplomó contra Cap, rompiéndose en pedazos. Cap pasó un brazo sobre sus hombros y le susurró que todo estaría bien.

***

Se bajaron en el quinto piso mientras Nick se secaba los ojos. No quería que nadie supiera que había estado llorando. Pero lo que vio, amenazó con hacerlo llorar otra vez.

A lo largo del pasillo, había muchos policías, hombres y mujeres reclinados sobre la pared a

cada lado. Algunos parecían exhaustos y tenían las caras llenas de polvo y hollín, y mantenían la cabeza apoyada sobre la pared y los ojos cerrados.

Todos llevaban uniforme, algunos tenían las gorras apretadas entre sus manos delante de ellos.

Y cuando vieron a Nick, se reincorporaron y enderezaron los hombros.

Cap mantuvo un brazo sobre Nick mientras lo guiaba por el pasillo. Todos los oficiales saludaron a Nick con la cabeza al pasar junto a ellos. En respuesta, Nick les devolvía el gesto. Conocía a algunos. A otros, no. El oficial Novato, de algún modo, había llegado antes que Nick y Cap, y le dedicó una pequeña sonrisa antes de recobrar la seriedad.

Más cerca del final, había un grupo de hombres vestidos de paisano con las placas colgando del cuello.

Detectives.

Los antiguos compañeros de trabajo de su padre.

Estas eran las personas que habían luchado por Aaron Bell cuando Antes se convirtió en Después, y su padre había atacado a alguien que no debía. Ellos eran los únicos que se habían opuesto a la Oficina de Asuntos Internos y sus superiores para exigirles que no despidieran al detective Bell bajo ninguna circunstancia, ya que era un activo invaluable para el Departamento de Policía de Ciudad Nova y perderlo significaría perder a alguien que sangraba sus valores.

Cuando acabó el día, solo lo degradaron, pero Nick nunca lo olvidó. Su padre había intentado ocultarle la mayor parte, pero Nick sabía más de lo que probablemente debería.

Le dieron una palmada en la espalda cuando pasó junto a ellos y le dijeron que estaba bien y que todo mejoraría. «Ya lo verás, Aaron saldrá adelante, Nicky, y regresará al trabajo antes de que te des cuenta».

Llegaron a una puerta abierta.

Cap se detuvo antes de entrar.

—Recuerda —le dijo a Nick—. Parece peor de lo que realmente es.

***

Tenía mala pinta.

Eso no se podía negar.

Tenía tan mala pinta que el suelo empezó a moverse bajo sus pies. Estaba conmocionado, dolido y tardó un minuto en hacer que sus piernas volvieran a funcionar.

Había dos enfermeras en la habitación y ambas esbozaron una sonrisa antes de volverse hacia el hombre de la cama.

Varias máquinas emitían pitidos agudos y zumbaban, pero Nick solo se distrajo por los latidos del corazón de su padre, una línea verde que subía y bajaba en un monitor. Estaba estable.

Tenía cinta adhesiva sobre los párpados para mantenerlos cerrados.

Tenía una correa alrededor del cuello que sujetaba un tubo de respiración.

Tenía vendas alrededor de todo su brazo derecho por las quemaduras.

Pero lo peor de todo eran los moratones.

Parecía como si cada centímetro de su piel estuviera cubierto por moratones azules, rojos y morados. Su pecho subía y bajaba, y tenía una pinza blanca sobre la punta de uno de sus dedos. Incluso sus nudillos estaban morados, como si cada parte de su cuerpo hubiera quedado aplastada.

—Tú debes ser Nick —dijo una de las enfermeras con una alegría desmesurada. Nick asintió, incapaz de apartar los ojos de su padre—. Soy Becky, seré la enfermera de tu padre hoy. Ella es Renee, estará aquí para ayudarme. Si necesitas algo, solo tienes que avisarnos, ¿vale?

—O a alguno de los oficiales que están fuera —añadió Renee, moviendo la cabeza—. Estoy bastante segura de que harían cualquier cosa por ti.

—El doctor vendrá pronto para hablar contigo —dijo Becky, cambiando una bolsa de suero vacía por una llena—. Él responderá cualquier pregunta que tengas. Si quieres, puedes acercarte. Estoy segura de que a tu padre le gustará escuchar tu voz.

Pero Nick no podía moverse.

Lo único que podía hacer era mirar los latidos en el monitor.

—¿Nick? —preguntó Cap.

Se dio la vuelta y salió corriendo.

***

Gibby y Jazz lo encontraron.

No sabían cuánto tiempo llevaba acurrucado bajo la mesa de una habitación vacía que había encontrado en el segundo piso. Parecía que la usaban como almacén. Había sillas apiladas, algunos artículos de limpieza en las estanterías de la pared y olía a lejía.

La puerta se abrió y dio paso a la luz y el ruido del pasillo.

Escuchó a alguien suspirar.

—Está aquí.

Parpadeó justo cuando dos pares de piernas se detuvieron delante de él.

Giró la cabeza.

Jazz y Gibby se agacharon.

—Hola —dijo Jazz, alisando su falda.

—Hola —respondió.

—Todo el mundo te está buscando —dijo Gibby—. Uno podría pensar que todos esos policías serían más hábiles de lo que son, pero no.

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó Nick, mirando la parte inferior de la mesa.

—Vimos una habitación pequeña y oscura. Es a donde yo iría. Es la décima que revisamos.

—Estaban buscándote por la azotea —dijo Jazz—. Es como si no te conocieran. ¿Puedo sentarme debajo de la mesa contigo?

Nick se encogió de hombros.

—El suelo está un poco sucio.

Jazz rio.

—Como si me importara.

Nick se acercó más hacia la pared para hacerle sitio a Jazz. Ella se agachó y se arrastró debajo de la mesa, maldiciendo en voz baja cuando se golpeó la cabeza. Se sentó a su lado y lo cogió de las manos, apretándolas con fuerza. A Nick le temblaban los labios, por lo que apartó la mirada.

Gibby se acercó y cerró la puerta antes de sentarse. Levantó las piernas contra su pecho y las abrazó con fuerza.

Jazz fue la primera en hablar.

—Creo que alguien ha dibujado un pene debajo de esta mesa.

Nick ahogó una risa.

—Es una mancha.

—¿Qué? No, claro que no. Definitivamente es un pene. Bueno, quizá sea una mancha de humedad, pero parece un pito.

—¿Qué dice de ti que veas penes? —preguntó Gibby—. A mí no me parece… Ah, sí, es un pene.

—Me pregunto si es como uno de esos exámenes psicológicos con las manchas —dijo Jazz—. ¿Qué significa que vea un pene?

Nick sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Probablemente sea el inicio de un trastorno mental severo. Hurra.

—No sé cómo sentirme al respecto.

—No pasa nada —dijo Gibby—. Yo te seguiré queriendo de todas formas.

—¿Aunque vea penes por todos lados?

—Aunque veas penes por todos lados.

—Dios mío —gruñó Nick—. Será mejor que os vayáis si vais a ser adorablemente raras. Ahora me siento muy vulnerable y no sé si podré soportarlo.

—No —respondió Jazz, relajada—. Creo que me quedaré donde estoy, si te parece bien.

A Nick le parecía muy bien, aunque no lo dijo en voz alta.

—Yo solo… necesitaba esconderme.

Gibby tarareó por lo bajo.

—Deja de echarte la culpa. Es duro.

—Fue el latido del monitor.

Jazz presionó su mano con fuerza una vez más.

—¿Qué pasa con eso?

Nick sentía los ojos como si estuvieran llenos de arena.

—El pitido. Y la línea. Fue demasiado. Me asustó. Porque era él, pero no se parecía en nada a él.

—Está muy golpeado, ¿verdad?

Nick se encogió de hombros.

—Demasiado. —Tragó saliva con dificultad tratando de mantener el control—. No quería irme.

—No creo que nadie esté enfadado contigo —dijo Gibby—. Y si lo están, tendrán que pasar primero por Jazz y por mí.

—Puedo derribar hombres del doble de mi tamaño —dijo Jazz—. Yo te cubro las espaldas. Y el frente.

Nick cerró los ojos. No quería saber la respuesta, pero tenía que preguntar.

—¿Seth?

Fue Gibby quien respondió.

—Él… no sé, Nicky. Ya sé que quieres que esté aquí.

—Pero no está.

Gibby vaciló por un segundo.

—No. No está.

Nick abrió los ojos.

—¿Dónde está?

Gibby se encogió de hombros y bajó la mirada. Empezó a tocar el dobladillo deshilachado de su pantalón.

—Es que… están pasando cosas, Nick. Cosas que no puedo explicarte.

—¿Por qué?

—Porque no me corresponde a mí hacerlo. Tienes que escucharlas de él.

Nick rio entre dientes con amargura.

—No creo que vaya a pasar eso pronto. No vino, después de todo.

—Él quiere…

—Puede que no me importe lo que él quiera. ¿Mi padre está en el hospital y ni siquiera puede tomarse un segundo para atender el teléfono? Intenté llamarlo y ¿sabéis qué pasó? Sonó tres veces y me llevó directo al buzón de voz. Si el teléfono estuviera apagado, habría sonado solo una vez. Si estuviera encendido, habría perdido la llamada después de seis tonos. Pero sonó tres. Lo que significa que vio que lo estaba llamando y decidió cortar la llamada.

Gibby hizo una mueca de dolor.

—No puedes saber eso.

—¿Tú sabes dónde está?

Gibby no respondió. Jazz la miró.

—¿Lo sabes?

Gibby suspiró.

—Mira, no me corresponde a mí contarlo. Le prometí que no…

Nick se incorporó y, como era de esperar, se golpeó la cabeza contra la mesa.

—Hijo de… *auch*. ¿Por qué esta mesa es tan dura?

—Tiene un pene —dijo Jazz amablemente—. Quizá tuvo una erección.

Nick la miró furioso.

—No es gracioso.

—¿Perdona? Soy graciosísima.

—Realmente lo es —añadió Gibby. Suspiró cuando vio que Nick y Jazz la miraban—. Maldita sea. —Dejó caer los hombros—. No es lo que pensáis. No miento cuando te digo que Seth no quiere otra cosa más que estar aquí contigo, ¿vale?

—Entonces, ¿dónde está? —insistió Nick—. ¿Por qué ni siquiera me coge el teléfono cuando mi padre está en el hospital por culpa de Pyro Storm?

Gibby levantó la cabeza con firmeza.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí —dijo Nick con ferocidad—. Cap me contó lo que pasó. Shadow Star y Pyro Storm estaban peleando y se estrellaron contra el edificio. Y luego explotó y hubo fuego por todas partes. Pyro Storm estaba intentando matar a Shadow Star y no le importó una mierda quién saliera herido en el proceso. Él es el malo. El villano. Él hizo esto. Siempre ha sido él.

—No —dijo Gibby, negando con la cabeza—. Nick, eso no… ¿Sabes qué? No me importa. Estoy cansada de todo esto. —Se lo quedó mirando por un momento. Respiró hondo y soltó el aire lentamente. Luego, añadió—: Nick, hay algo que necesitas saber. Es sobre…

La puerta se abrió.

La sala quedó iluminada por completo.

El oficial Novato suspiró.

—Aquí estás. Maldita sea, Nick. En cuanto podamos mirar hacia atrás y reírnos de todo esto, voy a esposarte y a ponerte en el asiento trasero otra vez.

—Vaya… —dijo Jazz—. ¿Eso no es ilegal? Nick es menor de edad. No deberías estar coqueteando con un chico de dieciséis años. Tú tienes como treinta.

Nick moqueó al resoplar.

—Es lo que yo dije. Pero aparentemente soy irresistible para el oficial Novato. Quiero decir, no lo culpo, soy bastante guapo.

El oficial Novato puso los ojos en blanco.

—Si eso te excita.

—Puaj —dijeron Gibby, Jazz y Nick, asqueados.

—No creo que debas hablar así con menores —dijo Jazz.

—Irás a prisión —añadió Gibby.

—Sed amables con el oficial Novato —dijo Nick.

—Gracias, Nick…

—No es culpa suya que esté enamorado de mí.

—¿Quién está enamorado de ti? —preguntó Cap desde la puerta.

El oficial Novato parecía estar a punto de desmayarse.

—¡Nadie, señor! ¡No es absolutamente nada!

Cap entrecerró los ojos y lo miró con suspicacia.

—Está bien, Cap —dijo Nick.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué no dejas que yo decida eso? Oficial Morton, yo me encargo de esto. Vaya a hacer algo útil a otro lado.

El oficial Novato asintió y se marchó a toda prisa.

—Tipo raro —dijo Cap, mirándolo marcharse.

—Está bien —dijo Nick, arrastrándose sobre Jazz para salir de debajo de la mesa—. Será un buen policía.

—¿Sí? ¿Tiene tu sello de aprobación?

Nick asintió.

—Es un poco inmaduro, pero tiene que empezar por algún lado.

Cap se frotó la barbilla, pensativo.

—Es bueno saberlo. —Miró a Nick—. ¿Estás bien?

Nick se encogió de hombros y miró sus zapatillas.

—Parece que estás mejor.

—Lo siento. No debería haberme ido.

—A veces, debemos irnos para despejarnos y aclarar nuestras cabezas lo mejor que podamos. Lo importante es que volvamos más fuertes que cuando nos fuimos.

«Es más fácil afrontar las cosas juntos que solos».

—No sé si soy lo suficientemente fuerte —admitió Nick.

—Yo creo que sí —dijo Cap.

—Yo también —añadió Gibby mientras ayudaba a su novia a levantarse.

—El más fuerte —dijo Jazz—. Y aunque no lo seas, nos tienes a nosotras.

Nick las quería mucho.

***

Mary Caplan llegó y se acercó con mucha efusividad a Nick. Era una mujer negra muy sensata que le dijo sin rodeos que se quedaría con ellos cuando él intentó convencerla de que estaría bien solo.

—No me vengas con esas tonterías —dijo—. No te escucharé. Te quedarás con nosotros y te alimentaré como nunca te hubieras imaginado. Estás demasiado delgado. Preparé un pastel de carne y un estofado, y compré dieciséis pizzas congeladas antes de venir aquí. Te lo comerás todo y te gustará.

—Esto va a ser genial —susurró Cap.

—Ah, no creas que eso es para ti, Rodney Caplan —dijo Mary con seriedad—. Tú comerás col rizada.

—Pero… —Le lanzó una mirada fulminante y Cap se resignó—. Sí, señora.

Ella se inclinó hacia delante y besó a su marido en la mejilla.

Cap esbozó una sonrisa adorable.

Nick no entendía a los adultos.

***

Jazz y Gibby acompañaron a Mary a la casa de los Bell para preparar una maleta con las cosas de Nick. A pesar de lo raro que le resultaba la idea de que rebuscaran en su cajón de la ropa interior, quería quedarse con su padre todo el tiempo que pudiera.

Becky le sonrió cuando regresó y le señaló una silla que estaba junto a la cama.

—El doctor Chaudry vendrá a hablar contigo enseguida. Tu padre está en buenas manos.

Nick se sentó en la silla.

—¿Está…? ¿Está sufriendo?

Becky negó con la cabeza.

—Parece peor de lo que es, confía en mí. Probablemente le duela cuando despierte, pero para eso está la morfina. Va a estar muy drogado, pero te doy permiso para grabarlo y luego usar el vídeo para chantajearlo.

Le gustaba cómo pensaba Becky.

***

El doctor Chaudry le dio el parte médico. Dos costillas rotas, un pulmón perforado, quemaduras superficiales en el brazo, contusiones, abrasiones.

—Le estamos prestando especial atención a la herida de la cabeza —explicó—. Sigue algo inflamada, pero debería bajar. El respirador es por su pulmón. Si se producen neumotórax

repetidos, consideraremos llevarlo al quirófano, pero, por el momento, solo queda esperar.

—¿Cuándo despertará? —preguntó Nick, moviéndose impaciente en la silla.

El doctor Chaudry esbozó una sonrisa.

—Pronto, Nick. Probablemente en un par de días. Es una persona saludable y fuerte. Tendrá que hacer reposo durante un tiempo, pero se pondrá mejor.

***

Finalmente, lo dejaron solo cuando empezó a caer la noche, mientras la lluvia pasaba a ser una llovizna miserable. Los oficiales debían volver a sus trabajos o a sus casas con sus familias. El oficial Novato se ofreció a quedarse con él, pero Nick negó con la cabeza. Antes de irse, el oficial Novato le escribió su número de teléfono en un papel y le dijo que le llamara si necesitaba algo.

—Oficial Novato, pervertido. Qué manera de darme tu número cuando me siento tan vulnerable…

Nick casi se sintió ofendido por lo rápido que el oficial Novato abandonó la habitación.

Nick se volvió hacia su padre y vaciló antes de estirar su mano y tocar el dorso de la mano de su padre. Su piel estaba caliente y Nick se esforzó por superar el nudo que tenía en la garganta.

—Hola —logró decir—. Mmm, Becky me dijo que te podía hablar. Probablemente no me escuches, pero ella cree que ayudará. Ella es tu enfermera. Parece bastante agradable, supongo. Así que… Eso es bueno.

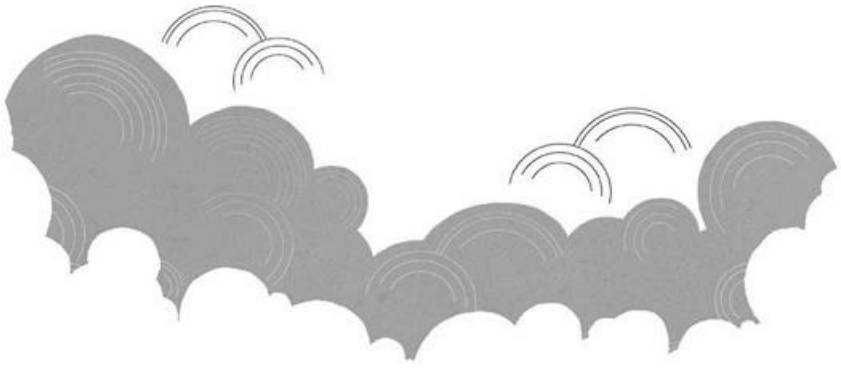
Miró su mano sobre la de su padre. Nick era más blanco que él. Nunca se había dado cuenta de eso antes.

—Yo… —Tosió y se aclaró la garganta—. Estoy orgulloso de ti. Lo siento si no te lo digo lo suficiente. Pero es la verdad. Yo no… No sé por qué no podemos decirnos eso más a menudo. Yo sé que, a veces, meto la pata. Y es mi culpa. Pero no quiero que sea así. No siempre. Y sé que es difícil. Estar sin ella. Ni siquiera sé cómo hemos llegado a este punto, pero lo hicimos. Y vamos a seguir avanzando. Te necesito. No quiero hacerlo solo. Tú eres mi padre. —Una lágrima resbaló por su mejilla, pero no se la limpió—. Estoy castigado, ¿recuerdas? Así que sería estupendo que te despertaras ahora para asegurarte de que no haga nada que no deba.

El pecho de su padre subía y bajaba a medida que la máquina emitía sus pitidos y zumbidos.

Nick apoyó la cabeza a un lado de la cama, cerca de sus manos unidas.

Se quedó en esa posición durante mucho tiempo.



15

Nick se acostó en la cama más lleno de lo que jamás había estado en su vida, a pesar de no tener demasiado apetito cuando se sentó en la mesa con los Caplan. Mary no había aceptado un no por respuesta, y Nick probablemente se comió una vaca entera en el pastel de carne.

La cama era blanda y la habitación estaba caliente, pero las sábanas eran algo ásperas y las sombras que se proyectaban sobre la pared tenían formas bastante extrañas. Nunca podía dormir bien en lugares desconocidos y, si a eso se le sumaba el estrés de todo lo que había ocurrido, no creía que fuera a dormirse pronto. Ah, sí, estaba agotado, pero era como si estuviera demasiado cansado incluso para dormir. No ayudaba que su cerebro estuviera tan saturado de energía y no mostrara indicios de que fuera a calmarse.

Y para empeorar las cosas, había intentado llamar a Seth de nuevo, aunque en esta ocasión sonó una vez y la llamada se desvió directamente al buzón de voz. Su teléfono estaba apagado. Nick pensó en llamar a sus tíos para preguntarles qué demonios le estaba pasando, pero al final decidió no hacerlo. Martha le había dejado un mensaje de voz cuando estaba con su padre, diciéndole que lo quería mucho y que la llamara si necesitaba algo. Pasarían a visitarlo en los próximos días. Y luego, por alguna extraña razón, terminó el mensaje con: «Sé que las cosas pueden parecer de cierta manera. Pero hay una razón para todo, Nicky. Necesito que no lo olvides. Te queremos mucho y nos vemos pronto».

Guardó el mensaje.

También tenía mensajes de Gibby y Jazz mientras estaban en su casa, y le decían que su habitación olía a chico y que no estaban para nada impresionadas por la cantidad de calcetines que tenía. Jazz también mencionó que su cama era cómoda, y que cuando Gibby intentó besarla, la apartó porque no quería hacerle eso a Nick. Además, Gibby acababa de comerse una porción de pizza fría que había encontrado en su frigorífico y su aliento olía a cebollas y aceitunas, y era asqueroso.

Sonrió al leer los mensajes antes de bloquear el teléfono y dejarlo sobre la mesita de noche.

Golpeó la almohada varias veces para encontrar una posición cómoda en la que tumbarse y poder dormir. Se subió el edredón hasta los hombros y se acostó mirando hacia la ventana del primer piso desde donde entraba la luz tenue de la calle.

Y entonces…

Lo vio.

Había alguien en el tejado de la casa de enfrente.

Se cayó de la cama, soltando un chillido y maldiciendo mientras se acercaba a la ventana.

La figura había desaparecido.

***

Eran casi las once cuando se sentó en la cama y se frotó la cara con una mano. Sentía un zumbido constante en la cabeza. No había tomado la Concentra desde la mañana anterior. Se la tendría que pedir a Mary o Cap. Su padre las había guardado bajo llave en casa, pero podrían conseguir las dosis de emergencia que tenía el instituto. No iría a clase en lo que quedaba de semana, pero tal vez alguien podría ir a buscarlas por él.

Extendió un brazo y cogió el mando a distancia de la televisión pequeña que estaba encima de la cómoda pegada a la pared. Probablemente era más vieja que Nick, pero Mary le había asegurado que funcionaba bien. No tuvo las agallas para decirle que estaba castigado y que no podía ver la tele.

A lo mejor podía encontrar algún infomercial estúpido o algún canal de bricolaje que lo aburriría hasta quedarse dormido.

Presionó el botón de encendido.

La pantalla cobró vida.

Una voz inundó toda la habitación mientras mostraba un gráfico que se movía de un lado a otro de la pantalla.

—Noticias. Clima. Deportes. Esto es… *Action News* con Steve Davis.

Steve Davis apareció en la pantalla detrás de un escritorio con una sonrisa brillante. Nick nunca se había fijado en que sus dientes fueran tan grandes. O tan blancos.

—Buenas noches —entonó Steve Davis—. Retomamos la historia de esta mañana donde un edificio se derrumbó en el 1600 de la Sexta Avenida. En lo que solo se puede describir como caos, los cielos de Ciudad Nova fueron el escenario de una pelea interminable entre los Extraordinarios conocidos como Shadow Star y Pyro Storm. La brutal pelea comenzó a altas horas de la noche y continuó hasta las primeras horas de la madrugada, sin mostrar rastros de clemencia entre Shadow Star y Pyro Storm. Aunque no se han reportado víctimas fatales, la batalla entre los Extraordinarios tuvo repercusiones en las calles de Ciudad Nova, ya que provocó la destrucción de un edificio de apartamentos. En el derrumbe, un oficial del Departamento de Policía de Ciudad Nova resultó herido.

Nick se quedó sin aliento al ver la foto de su padre en la pantalla. Estaba sobre un fondo azul con su uniforme.

—Un portavoz de la policía confirmó que Aaron Bell, un oficial que está en servicio desde hace veinte años, resultó herido mientras rescataba a una mujer sin hogar.

Steve Davis esbozó una sonrisa más amplia.

—Si ese nombre les resulta familiar es porque hace dos años el oficial Bell tuvo un altercado con uno de los testigos de un caso de alta notoriedad pública. El oficial Bell, que entonces era detective, no se enfrentó a cargos, pero fue degradado. El testigo emitió una demanda contra Aaron Bell y Ciudad Nova que se resolvió en la corte.

Nick quería romperle sus dientes perfectos a Steve Davis.

—Además, el portavoz nos informó que el oficial Bell se encuentra en la unidad de cuidados intensivos y se espera su total y pronta recuperación. El Hospital de Ciudad Nova anunció que el oficial Bell está en buenas condiciones, pero se negó a realizar más declaraciones.

La imagen de su padre desapareció a medida que la cámara se centraba de nuevo en Steve Davis.

—Y ahora, en exclusiva para *Action News*, tenemos a Rebecca Firestone.

La imagen cambió a una esquina lluviosa que Nick apenas reconocía. Rebecca Firestone sonreía beatíficamente. Sostenía un paraguas con una mano y un micrófono con la otra.

—Gracias, Steve. Los eventos de las últimas veinticuatro horas han puesto de manifiesto una escalada de violencia entre los Extraordinarios. En su corta pero compleja historia, Shadow Star y Pyro Storm fueron adversarios, pero siempre mantuvieron la ferocidad al mínimo. Hoy, la historia es diferente.

Rebecca Firestone desapareció de la imagen y la reemplazó una vista aérea que mostraba una nube de humo y polvo en el lugar del derrumbe, con la calle llena de escombros.

—Esta fue la escena con la que amanecimos el día de hoy, cuando un edificio de apartamentos colapsó a raíz de una pelea entre Shadow Star y Pyro Storm. Los efectivos de la policía dicen que la estructura estaba condenada debido a problemas estructurales y su demolición estaba prevista para el año pasado. Sin embargo, debido a continuas demandas llevadas a cabo por los antiguos inquilinos y el embrollo legal sobre el futuro del terreno, la demolición se pospuso indefinidamente. Mientras tanto, el edificio Haversford se convirtió en el refugio de cientos de personas sin hogar de Ciudad Nova. La ciudad intentó disuadirlos de no entrar colocando una valla alrededor del edificio, pero *Action News* descubrió que, solo en el último año, esta tuvo que ser reparada en cuarenta y siete veces. Un portavoz de la promotora de viviendas emitió un comunicado en conjunto con la oficina del alcalde en el que afirmaba que, aunque se había hecho todo lo posible para evitar que la gente entrara en el edificio, ellos no pueden, y cito textualmente, «estar las veinticuatro horas del día vigilando que esto no suceda».

Rebecca Firestone reapareció una vez más con una mirada ensoñadora.

—Y aquí, para explicar los acontecimientos del día de hoy, tenemos a Shadow Star en persona.

Nick casi se cae de la cama cuando la cámara alejó la imagen.

Allí, envuelto en una sombra oscura como la tinta junto a Rebecca Firestone, estaba Shadow

Star.

Llevaba su traje completo con las lentes de los ojos ligeramente entrecerrados. Tenía los brazos cruzados a la espalda. Sus hombros anchos se veían firmes y parecía tranquilo y confiado. Su traje brillaba bajo la luz de la cámara. Nick tardó un momento en comprender por qué esa pose le resultaba familiar. Los policías en el pasillo. Se habían colocado de la misma manera.

Por primera vez desde que se había enterado de la existencia de Shadow Star, Nicholas Bell… no sintió nada.

Espera.

Mentira.

Sí sintió algo, pero no como antes. Incluso algunos días atrás, si hubiera visto a Shadow Star, sus hormonas de adolescente se hubieran alterado por completo y lo hubieran hecho transpirar y tener una leve erección. Se hubiera quedado boquiabierto, respirando con dificultad por la boca, admirando cada centímetro del cuerpo del superhéroe.

Pero esta vez, no fue así.

Esta vez, Nick se sentía… No sabía cómo se sentía. Aunque aún quedaban rastros de su atracción obsesiva en algún rincón perdido de su mente, había sido sustituida por algo diferente. Las palmas de sus manos estaban sudorosas y se le retorcía el estómago.

No ayudaba el hecho de que Shadow Star estuviera sonriendo a Rebecca Firestone como si Aaron Bell no estuviera inconsciente con un respirador en la garganta; como si Nick no estuviera en la casa de un extraño, en una cama extraña, porque no tenía ningún otro lugar a donde ir; como si Nick no acabara de, probablemente, tener el peor segundo día de su vida. Una ardiente decepción corrió por su sangre y se asentó en el pecho.

—Gracias, Rebecca —dijo Shadow Star con su voz modulada a un tono más grave—. Me alegro de volver a verte.

Rebecca esbozó una amplia sonrisa.

—Agradecemos que te tomes el tiempo de hablar con nosotros en este momento tan inoportuno.

Shadow Star se encogió de hombros.

—Siempre es un momento inoportuno en Ciudad Nova. El crimen nunca descansa.

Nick apenas evitó poner los ojos en blanco.

Rebecca dejó salir una risita.

—Apuesto que no. ¿Puedes contarles a los espectadores lo que ha ocurrido hoy?

Shadow Star miró directamente a la cámara.

—Por supuesto. Esta mañana, temprano, el villano conocido como Pyro Storm intentó acceder a la Torre Burke. No es la primera vez que lo intenta, pero últimamente se ha vuelto más… agresivo con sus tácticas.

—¿Por qué quiere entrar en la Torre Burke?

—No lo sé, Rebecca —dijo Shadow Star—. Todavía no lo he descubierto. Pero no importa. Lo que Pyro Storm intenta hacer va contra la ley y debe ser detenido. Y como yo soy el único capaz de hacerlo, hice lo que debía para garantizar la seguridad de aquellos que se encontraban dentro de la Torre Burke.

—La Torre Burke —les dijo Rebecca Firestone a los espectadores—, es el edificio donde se encuentra la sede central de las Farmacéuticas Burke. Hemos pedido unas declaraciones al equipo que está a cargo de la seguridad de ese lugar, pero aún no hemos recibido ninguna respuesta. —Se volvió hacia Shadow Star—. En el pasado, has sido capaz de mantener tus peleas con Pyro Storm al mínimo. ¿Qué ha cambiado?

—No lo sé —dijo Shadow Star, frustrado. Nick sintió algo de lástima por él—. Algo ha cambiado. Se está volviendo más inestable. Recomiendo a la buena gente de Ciudad Nova que se mantengan alejados de él. Es peligroso y una amenaza para nuestras vidas. Voy a hacer todo lo posible para detenerlo y mantener a la ciudad a salvo.

—Eres muy valiente —dijo Rebecca Firestone, apoyando una de sus manos sobre el brazo de Shadow Star.

—Mierda —musitó Nick—. Te estás avergonzando a ti misma. Acaba con esto de una vez por todas, Firestone. Ten algo de dignidad.

—No es una cuestión de valentía —respondió Shadow Star—. Es cuestión de hacer lo correcto.

Rebecca Firestone frunció el ceño, como si no esperara esa respuesta. Recuperó la compostura rápidamente.

—Un oficial del Departamento de Policía de Ciudad Nova resultó herido en acto de servicio como resultado de tu batalla contra Pyro Storm. ¿Hay algo que quisieras decir a la familia del oficial Bell?

Nick contuvo la respiración. Shadow Star se apartó de Rebecca y volvió a mirar a la cámara.

—Sí, hay algo. Si la familia del oficial Bell está viendo esto, me gustaría que supieran que haré todo lo posible para que se haga justicia. Espero poder ser lo suficientemente fuerte como para asegurarme de que algo así no vuelva a ocurrirle nunca a nadie más.

—Qué palabras tan agradables para…

—Hay algo más.

—Ah, lo siento. Adelante.

Nick sentía como si Shadow Star le estuviera hablando directamente a él.

—Te prometo que no me detendré hasta que Pyro Storm haya pagado por sus delitos. No se saldrá con la suya. Lo que dije en el callejón cuando nos hicieron la foto iba en serio.

Rebecca Firestone parecía confundida.

—¿Qué? ¿Qué foto? ¿Qué callejón?

Shadow Star inclinó la cabeza como si hubiera oído algo a lo lejos.

—La ciudad me necesita —gruñó—. Debo acudir a su llamada.

Hubo un remolino de luz que proyectó sombras a su alrededor y, cuando se desvaneció, Shadow Star ya se había ido.

Rebecca Firestone parecía confundida, como si hubiera tenido un orgasmo delante de la cámara y no supiera cómo lidiar con ello. Nick la entendía perfectamente.

—Bueno, lo escuchasteis aquí primero. Shadow Star ha prometido acabar con la amenaza conocida como Pyro Storm. Un final apropiado para un día que seguramente no quedará en el olvido. Volvemos al estudio contigo, Steve.

—Gracias, Rebecca. Eso fue bastante esclarecedor. Parece ser el héroe que Ciudad Nova necesita. En otras noticias, ¿las ardillas tienen sentimientos? La respuesta de un experto podría sorprenderlos. Quedaos para conocer más.

Nick cogió el mando a distancia y apagó la televisión.

La habitación quedó a oscuras.

«Lo que dije en el callejón cuando nos hicieron la foto iba en serio».

¿Había querido decir…?

Había estado lloviendo.

Nick había besado accidentalmente, probablemente a propósito, su cabeza.

Entonces…

«Bien, Shadow Star, no hace falta que sonrías, tienes que verte taciturno y profundo, o lo que sea».

«Exacto. Respiro las sombras de la oscuridad y…»

«Tenéis que decir a la de tres: ¡Nick es muy mono!»

«Nick es muy mono».

—¿Qué demonios? —susurró Nick—. No puede ser…

¿Cierto?

Pero ¿y si…?

¿Acaso importaba?

¿No tenía cosas más importantes por las que preocuparse?

Cogió su teléfono y encendió la pantalla. Se quedó mirándola fijamente.

Estaba cerca de algo grande. Algo maravilloso. No era lo que quería, pero no sabía si le quedaba otra opción.

Llamó a la única persona que podía ayudarle. La única persona que podría hacer que todo saliera bien.

Sonó una vez. Dos veces. Tres veces.

Una voz habló.

Has llamado al buzón de voz de Seth. Probablemente esté ocupado. Además, ya nadie llama a menos que sea una emergencia. Envíame un mensaje. A menos que sea una emergencia.

No dejó ningún mensaje.

Recordó a su padre en el hospital, golpeado y herido.

Recordó cuando le dijeron que Antes se había convertido en Después.

Era posible que eso le hubiera conducido a esto.

Aquí. Ahora. Este momento.

Esta era su historia de origen.

Encontró otro nombre en su teléfono.

Lo marcó.

Y sí, dudó por un breve instante. Los valientes suelen hacerlo.

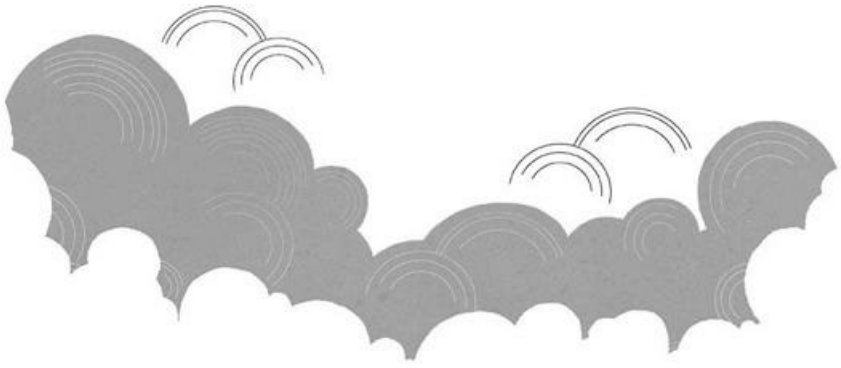
Pero al final, hizo lo único que podía hacer.

Sonó una vez. Dos veces. Tres…

—Nicky —dijo una voz algo engreída—. ¿No es un poco tarde para ti?

Respiró hondo y le contestó.

—Owen. Estoy listo. ¿Cómo lo hacemos?



16

Se sentó junto a su padre en la cama del hospital y le cogió de la mano.

La gente iba y venía.

Les dedicaban pequeñas sonrisas de empatía.

Las odiaba.

***

Su padre estaba igual.

No hubo cambios.

También odiaba eso.

***

—Me ibas a decir algo ayer —dijo Nicky de repente. Gibby levantó la mirada con cautela desde el otro lado de la mesa de la cafetería del hospital. Si Nick cerraba los ojos, casi podía fingir que estaban comiendo en el instituto. Seth estaría sentado a su lado, Gibby y Jazz enfrente. Owen les robaría comida y sonreiría con arrogancia.

—¿Qué? —preguntó Gibby. Miró a Jazz, quien se encogió de hombros. Le habían traído los deberes cuando salieron del instituto, pero a Nick no podía importarle menos.

—Ayer, en el almacén de suministros. Antes de que llegara el oficial Novato, dijiste que estabas cansada de todo esto y que había algo que tenías que contarme. ¿Qué era?

Gibby apartó la mirada.

—No me acuerdo.

—¿No te acuerdas?

—No importa, Nicky. No era nada importante.

Nick no la creyó.

***

Alguien llamó a la puerta y sobresaltó a Nick, que había estado hipnotizado viendo los latidos de su padre en el monitor.

—Adelante —dijo Nick con voz áspera. Levantó las manos y se frotó los ojos. Probablemente era Becky que venía para presentarle a la enfermera del turno de noche. Le había dicho que sería alguien nuevo, pero que se la presentaría en el cambio de turno. No les importaba si lo veían

llorando. Seguramente era algo que veían todo el tiempo.

Pero no era una enfermera. Era Martha Gray.

Nick se puso de pie, repentinamente avergonzado. No sabía por qué.

—Hola, mmm, no sabía que vendrías.

Martha esbozó una sonrisa respetuosa mientras sujetaba su bolso con fuerza.

—Espero no molestarte. ¿Está…? ¿Te parece bien que haya venido? Puedo volver más tarde si quieres.

Nick sacudió la cabeza.

—No, está bien. —A continuación, con el corazón latiendo con fuerza, miró detrás de ella, preguntándose si Seth también había venido. Si así era, las cosas podrían ser diferentes. Tal vez no tendría que seguir adelante con lo que había planeado.

Pero no estaba ahí.

La sonrisa de Martha se desvaneció. Parecía desconsolada.

—Estoy sola, me temo.

Le dolió. Mucho.

—Sí —dijo Nick—. Claro, está bien. Quiero decir, es solo mi padre, ¿verdad?

Martha dio un paso hacia delante.

—Nick, tienes que creerme cuando te digo que él también quiere estar aquí. Probablemente más que nada en el mundo.

—Entonces, ¿por qué no está aquí?

—A veces, hay cosas más grandes que nuestros propios deseos. —Cerró la puerta detrás de ella. Nick apartó la mirada mientras ella se acercaba al otro lado de la cama. Parpadeó rápidamente mientras dejaba su bolso sobre el alféizar de la ventana. Se dio la vuelta hacia el padre de Nick, se acercó y cogió una de sus manos entre las suyas. Luego le apartó un mechón de pelo de la frente—. ¿Cómo está?

—Igual.

—¿Cuándo despertará?

—Nadie lo sabe. Mañana. Pasado mañana. Algún día.

Balbuceó algo inteligible en voz baja.

—Te quería preguntar si querías quedarte con nosotros, pero me dijeron que te estás quedando en la casa del jefe.

Nick se hundió aún más en su silla.

—Sí.

—Probablemente sea el lugar más seguro en el que podrías estar.

—Supongo.

Se acercó a su padre y le subió un poco más la manta.

—Bob quería venir, pero le surgió una emergencia en el edificio donde trabaja. Algo sobre una posible fuga de gas. Quería que te dijera que te quiere mucho y que vendrá en cuando pueda. Son muy curiosas las fugas de gas. Una chispa y todo podría terminar en una tragedia. Dime, ¿ya descubrieron la causa de la explosión?

—Fue Pyro Storm —dijo Nick con voz ronca.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Suenas muy seguro.

Nick se encogió de hombros.

—Es la única explicación.

—¿Puedo contarte una historia?

Nick quería mucho a Martha. De verdad que sí. Pero no tenía ganas de escuchar una historia. No ahora.

—La hora de visita ya casi está a punto de…

—Hace un tiempo, un niño vino a vivir con nosotros. No lo esperábamos. No estábamos preparados. Mucho menos para cuidar a uno que había perdido tanto. Nosotros mismos estábamos sufriendo esa pérdida. Pero, de repente, teníamos a un niño que no tenía ningún lugar a donde ir.

Nick cerró los ojos.

—Estaba herido —continuó Martha en voz baja—. Por el accidente. Sus padres habían muerto y él sobrevivió, pero su corazón quedó destruido y su cuerpo estaba cubierto de vendas. Dijeron que había sido un fallo técnico, algo que estaba mal en el tren. No recuerdo los detalles. Bob es mejor para esas cosas. Murieron muchas personas, pero este niño, este dulce y pequeño niño, de alguna manera se las arregló para sobrevivir. Lo encontraron enterrado bajo restos de metal quemado, con su madre y su padre sobre él. Cuando lo vi por primera vez, estaba en una habitación como esta. Tenía los ojos cerrados y supuse que estaba teniendo una pesadilla. Entonces hice lo único que podía hacer: le cogí de la mano y le dije que todo iba a salir bien. Que aunque su corazón estuviera destruido, nosotros lo mantendríamos a salvo.

Nick se estremeció, intentando no acurrucarse sobre sí mismo.

—No debería haber sobrevivido. Fue nuestro pequeño milagro. Más fuerte de lo que la gente creía. Y vivió. Estaba triste, por supuesto, y sufría unas pesadillas terribles. Solía despertarse gritando en la oscuridad, llamando a su madre y su padre, desesperado por encontrarlos. Intentando salvarlos. Nunca podía hacerlo antes de que lo despertáramos y teníamos que ver cómo su corazón se rompía una y otra vez cada vez que abría los ojos.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Nick apretando los dientes.

Ella continuó, como si no hubiera dicho nada.

—Bob y yo no sabíamos cómo ser padres. Lo hicimos lo mejor que pudimos. Me preocupaba que nada fuera suficiente, que nosotros no fuéramos suficiente. Ah, lo quisimos inmensamente. Le dimos todo lo que pensamos que podría querer. El amor es un arma muy poderosa en la oscuridad, pero solo si sabes empuñarla.

Nick sintió una lágrima deslizándose por su mejilla.

—Siempre estaba callado. Siempre observando. Apenas hablaba. Hasta que un día llegó a casa del colegio y no dejó de hablar ni un minuto sobre un niño que se había acercado a él en los columpios, aunque ninguno de los dos supiera cómo columpiarse. Nos contó que este niño era inteligente, amable y simpático, y que su padre era oficial de policía. Además, anunció en voz alta que este niño se llamaba Nicholas Bell y que iban a ser mejores amigos para siempre. Fue la vez que más lo escuché hablar desde que había llegado a nuestras vidas. Yo no sabía quién era este Nicholas Bell, pero supuse que probablemente era ese milagro que tanto habíamos estado esperando.

Nick se sorbió la nariz mientras sacudía la cabeza.

—No merezco…

—Sí mereces la pena —le interrumpió Marta y Nick abrió los ojos. Lo estaba mirando fijamente y sus ojos también estaban brillantes—. Yo sé que te cuesta creerlo, pero sí, lo haces. Ya sé cómo ves a Seth, Nick. Llevo años viéndoos juntos. Para ti el día empieza y termina con él. Todas las estrellas del cielo aparecen por él. Pero hay algo que nunca ves. Y es que él también piensa lo mismo de ti.

—Entonces, ¿por qué no está aquí? —preguntó Nick algo furioso, levantándose de la silla. Empezó a caminar de un lado a otro—. Si lo que dices es cierto, entonces, ¿dónde diablos está? Es mi pa-pa-padre.

Sobre la cama, la luz chisporroteó y se apagó.

Ambos levantaron la mirada. Las bombillas se habían fundido.

—Mmm —dijo Martha—. Qué interesante.

Nick se frotó un lado de la cabeza. Le estaba empezando a doler otra vez. Mary Caplan debía traerle una de sus pastillas. Se había olvidado de tomarla esta tarde.

—Estábamos en casa cuando recibimos la llamada —dijo Martha, todavía mirando la luz fundida—. Eran los padres de Gibby.

Nick estaba confundido.

—¿Te llamaron por mi padre? Pero…

—Por tu madre, Nick.

Nick se quedó congelado.

—¿Qué?

—Nos llamaron. Nos contaron lo que pasó. Creí que Seth estaba a punto de destruir el mundo

entero para verte. ¿Lo recuerdas?

Nick vaciló por un segundo y luego sacudió la cabeza.

—Todo lo que ocurrió es como una neblina. Solo recuerdo estar con mi padre y que Seth también estaba ahí. Ni siquiera me acuerdo de qué hora era. Ni dónde estábamos.

—Es de esperar. Los traumas pueden alterar la mente. La hacen… cambiar. Pueden robarte tus recuerdos. Pero él estuvo ahí, Nick, tan rápido como pudo. Y vio lo que te hizo. Entendía lo que estabas pasando, quizá más que nadie. No recordaba su propia pérdida, pero sabía lo que le había hecho a él. Y te hizo una promesa. Te dijo que haría todo lo posible para asegurarse de que no volviera a ocurrir nada parecido.

—No lo entiendo —dijo Nick desconsolado.

—Él quiere estar aquí —repitió Martha—. Más que nada en el mundo. Pero las cosas son diferentes ahora. Y le duele más de lo que puedas imaginar. Sé que es un consuelo absurdo, pero es necesario que lo sepas.

Nick dejó caer la cabeza.

La escuchó moviéndose al otro lado de la cama y no intentó alejarla cuando lo envolvió entre sus brazos. Se recostó contra ella y apoyó la cabeza sobre su hombro. Martha le acarició la espalda mientras le susurraba con suavidad al oído.

—Fue ese día en los columpios cuando todo cambió para él. Desde entonces, todo lo que ha hecho ha sido por ti. Sé que no siempre puedes verlo, Nick, pero, a veces, hay cosas más grandes que nosotros. Cosas que debemos hacer para mantener a salvo a las personas que queremos. Y él te quiere. Él te quiere.

Lo abrazó mientras él se derrumbaba una vez más.

***

Se marchó poco después, no sin antes inclinarse sobre la cama y darle un beso en la frente a su padre. Se detuvo en la puerta, con el bolso en la mano. Le apretó el hombro y le dijo que le vería pronto.

Estaba a punto de irse cuando se detuvo.

—¿Nick?

—¿Sí? —preguntó, agotado.

—Esto mejorará. Todo esto, te lo prometo.

No sabía qué decir, así que no dijo nada.

Ella esbozó una sonrisa tensa. Y luego, se fue.

***

Ya casi era la hora de irse.

Mary Caplan lo estaba esperando.

Cogió la mano de su padre y le dijo:

—Voy a asegurarme de que esto no vuelva a ocurrir.

Escuchó el pitido de los latidos de su corazón cuando se dio la vuelta y se alejó.

***

—¿No tienes hambre? —preguntó Mary cuando vio que apenas tocaba la comida del plato que había puesto delante de él. Nick se encogió de hombros.

—Estoy cansado, supongo. Creo que me iré a dormir temprano.

—Tengo una reunión por la mañana. No debería llevarme demasiado tiempo. Puedes esperar a que termine o ir al hospital en tren. Cualquiera de las dos opciones está bien.

—No te preocupes por mí —dijo—. Cogeré el tren. ¿Dónde está Cap?

Mary suspiró.

—¿Dónde va a estar? Trabajando. Siempre está trabajando. Este asunto con los Extraordinarios te… cambia.

Claro, esa era la idea, pero no lo dijo en voz alta.

—Estoy seguro de que terminará pronto.

Mary frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Nick apartó el plato.

—Creo que estoy listo para ir a la cama.

Estaba a punto de salir de la cocina cuando escuchó que le llamaban.

—Tu pastilla. Olvidaste tomar tu pastilla.

La tragó entera sin beber agua.

Tenía un sabor amargo.

Pero su dolor de cabeza desapareció casi de inmediato.

Qué curioso.

***

Título: Aquí es donde quemamos la Tierra.
Autor: ShadowStar744.
Capítulo 67 de ? (LO SIENTO).
268.130 palabras.
Pareja: Shadow Star / Personaje masculino original.
Clasificación: PG-13 (La clasificación podría subir, pero no sé si me quedaría bien, agh).
Etiquetas: amor verdadero, anhelo, shadow star suave, violencia, final feliz, primer beso, puede que un poco de obscenidades si me atrevo a hacerlo, pero quién sabe.

ESTO NO ES UN CAPÍTULO

Hola, amigos. Ya sé que esto no es lo que esperabais. Lo siento. Por desgracia, tengo malas noticias. Pasaron cosas muy grandes que me han cambiado la vida, cosas que no esperaba. Me han puesto en una situación en la que debo tomar una decisión respecto a qué quiero para mi futuro. Y lo que se espera de mí. En quién necesito convertirme. Cómo puedo ayudar a quienes más lo necesitan.

No actualizaré la historia durante un tiempo. Puede que mucho tiempo. Ya no veo a los Extraordinarios de la misma manera. Antes eran esos seres míticos capaces de lograr cosas que me fascinaban, pero ahora sé que son capaces de hacer daño a otros. Y eso es algo que nunca me imaginé, algo que nunca pensé que fuera posible.

Sé que esto no tiene mucho sentido, y me disculpo por ello. Esto no es una especie de código para contaros que me voy a hacer daño a mí mismo, así que por favor no penséis eso. De hecho, todo lo contrario. Voy a hacer todo lo posible para asegurarme de que las personas que quiero no vuelvan a salir heridas nunca más. Voy a hacer algo extraordinario.

Gracias por hacerme sentir especial.

Os escribiré pronto.

ShadowStar744

***

Esperó a que Mary Caplan se fuera a dormir. Apoyó una oreja sobre la puerta de la habitación. Silencio. Se colgó la mochila antes de abrir la puerta lentamente y asomó la cabeza por el oscuro pasillo. La casa crujía a su alrededor. No se filtraba ninguna luz por debajo de la puerta del dormitorio de Cap y Mary.

Solo llevaba calcetines mientras caminaba de puntillas por el pasillo, con las zapatillas en la mano como medida de precaución. Consiguió esquivar el escalón que Mary decía que siempre chirriaba. Abrió la puerta principal tan silenciosamente como pudo y la cerró tras de sí con la llave que Cap le había dado. Soltó las zapatillas en el suelo y metió los pies en el interior.

Luego, desapareció en la noche.

***

—¿Qué llevas puesto? —preguntó Owen mirando a Nick con los ojos entrecerrados cuando se acercó. Owen estaba apoyado sobre la puerta de una tienda de teléfonos móviles cerrada.

Nick bajó la mirada. Llevaba unos vaqueros negros y una sudadera también negra con capucha, que usaba para cubrirse la cabeza.

—Mi traje de infiltrado.

—Tus zapatillas son moradas.

Nick frunció el ceño.

—Sí, Gibby me trajo estas en lugar de las negras. No tuve tiempo para ir a cambiarlas. Culpa mía. ¿Crees que nos delatarán? Llevo calcetines negros, si quieres me las puedo quitar.

Owen suspiró.

—Estás ridículo.

—Ah, ¿sí? Bueno, tú te ves… bien. Como siempre. ¿Por qué no llevas nada para ocultarte?

Owen sonrió.

—No lo necesito. Vamos. Acabemos con esto. —Sujetó a Nick por el codo y empezó a llevarlo por toda la manzana.

La Torre Burke estaba iluminada como un faro en medio de la noche, atrayéndolos hacia su interior.

***

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Owen mientras se acercaban al edificio.

—Bien —murmuró Nick, esquivando a un grupo de turistas nocturnos que admiraban los rascacielos a su alrededor—. Se despertará y volverá a casa pronto.

—¿Sí? Qué bien. Siento no haber pasado a verte.

—No te preocupes. La habitación no es muy grande. No hay nada que puedas hacer.

—Aun así. Los hospitales me dan escalofríos. Cuando era niño pasaba mucho tiempo en esos lugares y trato de evitarlos, a menos que no me quede otra opción.

Nick se detuvo.

Owen lo miró.

—¿Qué?

—No sabía que habías estado ingresado en un hospital.

Owen puso los ojos en blanco.

—Porque nunca te lo conté. No es para tanto. ¿Vienes o qué?

Nick lo siguió.

—¿Por qué tuviste que estar ingresado en el hospital?

—A lo mejor era porque estaba loco —respondió Owen, moviendo las cejas—. Me encerraron con camisa de fuerza y todo.

Nick lo empujó.

—La única camisa que te quedaría bien.

Owen rio.

—Qué gracioso. A veces olvido lo gracioso que eres. No sé por qué me sorprende.

—¿Gracias? Supongo.

—No fue nada grave —continuó Owen, dejando atrás una nube de vaho caliente con su aliento —. Veía cosas que no estaban ahí.

Nick parpadeó.

—¿Como alucinaciones?

—Algo así. Al principio, creían que tenía problemas con la vista. Y luego con mi cerebro.

—¿Y qué era al final?

Owen levantó la mirada, las luces del edificio de su padre iluminaban toda su piel.

—Nunca lo descubrieron. Me dieron un medicamento y desapareció. —Giró la cabeza y le guiñó un ojo a Nick—. Supongo que fui uno de los que tuvo suerte.

Un recuerdo apareció con fuerza en la mente de Nick, tan brillante como una estrella fugaz.

«¿Y mi medicación? La necesito».

«Ahora no. Ya has tenido suficiente por el momento. Vete. Ya me has hecho llegar tarde».

—Eso es… —No sabía cómo terminar la frase. Hasta que se decidió—. Raro.

Owen se tambaleó dramáticamente.

—Ay, Nicky. Y yo que pensaba que nos estábamos reconciliando. ¿Por qué me insultas en una cita?

Nick se escandalizó.

—Esto no es una cita. ¿Por qué dices eso?

—Te invité a salir y aceptaste.

—¡Me dijiste que entraríamos en el despacho de tu padre para robar unas pastillas que me convertirían en un Extraordinario!

—Bueno, sí. Una gran idea para una cita, ¿verdad?

Nick le dio un puñetazo en el brazo.

—Tío, eso no mola. Sabes que yo… Sabes que Seth y yo somos… Somos algo, ¿vale?

Owen hizo una mueca.

—Como si pudiera olvidarlo. Por cierto, ¿cómo está el viejo y querido Seth?

—Bien —murmuró Nick—. Supongo.

—¿No estás seguro?

—No hablo con él desde hace un tiempo.

—¿Por qué?

Nick levantó los brazos.

—¡No lo sé! Está ocupado o lo que sea. ¿Podemos hablar de otra cosa? Tenemos que estar concentrados. Y esto no es una cita.

—¿Ni siquiera ha ido a ver a tu padre? —preguntó como si estuviera ofendido en nombre de Nick—. Qué gilipollas.

—Tú tampoco fuiste —le recordó Nick.

—Te dije que no me gustan…

—Los hospitales, sí, ya lo he entendido. Pero cuando él era pequeño también estuvo en un hospital. Quizá le pase lo mismo.

Owen entrecerró los ojos.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Estuvo en un… ¿De verdad no lo sabes?

—No.

—Tuvo un accidente de tren con sus padres. Chocó. Ellos murieron y él no.

Owen se quejó.

—Por supuesto que eso es lo que pasó. Definitivamente, no podía ser más cliché.

—¿De qué demonios estás hablando?

Owen movió la mano como si lo que acababa de decir no tuviera importancia.

—No importa. Ya estamos aquí. Sígueme la corriente.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con que te siga la corriente? Owen, ¿qué estás haciendo? ¡Owen!

***

Al parecer, Owen quería que lo siguiera por la puerta principal de la Torre Burke. Era tarde y las puertas estaban cerradas, pero eso no impidió que sacara una tarjeta y la presionara sobre una caja negra en la parte exterior del edificio. Se encendió una luz verde y hubo un chasquido audible antes de que las puertas de cristal se abrieran.

Owen entró.

Nick dudó por un segundo.

Y luego, le siguió.

El suelo era brillante y parecía muy caro. Estaba seguro de que no estaba diseñado para que lo pisaran con unas zapatillas moradas como las suyas.

En el centro de la sala había una fuente enorme con una cortina de agua que caía sobre una fina lámina de cristal. Nick observó cómo el cristal se iluminaba y la cara de Simon Burke apareció en el agua.

—Bienvenidos a las Farmacéuticas Burke —dijo una voz grave—. El futuro empieza hoy.

—Le pagó seis cifras a alguien para que creara ese eslogan —comentó Owen.

Nick no podía visualizar esa cantidad de dinero.

—Me parece que le estafaron.

Owen rio.

—Intenta decírselo.

Una fila de detectores de metal cortaba la mitad del oscuro vestíbulo. Un guardia de seguridad estaba sentado detrás de un escritorio de madera sobre una tarima elevada. Apenas parecía mayor que ellos. Levantó una ceja cuando se acercaron.

—Señor Burke —dijo—. Es tarde. —Se sentó más recto en la silla, ligeramente sonrojado.

—Ya sabes cómo es esto, Brett —respondió Owen con tranquilidad—. Papá se olvida algo en su despacho y yo debo ser el hijo responsable que debe venir a buscarlo.

—No hay descanso para los malvados.

Owen sonrió mientras se inclinaba hacia delante, con los codos sobre el escritorio.

—¿Me estás llamando malvado, Brett?

Brett se puso nervioso.

—No, eso no… No estoy intentando… —Miró por detrás de Owen a Nick—. ¿Quién es tu amigo?

Owen se volvió hacia Nick.

—Ah, ¿Nicky? Solo está aquí para hacerme compañía.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Brett se rascó la cabeza.

—No sé si puedo dejarlo entrar con usted, señor Burke. No creo que a su padre le haga mucha gracia.

Owen se acercó a Brett y le acomodó la corbata.

—Entonces podría ser nuestro pequeño secreto.

Brett suspiró.

—No hagas nada que pueda hacer que me despidan.

—Ni en sueños. No ver tu cara sería una decepción de proporciones épicas.

—Mmm, seguro —dijo Brett, visiblemente sudoroso—. Sí. Oye, estaba pensando. Tal vez podríamos salir a…

—¿Nos dejas entrar? —preguntó Owen con dulzura.

Brett asintió con torpeza y presionó un botón en su escritorio.

—Asegúrate de pasar la tarjeta en caso de que alguien pregunte.

—Gracias, Brett —dijo Owen. Se volvió de nuevo hacia Nick—. ¿Preparado?

Nick asintió, sin saber qué demonios estaba pasando, pero eso no le impidió seguir a Owen a través de una puerta de metal junto al escritorio. La puerta se cerró con fuerza tras ellos.

***

Nick supuso que se dirigían al pasillo de los ascensores, pero para su sorpresa, Owen se desvió a la izquierda y continuó por un largo pasillo de techo abovedado, oscuro y con puertas de madera a ambos lados. Las paredes estaban cubiertas por pantallas negras con las iniciales FB estilizadas que giraban lentamente en el centro. A través de unos ventanales inmensos que se extendían desde el suelo hasta el techo, Nick vio a un hombre dentro de lo que parecía ser una sala de conferencias, moviendo la cabeza mientras pasaba una pulidora por el suelo de baldosas.

Ahora que estaba aquí, Nick no estaba seguro de que hubiera sido una buena idea. Pensó en buscar una manera de escapar, de convencer a Owen de que tenían que pensarlo mejor, pero cada

vez que abría la boca para decírselo, veía a su padre inconsciente en la cama del hospital, con los pitidos de las máquinas a su alrededor, mientras la línea de sus latidos rebotaba en el monitor.

—¿Todo bien? —preguntó Owen, mirándole de nuevo.

No.

—Sí.

Giraron a la izquierda y luego a la derecha, y otra vez a la derecha. Nick ya no estaba seguro de que pudiera encontrar la salida solo. La Torre Burke era un laberinto. No entendía cómo alguien podía guiarse en este lugar.

—Es más grande de lo que parece —dijo Nick—. Todo este sitio.

Una expresión extraña apareció en la cara de Owen.

—Todo es cuestión de capas, Nick. Mi familia tiende a tener cierto… talento para el dramatismo. Mi abuelo construyó este lugar desde los cimientos. Cuando murió, mi padre continuó su trabajo. —Rio amargamente—. Y un día, será mío y llevaré la corona, por más pesada que sea.

Nick se encogió de hombros con torpeza. La fachada de Owen pareció caerse por un instante una vez más y eso le hizo sentir incómodo.

—No estás obligado a hacer algo que no quieres.

—Mi familia no es como la tuya. Hay ciertas expectativas. Cualquier decisión que hubiera tenido que tomar en esta vida me fue arrebatada el día que nací.

—Eso… es una mierda. —Era tonto, pero no sabía qué más decir. La versión vulnerable de Owen no era algo con lo que Nick supiera cómo lidiar.

Owen rio.

—Ay, Nicky. Siempre has tenido talento con las palabras.

—Pero estás tomando una decisión ahora, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

Nick se encogió de hombros.

—Estar aquí. Hacer lo que sea que estemos haciendo. Decidiste contármelo. Decidiste traerme aquí.

Owen sacudió la cabeza.

—Esto no se trata de tomar decisiones, Nick. Esto siempre fue inevitable.

—No lo entiendo.

—Lo sé. Hay muchas cosas que no entiendes.

Nick sintió una gota de sudor deslizándose por su nuca.

—¿Qué pasa contigo?

—¿Qué pasa conmigo?

—Tú también harás esto, ¿verdad? ¿Te convertirás en un Extraordinario? No sé si quiero

hacerlo solo.

—¿Ya te estás echando atrás?

—No. Solo… ¿Por qué querrías ser normal cuando puedes ser algo más?

A Nick no le gustaba el brillo en los ojos de Owen.

—Eso es exactamente lo que siempre he pensado. Todo saldrá bien, Nick. Ya lo verás. Ya estamos aquí.

***

Se detuvieron frente a una puerta doble ornamentada. Había una caja negra junto a esta, similar a la que estaba en la entrada de la Torre Burke. Pero en lugar de usar la misma tarjeta que antes, Owen sacó una distinta de su bolsillo. La pasó por la delgada ranura. Emitió un pitido y… se encendió una luz roja.

Owen frunció el ceño.

Volvió a pasarla.

Un pitido. Una luz roja.

—Mmm —dijo Owen.

—¿Qué pasa?

—La tarjeta no funciona. Mi padre debe haber cambiado el código. Mejor prevenir que lamentar. Ve a vigilar.

—A lo mejor deberíamos…

—Solo tardaré un segundo, Nick.

Nick se volvió y miró hacia el pasillo. Estaba vacío.

—Me gustas, Nick —dijo Owen—. Siempre me has gustado. Yo sé… Yo sé que las cosas estuvieron raras durante un tiempo entre nosotros. Y sé que no he sido tan buen amigo como podría haber sido, pero hay una razón.

Nick miró hacia atrás por encima de su hombro. Owen estaba agachado sobre la caja negra. Nick no podía ver qué estaba haciendo, pero no dejaba de mover los brazos.

—¿Que eras un capullo presuntuoso?

—Un poco. Pero supongo que ya no te importa, ¿verdad? Tienes a Seth.

—No estaría tan seguro de eso —murmuró Nick—. A él… le pasa algo y no sé qué es.

—La vida —respondió Owen con ligereza—. Somos adolescentes. Todo es innecesariamente complicado. Nos dicen que tenemos que ser de una manera, aunque sepamos que no sea la indicada. No nos toman en serio. Dejan de lado nuestras ideas porque carecen de fundamento. A veces, tenemos que portarnos mal para que los demás nos presten atención, para que sepan que hablamos en serio, que somos capaces y que no nos deberían ignorar.

Nick no sabía de qué estaba hablando.

—Intenté meter un grillo en el microondas porque creía que me convertiría en un superhéroe. Estoy bastante seguro de que no debería tener permitido tener ideas propias.

Owen sacudió la cabeza.

—Tal vez no fue un plan muy bien pensado, pero tu corazón estaba en el lugar correcto. Tomaste una decisión para convertirte en algo más grande de lo que eras.

—Porque estaba enamorado de un Extraordinario. Suena estúpido, ahora que lo pienso.

—Pero ahora ya no es por eso, ¿o sí?

—Yo… No. No. Porque no creo…

Nick vio un destello de luz por el rabillo del ojo. Se dio la vuelta y vio una de las puertas abriéndose.

—¿Cómo has hecho eso?

Owen esbozó una sonrisa ingeniosa.

—Tengo mis trucos. Vamos, ya casi hemos llegado.

Nick miró por encima del hombro.

El pasillo seguía vacío.

Se volvió hacia la puerta…

… y entró.

***

El despacho era extravagante, más que cualquier otra cosa que Nick hubiera visto hasta ese momento. Tres de las cuatro paredes estaban cubiertas por estanterías con libros que llegaban hasta el techo, llenas de tomos encuadernados en colores brillantes. Había una escalera conectada a un sistema de raíles delante de las estanterías.

La cuarta pared era una pantalla gigante, con el mismo logo de las Farmacéuticas Burke en el centro.

Delante de la pantalla había un enorme escritorio de madera. Tenía tres monitores adicionales sobre este, pero Owen los ignoró.

—Creí que habías dicho que estaba en el sótano —dijo Nick.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué estamos…?

—Observa.

Nick dio un paso hacia atrás cuando Owen tocó el lomo de tres libros diferentes en una rápida sucesión y cada uno se iluminó bajo sus dedos. Hubo un sonido profundo y estruendoso, y una parte de la biblioteca se hundió en la pared, fuera de la vista, revelando un ascensor.

—Dios mío —dijo Nick, casi sin aliento. No supo hasta ese preciso momento que una entrada secreta detrás de una biblioteca era una de sus obsesiones. Ahora definitivamente lo sabía.

—Muy guay, ¿eh? —dijo Owen—. Como dije, dramatismo. —Presionó un panel cerca de las puertas del ascensor y se abrieron.

Nick vaciló durante un momento.

Y Owen lo notó.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué estamos haciendo esto?

Owen parecía sorprendido.

—Ya te lo dije. Quiero ayudarte…

Nick sacudió la cabeza.

—Tú no ayudas a nadie más que a ti mismo.

—Joder…

Nick hizo una mueca de arrepentimiento.

—No quise decirlo de esa forma.

—Claro que sí, pero es lo que hay —suspiró—. Considéralo mi intento de ser alguien mejor. Menos egoísta, incluso.

—Owen.

—Está bien, tal vez no mejor, pero captas la idea. ¿Acaso no puedo ayudar a un amigo?

—¿En qué te beneficia? —preguntó Nick con ciertas sospechas.

—Poder decir que conozco a un Extraordinario que sabe patear traseros. —Dio un paso hacia atrás en dirección al ascensor—. Vamos a cambiar el mundo, Nick. Estoy seguro de que quieres ser parte de eso, ¿verdad? Piénsalo. Si te dieran el poder de asegurarte que tu padre nunca más va a volver a salir herido, ¿no lo aceptarías? ¿Por qué querrías volver a pasar por la experiencia de perder a otro ser querido? No pudiste salvar a tu madre, pero…

—No —lo interrumpió Nick, furioso—. No la nombres.

Owen levantó las manos.

—Lo siento. Yo no… No quise decir eso. Lo único que digo es que esto te ayudará a mantener a los que quieres a salvo. ¿Y no es eso lo más importante de todo?

Nick se estaba moviendo incluso antes de ser consciente de ello. Pasó junto a Owen y se subió al ascensor. Se dio la vuelta, levantó las cejas y le dijo:

—¿Vienes?

Owen sonrió, con los ojos llenos de picardía.

***

No hablaron mientras el ascensor descendía. El viaje fue más largo de lo que Nick esperaba, durando casi un minuto entero. No había ningún número dentro del ascensor, solo el botón verde que Owen había pulsado. Nick intentó despejar su mente, respirando profundo y pausadamente.

Estaba tan cerca, tan cerca de tener lo que quería desde hacía tanto tiempo. No podía echarse atrás ahora.

El ascensor aminoró la marcha y se detuvo.

Las puertas se abrieron.

Delante de ellos se extendía un espacio inmenso, dividido por paredes de cristal. Había algunas luces pequeñas en el suelo que iluminaban un pasillo que se extendía delante de ellos, mucho más largo que lo que Nick esperaba.

—De acuerdo —dijo Owen—. Aquí estamos. Las luces de arriba se mantendrán apagadas. No hay ninguna cámara de seguridad aquí. Quieren mantenerlo fuera del sistema principal. Todo lo que se graba se hace en un circuito cerrado. Pero es mejor prevenir que curar. Recuerda mantenerte siempre en las sombras.

Y con eso… Nick se detuvo.

—¿Qué?

Owen lo miró mientras salía del ascensor.

—Mantente en silencio, Nick. Está… ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

Nick sacudió la cabeza lentamente.

—Mmm, nada. No importa. Un *déjà vu*, supongo.

—Es una sensación muy extraña, ¿verdad? Como si ya hubieras estado aquí antes. O una precognición. Creo que mi padre también tiene una pastilla para eso, si te soy sincero. ¿Prefieres probar esa?

Nick se quedó en blanco.

—Eso… No puedo…

—Vamos.

Nick lo siguió.

Owen avanzó hacia el otro lado de la sala, ignorando las paredes de cristal a cada lado. Allí dentro, numerosas máquinas permanecían en silencio. Había microscopios y ordenadores y lo que Nick creía que era un centrifugador de gran tamaño, aunque no podía ver su interior.

Se detuvieron frente a una pared de cristal.

—Ahí —dijo Owen—. Ahí están.

Nick dio un paso hacia delante.

Había siete tubos diferentes en el interior.

Cada tubo estaba suspendido en el aire y en su interior contenían una pastilla.

Verde.

Amarilla.

Violeta.

Azul.

Naranja.

Negra.

Blanca.

—¿Eso es todo? —susurró Nick.

—Eso es todo —respondió Owen desde algún lugar cerca de su oído—. Son muy pequeñas, ¿verdad? Pero estoy seguro de que son potentes.

—¿Qué…? ¿Qué hacen?

—La verde es para tener superfuerza y es capaz de convertir a cualquier humano en una bola de demolición. La amarilla es para volar. La violeta es para tener la habilidad de invocar tormentas. La azul puede convertirte en un conductor de electricidad. La naranja es para controlar el fuego. La negra es para el humo. O quizá para las sombras. Si fuera tú, me mantendría alejado de esa. Me han dicho que es… intensa. No querría eso para ti. Puede que quieras probar la azul. O la verde.

Sombras.

—¿Y la blanca?

Owen sacudió la cabeza con tristeza.

—La blanca está prohibida. Incluso para ti, Nicky. Es la más inestable. Es telequinesis. El poder de mover cosas con la mente. Esa no la podemos tocar. Según las pruebas de mi padre, la última persona que tomó esa pastilla perdió la cabeza. Todavía no está terminada. Algún día, quizá. Ni siquiera son todas, solo las que se están probando.

Todo era demasiado importante, demasiado salvaje. Irreal.

—Ah —dijo con torpeza.

Owen apoyó una mano sobre su hombro.

—Entonces, ¿cuál quieres?

—No lo sé —confesó Nick—. Es… mucho. —Una elección, finalmente, frente a él, si Owen era de fiar, aunque Nick no sabía por qué mentiría. No sobre esto. Owen podía ser un gilipollas, pero Nick no creía que fuera a darle algo que le hiciera daño, no cuando ya estaba sufriendo—. ¿Dijiste que no puedo dejar de tomarlas si quiero seguir siendo un Extraordinario?

Owen asintió con seriedad.

—Sí, pero no nos preocupemos por eso ahora. Elige una, Nicky, y veamos cómo funciona. Si no te gusta, puedes probar otra. Y otra. Yo me aseguraré de que así sea. Una pastilla para hacer que todo desaparezca, para proteger a tus seres queridos. Mi padre cree que… Bueno, además de su uso para fines militares, cree que estas cosas solo deben estar disponibles para personas que puedan pagarlas. La élite que es capaz de desprenderse de sus riquezas para tener ventaja sobre aquellos que están por debajo de ellos. Es ridículo, ¿verdad? Deberían estar disponibles para todos, para cualquier persona que quiera rebelarse contra aquellos que quieran oprimirlos. —

Suspiró, un largo susurro que recorrió a Nick, dejándole la piel de gallina—. Una persona como tú jamás tendría oportunidad de acceder a esto. ¿Y por qué eso sería justo? Después de todo, es tu padre el que sufre.

«Es más fácil afrontar las cosas juntos que solos», su padre le había enseñado eso. Había estado cerca, ¿no? Su padre había estado tan cerca de la muerte y ¿dónde habría estado Nick después?

Solo. Habría estado solo.

Aun así, dudó.

—¿Son adictivas? —Tenían que serlo. Si eran capaces de darte el poder que Owen decía, entonces, ¿por qué alguien querría dejar de tomarlas?

Owen se rio, pero había una cierta perspicacia siniestra.

—Adictivas no es la mejor palabra para describirlas. No quiero meterte prisa, pero se nos está acabando el tiempo. Tienes que tomar una decisión, Nicky.

Nick apoyó una mano sobre el cristal que contenía los tubos y miró las pastillas.

—¿Tú no lo harás?

—Esto es para ti —respondió Owen—. No te preocupes por mí.

Verde. Amarilla. Violeta. Azul. Naranja. Negra. Blanca.

La mente de Nick trabajaba a toda máquina.

Recordó los pitidos de las máquinas que rodeaban a su padre, su piel llena de moratones. Recordó la sonrisa de su madre cerca del faro, congelada en el tiempo. Cualquier cosa. Haría cualquier cosa con tal de mantener a sus seres queridos a salvo.

Incluso esto, aunque fuera temporal. Ser un héroe temporal era mejor que no ser nada.

—Creo… Creo que yo…

—Ya basta. —Vociferó otra voz por detrás.

Se dieron la vuelta.

Y ahí, junto al ascensor, estaba Pyro Storm. Nick se quedó congelado al verlo.

Owen rio.

—Vaya, vaya, vaya. ¿No es una sorpresa?

—¿Lo es? —preguntó Pyro Storm—. Porque creo que esto es exactamente lo que querías.

—¿Eh? ¿Cómo lo supiste?

Pyro Storm miró a Nick.

—Porque crees que no tenía otra opción.

Owen dio un paso hacia delante.

—Alguien tenía que hacerlo. No puedes esconderte detrás de esa máscara para siempre.

—¿Y tú sí?

Owen extendió sus manos.

—Yo no tengo ninguna máscara, ¿verdad? Creo que eso te deja solo.

—Mmm —dijo Nick con voz aguda—. No tengo ni idea de qué está pasando, pero me gustaría irme.

Lo ignoraron.

—Lo hago porque es mi deber —sentenció Pyro Storm, apretando los dientes—. Mantener a los que quiero a salvo.

Nick parpadeó. Pyro Storm era un villano. ¿Por qué iba a preocuparse de que alguien saliera herido? Había herido a su padre. Había…

—Verás —dijo Owen, con una voz llena de desprecio—, ese siempre ha sido tu problema. Eres tan hipócrita. ¿Y a dónde te ha llevado todo eso? Te han desprestigiado por todo lo que has hecho. Eres el enemigo público número uno. Nada de lo que has hecho ha cambiado eso.

Pyro Storm dio un paso adelante.

—Solo porque tú has hecho todo lo posible para interponerte en mi camino. Divulgaste todas esas mentiras para elevar tu reputación. Y yo lo permití porque no sabía qué más hacer. Pero ahora has involucrado a Nick en esto y no voy a seguir jugando tus juegos.

—¿Tú lo permitiste? —preguntó Owen con incredulidad—. Tú no permitiste nada. El mundo te ve por lo que realmente eres, el villano de esta historia. El archienemigo. Yo me he convertido en el héroe que esta ciudad necesita, y ni siquiera tú puedes detenerme. Pronto, la tendré en la palma de mi mano. —Miró a Nick—. Y a lo mejor consigo a un compañero. Nick lo hará bien, ¿no crees?

—No lo metas en esto —sentenció Pyro Storm abruptamente—. No ha hecho nada malo. No merece que lo maltrates así.

—¿Que lo maltrate? —repitió Owen, riendo—. Ah, no seas tan falso. ¿Por qué no le cuentas la verdad para que vea quién maltrata a quién?

La boca de Pyro Storm se retorció llena de ira.

—Yo no…

—Ah, Seth —dijo Owen—. ¿No estás cansado de mentir?

Nick estaba seguro de que había escuchado mal. Estaba seguro de que Owen no había dicho lo que creía.

Porque no tenía sentido. No podía ser verdad. Tenía que ser un error.

—¿Qué? —se escuchó a sí mismo preguntar.

—Ups —dijo Owen con un tono burlón—. Culpa mía. Se me escapó.

Pyro Storm agachó la cabeza.

Como si estuviera derrotado, como si él fuera…

No. Como si estuviera derrotado no.

Levantó las manos y agarró ambos lados de su cabeza.

Entonces, se quitó la máscara.

Nick conocía ese pelo, ¿o no? Claro que sí. Varias veces había pensado en cómo se sentiría si pasara las manos entre esos rizos.

Seth Gray levantó la mirada, receloso, casi asustado.

—No —dijo Nick, dando un paso hacia atrás—. Eso no… Tú no puedes ser…

—Quería contártelo —dijo Seth con la voz rota—. Tantas veces quise hacerlo. Lo intenté. Te juro que lo intenté, pero nunca pude. Es…

—Ay —dijo Owen—. Qué tierno. ¿No es tierno, Nicky? Nuestro querido y dulce Seth es Pyro Storm. —Su sonrisa desapareció—. Pero eso significa que… *uh*. Eso significa que es el villano de Ciudad Nova, ¿no? Y eso significa que fue él quien hizo daño a tu padre.

Seth abrió los ojos de par en par.

—¡No! No fui yo. Te lo juro, Nick. Solo fue una chispa. La más pequeña de todas. Podía controlarla. Siempre las he controlado. No fue… y… —Sacudió la cabeza mientras la expresión en su cara se endurecía—. Maldito bastardo. Lo tenías todo planeado cuando me llevaste a ese edificio, ¿verdad? Normalmente, siempre te paseas por muchos lugares, pero esa vez, fue distinto. Me preguntaba por qué habías decidido quedarte en un mismo lugar todo el tiempo. No lo entendí en ese momento, pero lo tenías todo calculado, como todo esto, Nick y este lugar. Sabías que vendría porque yo lo seguiría a cualquier lado. —Enderezó los hombros y Nick sintió un escalofrío recorriéndole toda la espalda—. Lo sé, Owen. Sé quién eres. Estas pastillas. No eres como yo. Yo tengo… esto en mi interior. Siempre ha estado ahí. Pero tú… tomas estas pastillas para hacer lo que haces.

Owen entrecerró los ojos hasta que parecieron dos líneas.

—¿Te crees mejor que yo? ¿Crees que porque eres un bicho raro yo no puedo ser como tú? Te equivocas. Mi padre me dio un regalo para proteger lo que más me importaba.

—Te usó para sus experimentos —dijo Seth, dando un paso hacia ellos con cautela—. Te cambió. Te convirtió en lo que eres. Y no es justo, Owen. Nunca debería haberte hecho eso. Eras solo un niño. Todavía somos niños. Pero puedes ser mejor que él. Puedes superar todo lo que te hizo. Puedes decir que no. No eres un drogadicto. Seas lo que seas, puedo ver bondad en tu interior.

—Drogadicto —repitió Owen lentamente—. Drogadicto. ¿Eso es lo que crees que soy?

Seth negó con la cabeza.

—No quise decir eso. Tú…

—Lo siento mucho, Nick —dijo Owen, y realmente sonaba arrepentido—. Siento que esto tenga que terminar así. Sé que debe ser difícil descubrir que tu mejor amigo siempre fue el villano. Imagina mi sorpresa cuando lo descubrí. Demonios, apenas podía soportarlo. Sentarme todos los días en el comedor, sabiendo quién era en realidad. Yo lo único que quería era proteger

esta ciudad. Proteger a nuestros amigos. Protegerte a *ti*. Y, afortunadamente para todos, estoy en una posición para hacer precisamente eso.

Metió la mano en el bolsillo. Cuando la sacó, tenía al menos media docena de pastillas negras. Las agitó en la mano mientras sonreía.

—Mi propia dosis. Mi padre no sabe que las cogí prestadas. Veamos qué tan drogadicto soy.

—No —susurró Seth cuando Owen se llevó la mano hacia la boca y las tragó sin beber agua —. Nick, tienes que correr.

Antes de que Nick siquiera pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, Owen levantó los brazos y sus mangas sueltas se deslizaron hacia abajo. En sus muñecas llevaba un par de brazaletes de metal. De repente, hubo un destello de luz tan brillante que hizo que Nick gritara y se cubriera la cara. Escuchó a Seth gritar su nombre mientras se tambaleaba hacia atrás y se golpeó contra la pared de cristal. Cuando recuperó la visión y bajó los brazos, vio a Seth peleando en medio del aire contra su propia sombra que lo había envuelto con firmeza. Algunas ráfagas de fuego escapaban de él, pero no podían disipar a las sombras.

—Bien —susurró Owen—. Así está mejor. Vaya, el efecto es más rápido cuantas más tomes. Tengo que recordarlo. Mierda, el subidón.

—Para —logró decir Seth entre dientes mientras su propia sombra lo envolvía con fuerza—. Tienes que parar.

—Recuerda mantenerte siempre en las sombras —dijo Owen Burke—. Pegadizo, ¿verdad? Se le ocurrió a Rebecca Firestone. A veces, es útil, por más inepta que sea. Sirve para las relaciones públicas, pero no para mucho más. Nick, si vas a tomar esa pastilla, este es el momento.

—Nick, no lo hagas —logró decir Seth mientras intentaba liberarse de su propia sombra—. No está… No está bien. Es él. Él es el villano. Siempre lo fue. Tienes que salir de aquí. Corre. Por favor. Solo corre.

Nick se quedó congelado en el sitio mientras su mundo se desmoronaba a su alrededor.

—¿Eres Shadow Star?

Owen rio, mientras Seth empezaba a ahogarse.

—Sí, perdón por eso. Identidad secreta, ya sabes. Aunque me halaga que estés enamorado de mí. Era extraño sentir celos de mí mismo cuando salíamos. Terminé contigo porque mi padre creía que eras una carga y me amenazó con quitarme mi dosis, pero eso es cosa del pasado. Ya no me dejaré manipular por él. Hazlo, Nick. Hazlo antes de que Seth se libere y nos queme a todos. Te necesito, Nick. Necesito tu ayuda para mantener a salvo a esta ciudad. Para mantener a tu padre a salvo.

—Él hizo esto —dijo Seth con dificultad—. Él es el malo, Nicky, no yo. Lo juro. Es Shadow Star. Siempre ha sido Shadow Star.

—Oye, eso no es muy amable de tu parte —dijo Owen, frunciendo el ceño—. He trabajado

muy duro para cultivar esta imagen. Yo, el melancólico salvador de esta ciudad. Tú, el villano que todo héroe necesita. Deberías agradecérmelo. —Cerró las manos en dos puños y las sombras que rodeaban el cuello de Seth se cerraron con más fuerza. Los ojos de Seth empezaban a desorbitarse mientras pataleaba inútilmente—. Nick, esta es tu última oportunidad. Coge la pastilla. Conviértete en el Extraordinario que siempre estuviste destinado a ser.

Y entonces Nicholas Bell dijo:

—Suéltalo.

Owen vaciló y sus puños se abrieron levemente. Seth tomó varias bocanadas de aire.

Nick dio un paso hacia Owen.

—He dicho que lo sueltes —insistió Nick.

Owen entrecerró los ojos.

—¿Qué? Nicky, soy yo. Shadow Star. Tu héroe, ¿lo recuerdas? Soy todo lo que siempre quisiste.

Nick tragó saliva con dificultad. La cabeza le palpitaba.

—Lo sé. Y él es Pyro Storm. Pero sigue siendo mi amigo, como tú. Suéltalo, por favor. Podemos hablar de esto, ¿de acuerdo? No me importa quién es el bueno o el malo. No quiero que nadie más salga herido.

La expresión de Owen se suavizó.

—Eso es… tan propio de ti. —Echó la cabeza hacia atrás y rio—. Dios, eres patético. ¿Qué cojones te pasa?

Eso lo pilló por sorpresa.

—¡Oye! No tienes que ser tan capullo…

—Te estoy ofreciendo todo lo que siempre has querido, te doy la oportunidad de ser un Extraordinario y ¿lo único que te importa es que seamos amigos? No me extraña que nunca hayas sido capaz de lograr nada, no tienes agallas. Y pensar que iba a dejar que fueras mi compañero. Tenía planes grandes para ti, Nick. —Rio mientras sacudía la cabeza—. Bueno, dos meses de trabajo tirados a la basura, pero a veces se gana, a veces se pierde. Hora del plan B. —Se volvió hacia Seth—. Pyro Storm, ha sido divertido, pero ya me he aburrido. Creo que estoy listo para pasar a cosas más grandes y mejores. —Presionó las manos con fuerza y Seth empezó a ahogarse.

Nick sentía que su cabeza estaba a punto de partirse en dos cuando dio un paso hacia delante. El suelo se movió de un lado a otro bajo sus pies mientras una ola de dolor se apoderaba de él.

Seth estaba pálido y sus ojos ya empezaban a ponerse completamente en blanco.

Owen esbozaba una sonrisa siniestra.

Nick se llevó las manos a los lados de la cabeza mientras sentía como si una lanza de intenso dolor lo estuviera atravesando.

Hizo lo único que podía hacer.

Gritó.

El aire a su alrededor se onduló y las paredes de cristal estallaron como si las hubiera golpeado una fuerza invisible. Owen perdió el equilibrio y aterrizó con brusquedad en el suelo. Seth salió despedido hacia una pared cerca del ascensor, donde se desplomó, inmóvil, con la barbilla apoyada en el pecho.

Trozos de cristal cayeron a su alrededor y estallaron en el suelo. Las luces empezaron a echar chispas y el centrifugador giró erráticamente antes de salir volando contra la pared.

En algún lugar de las profundidades de la Torre Burke, empezó a sonar una alarma.

Nick no sabía qué acababa de ocurrir. Nunca había visto a Pyro Storm o a Shadow Star hacer algo como eso. Pero su visión era más clara, su dolor de cabeza había disminuido levemente. Miró por encima del hombro.

Las pastillas de colores no se habían visto afectadas. Aún estaban suspendidas en el aire.

Podía hacerlo. Si quería, podía coger una. O todas.

Podía ser un Extraordinario.

Pero, en su lugar, decidió darse la vuelta. Pasó junto a Owen, quien estaba tendido en el suelo, quejándose de dolor, sin poder moverse. Se preocuparía de él más tarde.

Seth levantó la cabeza mientras se acercaba. Le corría un hilo de sangre por la mejilla. Parecía un corte. Sonrió débilmente cuando Nick se arrodilló a su lado.

—Hola, Nicky.

—Cierra la boca —espetó Nick, con las manos temblorosas—. Estoy muy enfadado contigo.

Seth hizo una mueca de dolor.

—Sí, supuse que lo estarías.

—Hiciste daño a mi padre.

—No fui… No fui yo. Yo solo intentaba… —Se detuvo y sacudió la cabeza—. No tenemos tiempo. Tenemos que sacar a Owen de aquí antes de que despierte… ¿Qué? Yo no… ¿Me estás escuchando?

Nick frunció el ceño.

—¿Qué? Sí, te estoy escuchando…

—No estoy hablando contigo. —Se volvió para que pudiera ver su oreja derecha. En su interior llevaba lo que parecía ser una especie de auricular—. Estoy hablando con mi tía.

—¿Tu tía lo sabe? ¿Desde cuándo…? Ah, Dios mío, tu casa no está embrujada. ¡Es una mentirosa! ¡Me distrajo con galletas y mentiras! ¡Fuiste tú todo el tiempo!

—Dice que lo siente y que te horneará más galletas para compensarte.

—Ah, bueno. Es muy amable de su parte. No hace falta… Espera un segundo.

—No funcionó —murmuró Seth. Y luego—: Agh, está bien. Eso… ¡Deja de gritar, Gibby!

—¿Gibby también lo sabe? —gritó Nick—. ¿Todo el mundo en mi vida es un vil traidor?

—No estaba dentro de mis planes —dijo Seth, algo molesto—. Lo descubrió sola. Un día, me siguió y no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta. Es un poco entrometida… y ahora me está gritando de nuevo.

—¿Jazz lo sabe?

—No —respondió Seth, apoyándose contra la pared para levantarse. Nick lo sujetó del brazo y sintió que el material bajo sus manos estaba caliente al tacto—. Ella no es parte de esto.

—Ah, pero Gibby sí. Se supone que yo soy tu mejor amigo. Te compré los Skwinkles Salsagheti. Tuvimos una cita. —Frunció el ceño—. ¿Creo? Aún sigo confundido por los detalles, pero ¡podría haber sido una cita!

Seth puso los ojos en blanco y suspiró.

—Considéralo un castigo por todas las veces que mencionaste a Shadow Star con esa mirada de enamorado.

—Eso ni siquiera se puede comparar…

—Escribiste un *fanfic* sobre él y…

—¿Cómo iba a saber que…?

—Y yo también te compré Skwinkles Salsagheti, así que no me hables de…

Nick estaba furioso.

—Eres un maldito Extraordinario. ¿Sabes en lo que me convierte eso? ¡Me convierte en el cómico despistado! Nunca quise ser eso. ¡Se suponía que yo debía ser un héroe! —Sujetó a Seth de la cabeza y la movió hacia un lado para poder acercarse al auricular—. Y Gibby, te has metido en un buen lío. Martha, tú también. Vais a lamentar el día que intentasteis engañarme. ¿Me habéis escuchado? Lo vais a lamentar.

Seth lo apartó de un empujón. Nick habría continuado hablando de no ser porque Seth lo sujetó del brazo en el último momento y lo levantó como si Nick no pesara nada.

—Ah, claro —dijo Nick débilmente—. Me olvidé de que ahora estás fortachón y toda esa mierda.

—Fortachón y mierda —murmuró Seth—. Eso es genial.

—Me gustabas más antes. —Y, por alguna razón, esa idea golpeó a Nick más fuerte que todo lo demás. Dio un paso hacia atrás—. Me has mentido durante todo este tiempo. Han pasado años. Shadow Star y Pyro Storm, me lo has ocultado todo. Y yo te hablé de Shadow Star sin parar. Y tú nunca me detuviste. ¿Os reíais a mis espaldas? ¿Juntos?

Seth abrió los ojos de par en par.

—No, Nick, nunca fue así. Te lo juro. Yo nunca…

Nick no le creía.

—Es como si no te conociera. Y aunque creyera que sí, no quita que seas… Pyro Storm.

Siempre fuiste el villano.

Seth parecía atormentado.

—Sigo siendo yo, Nicky. Lo juro. Es solo una máscara. No es nada. Es solo una pequeña parte de mí. Yo nunca quise… Solo necesitaba mantenerte…

—¿A salvo? —añadió Nick—. Estoy cansado de que la gente me diga eso. Yo no soy frágil, puedo cuidarme solo. Distraje a Owen lo suficiente como para que pudieras hacer estallar los cristales, ¿no?

Seth sacudió la cabeza.

—Yo no… Nick, hablaremos de esto más tarde, ¿de acuerdo? Necesito sacarte de aquí.

—Ah, claro que hablaremos de esto más tarde. Está bien, Seth Gray. Te has metido en un buen lío. Me va a costar el resto de mi vida perdonarte. Espero que estés preparado para arrodillarte ante mí. Le escribí una oda masturbatoria de doscientas mil palabras a Owen, de todas las personas que podía elegir. ¿Sabes cómo me hace sentir eso? ¡Sucio!

—Ah, Dios —se quejó Owen Burke por detrás—. Por favor, haced esto lejos de mí. La verdad es que no quiero escuchar cómo os aduláis el uno al otro. Sois unos aguafiestas. Aunque, Seth, probablemente deberías recordar que yo le enseñé a Nick todo lo que sabe. Sin importar lo que pase ahora, yo lo tuve primero.

Nick lo miró furioso.

—¿Primero? Escúchame bien, maldito hijo de…

Seth empujó a Nick hacia el ascensor, poniéndose entre ellos.

—Vete —le dijo por encima del hombro—. Ahora, vete de aquí.

Nick lo fulminó con la mirada.

—No sé si estás en posición de decirme qué tengo que hacer.

Owen mostró los dientes ensangrentados en un gruñido silencioso mientras se ponía de pie.

—Deja que se quede. Veamos qué pasa cuando sienta el verdadero alcance de mi poder.

Nick y Seth giraron la cabeza lentamente y miraron incómodos a Owen.

—¿Qué? —preguntó Owen.

—Tío —dijo Nick, atónito—. En serio, ¿el verdadero alcance de tu poder? ¿Y ahora qué? ¿Un gran poder conlleva una gran responsabilidad? Besa mi maldito trasero, idio…

—Podrías intentar no irritar al supervillano —murmuró Seth.

—¿Tú también dices cosas estúpidas como él? —exigió Nick—. Porque si es así, no creo que pueda dejar que me vean en público contigo. Dios, ¿en qué demonios estaba pensando? Los dos dais asco. Los Extraordinarios sois lo peor. Ahora mi sueño es convertirme en dentista y tener mi propia consulta privada en Idaho. La gente con superpoderes es terrible.

—¡Oye!

Owen se terminó de levantar, inclinó la cabeza hacia un lado y estiró el cuello. Luego levantó

una mano y se secó la sangre de los labios antes de escupir al suelo. Varias sombras empezaron a acumularse bajo sus pies como tentáculos líquidos y subieron por sus piernas. Por un instante, Nick pensó que se lo iban a tragar por completo, pero entonces reapareció vestido con el traje de Shadow Star, que subía lentamente por su cuerpo hasta cubrirle los hombros. Si Nick no estuviera tan enfadado, le habría parecido una pasada.

—Ya no hay más secretos, Seth. Ninguno. Vio lo que realmente eres. Incluso veo dudas en sus ojos. Porque no importa lo que pase después, nunca olvidará que le mentiste y que ni siquiera pudiste mantener a su padre a salvo.

—Puede ser —dijo Seth en voz baja—. Puede que no quiera hablar conmigo nunca más. Puede que todo lo que siempre quise haya desaparecido. Es culpa mía, pero eso no significa que no lucharé por él hasta mi último aliento.

Owen rio.

—¿Quién dice que los románticos han muerto? Estoy cansado de este vaivén de sentimientos. He estado esperando este momento durante años, para ver esa misma expresión en su cara. Y ahora que lo he presenciado, es hora de que Shadow Star se alce y acabe con el villano Pyro Storm. La gente de Ciudad Nova me adorará por protegerla y, un día, Nick entenderá el error que cometió y seguiremos adelante sin ti. No serás nada más que una pesadilla.

Nick hizo una mueca.

—No creo que eso ocurra. Owen, por si no lo sabes, casi todo salió mal. Me siento supertraicionado. Además, ¿por qué seguiríamos adelante sin Seth? ¿Qué le pasará?

—Cree que puede matarme —respondió Seth.

—¡Bingo! —dijo Owen, sonriendo salvajemente.

Nick dio un paso hacia atrás.

—Pero… tú no puedes matar a la gente. Eso no es lo que hacen los Extraordinarios. ¡Eso es asesinato!

—Es tan ingenuo —le dijo Owen a Seth—. Me estaría riendo si no fuera tan deprimente.

Seth miró de nuevo a Nick. Sus ojos brillaban en la tenue oscuridad.

—Necesito que me escuches, Nicky. ¿Puedes hacerlo?

—No —dijo Nick, sacudiendo la cabeza—. Tú no… Nadie va a morir. Esto no funciona así. Esto no es como se supone que debe ser.

—Haré todo lo que pueda, ¿vale?, pero tienes que salir de aquí. Necesito que estés a salvo.

—Seth —dijo Nick y su voz se quebró a la mitad.

La sonrisa de Seth tembló.

—Estaré bien.

—Aburrido —dijo Owen y las sombras empezaron a deslizarse por el suelo.

Seth se echó hacia atrás y empujó a Nick hacia el ascensor. Nick sintió una fuerte ráfaga de

calor cuando salió despedido hacia atrás y vio una explosión de fuego justo delante de él. Contempló atónito cómo el aire ardía, disipando todas las sombras con su luz.

—¡Corre! —gritó Seth.

—Pero…

—¡Vete, Nick! ¡Por favor, vete!

Nick corrió.

Estaba a medio camino cuando vio movimiento por el rabillo del ojo. Giró justo a tiempo para ver una sombra que avanzaba por la pared a toda prisa en su dirección. Era una masa amorfa hasta que se estiró para atraparlo. Podía ver el contorno de lo que parecían ser unas garras y Nick soltó un grito ahogado cuando se agachó justo a tiempo para esquivarla. Falló por solo unos centímetros. Escuchó a Owen gritar furioso, pero no miró atrás.

Golpeó el panel que estaba junto al ascensor con tanta fuerza que pensó que lo había roto.

Se iluminó bajo su mano. Las puertas se abrieron.

Entró desesperado y golpeó el panel interno de nuevo con la palma de la mano. Se giró a tiempo para ver…

—Dios mío —dijo sin aliento.

Seth estaba suspendido en el aire, con los brazos estirados y algunas llamas en sus manos y a su alrededor. Su capa se arremolinaba por detrás como una cascada de chispas.

Giró la cabeza hacia Nick.

Sonrió.

Y entonces, explotó.

Nick salió despedido hacia atrás por la onda expansiva que logró entrar en el ascensor antes de que se cerraran las puertas. Su cabeza se golpeó contra la pared de atrás y soltó un quejido mientras se cubría la cara con las manos, a medida que una pared de fuego avanzaba en su dirección…

Las puertas se cerraron justo a tiempo.

El ascensor se sacudió. Y entonces, empezó a subir.

***

Estaba corriendo por el pasillo, siguiendo los letreros de salida, cuando escuchó gritos procedentes de algún lugar delante de él y vio varias luces sobre el suelo. Encontró una puerta abierta y se las arregló para entrar en un pequeño despacho justo antes de que esas personas doblaran la esquina. No la cerró por completo, sino que la dejó algo entreabierta para poder mirar. Un grupo de guardias de seguridad pasó corriendo con las armas desenfundadas.

Las alarmas sonaban a todo volumen.

Una vez que se aseguró de que los guardias se habían ido, abrió la puerta y regresó al pasillo.

Solo logró dar unos pasos cuando una mano le agarró de la capucha y le tiró hacia atrás.

Estaba cara a cara con Brett.

—Tú —dijo Brett, con los ojos bien abiertos—. ¿Qué demonios está pasando?

—Shadow Star —espetó Nick—. Pyro Storm. Están peleando en alguna parte del edificio.

—¿Dónde está Owen? ¿Por qué no está contigo?

—Nos separamos cuando intentamos salir de aquí. ¡No sé dónde está!

Brett lo sacudió.

—¿Tuviste algo que ver con todo esto?

—¡No, tío! ¡Solo soy un niño! No he hecho nada. ¡Solo quiero irme de aquí!

—Está bien —respondió Brett abruptamente—. Pero si ves a Owen, dile que no dejaré que me despidan por esto. Lo juro, si su padre se entera de que yo…

El suelo tembló a sus pies. Brett soltó a Nick cuando se tropezó hacia atrás.

—¿Qué cojones ha sido eso?

Nick no lo sabía, pero no creía que fuera una buena idea quedarse para averiguarlo.

—Me gustaría irme, si te parece bien.

Pero Brett ya se había alejado de él.

Nick corrió otra vez.

Escuchó a Brett gritarle algo, pero quedó perdido entre las palpitaciones que sentía en la cabeza.

***

Saltó el torniquete y casi se cae al suelo de cabeza, pero logró mantenerse en pie y empujó la puerta por la que habían entrado, rezando para que no estuviera cerrada.

No lo estaba.

Una ráfaga de aire frío lo cubrió por completo mientras respiraba con dificultad.

El sonido de las sirenas llenaba todo el lugar, mientras una gran cantidad de luces azules y rojas se reflejaban sobre los edificios que lo rodeaban.

Se escondió detrás de una parada de autobús cercana a la Torre Burke.

Las patrullas de la policía iban a toda prisa de un lado a otro, con las sirenas a todo volumen y las luces iluminando la calle.

—¿Te están buscando? —preguntó una voz y Nick gritó, asustado.

Se dio la vuelta y se encontró con un hombre que estaba sentado en el portal de una casa, con un carrito de supermercado lleno de latas y calcetines. Nunca se había sentido tan aliviado de ver una escena tan normal después de todo lo que acababa de pasar.

—No —respondió Nick con voz temblorosa—. A mí no.

—Está bien si es así. No diré nada. A menos que haya una recompensa. Entonces sí te

entregaré. ¿Hay recompensa?

—No es por…

—Vaya, mira eso —susurró el anciano con los ojos bien abiertos. Nick miró hacia la Torre Burke.

Las ventanas reflejaban un resplandor naranja y rojo.

Pero no provenía de fuera.

Venía de dentro.

Fuego.

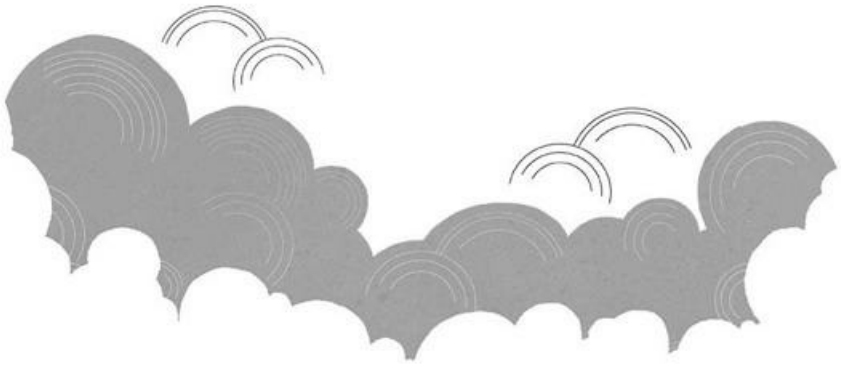
Parecía estar subiendo, como si estuviera consumiendo cada piso de la Torre Burke.

Nick levantó la mirada y, en cuanto alcanzó la azotea, hubo una explosión. Una estela de fuego y humo atravesó el cielo nocturno y desapareció en el cielo.

—Seguro que son extraterrestres —comentó el vagabundo—. ¡Me cogieron en el setenta y ocho, pero logré quitarme el implante para que no me pudieran encontrar! ¡Y ahora tengo todos los calcetines que quiero!

—Que tenga una buena noche —murmuró Nick en voz baja, poniéndose la capucha.

Se alejó a toda prisa, dejando al hombre riéndose junto a la puerta a sus espaldas.



17

Fue al único lugar donde se sentía seguro.

Se mantuvo fuera de vista usando las escaleras en lugar del ascensor. Se suponía que no debía estar en el hospital. Si lo pillaban, probablemente se metería en más problemas de los que ya tenía. Seguía vestido completamente de negro (excepto, por supuesto, por sus deportivas moradas; seguía culpando a Gibby de ello), pero eso no le ayudaría. No aquí. Aquí llamaría más la atención que en cualquier otro lugar.

Había subido tres pisos cuando escuchó una puerta abriéndose en algún lugar por encima de él. Entró en pánico y empezó a buscar un lugar donde esconderse en el hueco de la escalera. Pero no tenía dónde ir. Aguantó la respiración a medida que el eco de las pisadas se acercaba.

Se escuchó otra puerta abriéndose y las pisadas desaparecieron.

Suspiró aliviado.

En el quinto piso reinaba el silencio. Había un hombre sentado detrás de un escritorio en el sector de enfermería, pero estaba de espaldas a él. Una mujer caminaba por el pasillo con un portapapeles en la mano, pero enseguida se dio la vuelta y se fue en la dirección contraria.

Nick se agachó todo lo que pudo al pasar junto a la enfermería. Si alguien lo veía, probablemente llamaría a la policía antes que cualquier otra cosa. Tenía un aspecto absurdo con la espalda apoyada contra el escritorio, avanzando tan silenciosamente como podía con la capucha puesta en la cabeza.

De algún modo, y por alguna gracia divina que le sonreía a la idiotez de los adolescentes, consiguió cruzar la enfermería sin que lo vieran. Enseguida, se apresuró a toda prisa por el pasillo hacia…

—¿Nick?

Mierda. Había estado tan cerca.

Se dio la vuelta.

Becky estaba detrás de él con la cabeza inclinada hacia un lado.

La saludó con la mano.

—Hola, ¿cómo estás? Tienes buen… aspecto.

El hombre de la enfermería asomó la cabeza y los miró.

—¿Todo en orden?

Becky le hizo un gesto con la mano.

—Sí, es el hijo del señor Bell, Nick. Aparentemente, no entiende el concepto de los horarios

de visita. No pasa nada.

—Sí que entiendo lo que son los horarios de visita —dijo Nick, algo furioso—. Es solo que elijo ignorarlos. Y ¿qué haces aquí tan tarde? ¡Creí que trabajabas durante el día!

—Estoy haciendo un doble turno para cubrir a un compañero. Bonitas deportivas, por cierto.

—Ah. Mmm, gracias. Son de color berenjena. Me parecieron una buena idea cuando las compré, pero ahora no estoy tan seguro.

El enfermero del escritorio se sentó de nuevo en su silla.

Nick consideró seriamente dar media vuelta y salir corriendo lo más rápido posible cuando vio a Becky acercándose, pero había sido una noche muy larga y ya estaba resignado a su destino.

—Por favor, no me eches. Solo quiero… —No pudo terminar, las palabras murieron en su lengua.

Ella le quitó la capucha.

—Pareces agotado.

Eso era quedarse corto, si se parecía en algo a cómo se sentía.

—Ha sido una noche extraña. No podía dormir y necesitaba verlo. —Intentó no avergonzarse cuando su voz vaciló.

Becky suspiró.

—Te propongo algo, ¿por qué no vamos a verlo? Así te sentirás mejor.

Nick asintió, sin confiar mucho en su voz. Eso sonaba bien.

Becky apoyó una mano sobre su hombro y lo presionó suavemente.

—Vamos. Estuve ahí hace unos minutos. Pero primero debo hacer unas llamadas —dijo y Nick la miró con pánico en los ojos. Becky le sonrió mientras le soltaba el hombro—. Sabes que hay personas que deben estar preocupadas por ti. O lo estarán cuando se despierten y descubran que no estás. Es lo correcto, Nick.

Sí, era verdad. Mary Caplan probablemente entraría un poco en pánico cuando se despertara. Luego llamaría a Cap y haría que todo esto acabara con Nick usando una tobillera perimetral para que rastrearan todos sus movimientos. Cap no estaría contento, en especial porque estaría lidiando con el desastre de la Torre Burke en ese mismo momento.

—Está bien —respondió—. Como soy una persona misericordiosa, aceptaré esa condición.

—Vaya, qué amable de tu parte. Gracias por tu generosidad.

La miró con los ojos entrecerrados.

—Estamos en un hospital, enfermera Becky. Este no es lugar para ser sarcásticos.

Becky puso los ojos en blanco.

—Chico, confía en mí cuando te digo que un hospital es el lugar perfecto para ser sarcástico. En tu lugar, consideraría empezar a mover el culo antes de que cambie de opinión.

Nick movió el culo.

***

Todo seguía igual. Las máquinas seguían emitiendo sus pitidos. Los ojos de su padre estaban cerrados con cinta adhesiva y tenía un tubo en la garganta.

Nick cerró la puerta tras de sí. Quería acercar una silla a la cama, pero estaba muy cansado y tenía el corazón roto. Sus ojos se sentían como si estuvieran llenos de arena y tenía el pecho lleno de astillas que lo pinchaban cada vez que respiraba.

Se acercó al otro lado de la cama.

Con cuidado, se subió, asegurándose de no molestar a su padre. Se quitó las deportivas y las dejó caer al suelo. Se dio la vuelta y estiró las piernas. Sus rodillas chocaron con los muslos de su padre y se disculpó, aunque no pudiera escucharlo. En cuanto las palabras salieron de su boca, deseó retirarlas.

Entonces comprendió lo estúpido que debía parecer. Era medianoche y estaba aquí, acostado junto a su padre como si fuera un niño que acababa de despertarse de una pesadilla. Le empezaron a arder los ojos cuando le levantó el brazo a su padre y se tumbó sobre su hombro. Agarró su mano con fuerza.

Su padre no despertó.

—Por favor, no me dejes —susurró Nick, y cerró los ojos.

***

Unas voces lo despertaron.

Una luz suave y gris se filtraba por la ventana cuando abrió los ojos.

—… y no se ha movido lo más mínimo, ni siquiera cuando le tapé con una manta. Creo que solo necesitaba un poco de consuelo. Es duro tener a tu padre en el hospital.

Alguien suspiró.

—Lo sé, debería haberlo sabido. Gracias por llamarme.

—Intenté comunicarme con el señor Caplan primero, pero me saltó el buzón de voz. No dejé ningún mensaje porque primero quería intentar comunicarme con usted. No quería preocupar a nadie innecesariamente.

—Probablemente haya sido lo mejor. No sé cuándo podrá revisar su teléfono Rodney, dado que está trabajando con este asunto de los Extraordinarios.

—Vi las alertas en mi teléfono, pero fue una noche muy ajetreada y no tuve tiempo de leer nada. ¿Es muy malo?

—No lo sé. Se han vuelto a pelear. Son un incordio, si me lo preguntas a mí.

—No puedo imaginar lo que se necesita para… Vaya, parece que alguien está despierto.

Nick levantó la cabeza.

Becky estaba en la puerta con Mary Caplan a su lado agarrando el bolso con fuerza.

—Lo siento —murmuró Nick.

Mary negó con la cabeza.

—Lo dejaré pasar esta vez, Nick. Solo mantenme informada, ¿vale? Te habría traído yo misma si era esto lo que necesitabas.

Merecía el castigo.

—De acuerdo —balbuceó.

—¿Por qué no vas a tomar un café con la señora Caplan? —preguntó Becky con tono alegre —. Necesito vaciar el catéter de tu padre y estoy bastante segura de que no necesitas estar aquí para verlo.

—¿Por qué has dicho eso? Hay cosas que no necesito saber. ¡Qué demonios, Becky! —Luego, porque no podía controlarse, añadió—: ¿Está muy lleno?

Ella se rio de él.

Era tan rara.

***

Había pocas personas en la cafetería del hospital y la mayoría parecían adormiladas. Mary le pidió que se sentara en una mesa en un rincón antes de decirle que volvería enseguida.

Nick sacó su teléfono del bolsillo.

Tenía llamadas perdidas y mensajes sin leer.

Gibby había intentado llamarlo tres veces. Martha dos. Bob una.

Tenía mensajes de voz, pero los ignoró por el momento.

Gibby le había escrito pidiéndole que cogiera el teléfono o le patearía el culo.

Martha le había dicho que quería hablar con él.

Bob le había escrito que pasaría a verle cuando Nick estuviera preparado.

También tenía un mensaje de Jazz donde le preguntaba por qué Gibby le había preguntado si estaba con ella, y como no era el caso, ¿dónde estaba?

Nada de Seth ni de Owen.

Mary regresó con un plátano, una magdalena y un zumo.

—Te comerás todo eso y beberás todo el zumo.

—No tengo hambre.

—Recibí una llamada hace tres horas. La única razón por la que suena el teléfono a mitad de la noche es para dar malas noticias. En un principio, pensé que le había pasado algo malo a Rodney en el trabajo. Así que imagínate mi sorpresa cuando me dijeron que el chico del que soy responsable había venido al hospital solo. Harás lo que te diga y no te quejarás.

—Pero yo…

—Menos charla y más plátano.

Nick cogió el plátano.

—Eres buena en eso de hacer sentir culpable a la gente.

Mary resopló.

—Yo prefiero pensar en ello como una cualidad para saber qué es lo mejor.

—Ah, bueno. Eres buena en eso entonces.

—Gracias. —Bebió un sorbo de su café mientras lo miraba pelar el plátano. Le dio un buen mordisco y masticó de una forma desagradable. A ella no le impresionó—. Esto te está haciendo más daño a ti que a mí, para que lo sepas.

Se desplomó en su asiento.

—Lo siento.

—Ya lo has dicho. Lo agradezco, pero vamos a pasar página.

—Me parece bien.

—No estoy enfadada.

—Vale.

—Cómete la magdalena.

Le hizo caso y Mary esperó a que llegara a la mitad.

—Una vez, Rodney recibió un disparo.

Nick levantó la mirada hacia ella. Intentó tragar sin masticar, pero terminó ahogándose. Tosió y escupió todas las migas sobre la mesa.

Mary inclinó la cabeza hacia un lado.

—Qué agradable.

La fulminó con la mirada mientras abría la botella de zumo y le daba un largo sorbo para limpiarse la garganta.

—Lo has hecho a propósito.

—Nunca podrás demostrarlo. Aunque supongo que, si tienes pensado ahogarte con la comida, al menos estás en el lugar indicado.

—No sabía eso de Cap.

Se encogió de hombros y le dio otro sorbo a su café.

—Fue hace mucho tiempo, cuando patrullaba las calles. Llevaba dos años en el trabajo y lo habían llamado por un incidente doméstico. Esos casos dan miedo, aunque supongo que todas las llamadas siempre conllevan riesgos. Cuando llegó, el hombre no se quería ir. La mujer tenía una orden de alejamiento en su contra y él tenía una orden de detención. Pero también tenía un arma y le disparó a Rodney en el brazo. —Dejó la taza sobre la mesa y la sostuvo con ambas manos—. En general, su vida no corrió peligro, pero imagina recibir una llamada en la que te dicen que alguien al que quieres ha sido herido en acto de servicio.

—No tengo que imaginármelo.

Mary movió la cabeza de un lado a otro.

—Claro que no. Yo entré en pánico y lo único que podía escuchar en mi cabeza, una y otra vez, era: «Rodney ha recibido un disparo». Cuando llegué al hospital, me había creado todo un mundo en mi cabeza en el que Rodney se estaba muriendo o ya estaba muerto. Tenía que mantener la compostura, lo sabía, pero lloré casi todo el viaje en tren. Entonces, aunque sabía que lo había perdido, me sequé los ojos y entré, dispuesta a enfrentarme a lo que se avecinaba. Pero en lugar de perderlo, me llevaron a verlo a una de las habitaciones. Estaba discutiendo con la doctora y no dejaba de repetirle que era solo una herida superficial y que no lo iban a ingresar por eso, solo necesitaba una venda y estaría listo para irse. Cuando me vio, parecía aliviado, ya que creía que yo haría lo que él quisiera.

Nick hizo una mueca de dolor.

—No fue la mejor decisión.

Mary se rio.

—No, para nada. Había un oficial que estaba esperando en el vestíbulo y le dije que probablemente debía arrestarme en ese mismo instante porque estaba a punto de cometer un delito. Estaba… tan enfadada. Y no fui racional. Ni justa, para ser sincera. Pero creo que ese es el precio a pagar por estar enamorada de un héroe. Somos un faro, Nick. Una luz que los ayuda a encontrar su camino a casa.

Nick apenas podía respirar.

—Ellos son valientes —añadió Mary—, pero nosotros también. Porque mientras ellos están ahí afuera salvando al mundo, nosotros somos las personas que desean ver cuando regresan a sus casas. Y puede que no siempre sea justo y haya ocasiones en las que tú sabes que están en peligro todo el tiempo, pero siempre lucharán con todas sus fuerzas para regresar a donde pertenecen. —Extendió una mano y la apoyó sobre la de Nick—. Rodney lo hace por mí. Y estoy segura de que tu padre hace lo mismo por ti. Después de todo lo que habéis pasado, hará todo lo posible por verte una vez más.

Nick le creyó.

Y se preguntó si habría alguien más luchando por él.

***

Un poco más tarde, sonó el teléfono de Mary.

—Es Rodney —dijo mirando la pantalla—. ¿Qué te parece si mantenemos tu aventura nocturna entre nosotros?

Si tan solo supiera la mitad de las cosas que habían ocurrido.

—Me parece bien.

—Eso me imaginaba. Dame un momento, ¿vale? Espero que te hayas bebido todo el zumo cuando regrese. Ahora vuelvo, Nick.

—Sí, señora.

—Hola, cariño —dijo al teléfono—. ¿Una noche ajetreada? —Se levantó de la mesa y se marchó hacia un rincón vacío de la cafetería. Nick la escuchó reírse por algo que debió decirle Cap.

Nick quería apoyar la cabeza sobre la mesa y cerrar los ojos un rato, pero no sabía si sería una buena idea. Debía resistir durante todo el día, así dormiría mejor por la noche. No sabía qué día era. ¿Jueves? ¿Viernes? No importaba, no iría al instituto. Ya verían qué pasaba el fin de semana, pero no era lo más importante en ese momento. Sí, su padre probablemente sufriría un ataque cuando se despertara y se enterara de que Nick había faltado tantos días, pero lidiaría con eso más tarde. Con gusto, incluso. Diablos, incluso le parecía bien si su padre lo castigaba durante más tiempo.

Se pasó una mano por la cara. Tenía que poner en orden sus prioridades.

Su padre estaba unos pisos por encima de él, descansando lo más cómodo posible.

Esa era la prioridad número uno.

Y luego estaba Seth. Y Owen.

Era perturbador todo lo que no había advertido. La forma en la que se hablaban, sus amenazas ocultas que, en ese momento, no tenían sentido sin contexto. Pero ¿ahora? Ahora podía ver lo que realmente eran.

Le preocupaba la cantidad de cosas que había escuchado. ¿Qué le había dicho Seth?

Y es solitario. Es lo único que no te esperas. La soledad. Porque no se lo puedes contar a nadie. Ni siquiera a tu familia porque no lo entenderían. No se lo puedes contar a tus amigos porque podrían convertirse en objetivos y no quieres que salgan heridos. Entonces no te queda otra opción más que guardarte todo para ti mismo y vivir con la esperanza de que algún día las cosas mejorarán y lo único que se te pasa por la cabeza es por qué empezaste a hacerlo en primer lugar. Por qué te pusiste ese estúpido disfraz la primera vez. La promesa que te hiciste a ti mismo. Pero, a veces, ni siquiera eso es suficiente.

Había sido una confesión y Nick no le había prestado atención. Había estado tan concentrado en su propio deseo de ser alguien más que no había escuchado lo que Seth le estaba diciendo. Puede que no hubiera sido capaz de entender exactamente lo que Seth decía, pero ni siquiera lo había intentado.

Su respuesta fue decirle que deberían escribir una historia juntos.

—Mierda —murmuró Nick—. Mierda, mierda, mierda. Soy un amigo horrible. Y aparentemente también el alivio cómico y/o el interés romántico de una novela juvenil, pero lidiaré con eso más tarde.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mary cuando regresó a la mesa.

Nick soltó un quejido.

—Odio darme cuenta de las cosas tarde. Es tan…

—¿Absurdo?

—Sí —respondió abruptamente—. Y es tan obvio lo que debería haber…

La puerta de la cafetería se abrió de golpe. Una enfermera entró desesperada, buscando algo de un lado a otro. Nick la reconoció, había estado con Becky cuando llegó por primera vez al hospital. Era Renee.

Su mirada se clavó en Nick.

Empezó a trotar hacia ellos.

No. No, no, nonono…

—Hola —dijo, casi sin aliento—. Nick, me alegro de haberte encontrado. Becky me dijo que estarías aquí.

Nick se puso de pie y sintió la sangre corriendo por todo su cuerpo.

—¿Es mi padre? —logró decir atragantándose—. ¿Está bien?

Ella sonrió.

—Se ha despertado.

***

Nick tuvo que esperar a entrar en la habitación durante mucho tiempo. Caminó de un lado a otro de la sala de espera, quejándose y despotricando sobre sus derechos, diciéndole a Mary que iba a llamar a la policía para que arrestaran a todos en el hospital por impedirle ver a su padre. Mary sonrió sabiamente y le recordó que la última vez que había interactuado con un policía, había estado semidesnudo y esposado.

Lo que, obviamente, hizo que Nick continuara gritando sobre sus derechos. Decidió en voz alta que estaba considerando presentar una denuncia, pero después se disculpó diciendo que nunca haría eso porque Cap podría perder su trabajo.

Mary se rio.

—No creo que tengas que preocuparte por eso. De hecho, adelante. Estoy deseando ver qué sale a la luz durante el descubrimiento probatorio.

Le habían dicho que tenían que asegurarse de que su padre respirara bien y que su cerebro no estuviera confuso. Esos no eran los términos técnicos, pero Nick estaba bastante seguro de que se referían a eso. Se preguntó si su padre tendría amnesia e incluso si recordaría que tenía un hijo. Nick decidió que la vida no era una telenovela y que debería considerar el ser optimista.

El problema con ser optimista, especialmente cuando uno es adolescente, es que resulta bastante difícil hacerlo en un hospital cuando no te dejan ver a tu padre. Renee le había dicho

que, si su padre estaba bien, le intentarían quitar el tubo respiratorio que tenía en la garganta. Nick le había preguntado si sería como extraer la Excalibur, solo que con más saliva y el riesgo potencial de vómitos. Fue entonces cuando le dijo que no podía entrar y se sintió discriminado.

Pasaron casi dos horas antes de que Renee reapareciera. Para ese entonces, Nick había gastado la alfombra de tanto caminar. Le había empezado a doler mucho la cabeza, pero como Mary le había llevado su medicación, pudo frenar el dolor antes de que fuera demasiado tarde. Por alguna razón extraña, un cuadro con un dibujo genérico no dejó de caerse de la pared durante una hora, asustando a todo el mundo cada vez que lo hacía. Cinco minutos más tarde, la televisión que estaba colgada en un rincón se estropeó y no volvió a mostrar el programa de reformas que habían estado emitiendo.

Pero Nick se olvidó de todo eso cuando vio a Renee.

Se detuvo, con las manos temblando.

Ella le hizo un gesto con el dedo para que se acercara.

De alguna manera, consiguió que sus piernas funcionaran, aunque algo temblorosas.

Mary le cogió de la mano mientras se acercaban a Renee.

—El doctor vendrá en un momento para daros el parte médico, pero todo parece estar estable por ahora. Necesitamos seguir monitoreándolo en caso de que sufra otro posible neumotórax. Estará muy inflamado durante un tiempo, en especial en el pecho y la garganta. Será mejor que no le hagáis hablar mucho durante los próximos días, aunque por la forma en la que estaba exigiendo que te dejaran entrar, no sé si lo cumplirá. ¿Podrías ayudarlo a que hable lo menos posible?

Nick parpadeó, sorprendido. Estaba seguro de que había escuchado mal.

—¿Yo? ¿Ha pedido verme a mí? ¿Me recuerda? ¿No tiene amnesia?

—Ah, muchachito. No, Nick, no tiene amnesia. No recuerda muy bien lo que ocurrió, pero eso es todo. —Sacudió la cabeza—. Nos ha dicho que, si no te dejábamos entrar en los próximos cinco minutos, llamaría al jefe para que nos arrestaran a todos.

Nick se quedó boquiabierto.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí parados? ¿Quieres ir a la cárcel? ¡Porque mi padre cumplirá lo que dice!

—Se nota que son familia —le dijo Renee a Mary.

—Y eso no es nada. Nick, ¿por qué no te adelantas? Yo iré en un momento. Debo llamar a Rodney para darle las buenas noticias.

Nick apenas la escuchó. Agarró a Renee del brazo y tiró de ella hacia el ascensor, preguntándole si su padre podría irse a casa ese mismo día (no) y si tendría permitido comer una hamburguesa con queso si Nick le llevaba una (no) y si todavía tenía el catéter puesto (sí, qué asco).

***

Nick no soltó el brazo de Renee en ningún momento, solo cuando llegaron a la puerta de la habitación. Escuchó una voz ronca diciendo algo que Nick no pudo entender. Becky respondió:

—Ya está en camino, señor Bell. Si intenta levantarse de nuevo, le juro que haré que lo aten a la cama. Deje de hablar.

Hubo un gruñido de respuesta, pero era lo único que Nick necesitaba oír. Entró en la habitación justo cuando su padre giraba la cabeza hacia él.

Nick se consideraba un poco valiente. A veces, podía ser inteligente. No siempre tomaba las mejores decisiones. Intentaba ser una buena persona. No siempre lo lograba, aunque daba lo mejor de sí mismo.

Pero habían sido unos días extraños. Más cuando, hacía un tiempo, Antes se había convertido en Después en un abrir y cerrar de ojos.

Sabía lo cerca que había estado otra vez.

Por eso, cuando Nicholas Bell rompió a llorar, no hubo nada que pudieran hacer para evitarlo.

Estaba agotado y todavía un poco inseguro de que esto no fuera una especie de pesadilla.

Así que sí, lloró cuando su padre le tendió una mano.

Nick se acercó. Por supuesto que lo hizo.

Y cuando su fuerte brazo se envolvió alrededor de su cuello y lo acercó a su cuerpo, simplemente, se derrumbó.

—No pasa nada, Nicky —susurró su padre sobre su cabeza—. Tranquilo. No pasa nada.

***

Duró mucho más de lo que a Nick le gustaría admitir. Justo cuando creía que estaba terminando, lloraba con la misma intensidad que al principio, mientras su padre le acariciaba la espalda. Intentó disculparse por las lágrimas y los mocos que le había dejado en su bata de hospital, pero las palabras eran incomprensibles mientras sollozaba.

Finalmente, disminuyeron hasta convertirse en un hipo débil. Su cara estaba roja e hinchada cuando se apartó para secarse los ojos.

Su padre estaba pálido mientras Nick buscaba un pañuelo para limpiarse la nariz. En algún momento, Becky y Renee los habían dejado solos. Nick se sintió aliviado de que no hubieran presenciado cómo se desmoronaba. Tendría que darles las gracias más tarde.

—Lo siento —murmuró Nick, tirando un pañuelo a la basura antes de buscar otro.

—No te preocupes —respondió su padre, cada sonido que emitía era áspero y ronco.

—Se supone que no debes hablar.

Su padre frunció el ceño.

—Haré lo que me dé la gana, así que no…

—Llamaré al doctor ahora mismo, no creas que no…

—Yo soy el padre aquí, no tú. —Pero entonces hizo una mueca de dolor y Nick estaba seguro de que estaba a punto de recaer en coma y se olvidaría de él en cualquier momento, a medida que la amnesia presentaba sus síntomas como una oleada gigante y Nick se volvería un extraño…

—Respira, muchacho —dijo su padre—. Me duele el pecho y tengo las costillas rotas. Eso es todo.

—¡No puedes olvidarme! —dijo Nick abruptamente—. Tienes que luchar contra la amnesia. —Se acercó a su padre y sujetó su cara con ambas manos, presionándola con cuidado—. Soy tu hijo. Nick. Repítelo. Niiiiiiiiick.

Su padre puso los ojos en blanco.

—Como si alguna vez pudiera olvidarte.

Eso hizo que el corazón de Nick latiera con más intensidad contra su pecho. Creyó estar a punto de llorar de nuevo, pero como ya lo había hecho dos veces estos últimos días, decidió que probablemente lo mejor sería intentar ser un hombre durante un rato. Luego pensó que eso era un poco sexista, así que dejó caer una lágrima por su mejilla. Nick estaba, y siempre lo estaría, comprometido con derrocar al patriarcado. Tumblr le había enseñado eso.

—Sí, es bastante difícil olvidarme —consiguió decir.

—¿Cómo estás?

—Si te lo digo, ¿dejarás de hablar? Porque, por lo que sé, te estás arruinando las cuerdas vocales haciendo eso y luego no habrá manera de curarlas. Suenas como si hubieras fumado cincuenta cajetillas al día durante veinte años.

Su padre abrió la boca para discutir, pero luego suspiró. Asintió. Y como Nick creía en recompensar el buen comportamiento, le contestó:

—Gracias. Es muy amable de tu parte. Y para responder tu pregunta, me encuentro fatal. Mi padre decidió dejar que un edificio entero se le cayera encima, y puede que sienta cosas por mi mejor amigo, aunque sea un mentiroso y un bocazas, y creo que una vez besé a alguien que resultó ser el capullo más grande del mundo, y resulta que tres cuartos de mis amigos me han estado mintiendo sobre cosas bastante importantes. —Hizo una pausa y pensó por un momento. Luego, continuó—. Además, no me he duchado desde… ¿ayer por la mañana? O quizá desde anteayer. No sé qué día es. Pero mis axilas huelen bastante mal y he estado usando la misma ropa interior por una cantidad de tiempo que definitivamente no es sana.

Su padre lo miró fijamente.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Nick.

Su padre empezó a responder.

Nick lo fulminó con la mirada.

Su padre cerró la boca.

Nick lo quería mucho.

***

El doctor llegó más tarde hablando con términos médicos que Nick no podía buscar en Google porque, técnicamente, aún seguía castigado y tenía bloqueado el internet de su teléfono. Creían que su padre se pondría bien, pero que aún debían hacerle algunas pruebas para quedarse más tranquilos. Su padre intentó discutir, sobre todo cuando se enteró de que no volvería a casa hasta dentro de varios días, pero finalmente accedió a empezar con una tomografía y seguir con el resto. Solo accedió después de que Nick lo amenazara con abandonarlo y entregarlo a la tutela del estado. Aun así, Nick siempre estaba dispuesto a aceptar sus victorias a regañadientes.

El doctor dijo que lo mejor que podía hacer era descansar y dormir. Nick entró en pánico brevemente, ya que estaba seguro de que era una idea horrible, porque se suponía que las personas con traumatismos cerebrales no debían dormir. El doctor, ignorante de la personalidad de Nick, dijo con un tono bastante sarcástico que a lo mejor Nick debería ser el médico y tomar las decisiones sobre el cuidado de sus pacientes.

Su padre susurró con voz ronca que, probablemente, eso no era lo mejor que podía decir.

Nick era muy consciente de su falta de conocimiento médico, pero había leído muchos *fanfics* sobre personas que habían sufrido golpes en la cabeza y no tenían permitido dormir, y confiaba más en ellos que en un desconocido que lo consideraba una molestia, más que otra cosa. Becky, quien aparentemente estaba a punto de irse a su casa después de trabajar casi veinticuatro horas, logró detener a Nick en medio de su berrinche (estaba amenazando a este incompetente con quitarle la licencia) y le recordó que los médicos, aunque no eran los individuos más empáticos del mundo, sabían de lo que hablaban.

Nick creía que Becky había traicionado el juramento hipocrático.

Ella le contestó que eso era solo para los médicos, pero que ella solo quería lo mejor para él y su padre.

Nick volvió a llorar un poco.

Becky lo abrazó.

Nick le dijo que se fuera a casa, porque parecía que la hubiera atropellado un camión.

Cuando regresó, su padre ya estaba dormido con una pequeña sonrisa en la cara.

***

Estaba sentado en la sala de espera con Mary cuando llegó Cap. Se lo veía más cansado que nunca. En ese momento, le estaban haciendo una tomografía a su padre. Había estado algo gruñón cuando lo despertaron, y eso hizo que Nick se sintiera mejor. Sobre todo cuando, con el

ceño fruncido, le aseguró que recordaba quién era su hijo.

Cap le dio un beso a su mujer y luego dijo:

—Levántate, Nick.

Nick le hizo caso. Cap era el jefe después de todo.

Lo abrazó.

Y Nick le devolvió el abrazo.

—Te lo dije, ¿no? —dijo en voz baja—. Tu padre es un cabeza dura. No iba a dejar que esto se lo llevara. Le están esperando demasiadas cosas en casa.

—Será mejor que le asignes tareas administrativas por un tiempo —murmuró Nick cuando Cap finalmente lo soltó.

—Considéralo hecho, Nicky. ¿Por qué estás aquí afuera?

—Le están haciendo unos exámenes —respondió Mary mientras Cap se sentaba en la silla junto a la suya. Aún llevaba el uniforme y se quitó la gorra, y la dejó sobre su regazo. Su bigote se movió levemente cuando suspiró—. Debería salir pronto.

—Bien, bien. Tenemos mucho de qué hablar él y yo.

—¿Puedo mirar? —preguntó Nick.

—Claro.

—Rodney.

—Bueno, quizá no, Nick.

Mary le dio una palmada en la mano a Nick cuando empezó a pronunciar amenazas en voz baja.

—¿La mujer? —preguntó Cap.

—Parece que está bien —respondió Mary, tomando la mano de su marido entre las suyas—. El bebé también está bien.

Nick no entendía de qué estaban hablando.

—¿Qué mujer? ¿Qué bebé?

Cap resopló.

—La que rescató tu padre antes de resultar herido. También está aquí.

Y Nick… no supo qué pensar. Sabía que ella no tenía la culpa de todo lo que había ocurrido, solo estaba buscando refugio. Ella no había pedido quedar atrapada en una batalla entre dos Extraordinarios que…

Extraordinarios que Nick ahora sabía quiénes eran.

Se le secó la boca.

Sería fácil, ¿verdad? Contarle a Cap todo lo que sabía. Lo que había visto. Lo que había hecho. Lo único que tenía que hacer era abrir la boca y soltarlo todo y dejar que Cap se encargara.

—¿Un día largo? —preguntó Mary, aparentemente ajena de la crisis existencial que estaba ocurriendo justo a su lado.

—Y noche —murmuró Cap—. Esos malditos Extraordinarios. Están empeorando. No sé qué ha pasado, pero causaron mucho daño en la Torre Burke. Alguien buscaba algo, pero no tengo ni idea qué. Simon Burke no está muy contento.

Nick se preguntó si sería posible desaparecer a través del suelo. Lo golpeó varias veces con el pie. Sólido, como siempre.

Mary resopló.

—Simon Burke lo superará. Como si no tuviera más dinero que Dios.

Cap frotó una mano sobre su rostro.

—Es lo que dije, pero no se lo tomaron muy bien. Por lo visto, están trabajando en proyectos muy secretos. Estoy convencido de que está creando monstruos en algún laboratorio para el gobierno. Tampoco ayuda que su hijo haya desaparecido y… —Se incorporó abruptamente y miró a Nick con los ojos entrecerrados.

Nick buscó la salida más cercana. Había dos. Probablemente podría llegar antes de que Cap lo atrapara. Era astuto. A Cap le gustaba la carne roja y los puros. No podría con él.

—¿Tú no conoces a Owen Burke?

—¿Te refieres íntimamente? —preguntó Nick, debatiendo internamente si sería un mal hijo por abandonar a su padre.

—¿Qué? No. Estoy seguro de que escuché a Aaron mencionar que erais amigos. —Frunció el ceño.

Las manos de Nick estaban bastante sudorosas.

—Ah, ¿sí?

—Sí —dijo Cap lentamente—. Aparentemente, anoche estuvo en la Torre Burke. Con un amigo.

—Mmm —dijo Nick—. Qué extraño. Bueno, yo no sé nada de eso. Estaba en tu casa, acurrucado a salvo en la cama, donde se supone que debía estar.

Mary tosió, la traidora.

—Excepto cuando me escapé y vine al hospital —corrigió Nick. Más tarde le recordaría a Mary que había sido su idea no contarle nada a Cap.

Cap no estaba muy contento.

—¿Te escapaste e hiciste qué?

—Estaba preocupado por Aaron —intervino Mary y Nick la perdonó un poco—. Me llamó la enfermera de Aaron y me dijo que estaba aquí.

—Vaya —dijo Cap sin quitarle los ojos de encima a Nick—. ¿Eso es todo lo que pasó, Nick?

—Sí, señor.

—Y no tienes ni idea del paradero de Owen, ¿verdad?

Probablemente estaba luchando contra Pyro Storm, quien resultó ser el sujeto al que Nick le había regalado un paquete de Skwinkles Salsagheti. Pero, como probablemente eso no le gustaría, le contestó:

—No, señor. —Y como era el hijo de un policía y sabía que siempre sospechaban de todo, añadió—: Espero que esté bien. ¿Realmente no saben dónde está?

Y se salvó de responder gracias a la llegada de una animadora y una lesbiana marimacho. Aunque estaba furioso con una de ellas, nunca se había alegrado tanto de verlas.

—Hola, Nicky —dijo Jazz, sonriendo con dulzura. Nick podría haberla besado. Pero no lo haría porque su novia estaba justo a su lado, evitando con mucha voluntad mirarlo a los ojos—. Intentamos llamarte, pero nos saltaba el buzón de voz. Espero que no te moleste que hayamos venido.

Nick se puso de pie de un salto.

—Ah, claro que no. No tenéis ni idea de lo feliz que estoy de veros. De hecho, vayamos a otro lado para que os pueda contar exactamente lo feliz que me siento.

—No te vayas muy lejos —dijo Mary—. No sabemos cuánto tiempo va a estar despierto tu padre cuando salga.

Nick asintió, con una sonrisa tensa mientras agarraba a Jazz y Gibby de las manos y las llevaba por el pasillo. Podía sentir la mirada de Cap clavada en su espalda, pero no podía hacer nada al respecto. Si tenía suerte, Cap ya se habría ido cuando volviera. O, al menos, estaría distraído con su padre.

—¿Tu padre se ha despertado? —preguntó Jazz, apretándole la mano—. ¡Nick, eso es genial! ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Mi teléfono está muerto —respondió entre dientes—. Ha sido un día muy largo, ¿verdad, Gibby?

—Sí, por decir algo —dijo Gibby.

***

Nick los condujo por la escalera hasta el segundo piso y de vuelta a la habitación donde se había escondido cuando fueron por primera vez al hospital. La mesa con el pene dibujado aún estaba ahí. Nick las empujó hacia el interior y cerró la puerta tras ellas.

—¿Este es nuestro lugar de reunión oficial en el hospital? —preguntó Jazz—. Me gusta que tengamos un sitio así.

—¿Dónde está Seth? —exigió Nick.

Jazz parecía confundida.

—Yo… ¿no lo sé? Hoy tampoco fue al instituto. —Alternó la mirada entre Nick y Gibby—.

¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Gibby no levantó la mirada del suelo. Eso cabreó aún más a Nick.

—¿Y bien? ¿Me puedes dar una explicación?

Gibby levantó la cabeza. Tenía muchas ojeras y sus ojos estaban prácticamente inyectados en sangre, como si no hubiera dormido en toda la noche. Lo cual tenía sentido, dado que había estado en la oreja de Seth la noche anterior.

—Mira, Nick. Si tan solo pudiéramos… esperar. ¿Te parece bien? —Señaló con la cabeza a Jazz—. Puede que ahora no sea el momento adecuado.

Tenía razón. Jazz no sabía lo que estaba pasando y, probablemente, era mejor mantenerlo de ese modo. De todas formas, eso no le impidió fulminar a Gibby con la mirada.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jazz—. ¿Por qué os estáis mirando así?

—No es nada —gruñó Nick—. Solo un intercambio sincero de ideas y preguntas sobre ciertas decisiones que se tomaron.

—Puede que esas decisiones las tomaran otras personas y no yo —sentenció Gibby—. Decisiones con las que no estaba de acuerdo, pero que tenía que respetar de todos modos.

Nick resopló.

—Ah, estoy seguro de que te opusiste mucho a esas decisiones.

—¡Lo hice! ¡Les dije que deberías saberlo!

—¡Podrías habérmelo contado!

—¡No era mi secreto! ¡No me correspondía contarlo!

—Quizá si hubieras tenido las pelotas, podrías haber…

—Ah, ¿quieres hablar de pelotas, Nick? ¿Qué te parece si las hubieras tenido cuando pasó eso entre Seth y…?

—¿Estáis hablando de que Seth y Owen son Pyro Storm y Shadow Star? —preguntó Jazz.

—Sí —contestaron Nick y Gibby al unísono. Les hizo falta un momento para comprender lo que Jazz acababa de decir. Ambos se volvieron hacia ella, boquiabiertos.

Jazz asintió.

—Ahora tiene sentido. Podéis seguir.

Nick y Gibby tomaron una bocanada de aire al unísono y Jazz se alisó el uniforme de animadora, como si no hubiera soltado una bomba.

Nick fue el primero en recuperarse.

—¿Cómo cojones lo sabes?

Jazz puso los ojos en blanco.

—Lo descubrí hace mucho tiempo. Supuse que era algo de lo que no se hablaba. Quiero decir, vamos. Era obvio.

Nick no daba crédito.

—¿Lo era?

Jazz se encogió de hombros.

—Sí. Cada vez que había una gran pelea entre Shadow Star y Pyro Storm, Owen y Seth faltaban a clase o llegaban tarde al día siguiente. O incluso aparecían llenos de golpes. Y luego saliste con Owen, que lo más probable es que lo hiciera para molestar a Seth, y no solo porque Seth ya sintiera algo por ti. Probablemente no ayudó que Seth empezara a ser Pyro Storm poco después de la muerte de tu madre, y entonces Owen intentó hacer que todo girara en torno a él cuando se convirtió en Shadow Star. Es decir, lo entiendo. Yo también me enfadaría si intentara hacer algo así para ayudar a mi amigo y mantener a salvo a la ciudad y luego aparece este otro Extraordinario que se lleva todo el crédito y se infiltra en mi grupo de amigos. —Frunció el ceño —. Y encima aparece esta Rebecca Firestone y le da toda la publicidad que Owen necesita para hacerle parecer un héroe, aunque era Seth quien hacía la mayor parte del trabajo.

Nick se quedó boquiabierto.

—Mierda.

—Quiero besarte con mucha intensidad ahora mismo —le dijo Gibby con cierta agresividad.

Jazz parecía satisfecha de sí misma.

—¿De verdad lo descubrí antes que vosotros? Vaya, soy maravillosa.

—Este es literalmente el día más estúpido de mi vida —se lamentó Nick ante nadie en particular.

—Ah, no lo sé —dijo Jazz—. ¿Recuerdas cuando saltaste al río usando solo…?

—Sí, Jazz. ¡Lo recuerdo porque fue hace solo unos días! Ahora bien, ¿podemos hablar del hecho de que todos sabíais que Owen y Seth eran dos Extraordinarios y yo no? ¡Yo soy el que los acosaba! ¿Y cómo es que…? Ah, Dios mío, ¿podéis dejar de meteros la lengua hasta la garganta? Soy joven, gay y me siento muy frágil en este momento. ¡No necesito ver eso!

Gibby separó sus labios de Jazz con un chasquido húmedo que muy probablemente atormentaría a Nick por el resto de su vida.

—Es increíble.

Nick puso los ojos en blanco.

—Sí, increíble, Jazz, eres preciosa, inteligente y me molesta que hayas descubierto todo esto antes que yo.

—Está bien, Nicky —respondió Jazz, sacando un espejito de su mochila. Frunció los labios mientras se miraba en el reflejo y se retocaba el pintalabios—. No todos somos capaces de ver lo que es evidente.

—Siento que me estás insultando.

Frunció los labios mientras cerraba el espejito y lo guardaba.

—Jamás haría eso. Ahora que todos lo sabemos, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Gibby asintió.

—Creo que…

—Nada —la interrumpió Nick.

Jazz parpadeó, confundida.

—¿Por qué?

—No deberíamos hacer nada —repitió Nick—. No es nuestro problema.

—Seth es nuestro amigo —dijo Gibby—. Y es algo más que eso para ti, por si no te has dado cuenta todavía. Nos necesita, Nick.

—Ah, ¿sí? Qué curioso. Porque si realmente nos necesitara, nos habría contado la verdad hace mucho tiempo.

—Eso no es justo…

Nick gruñó entre sus manos.

—¿Justo? ¿Quieres hablar de lo que es justo? Mi padre, el único familiar que me queda, terminó en el hospital por culpa de ellos. De alguna manera, se metió en medio de una pelea en la que no habría estado si no se hubieran intentado matar el uno al otro. Salió herido por su culpa. Podría haber muerto.

—Eso no fue culpa de Seth —dijo Gibby débilmente—. Él estaba intentando hacer todo lo posible para detener a Owen antes de que más gente saliera herida.

Nick negó con la cabeza mientras bajaba las manos.

—Obviamente no hizo lo suficiente. Si… —Tragó saliva con fuerza—. Si hubiera sido peor, ¿entonces qué? ¿Y si… mi padre hubiera muerto? ¿Seguirías diciendo que hizo todo lo que pudo? Se sentaba frente a Owen, casi todos los días. Sabía quién era y, aun así, nunca hizo nada para detenerlo. Eso no es lo que hacen los héroes. Seth no es un héroe. Es un cobarde. Y es mejor que no me hagas hablar de Owen. Él… Hay unas pastillas y…

Gibby dio un paso hacia él, con las manos cerradas en dos puños a cada lado de su cuerpo.

—¡Él solo lo hizo por ti! Todo lo que es, un Extraordinario, Pyro Storm, ¡lo hizo por ti!

Nick sentía que sus piernas temblaban.

—¿De qué demonios estás hablando? Él no…

—Tu madre murió —espetó Gibby—. Y fue una mierda, Nick. Para nosotras y para él, porque no sabíamos cómo ayudarte, pero más para ti y tu padre, ¿vale? Los dos estabais tan perdidos en vuestro dolor que nos destrozó veros así. A nosotras. Y a él. Entonces Seth tomó una decisión. Creo que no recuerdas que a él también le pasó lo mismo. Antes, solo era Seth Gray y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Pero después, se prometió a sí mismo que haría todo lo posible para asegurarse de que tú no tuvieras que pasar por eso otra vez. Él siempre… desde pequeño. —Dejó caer su cabeza—. Fue el accidente en el tren, Nick. Eso… lo transformó en otra cosa o activó algo que ya tenía en su interior. Pero siempre se sintió culpable por eso, por recibir

un poder a un precio tan alto. Nunca lo quiso. No hasta que tu madre murió y vio lo que te hizo. Te quería tanto que se puso una máscara para mantener a Ciudad Nova a salvo, para mantener a tu padre a salvo, para mantenerte a ti a salvo.

Nick apretó los dientes.

—Lo que significa que me mintió. Todo este tiempo, me mintió. Me ocultó todo eso. Lo mantuvo todo…

Gibby levantó la cabeza, furiosa, y sus ojos parecían estar en llamas.

—Tal vez si no fueras tan egoísta, te habrías dado cuenta por ti mismo. Como yo. Como Jazz. Jazz lo descubrió y protegió su secreto. Yo lo descubrí e hice todo lo posible por ayudarlo. Pero ¿qué hiciste tú cuando lo descubriste? Te quejaste y empezaste a lloriquear sobre cómo te afecta a ti.

—¡Eso no es justo! Mi padre…

—Tu padre resultó herido, y es una pena. Pero eso no fue culpa de Seth. Fue culpa de Owen. Fue una trampa que le tendió a Seth. ¿No lo entiendes? Owen estaba intentando matar a Seth, Nick. Tu padre solo fue el daño colateral.

—No me importa. Es culpa de los dos.

Gibby apartó la mirada.

—No me puedo creer… —Negó con la cabeza—. Paso. Haz lo que quieras, Nick. Siempre haces lo mismo. Voy a ayudar a mi amigo porque me necesita.

Se dio la vuelta y abrió la puerta, furiosa. Se cerró tras ella.

—Mmm —dijo Jazz, mirando a la puerta—. Eso no salió como yo pensaba.

—Claro que no —se quejó Nick—. Eso es lo que pasa cuando la gente miente.

—Mmm —repitió Jazz y luego añadió—: ¿Me vas a gritar a mí ahora? Porque si lo haces, me gustaría saberlo de antemano para poder llorar si te hace sentir mejor.

Nick se desinfló.

—No. Solo quiero volver con mi padre y olvidarme de todo esto.

—Eso va a ser difícil. Me refiero a lo de olvidarte de esto, no tiene sentido.

—Puedo hacerlo.

Jazz suspiró.

—Me parece que tú lo crees. ¿Puedo decirte algo?

—¿Te vas a disculpar?

—No he hecho nada malo.

—Tú… sabías… agh.

Maldita sea por tener razón.

—Eso es lo que pensaba. Me preocupa mucho lo que ocurra cuando Gibby se vaya. Ya sabes, cuando se gradúe. Mientras nosotros nos quedamos aquí.

Nick luchó con todas sus fuerzas por contener su fastidio.

—Creo que hay cosas más importantes que necesitamos…

—Supongo que irá a la universidad y seguirá adelante con cosas más grandes y mejores. Puede que nos deje atrás. Puede que me deje atrás. Romperíamos y, con suerte, seguiríamos siendo amigas y hablaríamos de vez en cuando, o puede que eso nunca pase. Quiero decir, no es precisamente realista que conozcas al amor de tu vida a los dieciséis años, ¿verdad? Somos jóvenes. La gente piensa que no sabemos de lo que estamos hablando, que nuestras emociones no son válidas. Pienso mucho en eso. Todo el tiempo, en realidad. Duele. Pero ¿sabes de qué me di cuenta?

—No, pero me lo vas a decir de todos modos.

Rio.

—Así es. Me di cuenta de que está bien tener dudas. Que soy una persona y tengo derecho a sentirme como me siento y ella también. Si pasa algo en el futuro, no le quitará importancia a cómo me siento en este momento. Me preocupo mucho por ella. Al final, creo que todo se reduce a la confianza, supongo. Y a la fe. Perdí un poco el rumbo, me olvidé de creer en ella y en mí, así que se lo dije. ¿Y sabes qué me respondió?

Nick negó con la cabeza.

—Me dijo que era una estúpida. Que ella me quería y que, incluso aunque ocurriera algo en el futuro, nunca cambiaría lo que sentimos en este momento. —Esbozó una sonrisa—. Es bueno expresar nuestros sentimientos, pero es incluso mucho mejor luchar por las cosas en las que creemos. Yo estoy luchando por ella, porque sé que ella está luchando por mí. ¿Quién está luchando por ti, Nicky?

Nick no podía hablar.

Jazz se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—A veces, las personas a las que más queremos proteger no entienden por qué hacemos las cosas que hacemos, pero eso no significa que nos quieran menos. Solo tú puedes decidir dónde está tu fe. Nos alegra que tu padre esté bien. Llámanos si necesitas algo, ya sea de día o de noche, siempre vendremos corriendo.

Se marchó y lo dejó paralizado junto a la mesa del pene.

***

Mary y Cap ya se habían ido cuando volvió al quinto piso. Una enfermera le dijo que se habían ido a comer y que le traerían algo cuando volvieran.

Su padre había vuelto a la habitación, pero no estaba solo.

Había una mujer sentada en una silla a un lado de la cama. Tenía un bebé entre brazos y estaba sujetándole una de las manos.

Nick vaciló por un momento en la puerta. No lo habían visto todavía. Pensó en decir algo, pero luego escuchó el sollozo de la mujer.

—No pasa nada —susurró su padre, sujetándole la mano—. No pasa nada.

—Nos salvaste —dijo la mujer con un acento muy marcado—. Me salvaste. Aleksey —murmuró algo en un idioma que Nick no pudo reconocer—. ¿Por qué? ¿Por qué nos ayudaste?

—Porque era lo correcto —respondió Aaron con voz ronca.

—No todo el mundo ayuda —dijo la mujer apartando la mano cuando su bebé empezó a llorar —. Usted sí.

Su padre sacudió la cabeza.

—Señora, solo estaba haciendo mi trabajo…

—Guardián —insistió—. Un ángel de la guarda.

Su padre se estremeció algo incómodo. Nick no sabía por qué, pero su padre se recuperó rápidamente.

—¿Puede hacerme un favor?

La mujer asintió.

—Lo que sea. Lo que sea por usted.

—Le voy a pedir al hospital que la ayude. No quiero verla en la calle otra vez, ¿de acuerdo? Aquí tienen refugios que pueden ayudarla. Refugios para mujeres en su situación. Se harán cargo de usted y de su hijo hasta que pueda recuperarse. Es una gran oportunidad.

—¿Me quitarán a mi Aleksey?

—¿Es una buena madre?

—Lo intento.

—Entonces no creo que lo hagan, pero tiene que dejar que la ayuden. ¿Puede hacer eso por mí?

—Sí, por mi ángel de la guarda. Lo haré.

Nick sintió una mano sobre su hombro. Miró detrás de él. Una enfermera que no reconocía le sonrió y le hizo un gesto para que se apartara. Obedeció.

—Muy bien, Edyta. El señor Bell necesita descansar, al igual que usted y Aleksey. Regresemos a su habitación, ¿vale?

La mujer se levantó lentamente, pero no sin antes inclinarse y darle un beso en el dorso de la mano de su padre. La enfermera pasó un brazo sobre los hombros de la mujer y la acompañó fuera de la habitación. La mujer tenía la cara llena de lágrimas, pero sus ojos se veían brillantes mientras intentaba calmar a su bebé. Ni siquiera vio a Nick.

Nick observó cómo caminaban por el pasillo hasta que doblaron la esquina.

Luego se volvió hacia la habitación. Su padre lo estaba mirando con una pequeña sonrisa, parecía cansado.

—Tienes una admiradora —dijo Nick en voz baja cuando entró y se sentó en la silla junto a la cama—. Parecía tener estrellitas en los ojos.

Su padre resopló, sonriente.

—Lo ha pasado mal. No está acostumbrada a que la traten como una persona. Con suerte, eso cambiará.

—¿Cómo está tu cerebro?

—En general, intacto. Quizá un poco revuelto. —Su hijo asintió y apartó la mirada. Empezó a parpadear rápidamente—. Oye, oye. Vamos, Nicky. Mírame.

Nick no podía. Al menos no hasta que escuchó a su padre intentando levantarse de la cama. Se puso de pie enseguida, empujando la silla hacia atrás. Su padre tenía una mueca de dolor y algunas gotas de sudor en la frente. Nick le miró con el ceño fruncido y empujó con cuidado sus hombros.

—No me hagas llamar a la enfermera. Y se lo contaré a Cap cuando vuelva.

Su padre lo miró molesto.

—No te atreverías.

—Ponme a prueba.

Una vez que Nick estuvo seguro de que su padre no intentaría levantarse otra vez, regresó a su silla, pero se detuvo cuando una mano le sujetó de la muñeca con fuerza. Siguió la mano hasta un brazo vendado y el rostro de su padre con el ceño fruncido.

—Me pondré bien, muchacho.

Nick se encogió levemente de hombros. No sabía cómo poner en palabras lo aliviado que se sentía ni lo asustado que había estado y seguía estando.

—Tenemos que hablar, Nicky. Sobre algunas de las cosas que dijiste. Sobre algunas cosas que yo dije.

—Se supone que no debes hablar para nada —le recordó Nick con voz ronca—. ¿Recuerdas?

—Ya lo sé. Es solo que… Déjame decirte esto y prometo que me callaré.

—No te creo.

—Nick.

—Sí, sí, está bien.

Lo sujetó de la muñeca con fuerza.

—Dije cosas que no debería haber dicho. Cosas de las que no me puedo retractar, pero que lo haría si pudiera. No te lo merecías. Lo siento.

—No pasa nada. Yo sé que soy…

—Sí, sí pasa. —Tosió con dificultad. Nick se alarmó hasta que su padre le señaló un vaso con una pajita que descansaba sobre la mesa junto a la cama. Nick se lo alcanzó y su padre bebió el agua. Tosió dos veces más antes de detenerse—. Mierda, eso duele.

—Entonces quizá no deberías hablar…

—Te quiero mucho —dijo con ferocidad—. Más que nada en este mundo. Y estoy muy orgulloso de ti y del hombre en el que te has convertido. Después de todo lo que hemos pasado, tenías todo el derecho de quedarte tirado en la cama y darte por vencido. Pero, en su lugar, decidiste salir adelante y ayudarme. Sobrevivimos, Nicky. Sé que a veces no lo parece, pero aquí estamos. Y las cosas están mejorando. Todavía cometeremos errores, sé que los seguiré cometiendo, pero siempre que recuerdes que no hay nada que no haría por ti, vamos a estar bien.

—Creí que… cuando dijiste eso… cuando me preguntaste por qué tenía que ser así… tú…

Su padre cerró los ojos con fuerza.

—Lo sé. No debería haberte dicho eso nunca. No fue justo para ti.

Nick se estremeció.

—Pero tenías razón.

Su padre negó con la cabeza.

—No, nunca. Nunca la tuve.

—Estaba intentando convertirme en algo que no podía, intentando cambiar para hacerte…

Su padre abrió los ojos.

—No quiero que cambies. Lo único que quiero es que seas feliz y te sientas pleno y hables un millón de palabras por minuto porque tu voz me hace feliz…

—Estaba intentando convertirme en un Extraordinario —dijo Nick, sin poder contenerse.

Una mirada indescifrable apareció en el rostro de su padre, pero desapareció antes de que Nick pudiera entenderla.

—¿Qué?

—Eso. Toda esta… porquería estúpida. Estaba intentando… No sé. Empezó por las razones equivocadas y, cuando encontré las razones correctas, tampoco funcionó. Y entonces yo…

—¿Cuándo fue la última vez que tomaste la pastilla?

Eso detuvo a Nick en seco.

—¿Qué?

—La pastilla, Nick. ¿Cuándo fue la última vez que la tomaste?

¿Por qué demonios era eso importante?

—Mmm, hoy temprano. Mary me la dio. ¿Por qué?

Su padre se relajó un poco.

—Solo para asegurarme. Estás hablando un poco rápido. ¿Tu cabeza está bien?

—Sí, estoy bien. Yo no…

—¿Por qué, Nick? ¿Por qué creías que debías ser un Extraordinario?

Nick estaba desconcertado por el cambio de tema.

—Empezó como una tontería. Por razones que no tienen sentido ahora que las pienso, pero

cambiaron por ti. Quería hacer algo que pudiera mantenerte a salvo. —Sacudió la cabeza de un lado a otro—. Pero ya era demasiado tarde. Ya estabas aquí.

—No necesito que me protejas, Nicky. Yo soy el padre aquí. Es mi trabajo hacer eso por ti.

—¿Y por qué no podemos hacerlo el uno por el otro?

Su padre suspiró.

—Porque tú no deberías preocuparte por ese tipo de cosas. Lo único que quiero es que te concentres en crecer y encuentres tu camino. No necesito que seas un Extraordinario, Nicky. No cuando ya eres extraordinario para mí.

Nick intentó contenerse, pero fue prácticamente imposible y estalló en carcajadas.

—Dios mío. Eso ha sido terrible. Fue muy cursi.

Su padre frunció el ceño.

—No fue cursi. Fue de corazón. ¿Por qué te estás…? ¿Quieres dejar de reírte? ¡Hablo en serio!

—Ya lo sé. Es que me hace mucha gracia. Dios, papá. Estábamos teniendo un momento muy emotivo y lo tuviste que arruinar…

—Estás castigado de por vida.

—Tal vez me sentiría más intimidado si no pareciera que estás a punto de llorar cada vez que respiras.

—Las costillas rotas duelen, pequeño idiota.

—¿¡Por qué sigues hablando!?

—Porque necesito hacerte entender que te quiero tal y como eres.

La risa de Nick se desvaneció.

—Ya lo sé, papá.

—Bien. Ahora que terminamos con eso, pasemos a lo siguiente. Parece que finalmente te has dado cuenta de que Seth quiere besarte.

—¿Qué? ¡Papá, no!

—Papá, sí. ¿Es recíproco?

Nick pensó en pulsar el botón para llamar a la enfermera y exigirle que lo sedara por el resto de la noche.

—¿Por qué tenemos que hablar de eso? ¡Vuelve a las sensiblerías baratas! «No necesito que seas un Extraordinario, Nicky. No cuando ya eres extraor…».

—Deberías invitarlo a cenar cuando me den el alta. Seremos tú, yo, Seth y mi pistola.

—¡No puedes amenazarlo! No soy una doncella de los años cincuenta que necesita que protejan su honor.

—Mira cómo lo amenazo. ¿Recuerdas lo que te enseñé con el plátano? Tienes que apretar la base y deslizar el condón lentamente hacia abajo para asegurarte…

—¿Por qué eres así?

—No voy a matarlo —aclaró—. Solo amenazarlo un poquito. Para asegurarme de que no te meta nada sin tu consentimiento explícito.

Nick lo miró boquiabierto.

—¿Qué te hace pensar que a mí me van a meter algo? ¡A lo mejor soy yo el que la mete! —Deseaba desesperadamente retractarse de eso en cuanto salió de su boca.

Su padre miró a Nick de arriba a abajo antes de estallar en carcajadas.

—Sí, claro, Nicky. Sigue diciéndote eso.

—¡Agh! ¡Enfermera! Enfermera. ¡Mi padre se está volviendo loco! Que alguien me ayude a hacer que pare…

Escuchó unas pisadas apresuradas por el pasillo.

—Lo siento —exclamó Nick—. ¿No… hablaba en serio?

—Genial —dijo su padre, frunciendo el ceño—. Ahora nos meterás en problemas.

Pero nadie entró a su habitación. Una enfermera pasó corriendo por la puerta abierta sin mirar, seguida de otra enfermera. Y luego, otra.

Nick no sabía qué estaba pasando. Su padre lo dejó asomarse por la puerta. Había un grupo de personas reunidas en la sala de espera al final del pasillo, mirando una televisión colgada en la pared.

Otra enfermera pasó corriendo por el pasillo, con cara de preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nick.

—Extraordinarios —respondió, casi sin aliento—. Están peleando en el centro. Suena mal. Hay mucha gente herida.

A Nick se le congeló la sangre cuando se volvió rápidamente hacia la habitación y se acercó a la televisión de la esquina.

—¿Qué está pasando? —preguntó su padre, haciendo una mueca de dolor cuando pulsó un botón en la cama para levantarla y sentarse.

Pero Nick no le contestó. Cogió el mando a distancia que estaba sobre la mesa y encendió la televisión. Pasó los canales hasta que encontró lo que estaba buscando.

Retrocedió lentamente.

—… nunca he visto nada parecido —dijo Rebecca Firestone y, por primera vez desde que Nick la escuchaba, parecía realmente asustada—. Se están atacando sin piedad. Es como si intentaran matarse. No puedo creerlo… ¡Ah, Dios mío!

Parecía el fin del mundo.

La cámara se sacudía de un lado a otro y la voz de Rebecca Firestone estaba prácticamente ahogada por el viento del helicóptero.

Pero la imagen era lo suficientemente clara.

Nick podía ver la Torre Burke al fondo, una silueta oscura contra el sol del atardecer, el cielo

nublado de tintes rosados y anaranjados, las nubes iluminadas. Había muchos movimientos borrosos, casi demasiado veloces como para que la cámara pudiera seguirlos, ráfagas de fuego y sombras oscuras. De repente, se detuvieron. Pyro Storm sobrevolaba las calles de Ciudad Nova, con su capa ondeando por detrás y los brazos en llamas. Shadow Star estaba quieto sobre una antena, colgando de ella con un solo brazo y muchas sombras acumuladas bajo él.

El helicóptero estaba demasiado lejos como para captar cualquier tipo de conversación, pero era obvio que se estaban gritando, ya que sus bocas se movían con mucha ira.

—Nuestro querido héroe, Shadow Star, está haciendo todo lo posible para detener al villano conocido como Pyro Storm —gritó Rebecca Firestone—. Sea cual sea el malvado plan que tenga pensado, será desbaratado por la valentía del salvador de las sombras. No nos… ¿Qué está haciendo?

La antena empezó a inclinarse hacia la derecha mientras las sombras avanzaban por la azotea, retorciendo el metal. Las vigas de la estructura empezaron a doblarse. De pronto, se rompieron y emitieron un crujido metálico estruendoso. Shadow Star dio un salto hacia atrás para alejarse y aterrizó sobre la azotea. Se puso de pie lentamente con los brazos en alto. De los brazaletes de sus muñecas brotaron dos destellos de luz que hicieron que las sombras se multiplicaran. Estas tomaron formas casi corpóreas y levantaron la antena de la azotea.

De inmediato, Shadow Star se la arrojó a Pyro Storm.

—No —susurró Nick.

Pero, en lugar de apartarse, Pyro Storm voló hacia ella. Justo antes de estrellarse, giró rápidamente, su capa se sacudía a su alrededor, y esquivó por muy poco la estructura de metal. Casi había logrado dejarla atrás, cuando lo que parecía ser un trozo de una antena parabólica le cortó el hombro. Obviamente, perdió el control y dejó un reguero de sangre tras de sí.

Y luego, la antena empezó a caer hacia la concurrida calle de abajo.

—¡No puedo creer lo que estoy viendo! —dijo Rebecca Firestone, con voz chillona—. ¡Shadow Star intentó detener a Pyro Storm, pero el villano logró evitar su ataque! Y por eso, ¡la antena ahora está cayendo a la calle! ¡Pyro Storm va a hacer que mucha gente salga herida! ¡Lo visteis aquí primero! ¡Todo esto es culpa de Pyro Storm!

Nick realmente odiaba a Rebecca Firestone.

Pero antes de maldecirla como se lo merecía, Pyro Storm recobró la compostura y se alejó de Shadow Star. La antena continuó cayendo hacia el suelo. La gente de abajo gritaba y corría de un lado a otro de la acera, empujándose frenéticamente mientras intentaban escapar. La sombra crecía a medida que la estructura se acercaba.

Hubo un destello de fuego cuando Pyro Storm se lanzó hacia la torre. Pero en lugar de apartarla del camino, siguió de largo y aterrizó en la calle con tanta fuerza que el asfalto se resquebrajó. La gente se amontonó a su alrededor y levantó las manos sobre sus cabezas para

cubrirse. La antena se estrelló contra un lateral del edificio y empezó a girar enloquecidamente en todas direcciones. Una lluvia de cristal y ladrillos cayó a su alrededor.

La cámara logró enfocar a Pyro Storm en el preciso momento en que levantó las manos sobre su cabeza.

Y entonces explotó.

O al menos eso es lo que pareció. Hubo un estallido de fuego y la imagen quedó completamente en blanco. Se oyeron varios gritos de terror en los pasillos del hospital. El padre de Nick gruñó detrás de él.

Pero Nick se quedó quieto.

Esperó.

Escuchó a Rebecca Firestone gritando, mientras las hélices del helicóptero cortaban el aire a lo lejos.

—Vamos —dijo Nick en voz baja—. Vamos. Vamos.

La luz blanca se empezó a disipar y la voz de Rebecca Firestone se apagó de repente.

La sangre de Nick se aceleró en sus oídos.

Al principio, no entendía lo que estaba viendo. Parecía como si toda la calle estuviera en llamas y hubiera varios focos de incendio en los edificios aledaños. Por un momento, Nick pensó que Pyro Storm, Seth, había explotado y la explosión se había llevado todo lo que quedaba con él.

Pero luego vio lo que realmente había pasado.

La antena no había caído en la calle.

Sino que estaba suspendida sobre la calle, clavada en una ola de fuego con forma de cúpula. Nick la vio partirse en dos y deslizarse lentamente por cada lado de la cúpula. Dejó un rastro de olas más pequeñas, como si fuera la superficie de un lago. Las dos mitades cayeron sobre la calle a cada lado de la cúpula antes de inclinarse y caer contra los laterales de los edificios. Después de eso, quedaron inmóviles.

La cúpula de fuego se disipó.

En el centro, estaba Pyro Storm, con las manos aún en alto, respirando con dificultad.

A su alrededor había docenas de personas acurrucadas en el suelo. Estaban todas abrazadas entre sí e incluso a él, a sus piernas. Algunas gotas de sangre se deslizaban por su brazo procedentes de la herida que le había causado la antena en el hombro.

Rebecca Firestone sonaba ahogada.

—Y Pyro Storm simplemente… los ha salvado. Podría haberlos dejado morir, pero en cambio… ¿los ha salvado?

La gente de la calle empezó a ponerse de pie lentamente, mirando a su alrededor. Cuando vieron las dos mitades de la antena apoyadas sobre los edificios, empezaron a vitorear,

abrazándose unos a otros y saltando en el lugar.

—Vale —dijo Rebecca Firestone—. No es para tanto. Ha hecho solo una cosa bien. Recordad todas las otras veces que intentó…

Otra voz la interrumpió.

—Mmm, ¿Rebecca? Steve Davis aquí desde el estudio de *Action News*. Por favor, ¿podrías contarnos lo que estás viendo?

—Sí. Lo que estoy viendo es que Shadow Star intentó salvarnos, pero en cambio cometió un error garrafal y hay personas que están bailando en la calle porque no fueron aplastadas. ¡Hay una mujer que le está pidiendo a Pyro Storm que sostenga a su bebé para que pueda hacerle una foto! ¿Acaso no sabe que Pyro Storm come bebés y…?

Su voz se apagó.

Steve Davis reapareció en un recuadro pequeño en la esquina de la pantalla, algo incómodo.

—Parece que estamos teniendo problemas técnicos con el audio. Todavía tenemos las transmisiones en directo, pero Rebecca Firestone no podrá reportar lo que está… Vale. Ah, esperad un momento. Parece que está pasando algo.

La cámara se alejó de la gente que le daba palmadas en la espalda a Pyro Storm, mientras le daban un segundo bebé para que lo meciera entre sus brazos. De inmediato, enfocó de nuevo a Shadow Star, quien estaba de pie en el borde de la azotea, observando la escena de abajo.

Estaba rodeado de sombras.

No se parecía a nada que Nick hubiera visto antes.

Las sombras parecían estar vivas, como si estuvieran agitándose. Se extendían a su alrededor como tentáculos que descendían por cada lado del edificio.

Y parecía furioso.

Los ladrillos se agrietaron. Las ventanas estallaron. Abajo, la gente empezó a gritar mientras los escombros caían a su alrededor.

La cámara enfocó hacia el suelo. Los ciudadanos de Ciudad Nova empezaron a correr de nuevo.

Pyro Storm miraba a Shadow Star con el ceño fruncido.

Y luego todo se fue al infierno. La cámara empezó a temblar y, por un breve momento, enfocó a Rebecca Firestone, quien estaba gritando en silencio, mientras el piloto intentaba enderezar la palanca de mandos; la cola y el rotor se hicieron trizas cuando una sombra envolvió al helicóptero y lo apretó con fuerza, y luego…

La pantalla quedó en negro.

Steve Davis estaba pálido.

—Yo… Parece que hemos perdido la señal. —Miró detrás de la cámara con los ojos muy abiertos—. No sé si… ah. No sé si la recuperaremos. Hay… Esperad un segundo. —Levantó una

mano y se tocó el auricular. Le temblaba la mano—. Vale. Yo… ah. Me acaban de comunicar que el helicóptero ha caído. Estamos intentando confirmar si… Sí. Sí, aparentemente el helicóptero de *Action News* se estrelló y… Shadow Star fue el culpable. —Tragó saliva—. No sé si… Vamos a hacer una breve pausa publicitaria. Cuando volvamos, continuaremos con este reportaje en directo del caos que está ocurriendo en el centro. Quedaos con nosotros.

Nick apagó la televisión.

Dejó a un lado el mando a distancia.

Se volvió hacia su padre, que lo miraba con una expresión ininteligible.

—Si alguien que te quiere te mintiera, te ocultara cosas, te hiciera daño, pero necesitara tu ayuda, ¿se la darías?

La fachada en la cara de su padre se resquebrajó y pareció perturbado.

—Yo… —Tosió y se aclaró la garganta—. Lo haría. Porque nunca le daría la espalda a alguien que me necesita. Aunque me hayan mentido, aunque me hayan ocultado algo y me rompieran el corazón, aun así, haría todo lo posible para ayudar a esa persona. A veces, le mentimos a la gente que más queremos para mantenerlos a salvo.

Nick asintió con firmeza.

—No tengo tiempo para explicártelo, pero tengo que irme.

Su padre abrió los ojos, asustado.

—Espera, no. Nick. ¿De qué estás hablando? ¿Ir a dónde?

Nick intentó sonreír, pero su sonrisa flaqueó y se desvaneció.

—Dijiste que no necesitabas que fuera un Extraordinario porque yo ya soy extraordinario. Hay alguien que necesita escuchar lo mismo de mí. Si pasa algo y no consigo decírselo, me arrepentiré durante el resto de mi vida. —Avanzó hacia la puerta.

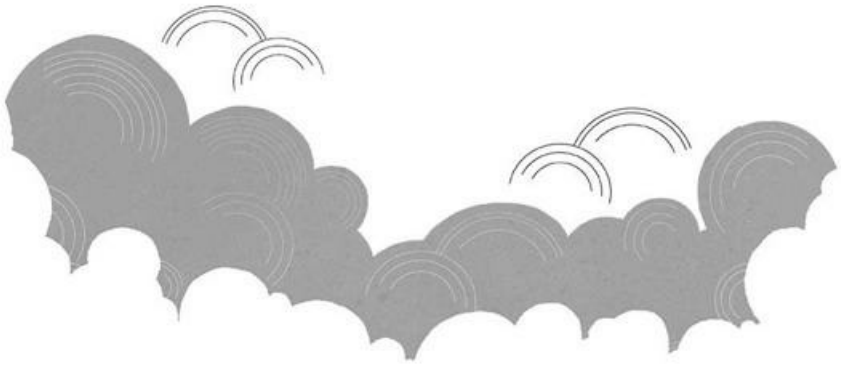
Su padre entrecerró los ojos mientras luchaba por levantarse.

—Nick, no. No lo hagas. Quédate donde estás.

Los ojos de Nick estaban húmedos, pero no podía hacer nada al respecto ahora.

—Te quiero. Y estoy muy feliz de que seas mi padre.

Se dio la vuelta y empezó a correr, mientras su padre gritaba a sus espaldas.



18

Cuando llamó al timbre, ya había oscurecido. Había tardado casi una hora en llegar, aunque las calles estaban más vacías que nunca. Las personas que sí salían caminaban apresuradas y no dejaban de mirar hacia el cielo, como si esperaran una lluvia de fuego en cualquier momento.

Nick oyó el eco de las campanadas en la casa.

Esperó.

Nada.

Volvió a tocar el timbre. Y otra vez. Y otra vez. Y…

La puerta se abrió de golpe.

—Una vez es suficiente. No puedo moverme tan rápido… ¿Nick?

Bob Gray se sorprendió al ver quién estaba en la puerta.

—Hola —dijo Nicholas Bell, reuniendo todo el coraje que tenía—. Me gustaría ver la guarida secreta de Pyro Storm. Por favor y gracias.

***

Fue… decepcionante.

Nick sabía que había cosas más importantes por las que preocuparse, dado que su mejor amigo, de quien posiblemente estaba enamorado, estaba luchando a muerte con su exnovio, pero no pudo evitarlo. Por fin estaba en la guarida de un Extraordinario y era aburrida.

Había algunas máquinas para hacer ejercicio repartidas por el sótano. También había una bolsa de boxeo colgada del techo y una barra para hacer flexiones en la puerta de la escalera.

Había marcas de quemaduras en la pared. En el techo. En el suelo. En una esquina había un guante desechado que parecía ser parte del traje de Pyro Storm.

Y la lavadora y la secadora.

—Vaya —dijo Nick—. Esta es probablemente la decepción más grande de mi vida. —Hizo una mueca de dolor y miró a Bob—. Lo siento.

Bob rio.

—Ah, esto no es todo. —Se acercó a una pared y apretó la mano contra un panel. Se iluminó alrededor de su mano y enseguida se abrió una puerta que no había visto—. ¡Tarán!

—Dios mío —susurró Nick, sin poder creer que finalmente estuviera ocurriendo. La puerta se abriría y tendrían que deslizarse por un poste que los llevaría a las cavernas subterráneas donde…

—Hola, Nick —dijo Martha, sentada detrás de un pequeño escritorio con un ordenador delante de ella. Gibby estaba a su lado y junto a ella, Jazz.

Y eso era todo.

Eso era todo.

—Maldita sea —murmuró Nick—. La peor guarida secreta de un superhéroe de toda la historia.

Bob le dio un golpecito en la cabeza.

—Yo mismo construí esta puerta corredera. Cuidado con lo que dices, muchachito. Tardé seis meses.

—Me alegro de verte, Nick —dijo Jazz, extendiendo la mano cuando se acercó al escritorio—. Sabía que vendrías. Gibby no. Ella dijo que te comportarías como un idiota.

—Yo no dije eso —añadió Gibby.

—Gracias, Gibby. —Nick sabía que podría contar con ella cuando todo estuviese zanjado.

—Dije que te comportarías como un capullo llorón. Hay una gran diferencia.

Bien jugado.

—Agh. Está bien.

Ella lo miró con cautela.

—¿Sigues enfadado conmigo?

Nick se encogió de hombros.

—Supongo. Pero si lo estoy, ya lo superaré. Eres mi amiga.

Gibby parecía aliviada.

—Estupendo.

—Pero si me vuelves a ocultar algo, voy a darte una patada en el culo.

—Tomo nota —dijo con frialdad.

—Muy… bien —dijo Nick, juntando las manos—. ¡Equipo Pyro Storm, reuníos!

Lo miraron fijamente.

Nick frunció el ceño.

—¿Qué?… ¿No os llamáis así? —preguntó y Martha negó con la cabeza—. ¿No tenéis un nombre? —añadió, y Bob se rascó la nuca.

Dios, estaba lidiando con un montón de novatos.

—Dios, bueno, esto es incómodo. Y para nada satisfactorio. De hecho, desde que superé el *shock* inicial de «Mi mejor amigo es un Extraordinario», ha sido una decepción tras otra.

—¿De verdad pensabas que habría una guarida secreta? —preguntó Gibby.

Nick suspiró.

—¿Era mucho pedir?

—Bueno, no sabías que existía esta habitación —señaló Martha.

—Y la puerta corredera —añadió Bob—. Si quieres, puedo enseñarte de nuevo cómo se abre, por si no te fijaste la primera vez.

—Y hay un ordenador y todo —dijo Jazz.

Nick miró al monitor en el escritorio.

—¿Qué es eso? ¿Qué dice? ¿Systemax? ¿Qué demonios es Systemax? ¡Ni siquiera parece una marca de verdad!

—Lo conseguí en un rastrillo del barrio —dijo Martha—. Me costó veinte dólares.

Nick se tapó la cara con ambas manos y ahogó un grito de frustración.

—El peor equipo de apoyo de un superhéroe de la historia. —Dejó caer las manos—. Está bien. ¿Sabéis qué? Puedo vivir con esto. Podemos preocuparnos por mejorar todo más tarde.

—Yo me encargo —dijo Jazz. Sonrió cuando todos la miraron—. Mis padres son ricos. Tienen tanto dinero que ya no saben qué hacer con él. Mejoras, podemos hacerlo. Lo considerarán una desgravación fiscal filantrópica, aunque no les digamos para qué es.

—Impresionante —suspiró Nick—. Y luego podremos hablar sobre los nuevos trajes para…

—Yo misma hice el traje de Pyro Storm —dijo Martha—. Es ignífugo y transpira bastante bien. Conseguí el material en la tienda de telas y en una tienda de suministros militares.

Nick se quejó.

—¿Por qué seguís rompiendo mis sueños? ¿Disfrutáis viéndome así?

—Un poco —admitió Bob—. Es agradable ver cómo por fin sacaste la cabeza de tu cu…

—Bob —lo interrumpió Martha—. En serio.

A Nick no le importó. Se lo merecía. De hecho, probablemente era hora de que se convirtiera en un hombre de verdad.

—Voy a empezar a salir con su sobrino —les dijo Nick—. Tenemos que ayudarle para que así pueda decírselo. Y también que me gusta su pelo, su olor y que me haga reír. Y le voy a pedir que use pajaritas para siempre porque no hay nada más adorable en el mundo que Seth Gray con una pajarita.

Ya está. Ya se sentía mejor.

Jazz estalló en carcajadas. Gibby se sentó de nuevo en su silla, suspirando con la mirada en el techo.

Martha y Bob sonreían.

—¿Qué? —preguntó Nick, confundido—. ¿Qué he hecho?

—Seth te está escuchando —dijo Gibby—. Así que buen trabajo.

—¿El qué? —dijo Nick, sintiendo un nudo en el estómago.

—Mmm, hola, Nicky —dijo Seth con la voz algo entrecortada desde un altavoz junto al ordenador.

Nick bajó la mirada, horrorizado. Abrió la boca e intentó decir algo para salvar la situación,

pero lo único que salió de su boca fue:

—Hip.

—Ay, amigo —dijo Gibby—. Seth, si pudieras ver su cara. ¿Sabes qué? Puedo hacerlo. —Cogió su teléfono y le sacó una foto. Lo conectó al ordenador y pulsó algunas teclas—. Listo. Te la he enviado a las lentes de tu máscara.

Seth tosió.

—Mmm, gracias. Es… una buena cara.

—¿Puede ver eso? —logró preguntar Nick.

Gibby se encogió de hombros.

—Su máscara es básicamente un ordenador. Podemos compartirle mapas y fotos de gais que están flipando con ataques de histeria.

—Eso es tan guay —dijo Nick, débilmente—. Y qué vergüenza. Agradecería que nunca más volviésemos a hablar de este momento.

Gibby ahogó una risa.

—Todos sabemos que eso no va a pasar.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Seth.

Todos miraron a Nick.

—¿Bien? Está despierto. Y muy enfadado por tener que quedarse en el hospital.

—Eso es genial, Nicky —contestó—. Oye, necesito… Lo siento. Por todo. Ojalá hubiese hecho las cosas de otra manera. Nunca quise hacerte daño. Y quiero que sepas que yo no hice daño a tu padre, ¿me crees? No a propósito.

—Lo sé —dijo Nick en voz baja—. Ya lo resolveremos. ¿Dónde estás?

—Buscando a Owen. —Su voz se endureció—. No sé qué intenta hacer, pero es peligroso. Consumió demasiadas pastillas. Le han vuelto más fuerte. Hubieran muerto más personas si yo no…

—¿A qué te refieres con más personas? —preguntó Nick, sintiendo un escalofrío en el cuerpo —. Creí que habías parado la antena a tiempo.

—Así es —dijo Martha mientras Bob apoyaba una mano sobre su hombro—, pero no pudo hacer nada con el helicóptero.

—Se estrelló contra el edificio —dijo Jazz con tristeza—. No creen que haya supervivientes.

—Mierda —dijo Nick entre dientes—. Había dicho que… Creo que Rebecca Firestone estaba trabajando con él, para reforzar su versión de alguna manera y desacreditar a Pyro Storm. Ella convirtió a Shadow Star en el héroe y a Seth en el villano. Pero ¿por qué se vengaría de ella de ese modo? No tiene sentido.

—Está fuera de control —dijo Seth—. No creo que ni siquiera tenga un plan. Al menos, ya no.

—¿Cuál era su plan al principio?

Nadie respondió.

—¿Chicos? ¿Me podéis responder?

Gibby suspiró.

—Creemos que tú eras su plan.

Nick se rio.

Nadie más lo hizo con él.

Nick dejó de reír.

—Ah, mierda. Hablas en serio.

—Te llevó a la Torre Burke —explicó Seth—. Al laboratorio de su padre. ¿Por qué?

Nick apoyó ambas manos contra el escritorio.

—Se lo pregunté y me dijo que su padre había descubierto una forma de convertir a cualquier persona en un Extraordinario. Al principio, rechacé la oferta, pero luego… —Sacudió la cabeza —. Pasaron cosas. Y creí que no tenía otra opción. Entonces le pregunté si la oferta seguía en pie y accedió. Es culpa mía. Todo esto.

—No, muchachito —dijo Bob—. No lo es. Él te manipuló. Tú estabas en un estado vulnerable y él se aprovechó de eso.

—Me dejé engañar —dijo Nick con amargura—. Independientemente de lo que hizo, yo dejé que eso ocurriera. Debería haberme dado cuenta antes.

—Tú no eres responsable por lo que hizo —aclaró Martha—. Si hay alguien que tiene la culpa, somos nosotros. Nosotros sabíamos quién era, al igual que Seth. Creímos que podíamos ayudarlo, que podíamos hacer que se abriera con nosotros, de alguna manera, y hacerlo entrar en razón. Y, al principio, no nos fue tan mal. Seth podía controlarlo. —Su sonrisa vaciló—. Pero luego se metió contigo y las cosas… se detuvieron por un tiempo.

—Fue todo un juego —añadió Seth—. Me estaba poniendo a prueba, creo. O al menos era parte de su plan. Estuvo contigo y luego ya no, pero seguía intentando recuperarte. Te estaba usando en mi contra.

Nick gimió.

—Esto apesta. No solo soy el alivio cómico/interés romántico, sino el alivio cómico/interés romántico despistado que es un peón en una partida que ni siquiera sabía que estaban jugando. Dios, mi vida es un cliché.

—Pero ¿por qué querría que Nick se convirtiera en un Extraordinario? —preguntó Jazz—. ¿Por qué lo llevó a la Torre Burke? Si su plan era cambiarlo, ¿por qué simplemente no le dio la pastilla?

—¿Tú hubieras tomado una pastilla que Owen hubiera sacado de su bolsillo? —preguntó Nick —. No habría sido lo mismo. Sabía que no me fiaría de él si me la daba directamente. Pero ¿si la conseguía en un sótano secreto en la Torre Burke? Tengo debilidad por los sótanos secretos. —

Miró a su alrededor—. Y por eso este es una decepción.

—Y vio lo mucho que Nick la quería —agregó Gibby—. En especial, cuando empezó con todo esto de Shadow Star. —Esbozó una sonrisa—. ¿Recuerdas cuando nos quisieron atracar en el callejón?

Nick hizo una mueca de incomodidad.

—No es uno de los momentos de los que esté más orgulloso.

—Habría convertido a Nick en un Extraordinario —dijo Seth, algo enfadado—. Al menos, temporalmente. Darle un poco de poder, engancharlo. Y luego le revelaría su identidad. Y la mía. Lo habría vuelto en mi contra. Lo habría convencido de que yo fui el villano todo este tiempo y que debían detenerme. Él sabía que os seguiría hasta la Torre Burke. Toda esa escena fue un montaje. Al igual que el accidente en el edificio de apartamentos.

—Yo no habría hecho nada —espetó Nick—. No habría funcionado. —Repentinamente, inseguro, añadió—: ¿Verdad?

Excepto que casi lo había hecho. Si Pyro Storm no hubiera aparecido en el momento indicado, ¿no habría hecho exactamente lo que Owen quería? Coger la pastilla. Convertirse en algo más. ¿Quién sabe qué habría pasado después?

—No importa —dijo Seth—. Ya no lo vas a hacer. ¿Confías en mí?

—Sí —respondió Nick de inmediato. Porque por supuesto que confiaba en él.

—Y sabes que Owen es el malo.

—Sí.

—Lo que significa que debemos detenerlo.

Nick palideció.

—¿Quieres decir que… vas a matarlo?

—No —respondió Bob con firmeza—. Nosotros no matamos a nadie. Nunca. Tenemos que encontrar una manera de detenerlo. Necesita ayuda, Nick. Más que nadie. Hemos esperado todo este tiempo porque teníamos miedo de que Seth fuera desenmascarado junto a él. Pero ahora debemos arriesgarnos. Si ocurre, lidiaremos con eso más tarde, como una familia. El mundo necesita saber quién es Shadow Star y lo que es capaz de hacer. No puede esconderse.

—¿Cómo? —preguntó Nick.

Silencio otra vez.

—¿En serio? ¿No tenéis un plan? ¿Ningún plan? ¿Tenéis un ordenador Systemax en el sótano de casa y no tenéis un plan?

—A veces, comemos magdalenas cuando Seth vuelve —dijo Gibby—. Están bastante buenas. Las hace Martha.

Nick levantó las manos en el aire.

—Inútiles. Todos vosotros. Tenéis suerte de que yo sepa todo lo que hay que saber sobre ser

un Extraordinario. Soy básicamente un experto. Es decir, escribí un *fanfic* sobre eso. Gracias a Dios que me tenéis a mí.

—¿*Fanfic*? —preguntó Bob, con el ceño fruncido—. ¿Qué es… eso?

—No tengo tiempo para responder preguntas ridículas ahora mismo —dijo Nick—. Hay una ciudad que debo salvar. Muévete, Martha. Necesito el ordenador.

Martha lo miró furiosa.

—Ah, mierda. Lo siento. ¿Podrías dejarme un hueco…?, ¿por favor? ¿Señora? ¿Por favor?

Martha se levantó de la silla.

—Solo porque un villano esté intentando apoderarse de Ciudad Nova no significa que tengas que olvidar tus modales.

Nick se sentó en su sitio y acercó el teclado hacia él. A un lado descansaba un pequeño micrófono de escritorio. La pantalla del ordenador mostraba un mapa de Ciudad Nova, una luz parpadeaba cerca de la Torre Burke.

—¿Ese es Seth?

—Sí —respondió Bob—. Un rastreador. Me pareció la mejor idea en caso de que ocurriera algo. Se ha quedado esperando a Owen en el único lugar al que pensamos que regresaría.

—Bien —murmuró Nick—. Es perfecto para el final de mi *fanfic*, *Aquí es donde quemamos la Tierra*, tenía pensado incluir una parte en la que yo… mmm, digo, Nate Belen, ayudaría a…

—Dios mío —murmuró Gibby—. Estamos condenados.

—… ayudaría a Shadow Star a derrotar a Pyro Storm antes de que vivieran felices para siempre.

—¿De qué está hablando? —preguntó Bob a Martha.

—No tengo ni la menor idea —respondió ella—. Creo que es una cosa de Myspace.

—¿Qué es Myspace?

—Es como Ask Jeeves.

Nick sentía que estaba muriendo lentamente por dentro, pero siguió adelante.

—Parte de la trama habría llevado finalmente a que Pyro Storm capturara a Shadow Star y yo… digo, Nate tendría que aparecer para salvarlo.

—No puedo creer que obligaras a Seth a leer eso —dijo Jazz—. En retrospectiva, fue una idea horrible.

—En retrospectiva, muchas ideas son horribles —dijo Nick entre dientes—. Pero no nos preocupemos por eso ahora, porque nos ayudan a crecer como personas y a aprender de nuestros errores.

—Ah, entonces debes haber crecido mucho últimamente…

—¡Gibby!

—Cierto. Ya me callo.

Si sobrevivían a lo que estaba por venir, Nick consideraría buscar nuevas personas para su equipo de apoyo. La productividad de los miembros actuales era bastante deficiente.

—Como decía, Pyro Storm atraparía a Shadow Star y Nate habría aparecido para salvar el día. Pero como todo lo que me rodea es una mentira, no tenemos que preocuparnos por esa última parte y solo debemos concentrarnos en capturar a Shadow Star.

—No lo va a olvidar, ¿verdad? —preguntó Bob a Martha.

—Probablemente, no —respondió Martha—. Los adolescentes necesitan compensar sus defectos de alguna manera.

—¿Cuál era el plan? —preguntó Seth, con voz entrecortada que sonó a través de los altavoces. Nick observó cómo el punto en la pantalla se movía lentamente alrededor de la Torre Burke. El hecho de que su mejor amigo y posible futuro novio estuviera volando en ese preciso momento no era algo que Nick estuviera ignorando. Tendría que preguntarle más tarde si podía montar en su espalda para dar un paseo. Se lo debía. Como mínimo. Decidió dejarlo a un lado por ahora porque estaba sentado cerca de los tíos de Seth, y no quería que supieran que estaba pensando en montar a su sobrino.

—Solo para que quede claro —dijo Nick—. Todavía no lo he escrito. Pero tengo un borrador con varios apartados. Todo el mundo sabe que un buen borrador tiene apartados, así que creo que nos va a ir bien.

—Estamos perdidooooooos —se quejó Gibby.

—Yo creo en ti, Nicky —dijo Seth y recordó al niño regordete de los columpios, con la cara manchada con pudín de chocolate—. Si crees que funcionará, tenemos que intentarlo.

—Tienes que quemar las sombras —dijo Nick al micrófono—. Ese es su superpoder. Él puede manipular todo lo que tenga una sombra. Tienes que arder tan fuerte que lo único que vea sea luz. Al menos durante el tiempo suficiente hasta que las pastillas dejen de hacer efecto. ¿Sabemos cuánto tiempo tardan?

—Demasiado —respondió Seth—. Tenemos que detenerlo ahora.

—Los brazaletes —dijo Gibby pensativa—. Los que lleva en las muñecas. Tienen luces led. Deshazte de ellos y no podrá proyectar más sombras. Como mínimo, le incapacitará.

Bob se acercó al micrófono.

—Ese nivel de poder tiene que ser muy fuerte, Seth. Más fuerte de lo que jamás has controlado. Tienes que mantenerlo lo más alejado posible de la ciudad. No puedes dejar que más personas salgan heridas.

Seth se rio, aunque sonaba cansado.

—¿Como cuando empezamos?

—Tú sabes qué hacer, muchacho —dijo Bob—. Como cuando empezamos. Pero ya no eres el mismo de antes. Ahora tienes el control y yo ya no tengo que preocuparme de que me quemes las

cejas.

Nick se quedó perplejo por esta historia con la que había crecido, pero de la que nunca se había enterado. Tenía tantas preguntas, pero se las guardaría para más tarde.

—¿Y entonces qué? —preguntó Jazz—. Si Seth logra llevarlo a un lugar en el que pueda detenerlo, ¿qué pasará después? —Parecía preocupada—. Dijiste que no lo mataremos y eso me parece bien, pero ¿qué haremos con él?

Nick pensó rápidamente.

—Eso no depende de nosotros, ¿no creéis? Si ha hecho todas esas cosas, si ha hecho daño a tanta gente, entonces tiene que pagar por ello. Lo entregaremos a la policía. Cap y mi padre sabrán qué hacer.

—¿Crees que su padre lo sabe? —preguntó Gibby—. Quiero decir, si Simon Burke sabe cómo crear Extraordinarios, ¿no creéis que sabría que tenía a uno viviendo bajo su mismo techo?

El estómago de Nick se desplomó hasta sus pies.

—¿Seth no te lo contó?

—Estaba un poco ocupado —murmuró Seth—. No tuve tiempo.

Bueno, mierda.

—Burke lo sabe —dijo Nick mientras cerraba los ojos, pensando en la vez que Owen le había contado que había estado en el hospital porque veía cosas. Oscuridad. Sombras. Le habían dado una medicación para detenerlo, pero ¿y si era todo una mentira?—. Él es quien convirtió a Owen en lo que es.

Jazz lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿De qué estás hablando?

Nick abrió los ojos, sacudiendo la cabeza.

—Es algo que Owen me contó. Dijo que cuando era niño se puso enfermo y le dieron una medicación especial. Lo único que estaba haciendo era decirme que él era Shadow Star y yo no me di cuenta. Estaba tan concentrado en… No estaba pensando. Pero todo esto parece que nos lleva de regreso a la Torre Burke, ¿verdad? ¿Y si Owen busca vengarse de su padre por lo que le hizo? Las Farmacéuticas Burke. Para cada experimento, para cada creación, tienen que hacer pruebas. En humanos.

—¿Crees que Simon Burke experimentó con su propio hijo? —preguntó Martha, con las manos apretadas contra su pecho.

—Seguro que lo hizo. Para que fuera su propio perro guardián. —Todo empezaba a tener sentido, a encajar en su lugar, como las piezas de un rompecabezas que formaban una imagen terrible—. Todos esos ataques a la Torre Burke. Su padre solía utilizarlo para proteger lo que ocultaba en su interior, para mantener sus secretos a salvo. Pero no importa, al menos, no ahora. Tenemos que concentrarnos primero en Owen. Lidiaremos con el resto después.

—Tenemos que encontrarlo primero para poder detenerlo —dijo Gibby, inclinándose sobre el hombro de Nick para mirar la pantalla—. ¿Ves algo, Seth?

—No —respondió—. Nada. Es como si hubiera desaparecido.

—O puede que estuviera esperando el momento indicado para atacar —dijo Jazz. Todos se giraron lentamente hacia ella—. ¿Qué? Es lo que yo haría si fuera una supervillana.

—Y gracias a Dios que no lo eres —dijo Gibby, dándole un beso en la mejilla—. Recuerda usar tus poderes siempre para el bien.

Jazz puso los ojos en blanco.

—Como si yo pudiera ser mala. Soy demasiado guapa como para ser mala.

A lo mejor los miembros de su equipo de apoyo eran perfectos.

***

La calle estaba oscura cuando salieron de la casa de los Gray. Las farolas estaban encendidas a lo largo de la acera, proyectando sombras sobre el asfalto. El aire era frío y Nick tuvo que ceñirse la chaqueta con fuerza contra su cuerpo cuando sacó el teléfono de su bolsillo.

Lo había apagado al salir del hospital, ya que sabía que su padre lo estaría llamando. Era una estupidez, pero tenía que hacer lo que fuera necesario para ayudar a Seth a detener a Owen. Y conociendo a su padre, probablemente habría pedido que le rastrearan el teléfono para saber dónde estaba. Nick sabía todo sobre rastrear teléfonos.

Como era de esperar, en cuanto lo encendió, recibió una notificación que le decía que tenía siete mensajes en el buzón de voz. Decidió ignorarlos y se puso a buscar un número entre sus contactos.

Solo sonó una vez antes de que atendiera una voz entrecortada.

—¿Nick? ¿Eres tú?

—Hola, Cap —dijo Nick, mirando el cielo oscuro. Había demasiada contaminación lumínica para ver siquiera las estrellas más brillantes.

—Ah, no, no te atrevas a hacer como si no hubiera pasado nada. ¿Tienes idea de lo preocupado que está tu padre? ¡Tuvieron que sedarlo cuando intentó escapar del hospital!

Nick tragó saliva con dificultad.

—Sí, lo siento. Pero tuve que hacerlo. Están pasando cosas, Cap.

—¿Dónde estás? Voy a enviar una patrulla a buscarte.

—No puedes. Todavía no. Y esta llamada será breve, así que no intentes localizarme.

—Te arrestaré —gritó Cap—. Y te meteré en prisión yo mismo. ¿Me escuchas? De hecho, voy a reinstaurar las cadenas. Trabajos forzados. Eso es todo lo que vas a conseguir.

—Eso es claramente abuso de la autoridad y debería avergonzarte… ¡Deja de distraerme!

—Nick, dime dónde estás.

—Escucha, ¿vale? Solo te pido que me escuches. Va a haber…

Una voz habló a sus espaldas.

—Oye, Nicky.

Nick se dio la vuelta. No había nadie.

—¿Nick? —preguntó Cap.

Nick apretó el teléfono con más fuerza.

—Un segundo. Hay…

Una farola se apagó y explotó en una lluvia de cristales.

Nick dio un paso atrás.

Otra farola explotó. Y otra. Y otra.

—Oh, no —suspiró Nick—. ¡Cap! Tienes que ayudar a Pyro Storm, ¿me oyes? Tienes que ayudar…

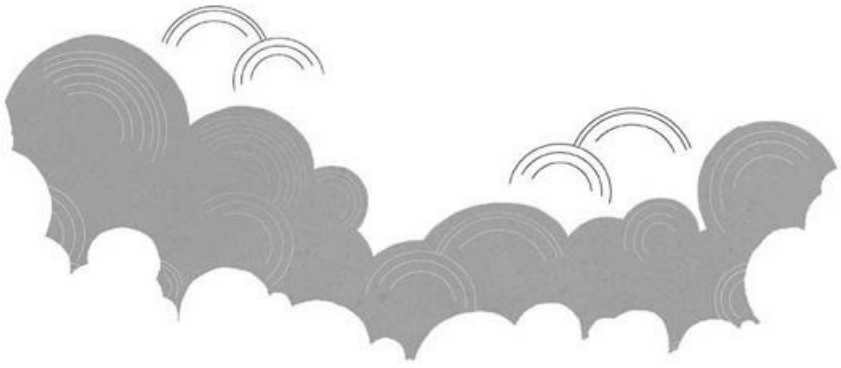
De pronto, una sombra con forma de tentáculo le arrancó el teléfono de la mano. Nick la miró mientras retorcía y destruía por completo el aparato. Luego la sombra lo soltó y varios trozos de este cayeron sobre la acera.

—¿Owen? —dijo Nick sin aliento.

—Mi nombre —dijo, emergiendo de la oscuridad—, es *Shadow Star*.

Nick solo pudo alejarse unos pocos pasos antes de que las sombras lo rodearan.

Todo se volvió negro.



19

Nicholas Bell se despertó atado a una de las torres del puente McManus.

Sus piernas y su torso estaban envueltos en sombras que lo mantenían muy arriba del río Westfield.

Algunos pájaros pasaban volando a su lado, a pocos metros de distancia.

Nick descubrió que tenía un miedo extremo a las alturas. Podría haber elegido otro momento para darse cuenta de eso, pero los supervillanos aparentemente no se preocupaban una mierda por esas cosas.

—Dios mío —dijo, intentando no vomitar. Pero entonces, la ira de un artista al que le acababan de plagiar su trabajo se apoderó de él, y cualquier miedo por morir con una caída horrible sobre la calle abajo quedó relegado a un segundo plano—. ¿En serio? ¿Estás usando mi *fanfic* en mi contra? Es muy cutre, incluso para ti. Ni siquiera sabía que lo habías leído, mucho menos que decidirías robármelo. ¡Consigue tus propias ideas, imbécil!

—¿Qué puedo decir? Soy tu mayor fan.

Nick miró hacia abajo y se arrepintió casi al instante. Los coches que pasaban por el puente se veían tan pequeños, y lo único que lo separaba de ser una imitación barata de una obra de Jackson Pollock sobre el asfalto era un supervillano que leía el *fanfic* en el que Nick se había proyectado a sí mismo y que ahora estaba usando para su diabólico plan.

Después de todo, Nick no estaba teniendo el mejor día de su vida. Si sobrevivía a esto, subiría una advertencia a Tumblr para que sus seguidores supieran quién podría estar leyendo sus *fanfics*, en caso de que alguien los usara para propósitos malvados.

Y definitivamente no ayudaba que Shadow Star, Owen, estuviera de pie en una plataforma de metal con el traje completo, tres metros por debajo de él, con una enorme sonrisa. Movió sus dedos enguantados sin apartar la mirada de Nick, mientras las lentes de sus ojos resplandecían. Su otra mano sujetaba con fuerza a una persona en la plataforma.

—Rebecca Firestone —dijo Nick entre dientes—. ¡Creí que habías muerto en el accidente del helicóptero!

—Solo mi cámara y el piloto —respondió—. Shadow Star me salvó —dijo con una mirada ensoñadora hacia Owen—. Como siempre.

Nick hizo una mueca de asco.

—Ah, Dios, puaj. Tienes como cuarenta años. Tus orgasmos por Shadow Star son desagradables y problemáticos. Ah, y también ilegales.

Lo miró furiosa.

—Tengo treinta y cuatro.

Nick puso los ojos en blanco.

—Shadow Star es un estudiante de instituto de diecisiete años llamado Owen Burke. Ah, y nos hemos besado, así que chúpate esa.

Rebecca Firestone giró la cabeza abruptamente hacia Shadow Star.

—¿Que os habéis qué?

Shadow Star se encogió de hombros.

—Sí. Nos besamos. Estuvo bastante bien.

—Bastante bien —repitió Nick, furioso—. Yo soy increíble…

—¿Solo tienes diecisiete años? —preguntó Rebecca Firestone como si estuviera a punto de entrar en pánico—. Pero… yo… Pensé que acabaríamos juntos…

—Qué asco —murmuró Nick—. Los adultos son tan raros.

Rebecca Firestone aparentemente superó el *shock* inicial bastante rápido e intentó liberarse de Shadow Star dándole puñetazos en la cabeza. Nick nunca creyó estar de acuerdo con algo que haría Rebecca Firestone, mucho menos por estar golpeando a Shadow Star en la cara. Pero aquí estaba, pidiéndole a gritos que le sacara los malditos ojos y le diera una patada en las pelotas. Justo cuando parecía que estaba a punto de hacer exactamente eso, las luces en las muñecas de Shadow Star se iluminaron, haciendo que Nick girara la cabeza. Por el rabillo del ojo, vio unas sombras que cubrieron a Rebecca Firestone y la levantaron de la plataforma. Uno de sus zapatos resbaló y cayó al suelo. Nick no pudo ver dónde había caído.

Rebecca Firestone pataleó y gritó mientras las sombras subían hacia el mismo nivel que Nick y la colocaban de espaldas en la torre opuesta a donde estaba él. Las sombras se cerraron con fuerza a su alrededor y la retuvieron en el sitio. Se golpeó la cabeza contra la estructura y le exigió a Shadow Star que la liberara de inmediato, mientras le preguntaba si sabía todas las cosas que ella había hecho por él. ¡Era una periodista galardonada y respetada y no dejaría que la trataran de ese modo!

—¡Sí! —exclamó Nick, sintiéndose parte de los riesgos del periodismo de investigación—. ¡Será mejor que nos liberes o las pagarás!

Rebecca Firestone le lanzó una mirada fulminante.

—No me importa lo que haga contigo. Yo solo hablo por mí.

Nick la miró boquiabierto.

—¡Y yo que creía que te estaba empezando a tolerar después de haber odiado toda tu existencia desde la primera vez que te vi! ¿Sabes qué? ¡Vuelvo a ser anti Rebecca Firestone! Eres lo peor. —Se detuvo y pensó en lo que dijo—. Bueno, casi lo peor. Creo que Shadow Star está ganando ese *concurso* ahora mismo. Pero tú estás muy cerca. Enhorabuena.

Shadow Star apareció entre ambos sobre un pedestal de sombras.

—Bueno, bueno. No hace falta que os peleéis por mí. Hay más que suficiente para todos.

Nick intentó liberarse de las sombras, pero fue inútil. Y para terminar de empeorar las cosas, le empezó a doler la cabeza. No estaba siendo una buena noche. O vida.

—¿Qué quieres de mí?

—Ah, Nick. No es a ti a quien quiero.

—¿Qué? Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Tú sabes bien por qué —respondió Owen riéndose.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Creo que sí. Todo el mundo sabe a quién pertenece tu corazón. Y dado que te capturé con mi diabólico plan, ambos sabemos quién vendrá a rescatarte. *Siempre* lo hace.

Nick parpadeó, sorprendido.

—Déjalo en paz o yo… Espera un momento… ¿Estás usando frases de mi *fanfic*? ¿En serio*?*

Owen echó la cabeza hacia atrás y se rio como un maníaco. Después de todo, era una buena risa de malvado, para consternación de Nick.

A Rebecca Firestone no le parecía gracioso. A Nick tampoco, pero no iba a volver a sentir ningún tipo de empatía por ella de nuevo. Ya había aprendido la lección.

—No —dijo Owen—. Ah, no. Tienes que decir tu línea, Nicky. Que ya no le importas, aunque ambos sabemos que es mentira. Y entonces yo te diré lo equivocado que estás, que eres lo único que le importa. Porque yo lo sé. Yo vi la expresión en su cara cuando no estabas mirando, cuando solo tenías esos ojos angelicales para mí. Ah, Nicky. Él estaba sufriendo. Y, aun así, lograba contenerse. Realmente te dejó ir, aunque todo lo que ha hecho ha sido por ti —suspiró—. Fue bastante precioso. Vio la devastación que había dejado la muerte de tu madre. Se dijo a sí mismo que haría del mundo un lugar mejor para ti. Fue… dulce. Algo equivocado, pero dulce. En especial cuando estaba seguro de que podría haberlo hecho mejor. Después de todo, lo único que necesitas para hacerte famoso son algunas fotos, un poco de relaciones públicas y *¡voilà!* Admiración y amor instantáneos. —Se dio la vuelta y le dio una palmada en la mejilla a Rebecca Firestone.

—Tú me salvaste —dijo entre dientes—. Los andamios me habrían aplastado si no los hubieras detenido.

—Ah —dijo Owen—. ¿Te refieres al andamio que yo mismo arrojé?

Rebecca Firestone se quedó pálida.

—No mientas.

—No miento —dijo con alegría—. Mordiste el anzuelo. Hasta yo me sorprendí de lo fácil que fue. Lo único que tuve que hacer fue sonreírte para que hicieras todo lo que quería.

—Vaya —dijo Nick con suficiencia—. Qué fácil eres. Deberías sentirte totalmente

avergonzada ahora mismo.

—Y tú también, Nick —dijo Shadow Star, volviéndose hacia él.

—No —respondió—. No, no, no. No hace falta que hablemos de mí. Solo déjame tener mi venganza con Rebecca Firestone, eso es todo. Además, ¿podrías dejarme ir? ¿Y entregarte?

—Tú eres igual que ella.

Nick estaba a punto de asesinarlo. Al diablo con las reglas de los Gray sobre no matar. Owen ahora sí estaba muerto.

—¡Retira lo que has dicho!

—Lo único que tuve que hacer fue sonreírte y fuiste mío. —Esbozó una sonrisa—. Nuestro querido y precioso Pyro Storm no me vio aquel día cuando lo seguí hasta su casa. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que era solo un niño como yo. Un niño dulce e inocente que estaba enamorado de ese chaval molesto y ruidoso; era doloroso de ver. Pero luego aparecí y se lo quité. Tú ni siquiera te diste cuenta. ¿En qué te convierte eso, Nick?

Antes de que Nick pudiera responder, Rebecca Firestone dijo:

—Owen Burke.

Owen se giró de nuevo.

—¿Qué has dicho?

—Owen Burke —repitió lentamente—. Él… Él ha dicho que ese es tu nombre. Owen Burke… como Simon Burke. Tú… eres el hijo de Simon Burke.

—Así es —dijo Owen, dando un paso hacia ella. Las sombras debajo de él cambiaban con cada paso que daba, evitando que cayera—. Incluso se podría decir que todo esto es gracias a él.

—Mierda —se quejó Nick—. Odio tener razón. ¿Un villano que tiene problemas con su padre? Vamos, Owen. Intenta ser original por una vez. Primero, robas mi *fanfic* y ¿ahora intentas ser como todos los villanos de los cómics? Y no me hagas hablar de que, básicamente, eres una copia barata de Harry Osborne de Spiderman. ¿Qué cojones te pasa? Ten un poco de amor propio.

Apenas vio a Owen moviéndose cuando una mano enguantada le rodeó la garganta con mucha fuerza. Nick no podía respirar mientras intentaba patear a Owen, pero las sombras lo mantenían inmóvil. El dolor le recorrió la cabeza con intensidad, mientras Owen enseñaba los dientes y gruñía.

—Esto no es un juego, Nicky. Sigues pensando que estamos jugando, pero no es así. Hablas y hablas y hablas, pero nunca dices nada. Es una de las cosas que más me cabrea de ti. Dios, no es de extrañar que tu madre muriera. No me sorprendería que se hubiera puesto delante de esa bala para escapar de ti.

Los ojos de Nick se enrojecieron. Una rabia como nunca había sentido antes empezó a arder en su pecho. Empezó a tener palpitaciones en la cabeza y lo único que quería hacer era atacarlo,

cortarlo, golpearlo y patearlo hasta que no fuera más que un amasijo sangriento de dientes rotos y huesos aplastados.

—Bien —dijo Owen, casi sin aliento—. Bien, Nick. Ahí está. Puedo verlo, sabes. Aunque nadie más pueda hacerlo. Tienes oscuridad en tu interior. Ah, no has tenido la oportunidad de explorarla aún, no pudiste aprovecharla al máximo, pero ahí está, esperando a ser liberada. Somos iguales, Nicky. Aunque no lo veas ahora, somos iguales. Las cosas que hacemos para proteger a aquellos que nos importan. Si tuvieras la oportunidad de volver atrás en el tiempo, al banco, ¿qué harías?

—Vete a la mierda —espetó Nick.

Owen negó con la cabeza.

—Cuánta valentía. No tienes que mostrármela a mí. Yo te conozco, Nick. Mejor que nadie. Porque yo soy como tú. Ambos estamos cubiertos de sombras. Es más fácil dejarse llevar por ellas cuando eso es lo que deseas. Yo sé lo que habrías hecho por ella. Los habrías detenido sin importar los medios. Incluso aunque eso significara tener las manos manchadas de sangre. —Lo presionó con más fuerza—. Ser gay. Ser un criminal.

No estaba equivocado, pero Nick no estaba dispuesto a darle esa satisfacción.

—Yo no me parezco en nada a ti.

—¿Eso crees? —preguntó Owen, su cara a solo centímetros de la de Nick, quien sintió su aliento caliente sobre sus mejillas—. Porque creo recordar que dijiste que harías cualquier cosa para proteger a los que amas. No somos como Pyro Storm, Nick. Tú no eres como Seth. Tú y yo tenemos que luchar con uñas y dientes para estar a su mismo nivel. ¿Cómo puede ser que eso sea justo? Él ganó la lotería de la genética y ¿el resto de nosotros tenemos que simplemente aceptarlo? ¿Por qué él puede tener poderes que el resto no? Puede que odie a mi padre, pero aun así me dio las herramientas para convertirme en lo que soy. Él no sabía qué tan lejos podría llegar. Pero ahora lo sabrá. Todo el mundo lo sabrá.

—Pyro Storm vendrá a rescatarme —espetó Nick, escupiendo en la máscara de Owen. Destelló a la luz—. Y te va a dar una paliza.

Owen le soltó el cuello y le acarició el pelo, mientras suspiraba. Nick tuvo arcadas y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es un poco irritante ver lo mucho que se preocupa por ti —dijo Owen—. De verdad, veros a los dos toqueteándoos fue vergonzoso.

—¡Ey!

—Pero no importa —añadió Owen, cuadrando los hombros—. Porque este día será el fin de Pyro Storm. Tienes razón, vendrá a rescatarte, pero será lo último que haga.

—¿Puedes dejar de citar mi *fanfic*…?

—¿Qué hay de mí? —preguntó Rebecca Firestone y a Nick no le sorprendió para nada.

Siempre trataba de ser el centro de atención. No era una cualidad atractiva en una persona.

—Tú contarás mi historia —dijo Owen, elevándose cada vez más. A lo lejos, Nick creyó escuchar algunas sirenas—. La ciudad me amará. Y tú te asegurarás de eso.

—¿Y si no quiero?

Owen se encogió de hombros.

—Te mataré y encontraré a otra persona.

—Entonces, cuenta conmigo —respondió enseguida—. Podríamos hacer una transmisión nacional. Una entrevista cara a cara. Necesitamos conocer al Shadow Star real. Al chico… Al hombre detrás de la máscara.

—¿Y tus escrúpulos? —exigió Nick—. ¿Tu integridad moral? Eres una periodista. ¡Se supone que debes ser imparcial!

Rebecca rio.

—Niño, no entiendo qué cojones está pasando, pero no quiero morir. Además, también me gustaría ganar un Pulitzer.

—¡Nunca más volveré a ver *Action News*! ¿Me has escuchado? ¡Nunca!

—¿Siempre es tan ruidoso? —le preguntó a Owen.

—Sí, siempre. Y se enfada por cosas muy raras. Una vez, yo…

Pero el ejemplo quedó a mitad de camino cuando explotó.

Bueno, no literalmente, pero Nick no sabía eso, al menos no en ese momento. Primero, estaba de pie sobre un pilar de sombras por encima de ellos, y al siguiente, había una nube de fuego brillante que lo envolvió por completo. Nick gritó aterrado y apartó la cara por la inmensa ola de calor que cubrió su piel. Sintió cómo las sombras que lo mantenían prisionero empezaron a aflojarse y se deslizó un poco sobre la torre. Su camiseta se levantó por la espalda y sintió el frío metal sobre su piel. Rebecca Firestone gritó al otro lado y consiguió abrir los ojos justo a tiempo para verla deslizándose sobre su torre hasta que sus pies quedaron colgados sobre el vacío. Perdió otro zapato y una ráfaga de viento lo hizo caer al río.

Nick miró hacia abajo y vio una docena de patrullas deteniéndose sobre el puente con las sirenas encendidas. Se mareó cuando notó lo alto que estaba. Ni siquiera podía escuchar el sonido de las puertas al abrirse y cerrarse.

Levantó la cabeza hacia el cielo.

Owen había sido derribado de su pedestal de sombras y estaba aferrado a la misma torre que Nick. Su traje humeaba y tenía algunas brasas en los hombros. Miró a lo lejos con una expresión llena de furia.

Nick siguió su mirada.

Ahí, sobrevolando Ciudad Nova y con su capa ondeando al viento, estaba Pyro Storm.

—Vaya entrada —gritó Owen—. Estoy impresionado. —Se quitó algunas brasas del hombro.

Se apagaron al caer.

—Esto se ha acabado —dijo Pyro Storm y Nick se estremeció al escuchar la seguridad de su voz—. Debería haberte detenido hace mucho tiempo. Todo lo que has hecho estos últimos días, toda la gente que resultó herida, los que han muerto… todo eso es culpa mía. Y nunca me lo perdonaré. Pero no deberías haber tocado a Aaron Bell. Y mucho menos a Nick. Ellos no fueron tus primeros errores, pero serán los últimos.

Owen rio salvajemente.

—Todo gira en torno a Nick, ¿verdad? Hablas de justicia y salvar gente, pero lo único que te importa es él. Es triste. —Miró a Nick desde arriba—. ¿No te parece triste, Nicky? Casi tan triste como cuando estabas patéticamente enamorado de un Extraordinario que tuviste delante de ti todo este tiempo.

Nick apretó los dientes. Sintió que la torre empezó a temblar detrás de él, pero esperaba que fuera solo su imaginación. Era lo último que necesitaba en ese momento.

—Eres un capullo, Owen. Si hubiera sabido que eras tú, jamás me hubiera gustado Shadow Star.

—No decías eso la primavera pasada. De hecho, recuerdo claramente escuchar «Owen, por favor, más. Owen, ahí, sí».

—¿Qué crees que va a pasar ahora? —preguntó Pyro Storm—. Sabes que esto es el fin.

—No creo que lo sea —dijo Owen, aferrándose a la torre con una mano mientras se acercaba a Pyro Storm—. Verás, tú me necesitas tanto como yo a ti. Un héroe solo sirve si tiene un villano. Piénsalo. No eres nada sin mí. Y yo disfruto con este baile. —Esbozó una sonrisa cruel—. No importa a dónde vayas o lo que hagas, yo estaré justo detrás de ti.

—Suelta a Nick —ordenó Pyro Storm.

Owen se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Dos cosas sucedieron a la vez.

Las sombras que sujetaban a Nick sobre la torre del puente desaparecieron.

Y…

Owen se lanzó hacia Pyro Storm.

Esto último preocupó a Nick casi tanto como lo primero.

Fue una extraña fracción de segundo, suspendido en el aire, a cientos de metros sobre el puente McManus. Escuchó a Pyro Storm gritar su nombre antes de que Owen lo golpeara directamente en el pecho, envolviéndolo con unas sombras negras, y ambos cayeron.

Nick no tuvo tiempo de hacer ningún ruido mientras empezaba a caer. De un momento a otro estaba agarrado a la torre y luego estaba cayendo en picado.

Siempre había escuchado que, en los últimos segundos antes de morir, la vida pasaba por

delante de tus ojos. Nick podía decir inequívocamente que era una maldita mentira. No podía respirar y quería gritar o hacer algo para avisar a quien lo estuviera escuchando que no quería convertirse en una mancha roja en el asfalto. Un dolor punzante le perforó la cabeza e incluso, mientras caía, notó que estaba cayendo hacia delante, justo hacia Rebecca Firestone.

Y como Nick no quería morir en absoluto, se aferró a ella, incluso aunque ella empezara a sacudir la cabeza furiosamente y le pidiera a gritos que la soltara. Por suerte, no le importaba en lo más mínimo lo que quisiera Rebecca Firestone. La sujetó del tobillo y logró detener su caída justo antes de que fuera demasiado tarde.

Ella se quejó, molesta.

—¡Suéltame!

—¡No! —le gritó—. ¡Preferiría no hacerlo, si te parece bien!

—¡Me vas a romper la pierna!

—¡Ay, no! ¡Qué terrible! ¡Yo me romperé todo si te suelto…! ¿Estás intentando darte una patada a ti misma? ¡Para!

Pero no se detuvo. Sintió los músculos de su pierna tensarse mientras sacudía el pie. Nick le clavó los dedos en la piel y sintió los tendones de su tobillo tensándose bajo su agarre. Nick se meció precariamente sobre el vacío y…

—¿Por qué tienes el tobillo tan sudado? ¿¡A quién le sudan los tobillos!? Dios mío, me voy a…

Se resbaló.

Y cayó sobre la plataforma de metal que estaba a menos de un metro por debajo de él.

—Mmm —dijo Nick, mirando sus pies. Saltó una y otra vez para probar la resistencia de la plataforma—. No me esperaba esto. Impresionante.

Y luego vomitó por un lado de la plataforma. Ni siquiera pudo reunir la fuerza para sentirse avergonzado por ello.

Se puso de pie de nuevo y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Agh. No debería haber comido toda esa gelatina en el hospital.

—¡Bájame!

Nick miró hacia arriba.

Rebecca Firestone se estaba sacudiendo sobre la torre del puente, aún envuelta en unas sombras que la mantenían en su lugar. Arriba, en la parte más alta del puente, Shadow Star y Pyro Storm seguían peleando. Nick se alegró cuando una bola de fuego golpeó a Owen e hizo una mueca de dolor en el instante en que un tentáculo largo de sombras golpeó a Seth en el pecho, estrellándolo contra una viga de metal.

—¡Niño, tienes que ayudarme!

Nick la miró, furioso.

—¡Intentaste matarme!

—Bueno, sí, pero no lo hice, ¿verdad?

—Probablemente no sea el mejor argumento que…

Una voz sonó desde abajo a todo volumen.

—¿Nick? ¡Nick! ¿Puedes oírme?

Nick se asomó por el borde de la plataforma. No podía ser…

—¿Papá?

Efectivamente, de pie junto a una de las patrullas estaba su padre, con un megáfono pegado a la boca. Aún llevaba la bata del hospital, pero llevaba una chaqueta del Departamento de Policía de Ciudad Nova. Cap estaba a su lado, mirando fijamente a Nick.

—¡Hay una escalera de servicio! —gritó su padre desde la patrulla—. ¡A tu derecha! Empieza a bajar. Te encontraré a mitad de… —En ese instante, Cap dijo algo que a su padre no le gustó y discutieron por un momento. Nick quería recordarles que no tenían mucho tiempo precisamente, pero no había forma de que le escucharan.

Cap finalmente le quitó el megáfono a su padre.

—Nick, ve hacia la escalera. Enviaremos a alguien a buscarte que no sea un idiota con las costillas rotas. ¡Muévete, muchacho!

Nick miró a su alrededor, intentando encontrar la escalera de la que hablaban. La plataforma era larga y angosta, y estaba rodeada de vigas de metal. Si caminaba por ahí, tendría que maniobrar entre las vigas, pero era posible. Allí, en la otra punta de la plataforma, estaba la escalera de metal que conducía a otra plataforma.

Dio un paso hacia delante.

Y luego…

—Por favor.

Cerró los ojos.

—No puedes dejarme aquí —dijo Rebecca Firestone con una voz temblorosa—. No quiero morir.

—¡Nick! —Su padre había recuperado el megáfono—. ¡Tienes que moverte ahora! Nosotros ayudaremos a la mujer.

Hubo una gran explosión en lo alto y los ojos de Nick se abrieron de par en par cuando sintió que la estructura de la torre crujió. Nick se tambaleó hacia el borde de la plataforma y consiguió agarrarse a una de las vigas justo a tiempo de evitar caer al vacío. Levantó la mirada y vio a Owen arrojando a Seth hacia una de las torres. La torre se partió con un chirrido metálico. Y empezó a caer, chocándose contra el resto de las vigas y lanzando chispas en todas direcciones con cada impacto. Los policías gritaron desesperados mientras corrían de un lado a otro. Nick vio a Cap sujetar a su padre y apartarlo del lugar justo cuando la torre caía sobre una de las

patrullas. Las ventanas del vehículo estallaron en mil pedazos y quedó completamente destrozado. Su padre empezó a forcejear con Cap para llegar a la escalera más cercana.

Nick sabía lo que tenía que hacer. No le gustaba la idea. Pero aunque no era un Extraordinario, estaba seguro de que podía actuar como uno.

Se alejó de la escalera y regresó a por Rebecca Firestone.

Estaba luchando contra las sombras que la mantenían en su sitio, respirando con dificultad mientras miraba la batalla que se libraba sobre ellos. Nick extendió una mano y agarró una de sus piernas. Empezó a gritar cuando lo vio.

—Deja de patalear —dijo Nick furioso—. Estoy intentando ayudarte.

—¡Bájame!

—¡Lo haré si dejas de gritar!

—¡No me grites! ¿Acaso no sabes quién soy?

—Dios mío —murmuró Nick—. Me caes tan mal. —Intentó tirar de su pierna, pero las sombras la mantenían firme en el lugar. Pensó en subir a la torre, pero no pudo encontrar nada para sujetarse que no fuera el cuerpo de Rebecca y no quería hacer eso. Si tan solo hubiera una forma de deshacerse de las sombras, podría… ¡Un momento! Maldición. Sí, había una forma.

Buscó su teléfono en el bolsillo.

Solo para recordar cómo había sido aplastado cuando Owen lo había secuestrado. Por lo que sabía, aún estaba en la acera frente a la casa de los Gray.

Miró a Rebecca Firestone.

—¿Tienes tu teléfono?

—¿Qué? ¿Por qué quieres mi teléfono? ¡Usa el tuyo! No puedo comprar otro hasta dentro de siete meses…

—Eres la peor persona para rescatar que existe. No te lo quiero robar. Solo necesito la linterna.

—¿Por qué?

Nick consideró seriamente darse la vuelta y abandonarla a su suerte.

—¡Por las sombras! Creo que…

Taca-taca-taca-taca.

Nick se volvió lentamente.

Un helicóptero se estaba acercando al puente. Nick podía ver el logo de *Action News* en la cola. Había alguien colgado de la puerta con una cámara que apuntaba en su dirección.

—¿Cuántos helicópteros tenéis? Me parece excesivo.

—Gracias a Dios —dijo Rebecca Firestone—. Me rescatarán.

—Estás colgada de lo alto de un puente. No hay forma de que puedan aterrizar. Tienes que darme tu teléfono. Es la única manera de poder… Ah, no.

Un foco en la parte delantera del helicóptero se encendió.

Primero iluminó a Nick y lo dejó prácticamente ciego. Levantó las manos para protegerse los ojos.

Y luego apuntó a Rebecca Firestone. El efecto fue instantáneo. Las sombras que la mantenían sujeta desaparecieron. Cayó con fuerza sobre la plataforma. Rebotó una vez y… rodó hacia el vacío.

Nick ya estaba corriendo, iluminado por los focos y sin apenas poder ver. Cayó de rodillas y la alcanzó justo cuando ella se deslizaba por el borde de la plataforma. Su mano tocó su brazo y cerró los dedos alrededor de su muñeca justo a tiempo. Sintió una fuerza inmensa que lo arrastró hacia delante y lo mantuvo presionado sobre su vientre desnudo contra el frío metal de la plataforma. Hizo una mueca de dolor por la fuerza que estaba haciendo con su hombro.

—Deja… de… moverte —dijo entre dientes.

Rebecca Firestone jadeó, aferrada al brazo de Nick mientras sus piernas colgaban sobre el vacío. El rugido del helicóptero era estruendoso en los oídos de Nick. Mucha gente gritaba debajo de ellos. Pero Nick no les prestaba atención. Lo único que importaba era que se sentía como si le estuvieran arrancando el brazo.

Intentó levantarse, pero solo consiguió deslizarse más cerca del borde de la plataforma. Miró a través de la rejilla de metal y vio a Rebecca Firestone mirándolo con unos ojos que parecían estar a punto de salirse de sus cuencas y la boca abierta y suelta.

Dios, le dolía la cabeza.

Apretó los dientes con fuerza e intentó subirla de nuevo, pero la plataforma tembló debajo de ellos. Consiguió arrodillarse y, justo cuando creía que eso sería suficiente, Rebecca Firestone se resbaló.

Y empezó a caer de nuevo.

Él logró sujetar su mano.

Una ola de dolor lo azotó con fuerza justo cuando sintió un crujido húmedo en su hombro. Nick gritó y salió despedido hacia delante.

De pronto, el peso disminuyó y Rebecca Firestone subió por delante de él, lo que lo hizo caer hacia atrás sobre la plataforma, mientras parpadeaba mirando al cielo oscuro.

—¿Nick? ¡Nick!

Una mano tocó su cara.

Alguien se inclinó sobre él. Una máscara cubría su rostro.

—¡Nick!

—Hola —susurró Nick.

Seth suspiró aliviado.

—Hola. —Se acercó y lo ayudó a levantarse. Nick gritó cuando sintió sus dedos sobre su brazo herido—. Lo siento, Nicky. Lo siento. Estás herido. Es…

—Está bien —dijo entre dientes. Usó su brazo sano para sentarse.

Un crujido metálico sonó detrás de ellos y Nick volvió la cabeza justo a tiempo para ver a Rebecca Firestone desapareciendo por la escalera.

—¡De nada! —gritó Nick—. No te preocupes por nosotros. ¡Estamos bien!

Se dio la vuelta cuando Seth se agachó frente a él, con su capa ondeando sobre la plataforma. La luz del helicóptero cubría su rostro en sombras. Seth se acercó y tocó la mejilla de Nick con una de sus manos enguantadas.

—Cielos, Nick. Creí… Creí que te habías caído. —Se inclinó hacia delante y presionó su frente contra la de Nick—. No me vuelvas a asustar así.

Nick no sabía si lo que estaba sintiendo en ese momento era amor, pero creía que se acercaba bastante. Estaba enamorado de Seth, sí; estaba enamorado de él desde casi el momento en que lo conoció. Pero esto era mucho más grande, más magnífico, y necesitaba que Seth lo entendiera. Nick (siempre y para siempre Nick) dijo:

—Tú me llenas tanto el corazón que creo que me voy a morir.

Seth echó la cabeza hacia atrás e inhaló con fuerza.

—¿Qué has dicho?

—Yo…

Seth lo besó.

Fue más ardiente de lo que esperaba. Literalmente. Los labios de Seth estaban tan calientes que parecían estar ardiendo en su interior. Y también fue un poco extraño sentir la máscara de Seth sobre su piel. Pero no podía importarle menos. Estaba demasiado ocupado intentando comprender el hecho de que estuviera besando a su mejor amigo y se sintiera como en casa.

Probablemente fue el momento más ridículo de su vida.

Y quizá el más maravilloso.

Seth apoyó las manos sobre su mejilla y el beso se intensificó. Luego sintió su lengua sobre su labio inferior antes de que se separara y pegara su frente contra la de Nick.

—Vaya… —dijo Nick, casi sin aliento—. Aunque el brazo me duela como mil demonios, guau.

Ah, la sonrisa de Seth.

—Sí, guau.

—Ya era hora. Solo hizo falta que me secuestrara mi exnovio villano para que tú…

Seth gruñó.

—Momento arruinado. Bien hecho, Nicky.

—Solo decía…

—No tienes que decir nada. ¡Nos acabamos de dar nuestro primer beso y empiezas a hablar de tu exnovio!

—El que me ha secuestrado. Tengo permitido decir lo evidente. ¿No sabes lo traumatizante que ha sido para mí este día?

Pero Nick nunca llegó a escuchar la respuesta que le habría dado Seth, porque en un momento estaban juntos, finalmente juntos, y era todo lo que Nick había deseado.

Y al siguiente, la plataforma se separó del puente y las vigas colapsaron a su alrededor cuando una sombra envolvió a Seth y lo empujó hacia el vacío.

Nick no tuvo tiempo de reaccionar, porque él también empezó a caer.

Fue en este momento, al final, cuando toda su vida pasó ante sus ojos.

Vio a un niño regordete sentado en los columpios, solo, y Nick quería ser su amigo para siempre.

Vio a una niña llamada Gibby que se reía de una broma que había hecho y lo hacía sentir como si pudiera hacer cualquier cosa.

Vio a Jazz llorando sobre su hombro después de haber discutido con su novia. Nick la abrazó con fuerza, apoyando la cara contra su pelo.

Vio a Owen con una sonrisa siniestra, robando una zanahoria desde el otro lado de la mesa.

Se vio caminando con ellos por las escaleras de la estación de la calle Franklin, chocando sus hombros y riendo.

Vio a Cap sonriendo con su bigote caído.

Vio a Martha Gray dándole un beso en la frente antes de apresurarlo a que subiera por las escaleras.

Vio a Bob Gray dándole una palmada en la espalda mientras daba la vuelta a unas hamburguesas en la parrilla.

Y luego vio el océano, y ella estaba ahí, con la cabeza apoyada sobre su hombro. Le decía lo mucho que lo quería, mientras esbozaba una sonrisa más brillante que el sol. Y él era feliz, vaya que sí, era feliz porque estaba con ella.

Tocó su sonrisa en la foto de su mesita de noche.

Dio su primer beso.

Y luego, el único primer beso que importaba.

Y vio a un hombre. Un hombre grande y fuerte que lo cargaba sobre sus hombros y le decía que estaba orgulloso de él, por lo valiente y bueno que era. Un hombre que le decía que deseaba que no fuera de esa forma y le preguntaba por qué tenía que ser así. Un hombre que le recordaba que tomara su pastilla. Un hombre que se sentaba en el borde de su cama con la cabeza hundida entre sus manos, llorando, mientras todo el cuerpo le temblaba, sin soltar una bufanda rosa con flecos. Nick sabía que lo hacía en silencio para que nadie lo escuchara, pero no podía dejarlo solo, por eso lo acompañaba y le cogía de la mano, y simplemente se quedaba ahí durante todo el tiempo del mundo. Vio los Bollitos de canela, porque esa era su forma de pedir perdón, y recordó

la llamada que recibió en medio de clase, seguido de los sonidos de las máquinas del hospital y los latidos de su corazón en una pantalla.

Pero todo eso se desvaneció cuando escuchó la voz de su padre.

«No necesito que seas un Extraordinario, Nicky. No cuando ya eres extraordinario para mí».

Había tenido una buena vida.

Había hecho sonreír a su madre. Había hecho sentir orgulloso a su padre. Había besado al chico de sus sueños. Y todo lo había logrado sin ser un Extraordinario. Al final, puede que ese fuera su superpoder.

En el fondo de su cabeza, el dolor le mordió con sus dientes afilados como si estuviera vivo. Lo estaba desgarrando. No le gustaba. Con sus últimas fuerzas, lo apartó.

Y, por primera vez en su vida, simplemente… desapareció.

Se oyó un fuerte crujido a su alrededor y todo se detuvo.

Abrió los ojos. Estaba en el puente.

Las patrullas estaban delante de él con las luces encendidas y un grupo de policías lo miraba con las mismas expresiones de asombro.

Bueno, no exactamente a él. Sino encima de él.

Nick levantó la cabeza.

Los trozos de metal del puente que se habían derrumbado a su alrededor flotaban suspendidos en el aire, girando lentamente en círculos.

—Mmm —dijo Nick, mirando las piezas de metal que flotaban sobre él—. Eso… no sé qué está pasando.

—¡Nick!

Miró hacia delante.

Su padre estaba ahí. Cap estaba tratando de retenerlo, pero estaba perdiendo esa batalla.

Nick comenzó a correr hacia él.

Su padre se soltó de Cap y tropezó hacia delante, apoyando un brazo sobre su estómago con una mueca de dolor. Las zapatillas de Nick repiquetearon sobre el pavimento y casi había llegado a él cuando los ojos de su padre se abrieron de par en par.

—¡Nick! —gritó.

Nick miró hacia arriba. Los escombros que estaban flotando en medio del aire comenzaron a vibrar. Nick sintió cómo su corazón empezaba a latir con más fuerza contra su pecho cuando cayó el primer trozo sobre la calzada y rompió el asfalto.

Enseguida, los demás escombros cayeron a su alrededor. Nick levantó los brazos sobre su cabeza como si fuera suficiente para protegerlo de los miles de trozos de metal. Zigzagueó cuando una viga cayó a un lado y rebotó hacia la valla de contención, haciendo que todo el puente se sacudiera bajo sus pies.

No se detuvo hasta que sintió las manos de su padre sobre sus hombros, mientras le decía que todo iba a estar bien, que estaba a salvo y que se preparara para estar castigado durante el resto de su vida, ¿en qué cojones estaba pensando?

Nick rio, cerrando los ojos con fuerza para contener las lágrimas, con la barbilla apoyada sobre su hombro.

—Está bien —logró decir—. Me parece bien. —Le empezó a doler el brazo cuando lo abrazó con fuerza, pero no le importaba. Estaban a salvo. Estaban…

Pero entonces…

Los policías gritaron en señal de advertencia.

Nick se dio la vuelta.

Shadow Star estaba en el puente donde Nick había aterrizado. Su traje estaba quemado sobre el hombro derecho y la pierna izquierda. Respiraba con dificultad y tenía la cabeza inclinada hacia abajo, un rastro de sangre brotaba de su boca. Detrás de Owen, varios policías habían desenfundado sus pistolas apuntando a Shadow Star, mientras le gritaban que se entregara de inmediato. Estaban resguardados detrás de sus patrullas, algunos cerca de los maleteros, otros detrás de las puertas abiertas.

Las luces de las sirenas estaban encendidas y lo cubrían todo con sus destellos azules y rojos mientras giraban en todas direcciones.

Al igual que las patrullas que estaban detrás de Nick.

El foco del helicóptero estaba colocado sobre él mientras sobrevolaba la escena.

Las sombras bailaban entre los escombros de la calzada.

Shadow Star levantó la cabeza y miró directamente a Nick. Esbozó una sonrisa siniestra. Tenía los dientes ensangrentados. Parte de su máscara se había roto, dejando a la vista uno de sus ojos. Era un agujero bastante grande.

—Bueno —dijo, respirando con dificultad—. Esto ha sido muy emocionante.

—Te ordeno que te entregues —gritó Cap por el megáfono.

Owen sacudió la cabeza.

—Ya he llegado demasiado lejos, ¿verdad?

Su padre estaba intentando llevar a Nick detrás de la línea de oficiales, pero Nick se apartó.

—Nick, no. Tenemos que irnos.

Nick miró por encima del hombro, sonriendo con fuerza.

—Papá, lo sé… es Owen. Yo puedo hablar con él.

Su padre frunció el ceño.

—Owen —luego añadió—: ¿Owen Burke? Nick, ¿qué cojones?

Nick se volvió hacia Owen y levantó la voz.

—Se acabó, Owen. Nadie más tiene que salir herido.

—Ciudad Nova es mía. No dejaré que nadie me la quite.

Nick emitió un gemido.

—Amigo, ese cuento pasó de moda hace años. Deberías saber lo ridículo que suenas. En serio, amigo. Escoge el camino correcto.

—Podrías intentar no hacerlo enfadar más —gruñó su padre detrás de él.

La boca de Owen se torció en una mueca siniestra.

—Yo soy el héroe. Siempre lo he sido. Que ninguno de vosotros pueda verlo no significa que podáis quitármelo. Os lo mostraré. Os lo mostraré a todos.

Levantó las manos. Las sombras empezaron a crecer a su alrededor y tomaron forma, volviéndose corpóreas de nuevo.

Los policías del otro lado del puente le apuntaron. Sin volverse, Nick supo que los oficiales detrás de él estaban haciendo lo mismo.

Se masacrarían unos a otros.

Su padre le agarró del brazo bueno para apartar a Nick y ponerlo a salvo.

—No —dijo Nick bruscamente, intentando liberarse—. Papá, no lo entiendes, él es…

Seth Gray aterrizó entre Nick y Owen.

Su capa estaba hecha trizas, al igual que el traje, que dejaba al descubierto su piel ensangrentada. De algún modo, había perdido una de sus botas y tenía uno de los pies descalzo. Eso impactó mucho a Nick por razones que no comprendía.

Seth dio un paso hacia Owen con cierta dificultad.

—No les harás daño. No te lo permitiré, Shadow Star.

Las sombras se arremolinaron alrededor de Owen.

—¿Crees que puedes detenerme? Siempre habrá oscuridad, sin importar lo que hagas. No podrás detenerme. No ahora. Es demasiado tarde. Voy a demostrarte lo que realmente soy capaz de hacer.

Seth dio otro paso adelante y las sombras levantaron algunas vigas del suelo, blandiéndolas como armas gigantescas. Cap no dejaba de gritar por el megáfono, pidiéndoles a los dos Extraordinarios que se entregaran. Los policías parecían impacientes, listos para disparar ante el más mínimo movimiento de Owen y Seth.

Esto no iba a acabar bien para nadie.

«Siempre habrá oscuridad».

«Así es cómo incendiamos el mundo».

«Tienes que quemar las sombras».

Los ojos de Nick se abrieron de par en par.

—Eso es.

Miró al helicóptero. El foco seguía encendido sobre ellos. Miró por encima del hombro. Todos

los vehículos apuntaban en su dirección. Lo mismo al otro lado.

Giró sobre sus pies.

—Papá, tenéis que encender todas las luces. Las farolas, las sirenas. Todas.

Su padre frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? Te vamos a sacar de aquí ahora mismo.

Nick sacudió la cabeza.

—Sé lo que estoy haciendo. Necesito que confíes en mí. Por favor. Díselo a Cap. Todas las luces. Todo lo que tengáis que ilumine.

Su padre parecía estar a punto de discutir con él, pero en su lugar sacudió la cabeza.

—No hagas nada estúpido.

Nick esbozó una sonrisa.

—Oye, ¿con quién crees que estás hablando?

Aaron miró una vez más a su hijo antes de volverse hacia Cap, con la bata del hospital ondeando a su alrededor. Nick le iba a echar la bronca por no ponerse pantalones si sobrevivían a esto.

Owen y Seth avanzaban el uno hacia el otro. Las sombras se movían como una pesadilla propia de un relato de Lovecraft. Nick casi se quedó paralizado al verlos, pero no había tiempo para tener miedo. Era el momento de ser extraordinario. Tenía una ciudad que salvar.

Se acercó corriendo a Seth. Este abrió la boca, indeciso sobre si pedirle a Nick que retrocediera, pero Nick le cortó.

—Sé lo que estoy haciendo. Tenemos que ceñirnos al plan. Quemaremos las sombras hasta que no quede ninguna.

—¡Demasiado tarde! —gritó Owen—. ¡No hay nada que podáis hacer para detenerme!

—¡Maldita sea! —murmuró Nick—. ¿Cómo es posible que no le dieras un puñetazo en la garganta a diario?

—Autocontrol —respondió Seth, frunciendo el ceño—. Cuando quieras, Nicky.

—¿Tienes suficiente energía?

—¿De qué estás hablando?

—Eres Pyro Storm —dijo Nick—. Es hora de que le hagas honor a tu nombre. Vamos a quemar las sombras. Necesito que te conviertas en un maldito sol. La policía hará el resto.

Seth asintió.

—Cúbrete. Es hora de acabar con esto.

—Vaya —dijo Nick, sin aliento—. Eso me dio escalofríos, amigo. Voy a trepar por tu cuerpo hasta tu boca como si fueras un árbol…

—Nick.

—Está bien. Me cubro.

Se colocó detrás de Seth y presionó la frente contra su nuca. Un calor sobrenatural emanó de él. Seth levantó los brazos.

—Ahora —susurró Nick.

El aire a su alrededor se iluminó. El fuego brotó de sus manos, creciendo exponencialmente hasta convertirse en un tsunami de fuego a cada lado del puente. Seth gruñó cuando juntó ambas manos y las olas se presionaron contra las vallas de contención, casi tocando las vigas superiores.

Nick nunca había visto nada tan hermoso.

Los lados del puente quedaron encerrados por una pared de fuego.

Las sombras se hicieron más grandes y Owen rio.

—¡No será suficiente! Se acabó. Has perdido.

—Dios mío —murmuró Nick—. No se calla nunca. —Luego se volvió hacia su padre—. ¡Ahora!

Cap dio la orden. Los faros de los coches de la policía y las sirenas cobraron vida en cada esquina del puente. Golpearon a las sombras, destruyéndolas al instante.

Owen gritó a medida que los escombros caían a su alrededor.

Seth se lanzó hacia delante tan rápido que Nick no lo pudo seguir. Consiguió esquivar las vigas de metal que caían a su alrededor y preparó el puño. El fuego se arremolinó a su alrededor.

Owen estaba distraído intentando encender sus brazaletes, pero su destello no se podía ver con la luz del fuego y los coches patrulla.

Gritó, frustrado, cuando no pudo encontrar ninguna sombra.

No vio venir a Seth.

Seth lo sujetó de la muñeca, mientras más fuego se filtraba a través de sus palmas. Los brazaletes brillaron al rojo vivo mientras Owen gritaba de dolor. Finalmente, se rompieron y cayeron al suelo, donde chisporrotearon sobre el asfalto.

—No deberías haber tocado a Nicky —gruñó Seth. Le dio un puñetazo en la mandíbula, lanzando llamas en todas direcciones. La máscara de Owen quedó completamente quemada cuando salió despedido hacia atrás. Se golpeó la cabeza contra una de las vigas de soporte incrustada en el camino.

Se deslizó por la viga y quedó tendido en el suelo. No se movió.

Las paredes de fuego se extinguieron y las vallas de contención quedaron al rojo vivo.

Seth se acercó lentamente a Owen. Se agachó delante de él. Se detuvo un momento y, antes de levantarse, se volvió hacia Nick.

—Ya está hecho.

Nick tragó saliva.

—¿Está muerto?

Seth negó con la cabeza.

Nick ignoró los gritos de su padre. Se acercó a Seth y se detuvo a su lado, desde donde miró a Owen Burke. La máscara de Shadow Star estaba destrozada. Tenía algunas quemaduras en las mejillas y parte de su pelo se había chamuscado. Owen tomó una bocanada de aire con dificultad. Y otra. Y otra más.

—Tienes que irte de aquí —murmuró Nick—. Antes de que intenten arrestarte.

—No me iré sin ti.

Nick definitivamente no quedó embelesado.

—No podemos dejar que te descubran. Ciudad Nova necesita que seas su héroe. No puedes hacer eso si descubren tu identidad secreta. Así es como funciona. Vete.

—Nicky, no puedes…

Nick lo besó.

Fue breve, pero vertió todo lo que pudo en él.

Seth parecía algo confundido cuando Nick se apartó.

—Voy a hacerte eso muchas veces, para que lo sepas.

Seth levantó una mano y tocó sus labios.

—Me parece bien.

—Vete. Te llamaré más tarde.

Seth asintió y dio un paso atrás. No apartó los ojos de Nick mientras se elevaba lentamente hacia el cielo. De pronto, hubo una explosión de fuego y desapareció en la noche.

Algunos policías le rodearon, gritando cosas que no comprendía. Sintió una mano sobre su hombro sano. Se giró para ver a su padre a su lado, observando el fuego que Pyro Storm había dejado tras de sí.

—¿Sabías que puedo ver el futuro?

—No sabía que eso formara parte de tus poderes paternos, para nada.

—Pues sí que puedo. ¿Quieres que te diga lo que te depara el futuro?

Nick suspiró.

Su padre le ignoró.

—Veo una conversación muy larga y muy interesante sobre muchas, muchas cosas. La menos importante de todas es por qué mi hijo besó al Extraordinario que nos ha salvado, aunque se supone que es el malo.

Nick gruñó.

—Qué pena que eso haya sonado tenebrosamente acertado.

—¿Y hace falta mencionar cómo se sentirá cierto mejor amigo con todo esto?

Nick necesitaba proteger la identidad secreta de Seth. Él podía hacerlo. Él podía hacerlo.

—Mmm, bueno. Verás. No… es… ¿así?

Su padre sacudió la cabeza.

—Dile a Seth que no me importa que pueda incendiar cosas con las manos porque voy a amenazarle con la pistola cuando venga a casa a cenar.

Nick se quedó boquiabierto.

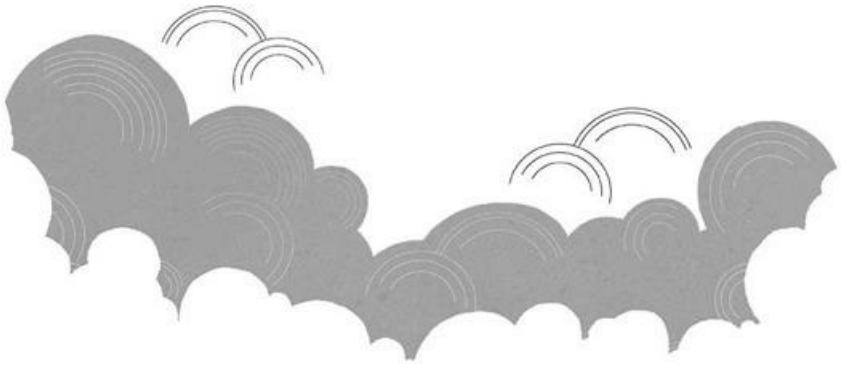
—Eso no… Yo no… ¿Qué estás…?

—El secreto está a salvo conmigo —dijo. Una mirada extraña apareció en su rostro, pero desapareció antes de que Nick pudiera entender lo que significaba—. Y ahora, otra predicción. —Buscó a alguien y dijo—: Aquí estás. Lleva a Nick a la ambulancia. Parece que se ha dislocado el hombro. No me hagas repetirlo dos veces. Puedes azotarlo si se resiste.

El oficial Novato apareció de la nada.

—Entendido.

—¿Qué? —dijo Nick, indignado—. No puedes… Oficial Novato, ¡suéltame! ¡Papá! ¿Cómo te atreves? Acabo de salvar a toda la ciudad y… Oficial Novato, ¿qué opinas de los sobornos? Que están bien, espero. Tengo siete dólares con tu nombre. Una pregunta, en las películas, cuando les tienen que colocar los hombros en su sitio y gritan, no es porque les duela, ¿verdad? Eso es mentira, ¿verdad? No me va a doler cuando me lo hagan, ¿verdad? ¿Por qué te ríes? ¿Oficial Novato? ¡Oficial Novato!



Epílogo

—… y por eso, le presento mis más sinceras disculpas a Ciudad Nova. Ser padre es… difícil. Ser padre de un Extraordinario es territorio inexplorado. No sé qué impulsó a mi hijo a hacer las cosas que hizo. Es un niño muy querido en esta familia. Siempre ha tenido todo lo que ha querido. Mi mujer y yo estamos muy conmocionados por todo lo acontecido. Puede sonar trillado decir que nunca lo vimos venir, pero es la verdad. De todas formas, acepto toda la responsabilidad por lo que hizo Owen Burke, porque soy su padre. Y estoy al tanto de las acusaciones en mi contra sobre mi rol en el descenso de mi hijo a la oscuridad, pero las refuto por completo. Solo quiero lo mejor para mi hijo y para otros como él. Fue por esa razón que abrí la Torre Burke a los investigadores, quienes no encontraron ninguna evidencia de alguna conducta indebida.

»Dicho esto, me enorgullece anunciar una nueva iniciativa de las Farmacéuticas Burke. Además de destinar fondos para reparar los daños por los que mi hijo es responsable, iniciaremos un nuevo estudio para entender qué hace que estos Extraordinarios sean como son. Shadow Star y Pyro Storm no son los únicos Extraordinarios del mundo, así que me pongo a su disposición para ayudarlos en todo lo que pueda. Hemos creado una junta de asesores para administrar la distribución de los fondos con la máxima transparencia posible. Y reuniré al mejor equipo de científicos que este mundo haya visto jamás para estudiar las consecuencias de los Extraordinarios y ayudarnos a comprender a nuestros amigos con superpoderes. Durante su investidura presidencial, Franklin Roosevelt dijo que lo único a lo que debemos tenerle miedo es al propio miedo. La sociedad tiende a temer aquello que no comprende. Por eso, debemos saber todo lo que podamos para evitar que tales acontecimientos vuelvan a ocurrir.

»Mi hijo recibirá el mejor tratamiento posible con la esperanza de ser rehabilitado. Le pido a Pyro Storm que se entregue para hacer lo mismo. Mi mujer y yo les pedimos privacidad mientras nos enfrentamos a este nuevo mundo.

Los periodistas gritaron sus preguntas.

Las cámaras tomaron sus fotografías.

Simon Burke sonrió y abrazó a su esposa, y salieron de escena.

—Y esa fue la escena de hoy frente a la Torre Burke —dijo Rebecca Firestone, mirando fijamente a la cámara—. Una semana después de los acontecimientos que causaron la muerte de dos miembros de *Action News* y, a partir de esta emisión, una cantidad total desconocida de daños, todavía tenemos más preguntas que respuestas. Owen Burke, el hijo de Simon Burke,

resultó ser el hombre tras la máscara del Extraordinario conocido como Shadow Star. Fuentes me informan que se encuentra bajo custodia policial, a la espera de que se presenten cargos en su contra. Nunca antes se había dado una situación como esta y el Departamento de Policía de Ciudad Nueva está trabajando junto con la Fiscalía General para decidir cuál es la mejor manera de proceder.

»Por otro lado, aún no se conoce el paradero de Pyro Storm, el justiciero al que algunos llaman "El héroe de Ciudad Nova", desde la batalla en el puente McManus. Su identidad, al menos por ahora, sigue siendo un misterio. Sin embargo, hay al menos *una* persona que potencialmente conoce su identidad. Nicholas Bell, hijo del oficial Aaron Bell, es una pieza clave en este misterio sin fin. Nicholas, que es menor de edad, fue visto por numerosos testigos besando a Pyro Storm minutos antes de que desapareciera. Nuestro equipo de *Action News* estaba sobrevolando la escena en un helicóptero y grabó las imágenes de cuando prácticamente devoró al Extraordinario después de derrotar a Shadow Star. Lamentablemente, en ese momento, no contábamos con la transmisión en directo y nuestras grabaciones fueron rápidamente requeridas como evidencia para la investigación en curso. Hemos solicitado que se aplique la Ley de Libertad de la Información para recuperar las copias del material. Los abogados de *Action News* esperan una respuesta en los próximos meses.

»Nuestros intentos de contactar con Nicholas Bell a través de su padre no tuvieron mucho éxito. Esto nos lleva a preguntarnos qué sabe el Departamento de Policía de Ciudad Nova sobre Shadow Star y Pyro Storm, y su relación con Nicholas Bell. Burke era estudiante en el Instituto Centennial, donde el mismo Nicholas también asistía. El distrito escolar de Ciudad Nova emitió un comunicado en el que dejaba en claro que estaban cooperando con las autoridades, pero no emitían declaraciones sobre estudiantes individuales debido a las leyes que protegen su privacidad. Sin embargo, hemos logrado verificar por nuestros medios que Nicholas Bell también es conocido por su alias virtual, ShadowStar744, y ha escrito lo que solo puede ser descrito como un manifiesto interminable disfrazado de *fanfic*. ¿Qué sabía Bell sobre Shadow Star y sus planes para la ciudad? Les traeremos información actualizada sobre este asunto cuando se revelen más detalles.

»Solo el tiempo dirá si finalmente descubrimos la identidad de Pyro Storm y qué será de él y el resto de los Extraordinarios. Aquí Rebecca Firestone para *Action News*. Regresamos al estudio contigo, Steve.

***

Nicholas Bell descubrió que reacomodar un hombro dislocado dolía tanto como si le estuvieran arrojando un millón de soles ardientes llenos de cristal fundido.

Definitivamente, no le gustaba.

***

Estuvo en el hospital durante dos días. Habría sido más tiempo, pero fue lo suficientemente afortunado como para compartir la habitación con su padre, y si había una cosa que los Bell no soportaban era estar encerrados en un mismo lugar durante mucho tiempo.

—¡Becky! —chilló Nick—. ¿Podemos irnos a casa, por favor?

—¡Becky! —gritó Aaron—. Llama al doctor ahora mismo antes de que me levante y me lleve a mi hijo de aquí. ¡Esta vez no volveré!

Becky suspiró y murmuró que los hombres eran todos unos bebés.

Les dieron el alta unas horas más tarde.

***

Nick apagó la televisión, porque no quería ver a Steve Davis y su sonrisa de suficiencia. Su padre estaba en la cocina, preparando la cena. Nick podía oírlo moviéndose de un lado a otro, entre el sonido de las ollas y las sartenes. Nick hizo una mueca de dolor cuando intentó mover el brazo con el cabestrillo. Tenía que llevarlo durante al menos cuatro semanas más y ya lo odiaba. Por supuesto, era una medalla de honor, un símbolo de cómo prácticamente había salvado a una ciudad entera de la aniquilación total de las manos de su exnovio supervillano, pero estaba cansado. Ni siquiera era algo tan chulo como una escayola que se pudiera firmar.

Su teléfono sonó sobre su regazo.

Hola.

Esbozó una sonrisa.

Hola tú.

Vi las declaraciones de Firestone. Ha expuesto tu nombre.

LA ODIO TANTO. ¿MANIFIESTO?

¿¿¿Lo has visto??? ¿Qué cojones?

Nick sacudió la cabeza.

Sí, ¿qué cojones? Apesta (ಠ^ಠ)

No pasa nada. ¿Estás preparado para volver al instituto mañana?

Agh. No me lo recuerdes.

Tienes deberes para ponerte al día. Muchos, muchos deberes.

Te odio.

Claro que no.

No, no lo odiaba. De hecho: Te echo de menos.

Lo sé. Yo también. Pero es lo mejor. Mis tíos quieren que mantenga un perfil bajo.

Probablemente sea una buena idea. Te veo mañana, ¿verdad?

Bien tempranito.

Ja. Tengo que irme. A cenar. ¿Te escribo después?

Sí, por favor. <3

Nick sonrió en silencio y se sonrojó.

Le respondió: <3.

***

Puré de patatas. Salsa. Panecillos calientes con mantequilla. Estofado de carne. Ni una verdura a la vista.

Nick, de inmediato, empezó a sospechar.

—Está bien. ¿Qué has hecho?

Su padre puso los ojos en blanco y le indicó que se sentara en la mesa.

—He hecho la cena.

—Sí, pero preparaste todas mis comidas favoritas. La única vez que haces eso es cuando te sientes culpable por algo o estás preparado para soltar una bomba metiéndote en mis asuntos.

—¿Acaso no puedo hacer algo agradable por mi hijo la noche anterior a que regrese al instituto?

Nick lo miró con los ojos entrecerrados y se sentó.

—Te estoy vigilando, viejales. Yo lo veo todo. Deberías… Dios mío. —Se metió más puré de patatas en la boca—. Ezto eztá deliziooooozo.

Su padre suspiró.

—Ya lo veo, aunque no quiera. Cierra la boca mientras masticas, muchacho. —Movió su silla

frente a Nick, haciendo una leve mueca de dolor al sentarse. Todavía le dolían las costillas, aunque hacía días que había dejado de tomar los analgésicos. No había dejado que Nick tomara los suyos cuando salieron del hospital, cuando le recordó que la crisis de los opiáceos era un problema muy real y que jamás permitiría que Nick cayera en esa adicción.

Nick no discutió esa lógica, aunque le pareciera algo exagerado. Además, no le había gustado estar drogado en el hospital, aunque le hubiera calmado el dolor. Según Becky, había pasado unas buenas tres horas describiendo el trasero de Seth a todo aquel que se le acercara a escucharlo y explicando por qué deberían considerarlo un tesoro nacional. No fue uno de sus mejores momentos, aunque fuera verdad.

Su padre cortó un trozo de carne y lo sirvió en el plato de Nick. Nick esbozó una sonrisa con la boca llena de pan y salsa.

Su padre no parecía muy impresionado. Nick tragó y luego le preguntó:

—¿Tienes que ir a trabajar esta noche?

Su padre negó con la cabeza.

—No. Mañana por la mañana.

Nick parpadeó, sorprendido.

—¿Qué? Pero si trabajas de noche.

Su padre dejó el tenedor y miró a Nick.

—Ha habido algunos cambios. Trabajaré durante el día a partir de ahora.

Eso fue… inesperado.

—¿Por qué?

—Puede que porque estoy cansado de pasar tanto tiempo lejos de mi hijo. Dentro de poco, irás a la universidad y quiero pasar la mayor cantidad de tiempo posible contigo. Cap me permitió cambiar de turno.

Nick se sentía absurdamente conmovido por el gesto, pero como su padre no era muy fanático de las emociones, solo dijo:

—Ah, qué bien.

—Sí —respondió su padre rápidamente.

A la mierda. Se lo habían ganado.

—Me gusta la idea. Mucho.

Su padre sonrió levemente.

—¿Sí?

—Sí. Bueno, estaría bien, ¿sabes? Tenerte cerca.

—Eso creí. Además, eso significa que tú y tu novio no tendréis mucho tiempo para toquetearos antes de que vuelva a casa.

Nick se atragantó con la comida.

Su padre bebió un sorbo de agua.

Cuando se las arregló para no morir, añadió:

—Dios mío, ¿por qué has dicho eso?

—Muchacho, yo también fui adolescente.

—¡Sí, cuando los mastodontes caminaban sobre la Tierra!

Su padre rio.

—Sigue repitiéndote eso, Nicky.

—Nosotros no… Nosotros no nos toqueteamos. ¡Dios! Ni siquiera lo he visto desde…

—¿Desde que prendió fuego al puente y golpeó a Owen Burke en la cara?

Nick se desplomó en su silla.

—Está bien, supongo que vamos a hablar de eso, ¿verdad? Yo sabía que esta cena era un soborno. No eres muy sutil, oficial Bell. Para nada.

—Tengo permitido estar preocupado, muchacho. Viene con todo el paquete de ser padre.

Nick suspiró.

—Lo sé. Y aunque aprecio tu intrusiva preocupación, no tienes que preocuparte por mí. Ni por Seth. Él no va a hacerme daño.

—Ya lo sé, Nick. Seth Gray se cortaría su propio brazo antes que hacerte daño a ti. No es él quien me preocupa.

Nick estaba confundido.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Es un Extraordinario. Y uno bastante poderoso. Y no importa lo que haga, siempre llamará la atención.

—Pero no es culpa suya. Él no intenta…

Su padre levantó una mano.

—No digo que lo haga. Pero habrá gente a la que no le guste lo que es. Siempre tendrá una diana en la espalda. Y eso significa que tú también.

Nick ya no tenía mucha hambre.

—¿Así que no debería ser su novio? ¿Y si solo soy su amigo? ¿Me estás diciendo que debo borrarlo de mi vida por completo?

—Claro que no, Nicky. Nunca te pediría eso. Y aunque lo hiciera, ¿qué posibilidades hay de que me hicieras caso?

—Lo intentaría —admitió Nick—. Probablemente estaría cabreado contigo durante mucho tiempo, pero luego aparecería con uno de sus chalecos y decidiría que merece la pena. —Su padre lo miró fijamente. Nick se encogió de hombros—. ¿Qué? No puedo evitar pensar que es adorable. Quiero decir, tiene una pajarita que me hace querer… No voy a terminar esa frase porque eres mi padre y todavía soy virgen.

—Es bueno saberlo —dijo con frialdad—. Mantengámoslo de esa forma durante un tiempo, ¿de acuerdo?

A Nick le parecía bien. No tenía ninguna prisa, aunque estuvieran inundándolo ciertas inclinaciones que apuntaban a que su virginidad quedaría destrozada de manera bastante espectacular pronto.

—Trato hecho.

—Yo solo… —Su padre bajó la mirada hacia la mesa—. Solo necesito que tengas cuidado, Nick. Eso es lo único que quiero. Eres lo suficientemente mayor como para tomar tus propias decisiones, pero eso también significa que tienes que pensar en las consecuencias. No puedo dejar que te pase nada. —Respiró profundamente y soltó el aire despacio—. Y por eso acepté una oferta.

Nick… no sabía qué hacer con eso.

—¿De quién?

—De Cap.

—¿Qué tipo de oferta?

—Seré el director de una nueva división del Departamento de Policía de Ciudad Nova.

—¿Y qué harás?

—Estaré a cargo de investigar la actividad de los Extraordinarios. Los vigilaré, los ayudaré y los detendré si hace falta.

Nick sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Vas a perseguir a Seth?

Su padre abrió los ojos de par en par.

—No, Nick. No. No es eso. Es… una especie de control y equilibrio. Trabajaré con Seth, si decide continuar siendo Pyro Storm. Él… Estuve revisando los archivos. Siempre ha intentado ayudar. Era…

—Owen —terminó Nick con amargura—. Era Owen quien causaba todos los problemas. Intentó llevarse el mérito de todo y nosotros caímos en la trampa. —Sacudió la cabeza—. Pero no fue todo culpa suya. Su padre le hizo daño. Le obligó a hacer cosas. Y Simon Burke se está saliendo con la suya.

—Pero tú lo descubriste —añadió su padre con ligereza—. Tú viste la verdad. Y tengo que creer que no siempre fue así para Owen. Si hubiera tenido a alguien que lo guiara, podría haber acabado de otra manera. Y no quiero que eso le vuelva a ocurrir a nadie más. Y será mi trabajo asegurarme de que así sea. Simon Burke no se saldrá con la suya. No por mucho tiempo. Te lo prometo.

Era un consuelo de tontos, pero Nick decidió dejarlo pasar.

—¿Lo harás solo?

Su padre negó con la cabeza.

—No, tengo oficiales a cargo. Ya le pedí a Cap que me transfiriera al oficial Novato. Aceptó, aunque todavía no se lo hemos dicho a él.

—Ah, cielos, apuesto que odia que lo llames así.

—Es culpa tuya. Él lo entiende.

Nick se mordió el interior de la mejilla.

—Tendrás que hablar con Seth —dijo finalmente—. No sé qué querrá hacer. Él… Todo esto le quitó mucho.

—Lo sé. Y ya lo hice.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—El jueves.

Nick apenas pudo contener su indignación.

—Dijiste que tenías una visita al médico. Mentiroso.

—Era verdad. No me llevó mucho tiempo, así que fui a la casa de los Gray cuando salí de la consulta.

De todos los engaños, este se llevaba el premio.

—Podrías haberme llevado. Me hubiera gustado ir.

—Lo sé, pero necesitaba que vieran que estaba haciendo esto por mi cuenta. No todos los días le dices a un adolescente y a sus tutores que sabes que puede crear fuego con las manos y que quieres ayudar.

Muy bien. Nick ahora sí estaba impresionado.

—Qué cabronazo.

—Esa boca.

—Pero es así.

Su padre parecía complacido.

—Sí, ¿verdad?

—¿Qué pasó?

—Empezó a hablar con un tono muy agudo y chillón.

—Sí —dijo Nick con un tono ensoñador—. Es el mejor.

—Ah, hijo. No quiero entrar en detalles —dijo su padre sacudiendo la cabeza—. Me escucharon. Les aseguré que guardaría el secreto, siempre y cuando Seth no hiciera nada que me pusiera en aprietos. Me pidió tiempo para pensarlo, porque no sabía si quería seguir siendo Pyro Storm.

—No puedo creer que no me haya contado nada de esto —murmuró Nick.

—Le pedí que no lo hiciera. Quería contártelo yo. Es… importante, Nicky. —Su sonrisa se desvaneció—. Este trabajo, lo que significaría, la gente a la que podríamos ayudar… No voy a

mentirte, Nick, me asusta demasiado pensar en que te hagan daño por quién es Seth. —Sus manos se cerraron en dos puños—. Yo… Nosotros ya hemos perdido demasiado. No puedo perder a nadie más. Yo sé que no puedo alejarte de Seth, y no quiero hacerlo, pero esto, como mínimo, me pone en una posición en la que debo asegurarme de que nunca más te separen de mí.

Nick no dudó. Se levantó de la silla y caminó hacia el otro lado de la mesa. Se agachó y puso un brazo alrededor del hombro de su padre, quien apoyó la cabeza sobre su pecho, justo por encima de su corazón.

—No me voy a ir a ningún lado —le aseguró Nick en voz baja—. Te lo prometo. Tú y yo, ¿de acuerdo? Así será siempre. Es más fácil afrontar las cosas juntos que solos. Y ya sé que me estoy haciendo mayor, pero si crees que eso significa que no te necesitaré, estás equivocado. Eres mi padre. No importa a dónde vaya o con quién esté, eso no cambiará nunca.

Su padre soltó una risita ronca.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Es decir, si lo rompes, lo pagas. Me tendrás que soportar para siempre.

—Puedo vivir con eso. —Y luego añadió—: Ella estaría orgullosa de ti, espero que lo sepas.

Nick contuvo la respiración.

—Ya lo sé… Ya sé que no hablamos de ella tanto como deberíamos y eso es mi culpa. Yo… debería haber hecho las cosas de otra manera. Me perdí un poco, supongo. Y lo siento por eso.

—Está bien…

Su padre sacudió la cabeza y se alejó de Nick para mirarlo.

—No, no está bien. Tú te mereces todo, Nicky. Y algún día te lo contaré todo. Pero solo quiero que sepas que ella estaría orgullosa de ti y de todo lo que has hecho, del hombre en el que te has convertido. Lo has hecho bien, muchacho.

Nick resolló.

—¿Sí?

—Sí. Ahora, siéntate y come eso antes de que se enfríe. Y no olvides tomarte tu pastilla antes de irte a la cama.

***

La mañana siguiente, Gibby y Jazz esperaban sentadas en el banco de la estación de la calle Franklin. Las dos se emocionaron mucho cuando lo vieron y se acercaron a él a toda prisa. Jazz le besó en la mejilla y le tapó las orejas, y Gibby admiró su cabestrillo.

—Tienes mejor aspecto que en el hospital —dijo Gibby, despeinándolo—. Corriste mucho peligro.

Nick puso los ojos en blanco.

—Tenía el hombro dislocado.

—Sí, ya sabemos eso, pero eras tú quien gritaba que se lo tendrían que amputar. Probablemente era el efecto de la morfina, pero, aun así.

—No me arrepiento de nada —dijo Nick grandilocuentemente.

—¿Todo bien entonces? —preguntó Jazz.

—Sí. ¿Cómo de malo puede ser?

Gibby esbozó una sonrisa.

—Bastante. Creo que casi todo el mundo en el instituto está hablando de cómo engañaste a Seth cuando te hiciste un trío con Pyro Storm y Owen.

Nick gimió. El instituto daba asco.

—También he escuchado un rumor que dice que en realidad eres el malvado cerebro detrás de todo esto —dijo Jazz, revolviéndose el pelo—. Por tu fanfic, lo cual es absurdo. Eres tan malvado como un cachorrito.

Rebecca Firestone recibiría su merecido. Nick se aseguraría de ello.

—¡Ey! ¡Yo puedo ser malvado si quiero!

—Sí, sigue repitiéndote eso —dijo Gibby—. También hay un rumor que dice que tú mismo eres un Extraordinario y que lo mantienes en secreto.

Nick resopló.

—Sí, si supieran por todo lo que tuve que pasar para convertirme en uno. Os juro que todavía huelo al agua contaminada del río de vez en cuando.

Jazz se encogió de hombros.

—Tampoco ayuda que hayas caído de la torre de un puente y hayas aterrizado de pie.

Nick frunció el ceño.

—Sí, todavía no entiendo qué pasó. Seth cree que fue suerte. Yo creo que fue Owen. Cap me dijo que yo simplemente… me detuve antes de estrellarme contra el suelo. Tuvo que ser Owen, ¿verdad? Sus sombras. Puede que no sea tan malvado después de todo. Sí, es un imbécil, pero…

Gibby lo miró con curiosidad.

—¿Qué te dijo tu padre? Él también lo vio, ¿verdad?

—No quiso hablar de eso. Creo que todavía piensa que es demasiado para mí. Es un blandengue.

Gibby recogió su mochila y se la echó al hombro.

—Bueno, fuera lo que fuera, prepárate para que mucha gente se te quede mirando fijamente y cuchichee cosas a tus espaldas con nada más que especulaciones descabelladas.

—Entonces, sigue siendo igual que antes. Genial. Genial, genial, genial.

—Sí, pero piénsalo. Ahora puedes decirles a todos que cierren la boca o enviarás a tus Extraordinarios a por ellos.

Esa parecía ser la mejor idea del mundo.

—Ah, ¿os lo imagináis? Les diré que los prenderé en llamas si…

—¿A quién vamos a prender en llamas?

—Ups —dijo Nick, dándose la vuelta.

Ahí, parado con sus pantalones chinos y un chaleco verde con una pajarita rosa, estaba Seth Gray.

—Quiero pegar mi cara contra la tuya —dijo Nick, casi sin aliento.

Seth se sonrojó levemente y bajó la mirada hacia el suelo mientras arrastraba los pies de un lado a otro.

—Dios mío —murmuró Gibby detrás de ellos—. La verdad es que no creí que esto pudiera ser más incómodo. Me equivoqué.

—Amor adolescente —dijo Jazz con un suspiro—. ¿Recuerdas cuando éramos así?

—Nunca fuimos como ellos —espetó Gibby—. Somos mujeres lesbianas. Tenemos un poco de decencia.

Nick las ignoró, su corazón latía agitado por el chico que tenía delante.

—Hola —murmuró Seth.

—Hola —logró decir Nick—. Me… ¿alegro de verte?

—Lo mismo digo.

—Tienes buen aspecto.

Seth se sonrojó aún más.

—Gracias. Tú también. —Arrastró los pies un poco más antes de decir—: Te he traído algo.

—¿En serio?

—No es nada del otro mundo —advirtió Seth, pasándose la mochila hacia delante. Abrió el bolsillo lateral y sacó una bolsa de plástico. Luego la puso en la mano de Nick.

Nick miró hacia abajo y vio que eran unos Skwinkles Salsagheti con sabor a sandía. No sabía que un dulce mexicano podía hacerle sentir como si estuviera volando.

—Yo también te he traído algo.

Seth estaba entusiasmado.

—¿Qué?

Nick sacudió la cabeza.

—Tienes que cerrar los ojos.

Lo hizo sin dudar.

Nick dio un paso adelante y sus zapatillas se chocaron con los mocasines de Seth. Se inclinó hacia delante y le dio un beso en los labios. Fue breve, apenas rozó sus labios con los de Seth. No fue largo, pero lo dio todo.

Sintió la sonrisa de Seth.

Decidió en ese momento que sonreír durante un beso era lo mejor del mundo.

Nick fue el primero en separarse. Los ojos de Seth brillaban.

—Gracias.

—De nada —dijo Nick. Quería volver a hacerlo.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Gibby los interrumpió.

—Bueno, por más asquerosamente dulce que sea todo esto, vamos a llegar tarde. Tenemos que irnos.

Nick puso los ojos en blanco.

—Sí, sí. Qué manera de arruinar el momento, Lola.

—No me hagas romperte el otro brazo, Nick. ¿Cómo crees que se sentirá Seth cuando no puedas usar ninguna de tus manos?

Seth soltó una risita nerviosa.

Sí, Nick estaba bastante seguro de que esto era amor.

Y sin siquiera pensarlo demasiado, cogió a Seth de la mano. Sus dedos se entrelazaron y la sonrisa de Seth se volvió más brillante, casi como si estuviera ardiendo.

—Vamos —dijo Nick con alegría—. Tengo que llegar a tiempo al instituto para contarle a tanta gente como sea posible que algunos de los rumores que andan circulando sobre mí tal vez sean ciertos. En especial, el del trío, porque eso me haría parecer increíble.

—Nicky, no —gritaron todos a la vez.

—Nicky, sí —gritó, y condujo al Equipo Pyro Storm hacia la escalinata del instituto.

***

Fanfic: Un placer para quemar
Autor: PyroStormPrecioso

Capítulo 1 de ?

3.164 palabras

Pareja: Pyro Storm/Personaje masculino original
Clasificación: PG-13 (la clasificación subirá)
Etiquetas: amor verdadero, anhelo, pyro storm encantador, final feliz, primer beso, más que primer beso, suave como una nube, mucha violencia, shadow star malvado, pastelería AU, anti rebecca firestone

Capítulo 1: Todo saldrá bien, lo prometo
Nota del autor: ¡Hola y bienvenido a mi *fanfic*! Probablemente te estés preguntando quién soy. No soy exactamente nuevo en el *fandom* de los Extraordinarios, pero he decidido empezar de cero debido a… ciertos acontecimientos de los que no puedo hablar por… razones. Así que, ¡nuevo yo, nuevo nombre de usuario! He trabajado muy duro en esto y no puedo esperar a ver cómo va. Vivo para leer los comentarios, ¡así que por favor contadme lo que penséis! A menos que vayáis a ser unos idiotas, entonces ni os molestéis. Y OJO CON LAS ETIQUETAS. Aquí compartimos mucho odio por Rebecca Firestone y no me disculparé por ello. Este capítulo ha sido revisado por mi impresionante novio. ¡¡¡ERES EL MEJOR!!!

Nash Bellin gimió cuando sonó el despertador. Dado que era dueño de su propia panadería/agencia de detectives, estaba acostumbrado a madrugar, pero había días en los que no era fácil levantarse a las tres de la mañana, incluso aunque debiera preparar galletas y luchar contra el crimen. No ayudaba que su TDAH no le diera un respiro a su cerebro, pero había aprendido que tener un trastorno no *le* convertía en un trastornado. Era parte de él, su propio superpoder.

Estiró un brazo y golpeó el despertador con una mano para apagarlo. Bostezó y estiró los brazos sobre su cabeza. Dejó salir un quejido cuando los huesos de su espalda sonaron deliciosamente. Estaba a punto de levantarse de la cama cuando escuchó un ruido abajo.

Nash se levantó de golpe, su corazón palpitaba con fuerza en el pecho. El estruendo había venido de la panadería que también usaba como fachada para encontrar nuevos clientes. Había vivido en el piso de arriba de su tienda desde hacía casi un año y nunca había tenido problemas. Pensó con rapidez mientras se levantaba de la cama e hizo una mueca de dolor cuando sintió el suelo frío bajo sus pies descalzos. Si alguien estaba intentando entrar a robar, se daría cuenta enseguida de que se había metido con el detective panadero equivocado.

Se acercó sigilosamente a la puerta, cogió el bate de béisbol que le había regalado su padre, a pesar de que fuera el deporte más aburrido jamás creado. Aferró el mango de fresno tal y como su padre le había enseñado. Abrió la puerta.

Silencio.

Avanzó rápido y en silencio hacia la escalera. Se detuvo en la parte superior y miró hacia la oscuridad. Creyó escuchar un quejido grave, pero podría haber sido el viento.

Bajó los escalones de uno en uno, evitando el último escalón que siempre crujía. Cuando llegó al pasillo que llevaba al escaparate de la tienda, se apoyó contra la pared y avanzó pegado a ella.

Respiró hondo al llegar al final del pasillo. Besó la punta del bate y susurró su asombroso latiguillo: «Es hora de sacar la basura».

Saltó desde el pasillo con el bate levantado sobre su cabeza. Parecía un tipo duro y aterrador. Y ahí, desplomado contra la vitrina de los dulces, ensangrentado y magullado, había un hombre disfrazado con la capa hecha jirones.

El hombre le miró.

—¿Eres Nash Bellin? —preguntó con su voz profunda y sexy. También era muy musculoso y, aunque estaba herido, era muy atractivo.

Nash bajó el bate.

—Sí. ¿Quién demonios eres? ¿Qué haces en mi panadería?

El hombre hizo una mueca de dolor detrás de la máscara.

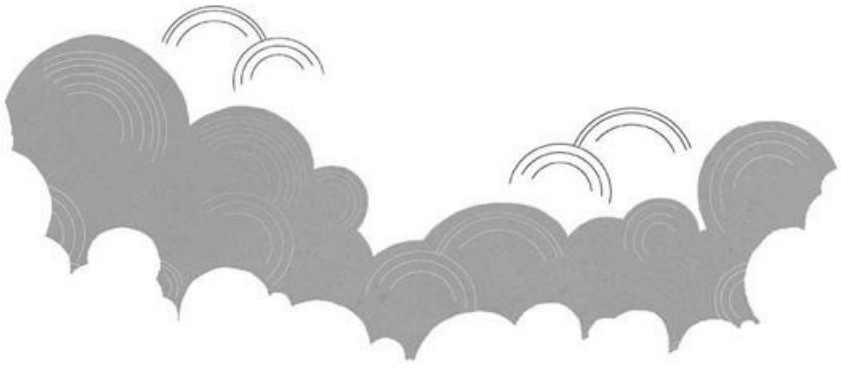
—No busco al panadero. Busco al detective. Necesito tu ayuda, Nash Bellin. Eres el único en el que puedo confiar, aunque ya me hayan hecho daño antes. —Miró hacia la nada, invadido por una fuerza y un dolor silencioso—. Eres el salvador que este mundo necesita.

Nash suspiró.

—Siempre supe que volverían a necesitarme. Era solo cuestión de tiempo.

Y al terminar de decir eso, se acercó a toda prisa al hombre, sin saber que pronto se enamorarían y tendrían sexo alucinante en una gran variedad de posiciones.

—Será mejor que empieces por el principio. ¿Qué amenaza al mundo esta vez y cómo puedo ayudar?



Remordimiento

Aaron Bell vio las imágenes por octava vez. Aunque no habían cambiado, tenía que verlo de nuevo.

Era una imagen bastante borrosa y poco clara tomada desde arriba. Lo puso en silencio, porque no quería escuchar los gritos procedentes del interior del helicóptero.

La cámara enfocó a su hijo.

Sabía cómo terminaba, pero se le hizo un nudo en el estómago cuando la plataforma se derrumbó bajo los pies de Nick y los restos de metal cayeron a su alrededor.

Nick empezó a caer desde una altura de veinticinco pisos hacia el suelo.

Aaron recordó quedarse de pie desconsolado en el puente, mientras gritaba el nombre de su hijo, seguro de que estaba a punto de presenciar su muerte ante sus propios ojos.

Debería haber sido así.

Nick debería haber muerto.

Pero…

A unos seis metros del suelo, simplemente se detuvo.

Todo se detuvo.

Los soportes.

Las vigas.

Nick.

Quedaron suspendidos en el aire por un segundo, dos segundos, tres…

Y luego bajó lentamente hasta el suelo.

Cap dijo que habían sido Shadow Star o Pyro Storm. Ellos tenían que haber hecho algo para salvarlo.

—¿Acaso importa? —le había preguntado Cap—. Nick está bien, Aaron. Está a salvo. Y es un héroe.

Pero eso era lo que más preocupaba a Aaron Bell. Porque él sabía lo que les ocurría a los héroes al final.

Lo había visto antes.

«Es más fácil afrontar las cosas juntos que solos», susurraba su mujer en su cabeza.

El vídeo terminó.

Usó el ratón para reproducirlo una vez más, pero antes de que lo hiciera, alguien llamó a la puerta de su pequeño despacho. Cerró el reproductor a toda prisa.

—Sí —dijo bruscamente.

El oficial Novato asomó la cabeza.

—Señor, quería recordarle que tenemos una reunión en diez minutos. Ya sabe que Cap odia que lleguemos tarde. Quiere hablar sobre el presupuesto para la División de los Extraordinarios.

Realmente tenían que hablar sobre el nombre. La DE, que Nick de inmediato había apodado como la Disfunción Eréctil entre carcajadas.

—Te dije que no me llamaras señor.

—De acuerdo. Oficial Bell.

Aaron suspiró.

—Gracias, Novato. Iré en un minuto.

El oficial Novato asintió y cerró la puerta. Era un buen chico. Demasiado entusiasta, pero Aaron podía lidiar con eso. Su propio hijo era igual, así que ya estaba acostumbrado.

Miró la fotografía que tenía sobre su escritorio. Jenny Bell sonreía con un pequeño Nick sobre su regazo. Era preciosa, siempre preciosa.

—No sé si estoy haciendo lo correcto —le susurró—. ¿Y si Nick…?

Sonó el teléfono de su escritorio. Se sobresaltó, pero se recuperó rápidamente.

—Bell —dijo con voz ronca cuando se puso el auricular en la oreja.

—¿Señor Bell? —preguntó una mujer—. Espere un momento a que se ponga el señor Burke.

Aaron cerró los ojos.

—Señor Bell —dijo una voz suave unos segundos más tarde.

—Burke —dijo Aaron entre dientes—. Estoy a punto de entrar en una reunión. No tengo tiempo para…

—Ah, estoy seguro de que no le molestará buscar tiempo para mí, señor Bell. —La advertencia sonó fuerte y clara.

—¿Qué quiere?

—Mi equipo de seguridad estuvo revisando las imágenes de los acontecimientos en la Torre Burke y encontró algo curioso. ¿Te gustaría saber qué es?

Aaron no mordió el anzuelo.

—Parece que Owen no estaba solo cuando entró en la torre esa noche. Había alguien más con él. Alguien que se parece mucho a su hijo. Sí, no se ve con mucha claridad y quienquiera que haya sido tenía una capucha puesta sobre la cabeza, pero hay un momento en que mira a la cámara. Y supongo que se podría decir que es Nick. Extraño, ¿no le parece?

—¿Por qué no le pregunta a Owen?

—Ah, lo hice —dijo Burke—. Pero no quiere hablar conmigo estos días. Me dice que el centro de rehabilitación le parece algo restrictivo. Tiene problemas para dormir, dado que las luces están siempre encendidas. Mejor prevenir que lamentar en caso de que se… manifieste.

Cuéntame, Aaron. Si ese fuera Nick, y para que quede claro, no estoy diciendo que lo sea, ¿por qué intentaría entrar en mi edificio sin permiso?

—Suena como si estuvieras haciendo una acusación. Y si fuera el caso, me gustaría hacer lo mismo. Podría explicarnos algo sobre esas pastillas…

Burke rio.

—Créeme que te enterarías si así fuera, Aaron. Solíamos ser amigos, ¿lo olvidas? Cuando tú y Jenny…

—No te atrevas a decir su nombre.

—Cuando acudisteis a mí porque creíais que vuestro hijo había heredado la telequinesis de su madre, ¿acaso no hice todo lo posible para ayudaros? ¿Para mantenerlo a salvo? ¿Para suprimir ese poder? Tuvimos que hacer muchas pruebas para encontrar la dosis correcta. Después de todo, su TDAH combinado con sus habilidades podría terminar en desastre, ¿no crees? Sé que no fue suficiente para mantenerlos alejados de ella, pero Nick… Él no tiene ni idea de lo extraordinario que es, ¿verdad?

Apenas podía respirar.

—Yo no…

—Hablando de pastillas, ¿cómo va la provisión de Concentra, Aaron? ¿Aún tienes suficientes para tu hijo? Avísame si necesitas más, ¿de acuerdo?

Aaron pensó que el teléfono se iba a romper de lo fuerte que lo agarraba.

—¿Qué quieres?

—Un favor de un viejo amigo. Me he enterado de tu ascenso. Felicidades. Ahora, déjame decirte lo que puedes hacer por mí.

«Jen, lo siento. Lo siento mucho», pensó Aaron Bell.

Y luego, lo escuchó.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
Epílogo
Remordimiento

Título original: *The Extraordinaries*
Traducción del inglés: Julián Sosa
Adaptación del texto: Laura Sánchez
Maquetación: Estudio Olifant (@be.olifant)
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Publicado mediante acuerdo con The Knight Agency, a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

Primera edición: febrero de 2024

© 2021, TJ Klune
© 2024, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Todos los derechos reservados, incluidos los derechos de reproducción parcial o total en cualquier forma.

ISBN 978-84-19873-66-8

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Table of Contents

Cubierta
Sobre este libro
Sobre TJ Klune
Portada
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
Epílogo
Remordimiento
Créditos


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

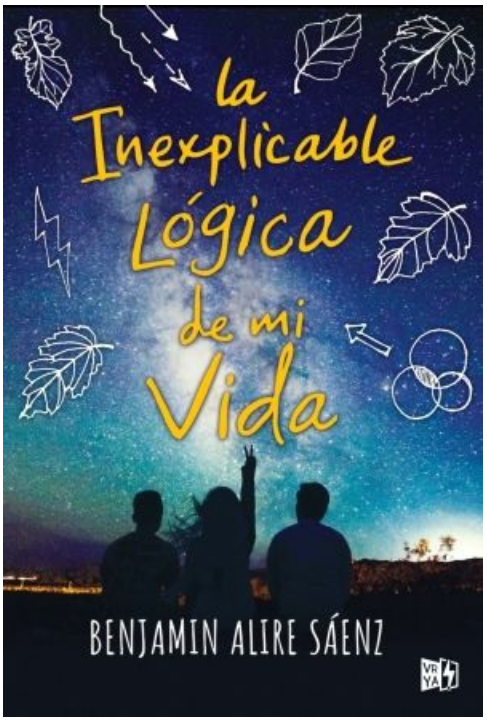
Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


la Inexplicable Lógica de mi Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ

La inexplicable lógica de mi vida

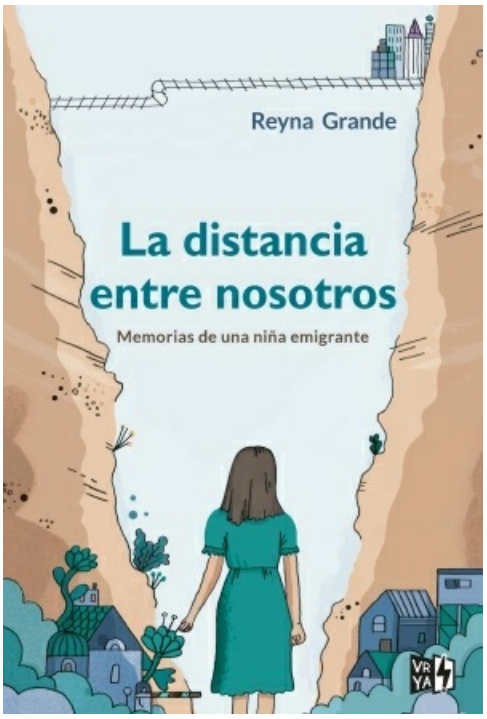
Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

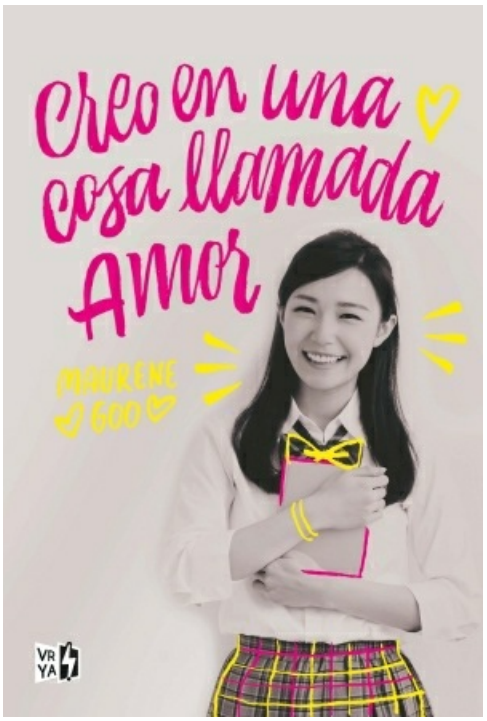
"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

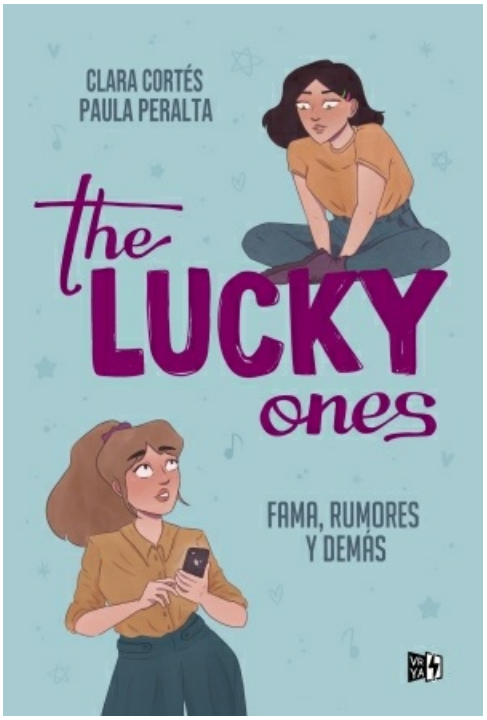
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


CLARA CORTÉS
PAULA PERALTA
the
LUCKY
ones
FAMA, RUMORES
Y DEMÁS

The lucky ones

Cortés, Clara
9788412578133
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando los rumores de que la princesa del pop Billie Grace está saliendo con el cantante indie Matt Berry empiezan a circular, ambos acaban siendo el centro de atención. Ni los fans ni los medios de comunicación pueden apartar los ojos de ellos y, de pronto, todo el mundo está pendiente de sus canciones, que parecen complementarse y hablar de algo más, de una historia de amor escrita en música. Lo que las mentes curiosas ignoran es que sus encuentros siempre están programados y que cada roce forma parte de una coreografía cuidadosamente elaborada para mantener sus secretos bajo tierra. Eso Amber y Charlie lo saben bien; no por nada son las artífices detrás de todos los rumores, parte de los equipos encargados de organizar esta farsa… aunque ellas ya tienen sus propios secretos que ocultar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)